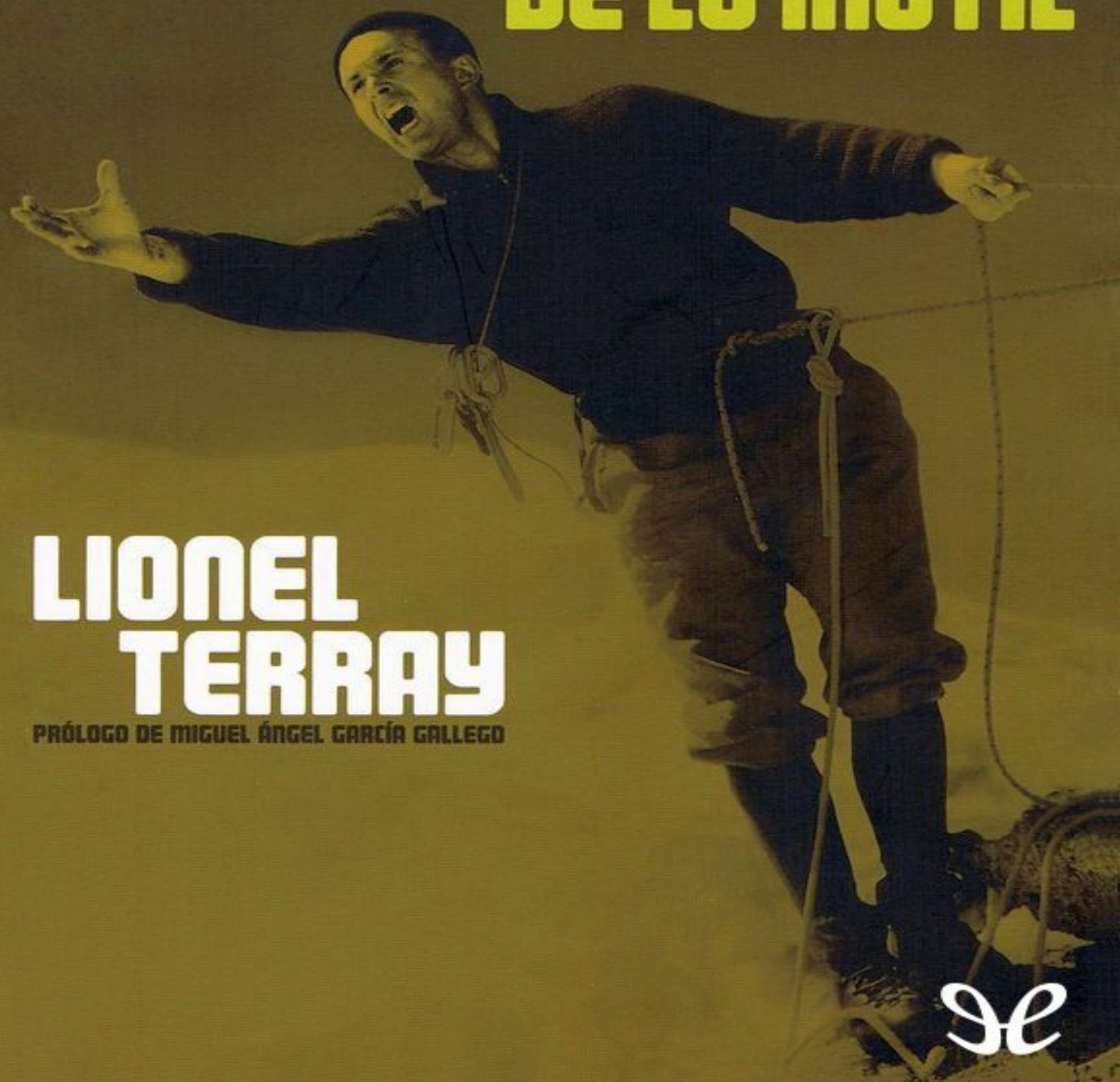


# LOS CONQUISTADORES DE LO INÚTIL



**LIONEL  
TERRAY**

PRÓLOGO DE MIGUEL ÁNGEL GARCÍA GALLEGO

de

En el universo de la montaña hay personas que, arriesgando sus propias vidas, escalan altas cumbres y atraviesan glaciares, en una lucha constante contra las fuerzas de la naturaleza, en la cual el menor error puede resultar fatal. Estos hombres necesitan más que coraje; necesitan pasión.

En *Los conquistadores de lo inútil*, tal vez el libro de montaña más leído de todos los tiempos, Lionel Terray (1921-1965) describe esta pasión a través de su aprendizaje en la montaña, sus victorias en altas cumbres y su íntima amistad con sus compañeros de cordada: Gaston Rébuffat, Louis Lachenal, Maurice Herzog y otros.

Terray, guía de montaña, profesor de esquí, alpinista prodigioso, escritor y cineasta, fue calificado por Messner como «una de las figuras más sobresalientes de la historia del alpinismo». Es autor de primeras absolutas al Fitz Roy, Chacraraju, Jannu, Makalu o Mt. Huntington. En su actividad en los Alpes destacan la primera repetición de la Norte del Eiger y la *Cassin* al Piz Badile en siete horas y media, ambas con Louis Lachenal. En 1950 juega un papel decisivo en el éxito de la expedición francesa al Annapurna, el primer ochomil alcanzado por el hombre. Fallece a los 44 años en un accidente de escalada en Vercors (Francia).

Prácticamente toda su actividad alpinística es de máximo nivel y algunas de sus rutas siguen considerándose hasta hoy extremadamente comprometidas.



Lionel Terray

# Los conquistadores de lo inútil

ePUB r1.3  
akilino 27.08.14

Título original: *Les conquérants de l'inutile. Des Alpes à l'Annapurna*

Lionel Terray, 1961

Traducción: Enrique Hegewicz & José Isidro Gordito & Sergio Prieto

Diseño portada: Javier Aguilar

Editor digital: akilino

Segundo editor: JeSsE

Corrección de erratas: (r1.2 Autillo) (r1.3 JeSsE)

ePub base r1.0



# Prólogo

Desnivel nos ofrece la primera traducción íntegra en lengua castellana del manuscrito autobiográfico y original del mítico guía francés, Lionel Terray.

Fue el hombre legendario de las primeras ascensiones al Fitz Roy, en Patagonia; al Chacraraju, en Perú; al Makalu, en Nepal o al Mt. Huntington, en Alaska. Esta última cumbre la asciende en compañía del joven Marc Marinetti, junto a quien perdería la vida en un incomprensible accidente de escalada: en un fácil terreno de ensamble de tercer grado, tras superar la parte más comprometida de una vía de entrenamiento en el macizo calcáreo de Vercors, zona que domina los alrededores de su ciudad natal, Grenoble.

Fue también Terray el personaje decisivo en la victoria sobre el Annapurna, el primer ochomil alcanzado por el hombre, y en la segunda del Eigerwand, junto a otro de sus grandes camaradas de cordada y aventura, el igualmente legendario y desaparecido Louis Lachenal. Ambos ejercieron la profesión de guía de alta montaña, oficio nacido en el corazón de los Alpes, que jugó un papel tan determinante durante la exploración de las grandes y remotas montañas del mundo.

*Los conquistadores de lo inútil*, el verdadero testamento de la época, representa a la vez uno de los mejores textos literarios relacionados con el hombre y la montaña que jamás se hayan escrito. Con su mensaje, probablemente sin fecha de caducidad y plenamente vigente hoy en día, Terray nos describe sus orígenes y las presiones de su entorno familiar, contrario a su temprana vocación montañera; nos revela con admiración y honestidad la superioridad técnica y el papel decisivo de su compañero Guido Magnone durante la primera ascensión al Fitz Roy, o nos deja soñar con su hermoso epílogo: «Si en realidad no hay ninguna roca, ningún serac, ninguna grieta que me esté esperando en algún lugar del mundo para detener mi carrera, llegará un día en el que, viejo y cansado, encontraré la paz entre los animales y las flores. El círculo quedará cerrado, y por fin seré el simple pastor que añoraba ser en mis sueños de niño».

¡Cuánta sencillez, pasión y belleza nos esperan al sumergirnos en la lectura de esta verdadera joya de la literatura alpina! Disfrútala.

Miguel Ángel García Gallego.

*A mis compañeros de cordada,  
muertos en montaña*

# El descubrimiento de la montaña

Nacido al pie de los Alpes, antiguo campeón de esquí, guía profesional, alpinista de *grandes courses* y miembro de ocho expediciones a los Andes y al Himalaya, he consagrado toda mi vida a la montaña, y soy, si esta palabra tiene algún sentido, un montañero.

En aparente contradicción con este estilo de existencia, las fantasías del destino me han llevado a dar un gran número de conferencias ilustradas con proyecciones.

Una noche, después de salir de uno de estos espectáculos, fui a tomar una copa al domicilio de una personalidad local. Allí, un respetable profesor, que iba vestido austeramente, se me acercó y, mirándome con mucha atención, dijo muy cortés:

—Ha estado usted muy interesante.

Como yo le di las gracias con educación, él añadió:

—Pero, ¿a qué se dedica usted habitualmente? ¿Es usted ingeniero, profesor...?

Aquel hombre no pudo ocultar un cierto asombro cuando le contesté:

—No; simplemente soy un guía de alta montaña.

Más tarde, cuando me encontraba en mi triste habitación de hotel intentando inútilmente dormirme (aún estaba bajo los efectos de la excitación nerviosa que produce pasar más de dos horas intensamente concentrado ante el público), las palabras del profesor volvieron a mi memoria. En aquel momento, por primera vez, me di cuenta de que la existencia novelesca que he llevado ha forjado en mí un personaje de una dualidad insólita.

Descubrí que mi imagen, para quienes me conocen perfecta y estrictamente trajeado y me oyen disertar sobre la geografía humana del Himalaya, no guarda relación alguna con la del hombre que soy verdaderamente. Para ellos se oculta, tras esta fachada mundana, el montañero; ese personaje que una literatura demasiado convencional ha dejado etiquetado, para todo el mundo, bajo los rasgos de un rudo campesino de toscos modales. Por primera vez comprendí cómo el extraño destino había hecho de un niño nacido en una familia de intelectuales burgueses un profesional del alpinismo, y uno de los conquistadores de las más altas y difíciles montañas del mundo.





Esta aventura empezó en Grenoble, en una especie de castillo cubierto de viñas silvestres, y situado en las laderas de una montaña que dominaba la ciudad. Fue allí donde nací. Lo primero que mis ojos pudieron admirar fueron las bellas cumbres nevadas del macizo de Belledonne que, frente a las ventanas de la enorme y cómoda residencia familiar, se levantaban creando una barrera deslumbrante.

Mis padres pertenecían a lo que suele llamarse una buena familia; es decir, burgueses acomodados que descendían de varias generaciones de magistrados, de industriales e, incluso, de militares de alto rango.

Pero lo cierto es que esta familia, bajo un aspecto burgués, ocultaba más originalidad y fantasía de lo que pudiera imaginarse a primera vista. Tanto en la rama paterna como en la materna, había habido numerosos personajes que se salían de lo corriente: decididos hombres de negocios, grandes viajeros en busca de fortuna y aventuras, militares y políticos audaces. De estos ilustres antepasados, mis padres habían heredado una mentalidad mucho más abierta y una concepción de la vida mucho menos tradicional de lo que suele ser corriente en su medio.

Mi padre tenía un marcado tipo germánico: alto, fuerte, con una cabeza grande y una pronunciada mandíbula inferior, y los ojos de un azul muy intenso, casi ocultos detrás de unas gruesas gafas. Era un hombre violento, apasionado, austero y testarudo; pero también era amable y brillante, dotado de unas extraordinarias facultades intelectuales, y con una memoria asombrosa.



Había tenido una vida muy agitada. Después de cursar con brillantez ingeniería química, partió hacia Brasil para fundar allí una industria. Pero la guerra de 1914 le sorprendió cuando acababa de instalarse en aquel lejano país. Sin dudarle, abandonó todo lo que había creado en Brasil y volvió a Francia, llamado por su deber de soldado.

A los cuarenta años, totalmente decepcionado de los negocios, no le importó dejar la industria para ponerse a estudiar medicina. Y tras cinco años de esfuerzos, se estableció como médico.

Mi padre, ya en su juventud, se había inclinado hacia un tipo de deportes poco normales en aquella época. Había subido en globo, participó en carreras de coches y, sobre todo, había sido uno de los primeros franceses que se pusieron los esquís. En todo caso, fue el primero que llegó a dominar la elegante técnica del *telemark*: el único método para girar que existía en aquellos tiempos heroicos.

Mi madre era bajita, de rasgos clásicos, ojos muy oscuros, y tenía el cabello de un negro azabache. Parecía una italiana.

Estaba dotada de temperamento artístico, y había estudiado pintura. Era apasionada y activa, demostrando ser muy original para su época. En 1913, ya conducía automóviles, y fue la primera francesa que tuvo la suficiente audacia como para esquiar en pantalones. La gran pasión de su juventud había sido la equitación, práctica en la que destacaba, sobre todo en montura de «alta escuela». Durante los años de su estancia en Brasil con mi padre, hizo viajes de varias semanas a caballo y, de esta forma, pudo visitar regiones, todavía en estado salvaje, a las que pocas mujeres blancas se habían atrevido a llegar.

Aunque estaba claramente marcada la tendencia de mis padres hacia la aventura y el deporte, en ellos no alcanzó nunca un grado extremo. Mi padre, sobre todo, jamás permitió que el deporte ocupara un lugar importante en su existencia. Consecuentemente, es innegable que tanto mis antecedentes familiares como la educación que recibí podían dirigirme hacia una vida de deportista y de hombre de acción. Sin embargo, sería exagerado ver en mis primeros años las raíces de una existencia apasionadamente consagrada a la práctica de los deportes o a las aventuras.

Una cosa es indudable: no fue junto a mis padres donde adquirí el gusto por el alpinismo. Aunque ellos pasaron la mayor parte de su vida rodeados de montañas, nunca practicaron el alpinismo y, como máximo, lo hicieron a modo de paseo, subiendo algunas cumbres fáciles, que no requerían una auténtica escalada. Mis padres no sólo no habían practicado el alpinismo sino que además lo reprobaban, considerándolo como una estúpida locura. Recuerdo perfectamente que, cuando yo era un niño de siete u ocho años, mi madre me dijo un día:

—Te dejo practicar todos los deportes. Pero nunca me gustaría que hicieras motociclismo o alpinismo.

Y cuando yo le pregunté qué significaba esta última palabra, ella me respondió:

—Es un deporte estúpido, que consiste en trepar por las rocas con las manos, los pies ¡y los dientes!

Si mi madre detestaba el alpinismo, fundamentalmente por ignorancia, mi padre, en cambio, lo convertía en objeto de sus sarcasmos y desprecios. Para él, el deporte era sobre todo un medio de conservarse físicamente en forma, con el fin de aumentar la capacidad de trabajo necesaria para lograr el éxito social y económico, y, secundariamente, era una de las formas de proyectarse en el escenario principal de la vida. Entregarse a un ejercicio tan fuerte, agotador, peligroso y discreto como el alpinismo, a mi padre le parecía el colmo de lo absurdo. Y le oí comentar cien veces:

—Hay que ser completamente estúpido para reventarse subiendo a una montaña, corriendo el riesgo de romperse la nuca, cuando en la cumbre no hay ni un billete de cien francos que puedas recoger.

Uno de mis primos, que se había quedado inválido después de una caída en la montaña, era citado constantemente por mi padre como un ejemplo vivo de las nefastas consecuencias que acarrearaba la locura de escalar. A veces, por la calle, me señalaba despectivamente con el dedo a algunos estudiantes alemanes que, en aquella época, eran la noticia de la región por los numerosos accidentes de montaña que sufrían. Y añadía:

—Mira a esos imbéciles que se dedican a escalar. Pronto acabarán andando con muletas, como tu primo René.

La tradición familiar asegura que siempre fui un niño de un vigor excepcional. Pesaba más de cinco kilos cuando nací y, al parecer, tenía tanto pelo que a los cuatro días tuvieron que llevarme al peluquero.

Los que saben que a los veintiún años tenía la cabeza casi tan lisa como una bola de billar, podrán medir la ironía y la injusticia de la fortuna.



Al parecer, durante mi infancia, estaba dotado de una independencia de carácter algo enfermiza. Las hazañas que confirman este rasgo son, incluso hoy día, una inagotable fuente de conversaciones familiares en las largas veladas de invierno. Una de estas anécdotas creo que merece ser contada. Cuando tenía cuatro o cinco años, a mi madre le gustaba vestirme con elegantes trajecitos de terciopelo negro y de cuello blanco. Cada vez que me obligaban a ponerme aquella ropa —tan poco práctica para jugar, de acuerdo con mis aficiones turbulentas—, mi malhumor llegaba a ser tremendo. Un día que estábamos a la orilla del mar, me negué radicalmente a bañarme. Mi madre, cansada, acabó volviéndome a vestir con uno de esos trajes de principito que tanto me horrorizaban. Apenas me vi vestido, me precipité con entusiasmo hacia las agitadas olas del mar. Algunos pensarán que no sólo era un niño independiente, sino que además estaba muy mal educado.

Tenía yo tres años y medio, cuando mi padre me puso por primera vez unos esquís. La tradición oral ha transmitido varias versiones contradictorias sobre mi primer contacto con la nieve. Para algunos, mi actuación fue brillante; en cambio, otros dicen que fue más bien mediocre. Mi pretensión de objetividad me obliga a pensar que aquella experiencia debió parecerse a la de la mayoría de los niños de esa edad; es decir, me limité a deslizarme sobre los esquís, siendo interrumpido por caídas seguidas de llanto.

Sin embargo, está claro que el esquí no tardó mucho en apasionarme, y, hasta los veinte años, absorbió gran parte de mi tiempo libre, de mis energías y de mis sueños.

Nuestra casa estaba rodeada de un gran parque, en el que había, además de viñas y otros cultivos, un espeso bosque, zarzales espinosos, y también ruinas y rocas. Aquella naturaleza salvaje formaba un marco perfecto para la realización de los sueños de un niño que ansiaba la libertad y lo maravilloso. Allí fue donde crecí, y donde, casi sin limitaciones paternas, podía correr por los bosques, trepar por las rocas, poner trampas a los conejos, a los zorros y a los ratones, y cazar mirlos, tordos y gavilanes.

Excepto durante el invierno, en el que dedicaba todo mi tiempo libre al esquí, yo pasaba en el parque aquellas horas que estaban fuera de mi vida escolar. Me gustaba muy poco el cine, el fútbol y el pasarme las tardes en casa de algún compañero de estudios. No sólo estaba en el parque todos los jueves y todos los domingos, sin importarme el tiempo que hiciera, sino que además diariamente iba allí a pasear: por la mañana, antes de ir a la escuela, y por la tarde, al salir de ésta. A veces, en primavera, cuando la temperatura era suave y el aire estaba cargado de algo parecido, a un fluido estimulante, también me escapaba al parque por la noche. Solía vagar a través de los bosques y los campos, e intentaba penetrar en los misterios de la vida. La oscuridad envolvía a la naturaleza y todo parecía más silencioso que nunca. Durante horas, agachado entre los zarzales, permanecía inmóvil escuchando el crujido de las ramas, el grito de los mochuelos, el cloqueo de un mirlo, y los mil ruidos, casi imperceptibles, que dan testimonio sonoro de la intensa actividad de todo un mundo. Estos años de infancia, vividos en íntimo contacto con la naturaleza, marcaron profundamente mi personalidad física y moral.

Como a todos los niños, me gustaba jugar a indios y vaqueros. Pero, al revés que otros niños, yo disponía para estos juegos de los elementos esenciales, aunque no de los accesorios. Si bien carecía de un sombrero de alas anchas, de una camisa llamativa, de unas plumas de colores y de una estrella de *shériff* en cambio, tenía escopetas de verdad, puñales de verdad, un bosque de verdad y animales salvajes de verdad.

La casa estaba llena de armas heredadas de generaciones de cazadores o traídas de los viajes al Brasil; con una inconsciencia casi increíble, mis padres me dejaban utilizar la mayor parte de ellas. Desde los nueve años, tuve mi propia carabina de ocho milímetros ¡para la que pronto supe fabricarme los cartuchos!

Con uno de mis compañeros inventé un juego original. La propiedad estaba infestada de ratas enormes que subían de las alcantarillas de la ciudad de al lado, y nosotros atrapábamos un gran número de ellas con ayuda de trampas especiales. Pero, en lugar de masacrar a estos repugnantes bichos de una manera simple, los dábamos una última oportunidad. La trampa estaba colocada en el extremo de una especie de estrecho pasillo que habíamos confeccionado con dos tablas; uno de nosotros liberaba al animal, y el otro debía abatirlo entonces con una bala, antes de que, lanzado a toda velocidad, franquease los dos últimos metros que lo separaban de la libertad.

Las ratas muertas de ese modo eran despellejadas, sus pieles secadas al sol y luego, después de un ligero curtido, unidas formando extravagantes vestimentas que pretendían imitar a las de los Hunos de las hordas de Atila, de los que habíamos leído que iban vestidos ¡con pieles de ratas!...



Aquí crecí.

La vida exaltadora de pequeño salvaje que llevaba, derivó en un efecto desastroso sobre mi rendimiento escolar. Era un alumno muy malo. A pesar de todo, normalmente respetaba la disciplina y, sin ser muy inteligente, no daba pruebas de una especial estupidez. Mi drama escolar residía en una excepcional incapacidad para fijar mi atención: físicamente estaba en el colegio, pero mi espíritu no conseguía quedarse allí. Cada día se reproducía la misma aventura. Con cierta buena voluntad, escuchaba durante algunos minutos las palabras de la maestra, luego el triste mundo escolar, hecho de encerados negros, de pupitres negros, de batas negras y de tinteros negros, se disipaba como por encanto y me encontraba bajando a toda prisa por una pendiente nevada en locos e interminables descensos o corriendo a través de un bosque verde lleno de mirlos silbantes, de ardillas maliciosas o de serpientes terroríficas.

Mi madre rodeaba a sus dos hijos del más cálido afecto y, si no hubiera tenido una naturaleza tan



independiente, habría crecido entre algodón; siempre de un carácter optimista y sencillo, ella no parecía estar demasiado contrariada por la gran mediocridad de mis estudios. Por el contrario, mi padre, muy absorbido por su trabajo, se ocupaba poco de sus hijos; habiendo conocido brillantes éxitos universitarios, sentía un orgullo legítimo, y su satisfacción hubiera sido ver cómo le sucedía en el sitio de primero de la clase. Además, estaba absolutamente indignado por haber engendrado a un mal estudiante.

A pesar de los gritos, de las zurras y de repetir en clase, continuaba creciendo entre el mundo triste y negro del colegio y el mucho más exaltador de nuestro gran parque luminoso y lleno de misterio. Seguía siendo un mal estudiante ejemplar y me convertía en un muchacho vivo y robusto, lleno de iniciativa y de sentido práctico, entusiasta y exuberante, melancólico y secreto a la vez.

De forma innata, a la mayoría de los niños les apasiona trepar por los árboles, por los muros y por las rocas. En este sentido, las pequeñas paredes calcáreas que rodeaban nuestra propiedad me ofrecían un campo de juego ideal. Gracias a esas paredes, me familiaricé desde muy pequeño con los rudimentos de la técnica de la escalada. Tenía sólo cinco años cuando sufrí mi primer accidente, que fue, por otra parte, el más grave de toda mi vida. Al trepar por unas rocas del parque, me caí y me hice un profundo corte en la frente. La leyenda asegura que volví a casa cubierto de sangre, pero también dice que no vertí ni una sola lágrima. De todas formas, ya se sabe cómo son las leyendas.

Trepar algunas rocas no es hacer alpinismo y sólo por razón a su tamaño, un chico no puede practicar este deporte teniendo once o doce años. Pero fue a la edad de diez años a la que comenzó a despertarse mi interés por la escalada de las montañas.

Hay que indicar, no obstante, que mi desarrollo físico era excepcional y que, a pesar de mi mediocridad escolar, tenía una madurez espiritual poco común en un chaval de mi edad.

La aversión de mis padres por el alpinismo y la prohibición formal de dedicarme a ello, muy lejos de separarme de este deporte, le dieron un atractivo fascinante para mí. ¡Todos sabemos que nada es más atrayente que el fruto prohibido!

Una cosa notable es que la violencia de la reprobación que mi padre sentía contra el deporte de la montaña hería alguna fibra escondida en el fondo de mi corazón hasta el punto que, cuando insultaba a los alpinistas con sus sarcasmos, se apoderaba de mí un odio violento. Sentía confusamente que una desaprobación tan virulenta por una actividad aparentemente sin gran importancia, no era solamente la reacción de un ser desequilibrado ante un juego estúpido, sino la indignación de un hombre profundamente unido a una concepción del mundo frente a una fuerza que estaba en contradicción con su universo. Hoy, volviendo atrás en el tiempo, recuerdo que fustigaba con la misma violencia algunas formas de arte o ciertas concepciones idealistas de la organización social.

A decir verdad, aunque a pesar de mi joven edad sentía un importante interés por la montaña, sobre todo por su carácter absolutamente espontáneo, sólo tenía de ella una idea muy romántica e imprecisa.

En una ciudad como Grenoble, situada en pleno corazón de los Alpes, los alpinistas son muy numerosos. Entre nuestros parientes, vecinos y personas con las que nos relacionábamos, había un pequeño número de ellos. A excepción del célebre Dr. Couturier <sup>[1]</sup>, ninguno había realizado nunca

ascensiones importantes.

Incapaz de distinguir los auténticos valores, escuchaba a estos héroes contar sus hazañas con una pasión ferviente, y mi imaginación se exaltaba ante tanta valentía, fuerza y grandeza.

Sin embargo, había descubierto en nuestra abundante biblioteca un buen número de libros de alpinismo, que contaban aventuras que me parecieron de un increíble heroísmo. Sin comprenderla siempre completamente, devoré esta literatura con frenesí. Estos relatos alpinos forjaron en mi espíritu de niño un mundo fabuloso, hecho de picos terribles, sacudidos sin cesar por los temblores de gigantescas avalanchas, laberintos de hielo con grietas innumerables que se abrían en cualquier momento entre crujidos espantosos, y héroes sobrehumanos triunfando ante todos estos obstáculos en el curso de hazañas repetidas sin cesar.

Tanta grandeza, misterios y peligros eran muy seductores para mi joven mente, llena de sueños de aventuras, y si no pensaba por un instante poder ser un día uno de estos héroes de los Alpes, estaba convencido de que nada sería más maravilloso que convertirme en uno de sus modestos compinches.

El hijo de nuestro panadero había llevado a cabo algunas escaladas en las sierras secundarias, cercanas a Grenoble. Era un tipo fanfarrón y charlatán, al que le gustaba contar sus hazañas enriqueciéndolas un poco. Literalmente seducido por sus historias, yo sentía por aquel muchacho totalmente insignificante una admiración sin límites. Para mí era un semidiós y me pasaba las horas escuchándole contar sus fabulosas aventuras. Pero cuando le suplicaba que me llevara con él en algunas de sus salidas, me contestaba desdeñosamente:

—No puede ser; eres un crío. Para hacer montañismo hay que ser muy fuerte y tener una sangre fría a toda prueba.

Tenía una gran amistad con la hija de nuestra portera, una chica llamada Georgette, que tenía entre quince y dieciséis años. Ella salía cada domingo a la montaña con grupos de la «Sociedad de los Escaladores de los Alpes». Se limitaban a escalar las cimas prealpinas por itinerarios que no eran más difíciles que un sendero escarpado. Debido sin duda al escaso peligro que había en estas salidas, no me costó mucho convencer a Georgette para que, sin que mis padres se enterasen, me dejara ir con ella.

Así, con la excusa de inocentes paseos en bicicleta, conseguí escalar mis primeras cumbres. Estas ascensiones me resultaron terriblemente fascinantes, y me produjeron una impresión tan profunda que, incluso actualmente, conservo un vivo recuerdo de aquellas horas emocionantes.

Sin embargo, estas cumbres se encontraban entre las más modestas que puedan merecer tal nombre. La primera fue la Aiguille de Quaix, una minúscula torre de calcáreo que, según la leyenda rebelaisiana, no es más que una deyección de Gargantúa.



La ascensión me resultó apasionante desde el principio hasta el fin. Cuando subíamos, la caravana se equivocó de canal, y tuvimos que pasar largo tiempo debatiéndonos a través de pedreras y matorrales. Pero mi vida en el parque que rodeaba la casa de mis padres me había convertido en un maestro de este deporte, y con ingenuo orgullo me sentí muy feliz de poder demostrar ante mis compañeros dicho talento.

La escalada no me pareció difícil, aunque sí terriblemente vertiginosa. Una muchacha se impresionó tanto que casi le dio un síncope, y hubo que administrarle algo para que volviera en sí. En el descenso, nuestro jefe de grupo nos condujo sin ningún error a través de lo que parecía un laberinto de paredes lisas, cornisas y picachos. Aquella capacidad de orientación en la montaña me dejó profundamente admirado. ¡Qué maravillosa es la imaginación de un niño de once años, capaz de transformar en una apasionante aventura una escalada tan simple!

Tenía doce años cuando se produjo un acontecimiento que iba a tener un papel fundamental en el desarrollo de mi incipiente vocación de alpinista. Mi hermano pequeño se puso enfermo, y el médico le aconsejó que pasara una temporada en la montaña. Entonces, mi madre decidió llevarnos de vacaciones al valle de Chamonix, donde ella había estado años atrás.

Hasta entonces yo únicamente conocía algunas montañas del sistema prealpino, con sus laderas de roca gris dominando verdes valles. Sólo había podido admirar, desde lejos, las cimas eternamente blancas de los altos picos de Belledonne y de Oisans.

Este primer contacto con las grandes montañas fue una revelación. Aquello me entusiasmó, y siempre he conservado intacto el recuerdo de lo maravillado que me quedé ante esas masas de hielo que brillaban en un cielo de una pureza casi irreal. Todavía recuerdo la emoción que sentí al ver esas agujas que parecen desafiar la audacia de los hombres.

En aquella época, yo era un chico de una estatura y un vigor físico excepcionales, y fácilmente hubiera podido creerse que tenía quince o dieciséis años. Pero bajo la apariencia de joven atleta, ocultaba un alma atormentada y una gran sensibilidad. Ya desde entonces veía con claridad la bajeza, la vulgaridad y la monotonía del mundo, y soñaba apasionadamente encontrar una existencia más noble, más libre y más generosa.

Ante el espectáculo de las altas montañas, «adiviné inmediatamente que éstas me permitirían disfrutar alegrías, acariciar sueños y conseguir la gloria». De manera inconsciente, pero segura, vislumbré todas las posibilidades que ofrecía este mundo de rocas y hielo, en el que no se puede cosechar más que fatigas y peligros. Y sentí, en aquel momento, el valor que tendrían para mí estos frutos inútiles, que no se recogen en el barro, sino en un joyero de belleza y de luz.

Pasada esta primera impresión, pronto traté de acercarme más a aquellas maravillas y de ascender a aquellos picos de ensueño. Acompañado por muchachos de mi edad, escalé algunos miradores de las Aiguilles Rouges; después crucé la Mer de Glace, bajo la dirección de uno de aquellos viejos guías, que en esa época actuaban ilegalmente al borde del glaciar, y que proponían a los turistas inexpertos conducirles hasta la otra orilla.

En el glaciar de los Bossons, envalentonado por la experiencia, rehusé desdeñosamente los servicios del «pirata» bigotudo y lleno de medallas que, con insistente interés, nos advertía de los graves peligros que corríamos al atravesar sin su ayuda aquella lengua de hielo.

Estos modestos paseos no llegaron a satisfacer completamente mis ansias de aventuras y mis ambiciones de incipiente alpinista. Lo que deseaba, de todo corazón, era penetrar hasta el fondo de aquellas maravillosas montañas y escalar sus cumbres. La pasión con la que defendí mi causa me permitió convencer a mi madre para que me dejara participar en escaladas colectivas organizadas por la Compañía de Guías de Chamonix. En mi primera salida, escalé hasta el refugio del Couvercle, por la pared de los Egralets, regresando por el glaciar de Talèfre y la Pierre á Béranger. La deliciosa emoción que experimenté al saltar por primera vez una grieta y al franquear mi primer puente de nieve, fue sin duda casi tan intensa como las que posteriormente sentí cuando llegué a la cumbre del Fitz Roy o del Makalu.

Qué orgulloso me sentí, ya de regreso, cuando mostré a mi madre una tarjeta postal que representaba la pared de los Egralets, que yo acababa de conquistar. Pero, sin duda, se trataba de una hazaña terriblemente mediocre, ya que todo el recorrido estaba equipado con cables y escaleras.

Las expediciones colectivas con Guías de Chamonix pronto me parecieron insuficientes para que mis aspiraciones se calmaran. Lo que yo quería hacer eran escaladas de verdad, con cuerda, piolet, crampones, rápeles, etc.

Pero mi madre, a pesar de su debilidad y de su bondad, se negó obstinadamente a permitirme que expusiera mi vida en tales aventuras. Felizmente, en esa época, uno de mis primos, que era oficial de carrera, estaba destinado en la Escuela Militar de Alta Montaña. Era un buen alpinista y tenía fama de ser seguro y prudente. Ella, más tranquila por la garantía que daba un guía como él, acabo por ceder a mis súplicas, autorizándome que acompañara a mi primo a la Aiguillette d'Argentière.

Fue en esa minúscula punta, que ni siquiera merece el título de cumbre, donde hice por primera vez un rápel de cuerda. Este ejercicio, aun siendo fácil, es impresionante para un neófito. Hasta tal punto esto es cierto que, en el momento de dejarse deslizar hacia el vacío, hay muchos niños y mujeres que, atemorizados, son incapaces de contener las lágrimas. Yo no lloré, pero debo confesar humildemente que el corazón se me encogió y que todos mis músculos quedaron paralizados por el miedo. Por primera vez, y esto luego me ha vuelto a suceder muchas veces, mi voluntad me empujó cuando mi cuerpo se negaba a seguir.

Ante el profundo entusiasmo que me producían las ascensiones, mi primo comprendió que nada podría quebrar mi pasión por la montaña, y que sería preferible educarla antes que contrariarla. Siguiendo sus consejos, mi madre decidió por fin confiarme a un guía seguro. Éste intentó que realizara un primer ensayo en el Clocher y en los Clochetons de Planpraz. Como es un tramo corto pero bastante difícil, lo subimos rápidamente, y mi primo me hizo escalar, a continuación y en el mismo día, la vertiginosa pared de la cara sudeste del Brévent.

Durante esta primera temporada de alta montaña, todavía tuve tiempo de subir a los Grands Charmoz y a la Petite Aiguille Verte.

Cuando regresé a Grenoble, tras esos prometedores inicios, me creí perfectamente capacitado para escalar sin la ayuda de ningún guía. Al llegar la primavera, conseguí convencer a mi amiga

Georgette para que me acompañara en la ascensión del Dent Gérard, de las Trois-Pucelles, por el *couloir* de Grange.

Esta escalada —en un macizo de baja altitud situado no lejos de Grenoble— no es verdaderamente difícil, pero exige al menos ciertos conocimientos técnicos que, al parecer, yo no tenía aún.

De todas formas, aquella escalada fue una de las más dramáticas de toda mi carrera y, posiblemente, nunca estuve tan cerca de la muerte como entonces. Íbamos muy mal equipados, entre otras razones por una que todavía hoy me parece inexplicable. Aunque las agujas del macizo de Vercors están formadas por una roca calcárea muy lisa y resbaladiza, nosotros trepábamos con botas herradas con «alas de mosca»; lo que equivale a decir que nos adheríamos como un caballo que sube por una cuesta empedrada.

Realizamos nuestra primera travesía con el estrépito escalofriante de los clavos contra la piedra. Cada vez que derrapábamos, saltaban chispas. En varias ocasiones me quedé colgado solamente de las manos, y parece increíble que no cayera contra las rocas de las pedreras, que estaban a veinte metros más abajo. Cuando, completamente sin aliento, pude llegar por fin a una acogedora plataforma, un grupo de alpinistas que había observado mi avance con el corazón en vilo, pensó que era mejor arrastrarnos vivos hasta la cumbre que tener que bajarnos muertos. Me ofrecieron unir mi cordada a la suya. Esta propuesta hirió un poco mi amor propio, pero logré recordar lo peligroso que había sido mi avance y, al final, mi instinto de conservación triunfó sobre mi vanidad.

Alpinistes adoptez tous

# FERRURES et TALONS TRICOUNI

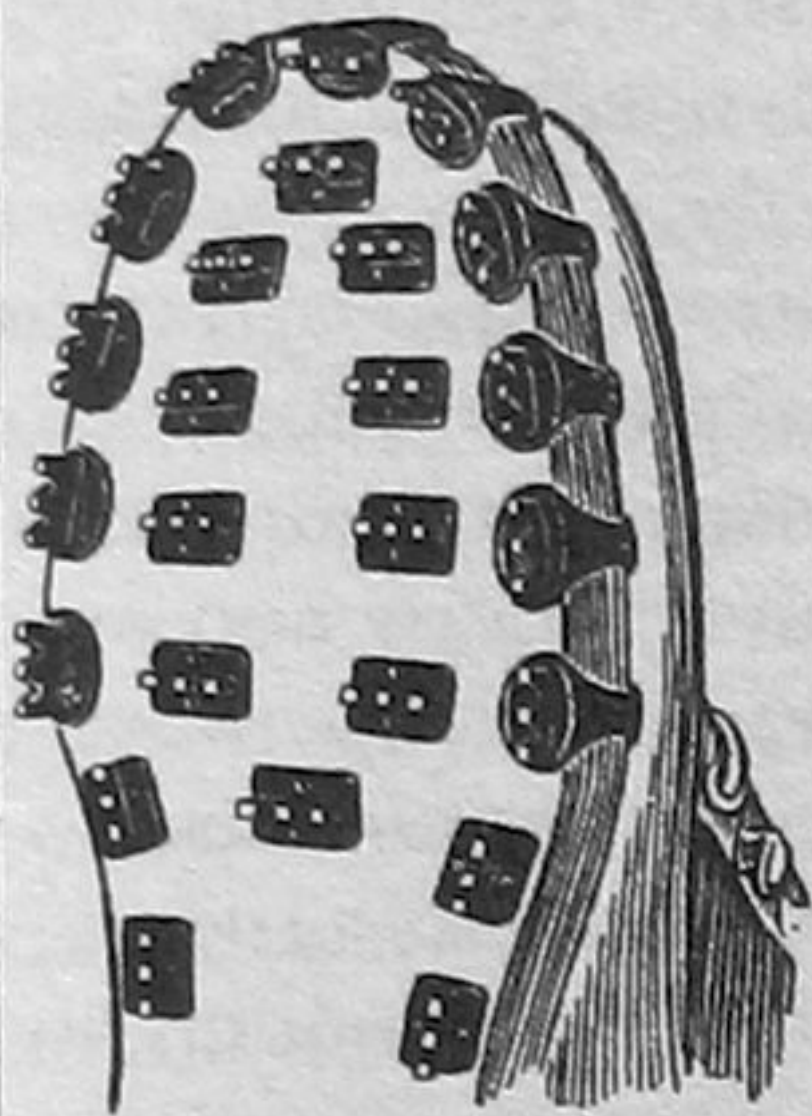
CLOUS DE SEMELLE



EN VENTE  
PARTOUT

TRICOUNI S. A.  
Genève

Seuls Fabricants



A partir de ese momento, gracias a la seguridad que daba la cuerda, pude seguir fácilmente a los que me precedían. Por desgracia, en su equipo, que era demasiado numeroso, iban tres muchachas prácticamente novatas. A cada largo de cuerda el jefe se veía obligado a arrastrarlas como si fueran verdaderos sacos. Esta operación nos hacía perder muchísimo tiempo, y esa especie de ciempiés que era nuestro grupo, integrado ahora por siete, progresaba con una lentitud extraordinaria. Además, era un poco tarde cuando llegamos al pie de dos fisuras verticales. El jefe de grupo empezó a ascender por la de la izquierda, conocida por el nombre de «fisura Dalloz», y que tenía la fama de ser bastante difícil. Como era un trepador excelente y, además, iba provisto de un calzado más apropiado que el mío, logró situarse gateando en el extremo superior del paso. Pero cuando les tocó subir a sus torpes y pesadas compañeras, las cosas empezaron a ir mal.

La fisura se elevaba describiendo una pequeña diagonal a través de una losa vertical, tan lisa como una pista de baile. La primera de las chicas, en cuanto empezó a escalar, incapaz de mantener el equilibrio sobre la fisura, se soltó y quedó colgando del muro. Después de debatirse durante unos instantes como una enorme carpa pendiente de un anzuelo, se dejó agarrar por los brazos, obligando al jefe del grupo a izar unos sesenta kilos de carne inerte. El pobre desgraciado, tras sudar sangre, logró subir a la muchacha hasta su altura. Pero, después de esta hazaña, se quedó totalmente agotado, sintiéndose incapaz de ayudar a la segunda chica, cuyo pecho desbordante y anchas caderas anunciaban un peso respetable. Fue necesario que subiera el último alpinista de la cordada para que sumara sus fuerzas a las del agotado líder.

Aquello nos llevó bastante tiempo, y el jefe acabó dándose cuenta de que, tal y como iban las cosas, corríamos el riesgo de vernos sorprendidos por la noche antes de haber podido abandonar aquellas paredes de roca.

Con la esperanza de poder ganar tiempo, me preguntó si me sentía capaz de trepar por la fisura de la derecha, sin la seguridad de la cuerda. A ésta se la conocía como «fisura Sándwich» que, según me dijo, era más fácil que la de Dalloz. Este voto de confianza a mi capacidad de escalador fue como un bálsamo para mi amor propio. Así, sin dudarle ni un solo momento, me puse a trepar, en cabeza de cordada, por aquella estrecha chimenea vertical.

El paso en sí no era difícil, pero exigía sin embargo más técnica de la que yo tenía. Además, mis botas herradas me perjudicaban bastante, porque me hacían resbalar a cada momento. Pero gracias a unas energías desesperadas y a una inflexible tenacidad, y también gracias a la ayuda de laboriosos empotramientos, aleteando como una foca, me elevé lentamente en medio del espantoso rechinar de los clavos contra la roca.

De esta manera, logré avanzar unos metros a través de una plataforma. Pero, desgraciadamente, en aquel punto, la fisura, antes vertical, se iba convirtiendo en ligeramente desplomada. Para franquear los últimos metros, necesitaba alejarme todo lo posible hacia el exterior, abandonando la precaria seguridad del empotramiento, y confiar en las escasas presas a las que podía aferrarme para tratar de superar el tramo. Como estaba medio agotado por mis esfuerzos, estuve dudando un rato



antes de decidirme. Al final, haciendo acopio de todo mi valor, me lancé con la energía que da la desesperación. Pero, en el preciso instante en que me agarraba a las codiciadas asperezas de la pared, mis pies resbalaron y me quedé colgando de las manos. En ninguna ocasión, posteriormente, he sentido con tanta claridad que iba a soltarme y a caer irremisiblemente. Sólo gracias a esa insospechada reserva de fuerzas que uno descubre cuando se encuentra en una situación verdaderamente desesperada, pude recuperarme y llegar a la plataforma salvadora.

Es cierto que había logrado pasar, pero la partida todavía no había sido ganada. Cuando se quiere jugar a guía, hay que subir a los clientes. ¿Cómo podía hacer subir a mi compañera que, pesada y poco diestra, no conseguía por sí sola elevarse ni un centímetro? Aquello era un problema angustioso para un chico de menos de trece años, que además estaba al límite de sus fuerzas.

Tuve la suerte de que a un árbol se le había ocurrido la feliz idea de crecer a sólo unos metros de la cima de la fisura. Gracias a su robusto tronco, pude librarme de una situación que, en apariencia, parecía no tener otra salida que la de hacer vivac y esperar a que llegara la caravana de socorro.

Cada vez que, tras un feroz despliegue de energías, conseguía izar a Georgette algunos centímetros, ataba la cuerda en torno al árbol. De esta forma, podía recuperar fuerzas antes de volver a subirla unos centímetros más. Así, centímetro a centímetro, a pesar de los gritos y de los llantos de mi compañera, medio asfixiada por la cuerda, logré subirla hasta donde yo estaba. Las dificultades ya habían acabado, y pronto nos reuniríamos con la otra cordada. El descenso se realizó sin problemas.

Esta desgraciada experiencia de jefe de cordada me dejó una marcada falta de confianza en mí mismo, que durante mucho tiempo obstaculizó mi carrera. Después de esta ascensión, quedé convencido de que el alpinismo estaba reservado a grandes atletas con un valor, una fuerza y una agilidad sobrehumanas.

Como creí que mi problema se debía en parte a la falta de fuerza, me puse a hacer diariamente ejercicios gimnásticos intensivos. Mis brazos se hicieron enormes para mis trece años de edad, aunque no por ello logré escalar con mayor facilidad.

Una nueva tentativa al *couloir* Grange demostró ser tan desastrosa como la primera. Esta vez estaba acompañado por mi primo Michel Chevalier, quien además se convirtió desde entonces en un excelente alpinista. En esta época él estaba empezando, por supuesto, y, como era al menos tres años menor que yo, me vi encabezando la cordada. Esta vez, efectuamos la primera travesía sin incidentes. Pero fui incapaz de resolver normalmente los últimos metros de la chimenea que seguía. Para acabar de realizar el paso, tuvimos que hacer un corto y acrobático paso de hombros, donde me subía a lomos de mi primo empotrado en oposición entre las dos paredes de la chimenea. Mientras buscaba las presas de salida, mis botas claveteadas le destrozaban los hombros, arrancándole gritos de sufrimiento.

Por fin remontamos la chimenea. Michel no quiso oír nada de continuar una escalada tan incierta, y decepcionado y descontento por este fracaso, volví de nuevo a Grenoble.

De vuelta en Chamonix, hice todavía algunas ascensiones con guía. Pero el que elegía, tenía una gran falta de imaginación y un espíritu poco emprendedor que le mantenía encasillado en escaladas clásicas, de una dificultad muy mediocre. Además, tenía un extraordinario interés por las empleadas

de los refugios, fuese cual fuese su edad y su apariencia. Con el fin de volver a ver lo más rápidamente posible a estas «criaturas de ensueño», me obligaba a efectuar escaladas a toda velocidad, izándome con la cuerda cuando no escalaba lo suficientemente deprisa para su gusto.

En semejantes condiciones me resultaba difícil perfeccionar mi técnica y, durante el transcurso de esa temporada, no hice muchos progresos en el arte del alpinismo.

Al invierno siguiente, empezaron a verse mis cualidades de esquiador, que ya se habían manifestado de pequeño. En las competiciones de mi región, ningún chico de mi edad me igualaba. Y por eso me permitieron correr con los juniors y hasta con los seniors. A veces conseguía clasificarme entre los primeros. Algunos aseguraban que yo tenía talla de campeón internacional. Lo malo fue que empecé a creérmelo.

Desde entonces, el esquí acabó siendo algo cada vez más importante en mi vida. Cuando terminaba el invierno, seguía saliendo todos los domingos a escalar montañas y a practicar el esquí de primavera. En verano, volvía al valle de Chamonix, donde mi madre tenía un modesto chalet cerca del encantador «Caserío de los Bosques».

Durante esta temporada, conseguí convencer a mi guía para hacer la travesía del Grépon<sup>[2]</sup>.

En esta época, en que se escalaba con un material primitivo y sobre todo con botas con clavos, la técnica y más todavía la mentalidad alpinas, eran muy diferentes de las de hoy. La travesía del Grépon estaba considerada todavía como una ascensión muy seria, solamente accesible a los alpinistas experimentados. Incluso con guía, realizar esta ascensión con catorce años era una hazaña excepcional.

Había leído con pasión varios relatos que recogían la célebre escalada y especialmente el de su primera por Mummery. Mis aspiraciones de joven alpinista se estaban cristalizando alrededor de esta ascensión y después de los meses soñaba ardientemente con el día en que, por fin, pudiera recorrer la famosa arista almenada por gigantescos bloques de formas geométricas.

El precio de un guía para una empresa como ésta era relativamente elevado, y con el fin de reducir los gastos a la mitad, pedí a uno de mis compañeros, Alain Schmit, que se uniera a nosotros. Alain, apenas mayor que yo, era un escalador muy dotado, que había realizado con éxito numerosas ascensiones clásicas. Mi guía le conocía y no puso objeciones para que se sumara a nuestra cordada.

A las tres de la mañana, en una noche transparente y llena de estrellas, abandonamos el viejo hotel del Montenvers, punto de partida habitual para la escalada del Grépon. Todo mi ser irradiaba alegría con la idea de que, por fin, afrontaríamos las grandes ascensiones.

Me sentía lleno de fuerza y de salud. El día se anunciaba magnífico, ¡y me parecía que nada podía impedirnos vivir las horas excitantes de una ascensión que termina con éxito!

Pero nunca olvidé un detalle capital: la presencia en el hotel del Montenvers, no de una o dos sirvientas, como en los refugios, sino de al menos diez o doce. Rápidamente, me di cuenta de que la velocidad de mi guía era directamente proporcional al número de muchachas que podría encontrar a su vuelta. En lugar de contentarse, como era habitual, con llevar una marcha más rápida, corría literalmente. Alain y yo éramos buenos caminantes, bien entrenados; también éramos muchachos fuertes y conscientes. Por amor propio, intentamos seguir la loca cadencia de nuestro guía.

Y fue nuestro amor propio lo que nos perdió.

Todo iba bien por el camino e incluso en la primera parte de la escalada. Pero después de varias horas de esta enconada carrera, el cansancio empezó a ganarnos. Hacia la mitad del corredor Charmoz-Grépon, sintiendo cómo declinaban mis fuerzas, le pedí al guía bajar el ritmo. No quiso escucharme, declarando a pesar de la ausencia casi completa de nubes, que la tormenta amenazaba con desencadenarse, y que era necesario ir deprisa (sólo mucho tiempo más tarde aprendí lo fuertes que son las tormentas y el mal tiempo...).

Al pie de la fisura Mummery, Alain y yo, completamente asfixiados por esta escalada frenética, estábamos al límite de nuestras fuerzas. Con lágrimas y acongojado, suplicaba al guía que nos dejase descansar y comer un poco, pero se mantuvo inflexible. Era un excelente escalador, y algunos instantes más tarde ya había superado el célebre pasaje. Poco después, me sentí elevado por los aires tan inexorablemente como si, por descuido, hubiera sido enganchado por el cable de una grúa. Apenas llegué a la plataforma que marca el final de la fisura, vi a Alain surgir del abismo como una carpa al final del hilo de la caña de un pescador.

La continuación del recorrido no dejó en mi memoria más que un recuerdo confuso. Asfixiado por las tracciones de la cuerda, alorado por el cansancio, aterrorizado por los gritos del guía, el final de la ascensión me pareció una especie de pesadilla y sólo empecé a tomar conciencia de nuevo cuando, hacia el mediodía, con un cielo siempre casi maravillosamente azul, volví a encontrarme delante de un vaso de cerveza sobre la terraza de hotel del Montenvers.

Como muchos de los que han sido víctimas de métodos expeditivos que algunos profesionales, afortunadamente cada vez menos numerosos, han adoptado para conducir a sus clientes por montaña, esta ascensión del Grépon a una velocidad meteórica me quitó completamente el gusto del alpinismo con guía, y faltó poco para que me separase del alpinismo a todo correr.

Después de esta desagradable experiencia, lejos de atribuir la causa de mis desgracias a la impaciencia y la brutalidad de mi mentor, pensé simplemente que no tenía ninguna capacidad para el alpinismo, y que los recorridos serios me estarían prohibidos para siempre. La falta de confianza que tenía en mis medios, tomó positivamente la forma de un complejo, y sólo después de cinco años una feliz casualidad me permitió tomar conciencia de mis verdaderas posibilidades.

Mis padres llevaban mucho tiempo separados, debido a una incompatibilidad de caracteres muy marcada. Y, en esta época, acordaron por fin divorciarse. A mí me confiaron a mi padre, que decidió que continuara mis estudios interno en un colegio.

La respetable institución que él eligió para mí era un pequeño seminario que, por encontrarse muy cerca de Grenoble, se había ido alejando gradualmente de su misión inicial para convertirse en una institución de enseñanza bastante abierta. Sin embargo, las reglas y las tradiciones de la casa apenas habían cambiado desde su fundación. La rigidez, la rudeza y el arcaísmo de las costumbres eran muy pronunciados.

Los edificios del colegio estaban constituidos por algo parecido a un antiguo monasterio, situado en un punto magnífico: sobre una colina que dominaba el valle del Isère. Estos viejos muros rodeados de grandes árboles no carecían de encanto. Visto desde el exterior, el colegio daba una impresión verdaderamente seductora, pero, en cuanto se franqueaba el umbral, pronto quedaba uno

desencantado.

El interior, desprovisto de las comodidades más elementales, era viejo y polvoriento. Únicamente en las clases había calefacción, aunque se trataba de viejas estufas humeantes. Los inmensos dormitorios albergaban de cuarenta a cincuenta alumnos. Las instalaciones se reducían a dos patios de recreo, no muy grandes, que apenas estaban dotados de unos pocos aparatos de gimnasia.

La vida en aquel lugar era francamente espartana. Los alimentos, cocinados sin gracia, se comían en platos metálicos que nadie se preocupaba nunca de fregar. Los cuidados higiénicos no iban más allá de un somero lavado, con agua fría, de las extremidades del cuerpo (al parecer, había un lugar donde nos podíamos regar unos a otros con una manguera, pero en dos meses jamás oí decir que alguien lo hubiera hecho).

Si se tiene todo esto en cuenta, la vida espartana no es muy mala, y lo vetusto de los locales y lo rústico de las costumbres de este colegio no hubieran constituido graves inconvenientes si no hubiéramos tenido que soportar un horario sobrecargado, impuesto por una disciplina militar. Además de las diez horas de clase y de estudio, teníamos diariamente de una a dos horas de prácticas religiosas. Los ejercicios físicos se limitaban a una hora de recreo diaria, a una hora de gimnasia semanal y a un corto paseo durante las tardes de los jueves y domingos.

Acostumbrado a una vida de intensísima actividad física, educado en un ambiente de gran libertad, en permanente contacto con la naturaleza, yo estaba especialmente mal preparado para vivir en aquella especie de presidio para niños. Desde las primeras horas transcurridas en este colegio, me sentí tan desgraciado como un rruiseñor dentro de una jaula. Sin embargo, como yo esperaba que gracias a esta vida monacal podría recuperar parte del retraso que llevaba en mis estudios, decidí intentar acostumbrarme a aquel ambiente. Durante dos meses, me esforcé al máximo por respetar la disciplina, y traté de asimilar las enormes cantidades de conocimientos que nos querían meter en el cerebro.

Pero la vida absolutamente sedentaria que teníamos que padecer, y el ambiente de vil adulación y servilismo que se respiraba —con constantes intrigas mezquinas, sucios secretos y tapujos—, me parecían cada día más insoportables.

Al final, comprendí que iba a ser físicamente incapaz de permanecer encerrado de aquella manera durante meses. Escribí a mi padre para suplicarle que me sacara del colegio, y añadí que, como mi falta de disposición para los estudios era cada día más clara, deseaba dejar de perder el tiempo inútilmente. Proponía, como solución, aprender alguna profesión de tipo manual.

Pero mi padre, cegado por su orgullo de gran burgués intelectual, era incapaz de admitir que su hijo no pudiera continuar estudiando hasta llegar a un nivel universitario. Como era de esperar, al recibir mi carta se enfadó muchísimo, y me hizo saber claramente que yo permanecería en el colegio y que nunca se tomaría en serio mi proposición respecto a otros oficios. Le contesté que, ya que no quería sacarme de allí por las buenas, tendría que hacerlo por las malas.

Al domingo siguiente, después de haber obtenido la autorización para ir a la ciudad, me compré una pistola que disparaba tapones de corcho, y algunas municiones. A media noche, resonó la primera detonación bajo las arcadas del enorme dormitorio. Otras dos siguieron a ésta. La

conmoción que se produjo fue algo sin precedentes. Por la mañana, a las diez, me llamaron para que acudiese al despacho del director. Allí me esperaba mi padre, en pleno ataque de cólera: por fin me expulsaban del colegio.

Después de este golpe, esperaba ser víctima de un fuerte castigo, y hasta imaginaba que iban a meterme en un reformatorio, o algo parecido. Pero no fue así, sino todo lo contrario.

Mi padre, más psicólogo que de costumbre, pasando de un extremo al otro, decidió, tras esta vergonzosa experiencia en una institución retrógrada, llevarme a un colegio de métodos ultramodernos. El que eligió estaba situado en Villard-de-Lans, una estación en el macizo de Vercors, a mil metros de altitud. Creyó que allí podría continuar mis estudios y, al mismo tiempo, encontrar en el esquí y en la montaña la distracción indispensable para mi equilibrio físico y mental.

Este colegio, que era bastante pequeño, estaba bajo la dirección de una mujer de gran inteligencia y cultura. Ella había sabido crear, en un ambiente de alegría y amistad, una enseñanza eficaz, a pesar del horario reducido. En las clases sólo había de ocho a diez alumnos. Estaban organizados de forma que se pudieran practicar deportes y permanecer al aire libre, cada día, de las dos de la tarde hasta las cuatro y media. Gracias a esto, durante todo el invierno pude esquiar diariamente, y todos los domingos obtuve permiso para participar en diversas competiciones. Fue así cómo, a los dieciséis años, conseguí por primera vez el título de campeón del Dauphiné, mi región, y me clasifiqué el tercero en la categoría sénior.

Durante el otoño y la primavera el esquí era sustituido por paseos a través de los bosques y en media montaña.

Como mi capacidad de marcha era notablemente superior a la de la mayoría de los alumnos internos en el colegio, la directora me autorizó para que seleccionara un grupo que, bajo mi responsabilidad, podía realizar largas excursiones y alguna que otra ascensión fácil. Incluso me dio permiso para que practicara la escalada, acompañado por uno de mis profesores. Este profesor, por una feliz coincidencia, era miembro del Grupo de Alta Montaña, además de un excelente escalador. A él le debo mucho, y en su compañía pude por fin realizar la conquista del Couloir Grange de las Trois-Pucelles, de manera satisfactoria.

Las condiciones de vida de esta institución estaban perfectamente adaptadas a mis gustos y a mi temperamento. Allí pasé dos años muy felices, durante los cuales me desarrollé considerablemente, tanto física como moralmente.

En el plano escolar, a pesar de mi aplicación, me resultó imposible recuperar mi retraso en algunas asignaturas como para tener posibilidades de aprobar con éxito los exámenes finales de bachillerato. Pero conseguí elevar bastante mi nivel intelectual, y hasta adquirí una cultura literaria superior a la corriente a mi edad.

Cuando me presenté a los exámenes finales de bachillerato, mis notas, con la excepción del inglés y el francés, fueron tan malas que parecía imposible que algún día llegara a superar esta prueba. A pesar de todo, mi padre decidió que repitiera curso. Sin embargo, para estar más cerca de mi madre, que llevaba varios años viviendo en el valle de Chamonix, él decidió que ingresara como interno en un colegio de lujo situado en la capital del alpinismo. Desgraciadamente, esta institución estaba peor dirigida que la de Villard-de-Lans y el ambiente que se vivía en ella no era muy

agradable. Por otro lado, yo me había desilusionado de la utilidad de los estudios que mi padre se obstinaba en hacerme cursar.

En esas condiciones, no tardé en perder completamente todo interés por mi trabajo, y dirigí apasionadamente mis esfuerzos hacia la única actividad que me daba algunas satisfacciones: el esquí.

El horario del colegio, aunque más denso que el de Villard, me permitía entrenarme todos los jueves y participar en las competiciones los domingos. Sin embargo, como no tenía permiso para ausentarme antes del domingo por la mañana, mi participación se limitaba a las carreras que se disputaban en el valle. Por esta misma razón, no podía desplazarme cuando había una carrera en otra localidad.

Esta restricción de mi libertad fue el origen de unos acontecimientos vodevilescos. Tras haber sido seleccionado para participar en los campeonatos de Francia, que se celebraban en Luchon, localidad de los Pirineos, pedí permiso para ausentarme del colegio durante una semana, y así poder correr en esas pruebas. Pero, como solía ocurrir, mi petición fue denegada.

En esa época no había para mí nada que fuera tan importante como disputar estos campeonatos. Así que decidí escaparme del colegio. Durante varios días, estuve preparando clandestinamente mi evasión. La noche en que había previsto partir, dejando una carta encima de mi cama, no tuve más que abrir la ventana del pasillo del primer piso, tirar mi maleta y saltar a la nieve. Al cabo de un cuarto de hora, subí al tren sin problemas, y cuando, a primera hora de la mañana, se dieron cuenta en el colegio de mi desaparición, yo me encontraba ya en las llanuras, avanzando rápidamente hacia los Pirineos.

Mi padre puso una conferencia a Luchon y dijo que, por esta vez, no tendría en cuenta lo ocurrido, pero esperaba que regresase inmediatamente después de terminadas las pruebas. En Luchon no me clasifiqué muy bien, pero me invitaron, con todos los gastos pagados, a participar en el «Grand Prix de Provence», en Barcelonnette.

Sin dudarle ni un instante, me dirigí a la conquista de esa estación meridional. Allí tuve una actuación brillante: conseguí el tercer puesto en las puntuaciones generales, clasificándome además en todas las categorías.

Pero cuando alegremente me disponía a ir al lugar donde se distribuían los premios, vi llegar a dos policías, algo nerviosos, que, con un fuerte acento de la región, me explicaron que mi padre había avisado a la comisaría de policía y que estaban obligados a meterme en el primer tren que saliera.

Después de esta escapada, el colegio se negó a admitirme, y mi padre, totalmente descorazonado, seguramente por engendrar a un monstruo como yo, dejó de interesarse ya por mi suerte.

Así, me encontraba de repente libre como el viento y atraído por la gloria de las estrellas en plena ascensión, y pude responder a las numerosas invitaciones que recibía de los organizadores de competiciones de esquí. Participé en todas las grandes pruebas del final de la temporada, consiguiendo algunos éxitos halagadores, entre los que destacan, sobre todo, el descenso de la Brèche de la Meije, en donde triunfé frente a esquiadores de la talla del campeón del mundo, James Couttet, y otros miembros del equipo francés.

Cuando se lean las historias de este mal alumno, se podrá pensar que en aquel momento yo era un

hijo de papá, podrido de dinero, un «play boy» insoportable que piensa que todo se le permite, porque sus padres disponen de una importante fortuna, y se le deja ir insolentemente hacia donde le arrastra la búsqueda del placer, la fantasía y la pereza.

Pero esta imagen no responde a la realidad. Entonces disponía de muy poco dinero, hasta el punto de que si rompía un par de esquís, por ejemplo, aquello resultaba un auténtico drama. Por otro lado, no utilicé jamás las diferencias que separaban a mis padres para conseguir una libertad excesiva, situación de la que posiblemente la mayoría de los muchachos en idénticas circunstancias se hubieran aprovechado para favorecer una vida desordenada. Mi caso era radicalmente opuesto.

Estaba dotado de un carácter reservado y tímido, y mi existencia era casi ascética. A pesar de las facilidades que me daba mi físico, sólo en muy raras ocasiones participaba en las diversiones propias de esa edad. Arrastrado por algo parecido al misticismo, me consagré por entero al esquí, a mis entrenamientos y al deporte en general. Lejos de dejarme llevar por una alegría inconsciente, vivía atormentado por mi futuro, que me parecía teñido de los colores más sombríos.

Durante el verano de 1939, el mundo se vio sacudido por un acontecimiento que todos creíamos imposible: la guerra.

En los meses siguientes, me sentí muy desamparado y, de hecho, mi situación era verdaderamente crítica. Mi padre, al parecer, había perdido todo interés por mí, y yo no podía esperar de él ningún tipo de ayuda. Mi madre, cuya fortuna había quedado gravemente reducida debido a desastrosas inversiones, podía difícilmente mantenerme, pues no tenía los medios suficientes como para proporcionarme una situación de independencia. Por mi parte, después de unos estudios bastante malos, y todavía sin acabar, no tenía posibilidades de ganarme la vida en una profesión intelectual. Tampoco había aprendido ningún oficio, exceptuando el de simple peón de albañil, por lo que no podía trabajar en profesiones de tipo manual. La única actividad en la que podía tener posibilidades era en la del esquí. Pero, en aquellos momentos, el oficio de monitor no era tan lucrativo como hoy en día. No ignoraba que este trabajo sólo permitía sobrevivir modestamente durante los seis meses de invierno.

Para crearse una situación decente en el mundo del esquí, hace falta llegar a convertirse antes en un campeón. Mis éxitos de los últimos tiempos podían darme esperanzas de poder llegar, algún día, a estar entre los pocos elegidos; pero un futuro construido sobre semejante especulación era demasiado incierto.

Para colmo de desgracias, la guerra había reducido al máximo todas las actividades dependientes del esquí. La afluencia de personas que acudían a pasar el invierno en las estaciones de esquí se había reducido a una décima parte, y se habían prohibido todas las competiciones.

Pasé la primera parte del invierno en Luchon, trabajando en una tienda de artículos deportivos de un amigo mío. Se suponía que tenía que encargarme de reparar los esquís, poner las ataduras y ayudar en la venta. Pero la actividad era, en la práctica, casi nula, y decidí regresar a Chamonix. Allí tuve al menos la suerte de poder continuar mi entrenamiento, y tuve incluso la pequeña satisfacción de ganar la única carrera que se disputó en el curso de aquel triste invierno.

Estaba a punto de ingresar como voluntario en el ejército, cuando llegó el desastre de 1940. Una

vez más, se aplazaba por unos meses la elección de mi porvenir.

Desde mi desafortunada ascensión al Grépon, había renunciado a ser algún día un escalador de grandes cimas, aunque no por ello dejé de practicar el alpinismo. En Villard-de-Lans había estado durante mucho tiempo haciendo montañismo. Llevé a cabo numerosas escaladas de poca envergadura, y otras cortas, pero difíciles. En Chamonix, aparte de algunas ascensiones fáciles, había practicado intensamente el esquí de primavera y de verano: un ejercicio que, a veces, está estrechamente relacionado con el alpinismo.

Me hubiera gustado realizar escapadas de mayor envergadura, pero no me creía capaz de llevarlas a cabo por mi cuenta. Por otro lado, los pocos compañeros que hubieran podido llevarme, como segundo elemento de la cordada, eran escaladores de gran categoría a los que no interesaba demasiado cargar a sus espaldas con un casi principiante como yo. Todo siguió así hasta una bella mañana de julio de 1940; una de esas mañanas en las que todo es sol y luz, y la montaña se muestra radiante de belleza, a través de un aire de una pureza cristalina.

Yo estaba leyendo en mi cuarto, con la ventana abierta hacia el Mont Blanc, cuando llegó un alpinista, oficial de una partida de guerrilleros que, en cuanto fue desmovilizado, había acudido a Chamonix con la esperanza de encontrar en las montañas algo que le arrancara el dolor que sentía tras aquella derrota sin gloria. Buscaba un compañero para sus escaladas, y un amigo común le había dicho que yo estaría dispuesto a aceptar ese papel. Feliz de poder escapar de mi ansiedad y «embriagado por la acción», acepté entusiasmado.

Inmediatamente, empezamos a hacer proyectos, pero yo me quedé estupefacto cuando mi visitante me propuso, como primera escalada, la vía Mayer-Dibona a la Dent du Requin. Esta escalada tenía entonces fama de ser muy difícil, y sólo se atrevían a intentarla cordadas homogéneas de alpinistas consumados. Aunque mi visitante me dijo que era miembro del Grupo de Alta Montaña y que con él pasaría por cualquier sitio, me asusté ante la idea de lanzarme a una aventura que, en mi opinión, estaba por encima de mis posibilidades. Obstinadamente, me negué a lo que me proponía, sugiriéndole que escaláramos la arista sur del Moine, mucho más modesta. Al final, como no logró convencerme, tuvo que aceptar, poniendo cara de resignación, ante la idea de dirigirse a esa escalada poco gloriosa.

Los numerosos años de alpinismo intermitente, de esquí de montaña y de excursiones, con los que empecé mi carrera, no me habían dado una técnica excesivamente perfecta. Sin embargo, sí había podido adquirir, gracias a esa experiencia, una notable seguridad en lo que suele llamarse «terreno medio»: rocas fáciles, aunque a menudo fragmentadas y disgregadas, pendientes de nieve y glaciares de mediana inclinación.

A lo largo de toda la primera parte de la escalada de la arista sur del Moine, no me costó nada seguir a mi compañero, y la ascensión pudo hacerse a un ritmo muy vivo. Pero cuando llegamos al diedro, que constituye el paso clave, el veterano oficial —que estaba poco entrenado y que, por otro lado, no había traído un calzado adecuado para aquel terreno— se detuvo bruscamente. Hizo varios valerosos intentos, acompañados de frenéticos temblores. Yo, con los ojos dilatados por la angustia, esperaba verle despeñarse hacia el abismo. Al tercer intento, jadeante después de tantos esfuerzos, me declaró afligido que, como no lograba superar el obstáculo, no teníamos más remedio que volver



a descender. La perspectiva de esta prematura retirada me hundió en la más profunda consternación, a la vez que sentía crecer en mi interior una oleada de rebeldía. ¡No! El día era demasiado bello, y mis músculos demasiado fuertes como para declararme vencido tontamente. Después de todo, aquel diedro no parecía tan impresionante. Empecé a pensar que yo mismo podía tratar de escalarlo. Con auténtica sorpresa, escuché a mi otro yo pedirme permiso para intentarlo.

Cuando di el primer paso que me elevaba sobre el vacío, la sensación fue muy desagradable; sobre todo porque, unos pocos metros más abajo, vi asomar una fina cuchilla de roca puntiaguda, como un palo, que parecía haber sido creada por la naturaleza para castigar a los imprudentes que se atreviesen a turbar su soledad. No queriendo sufrir una muerte tan espantosa como la que se reserva a los criminales de algunos países de Oriente, me sentí invadido por una gran energía. Y así, con movimientos rápidos, logré subir hasta llegar a la parte superior del paso.

Envalentonado por este éxito, continué la escalada poniéndome en cabeza de nuestra cordada. Más arriba, experimenté algunas dificultades a la hora de subir un muro de cuatro o cinco metros, vertical y con escasos puntos de apoyo. Pero gracias a las cualidades adhesivas de los vestidos que recubrían mi abdomen, acabé por triunfar.

Poco después de este último obstáculo, pisaba la modesta cima del Moine. Ninguna nube manchaba el azul resplandeciente del cielo y el día era tan claro que parecía imposible que aquel esplendor pudiera marchitarse.

Permanecemos en la cumbre durante largo tiempo, entregados a la contemplación de las imponentes murallas adornadas con finos encajes de nieve que, desde el Dru hasta los Charmoz, nos rodeaban constituyendo un círculo montañoso que no tiene rival en todos los Alpes.

Y mientras Francia empezaba a recobrar un equilibrio inestable, tras una de las más graves convulsiones de su historia, nosotros estábamos solos en la montaña. Nos invadía un silencio mineral. En medio de aquella paz, sentí confusamente que en adelante nada me importaría tanto como estos puntos de la tierra, llenos de grandiosidad y pureza; esas regiones en las que cada rincón reserva la promesa de unas horas exaltantes.

Esta ascensión a la Aiguille du Moine fue de una importancia decisiva para la futura orientación de mi vida. De forma parecida a Guido Lammer, «destinado desde la infancia a ser víctima de las crueles rupturas, de los conflictos y desórdenes del pensamiento, y de la vida moderna, tendí los brazos ansiosamente hacia la armonía y la paz interiores, y las busqué en la soledad de los Alpes».

El fácil éxito que había conseguido me dio la confianza indispensable en mis fuerzas físicas y morales para abordar las grandes escaladas, único campo donde el alpinismo abandona claramente sus componentes deportivos o turísticos. Si «desde la infancia encontré mi mayor diversión en los innumerables espectáculos que ofrece la misteriosa naturaleza de las grandes altitudes, y si he luchado hasta hoy con un fervor creciente por captar su mensaje mudo, fue en las ascensiones y en las escaladas, en la dura aventura y en la victoria sobre los peligros donde desde siempre residió para mí la amansa dulzura y lo mejor del alpinismo. Sería ridículo esforzarse por alcanzar las cumbres a costa de largas luchas y mil sufrimientos, en medio de mil peligros mortales y por los itinerarios más inverosímiles, si no se buscara nada más que unos instantes de contemplación y de recogimiento apacible. Este mismo objetivo nos lo podría proporcionar sin más problemas el funicular. No, no se

trata de eso. Desde mis primeras escaladas, he reconocido que la práctica apasionada del alpinismo y la constante amenaza de un peligro, que nos sacude hasta lo más profundo de nuestro ser, son el origen de poderosas emociones morales y hasta religiosas, y seguramente están repletas de una elevada espiritualidad» [Guido Lammer].

Aquel verano realicé muchas ascensiones acompañado, la mayor parte de las veces, por el oficial con el que subí al Moine. Me entregué con embriaguez a esta vida de acción intensa y de aventuras gratuitas, incesantemente renovadas. En ellas encontré una felicidad perfecta, porque «en las cimas hechizadas por la acción de los elementos desencadenados, se vacía la copa, desbordante de espuma, a grandes tragos, en la embriaguez de la acción que no conoce obstáculos» [Guido Lammer].

Pero lo cierto es que, si bien entre una escalada y otra leía a Lammer con pasión, y encontraba en este lenguaje romántico la expresión luminosa de algo que solamente sentía de manera confusa, yo no era en absoluto un alpinista intelectual, sino más bien una especie de joven animal fogoso que saltaba de cima en cima como una cabra sobre las rocas. No ambicionaba la gloria, e incluso las más modestas escaladas me volvían loco de alegría. La montaña sólo era para mí un maravilloso reino en el que, debido a un extraño sortilegio, me sentía más feliz.

Al multiplicarse las experiencias, mis adelantos técnicos fueron muy rápidos, aunque pasé alternativamente por fases de fáciles progresos y de aterradores estancamientos.

En la arista norte de Chardonnet, como la última pendiente era de hielo, mi compañero tallaba pequeñísimos escalones que, aparte de su reducido tamaño, tenían el inconveniente de tender a inclinarse sobre el vacío. Como yo estaba convencido de que todo aquello era normal, subía completamente tranquilo apoyándome en las dos puntas anteriores de mis crampones. Y seguramente hubiera continuado así, hasta alcanzar la cumbre, si no me hubiera dado cuenta de que detrás de nosotros una cordada, célebre por sus ascensiones de gran envergadura, tallaba furiosamente el hielo para triplicar la superficie de nuestros escalones. Al ver aquello, surgió la duda en mi alma, y al mismo tiempo la inquietud. Inmediatamente me di cuenta de lo peligroso que era nuestro avance sobre aquellos escalones minúsculos, por los que subíamos sin ninguna seguridad. Bastaba un movimiento en falso de uno de nosotros, o el hundimiento de un escalón, para que resbalásemos sin remedio hacia el precipicio que se abría bajo nuestros pies.

De golpe, me sentí paralizado por un intenso vértigo, y me negué a dar un paso más en tan azarosas condiciones. Fue necesario excavar auténticas «bañeras» para recuperar mi confianza y permitirme acabar la ascensión.

En aquella época, la mentalidad y las ideas de la mayor parte de los alpinistas franceses eran muy diferentes de las actuales. La travesía del Grépon estaba entonces considerada como una importante ascensión que exigía grandes dotes de escalador y varios años de práctica en la montaña. Aunque actualmente sea corriente, en aquella época nadie se hubiera atrevido a lanzarse a esta travesía sin haber adquirido, con anterioridad, una gran experiencia.

La subida al Grépon por la vertiente Mer de Glace, la vía Mayer-Dibona de la Dent du Requin, la vía Ryan a la Aiguille du Plan, la travesía de las Aiguilles du Diable, estaban consideradas como grandes escaladas, y, en el fondo de mi corazón, ambicionaba realizarlas algún día. La cara norte de

las Grandes Jorasses e incluso la de los Drus estaban generalmente consideradas como inaccesibles para individuos normales. Se creía que el que trataba de escalar paredes como esas debía ser o un loco fanático —calificativo que se aplicaba, sobre todo, a los grandes escaladores de origen germánico o italiano—, o bien uno de esos superhombres, uno de esos supercampeones que aparecen en todos los deportes, como máximo, uno o dos cada diez años.

Como no me sentía movido por fanatismos de ningún tipo, ni pensaba que fuera un ser excepcional, la idea de realizar algún día las más grandes escaladas no se me pasaba por la imaginación. Veía a los raros fenómenos que se arriesgaban a lanzarse a tales empresas con la misma compasión admirativa que actualmente muestran algunos de mis interlocutores en sus rostros.

A finales del verano de 1940, había realizado una bonita serie de escaladas clásicas, y si no me hubiera dejado impresionar por la aureola legendaria que rodeaba, en aquella época, a la más mínima escalada y al más frágil alpinista, habría sido capaz de realizar con éxito ascensiones de gran envergadura y de gran dificultad.

Había adquirido un notable conocimiento de la montaña y un excelente «sentido del itinerario». Era, además, extraordinariamente rápido en el «terreno medio». Por el contrario, mi técnica en la escalada de roca y en la de hielo era todavía rudimentaria. Pero lo cierto es que mi mayor limitación estaba más en el lado subjetivo de la dificultad que en la dificultad considerada en sí misma. La sola idea de escalar un paso con fama de peligroso me proporcionaba la sensación del gladiador en el momento de pasar a la arena del circo. Para vencer esta aprensión, necesitaba forzar al máximo mi voluntad.

Así, por una mala interpretación del texto de las «guías de itinerarios», en varias ocasiones me ocurrió que logré franquear con la mayor facilidad el paso clave de una escalada, mientras que, en un punto más fácil y que por error yo había creído que era el clave, me veía sacudido por temblores.

A veces, tenía golpes de audacia que hoy en día me sorprenden, y cuando me acuerdo de la forma en que me lanzaba a franquear algunos pasos, todavía se me estremece toda la columna vertebral.

En el curso de una ascensión al Cardinal, subí erróneamente por una chimenea lisa y desplomada, pero conseguí superar el obstáculo apoyándome precariamente en una delgada piedra que logré encajar entre las dos paredes. Cuando muchos años después el azar me condujo de nuevo a la misma montaña, me aparté, voluntariamente, del camino más indicado para volver a escalar aquella chimenea de mi juventud. A pesar de ir equipado con suelas «Vibram» y de tener unos diez años de experiencia en las paredes más difíciles del macizo del Mont Blanc, fui incapaz de franquear los últimos metros. Sin duda, el mayor peligro del alpinismo es la inconsciencia de la juventud.

Durante los meses que siguieron a este verano de 1940 —mientras gozaba de la quietud de unos Alpes desiertos donde había podido, por fin, «degustar a mordiscos» los apetecibles frutos de roca y hielo—, la vida parecía organizarse en torno al desorden del mundo. Para los hombres que habitaban los valles más altos, nada o casi nada parecía haber cambiado. Los turistas habían regresado, y el dinero volvía a correr con su alegre tintineo. Las carreras de esquí, que cada domingo reunían en torno a los cronómetros a toda una ardiente juventud ávida de emociones fuertes y de gloria fugitiva, habían empezado a disputarse de nuevo con tanto ardor como antes.

Estos meses de invierno señalaron el apogeo de mi carrera de esquiador. En diciembre fui

seleccionado para participar en los entrenamientos preparatorios para la formación del equipo nacional francés de esquí. La temporada de verano me había dado una forma física excepcional, y había ganado confianza en mí mismo, elemento indispensable para abrirse camino hacia la victoria. Parecía muy probable que lograría calificarme para entrar en el equipo nacional, pero una desgraciada caída me causó una herida bastante considerable en la rodilla. Apenas pude recuperarme a tiempo para participar en los campeonatos de la región del Dauphiné, mi zona. Sin embargo, participé y conseguí la victoria en la carrera de descenso, el eslalon, e incluso en la clasificación combinada de las cuatro pruebas. En aquella época se tuvo la demencial idea de hacer disputar a todos los concursantes no sólo las pruebas de descenso y de eslalon, sino también especialidades de una técnica tan diferente como el salto y la carrera de fondo en todo tipo de terrenos.

Algunos días después, en el Campeonato de Francia, y gracias a la suerte, me clasifiqué en segundo lugar en la combinada de descenso y eslalon, y tercero en la combinada de las cuatro pruebas. Más adelante, en esa misma temporada, hubo un giro de la fortuna y, cuando en el Grand Prix de l'Alpe-d'Huez, a cien metros de la llegada, iba con varios segundos de ventaja en cabeza del equipo nacional francés, me molestaron los espectadores y perdí el primer puesto por 1/5 de segundo.



El apogeo de mi carrera de esquiador...

Más tarde, en los campos empapados, las últimas nieves dieron paso a las delicadas corolas de las primeras flores, y tuve buenas razones para creer que la esperanza, largamente acariciada, de alcanzar los altos destinos del deporte no era, simplemente, el sueño de un niño insensato. Me habría

reído en las narices de quien entonces me hubiera augurado que, durante años, iba a disfrutar muy poco de la embriagadora y sobrehumana sensación que da la intensa concentración imprescindible para luchar contra el tiempo.

En casa de mi madre tenía techo, comida y algún dinero para mis gastos, y llevaba unos meses viviendo tan libremente como una cabra montés de las alturas. Carecía de obligaciones sociales y de cualquier trabajo, aparte del que buenamente quisiera imponerme a mí mismo. Animado por un gusto hacia el esfuerzo, rayano en el frenesí místico, llevaba una vida activísima en condiciones casi ascéticas. Desde primeros de diciembre hasta finales de mayo, los entrenamientos de esquí y las innumerables competiciones en las que participaba, normalmente en las cuatro pruebas, no me dejaron casi tiempo libre. Por eso, apenas podía dar algunas lecciones de esquí, con las que trataba de completar el escaso dinero que necesitaba para mis gastos.

Durante el verano, acumulé ascensiones al ritmo de un guía profesional. En medio de toda esta intensa actividad, todavía encontraba la manera de dar larguísimos paseos en bicicleta y practicar la natación, el atletismo y la gimnasia.

Tengo que reconocer que mis actividades culturales eran mucho más moderadas, limitándose a la lectura de algunos libros, cuyo carácter intelectual contrastaba con la otra vertiente, esencialmente física, de mi existencia. Fue más o menos en esta época cuando leí gran parte de la obra de diversos autores, entre los que destacaré aquí a Balzac, Musset, Baudelaire y Proust.

Al darme cuenta de que aquella forma de vida reposaba sobre bases frágiles, sentía una grave preocupación por mi futuro. De no ser por ese factor, esta rica existencia en acción me hubiera satisfecho plenamente, porque, al igual que hoy en día, pensaba que una actividad no es más noble por el hecho de ser más lucrativa. Además, el dinero es sucio y, a su paso, lo mancha todo. Entonces, y actualmente, lo que más me importaba era la acción y no su precio; porque la acción, en sí misma, posee un valor.

Solamente los espíritus vulgares podrán pretender convencernos de que el «trabajo» del acróbata de circo, que cobra por cada uno de sus movimientos, tiene más valor que el esfuerzo del gimnasta que, arriesgando su porvenir, su salud e incluso su propia vida, consagra gratuitamente lo mejor de sí mismo a la búsqueda de un ideal, de increíble mérito, que él se ha forjado.

Mi vida no ha sido más que un largo y delicado equilibrio entre la acción gratuita, que correspondía al ideal de mi juventud, y la honorable prostitución, que aseguraba mi pan cotidiano. ¿Qué espíritu vulgar puede pretender que la prostitución útil valga más que las hazañas gratuitas? Por otro lado, aparte de las sociedades primitivas, en las que cada actitud encuentra su razón en el instinto de conservación de la especie, ¿en qué consiste realmente una acción útil? Si, a fin de olvidar el vacío de su existencia, hay muchos que se emborrachan de palabras, y hablan de su «misión» o de su «papel» o de su «utilidad social», lo cierto es que todas estas palabras son convencionales y carecen de sentido. En nuestro mundo anárquico y superpoblado, ¿cuántos pueden enorgullecerse de ser realmente útiles? ¿Son útiles los millones de intermediarios que con sus títulos de honorabilidad entorpecen la marcha de la economía? ¿O los millones de chupatintas condecorados, titulares de canonjías que arruinan al Estado y paralizan la administración, y los

millones de taberneros, cronistas, abogados y charlatanes que, mañana mismo, podrían ser suprimidos en bien de todos? ¿Y son útiles los médicos que, en las grandes ciudades, se disputan la clientela como perros hambrientos, mientras por todo el mundo hay hombres que mueren faltos de cuidados? En este siglo, en el que cien veces se ha demostrado que la organización racional permite reducir bastante el número de hombres necesarios en cada tarea, ¿cuántos pueden asegurar que son una de las ruedas verdaderamente útiles para la gran máquina del mundo?

Al terminar el invierno de 1941, comprendí que los frágiles cimientos de mi libre y maravillosa existencia se hacían más inestables cada día. Era evidente que, a pesar de su inmensa bondad, mi madre no podía mantenerme siempre como si yo fuera un caballo de pura raza. Fue entonces cuando llegó a mis manos una cuerda salvadora.

# Primeras conquistas

Los dirigentes de aquel momento habían sustituido el tradicional servicio militar por un ideal de virilidad, de civismo, de espíritu de equipo y de amor al esfuerzo. Se había creado un nuevo servicio, llamado *civil*, cuyo objetivo oficial era la formación cívica, moral y física de la juventud. La institución estatal, encargada de hacer cumplir a los jóvenes de veintiún años este servicio de ocho meses, se autodenominaba Campos de la Juventud; pero paralelamente se había formado una institución similar de menor importancia que se llamaba Juventud y Montaña, o J. M., como entonces solía decirse para abreviar.

En esta organización de elite, en la que sólo podían entrar voluntarios, se intentaba incrementar el valor humano de los jóvenes mediante la práctica del alpinismo, del esquí, y, en general, de una vida dura en la montaña.

J. M. estaba dotada de un cuadro de instructores de esquí y de alpinismo, compuesto por guías y monitores profesionales. También había muchachos que, ya entonces, eran buenos esquiadores y alpinistas, los cuales ingresaban aprobando unos exámenes especiales bastante difíciles. Los salarios eran modestos, pero esta existencia entregada completamente a la montaña parecía apasionante.

Yo tenía las aptitudes necesarias para poder aprobar fácilmente los exámenes de ingreso en ese cuadro de instructores, y me daba cuenta de que allí encontraría una forma de sufragar mis necesidades materiales llevando, al mismo tiempo, una vida que podía satisfacer mis aspiraciones. Como, de todas formas, faltaban pocos meses para que me llamaran para cumplir mi servicio civil, decidí adelantarme ingresando como voluntario en J. M. En los primeros días de mayo me incorporé y fui destinado al Centro de Beaufort.

Durante esta época de guerra, en todos los sectores la inestabilidad de las condiciones de existencia fomentaba un estado permanente de desorganización o, más exactamente, de organización improvisada. Esto daba a la vida un aire de fantasía, que en la época de la productividad sólo respirábamos raras veces.

J. M. se encontraba todavía en fase de formación y, por ello, en esta organización se compaginaba un desorden descabellado junto a una rígida disciplina militar. Durante los primeros días, después de mi llegada en compañía de otros treinta novatos, me ordenaron que plantara patatas. Más tarde, debido a uno de esos misteriosos mecanismos que parecen articularse automáticamente cada vez que se pone en marcha una organización colectiva, me nombraron encargado de las mulas, cuando este trabajo lo hubiera realizado mucho mejor alguno de los reclutas de origen campesino, los cuales constituían al menos la tercera parte de los que estábamos allí.

Desde mi infancia, yo había estado familiarizado con las vacas, pero jamás había tocado una mula. Como había oído decir que estos animales eran malvados, traidores y capaces de dar unas coces terribles, experimenté a su lado un temor sagrado y legítimo.

Cuando el jefe me anunció cuál iba a ser mi destino a partir de entonces, le pregunté, crispado por la inquietud, en qué consistiría mi papel. Con esa concisa precisión que caracteriza a los verdaderos jefes, me respondió:

—Muy fácil: te vas a la cuadra, llevas las mulas a beber al abrevadero de la plaza, les das de



comer a razón de una gavilla de paja cada cuatro y limpias la cuadra. De momento, eso es todo.

Lo que no se acordó de decirme fue que, como el nombramiento del nuevo encargado de mulas había seguido su curso administrativo, aquellos animales habían estado sin beber ni comer durante dos días.

Entré en la cuadra con la inocencia de un catecúmeno que va a recibir el bautismo. Casi no me di cuenta de que los animales se agitaban de forma anormal, y, cuando lo percibí, me dije: «Será porque todavía no me conocen».

Después de esquivar, por muy poco, una coz que hubiera podido enviarme directamente al paraíso, conseguí meterme entre dos mulos y soltarles. A continuación, me deslicé junto al pesebre y logré soltar a cuatro más. Sólo entonces me di cuenta de que acababa de cometer una imprudencia más grave que si hubiera tratado de subir el *couloir* Whympet a las cuatro de la tarde. Los mulos, completamente enloquecidos de hambre y de sed, se pusieron a corretear por todas partes, y uno de ellos, con la mirada despavorida, levantó los labios, dejando asomar unos grandes dientes amarillentos, y trató de morderme con muy mala intención. Solo me libré del mordisco gracias a la agilidad con que me pude subir al pesebre. De no haber sido por aquel salto, me hubiera pisoteado y coceado hasta matarme.

Me habría quedado, sin duda, allí arriba durante horas si no hubiera sido porque, como la puerta quedó abierta, los animales acabaron por salir de uno en uno y se repartieron por todo el pueblo cabalgando desenfrenadamente.

Sin embargo, tuve mucha suerte, porque me relevaron muy pronto de mis funciones de encargado de mulas, y pasé a formar parte de un equipo que preparaba un nuevo acantonamiento en los pastos de Roselend, a 1800 metros de altitud.

El chalé en el que nos teníamos que instalar era de construcción bastante primitiva. Carecía completamente de todo el material indispensable para la vida de un grupo, aun en las condiciones más rústicas. Allí no había ni fogón, ni camas de campaña, ni tampoco colchones o colchas. Teníamos que montar todo esto lo más rápidamente posible. Pero como la aparición de la primavera había sido muy tardía, Roselend estaba aún medio enterrado bajo la nieve, y el camino era absolutamente impracticable en sus últimos cuatro o cinco kilómetros. En tales condiciones, el único medio de transporte posible eran nuestras espaldas.

El trabajo de mi equipo consistía esencialmente en realizar esta tarea de transporte. Sólo estábamos obligados a hacer un único *viaje* al día, con una carga media de cuarenta kilos, que exigía alrededor de tres horas entre ida y vuelta. Este trabajo era relativamente breve, pero requería un vigor físico mayor de lo corriente, sobre todo, teniendo en cuenta que dormíamos en el suelo, comíamos muy mal y, por tanto, nuestra subsistencia misma exigía un constante esfuerzo.

Por esta razón, el equipo estaba formado por personas especialmente fuertes. Es, sin duda, por lo que yo fui escogido. Habitado a trabajar con los mulos, ¡estaba destinado a reemplazarlos cuando fuese necesario...! La dura vida que llevábamos en Roselend me iba de maravilla. Pero tres horas de trabajo, incluso del más penoso, eran insuficientes para agotar mi dinamismo; así que me las ingeniaba para encontrar el medio de gastar todas mis fuerzas. Cada día, me levantaba antes del amanecer, y con algunos compañeros a los que conseguía liar, subía con los esquís a la Grande

Berge, cima que domina Roselend, de donde la separan 600 metros de desnivel.

Tras un rápido y embriagador descenso, y con el desayuno engullido, salía para realizar un primer porteo. A mediodía, en lugar de descansar, hacía voluntariamente un segundo porteo. Como las cargas me parecían demasiado ligeras, cada día me cargaba un poco más. Ante el ejemplo, otros porteadores, picándose, querían realizar *viajes* todavía más pesados. Pronto esto se convirtió en una verdadera competición diaria y llegábamos a portear hasta sesenta kilos.

Es preciso decir que en estos primeros tiempos de J. M. reinaba un espíritu de equipo, una atmósfera de buen humor, de animación y de compañerismo que entusiasmaba. Éramos sin duda muy ingenuos, pero muchos de nosotros estábamos realmente animados por un ideal por el que estábamos dispuestos a dar todas nuestras fuerzas. En este ambiente de excitación colectiva y de trabajo agotador, he vivido algunos de los días más intensos y felices que se puedan imaginar. Y es que «la fuerza desbordante está para derrocharse sin límite»<sup>[3]</sup>.

Cuando se fundía la nieve, nuestra vida de equipo se organizaba de manera muy diferente. El tiempo se repartía entre los trabajos de leñador, el esquí de montaña, la educación física y, de una forma más modesta, la escalada.

Los monitores alpinos desarrollaban un trabajo puramente técnico. La organización general y el respeto de la disciplina estaban garantizados por *jefes* de distintos grados. Éstos eran, en su mayor parte, oficiales o suboficiales de carrera que provenían del desaparecido ejército del aire. La mayoría de ellos no sabía nada de montaña, y algunos la detestaban cordialmente. Por esta simple razón, a pesar del entusiasmo de casi todos los monitores y de los *voluntarios*, la actividad alpina no estaba atendida como era debido.

La orientación de la vida de cada grupo dependía, sobre todo, de su jefe. Éste, según sus gustas, tendía más o menos hacia el esquí, el alpinismo, las excursiones, el trabajo manual o las actividades culturales. Por suerte, de modo excepcional, nuestro jefe era un antiguo suboficial de las tropas alpinas y, lo que es más, un alpinista experimentado y antiguo Bleausard<sup>[4]</sup>.

Gracias a él, nuestro tiempo se empleaba principalmente en largas excursiones con esquís por las crestas altas del Beaufortain, así como en entrenamiento de escalada. Con este fin, nos hizo acondicionar varias *escuelas de escalada* en las elegantes agujas y grandes paredes de caliza que dominan Roselend. Al menos dos veces por semana, estábamos obligados a realizar medio día de entrenamiento para la escalada. Durante estas sesiones, no tenía ninguna dificultad para superar a mis compañeros; sólo uno, llamado Charles, muy dotado físicamente, me aventajaba. El resultado eran divertidas competiciones en las que, perfectamente asegurados con la cuerda, nos adelantábamos con espectaculares acrobacias.

Fue en esta época cuando conocí a Gastón Rébuffat, que estaba destinado a un equipo instalado en el pintoresco valle de Arèche, lleno de espesos bosques de abetos y de verdes praderas salpicadas de viejas casas de campo. Como en ese paisaje bucólico no había rocas para poder practicar la escalada, este grupo no tenía más remedio que subir a nuestras *escuelas* de Roselend.

Un día, cuando su grupo vino a entrenarse, fue sorprendido por la lluvia y todos sus miembros acudieron a refugiarse a nuestro chalé. Alguien me dijo que entre aquellos jóvenes había un marsellés, llamado Rébuffat, excelente escalador, que decía haber realizado algunas grandes

ascensiones. Como yo había oído hablar de ese maravilloso terreno para la escalada que constituyen las Calanques de Marsella, aquella noticia me emocionó y quise enseguida que me presentaran al fenómeno.

En esa época, el trato de Rébuffat resultaba desconcertante. Era un tipo alto, delgado, tieso, y con un rostro siempre levantado, animado por dos ojillos negros de mirada penetrante. Tenía una forma de actuar afectada y hablaba de modo rebuscado. Todo esto contrastaba cómicamente con su marcado acento marsellés.

El personaje me sorprendió un poco; pero, tras un primer contacto muy difícil, pronto se estableció una simpatía recíproca, y estuvimos toda una mañana paseando bajo la lluvia y charlando sobre la montaña.

Como puede imaginarse, los dos nos preguntamos por nuestros éxitos en la escalada. Me quedé muy sorprendido cuando supe que, sin más experiencia que la técnica de la escalada acrobática adquirida en las Calanques, Rébuffat había realizado ascensiones de alta montaña de una dificultad que correspondía al límite de mis ambiciones. La conversación nos llevó a hablar de nuestros proyectos. Los suyos me parecieron completamente extravagantes. Su concepción del alpinismo, hoy corriente, se adelantaba a su época, y para mí era totalmente nueva.



Para todos los alpinistas que había conocido hasta entonces, la escalada de montañas era algo parecido a un arte religioso, con sus tradiciones, sus jerarquías y sus tabúes. En esta capilla, el racionalismo no podía entrar bajo ninguna excusa. Como yo había crecido entre los sacerdotes, seguí ciegamente todos sus ritos y acepté todos sus postulados.

Para Rébuffat aquellas ideas no eran más que necedades y secuelas de tiempos revueltos. Su espíritu escéptico estaba libre de todos estos prejuicios. Cuando se le oía hablar, uno acababa pensando que lo más importante del alpinismo era poseer una gran maestría en la escalada en roca, porque para todo lo demás bastaban la voluntad y el valor. Para apoyar su teoría, Rébuffat citaba nombres de algunos ilustres escaladores alemanes e italianos que, sin más experiencia que la de los Dolomitas y los Alpes calcáreos orientales, habían triunfado en las más formidables ascensiones de alta montaña. Siguiendo una lógica implacable, mi nuevo conocido afirmaba que lo que habían hecho los italianos y los alemanes también lo podían llevar a cabo los franceses. Y, llevando su razonamiento hasta el final, llegaba a la conclusión de que, como —justificadamente— se creía dotado de una notable fuerza de voluntad, de un gran valor y de una excelente habilidad como escalador de roca, pronto lograría triunfar en la escalada de las paredes alpinas más difíciles. Incluso proyectaba intentar la ascensión del espolón Walker de las Jorasses y hasta la de la cara norte del Eiger, que estaban consideradas como las más importantes de los Alpes.

## Eiger et Walker \*

Les deux plus grands et plus beaux problèmes alpins qui restaient encore à réaliser dans les Alpes Occidentales ont été résolus cet été. Les 21, 22, 23 et 24 juillet, les Allemands Andreas Heckmair et Ludwig Vörg, Heinrich Harrer et Fritz Kasperek ont enfin escaladé la face Nord de l'Eiger; et les 4, 5, 6 août les Italiens Riccardo Cassin, Gino Esposito et Ugo Tizzoni ont gravi l'éperon Nord de la Pointe Walker des Grandes Jorasses.

*Nota de Lucien devies en la revista Alpinisme, 1938: «Eiger y Walker. Los dos mayores y más bellos problemas alpinos que quedaban todavía por resolver en los Alpes Occidentales han sido solucionados este verano. Los días 21, 22, 23 y 24 de julio, los alemanes Anderl Heckmair, Ludwig Vörg, Heinrich Harrer y Fritz Kasperek han escalado por fin la cara norte del Eiger; y los días 4, 5 y 6 de agosto, los italianos Riccardo Cassin, Gino Esposito y Ugo Tizzoni han escalado el espolón norte de la Punta Walker de las Grandes Jorasses».*

Para mí, que practicaba el alpinismo de una forma completamente instintiva porque, cuando los glaciares centelleaban bajo el sol y las agujas se perfilaban sobre el azul límpido del cielo, sentía subir por mis músculos una furiosa necesidad de acción, esta metódica voluntad, estas teorías racionales, esta confianza en sí mismo y esta fría ambición me resultaban pasmosas. Al oír su discurso, me sumergía en una indefinible mezcla de escepticismo divertido, de respetuosa admiración y de vago deseo.

Algún tiempo después de este encuentro me eligieron para realizar un curso de jefe de cordada en el Centro-Escuela de J. M., que se encontraba en La Chapelle-en-Valgaudemar, al sur del macizo del Oisans. Charles, mi rival, y Rébuffat, también debían participar. En Roselend, nuestro primer jefe

había sido sustituido, y la buena vida que habíamos disfrutado desapareció con él. Ahora estábamos bajo las órdenes de un bruto de mente estrecha, que nos obligaba a pasar el día ocupados en trabajos pesados y desorganizados. Llevábamos una existencia sin objetivos que empezaba a resultarme pesadísima. El anuncio de esta partida hacia alta montaña me llenó de felicidad. Algunos compañeros me aseguraron que, cuando el jefe nos leyó la orden en la que se me designaba para el curso, a pesar del rígido «¡firmes!», mi rostro se iluminó tan intensamente por la alegría que todos se dieron cuenta.

Viviendo desde hace años en el civilizadísimo valle de Chamonix, donde los teleféricos, los funiculares y los cómodos refugios hacen menos ruda la práctica del alpinismo, y habituado a la elegante majestuosidad de las agujas, al esplendor de las masas glaciares del Mont Blanc y a la seductora tranquilidad del verdor de los Alpes de Saboya, según llegaba a La Chapelle-en-Valgaudemar, experimenté una sensación de estar fuera de mi país casi tan violenta como la que habría sentido si hubiera desembarcado en el Tíbet.

En este valle todo era nuevo para mí, tanto la naturaleza como los hombres. No había elegantes agujas, parecidas a llamas inmensas, que se elevan hacia el cielo con un impulso prodigioso ni glaciares imponentes cuya brillante blancura, en contraste con el azul del cielo y el verde de los pastos, da al paisaje una vida y una alegría que alivian el corazón. Ni rastro de grandes praderas con flores multicolores que parecen simbolizar la riqueza, ni de prósperos rebaños cuyo tintineo de cencerros subraya la paz de la naturaleza. No se veían vastos y sólidos chalés cuyos anchos tejados parecen estar hechos para la eternidad; ni ruidosas villas plagadas de turistas; ni aparatos metálicos llegados para perturbar la soledad de las cimas.

Aquí, la naturaleza dura y salvaje permanecía casi virgen y los hombres parecían vivir en otro siglo. Las cumbres de crestas redondeadas, parecidas a los castillos en ruinas, caían sobre oscuras paredes desmanteladas, pedreras inmensas y áridos pastos de hierba áspera. Sólo algunos corredores de nieve sucia y los delgados glaciares cubiertos de guijarros daban una nota más clara a este paisaje de austera belleza.

Al pie de estas cumbres poco amables, un estrecho valle difícilmente encuentra su sitio. Los hombres parecían recién salidos de la Edad Media; vivían miserablemente, en primitivas casitas de piedra con el techo de paja musgosa, disputando a una naturaleza hostil hasta la más mínima pulgada de terreno cultivable, hasta el punto de que, en las lindes de la montaña, las estrechas praderas de hierba baja y los campos de cereales poco frondosos se infiltraban a través del pedregal como un encaje verde y amarillo.

En el pueblo de La Chapelle, la carretera asfaltada y algunos hotelitos representaban la vanguardia del mundo moderno que acababa de penetrar allí. Pero, a medida que se iba remontando el valle, las huellas de la civilización se borraban poco a poco. Al fondo, el villorrio de Rif-du-Sap llevaba una vida más primitiva que muchos pueblos del Himalaya.

Esta naturaleza salvaje y esta vida rústica de Valgaudemar desprendían una austera poesía. Desde el principio, me sentí hondamente poseído por el sabor áspero de esta tierra del fin del mundo. Muchos años después, cuando he tenido la suerte de visitar las montañas de Asia y de América, he sentido la misma embriaguez que percibí cuando estuve en este alto valle perdido.

La Escuela de profesores y monitores de J. M. ocupaba unos viejos edificios situados en el centro del pueblo de La Chapelle. Como seguíamos simultáneamente un curso de jefe de equipo y otro de jefe de cordada, nuestra existencia era tan dura y tan activa que hoy, si no hubiera tomado notas de aquella época, caería en la tentación de creer que el paso del tiempo me hace exagerar los recuerdos.

Las subidas que cada semana hacíamos a la montaña eran muy diferentes a las que yo había realizado en el macizo del Mont Blanc. Las escaladas eran escasas y nunca difíciles. Se trataba más bien de subidas fáciles, precedidas de larguísimas marchas de aproximación a través de los pendientes pastos de hierba resbaladiza, de las madrigueras y de las laderas llenas de rocas desmoronadas y poco estables.

La regla de la Escuela consistía en hacernos subir a lejanos refugios, cargados como mulos y, casi siempre, a ritmo de carrera. También las ascensiones se realizaban a tal velocidad que la mayor parte de los alumnos del curso acababa completamente extenuados. Dada la escasez de alimentos que nos daban en aquellos tiempos de restricciones, estas salidas a la montaña eran agotadoras, incluso para los más robustos. Cuando al cabo de dos, tres y hasta cuatro días, regresábamos al Centro, estábamos todos medio muertos.

Sin embargo, en lugar de dejarnos descansar el resto de la semana, una disciplina de hierro nos imponía diariamente de diez a catorce horas de trabajo. Nos levantábamos a las seis de la mañana y, generalmente, no caíamos sobre nuestro jergón hasta medianoche, sin haber tenido otro tiempo de reposo que el de la comida. Aunque, realmente, no sé si podía considerarse comida lo que nos daban: unas pocas legumbres mal preparadas, acompañadas por un único elemento nutritivo: las innumerables moscas que se pegaban en los platos.

Estas largas jornadas comenzaban con unos tres cuartos de hora de gimnasia, llevados a un ritmo endiablado. El resto de la mañana quedaba ocupado con diversos tipos de trabajos manuales, por ejemplo, cortar leña, arreglar caminos, etcétera. La tarde empezaba con una sesión en la escuela de escalada, y continuaba con varias horas de conferencias y estudio. Después de la cena, teníamos que soportar todavía unas veladas culturales, o bien sesiones preparatorias para una especie de representación de *music-hall*, a la que llamaban *desbloqueo* y que debía celebrarse el día de la clausura del curso.

Naturalmente, todos estos trabajos había que realizarlos a ritmo de competición, y hasta el más mínimo desplazamiento lo teníamos que hacer marcando el paso y cantando.

El método de formación del Centro-Escuela de J. M. parecía inspirarse en el de las escuelas militares y ¡cada día podíamos constatar lo bueno que era...! Por poco escuchadas que parezcan las ideas que surgen del cerebro de los militares, se debe convenir que los pedagogos con galones han concebido estos métodos en un tiempo en el que los hombres recibían una alimentación suficientemente rica y equilibrada como para tener algo de suerte para soportar una existencia tan penosa. Ahora bien, en estos tiempos en que Francia se moría de hambre, éste no era, de ninguna manera, el caso.

Al cabo de veinte días, más de la mitad de los jóvenes que acudieron al curso estaban completamente agotados, y el resto se encontraba en un estado físico más o menos deficiente. Casi



sin excepción, todos éramos víctimas de una desagradable enfermedad, debida sin duda al empobrecimiento de la sangre. El más pequeño arañazo se nos infectaba, transformándose en unas costras que, supurando, se mostraban rebeldes a todos los intentos de tratamiento exterior y que, además, diariamente tendían a hacerse más anchas. En diversos grados, todos teníamos las manos, los antebrazos, las piernas y hasta los pies cubiertos de esas heridas mal curadas y dolorosas.

Aunque comenzó con entusiasmo, el curso se transformó en una especie de infierno a medida que pasaban los días. Sin el soplo del ideal de energía y grandeza que rugía en nuestros pechos y nos daba fuerzas insospechadas, tales pruebas habrían sido insoportables. Pero... en el fondo pensábamos que quienes se revelaban incapaces de aguantar esta ruda existencia no merecían ser llamados hombres... Si hubiese sido de otra manera: ¿no habríamos buscado el descanso en las camas de la enfermería, o incluso en la libertad de la deserción?

Se podría pensar que los jefes que nos imponían una existencia tan inhumana eran animales salvajes, verdugos sanguinarios, o nazis dignos de servir en las SS. Nada sería más falso, pues eran, por el contrario, hombres simpáticos e inteligentes en su mayoría, a menudo incluso dulces y sensibles. ¿Por qué aberración colectiva estos seres equilibrados se habían dejado adiestrar para aplicar métodos educativos tan insensatos? Eso será siempre un misterio para mí.

Afortunadamente, desde el segundo año se revisaron los ultrajes de esta educación viril y los procesos de formación del Centro-Escuela de J. M. fueron humanizándose considerablemente, hasta el punto de que, pasada la euforia, acabó por establecerse cierto abandono. Como resultado de estos primeros cursos, varios muchachos tuvieron graves lesiones en el corazón y en los pulmones, quedando minusválidos para toda su vida.

Por mi parte, aunque fui uno de los pocos que terminó el curso en condiciones físicas aceptables, estas cinco semanas me dejaron el recuerdo de un cansancio muy intenso, mayor incluso que cualquiera de los que más adelante experimenté. Es cierto que esta prueba me marcó profundamente en el aspecto moral y que, más tarde, en el transcurso de las grandes expediciones, he asombrado en ocasiones a mis compañeros por la facilidad con la que aceptaba el cansancio y el sufrimiento. Pareciendo extraordinarias, comparadas con las que conocí en La Chapelle, estas pruebas sólo me parecían, sin duda, juegos agradables.

Pero, finalmente, terminó el curso. Había hecho poco alpinismo y no había aprendido prácticamente nada en este terreno. Sin embargo, a pesar de aquellos malos ratos, no me arrepentía de haber estado aquellos días en Valgaudemar, sino todo lo contrario. Mis horizontes se habían ampliado, había conocido nuevas montañas y nuevos hombres y, especialmente, me había enriquecido gracias a la extraordinaria experiencia que tuve que soportar hasta el final. Constantemente habíamos oído: «¡No soñéis con una vida fácil! ¡No pidáis una tarea que esté a la medida de vuestras fuerzas! ¡Pedid, más bien, que vuestras fuerzas estén a la altura de vuestros deberes!».

También tuve la satisfacción, ciertamente mucho más mediocre, de haber sido el número uno en las pruebas técnicas y el segundo en la clasificación general. Rébuffat, más estudioso, había logrado superarme por algunos puntos y fue el primero.

A lo largo de estas cinco semanas de dura vida, pasadas el uno junto al otro, Gastón y yo

habíamos aprendido a conocernos, y, a pesar de que nuestros caracteres eran profundamente diferentes, nos habíamos convertido en grandes amigos. Las fatigas impuestas por el curso no consiguieron borrar el amor que los dos sentíamos por la montaña, ni nuestro deseo de realizar grandes escaladas.

Fue de esta manera como, apenas terminado el cursillo, Gastón quiso arrastrarme a la conquista de la famosísima cara noroeste del Olan.

Si nos arriesgábamos a regresar tarde al Centro, aceptando el severo castigo que nos iba a caer, teníamos la posibilidad de realizar esta ascensión. La propuesta de Rébuffat era muy tentadora y yo no tenía mucho miedo a los castigos de J. M., que frecuentemente consistían en hacernos cargar un saco de piedras de treinta o cuarenta kilos a lo largo de veinte o treinta kilómetros. Pero yo no estaba todavía preparado para escaladas de esa categoría y me había impresionado excesivamente el relato de la primera ascensión. La prudencia resultó ser más seductora que el deseo y no quise saber nada de lo que Rébuffat me proponía.

Al pasar por Grenoble, en el camino de regreso a Beaufort, las tentaciones del mundo civilizado nos parecieron demasiado fuertes y decidimos parar veinticuatro horas para descansar y, sobre todo, para tomar una comida decente. Después de una abundante cena y una buena noche, de nuevo nos sentimos llenos de fuerza y de entusiasmo.

A pesar de la perspectiva del saco de piedras, en lugar de volver a tomar el camino que nos iba a llevar a Beaufort, decidimos retrasar nuestra partida un día más, no para entregarnos de nuevo a las voluptuosidades de la gastronomía y de la buena vida, sino para escalar la Dent Gérard de las Trois-Pucelles. Teníamos intención de empezar por el Couloir Grange para ver si descubríamos un itinerario más interesante.

Ahora ya era un alpinista con experiencia, y esta nueva ascensión del Couloir Grange me pareció tan fácil que, incluso, me preguntaba cómo había estado a punto de perderme en mi primera tentativa. En cambio, la difícil variante, que aquel día inauguramos sobre las losas que separan la fisura Dalloz de la chimenea Sandwich, fue para mí una verdadera iniciación a las formas de la escalada acrobática, que hasta aquel momento no había practicado.

Gastón, tras haber efectuado un primer largo de cuerda con ayuda de muchas clavijas, se vio detenido por una pared extraplomada. Hizo varios intentos de superarla en escalada libre, pero todos fallaron. Después, yo intenté pasar. Y, cuál sería mi sorpresa cuando, a pesar de todo, logré franquear el obstáculo. A partir de aquel momento, se me abrieron nuevos horizontes.

Llegamos a Beaufort con cuarenta y ocho horas de retraso. Nuestro jefe, Testo Ferry, comandante del Centro, nos recibió de forma bastante inesperada. Era un hombre todavía muy joven, que se había distinguido por su valentía en los combates aéreos. Gustaba de las hazañas y la brillantez, y era evidente que el equipo que nosotros formábamos le resultaba agradable. Con una mirada alegre y una ligera sonrisa en los labios, nuestro jefe nos dijo más o menos:

—Ante todo, tengo que felicitaros por los brillantes puestos que habéis conseguido en el curso de jefe de cordada. Gracias a hombres de vuestro temperamento lograremos, creo, hacer una Francia valerosa. Y, como jefe del Centro Paturaud-Mirand, estoy orgulloso de vosotros. Pero lamento verme obligado a deciros que se os esperaba desde hace dos días en Chamonix, donde debéis incorporaros

a un campamento de alpinistas de alta montaña. Vuestro retraso ha producido considerables molestias en el buen funcionamiento de ese campamento, actualmente en marcha. Con el fin de no prolongar esta situación, partiréis hacia Chamonix dentro de pocos minutos; pero, como sería un ejemplo deplorable dejar sin castigo vuestra grave falta de disciplina, me veo obligado a imponeros como pena el corte de vuestros cabellos. Al cero, por supuesto. Dado lo avanzado de la hora, no será posible realizar este castigo antes de vuestra partida. Os doy, por tanto, la orden de deteneros en una peluquería, cuando paséis por Annecy o cuando lleguéis a Chamonix. Es inútil que os diga que, si la orden no es ejecutada, me veré obligado a castigaros con mayor dureza.

Este discurso, lleno de la grandilocuencia de la época y de cierto humor, no me sumergió en la consternación, sino que, por el contrario, me llenó de alegría. Ninguna noticia podía resultarme más favorable que el anuncio de partir hacia mis queridas montañas del Mont Blanc. En cuanto a mi cabello, el verme condenado a que me lo cortaran era más una recompensa que un castigo. Efectivamente, aunque en aquel momento yo tenía sólo veinte años, cada vez veía caer con mayor abundancia mi cabello, y algunos amigos me habían dicho que si se afeitaba completamente el cráneo se podía aplazar bastante la fatal calvicie. La vida, en éste como en otros muchos terrenos, me hizo comprender que pequé de ingenuo.

Cuando pasamos por Annecy, como teníamos que esperar unas dos horas a que saliera el autocar que nos llevaría a Chamonix, fuimos al peluquero más cercano. Gastón, que cuando oyó el anuncio del castigo mostró un profundo menosprecio idealista por el qué dirán y por las vanas coqueterías de este mundo, viéndose delante del peluquero perdió toda su soberbia y no se acordó ya del nobilísimo desinterés que había demostrado, horas antes, respecto a su pelo. Ante la idea de que, en poco tiempo, iba a ver en el suelo su hermosa y bella cabellera rizada, se quedó poco menos que aterrado. Con la voz ligeramente angustiada y los labios apretados en una sonrisa forzada, me sugirió tímidamente:

—¿No crees que el jefe se conformará con un corte a cepillo, de tres o cuatro centímetros de largo?

Sin embargo, yo me mostré como un infame hipócrita y le contesté:

—¿Qué dices? ¿No te avergüenza querer hacer una trampa así? Las órdenes son las órdenes; nuestro deber es cumplirlas hasta el final. Muchacho, ¡prepara la navaja y sácale brillo!

Y mientras yo observaba, radiante de alegría y de malicia, cómo mi cráneo se iba convirtiendo en una bola de billar, el rostro de Gastón, ya de por sí largo y triste, se estiró más y más al ver cómo su cabeza se iba transformando en una especie de tubérculo lleno de bultos y huecos.

Por suerte, Gastón era de carácter amable; pronto su naturaleza se recuperó y pudo reírse de su desventura. Durante los días que siguieron, se hacía tocar los bultos de la cabeza por todos los amigos, y les explicaba con expresión muy seria que tal bulto era el de las matemáticas, tal otro el de los negocios, etcétera.

A la mañana siguiente, el guía André Tournier, que estaba al mando del campamento de Montanvers, se vio sumido durante algunos minutos en una profunda inquietud cuando vio subir hacia su campamento, a paso rápido, a dos hombres cuyos cráneos afeitados brillaban bajo el sol de la mañana. Creyó que se trataba de soldados alemanes. En esa época, una visita así siempre era

inquietante...

Situado al lado del viejo hotel del Montenvers, que se hizo célebre por su magnífico emplazamiento por encima de la Mer de Glace, el campamento, a pesar de su nombre, estaba instalado en unas antiguas cuadras transformadas, un poco por encima, en dormitorios.

Cada domingo, una treintena de muchachos más o menos principiantes llegaba de Beaufort con el fin de realizar, durante una semana, un curso de alpinismo en alta montaña. Para recibir a toda esta gente, éramos teóricamente cinco guías y monitores. Pero uno de los guías, ya mayor, estaba a menudo cansado y enfermo, y uno de los monitores se vio incapaz de ir a las cordadas por otro sitio que no fueran recorridos muy fáciles. Prácticamente éramos tres para asumir todo el trabajo: Rébuffat, yo mismo, y, naturalmente, el jefe del campamento, André Tournier.

Éste, a pesar de su baja estatura, tenía una fuerza hercúlea y su ancho pecho poseía las proporciones de un armario de Saboya. Nariz grande, tez morena, ojos oscuros, pelo negro y abundante; habría podido pasar por oriental si sus fuertes rasgos, marcados por una formidable energía, no hubieran dado a su cara la luminosa belleza de un caballero de la Edad Media.

Era un guía de gran valor, en la plenitud de su vida, y un hombre marcado por una personalidad excepcional. Autoritario y violento, era justo y recto y, al contrario que muchos otros guías, no tenía en cuenta mis orígenes urbanos. Habiendo valorado que podría descender de montañeses de buena familia, me trataba como a un amigo, así como a Rébuffat, en cuya casa había sabido descubrir la extraordinaria energía que se escondía bajo una apariencia flemática y casi blandengue.

Como es frecuente en septiembre, el tiempo era bueno y estable. Gracias a ello, cada día llevábamos a la mitad de nuestra tropa de principiantes a alguna cumbre; así, cada uno de ellos podría realizar tres ascensiones por curso.

Estas ascensiones no eran muy difíciles, pero exigían, no obstante, cierta técnica, mayor cuanto más largas eran.

Cada uno de los monitores aseguraba con su cuerda a tres o cuatro cursillistas, caracterizados sobre todo por una falta total de disposición. Es fácil imaginar la lentitud con la que se desarrollaban las ascensiones, como la de la Blaitière, así como la paciencia y los esfuerzos que eran necesarios emplear para izar a toda esta gente a la cima y volver a llevarla a buen puerto. Empezábamos las ascensiones a las tres o cuatro de la mañana, y a veces las acabábamos a las siete o las ocho de la tarde. Para muchos, esta vida hubiera podido ser infernal, y habría sido normal que la repetición cotidiana de estas largas ascensiones, hechas a una velocidad de tortuga, me pareciera muy penosa y fastidiosa. Pero muy al contrario, esta ruda actividad me llenaba de alegría y los días transcurrían muy deprisa.

Realizar estas ascensiones mediocres en esas condiciones: ¿no era vivir cada día una pequeña aventura...? ¡Cuánta atención había que poner constantemente! ¡Cuánta iniciativa había que manifestar en cada momento! Y después, efectuar estos recorridos uno tras otro pidiendo a todo mi ser un esfuerzo enorme, y, al soportarlo, experimentar la alegría de un niño triunfante en un juego difícil.

Sin embargo, nuestra tropa no era una feliz banda de niños grandes, emocionados por el juego prodigioso que es la conquista del cielo con la fuerza de los puños. ¿Un niño para quien la sonrisa

del compañero al que se dirige, con los ojos llenos de alegría, a la cresta inundada de luz, es la recompensa a sus esfuerzos? Sin duda, mañana volvería hacia las tristes ciudades brumosas y, acogido por el entorno de una vida mediocre, se quedaría allí para siempre. Pero, por un día, habría conocido el cielo.

Conduciendo estas pesadas cordadas de principiantes bajo la dirección de André Tournier aprendí a amar el oficio de guía y a conocer su particular técnica. Aprendí a sacar el mejor partido del terreno, a asegurar en cualquier instante, a prever los imprevistos, a que no se liasen las cuerdas, a hacer que avanzase con una relativa rapidez una cordada poco hábil de varias personas. Todas ellas cosas poco espectaculares y difícilmente palpables, pero que marcan la diferencia entre los buenos guías y la mayoría de los mejores alpinistas aficionados.

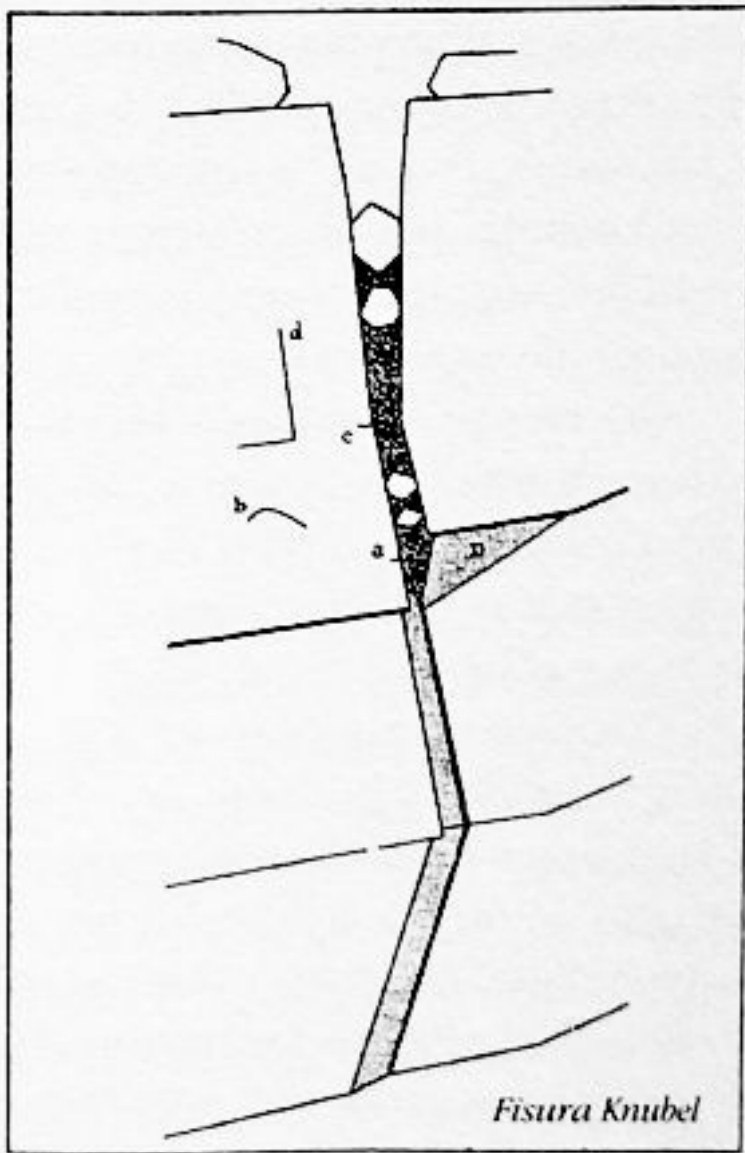
Después de estas agotadoras semanas de cinco o seis días, cuando llegaba el domingo nos habíamos ganado el derecho a descansar. Pero, en lugar de eso, el sábado por la tarde, cuando apenas habíamos devuelto al redil al último cursillista y gracias a que André Tournier, con una grandeza espiritual y una excepcional amabilidad, se hacía responsable de estas escapadas, Rébuffat y yo volvíamos a irnos para pasar la noche en algún refugio. Al día siguiente, a pesar del cansancio que aturdió nuestros miembros, intentábamos una ascensión seria «como aficionados».

A pesar de nuestros brillantes resultados en el cursillo de jefes de cordada, éramos buenos alpinistas, pero todavía no excelentes alpinistas. Tanto uno como otro teníamos ya algunas cualidades que se necesitan para resolver con éxito grandes ascensiones. Pero eran ampliamente contrarrestadas por grandes debilidades. Gastón destacaba por su confianza en sí mismo y por su espíritu emprendedor. Sin duda pensaba, igual que Nietzsche, que «nada triunfa donde la presunción no haya puesto de su parte».

Gracias a su optimismo, abordaba la montaña con una serenidad y una sangre fría extraordinarias. Además, sin ser excepcional, era muy bueno en roca difícil. Por el contrario, le faltaba lo que diferencia al montañero del escalador: el sentido del itinerario, el virtuosismo en «el terreno de dificultad media», y, sobre todo, en la nieve y el hielo.

Completamente opuesto a él, yo era un poco nervioso y timorato, y, a pesar de haber resuelto brillantemente algunos pasajes, mis cualidades como escalador de roca eran bastante mediocres. Por el contrario, poseía un sentido del itinerario poco común y una gran soltura en todos los terrenos de alta montaña.

Sin duda, nuestros esfuerzos y nuestras cualidades se complementaban, pero, a pesar de ello, no formábamos un equipo de primer orden. Los recorridos que realizábamos, como la Mayer-Dibona del Requin o el Grépon al revés, eran importantes para la época, pero no excepcionales. No habríamos podido efectuar retos más difíciles sin haber asumido riesgos importantes. La prueba está en que, en el transcurso de estas escaladas, nos ocurría todo tipo de incidentes más o menos extraordinarios y, aun teniendo en cuenta las malas condiciones y el primitivo material de que disponíamos, nuestros horarios eran bastante lentos.



Escalar la fisura con las manos, con la alpargata plana, hasta el desplome bajo el cual es posible detenerse con la espalda en una cavidad, el vacío a la derecha y las manos libres.

Como la fisura de encima tiene una anchura mala y desploma mucho, es necesario alcanzar la placa que queda por detrás del escalador. El líder se desencuerda y se encuerda de nuevo después de haber pasado su cuerda alrededor de los bloques empotrados; así queda asegurado para el pasaje final, y es alcanzado por el segundo, que ayudará a que la cuerda circule sobre el bloque rugoso.

Se coge el bloque empotrado con la mano derecha; con la espalda en el vacío, elevarse directamente hasta colocar el pie izquierdo en un saliente de la placa terminal (**a**) y el pie derecho lo más alto posible en la placa (**D**) de enfrente. En ese momento, se está completamente fuera. La mano izquierda coge otra presa similar en el borde de la placa de más arriba (**c**); no hay más que pasar a la placa por un cambio de mano sobre (**c**), luego de pie sobre (**a**); una pequeña ranura (**b**) en la que se introduce hasta el fondo el pie derecho ayuda en caso de necesidad. Valiéndose de la fisura vertical (**d**) para las manos, restablecerse sobre el pie derecho en (**c**), desde donde se alcanzan los bloques empotrados de la cumbre.

El Grepón... importantes referencias para la época.

En alta montaña, la rapidez con la que se desarrolla una ascensión da la medida casi exacta de la maestría de los que la realizan.

Rébuffat se entregaba en cuerpo y alma a acometer estas ascensiones dominicales y parecía sentir el mayor de los placeres, pero, arrastrado por sus ideas de grandeza, sentía cierto menosprecio hacia esas empresas. A su modo de ver, éstas no eran más que algo sin demasiada importancia, una preparación para mayores conquistas. Para mí, la montaña seguía siendo un mundo maravilloso y terrible. Cada uno de estos recorridos me sumergía en una deliciosa inquietud; cada vez tenía la impresión de vivir una gran aventura, y mi corazón sólo encontraba la paz cuando la cima estaba finalmente bajo mis pies.

El triunfo me proporcionaba una alegría y una satisfacción al menos tan puras y tan intensas como las que conocí cuando, más tarde, pude experimentar en las cumbres más inaccesibles del mundo.

El campamento del Montanvers concluyó a finales de septiembre. Tras tres meses de ausencia, con la mirada todavía brillante de tanto contemplar el esplendor de las altas cumbres, regresé a las modestas montañas de Beaufortin.



El campamento de Montenvers.

Igual que en la anterior ocasión, a mí me destinaron a Roselend. Rébuffat, afortunadamente, también vino al mismo lugar, pues su grupo se había unido al mío.

La existencia que allí vivimos, durante los últimos meses de 1941, exigió unos esfuerzos menos prolongados y espectaculares que los de nuestra experiencia anterior. Esta vida era extremadamente dura y muchísimo menos apasionante. A partir de aquel momento, ya no podíamos esperar, como en los tres meses anteriores, la aventura cotidiana, ni la camaradería, ni tampoco la alegría de triunfar en un combate honesto.

En Roselend, J. M. había emprendido la construcción de dos importantes chalés, destinados a albergar a treinta personas cada uno. Todos los trabajos eran realizados por los jóvenes, dirigidos por sus jefes habituales. Solamente participaban un par de albañiles profesionales, dando instrucciones y asumiendo los trabajos de acabado.

A pesar de mi título de jefe de cordada, como todavía no había terminado mis ocho meses de servicio, seguía siendo un simple voluntario, y, por ello, fui enviado de peón al campo de trabajo.

La construcción de estos chalés, de haber estado bien dirigida y organizada, habría podido desarrollarse en un ambiente animado y entretenido. Pero, desgraciadamente, el clima que reinaba en el campo de trabajo era tan triste y degradante como el de un presidio.

Doce jóvenes vivíamos apretujados en una habitación de un tamaño que, como máximo, hubiera podido albergar a dos personas. Y no hablemos de la incomodidad, ni del ambiente desagradable que respirábamos. Además, en aquellas condiciones se hacía imposible toda vida personal.

Los alimentos se reducían casi exclusivamente a pan y verduras hervidas. Éstas eran, sobre todo, acelgas, de altísimo valor nutritivo. Dichas condiciones dietéticas —tan desfavorables para muchachos de veinte años que trabajaban a una altitud de alrededor de 1800 metros, durante once horas al día y en un ambiente de temperaturas a menudo inferiores a cero grados— nos mantenían en un estado de semilanguidez, muy perjudicial tanto para que existiera buen ambiente como para que el rendimiento en el trabajo fuera adecuado. Además, las enormes cantidades de verduras que consumíamos tenían un efecto altamente diurético. Era corriente tener que levantarse cuatro, cinco, e incluso seis veces cada noche.

El comedor estaba formado por una choza de paredes de tablones mal encajados. El viento penetraba allí con suma facilidad y, durante esos meses de otoño, hacía un frío intensísimo. Por otro lado, como el comedor estaba situado a un kilómetro de los dormitorios y a más de dos del lugar del trabajo, nos veíamos obligados a caminar cada día unos diez kilómetros, simplemente para comer e ir al trabajo.

Debido al excelente espíritu que reinaba en J. M., casi todos habríamos aceptado de buena gana esta vida de animal maltratado si el trabajo hubiera sido productivo y convenientemente organizado. Pero nos faltaban herramientas, los materiales llegaban irregularmente y en cualquier orden, de tal manera que, en ocasiones, esperábamos durante horas para realizar una tarea bajo un frío glacial, para después trabajar a un agotador ritmo estajanovista.

En tales condiciones, la inmensa buena voluntad que animaba a la mayoría de nosotros se agotó muy rápidamente. Cada uno buscaba escaquearse de una u otra manera, y la frase que se oía por todas partes era: «Aquí lo mejor es escurrir el bulto como sea».





Trabajo agotador a un ritmo estajanovista...

Como casi siempre que una colectividad humana está reducida a condiciones materiales demasiado elementales, los egoísmos se exacerbaron y el bonito ideal de fraternidad que había conocido se transformó en una sorprendente atmósfera de jungla donde florecían la intriga y la delación.

Desde luego, las terribles condiciones materiales a las que estaba sometido nuestro país hacían que no se tuvieran en cuenta todos estos problemas. Ahora bien, si nos atenemos a este argumento: ¿cómo se explicaba que en otros centros de J. M. hubiera, en cambio, un buen ambiente y comida abundante, y que el trabajo fuera productivo?

En realidad, no eran tanto las circunstancias como la actitud del jefe que estaba al mando de los trabajos la causa de aquella situación. Era un bruto arrogante, de un egoísmo ilimitado, incapaz de organizar y dirigir el campamento.

Este hombre llevaba su sadismo hasta el extremo de levantarnos antes de que amaneciera para que hiciéramos gimnasia en la nieve, con las piernas y el torso desnudos, mientras él, abrigado con una canadiense, dirigía los ejercicios desde la ventana de su habitación. Recuerdo que un día, en el que nos hizo subir por una rampa de nieve polvo, sentí tanta rabia en mi interior que, por una sola vez en mi vida, tuve deseos de matar.

Después de tres meses en estas condiciones y con este estilo de vida, terminé por fin mi periodo

de servicio. Como puede imaginarse, en aquel momento estaba totalmente asqueado de J. M.; por otro lado, mi salud dejaba mucho que desear. Lejos de pensar en firmar un contrato de monitor, tal como había tenido intención de hacer, ya no soñaba en nada que no fuera poder regresar rápidamente a mi casa.

A primeros de enero me encontraba ya de regreso en Chamonix. Mientras esperaba el momento de poder llevar a cabo un proyecto que había concebido, volví a dedicarme a mis entrenamientos como esquiador. Durante ese invierno, participé de nuevo en algunas competiciones. Por desgracia, las clasificaciones que obtuve estuvieron lejos de ser tan brillantes como el año anterior. Después de las pruebas que acababa de sufrir, necesité más de dos meses para recobrar unas condiciones físicas satisfactorias. Pero, cuando ya empezaba a notar que me encontraba bien, me hice una grave herida en la rodilla.

Al llegar la primavera, volví a plantearme mi futuro. Ahora, la cuestión era mucho más seria, porque quería casarme con una de mis compañeras de competición. Fue entonces cuando puse en práctica el audaz proyecto que había elaborado durante los últimos meses.



Lionel y Marianne; en el segundo plano, Gastón Rébuffat.

Gracias a un modesto capital que me proporcionó mi madre alquilé una granja, con sus tierras,

que se encontraba en el pueblo de Houches, a unos diez kilómetros más abajo de Chamonix. Compré algunas cabezas de ganado y me establecí como campesino.

A pesar de los aspectos utópicos que comportaba mi instalación como granjero, sólo con la liberación, en septiembre de 1944, abandoné este duro y noble oficio.

Como siempre había vivido en el campo, tenía algunos conocimientos de agricultura, aunque estaba lejos de alcanzar el nivel de un auténtico campesino. Y, tal y como podía esperarse, me costó bastante adaptarme a aquel tipo de vida.

Durante la primera temporada de explotación, mi inexperiencia y mi idealismo estuvieron a punto de conducirme a un completo fracaso. Logré evitarlo gracias a la ayuda y a los consejos de mis vecinos, los señores Tairraz, y creo que, también, gracias a un duro trabajo personal que pocas veces llegarán a realizar los rudos campesinos de nuestros valles de montaña. Por todos es sabido que la agricultura en montaña es más penosa y menos rentable que en zonas bajas. Es por esta razón por la que los habitantes de los valles altos abandonan cada vez más la tierra para dirigirse a las ciudades, o bien se entregan a las ocupaciones comerciales que el desarrollo del turismo ha hecho posibles. En el valle de Chamonix, las condiciones técnicas son menos desfavorables que en otras regiones montañosas. La tierra es generalmente bastante fértil; sin embargo, los bordes de la montaña, muy abruptos, prácticamente no se pueden utilizar; por el contrario, el fondo del valle es casi plano, y gracias a ello se puede trabajar con animales y aparatos mecánicos.

Hoy, algunos paisanos hábiles, que han sabido reunir una superficie arable relativamente importante, trabajan con métodos modernos y llegan a extraer de la tierra un beneficio apreciable, sin verse obligados a matarse a trabajar. Pero en 1941, estas condiciones favorables, que se produjeron como consecuencia del abandono de la tierra por una gran parte de la población, todavía no existían. Si, geográficamente, el valle de Chamonix se prestaba mejor que otros a la agricultura y a la cría de ganado, las condiciones de explotación eran muy difíciles por la parcelación y la insuficiente superficie utilizable a disposición de cada agricultor. Este estado entrañó, de hecho, un empobrecimiento ancestral que obligaba a los montañeses a trabajar con métodos primitivos extremadamente penosos.



Marianne Terray y Gastón Rébuffat.

En esta época de restricciones alimenticias, las tierras del alto valle del Arve, lejos de estar desertizadas, estaban cultivadas hasta el más mínimo rincón. Con gran dificultad conseguí alquilar una superficie suficiente para alimentar cuatro o cinco vacas y cultivar algunos arpendes<sup>[5]</sup> de patatas y de verduras. Pero los campos que obtuve, a un precio extremadamente alto, estaban dispersos en varios kilómetros y, en una buena parte, compuestos por abruptas pendientes medio estériles.

Tenía pues, desde el principio, unas condiciones de trabajo y económicas muy inferiores a las del paisano autóctono, que habitualmente poseía una tierra agrupada alrededor de su granja. Además, esta posición desfavorable se veía sensiblemente acentuada por mi ignorancia técnica.

Por suerte, mi fortaleza, mi interés por lo que hacía y mi costumbre de practicar deportes y realizar trabajos manuales me permitieron asimilar muy rápidamente la mayor parte de los métodos agrícolas que se utilizaban en aquel valle. Lo que más me costó fue, sin duda, aprender las artes de segar, trillar y afilar.

Gracias a mi gran capacidad de adaptación, unida a un encarnizado trabajo, logré compensar, en parte, las limitaciones técnicas que padecía. Sin duda alguna, habría hecho frente a la situación de forma bastante honrosa de no ser porque fui demasiado ingenuo, lleno como estaba de un idealismo difícil de compaginar con el sentido práctico. Así, por ejemplo, un tratante logró *colocarme*, a un precio desorbitado, un burro que luego resultó padecer una enfermedad en los cascos. Otro error fue

no contratar a un campesino para ayudarme, sino a mi amigo Gastón Rébuffat. Éste, a pesar de su buenísima voluntad, a la que debo rendir aquí homenaje, resultó estar muy poco dotado para los trabajos agrícolas, hasta el punto de que era incapaz de manejar el estiércol sin sentir náuseas. Su rendimiento no alcanzaba ni la tercera parte del que habría dado un hombre experto.

Además, como es comprensible, tenía gran propensión a huir a la montaña durante dos o tres días seguidos, con lo cual su productividad disminuía.

Ese año, la cosecha de forraje fue absolutamente dramática. Tenía que conseguir los alimentos necesarios para cuatro vacas y para dos o tres cabras. Este trabajo —que, para un campesino dotado de instrumentos mecánicos, puede parecer muy poca cosa— se convirtió en una empresa muy importante en las condiciones en que yo tenía que realizarlo. Cerca de una tercera parte del forraje estaba constituida por una hierba corta que crecía en abruptos taludes sembrados de piedras, lo cual hacía que costase muchísimo trabajo recogerla y que diera muy poco rendimiento. Pero, sobre todo, teníamos que segar, secar y cosechar sin más útiles de trabajo que unas hoces y unos rastrillos.

Además, para transportar el heno no había más que dos soluciones: llevarlo sobre la cabeza en pesados haces hasta los graneros, situados a cientos de metros de allí, o llevarlos en trineos, para hacerlos bajar así por la pendiente, y una vez abajo, transportarlos sobre la cabeza hasta un lugar seco.

Este rudo trabajo —que ya de por sí era agotador para los campesinos de montaña, acostumbrados desde su infancia—, para nosotros, que carecíamos de experiencia y a pesar de ser vigorosos, era absolutamente extenuante.

Nuestra falta de técnica nos perjudicaba y perdíamos mucho tiempo. Para segar empleábamos (tan escasa era nuestra práctica) el doble del tiempo normal. Aunque nos levantásemos antes de las cuatro de la mañana y, a veces, incluso a las tres, y trabajásemos hasta el anochecer, sin reposar más que el tiempo necesario para alimentarnos, el trabajo no terminaba nunca; Naturalmente, también contaban como factores negativos el mal tiempo y las escapadas de Gastón a la montaña.

Cuando por fin cargué sobre mi cabeza el último haz de heno, éste estaba ya casi tan seco como la paja. Sin embargo, yo me sentí orgulloso de triunfar en un combate que casi todos me habían asegurado que estaba perdido de antemano.

Las razones que me habían empujado a establecerme como campesino eran complejas. Mi idea básica era encontrar un medio de vida que me permitiera quedarme en la montaña, para poder continuar practicando libremente el alpinismo y el esquí. Tenía también razones más materialistas, perdonables en esta época: conseguir suficiente alimento para satisfacer mi formidable apetito y escapar del servicio obligatorio en Alemania.

Pero a estas razones lógicas se unía otra, más difícilmente palpable: el amor por la naturaleza y por la tierra que conocía desde la infancia. Sólo esta pasión romántica habría podido bastar para motivar mi decisión. Bastantes años antes, cuando realizaba mis estudios, no deseaba ser médico, industrial ni magistrado, como todos los miembros de mi familia. A medida que mis posibilidades de triunfar en la universidad disminuyeron, había soñado una y otra vez con ser forestal, agrónomo y granjero. Cuando estos sueños se desvanecieron poco a poco, pensé que podría encontrar una vida que se ajustase a mis ideales convirtiéndome en un simple campesino, y cuando me establecí como

tal, pensé sinceramente que sería para siempre.

Después de los sinsabores del primer año, y una vez adquiridos la técnica y el sentido práctico necesarios, hice rápidos progresos en el arte de cultivar la tierra y criar el ganado y, gracias a un singular mimetismo, me convertí en un hombre tan duro y tan astuto como el más rudo de los campesinos.

Cuando en 1944 las circunstancias me obligaron a abandonar la granja, estaba ya perfectamente adaptado. Los ingresos que me procuraba el puesto de director de la Escuela de Esquí de Houches, que ocupaba durante el invierno, eran lo único que completaba los beneficios que obtenía del trabajo de la tierra. Mis métodos agrícolas, menos tradicionales que los de mis vecinos, provocaban sarcasmos, que a veces estaban llenos de envidia. Pero el rendimiento de mis cultivos era excelente, y mi ganado, ejemplar. Una vaca criada por mí llegó a ser la Reina de la Leche de la zona de Charamillon, dentro de un grupo de cien reses.

Esta vida de campesino de las montañas me hacía sentirme completamente feliz, y es casi seguro que, si le hubiera gustado a mi mujer, jamás la habría abandonado. A ella la conocí pocos meses antes de instalarme, cuando trabajaba como institutriz en Saint-Gervais-les-Bains, y nos casamos a finales del verano de 1942. Era joven y bonita, muy rubia, con los ojos azul porcelana. Como es natural, le gustaba la elegancia, y tenía aspiraciones intelectuales, La dura vida del campo, que ya había conocido durante su infancia, no le agradaba demasiado.



De este modo, con esa paciente obstinación que permite a las mujeres ganar tantas batallas, no dejaba de empujarme a buscar otro medio de vida. Cuando se presentó por fin la oportunidad, mi capacidad de resistencia estaba ya agotada, y a ella no le costó mucho triunfar.

A lo largo de los cuatro veranos que pasé en Houches, a pesar del cansancio de los trabajos del campo y del escaso tiempo libre que me dejaban, seguí practicando regularmente el alpinismo. Durante este periodo, pasé de la etapa de las grandes escaladas clásicas a la de las ascensiones excepcionales.

La evolución —en contraposición al desarrollo progresivo experimentado hasta entonces— se produjo casi de un salto. Más exactamente, en una sola escalada. En la temporada de 1942 había realizado dos o tres ascensiones, durante los meses de abril y mayo. Destacaré la primera, la escalada de la corta y difícil cara oeste de la aguja Purtscheller. Sin embargo, en los meses de junio y julio, mi adaptación a la vida de campesino me absorbió hasta tal punto que me resultó imposible disponer de algún domingo. A mediados de agosto pude por fin tomarme algunos días libres. Mi deseo de realizar grandes escaladas, reprimido durante mucho tiempo, se había ido acentuando cotidianamente mientras me dedicaba a la contemplación de las cimas que veía desde mi casa, y aquel verano había llegado a tal estado de exaltación que podía hacer cualquier locura.

Rébuffat, contentísimo de encontrarme por fin con el ánimo dispuesto para realizar uno de sus grandiosos proyectos, me arrastró a una de las aventuras más arriesgadas de mi carrera: la primera ascensión de la vertiente noreste del Col du Caïman, regresando por la punta de Lepiney y por la arista sur del Fou.

Como el itinerario que seguimos nosotros para alcanzar el Col du Caïman no se ha vuelto a repetir<sup>[6]</sup>, no me resulta posible medir hasta qué punto las tremendas dificultades con las que nos encontramos se debieron a nuestra inexperiencia. De todas formas, cuando hoy en día se contempla desde lejos el delgado *couloir* de hielo casi vertical que logramos remontar, se comprueba que tiene un aspecto tan atemorizador que todo me hace pensar que, a pesar de los progresos de la técnica y del material, e incluso para los alpinistas más experimentados, seguirá siendo una empresa de gran categoría.



c) *Par le versant NW.*

G Rébuffat et L. Terray, 26 août 1942. — A, 1943, 111 (note G. Rébuffat); Rp. Terray.

Itinéraire très difficile qui n'a encore été parcouru qu'une seule fois. La difficulté est continuelle. Aucun bon emplacement de repos. Inclinaison exceptionnellement forte.

(179) Du Plan de l'Aiguille (2.202 m.), suivre l'itin. (186) du Col de Blaitière jusqu'au pied du grand mur de la Pointe Chevalier. Le longer vers la droite par des vires neigeuses peu commodes. Atteindre ainsi un grand feuillet détaché formant cheminée avec la paroi; la gravir. Continuer la traversée de plus en plus ascendante par une pente de glace et de rochers cannelés verglacés de mauvaise qualité (très difficile). Déboucher sur une petite selle neigeuse. Traverser, en descendant de 2 m., pour atteindre la rive droite du couloir glacé et très raide qui descend du Col du Caïman. S'élever d'abord sur la rive droite en faisant opposition entre la muraille rocheuse pour le dos et la main gauche (pitons) et la pente de glace où on taille pour les pieds. Au bout de 20 m., la muraille devient inutilisable. Traverser en montant vers la droite de 4 ou 5 m. pour rejoindre la rive gauche. Poursuivre par le même procédé d'opposition, mais pour le côté droit, entre glace et rocher, sur 10 m., après quoi, ceux-ci ne faisant plus qu'un dièdre très ouvert, s'élever en escalade extérieure. Atteindre le col exactement au pied de l'arête N de la Dent du Caïman (12 h.). Croquis n° 7, pp. 48 et 49 \*

Reseña publicada en la Guía Vallot, 1947:

«c) Por la vertiente NW

G. Rébuffat y L. Terray, 26 de agosto de 1942. — A, 1943, 111 (anota G. Rébuffat); Info de Terray.

Itinerario muy difícil que sólo ha sido recorrido una vez. La dificultad es continua. No hay ningún buen lugar para descansar. Inclinación excepcionalmente fuerte.

(179) Del Plan de l'Aiguille (2202 metros) seguir el itinerario (186) del Col de Blaitière hasta el pie del gran muro de la Punta Chevalier. Atravesarlo hacia la derecha por viras nevadas poco cómodas. Alcanzar también una gran laja separada que forma chimenea con la pared; escalarla. Continuar la travesía cada vez más ascendente por una pendiente de hielo y de rocas con acanaladuras verglaseadas de

mala calidad (muy difícil). Desembocar en un pequeño plano nevado. Atravesar, descendiendo 2 metros, para alcanzar la parte derecha del corredor helado y muy empinado que desciende del Col du Caïman. Elevarse primero por la parte izquierda haciendo oposición entre la muralla rocosa donde se coloca la espalda y la mano izquierda (pitones), y la pendiente de hielo, donde se talla para los pies. Al cabo de 20 metros, la muralla se hace inutilizable. Atravesar subiendo hacia la derecha 4 o 5 metros para volver de nuevo a la parte izquierda. Proseguir, pero esta vez por el lado derecho, con el mismo sistema de oposición entre hielo y roca, unos 10 metros, que forman un diedro muy abierto, tras el que es necesario elevarse en escalada exterior. Alcanzar el collado exactamente al pie de la arista norte del Diente del Caïman (12 horas). Croquis n° 7, pp. 48 y 49».

Una cosa es indudable: en aquella época, ni Gastón ni yo teníamos suficiente experiencia como alpinistas, especialmente en las escaladas de hielo, para poder triunfar en una ascensión como ésta en condiciones seguras.

«Pero el que vive tiene razón»<sup>[7]</sup>. Y nosotros habíamos sobrevivido.

En aquella época, tenía por costumbre tomar nota de algunos de mis recuerdos e impresiones. A veces llegaba a redactar auténticos relatos de los hechos que más me habían afectado. En parte, gracias a esas notas, puedo ahora recuperar, frescos y casi intactos, los acontecimientos que he vivido, y hasta los sentimientos e ideas que me animaban. Entre otros relatos, he conservado la narración completa de la primera ascensión al Col du Caïman. Este documento lo escribí de una vez, sin pensar que pudiera ser publicado. Tiene un estilo farragoso, y a veces extraño, que hace difícil su lectura. Sin embargo, su tono de ingenuo lirismo y la pasión que subyace bajo las palabras creo que permiten comprender mejor el espíritu que me embargaba en mis primeras grandes ascensiones. Por ello, lo reproduzco aquí, sin apenas modificaciones:

«¿Adónde se dirigen estos extraños alpinistas que, después de haber atravesado rápidamente el glaciar de los Pèlerins, subiendo por la morrena como lanzados al asalto, han abandonado bruscamente el sendero a los pocos metros para saltar de piedra en piedra hacia una dirección que no lleva a ninguna parte? El primero va cargado con una enorme mochila, y es alto y fuerte. Camina a un ritmo irregular. Lleva un pantalón que ha sido remendado mil veces y una sudadera aún más miserable. Blande con fuerza un piolet excesivamente corto y en sus ojos claros brilla una extraña llama. Por el contrario, su compañero, más cuidadosamente vestido, da largos pasos siguiendo un ritmo noble y tranquilo. Sin embargo, en su mirada resplandece la misma llama. ¿Adónde van estos extraños compañeros? ¿Lo saben ellos acaso? Parten hacia la aventura; van a vivir horas ardientes, a sufrir y a ser felices; marchan a luchar y a vencer. Lejos de las cumbres y de los refugios explorados por todos, quieren revivir el riesgo y la alegría de los primeros conquistadores de la montaña.

»Los Alpes han sido recorridos en todos los sentidos; todas las cumbres han sido escaladas. El espíritu aventurero de los hombres les ha conducido hasta las paredes más inaccesibles. Hoy, bien pocas son las caras que quedan inexploradas; sólo quedan por conquistar algunos paños de las murallas más frías y más hostiles. Por un efecto paradójico de la casualidad, bastante lejos de esconderse en las partes más secretas y más ocultas de los Alpes, algunos de estos últimos bastiones inviolados ¡están expuestos a la vista del valle más frecuentado por los alpinistas...!

»El circo de paredes salvajes que se forma entre el Peigne y el Fou contiene un pequeño número de ellas. Seguros de encontrar el terreno de juego de sus sueños, es allí donde nuestros dos compañeros dirigen sus pasos. No tienen un proyecto completamente preciso que les distraiga, sólo

están decididos a intentar dar un gran golpe. ¿No tienen todo lo que hace falta para conseguirlo? Tienen de qué vivir y dónde escalar durante tres días, y un entusiasmo a toda prueba.

»El tiempo es perfectamente bello, y un presentimiento secreto les asegura que permanecerá así durante muchas horas. Es un poco tarde para emprender una escalada, pero ninguno de los dos teme a los incómodos vivacs. Se sienten llenos de una inmensa felicidad. Por fin podrán llevar a cabo uno de los proyectos fabulosos lentamente concebidos, al calor del fuego, durante las veladas del último otoño.

»La sombría e imponente cara norte de la Aiguille des Pèlerins se erige ahora ante sus ojos: ¿es posible que traten de escalarla? ¿No se trata acaso de una de las paredes más altas y bellas que todavía no han sido conquistadas? No; después de un rápido coloquio, siguen avanzando a saltos. Pronto alcanzan la base del glaciar suspendido de Blaitière; hay allí algunos sectores de muralla que no han sido nunca conquistados por los hombres. Desde el Col du Caïman, un delgado hilo de hielo, que traza una línea en las verticales paredes de granito, parece lanzar un desafío a la audacia de los más valerosos.

»Sin embargo, ése es el objetivo que hemos elegido para nuestros piolets. Pero, olvidaba decirlo, estos compañeros alpinos son precisamente Gastón Rébuffat y un servidor.

»Comenzamos a escalar unidos por una cuerda de 60 metros, conseguida milagrosamente en estos tiempos de penuria. Yo me decido a ir de primero, es la regla de nuestra asociación cuando afrontamos la nieve y el hielo, y hoy ése será el terreno. Examinamos el primer obstáculo: el glaciar suspendido. Muy pocos alpinistas lo han superado antes que nosotros, y su reputación es tan terrible como su aspecto. No tenemos ninguna información precisa sobre el itinerario que hay que seguir, y el vago recuerdo de los relatos épicos que hemos leído, lejos de ayudarnos, han influido peligrosamente en nuestra imaginación. Pero a medida que nos aproximamos, esta muralla de hielo, con granito liso en sus bordes, parece menos temible.

»Pronto nos parece ver una solución por un sistema de viras situado en el flanco de la aguja de la Blaitière, a las que sigue una escalada directa por el límite del hielo y de la roca. Dos resaltes verticales parecen suponer una gran dificultad, pero nuestro optimismo hace que la consideremos despreciable.

»Llegados a pie de obra, nos detenemos un momento para contemplar el sitio imponente que nos rodea. Nunca hasta ahora habíamos penetrado en un lugar tan salvaje; todo allí parece inmenso y terrible. Perdidos en la sombra de estas frías y grises murallas, nos invade una especie de angustia.

»Nos sentimos pequeños y solos, y nos asalta por un instante una modestia muy olvidada.

»Pero, desde la Blaitière, las voces de una cordada amiga vienen para romper el silencio angustioso. Nos volvemos hacia el valle. Allá, todo está inundado por el sol. En un momento, nuestros corazones se calientan con estos lejanos signos de vida y volvemos a animarnos.

»Sin encontrar dificultades notables, alcanzamos el pie del primer resalte de hielo. Mientras nos colocamos los crampones, tomamos un frugal desayuno. Frente a nosotros, el Peigne parece una elegante aguja dolomítica.

»Después de un largo de cuerda, en el que hemos subido por una pendiente de inclinación mediana, quedamos detenidos ante una sección vertical de unos siete u ocho metros. De vez en

cuando, oímos el zumbido de unas piedras que silban sobre nuestras cabezas y que nos sirven para adentrarnos mejor en el ambiente típico de las caras norte.

»El muro de hielo que me domina está sembrado de innumerables agujeros de diferentes dimensiones y parece un gigantesco queso *gruyere*. Razonando con tanto ingenio como inexactitud, deduzco que esos agujeros me proporcionarán unos puntos naturales de fijación y me evitarán la tarea delicada de tallar el hielo. De hecho, gracias a esas cavidades, me elevo sin grandes problemas hasta llegar a la mitad del muro; pero, una vez allí, los agujeros son ya muy resbaladizos y resultan estar mal dispuestos para la escalada. Además, la verticalidad de la pared me empuja hacia atrás, provocando una sensación muy desagradable. Empiezo a sentirme bastante mal y trato de sacarme el piolet que llevo sujeto a la cintura para tallar algunos peldaños suplementarios; pero hago un movimiento en falso y dejo escapar mi instrumento. El piolet desaparece en el abismo, produciendo un tintineo que me recuerda mucho a una risa sarcástica.

»No queda más remedio que volver a descender. Logro hacerlo sin problemas y vuelvo a encontrarme al lado de Gastón, cuyo impasible rostro no deja transparentar la inquietud que, seguramente, le ha causado esta lamentable exhibición.

»Ahora nos encontramos con un piolet menos, su ausencia nos entorpecerá mucho y hasta es posible que malogre por completo nuestra empresa. Afortunadamente, disponemos de un martillo-piolet que quizá sirva para sustituirlo. Al final, consigo pasar, atravesando hacia la izquierda con la ayuda de una clavija de hielo y superando un difícil diedro situado entre hielo y roca. El segundo resalte parece tan difícil como el primero: pero una misteriosa intuición me impulsa a atravesar por la derecha una pendiente bastante pronunciada que conduce a grandes seracs de inclinación moderada. En la cumbre de uno de ellos, tengo la alegría de encontrarme precisamente al nivel de la hondonada de fondo plano, formada por la parte superior del glaciar. Algunos pequeños saltos sobre las grietas y ya estamos.

»El espectáculo que se ofrece a nuestra vista tiene tal grandiosidad que su impacto me produce algo parecido a una conmoción. Miro encantado el conjunto de murallas y finos picos que se yerguen en semicírculo a mi alrededor. Este caos mineral, último vestigio de las primeras eras de la tierra, denota, sin embargo, cierta armonía en el contraste de luces y sombras y en el feliz equilibrio de las masas de nieve y de roca. Sería el lugar más bello de la tierra si no fuera porque todavía llegan los ruidos del valle para recordarnos el mundo del que tratamos de huir por unas horas.

»Pero tenemos que pensar en reemprender nuestro camino. A decir verdad, ésta es allí una gran palabra, pues seguimos avanzando por terreno desconocido. Dudamos entre dos posibilidades. Gastón querría alcanzar directamente el corredor de hielo del Col du Caïman; yo, por el contrario, pienso que será más fácil y más rápido subir primero en dirección al Col de Blaitière, para luego volver hacia la derecha. Por motivos de mi mayor experiencia en montaña, mi opinión acaba imponiéndose.

»Nos elevamos primero por el borde del corredor Reynier, pero, tras algunos largos de cuerda sin dificultad notable, nos vemos obligados a volver más al centro de la muralla. ¡Sólo allí comienza la auténtica pelea! Por encima de nosotros se levanta una pendiente de hielo triangular que se inserta como una inmensa cuña entre pulidas placas de granito.

»Afortunadamente, dos o tres centímetros de nieve dura cubren el hielo y facilitan enormemente la progresión.

»La pendiente, moderada al principio, aumenta rápidamente. A pesar de esto, como queremos ganar tiempo, subimos el uno detrás del otro sin asegurarnos ni cortar peldaños. En esas condiciones, hasta nuestro menor movimiento en falso provocaría, casi con toda seguridad, la caída de la cordada y, naturalmente, los dos prestamos la mayor atención a cada uno de nuestros movimientos. Yo utilizo el único piolet que nos queda... Gastón debe contentarse con el martillo-piolet, pero parece no sentirse demasiado cómodo con él.

»Pronto la pendiente de hielo se hace más pronunciada que ninguna de las que hemos tenido que franquear anteriormente. Los crampones crujen sobre la superficie y mis nervios están muy tensos. Hemos ascendido bastante y, a nuestros pies, brilla la hondonada de hielo como un lago helado.

»Entre mis piernas, percibo el rostro severo de Gastón que ahora parece casi patético, debido a la intensidad de su concentración. ¡Qué extraño es esto! Estamos ahí, colgados entre cielo y tierra, apoyándonos únicamente en dos puntas de los crampones: el más mínimo error de mi compañero me precipitaría a la muerte. Y sin embargo, tengo más miedo a mi torpeza que a la suya. ¡Qué bella es la confianza!



**COL DU CAÏMAN**

**COULOIR LAGARDE-SÉGOGNE**

»La pendiente es ahora tan fuerte que el pico de mi piolet ya no puede proporcionarme un punto de apoyo suficiente. Tengo que tallar pequeños huecos donde poder agarrarme con la mano izquierda. A veces, la nieve se hunde un poco bajo la punta de mis crampones y me estremezco angustiado durante un instante. Mis pantorrillas empiezan a agarrotarse por los calambres. ¡Dios mío, qué penoso es todo esto! Por fin veo, a unos metros por encima de mí, una minúscula plataforma de unos veinte centímetros que se ha formado en la base de una franja rocosa. Bastará para poder reposar un poco. Por otro lado, aparece justo a tiempo, porque me encuentro en el límite del equilibrio. Doy un golpe de riñones, casi desesperado, y consigo situarme en la diminuta repisa. ¡Qué descanso! Gastón llega inmediatamente, y nos cuesta encontrar sitio para los dos en ese reducidísimo espacio.

»Asegurado en un pequeño saliente rocoso, comienzo a atravesar hacia la izquierda. Algunas presas en la roca y una laja despegada de la pared me permiten progresar sin tallar, al precio de realizar unos movimientos gimnásticos francamente acrobáticos. ¡Qué confianza se tiene cuando se está asegurado, por mediocre que sea el anclaje...! Después de avanzar algunos metros llego a elevarme por las rocas, pero todas las presas están cubiertas de hielo que es necesario limpiar con el piolet. Tengo los dedos horriblemente fríos y mi progresión es extremadamente lenta. Finalmente, consigo empotrar un pitón para hielo en una falla rocosa horizontal y aprovecho este seguro para hacer que suba Gastón.

»Nuestro avance prosigue por una pendiente de hielo, cortada por pequeños muros rocosos. No encontramos ningún punto en donde poder descansar, y, en varias ocasiones, me veo obligado a utilizar el piolet para tallar escalones. El hielo está tan duro como el cristal de una botella y la ascensión se realiza a paso de tortuga.

»Las pendientes que conducen al Col de Blaitière están ahora a nuestra izquierda. A nuestra derecha, el corredor del Col du Caïman es perfectamente visible. Se nos presenta casi de perfil y, finalmente, podemos juzgar su inclinación exacta. Sin ninguna exageración, la pendiente oscila entre los 65 grados y la vertical, lo que la asemeja más a una cascada de hielo que a un corredor. Haría falta de verdad que estuviéramos poseídos por el demonio para meternos en un lugar tan inhumano. Por un instante, la voz de la prudencia nos murmura al oído: “Es tarde, este corredor es terrible, no triunfarás antes de la noche, el frío te traspasa ya, deberás aguantar un vivac glacial suspendido de varios pitones; mañana, demasiado debilitado, al precio de mil peligros, deberás bajarte con la amargura de la derrota; hace falta estar loco para que te encamines hacia tales sufrimientos cuando allá, a tu izquierda, tras varios largos de cuerda casi fáciles, las placas soleadas del Col de Blaitière esperan para calentar tu cuerpo”.

»Pero, frente a nosotros, el corredor Lagarde-Ségogne nos recuerda despiadadamente el ejemplo de nuestros ancestros, que, sin pitones, con su piolet y valentía como únicas armas, no temieron afrontar un obstáculo casi tan importante como el que nosotros dudamos atacar. La vergüenza nos invade y nuestro corazón, que se había ablandado por un instante, recupera pronto toda su fuerza...

Sí: ¿por qué no íbamos a hacerlo tan bien como nuestros antepasados? Ciertamente, el obstáculo que se nos presenta es más temible todavía que el que ellos remontaron con tantos esfuerzos, pero nosotros tenemos otras armas. Si hace falta subiremos en artificial y, si debemos vivaquear en plena pared, seguiremos aunque estemos cansados. ¿No hemos venido en busca de aventura? Ésta aparece ante nosotros en toda su desnudez, cojámosla con las manos abiertas. La suerte está echada. Con todas mis fuerzas labro el camino hacia lo desconocido. Ahora, el cansancio que aturdí mis miembros se ha disipado, todavía quedan unos metros para que encontremos por fin una plataforma donde descansar. ¡Qué decepción! Es sólo un plano inclinado de verglás reluciente.

»Tenemos que continuar por las viras inclinadas cubiertas de hielo. Pero tengo tanto frío en los dedos que ya no los siento. Cada dos metros debo detenerme para calentar de nuevo mis manos heladas. Trabajo con el piolet, me arrastro, camino a cuatro patas, me aferró desesperadamente a cualquier aspereza. Al pie de una chimenea encontramos una minúscula plataforma a la que, a costa de mil acrobacias, logramos subir nuestra mochila. Allí tomamos los alimentos indispensables para seguir conservando nuestras fuerzas. Hay que librar una feroz batalla si queremos superar esta chimenea. Más adelante, una vira inclinada, que recorremos a lo largo, se endereza para subir como una rampa muy empinada. Aunque está formada de rocas descompuestas y se encuentra cubierta de nieve y de hielo, esta rampa parece contar con muchos puntos de apoyo y su aspecto no es nada atemorizador. Subo algunos metros ayudándome con el piolet. Sin embargo, a medida que asciendo, cada vez es más difícil soltar, ni por un solo instante, una de las manos, y, además, el piolet me molesta muchísimo. Al final, logro fijarlo en una grieta. Trato de poner un clavo, pero resulta que se me han agotado. Bajar a buscar uno hasta donde está Gastón me llevaría demasiado tiempo; debo tratar de arreglármelas como pueda. Consigo, finalmente, hundir un pitón para hielo, que se sujeta a medias. Pero no importa, continúo, aunque la nieve y el hielo, que no he podido limpiar con el piolet, me molesten de manera horrible. Me dedico a poner en práctica toda mi técnica. Centímetro a centímetro, me acerco a una plataforma; un metro más y lo habré conseguido. Sin embargo, el hielo cubre los puntos en los que podría agarrarme. Intento usar todos los medios a mi alcance, pero noto que me fatigo. Me siento víctima de un temblor inquietante. Dentro de pocos segundos me soltaré. Hay que lanzarse a fondo y jugarse el todo por el todo. A falta de sujeciones sólidas, elijo una concha de hielo que milagrosamente resiste. Unos movimientos frenéticos más y lograré pasar.

»Un buen pitón permite que Gastón suba con toda seguridad. Le observo con pasión, ansioso de saber si las dificultades acometidas se debían al terreno o a la insuficiencia de mi talento. Se eleva con lentitud, con los gestos crispados por el esfuerzo. Cuando llega al punto crítico, batalla mascullando: “Dios mío, ¿cómo se hace esto?”. Pero, gracias a su envergadura, consigue coger una buena presa. Cuando llega a mi lado, con la cara iluminada por una feliz sonrisa, me dice: “Viejo, eso es auténticamente un VI”. Poco después, alcanzamos una especie de plano nevado.

»Por primera vez desde el glaciar, podemos movernos por un espacio horizontal. Sin duda, el vivac en este lugar no será demasiado dramático.

»Sólo estamos a unos metros del corredor que intentamos alcanzar penosamente desde esta mañana. ¿Podremos forzar este último obstáculo o deberemos bajarnos, vencidos por un adversario que está por encima de nuestras posibilidades? Ésta es la pregunta que desde hace varias horas ronda



por nuestra cabeza. Bajo algunos metros para contornear un abombamiento de granito. Haciéndome de techo, la cascada de hielo se levanta casi vertical por encima de mí. Subirla no parece imposible, pero para ello haría falta un incontable número de pitones. Afortunadamente, desde que echo la primera ojeada, veo en el borde de la parte derecha algunas presas y fisuras que podrán ayudarme en la progresión. Muy nervioso por este descubrimiento, lanzo gritos de alegría frenética para comunicar a Gastón nuestra suerte. Sin esperar más, meto a fondo un pitón y tallo un ancho peldaño en el hielo tan alto como puedo. Me cuelgo sin vergüenza del pitón y subo mis dos pies a esta pequeña plataforma. Luego, haciendo oposición contra la pared rocosa, tallo otro peldaño a la altura de mi cintura, así como una repisa para la mano derecha. Medio subiendo por el piolet elevo de nuevo los pies, y repito otra vez la operación. De peldaño en peldaño, asciendo lentamente pero con seguridad. Algunos clavos que coloco en la roca hacen casi fácil esta progresión, sólo basta proceder con paciencia y método.

»Pero las cosas no tardan en complicarse: el corredor se va haciendo muy vertical, y la pared rocosa, con la que formaba un ángulo bastante cerrado, se transforma en una placa lisa, escurridiza e inservible. ¿Voy a verme derrotado cuando el objetivo está ya tan cerca? No, porque cuatro o cinco metros más a la derecha me doy cuenta de que hay, al otro lado del corredor, una nueva posibilidad de seguir avanzando. Sin embargo, para llegar allí hace falta atravesar la pared vertical de hielo, que tiene una anchura de ocho a nueve metros. Esta travesía me parece muy difícil.

»Sin embargo, no hay otra salida; así que decido probarla. Coloco un último clavo en la roca y, con la ayuda de mi martillo-piolet, empiezo a tallar agujeros para colocar los pies y para poder sujetarme con las manos. Pero cuando apenas he avanzado dos metros, la cuerda se empotra en alguna parte por debajo de mí; vuelvo al pitón y grito a Gastón para que vaya a liberarla. Esto dura un tiempo interminable. La inactividad hace que me enfríe, y mis dientes entrechocan mientras contemplo, a mis pies, un vacío abismal, abierto y de mal augurio. Tengo mucho tiempo para meditar sobre las maravillas del alpinismo. Finalmente, unos gritos me indican que puedo reanudar la difícil travesía, pero el hielo está duro y reluciente, la verticalidad de la pared me rechaza hacia atrás y hay que actuar con la mayor delicadeza.

»Es inútil ponerse los guantes para apretar con fuerza los puntos de sujeción del hielo, porque el frío que siento en los dedos es atroz. Después de algunos metros, experimento una fuerte sensación de inseguridad. Es cierto que nunca he realizado semejantes acrobacias en el hielo, y, además, la última clavija está ahora unos dos metros más abajo.

»Nunca hubiera imaginado que la escalada de una cascada de hielo fuera tan difícil. Me resulta imposible continuar así. Tengo que tratar de clavar un pitón. Sin embargo, la mano izquierda, sobre la que descansa todo mi equilibrio, está tan helada que pronto va a soltarse. Por fin, se hunde la hoja en el hielo. Pero queda detenida por una roca cubierta por el hielo. No importa, porque parece que se sostiene y mis dedos podrán librarse del frío. Pronto, ¡un mosquetón! Por fin... ¡ya era hora!

»Necesito más de un cuarto de hora para que mis pobres manos tengan una circulación sanguínea normal. Después de este descanso, el final de la travesía es casi un juego de niños. Logro introducirme entre el hielo y la roca, y coloco una sólida clavija. Después excavo una verdadera plataforma que me permitirá descansar. Tomo la más grande de nuestras dos mochilas. Gastón sube

hasta donde yo me encuentro, utilizando una de las cuerdas, mientras yo le aseguro con la otra. Sobre nuestras cabezas, las losas de roca, completamente lisas, forman junto a la pared de hielo un diedro muy abierto y de aspecto temible. Todavía no hemos ganado la partida, y hay que tener en cuenta que empieza a caer la noche y que la oscuridad no va a facilitarnos mucho las cosas. De todos modos, la perspectiva de hacer vivac esta noche no llega a descorazonarme. Sé que acabo de superar el principal obstáculo de esta muralla, centuplicándose, gracias a esa victoria, la confianza en mí mismo. A partir de ahora, nada podrá detenerme.

»Pero es necesario ir deprisa, pues muy pronto se habrá hecho completamente de noche. Tallo furiosamente para intentar encontrar presas bajo el hielo; la suerte está conmigo y en la roca aparecen algunos agarres.

»Arriesgándome un poco, consigo elevarme cuatro o cinco metros. Una milagrosa fisura me permite colocar un pitón. Por encima, la pendiente, siempre muy fuerte, pierde algunos grados de inclinación, las presas que descubro rompiendo el hielo ahora son mejores. Subo mucho más deprisa, la noche ya ha caído completamente, pero el cielo plagado de estrellas aporta una luz difusa. Siento que el collado está ahora muy próximo y pongo todas mis fuerzas en esta última batalla.

»Un saliente rocoso nos permite realizar una última reunión. Todavía quedan diez metros de dura escalada, luego la pendiente pierde su inclinación. Aquí está la cornisa; con algunos pioletazos me abro paso por ella. Dando un último golpe de riñón me restablezco en una placa tan horizontal que ya no recordaba que existieran parecidas. Pronto Gastón está a mi lado. Nos abrazamos aullando como locos para lanzar nuestra alegría hasta la luna. Locos, ¿o es que no lo estamos por haber subido hasta un lugar inaccesible, padeciendo sufrimientos y peligros mortales que se repetían una y otra vez? ¿Qué buscarán allí arriba?, dirán los filisteos. ¿La gloria? ¿Quién se preocupa de los insensatos que, lejos de los ojos del mundo, pierden su juventud en combates sin fin? ¿La fortuna? Nuestras ropas son andrajos, y mañana, para comer, volveremos a llevar una vida de esclavos...

»Lo que buscamos es el placer de esta enorme alegría que hierve en nuestros corazones, que nos penetra hasta la última fibra cuando después de haber bordeado durante mucho tiempo las fronteras de la muerte, podemos de nuevo abrazar la vida con todas nuestras fuerzas. Otros lo dijeron antes que yo: “El secreto para cosechar las experiencias más fecundas y los placeres más grandes de la vida es vivir peligrosamente”<sup>[8]</sup>».

La conquista de la vertiente norte del Col du Caïman ha sido mi primer paso hacia «el gran alpinismo». Ninguna de las ascensiones que había realizado hasta ahora me había reclamado este compromiso de todas las facultades físicas y mentales que pueden elevar la escalada por encima de un deporte vulgar y permitir descubrir en uno mismo fuerzas insospechadas.

Hasta este día había escalado cimas de todo tipo: grandes y pequeñas, fáciles y difíciles, pero nunca había buscado demasiado comprender lo que me empujaba hacia las cumbres. Como Mummery, escalaba montañas «porque estaban allí»<sup>[9]</sup>. Después de todo, yo hacía alpinismo como hacía esquí: ¡simplemente porque me gustaba! La diferencia principal entre estos dos grandes juegos me parecía que consistía en que uno se practica subiendo y el otro bajando. Estoy además convencido de que la gran mayoría de los alpinistas no quiere buscar la razón de su pasión. Es

verdad que sabía que las ascensiones presentan peligros mortales, y más de una vez había podido medir cuán pequeña es la linde que separa la vida de la muerte. Pero el que piensa bajar a toda prisa las pendientes más abruptas y afrontar las más altas velocidades sobre sus esquís ¿no corre también graves peligros? ¡Varios de mis compañeros se han estrellado contra árboles y rocas!

Sobre los flancos helados del Caïman debí emplear durante horas todos los recursos de mi ser y, al menos en dos ocasiones, no me caí de milagro. Nunca antes había realizado tales esfuerzos ni corrido tales riesgos. De vuelta al valle, estaba profundamente impregnado del recuerdo de esta escalada; me parecía diferente a las que había vivido hasta ahora.

Me paro a reflexionar y comprendo mejor los móviles inconscientes que habían hecho que me gustasen determinados recorridos y libros; comprendo que la montaña no es sólo un ingrato desierto de rocas y de hielo, sin otro valor que el que nosotros le concedamos, sino que sobre esta materia siempre virgen, por la fuerza creadora del espíritu, cada uno puede moldear a su manera la cara del ideal que persigue, «que no hay sólo un alpinista, sino mil tipos de alpinista»<sup>[10]</sup>, que para algunos «los flancos de los picos estériles son el ideal de una estética, incluso la encarnación de la divinidad»; que para otros son «el simple terreno de juego de su deporte favorito»; para algunos otros, incluso, «el gigantesco circo donde encuentran la ocasión de acariciar su vanidad»<sup>[11]</sup>; que todavía para otros son «un poco de todo eso y alguna cosa más»<sup>[12]</sup>, una de las pocas puertas que la aventura abre aún en el mundo moderno, uno de los últimos medios de evadirse de la coraza de mediocridad donde nos aprisiona la civilización y para la que no todos estamos hechos.

A partir de ese momento, mi pasión por la montaña tomaría una dirección más precisa; poco a poco, iba forjándome una especie de ética y de filosofía del alpinismo. Pero arriesgar la vida y exponerse al sufrimiento para ir a coger las rosas que florecen en las fronteras de lo imposible reclama fuerzas morales excepcionales. Algunos, sin duda, las llevan consigo de forma permanente, pero, para otros, sólo se cristalizan de cuando en cuando, con ocasión de acontecimientos extraordinarios, con frecuencia fortuitos, y es esta raza a la que yo pertenezco.

De hecho, debieron pasar bastantes años antes de que, nuevamente, me viese envuelto en un combate tan extraordinario como el que me había permitido forzar el delgado embudo de hielo del Col du Caïman.

A pesar del trabajo en la granja, que me absorbía mucho más de lo que hubiese deseado, en el curso de las siguientes temporadas acometí un buen número de ascensiones de un nivel técnico muy relevante. Con diferentes compañeros, realicé, tanto en roca como en hielo, la repetición de itinerarios entonces famosos, así como algunas primeras, casi todas de una importancia mediocre.

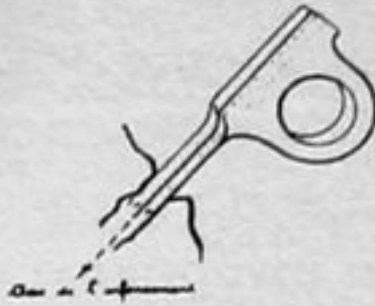
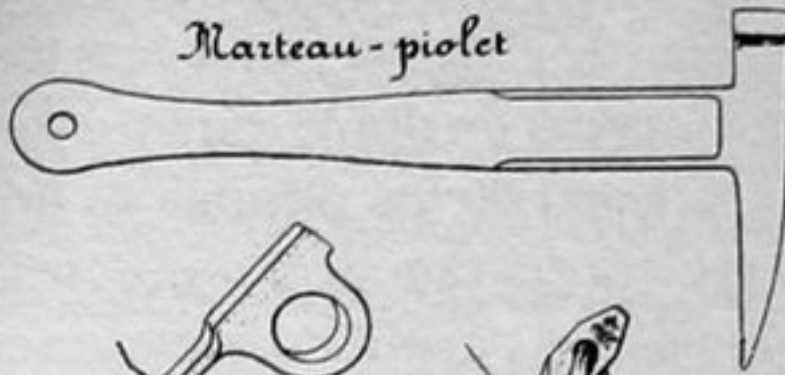
Tras su breve y desafortunada experiencia como mozo de granja, Rébuffat había encontrado un lugar mejor para sus gustos y su capacidad. El Centro-Escuela de Juventud y Montaña, entonces instalado en Montroc, al lado de Chamonix, le había contratado como instructor civil. Disponía de bastante tiempo libre y, de vez en cuando, conseguíamos hacer juntos algunas grandes escaladas. Fue así como, entre otras, llevamos a buen término, en 1944, la primera del espolón este-noreste del Pain de Sucre, un bonito recorrido hoy clásico. Pero, sobre todo, la cara norte de la aguja de los Pèlerin, una de las últimas paredes importantes que se mantenían completamente vírgenes. Muchas de estas ascensiones eran realmente difíciles, sobre todo en aquella época; hay que pensar que los medios

técnicos de que disponíamos eran muy primitivos en comparación con los empleados habitualmente hoy en día. Todavía utilizábamos enormes botas claveteadas con las que, a pesar de todo, conseguíamos escalar pasos graduados de V. En las secciones más difíciles debíamos guardar en el fondo de nuestras mochilas estos *ladrillos* para sustituirlos por ridículas alpargatas de tenis aún menos propias para la escalada. Las cuerdas eran de cáñamo y, en estos tiempos de guerra, de una calidad tan baja que, incluso colocadas en doble, raramente resistían caídas de más de cuatro o cinco metros. La variedad de los pitones se limitaba a unos pocos modelos y el uso de cuñas de madera era prácticamente desconocido. De manera que, al menos la mitad de las fisuras, no permitían asegurarse para progresar en artificial.

Y no hablo, porque no me acuerdo de todos, de los accesorios de menor importancia que fueron inventados después: crampones de doce puntas, mosquetones de duraluminio, material de vivac ligero, estribos con peldaños de diversos materiales, linternas frontales, etcétera.

Considerando la situación, los útiles y los métodos de que disponíamos entonces, que estaban más cerca de los utilizados por los pioneros de los tiempos heroicos del alpinismo que de los que emplean los sextogradistas de hoy, con los músculos inflados de vitaminas de todo tipo, en ocasiones auténticos dopajes, los pies calzados con zapatos ultraespeciales que permiten aprovechar hasta la menor irregularidad, anclados a cuerdas de nailon que pueden resistir las caídas más increíbles, que no dudan en perforar la roca con el burilador, e incluso, gracias a ingeniosos sistemas de poleas, suben sus petates con la ayuda de sus equipos de compinches ¡situados en la base de las murallas!, podemos concluir que nosotros éramos muy diferentes.

# Marteau - piolet



Piton à rochers accouplés



Piton à glace (forme diagonale)

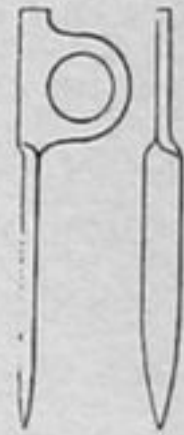
# Pitons horizontaux



Latex - court



Court



Long

# Pitons verticaux



Long



Court

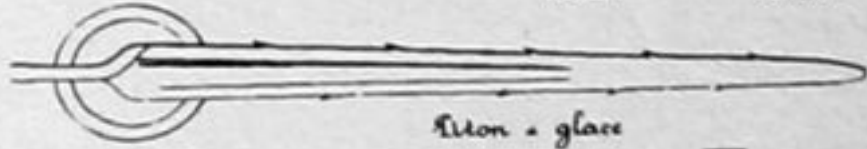


Vertical

# Piton à anneaux



Horizontal



Piton à glace

A pesar de sus dificultades y de sus largos, ninguno de los recorridos que yo realicé durante los años 1943, 1944 y 1945 me procuró la sensación de compromiso total que había conocido en el Col du Caïman.

Es verdad que los progresos técnicos y la acumulación de experiencia, de los que me enriquecía con cada nueva ascensión, hacían que el límite de mis posibilidades variara, y este incremento en mi maestría dificultaba que la aventura me sorprendiera. Pero, sin duda, ¡mis fuerzas morales no habían aumentado lo suficiente como para verme envuelto en combates heroicos! Los itinerarios más audaces de la época, incluso siendo problemas nuevos, estaban, sin embargo, lejos de ofrecerme estos combates. El origen de la relativa falta de audacia y de espíritu emprendedor que experimenté durante los años que siguieron a mi aventura del Caïman es, sin duda, producto de varios incidentes dramáticos, en el curso de los cuales sólo escapé de la muerte por una especie de milagros. Estas incursiones en la antecámara de la muerte estremecían un poco mis nervios y me mostraron una prudencia que el dinamismo de la juventud y la impetuosidad de mi carácter me habían hecho olvidar. La desaparición en montaña de amigos que me resultaban queridos no fue tampoco demasiado ajena a esta semisensatez.

¡Oh, de cuántas contradicciones está llena la naturaleza humana! Mi espíritu llamaba a los «peligros y la pena sin los que la existencia no sería más que una cosa oscura y fastidiosa, bastante dispuesta a desencantarse de la vida»<sup>[13]</sup>, pero las fuerzas del animal que habitaba en mí combatían para alejarlos.

Para la mayoría de los profanos, la escalada de una montaña difícil se reduce a una simple serie de dramáticas acrobacias, en las que los héroes sólo consiguen escapar de la muerte gracias a la feliz combinación de una energía sobrehumana con azares milagrosos. En realidad, este tipo de odiseas sólo las viven, a veces, principiantes temerarios de los que se habla en la primera página de los grandes diarios; pero los verdaderos montañeros viven una historia muy diferente. Si el alpinismo fuera tan peligroso como tratan de hacerlo creer las leyendas, la ley de probabilidades no hubiera permitido a hombres como Heckmair, Soldá o Cassin sobrevivir en centenares de escaladas de una dificultad tan extraordinaria como las que han jalonado sus respectivas carreras.

El público ignora por completo que, en primer lugar, y del mismo modo que ocurre en el atletismo y en el ciclismo, en el alpinismo hay numerosas especialidades muy diferentes entre sí, que comportan diversos grados de peligro. También se suele ignorar que cada una de estas especialidades requiere una compleja técnica, que sólo se aprende a costa de practicar mucho.

En cambio, es cierto que, solamente en Francia, los accidentes de montaña provocan cada año de treinta a cincuenta muertes. Pero, si se tiene en cuenta que hay unos 15 000 alpinistas que practican la escalada<sup>[14]</sup>, esta cifra no parece muy elevada.

Por otro lado, nueve de cada diez accidentes tienen por víctimas a temerarios principiantes, o bien a escaladores que han tratado de ir más allá de sus posibilidades técnicas. Es tan estúpido e imprudente lanzarse a una escalada sin haber aprendido previamente la técnica necesaria, como tratar

de llevar un avión sin haber aprendido a pilotar. Del mismo modo, es tan temerario emprender una escalada de alta escuela siendo un mediocre alpinista, como tratar de hacer un rizo cuando el piloto apenas ha aprendido a despegar.

Sin embargo, no vayáis a creer que, para los virtuosos, el alpinismo no entraña ningún peligro. Es cierto que la literatura y, a veces, los escaladores mismos han exagerado la realidad. Pero no es menos cierto que, como las carreras de automóviles o el pilotaje acrobático, el alpinismo de dificultad, sin ser suicida, comporta serios riesgos. Los mejores también pueden cometer un error y nadie está libre de la mala suerte. Como los pilotos de avión y los corredores de coches, algunos escaladores con clase mueren de viejos y otros se matan.

Mi carrera alpina ha sido especialmente completa y he realizado cientos de escaladas difíciles en todas las especialidades del alpinismo. Sin embargo, no he estado verdaderamente cerca de la muerte más que en una veintena de ocasiones y, aunque he sufrido varias caídas importantes, no arrastro las secuelas de una sola herida seria. No soy ninguna excepción, más bien al contrario, ya que algunos famosos escaladores, con suerte y habilidad a la vez, han completado sensacionales carreras sin haber tenido ningún accidente. Las especialidades del alpinismo van de la escalada acrobática en las paredes verticales y desplomadas hasta la laboriosa ascensión de los gigantes de ocho mil metros. Todas implican riesgos mortales, pero en distinto grado oscilan del simple al multiplicado por diez. Por curioso que esto pueda parecer, el riesgo que comporta una ascensión tiene poca relación con su grado de espectacularidad. Así, la especialidad más impresionante para el espectador es la escalada acrobática sobre buena roca. Sin embargo, practicada con suficiente técnica, está lejos de ser la más peligrosa. Por el contrario, la ascensión de las montañas de gran altitud, muy poco espectacular, implica grandes riesgos.

La gente imagina que ningún riesgo es tan serio como caer al vacío, y esto es un grave error. Entre alpinistas dotados y con conocimientos técnicos, la mayor parte de los accidentes se producen por desprendimientos de roca o de hielo, que al caer por las laderas de la montaña alcanzan al escalador. Si la ascensión no es muy difícil, un buen alpinista no suele despeñarse. Cuando la dificultad aumenta, cuando los puntos de sujeción son demasiado pequeños y escasos, cuando la pared llega a ser vertical o extraplomada, el escalador clava en el hielo, o, más a menudo, en las fisuras de la roca, una o varias clavijas metálicas provistas de sólidos mosquetones por los que pasa la cuerda que le une con sus compañeros. Estas clavijas tienen como función detener la caída del escalador en caso de que se suelte. Como es muy poco frecuente trepar más de diez metros sin encontrarse con una fisura en la que poder fijar una clavija, las caídas son generalmente de cinco a diez metros, y en casos excepcionales pueden llegar hasta veinte metros; es decir, diez metros por encima y diez por debajo del pitón.

Extrañará, sin duda, que sea posible caer veinte metros sin matarse ni herirse. En realidad, las caídas frenadas por la cuerda tienen a menudo consecuencias fatales: mientras cae, el escalador puede golpearse en una plataforma o en un saliente de la montaña. No obstante, como es habitual en el caso de las escaladas serias, cuando la pared es vertical o desplomada, el hombre cae al vacío y generalmente no encuentra nada a su paso. El peligro es mayor cuando el segundo de cordada consigue detener la caída. A pesar de la elasticidad de la cuerda, se produce un choque violento

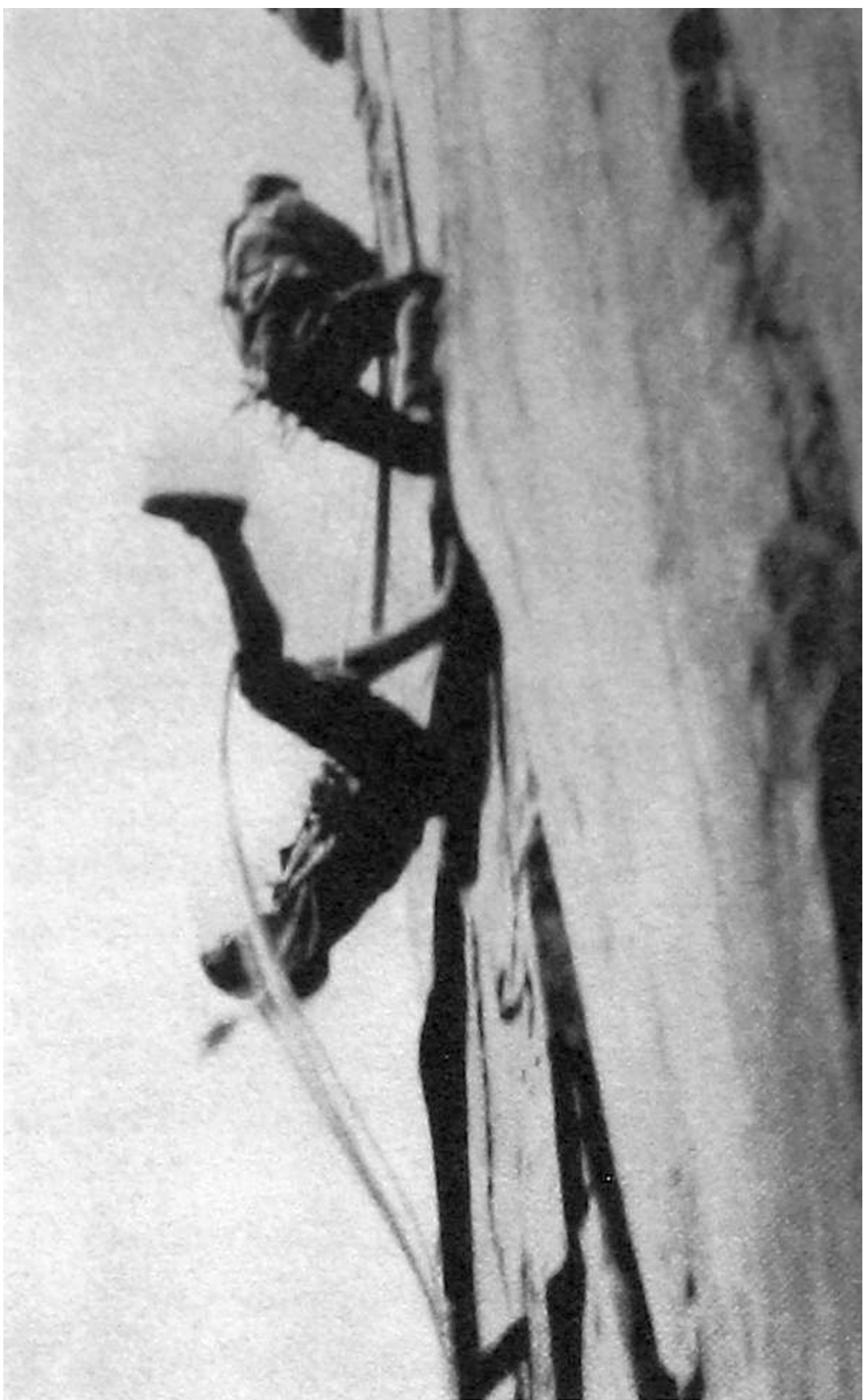
capaz de romper la columna vertebral del alpinista, o la misma cuerda. Desde nuestros días, el uso del nailon, más sólido y elástico que el cáñamo, ha reducido considerablemente este riesgo y hay innumerables ejemplos de caídas de veinte, incluso de cuarenta o de sesenta metros, que han acabado sin heridas graves. Hasta tal punto que se ha visto a escaladores especialmente audaces que, en algunos casos, saltaban deliberadamente al vacío. Conozco a un famoso escalador belga que, en el curso de su carrera, todavía breve, ha tenido más de cuarenta grandes *vuelos*, y un célebre inglés que ha sufrido sin hacerse daño una quincena de más de veinte metros, incluso algunos de casi cuarenta metros. A pesar de todo, hay que evitar las caídas al máximo, pues las mejores cuerdas pueden cortarse con un saliente de la roca y, sobre todo, el pitón que parece mejor colocado puede arrancarse perfectamente.

Personalmente puedo decir que, a lo largo de casi veinte años de practicar intensamente el alpinismo, he tenido unas diez caídas graves, que oscilaron entre cuatro y veinte metros. Por otro lado, éste es un número considerablemente elevado para la media, aunque, de hecho, sólo en una de esas ocasiones he estado a punto de perder la vida.

Este *vuelo* se produjo en 1942, algún tiempo después de que escalara el Col du Caïman. Tras haber almacenado mi cosecha de patatas y haber guardado la leña para el invierno, disponía de algunos días libres antes de que llegaran los fríos más rigurosos. Dejando la granja al cuidado de mi mujer, partí con Gastón hacia el único campo de escalada que normalmente es accesible en esta estación: las Calanques de Marsella. Como se sabe, Rébuffat nació en la capital de Provenza. Su madre todavía vivía allí y nos dio cobijo. Cada mañana partíamos de la casa para escalar alguna de las elegantes agujas blancas o alguno de los imponentes acantilados situados a las puertas de la ciudad, que permiten realizar ascensiones en miniatura que muchas veces son de extrema dificultad.

Llevábamos tres días practicando este simpático juego cuando una mañana nos dirigimos a una vía conocida con el nombre de *La Bouffigue*. Era una pared vertical, y yo iba en cabeza de cuerda, a unos sesenta metros de altura. Bruscamente, la clavija en la que me sostenía se soltó y, antes de haber comprendido lo que ocurría, me encontré colgado en pleno vacío, con la cabeza hacia abajo. La segunda clavija se encontraba a unos cuatro o cinco metros por debajo de mí, y el golpe la arrancó sin que ni siquiera llegara a reducir la velocidad de mi caída. Al ver que el suelo se acercaba a una velocidad vertiginosa, creí que se me habían roto las dos cuerdas y que acabaría aplastado al pie del acantilado. Mi mente se puso a trabajar a una velocidad vertiginosa y, en fracciones de segundo, pensé en mi madre, en mi mujer y en otras mil cosas.





No me atormentó ninguna sensación de miedo. La idea de que iba a morir al cabo de un instante no me angustiaba nada, porque mi espíritu asistía a la caída más como un espectador que como un actor. Pronto sentí un violento golpe en el pecho. Tuve que rendirme a la evidencia: no estaba muerto, sino suspendido en pleno vacío, por debajo de un desplome.

El regreso a la vida me pareció penoso; sentía un dolor tremendo en los riñones y la cuerda me ahogaba. De repente, me vi asaltado por todos los problemas de la existencia, incluso por los más vulgares: ¿cómo iba a lograr salir de aquella situación? ¿Estaba herido gravemente? ¿Podría esquiar ese invierno? ¿Me echaría una bronca muy fuerte mi mujer? Sólo más tarde me di cuenta de que, por un pelo, no había muerto, una de las dos cuerdas de cáñamo que me sujetaban cuando escalaba se había roto y el mosquetón, de un metal demasiado blando, se había abierto mucho. Si la cuerda, que quedó intacta, no hubiera sido detenida por la muesca donde se coloca la cabeza del dedo del cierre, ahora estaría muerto.

Aunque en toda mi carrera no he tenido más que una sola caída en la que he estado muy cerca de la muerte, en cambio ha habido al menos nueve ocasiones en las que he estado a punto de morir por desprendimientos o avalanchas de hielo y de roca. Efectivamente, mi especialidad, en cuanto a peligros del montañismo, han sido las avalanchas de nieve y las caídas de cornisas.

En los Alpes, las caídas y avalanchas de piedras son muy frecuentes, sobre todo durante los veranos secos. Están provocadas bien por los mismos alpinistas que las inician involuntariamente escalando y arriesgan así la seguridad de aquéllos que están por debajo de ellos, o bien —lo que ocurre más a menudo—, por la acción del hielo y del deshielo que, a la larga, consigue despegar las rocas de la montaña. En algunos tipos de ascensiones, como en las de agujas verticales de roca, los riesgos debidos a las piedras son casi despreciables. Por el contrario, son muy altos en las escaladas llamadas mixtas, que comportan sucesiones de pendientes de nieve y pasajes rocosos. Un alpinista experimentado y prudente puede limitar este peligro intentando franquear los pasajes a las horas en las que las rocas están adheridas por el hielo, o evitarlos dando trabajosos rodeos, pero nunca podrá librarse de ellos por completo. Personalmente, en varias ocasiones, la fortuna de no ser pulverizado se ha debido sólo a una casualidad providencial.

Mi primera experiencia aterradora en este campo ocurrió en junio de 1943. Había ido a pasar algunos días a Grenoble, donde aún tenía parientes y muchos amigos, y aproveché este desplazamiento para intentar realizar una escalada en el macizo del Oisans. Partí con tres compañeros: el ya fallecido Pierre Brun, mi primo Michel Chevalier y un alpinista de París con el que ya había escalado en varias ocasiones, Roger Endewell, que, debido a su escasa estatura, es más conocido por el mote de *Micro*.

En este principio de temporada la montaña permanecía todavía bastante cargada de nieve, las escaladas rocosas amenazaban con estar difícilmente practicables, y sólo un recorrido glaciar parecía, pues, lo más recomendable. Yo había sentido siempre cierta inclinación por este tipo de alpinismo, bastante ingrato y, además, poco apreciado en aquellos días. Como mis compañeros eran

tres excelentes montañeros, aguerridos en todos los terrenos, elegimos el corredor norte del Col du Diable, una ascensión glaciaria larga y de una fuerte inclinación sostenida, pero sin dificultades excepcionales.

Los tintes delicados de la aurora se nos aparecían cuando franqueábamos la rimaya. El cielo era puro, pero la temperatura, muy suave, no había posibilitado que helase durante la noche. Las reglas estrictas del alpinismo clásico hubieran dictado que, en estas condiciones, renunciásemos a nuestro proyecto, ya que podían producirse caídas de piedras. Pero ¿quién respeta estas reglas con veinte años? Además, como el corredor estaba abundantemente nevado, no parecía muy alto el riesgo de caídas de piedras. Ni por un instante se contempló la retirada. Después de algunos largos de cuerda sobre pendientes moderadas, la inclinación pasó a ser de aproximadamente 45 grados y, bajo una fina capa de nieve húmeda, un duro hielo hizo chirriar nuestros crampones.

En aquellos tiempos heroicos, la delicada técnica que permite escalar las pendientes de hielo en equilibrio sobre las puntas de los crampones, y que suele conocerse con el nombre de *cramponaje*, sólo era utilizada por un número muy reducido de alpinistas. Cuando las pendientes superaban los 30 o 35 grados, por regla general se tallaban escalones con el piolet. Éste era un método pesado y desesperadamente lento. En general, yo lo practicaba en fuertes pendientes, pero todavía no usaba el piolet en la posición llamada piolet ancla, que sólo conocí más tarde cuando me la enseñó mi maestro Armand Charlet. Esta mala posición del piolet no me permitía llegar al límite de las posibilidades de la nueva técnica. Cuando avanzaba sobre hielo duro, sólo podía aplicarla en pendientes de un máximo de 45 grados. Así pues, empecé a elevarme en un equilibrio bastante precario sobre la punta de mis crampones. Mis compañeros, menos entrenados que yo en esta técnica, me contemplaron admirados, pero se negaron a imitarme. Entonces, tuve que resignarme a subir tallando peldaños, o bien a servirme de la punta de mis crampones. Nuestro avance se hizo muy lento y, cuando los rayos del sol comenzaron a iluminar la pendiente, no habíamos subido más que la cuarta parte.

Un poco más tarde, algunas piedras aisladas empezaron a rodar, haciendo graciosas cabriolas por el ancho *couloir*. Sabíamos que, con un poco de agilidad y de sangre fría, siempre es posible esquivar una piedra y que, por otro lado, un cuerpo humano ocupa muy poco espacio en un ancho de doscientos metros. Sólo el diablo podía hacer coincidir la trayectoria de una de esas piedras con el cuerpo de uno de los miembros del grupo. Aunque algo inquietos, continuamos nuestra lenta ascensión. Muy pronto, las piedras empezaron a ser mucho más numerosas y algunas se precipitaron hacia nosotros. Transformados en toreros alpinos, las evitábamos con movimientos rápidos. Este ejercicio, repetido continuamente, nos ponía los nervios en tensión. No podíamos seguir dando saltos y piruetas durante más tiempo sin que se produjera una catástrofe; pero ¿qué podíamos hacer? ¿Volver a bajar? Habíamos tallado unos peldaños muy espaciados y habíamos subido algunos tramos de la pendiente usando la punta de los crampones. Además, emplear la técnica de los crampones en el descenso es mucho más difícil que en la subida. Por tanto, nos veríamos obligados a tallar peldaños durante horas, y nuestras posibilidades de llegar abajo sanos y salvos eran muy escasas.

En lugar de recurrir a esta solución desesperada, decidí tratar de llegar a una punta rocosa bastante cercana que nos ofrecería cobijo parcial frente a los desprendimientos. Me dirigí lo antes

posible hacia ese puerto de salvación, pero, cuando avanzaba ya hacia él, oí un tremendo crujido que sonaba como un trueno desde la pared rocosa que dominaba nuestra posición.

Con los ojos dilatados por el terror, vimos dos o tres bloques de dimensiones semejantes a un armario que, rodeados por una metralla de piedras más pequeñas, se dirigían hacia nosotros directamente dando fantásticos saltos. Parecía imposible que aquella enorme avalancha no nos aplastara como a muñecos de paja. Perfectamente conscientes de la suerte que nos esperaba, recostados sobre la pendiente, vimos bajar hacia nosotros aquella tormenta de piedras. Pero, bruscamente, cuando ya la avalancha estaba a sólo unos treinta o cuarenta metros de nuestra posición, y sin motivos aparentes, se escindió en dos. Los grandes bloques pasaron a unos quince metros por nuestra izquierda y el resto nos rodeó por la derecha. Sólo nos alcanzaron algunas de las piedras más pequeñas, pero no nos causaron daños.

También fue por azar, un azar casi tan milagroso como el anterior, que, al cabo de algunos meses, me librara otra vez de la desgracia en una escalada en la que me acompañaba René Ferlet.

Para evitar el riesgo del desprendimiento de piedras, habíamos lanzado nuestro ataque a la montaña por el espolón norte de la Aiguille du Midi, dos horas antes del amanecer. La noche era oscura y algo templada. Después de haber pasado varias semanas en medio de batallas de la vida mediocres y, a veces, hasta mezquinas, yo estaba contentísimo de hacer frente, una vez más, a un verdadero combate en el espléndido marco de las más elevadas cimas.

Escalar en la oscuridad es desagradable, incluso cuando el terreno es fácil, pero aquel ejercicio molesto nos había permitido llegar rápidamente al *couloir* de nieve situado a nuestra derecha. Aunque este punto estuviera muy expuesto a los aludes de hielo y de piedras, nos había parecido cómodo utilizarlo para ascender unos treinta metros. Pero apenas habíamos cruzado la mitad de esta distancia, cuando se oyó sobre nuestras cabezas el ruido de un gran alud de piedras. Casi no me había dado cuenta de lo que ocurría cuando noté un golpe en la pantorrilla y me vi bajando por la pendiente a grandes saltos. Al igual que en la caída que sufrí en Marsella, mi mente se puso a trabajar a una velocidad extraordinaria. En un instante, recordé todos los accidentes en los que sus protagonistas habían salido con vida: Gréloz y Valluet, en el Couloir Couturier; Boulaz y Lambert, en el Whymper; Belin y Rouillon, en las Rouies, etcétera. Como pensé que todavía no habíamos remontado cien metros, me sentía muy optimista ante la caída. Pero entonces se produjo un choque más brutal: rodé unas docenas de metros más, y, por fin, me encontré frenado por un cono de deyección. La piel de mis manos había sido parcialmente arrancada, pero no tenía ninguna herida grave. A mi lado, Ferlet se levantó, también ileso.

Sea cual fuere su capacidad y su fuerza natural, el escalador que, abandonando los itinerarios clásicos y lo que yo llamaría el «alpinismo turístico», sólo piensa en ir a buscar las satisfacciones más profundas y más austeras que le proporcionan las grandes murallas de los Alpes y las altas cimas de la tierra, se expone siempre a serios peligros. El mundo mineral en que penetra no está hecho para la vida del hombre y las fuerzas de la naturaleza parecen aliarse para expulsarle. El que, en busca de una belleza y una grandeza sublimes, osa aventurarse en estos lugares, debe aceptar completamente correr ciertos riesgos.

Una buena preparación física y una maestría total de la técnica, es decir, el arte sutil y complejo

de superar los obstáculos de rocas y de hielo, permiten eliminar casi completamente los riesgos inherentes a la condición humana.

Por extraordinario que pueda parecer, los superescaladores de roca nunca cometen errores, incluso en las dificultades más extremas. Es por ello que algunos virtuosos de la escalada pura pueden practicar impunemente durante años el alpinismo solitario, que no permite ningún fallo.

Los peligros que se deben al desencadenamiento de las fuerzas de la naturaleza, lo que se llama frecuentemente «peligros objetivos», son mucho más difíciles de evitar. En los grandes recorridos de alta montaña es imposible no pasar alguna vez bajo un serac amenazador, no atravesar lugares expuestos a las piedras, excepto cuando la montaña las mantenga fijadas por el hielo, y mucho menos aventurarse únicamente cuando el tiempo es perfectamente bueno y estable. El que respetase las reglas de prudencia mostradas en los manuales quedaría prácticamente condenado a la inactividad.

El objetivo del alpinismo no consiste en exponerse a los riesgos, pero los riesgos forman parte del juego. Únicamente una larga experiencia, producto de múltiples observaciones almacenadas no sólo en la memoria, sino también en el subconsciente, permite a ciertos alpinistas la posibilidad de adquirir el instinto necesario para detectar el peligro y, sobre todo, para apreciar la importancia de su amenaza.

Yo peso cerca de ochenta kilos y, por desgracia, mis brazos son anormalmente cortos y mi musculatura es nudosa. Todo esto hace que no esté bien dotado para escalar las rocas más difíciles, y nunca he sido un fenómeno en esa especialidad. A pesar de mi relativa inferioridad física, gracias a mi audacia natural y a mi gusto por la autosuperación, a menudo he realizado sin problemas escaladas de paredes rocosas que suponían una gran dificultad. Lo he logrado, es cierto, pero a costa de algunos riesgos, y por eso mis caídas han sido bastante numerosas y se han repartido a lo largo de toda mi carrera.

En cambio, fue durante los primeros años de práctica de alta montaña cuando viví acontecimientos en los cuales las fuerzas de la naturaleza estuvieron a punto de arrastrarme a la muerte. Pero en esa época mi actividad era menos intensa que posteriormente, y las escaladas realizadas fueron, en teoría, menos arriesgadas. Es posible que haya sido un encadenamiento de circunstancias, debidas al azar, lo que ha causado esta acumulación de situaciones dramáticas; pero más bien tiendo a creer que la falta de experiencia fue lo que me hizo exponerme a múltiples peligros, que sólo poco a poco he aprendido a superar.

Actualmente, no me sorprendería ser víctima de una caída en una auténtica escalada, pero casi no hay posibilidades de que viva aventuras semejantes a las del Col du Diable o a las de la cara norte de la Aiguille du Midi. Se puede practicar el alpinismo de gran categoría durante veinte o treinta años, y morir de vejez. En esta larga aventura, lo más difícil es superar los primeros cuatro o cinco años.

Las dramáticas experiencias que viví en el curso de los veranos de 1942 y 1943 —de las que aquí sólo he mencionado las más notables— fueron muy beneficiosas para mí. Durante las siguientes temporadas, mostré una mayor prudencia y, en cierta medida, limité el nivel técnico de mis ascensiones.

En cambio, Rébuffat, siempre animado por esa maravillosa confianza en su destino, que ya le

había visto manifestar cuando era sólo un principiante, no parecía aventurarse en escaladas que estuvieran más allá de sus fuerzas. Por otro lado, gracias al entrenamiento que le proporcionaba su oficio de instructor de montañismo, y también gracias a que disponía de bastante tiempo libre, pudo desplegar una actividad amplísima y coronar con éxito numerosas escaladas de gran categoría.

Sencillo, tranquilo y reservado en la vida cotidiana, mostraba en cambio en la montaña una singular carencia de modestia. Al oírle hablar, se hubiera podido creer que las escaladas que realizaba sólo eran ejercicios de entrenamiento para las más grandes hazañas. También decía siempre que para triunfar frente a las más formidables paredes necesitaba un compañero capaz de seguirle.

Esto era para mí un honor, pues me juzgaba digno de ser tal compañero, y me daba muchísimo la lata para que renováramos la hazaña de los italianos que, dirigidos por Riccardo Cassin, habían logrado vencer en 1938 la cara norte de las Grandes Jorasses por el espolón de la Punta Walker.

Esta extraordinaria pared, en la que se da un armonioso equilibrio entre la roca y el hielo, es indiscutiblemente la escalada reina del macizo del Mont Blanc. La cumbre, visible desde numerosísimos puntos, parece rechazar a los alpinistas por su aspecto inaccesible. A su lado, las paredes más orgullosas parecen casi ridículas.

Ningún alpinista digno de este nombre puede evitar que surja en su interior el deseo de conquistarla.

Al igual que le ocurría a Rébuffat, yo no albergaba en mi interior ningún sueño tan dorado como el de ascender la Walker. Para mí, era la pared más grandiosa, más pura y más deseable. Estaba muy por encima de todas las demás, y no me sentía a la altura de semejante empresa. Creía que solamente unos superhombres, como Cassin o Heckmair, podían realizar tales proezas, y en mi interior pensaba que ni Gastón ni yo éramos seres excepcionales.

Así pues, le dejé que continuara realizando sus grandiosos proyectos, mientras yo me dedicaba a seguir mi destino, más modesto.

Rébuffat consiguió convencer a uno de los mejores alpinistas de la generación precedente, Édouard Frenod, para que le acompañara a la Punta Walker. Pero, aparentemente al menos, tampoco este veterano estaba todavía preparado para una empresa semejante, porque, si bien la cordada que componían Gastón y Édouard no pudo continuar debido al mal tiempo, poco después de haber superado la primera cuarta parte del muro, el tiempo extremadamente largo que necesitaron para subir hasta allí muestra que no dominaban la situación.

A pesar de este humillante fracaso, Rébuffat no se descorazonó lo más mínimo. Con la tenacidad extraordinaria que ha sabido manifestar en circunstancias muy diferentes, mi amigo decidió volver a intentarlo en cuanto se le presentara la ocasión propicia.

Al cabo de dos años, y, una vez más, en compañía de Frenod, tras dos vivacs y cerca de tres días de durísima escalada, consiguió llevar a cabo la segunda ascensión del espolón de la Punta Walker, logrando así la primera gran hazaña del alpinismo francés.

# La guerra de los Alpes

Durante este par de años, dos acontecimientos históricos cambiaron profundamente el curso de mi existencia: la campaña de liberación de Francia y el final de la guerra.

A partir de 1942, la región de Chamonix había sido un importante foco de resistencia. Los maquis poblaban la montaña y muchos hombres del valle pertenecían a organizaciones clandestinas.

Personalmente, contribuía al avituallamiento de los maquis. Varios de sus jefes eran amigos míos, e incluso algunos bastante íntimos. Vivía en contacto permanente con la resistencia y no ignoraba casi nada de su actividad, aunque en realidad no formaba parte de ninguna organización.

Hoy me pregunto por qué no participé más activamente en la primera fase de la liberación. Aunque argumentos no me faltan, ninguno me parece convincente. En primer lugar, no existía ninguna razón material para pasarme a la clandestinidad. Al trabajar en el mundo rural —dirigía una explotación agrícola—, estaba exento de ir a Alemania a cumplir el Servicio de Trabajo Obligatorio impuesto por el ocupante. De hecho, salvo uno o dos controles, nunca me sentí obligado a nada y jamás tuve la impresión de que mi libertad de movimientos estuviera restringida.

Asimismo, al no estar vinculado a ningún partido político, tampoco tenía motivos para desempeñar un papel activo en la guerrilla. Ahora bien, el objetivo de la Resistencia era el de combatir y eliminar al invasor alemán. Es indudable que, como cualquier francés, hubiera debido unirme a ella y participar más activamente de lo que lo hice.

En sus comienzos, los movimientos clandestinos no me parecían tener otra meta que la de permitir a los refugiados políticos y a los jóvenes llamados a filas para el Servicio de Trabajo Obligatorio en Alemania escapar a un destino nada envidiable. Durante este primer periodo, tuve la impresión de cumplir sobradamente con mi deber aprovisionando a los maquis, e incluso escondiendo en mi casa a algunos jóvenes comprometidos. Cuando fui consciente de la lucha armada que llevaba a cabo la Resistencia, debo confesar que me causó cierto rechazo al principio, sobre todo a causa del ambiente de conspiración en el que se llevaba a cabo el combate clandestino y también debido a las rivalidades existentes entre las personas y partidos que componían los diferentes movimientos de la Resistencia.

Es probable que me hubiera sumado a una insurrección a cara descubierta, y los hechos demostrarían más tarde que era capaz de ello; pero como nada me obligaba a ser clandestino, entré en la clandestinidad sin ningún convencimiento. No obstante, yo había informado a varios jefes de la Resistencia, algunos de los cuales no eran simples responsables locales, que podían contar conmigo cuando la lucha armada alcanzara una fase francamente insurreccional.

También he de confesar que el trabajo de la granja me absorbía por completo y, un tanto atolondrado por mi pasión montañera, no era consciente del papel que podía desempeñar la Resistencia en la liberación de Francia. En resumen, seguía ciegamente el destino individual que me había labrado voluntariamente sin preocuparme demasiado por el del país.

Después del 6 de junio, la acción de la Resistencia se intensificó y los acontecimientos se precipitaron. En la Alta Saboya los alemanes sólo controlaban los núcleos más importantes. En el alto valle de Arve estaban sólidamente instalados en Chamonix y todos los hoteles importantes

habían sido convertidos en hospitales para los heridos, pero los demás pueblos del valle estaban prácticamente en manos del maquis.

Consciente de que la fase insurreccional de la Resistencia no tardaría en llegar, dije a uno de mis amigos, oficial del Ejército y jefe de un grupo de resistentes, el capitán Brissot-Perrin, que me avisara cuando quisiera que me uniera a él para entrar en combate. No tardé en recibir un mensaje diciéndome que ese momento había llegado y poco tiempo después me presenté en su cuartel general situado en el caserío de Chavands. Como las armas escaseaban y no se las daban a quienes acababan de llegar, hice de correo durante veinticuatro horas entre nuestro grupo y otro que había tomado posiciones por encima del pueblo de Servoz. Sin embargo, la situación era confusa. Los jefes de los diferentes grupos de combatientes daban la impresión de no llevarse muy bien; en cualquier caso, la autoridad de mi amigo no era unánimemente reconocida. Dos días después de haber comenzado a prestar servicio y mientras esperaba recibir órdenes calentándome al sol delante de la vieja granja que servía de cuartel general, un grupo de hombres armados se presentó en un estado de gran nerviosismo preguntándome si el capitán se encontraba allí. Al responderles afirmativamente, los visitantes se precipitaron al interior de la vivienda dándome un buen empujón. Oí una violenta discusión y después salió el grupo armado. Poco después, Brissot-Perrin me dijo que se había visto obligado a dimitir y me aconsejó que volviera a casa, algo que hice inmediatamente. Más tarde, todos los maquis tomaron posiciones en los alrededores de Chamonix. Ante esta amenaza, los alemanes se agruparon y se hicieron fuertes en el Hotel Majestic; después de unas intensas negociaciones, terminaron por rendirse sin combatir.

Francia estaba prácticamente liberada, pero el ejército alemán se había retirado a la frontera italiana, se había atrincherado en ella y desde esa posición efectuaba peligrosas incursiones en los valles altos de la vertiente francesa.

La acción de la Resistencia había tocado a su fin, pero la guerra continuaba. Los antiguos maquis tendrían que ser reconvertidos en una tropa verdaderamente militar, más o menos directamente vinculada al Primer Ejército que había desembarcado en África. En la región de Chamonix, el periodo de transición fue muy confuso. Las rivalidades entre personas y partidos alcanzaban el cénit y pudimos asistir a acontecimientos casi cómicos.

Como otros muchos alpinistas parisienses, Pierre Allain y René Ferlet entre otros, Maurice Herzog se había refugiado en la cabecera del valle de Arve. Solicitó un mando acorde con su grado de teniente en situación de reserva. Pero como no tenía un largo historial de resistente, fue recibido con frialdad por los jefes del Ejército Secreto. Molesto por ello, y aunque no tenía ningún contacto con el Partido Comunista, acudió al grupo de los Francotiradores Partisanos. Como no andaban sobrados de mandos, Herzog fue recibido con los brazos abiertos y elevado al grado de capitán. Casi todos los alpinistas que no eran de Chamonix entraron a formar parte de la Compañía Herzog, salvo Gastón Rébuffat quien, después de haber servido en ella durante varios días, estimó más prudente y más político no comprometerse con un grupo ligado al Partido Comunista y decidió unirse al grupo del Ejército Secreto.

Herzog era uno de mis compañeros de montaña y sólo unos días antes de la liberación de Chamonix habíamos realizado juntos la primera ascensión de la vertiente norte del Col du Peuterey y



regresado por la arista de Peuterey y la vía normal del Mont Blanc. Me pidió que me uniera a su grupo, pero la confusión que reinaba y las rencillas existentes en este ejército en proceso de gestación no me gustaban en absoluto. Me negué rotundamente y me refugié en las labores terrenales de mi granja, entre otras cosas para cosechar las patatas, con la aprobación sin reservas de mi mujer, dotada de un gran sentido práctico.

Los primeros días de octubre, no recuerdo exactamente la fecha, recibí la visita de un compañero de J. M. que se llamaba Beaumont. Pertenece a una compañía de maquis que actuaba en el Isère y que se había hecho famosa por sus golpes de mano con el nombre de Compañía Stéphane, porque éste era el seudónimo que utilizaba su jefe y animador, el capitán Étienne Poiteau, que había sido cadete de la Academia General Militar de Saint Cyr.

Stéphane —en cuyas tropas había numerosos monitores alpinos, procedentes de J. M., así como buenos esquiadores y alpinistas del Delfinado— quería organizar una compañía de alta montaña capaz de hacer frente a los alemanes en las crestas de los Alpes y también capaz, con el tiempo, de llegar a desalojarles.

Para reforzar la compañía con el mayor número posible de técnicos alpinos, envió a Beaumont a Chamonix para que persuadiera a algunos guías y monitores de la zona, hasta lograr que entrasen a formar parte de su grupo.

Beaumont tenía el don de la palabra. De hecho, después aprovechó esta cualidad en su vida de representante. Con grandes dotes persuasivas, supo ensalzar las bondades de la Compañía Stéphane, su glorioso pasado, su buena organización fundamentada en métodos auténticamente militares, el estupendo ambiente que se respiraba dentro de ella, el lugar de honor que ocuparía y, al fin, el argumento que a mí me pareció decisivo: me aseguró que los amigos con quienes esquiaba y salía a la montaña en los primeros tiempos —Michel Chevalier, Pierre Brun, Robert Albouy y J.-C. Laurenceau— formaban parte de la tropa y me estaban pidiendo que me incorporara.

La buena reputación de la que gozaba el capitán Stéphane y el hecho de que su compañía fuera una auténtica unidad militar, que para mí era una garantía de seriedad, la presencia de mis mejores amigos en ese grupo y también, sin duda, el demonio de la aventura que moraba en el fondo de mi corazón, fueron los factores que, conjugados, acabaron por adquirir la consistencia suficiente para hacer pasar a un segundo plano el afecto que sentía por mi mujer y el gran interés que prestaba a la tierra y al ganado. Acto seguido, hice el macuto y me fui a ponerme al servicio de mi país participando en la última fase de la guerra.

Cuando me pongo a pensar hoy en ello, no deja de sorprenderme el talento desplegado por el sargento Beaumont para enrolarnos. No solamente logró que me comprometiera por escrito con el Ejército, cuando en realidad sentía una gran aversión hacia el estamento militar, sino que consiguió llevar a Grenoble a otros tres habitantes del valle de Chamonix, en particular al guía y amigo Laurent Cretton, que además de estar casado, tenía tres niños.

Tengo por principio no arrepentirme nunca de lo que he hecho, pero si alguna vez cometí una locura de la que no he dejado de alegrarme es la de haberme integrado en la Compañía Stéphane. Los ocho meses pasados dentro de esa unidad deben figurar, sin duda alguna, entre los más maravillosos de toda mi existencia.

La Compañía Stéphane no era tan perfecta como me la había descrito Beaumont; se trataba de una institución humana y, como tal, fallaba en numerosos detalles. Pero era un grupo extraordinario y, sobre todo, su jefe era un hombre excepcional que comunicaba, como ninguna otra persona, el entusiasmo y la fe en lo que hacía. Al principio, esta compañía era un simple grupo de guerrillas cuyo cuartel general estaba situado en Prabert, en pleno corazón de las sierras de Belledonne. Stéphane, en lugar de dejar que sus hombres se enmohecieran por la inactividad, como ocurría con la mayor parte de los maquis —pues éste era el mal que padecían muchos de ellos—, les sometía a un entrenamiento militar intensivo. Él les proporcionó una verdadera formación de comando, enseñándoles sobre todo a camuflarse en la naturaleza y a desplazarse rápidamente incluso en las condiciones más difíciles.

Después del 6 de junio, y cuando la unidad estaba perfectamente preparada, Stéphane nos lanzó a la ofensiva siguiendo escrupulosamente sus teorías personales sobre la guerrilla. Repartidos en pequeños grupos de seis a doce individuos, dotados de un gran potencial de fuego, los soldados no se desplazaban más que de noche y, bajo ningún concepto, debían entrar en contacto con la población, haciéndose, en la práctica, invisibles. Esta manera de actuar, unida a la gran preparación física de los combatientes, permitía a los grupos de Stéphane efectuar incursiones rápidas en un radio de casi cien kilómetros alrededor de su cuartel general. Al llegar al punto de destino, preparaban una emboscada contra los convoyes de avituallamiento alemanes o atacaban un objetivo fijo. Cuando apenas se había acabado la operación, desaparecían rápidamente para dar un nuevo golpe de mano a diez o veinte kilómetros del anterior. Gracias a este sistema, era prácticamente imposible localizar las unidades de Stéphane y conseguían un máximo de eficacia con unas pérdidas mínimas. Debido a la rapidez de sus desplazamientos y a sus múltiples acciones, parecían estar en todos los lugares y en ningún sitio a la vez, haciendo creer al enemigo que se enfrentaba a un verdadero ejército.

Cuando me incorporé a la Compañía Stéphane, ésta acababa de salir de un periodo de intensa actividad y no se había apenas debilitado con el ingreso de nuevos miembros que entraron después de la liberación. Era una tropa muy entrenada y animada por un *esprit de corps* desarrolladísimo. Reinaba en ella un entusiasmo, un espíritu de camaradería y un calor humano que me recordaban los mejores días de J. M.

Es inútil decir que encontré en la compañía unas condiciones psicológicas muy favorables para mi bienestar moral. Desde el primer momento, me sentí en este ambiente como pez en el agua. Sin embargo, los primeros días que pasé en la unidad de Stéphane distaban mucho de ser apasionantes. La compañía iba a ser incorporada en el Decimoquinto Batallón de Cazadores Alpinos, que estaba constituyéndose. Para ello, debía aumentar el número de sus efectivos y organizarse de manera más acorde con las normas de un ejército regular, y esta reorganización provocaba cierta confusión. La disciplina se había relajado bastante y, salvo unas pocas horas de instrucción militar, pasaba la mayor parte del tiempo escuchando a los héroes maquis contar sus hazañas más sonadas.

Por suerte, este periodo no duró mucho; la unidad se instaló unos kilómetros por encima de la estación termal de Uriage, donde, antes de ir a pelear en el frente, recibiría un entrenamiento intenso.

La normalización de la compañía no era más que superficial. En realidad, esta unidad un tanto especial conservaba una gran independencia y la mayor parte de las tradiciones de los maquis

seguían manteniéndose.

Stéphane —alto, rubio, con el cabello cortado al cepillo, la piel fresca y sonrosada como la de una jovencita y el rostro un poco ancho iluminado por dos ojos grises de mirada cándida— ocultaba, bajo su aspecto de joven tímido y torpe, el valor y la energía de un verdadero líder, unidos a una gran inteligencia, a grandes dotes psicológicas y a una gran humanidad. Trataba de conservar en su compañía las virtudes que le habían permitido conquistar la gloria: una moral a toda prueba, una gran simplicidad y una excepcional capacidad de maniobra. Debido a esto, nos imponía una vida muy dura. Bajo cualquier tipo de condiciones atmosféricas, dormíamos en unas tiendas muy primitivas. A veces, llegábamos incluso, en el curso de las maniobras, a hacer vivac simplemente protegidos por el abrigo que proporcionaba un abeto.

No disponíamos ni de cocina de campaña ni de cocina colectiva. Cada grupo de combate, que estaba formado por doce hombres, constituía una unidad casi independiente que cocinaba en un fuego instalado al aire libre.

El entrenamiento, aparte de los ejercicios de tiro, de lectura de mapas y de comunicaciones por el sistema Morse, consistía sobre todo en incesantes maniobras que llevábamos a cabo en los bosques y en las montañas del macizo de Belledonne.

Los ejercicios de entrenamiento se sucedían unos a otros y su complejidad y duración variaban en cada caso. A veces, limitados a una sección, consistían solamente en acercarse a una posición, cuyas coordenadas estaban señaladas en un mapa, y rodearla; otras veces eran comunes a toda la compañía o incluso al batallón, solía tratarse en estos casos de una acción compleja que permitía atacar una unidad supuestamente enemiga.

El principio común que parecía regir nuestro entrenamiento era el de acostumbrarnos a vivir en un estado de alerta permanente, tanto de día como de noche; en cualquier momento teníamos que estar listos para pasar a la acción.

A veces, estas maniobras se hacían con fuego real y granadas ofensivas. Desde luego, se nos recomendaba que disparásemos por encima de la cabeza del supuesto adversario y que no tirásemos granadas en medio de un grupo. Pero algunos de los miembros más veteranos de la guerrilla disfrutaban haciendo silbar las balas cerca de nuestros oídos o, lo que era aún peor, haciendo estallar las granadas a pocos metros de donde nos encontrábamos. Todo esto era bastante impresionante para un aprendiz de soldado como yo.

Todavía me acuerdo de un día en el que, cuando atravesaba un claro del bosque, caí bajo el fuego de un fusil ametrallador emboscado en una posición algo elevada. Una ráfaga levantó fragmentos de hierba a pocos metros de donde me encontraba y tuve que precipitarme corriendo hacia la izquierda. Entonces oí silbidos de balas por ese lado y traté de huir hacia la derecha, pero nuevos disparos detuvieron mi impulso otra vez. Totalmente desesperado, y como no sabía qué hacer, me tiré al suelo, quedándome inmóvil esperando a que mis seudoadversarios quisieran dejarme en paz. Estas maniobras con balas reales pueden parecer bastante estúpidas, pero nunca se produjo ningún accidente grave y no hay duda de que este método nos permitió curtiarnos con sorprendente rapidez. Si al terminar nuestro entrenamiento hubiéramos tenido que participar en duros combates, muchas vidas humanas se habrían salvado gracias a nuestra costumbre de ser víctimas de tiroteos.

Durante este mes de octubre de 1944 hizo un tiempo verdaderamente malo en los Alpes; llovía sin cesar y nevaba a partir de los 1800 metros, altitud que sobrepasábamos a veces durante las maniobras. Estábamos siempre empapados y era prácticamente imposible secar nuestras ropas. En estas condiciones atmosféricas, nuestra vida —de por sí bastante dura debido a las largas marchas cargados con pesadas mochilas, las alertas nocturnas y la comida, escasa en ocasiones— era muy penosa, sobre todo para los nuevos reclutas que, como es de suponer, nunca habían vivido antes nada parecido.

A pesar de ello, y gracias a los veteranos que, acostumbrados a una vida más ruda, soportaban este entrenamiento con una energía desbordante, la moral de las tropas estaba por las nubes y jugábamos a los soldaditos en un ambiente de entusiasmo difícilmente imaginable. Todo el mundo se tomaba estos ejercicios tan en serio como si se tratara de la verdadera guerra.

Personalmente, aunque era físicamente muy dura, esta vida de acción intensa, de contactos con la naturaleza y de fraternidad humana me iba muy bien y me entregué a ella de todo corazón.

Hacia mediados de noviembre, los batallones Sexto, Undécimo y Decimoquinto de Cazadores Alpinos subieron para relevar a las unidades bastante dispares que, desde hacía más de dos meses, controlaban la frontera de los Alpes de Maurienne, desde el monte Tabor hasta el collado del Mont-Cenis. La nieve había blanqueado las montañas y su espesa capa hacía muy difícil cualquier tipo de actividad militar. Por eso, el sector estaba muy tranquilo.

El grueso de nuestro batallón tenía la misión de proteger los pueblos y las obras de arte, mientras que las secciones de esquiadores defendían los puntos avanzados.

El capitán Stéphane, que estimaba que la mejor manera de evitar un ataque era atacar primero, ordenó que realizáramos una serie de golpes de mano, más o menos espectaculares, destinados teóricamente a demostrar a los alemanes nuestra impresionante capacidad militar.

En calidad de especialista alpino, fui elegido junto a otros compañeros para ayudar a los oficiales a organizar y llevar a cabo los ataques.

Estoy seguro de que Stéphane nunca pensó que esta guerra de comandos tuviera algún valor militar. Pero temía, con toda la razón del mundo, que nuestra unidad fuera presa del aburrimiento y pensaba que estas acciones catalizarían nuestro ardor combatiente y mantendrían vigente el espíritu ofensivo. Hay que reconocer que, salvo algunos esporádicos bombardeos y tiros dispersos de ametralladora, los teutones que teníamos enfrente daban tan pocas muestras de agresividad que la monotonía era desesperante, y es muy probable que si les hubiéramos dejado en paz, el invierno habría transcurrido sin derramar ni una sola gota de sangre.

La pasividad del enemigo no convenía en absoluto a nuestro ejército de aguerridos combatientes, que no pensaban más que en *cargarse* alemanes. Para saciar nuestro apetito de combate y puesto que el enemigo no quería pelea, Stéphane no tenía más remedio que provocarlo. Y lo hizo con mucha inteligencia y humanismo, comprometiéndonos en acciones en las que el deporte era más importante que el combate.

La primera misión en la que participé constituye un ejemplo significativo de este tipo de acciones. Recibí la orden de estudiar, junto al ayudante jefe Bouteret, las posiciones que ocupaban los alemanes en el Col de la Roue.

Hubiera sido completamente imposible atacar esta depresión bastante estrecha, situada entre dos cumbres muy abruptas, con tropas normales. Pero para los alpinistas resultaba evidente que si se conseguía escalar la Grande Bagne, una cumbre de 3200 metros que dominaba el collado, por una vertiente que estuviera a cubierto de las miradas enemigas, sería posible disparar sobre los alemanes desde la cresta. Las tropas ocupantes se quedarían sorprendidas e impresionadas ante un ataque procedente de un lugar que para ellas resultaba inaccesible en esta estación. Desde el punto de vista del escalador, la empresa era también atrevida, porque nos encontrábamos en pleno invierno, hacía mucho frío y la abrupta pared que teníamos que escalar estaba cubierta de nieve.



Afortunadamente, había en mi sección varios guías y alpinistas valerosos, y yo sabía que con hombres así era posible llevar a cabo acciones que hubieran parecido irrealizables para unos inexpertos. Le aseguré al capitán que, sin duda, seríamos capaces de alcanzar la cima de la Grande Bagne y disparar sobre los alemanes desde una distancia aproximada de setecientos metros. Aunque en estas condiciones nuestras posibilidades de abatir al enemigo no eran muy grandes, el capitán ordenó ejecutar el proyecto. La ascensión se realizó mucho más fácilmente de lo que habíamos creído, gracias a la presencia de un pendiente *couloir* de nieve helada y de una arista con cornisa, algo difícil. Lo más complicado fue conseguir que Bouteret se decidiera a franquear el último paso, que, la verdad, daba bastante vértigo. Era un meridional jovial y simpático, pero estaba más acostumbrado a correr tras las mujeres que a escalar cimas. Con su inimitable acento bordelés, nos gritaba:

—¡Con estas escaladas conseguiréis que me rompa la cabeza! ¡No me necesitáis para disparar a los alemanes! ¡A mí no me han hecho nada!

Con unos violentos tirones de cuerda, sin ningún miramiento por la jerarquía militar, conseguimos que subiera nuestro valiente jefe. En la estrecha cima nos encontramos un grupo de ocho o diez hombres. Desde allí veíamos claramente a los alemanes, que se hallaban casi verticalmente debajo de nosotros. Daba la impresión de que estaban despreocupados: algunos tomaban el sol y otros esquibaban. La eficacia de una ametralladora, cuando se dispara desde arriba y a más de setecientos metros, es bastante escasa y no teníamos muchas probabilidades de alcanzar a algún soldado. Sin embargo, Bouteret, que volvía a tener conciencia de su papel de jefe, ordenó que disparásemos algunas ráfagas. El efecto fue espectacular. El enemigo, al no saber de dónde procedían los disparos, actuó anárquicamente. Los soldados corrían por las pendientes nevadas en todas las direcciones; pero, aparentemente, no llegamos a alcanzar a ninguno. Después de varios minutos de este juego cruel, algo apesadumbrados por disparar contra hombres que no podían defenderse y satisfechos de haber cumplido nuestra misión, volvimos a tomar el camino del valle.

Durante el invierno participé en varias operaciones del mismo tipo, aunque algunas de ellas resultaron ser algo más peligrosas.

Una de estas aventuras «alpinístico-militares» fue publicada por el escritor y montañero Jacques Boell en su excelente libro *Éclairneur skieur au combat*. En aquella época, Boell era el ayudante del teniente coronel y comandante de nuestra medio brigada y su relato está basado, evidentemente, en las narraciones y los informes de varios de los que las protagonizaron. Su texto no contiene muchos errores en cuanto a los hechos, pero efectúa una interpretación muy personal de los móviles técnicos y psicológicos de nuestra lucha. De una empresa más deportiva que guerrera, concebida esencialmente para matar el aburrimiento que se sufría en primera línea, Boell hace una misión militar en toda regla destinada a poner un término a la agresividad del enemigo. Cada cual posee su verdad. Desde su cuartel general de Modane, el escritor vio, sin duda, los acontecimientos de una manera; nosotros, que los vivimos, los vimos de otra...

A finales de diciembre de 1944, le tocó a mi sección ocupar una posición en una zona avanzada que era difícil de conservar e, incluso, de abastecer. Se trataba de Challe-Chalet, situada en una cresta a 2200 metros de altitud y orientada al norte. Esta posición era una de las más incómodas que se hubiera podido imaginar. Jacques Boell la describe así en su libro: «Era, de lejos, la más rudimentaria que jamás haya visto... Se componía de dos zanjas en la nieve, unidas por una chabola en ruinas dentro de la cual llovía y nevaba tanto como afuera. Los que la defendían le habían dado el curioso nombre de Caseta Palace. Al otro lado de un pequeño valle, a poco menos de dos kilómetros, el Col d'Arondaz estaba tomado por los alemanes. Desde su posición, el enemigo nos dominaba ampliamente y estoy seguro de que si lo hubieran querido, habrían podido hacernos la vida imposible lanzándonos granadas, abriendo fuego con sus pesadas ametralladoras o incluso realizando incursiones nocturnas. Pero, de hecho, no ocurría casi nada. Aunque situada en un lugar muy vulnerable, nuestra posición nunca sufrió ningún ataque. Sólo de vez en cuando y para no perder la mano, los teutones nos lanzaban algunos morteros. Nada realmente grave, pues esta situación duró varios meses, nunca hubo muertos y sólo algunos resultaron heridos».

La vida en Challe-Chalet, sin ser heroica, era francamente desagradable. Helaba de día y de noche y, algunas veces al anochecer el termómetro bajaba hasta 33 grados bajo cero. Sólo disponíamos de una estufa para calentar a treinta hombres y había tantas corrientes de aire que, a dos metros de allí, el vino de los bidones se nos helaba. Como no estábamos bien equipados, el frío nos hacía sufrir mucho. No teníamos nada que hacer, si exceptuamos la práctica del esquí en una pendiente bastante mala —que era la única que estaba fuera del alcance de los alemanes— y, naturalmente, el aprovisionamiento de leña, de comida y de municiones, que debíamos subir sobre nuestras espaldas por un trayecto que requería más de una hora de esfuerzos.

Al cabo de unos días, un tremendo aburrimiento empezó a apoderarse de nosotros, lo cual, sumado al frío, constituye una mezcla que difícilmente se soporta.

A la derecha del Col d'Arondaz se erigían dos pequeños picos rocosos cuyas cotas eran de 2601 y 2590 metros. En el primer pico, los alemanes habían instalado un puesto de observación, gracias al cual podían ver todo lo que ocurría en Challe-Chalet y, además, emplear la artillería pesada que, de vez en cuando, hacía fuego contra el pueblo de Charmaix, donde nuestro batallón había instalado su cuartel general. Desde allí también lanzaban granadas de mortero, con las que *regaban* a las columnas de reavituallamiento del fuerte de Lavoir. Es indiscutible que este observatorio de cota 2601 proporcionaba una gran ventaja estratégica a nuestros enemigos, pero sólo la aprovechaban de forma moderada. Teniendo en cuenta todos los factores, este puesto de observación no nos molestaba mucho y, en todo caso, parecía del todo imposible impedir a los alemanes que lo utilizaran.

Una mañana en la que disparamos con fuego de mortero contra el Col d'Arondaz y contra la cota 2601, los alemanes acabaron enfadándose y lanzaron algunos obuses cerca de nuestro *palacio*. Entonces, mi primo Michel Chevalier exclamó:

—¡Maldita sea! ¡Si pudiéramos subir hasta allí, dejarían de molestarnos!

Bromeando, yo le contesté:

—¿Y por qué no vamos a poder subir?

—¡Claro que no podemos! Es una posición inexpugnable.



Por seguir la discusión, le repliqué:

—No tanto. La pared de la cota 2590 queda oculta a la mirada de los alemanes. Podríamos escalarla. La cresta que va de una cumbre a la otra no es tan difícil y, por la noche, podemos cruzar esa distancia a cubierto. Sólo haría falta llegar hasta la cota 2590 por la tarde y atacar el puesto de observación al anochecer, antes de que los *fritz* del Col d’Arondaz puedan subir hasta allí arriba. Así, tendríamos tiempo de volver a bajar por unos rápeles colocados previamente. Sería un ataque sensacional.

Mi primo, sorprendido por la idea, frunció el entrecejo. Su mirada, siempre inexpresiva, quedó bruscamente iluminada. Chevalier sólo pudo decirme que sería formidable; pero añadió:

—¿De verdad crees que se puede escalar esa pared? Parece inaccesible, y con el frío que está haciendo, no podremos subir armas muy potentes.

Sin embargo, me mantuve imperturbable, y añadí:

—De la escalada me encargaría yo. Estoy seguro de poder llegar. El otro día fui a dar una vuelta por ese lugar. Hay un *couloir* que desde aquí no se ve y que nos permitiría subir fácilmente las dos terceras partes del muro. En cuanto al resto, con tiempo, también se puede escalar. Confiesa que sería peor seguir aquí sin hacer nada. Además, ¿te imaginas la cara que pondrán los alemanes? ¡Menuda sorpresa se llevarán!

La idea de atacar el puesto de la cota 2601 había sido expuesta. Todo empezó por un simple desafío verbal y por el deseo de aventura de dos alpinistas, y poco a poco se fue desarrollando. Cuando el capitán Stéphane visitó por primera vez nuestro puesto, Chevalier, que tenía la graduación de sargento primero, le habló del proyecto. Stéphane no sabía nada de alpinismo y, sobre todo, desconfiaba al principio de que se pudiera escalar un pico de 2590 metros. Pero como Chevalier y yo habíamos adquirido en la compañía fama de grandes montañeros y como le aseguramos reiteradamente que por ese lado no iba a haber problemas, acabó por entusiasmarse con nuestra idea y prometió hablar de ella al teniente coronel Le Ray.

Le Ray, bastante joven y con mucha experiencia alpinística, era además amigo de Michel Chevalier, con quien había compartido jornadas de montañismo. Nuestro proyecto le pareció interesante y, después de remodelado un poco, dio su aprobación.

El plan definitivo ya no consistía en atacar la cota 2601, sino solamente en disparar sobre el centinela desde una altitud de 2590 metros, situada a un poco más de ciento cincuenta metros de la anterior. El comando debía limitarse a tres hombres: Chevalier, el guía de Chamonix Laurent Cretton y yo mismo. Los preparativos se llevaron a cabo meticulosamente. Cretton y Chevalier, ambos excelentes tiradores, practicaron durante varios días con el fusil ametrallador tirando a un blanco situado a ciento cincuenta metros. Por mi parte, elegí las cuerdas, mazas, pitones y piolets necesarios para la escalada.

Al cabo de tres horas de penosa marcha sobre los esquís, llegamos a la base de un *couloir* cuya inclinación apenas alcanzaba los 45 grados. No podíamos usar los esquís en aquella pendiente tan pronunciada y tuvimos que proseguir el avance a pie, hundiéndonos hasta la cintura en nieve polvo. Si no hubiera sido por el intensísimo frío, que hacía que los cristales de nieve se entrelazasen, se habría producido una avalancha. Más arriba, tuvimos que escalar duramente debido a la presencia de

unos pasos en roca cubiertos de nieve y hielo que no nos dejaban avanzar. El último de estos pasos, una placa lisa dominada por una cornisa que estaba a punto de desplomarse, era incluso peligroso.

Cuando intenté superar por primera vez esta última dificultad, sufrí una caída de dos o tres metros. Afortunadamente, pude frenarme antes de que hiciera falta que entrase en acción la cuerda que sostenía Chevalier. La escalada, que la nieve de las rocas había hecho difícil y que el tremendo frío había empeorado más, no terminó hasta mediodía. Una vez en la cota 2590, nos separaba de la 2601 una pequeña depresión. A una distancia de unos ciento cincuenta metros, podíamos ver bastante bien el puesto de observación del enemigo. Al principio, tomamos grandes precauciones para no correr el riesgo de ser vistos por los centinelas; pero, al cabo de unos minutos, nos pareció que no había señales de vida en esa posición. Creímos que éstos se hallaban en el interior de su cobijo, junto a la estufa, y esperamos un tiempo para confirmar dicha suposición. A pesar del sol resplandeciente que iluminaba la cima, el frío que allí hacía era insoportable penetrando en nuestros cuerpos. Empezábamos a no sentir los pies. Incapaces de esperar más tiempo y convencidas de que los alemanes habían abandonado temporalmente el puesto para preparar, sin duda, la cena de Nochebuena, nos dispusimos a descender. De pronto, apareció un centinela, no en la cota 2601, sino en el Col d'Arondaz. El soldado estaba a más de trescientos metros y no teníamos muchas probabilidades de alcanzarle. Sin embargo, Chevalier decidió disparar una ráfaga; pero, cuando presionó el gatillo, el percusor no se distendió con la suficiente fuerza como para producir el disparo. Aunque habíamos tomado todas las precauciones, la metralleta estaba agarrotada por aquel frío de treinta grados bajo cero. Chevalier y Cretton, a pesar de tener los dedos entumecidos y de lo difícil que resulta montar un fusil ametrallador en una arista en la que el viento levantaba torbellinos de nieve, intentaron desatascar el arma, sin embargo, al cabo de una hora de esfuerzos no lo habían conseguido. No hubo manera. Como resultaba imposible resistir aquel frío más tiempo, al final tuvimos que conformarnos con emprender de nuevo el descenso.

Jacques Boell describe en su libro a Chevalier como una persona desesperada por el fracaso de la operación. Sin embargo, puedo asegurar que se trata de una postura un tanto exagerada pues, en realidad, ni Chevalier ni yo teníamos ganas de matar al centinela alemán que, ajeno al peligro que estaba corriendo, se paseaba de un lado a otro del collado.

Desde hacía mucho tiempo, habíamos comprendido la inutilidad militar de esta guerra de los Alpes. Para nosotros, la vida en los puestos avanzados dejó de ser una misión patriótica para convertirse en algo parecido a un juego de indios y vaqueros que resultaba un pasatiempo apasionante, al desarrollarse en el maravilloso mundo de las cimas que tanto nos gustaban.

En las patrullas y en las operaciones de comando, para las que siempre nos presentábamos voluntarios, nuestra principal preocupación no era matar alemanes ni alcanzar un objetivo francamente militar. Lo que más nos gustaba en esta guerra inútil y obsoleta era la semejanza que tenía con el alpinismo. Como en este deporte, lo que buscábamos tras estas misiones era vivir una aventura donde el valor, la inteligencia y la fuerza permiten superar obstáculos aparentemente insalvables; al mismo tiempo, nos atraía vivir en este paisaje grandioso, desbordante de luz, en el que habíamos aprendido a no imitar a los gusanos que se arrastran por el suelo.

Los combates que librábamos no nos parecían más arriesgados que las escaladas efectuadas en

las caras más inaccesibles de las montañas. Como las ascensiones, esta guerra no era para nosotros más que un juego, pero como ocurre en el alpinismo, lo practicábamos hasta las últimas consecuencias.

Alcanzar la cumbre de una montaña no es la meta de una ascensión, sino la regla que pone punto final al juego. Con frecuencia, los últimos metros que nos separan de la cumbre no aportan ninguna dificultad ni emoción nuevas. Sin embargo, los auténticos alpinistas siempre aspiran a coronar la cima. Tampoco matar un animal es el verdadero móvil de la caza, sin embargo, a ningún cazador le gusta regresar a casa con el zurrón vacío. De la misma manera, disparar al enemigo no era para nosotros el objetivo de nuestra misión, sino una regla más del juego en el que participábamos. Conscientes de haber hecho todo lo que era humanamente posible hacer para cumplir la misión que nos habían encomendado, fue con el espíritu en calma cuando, felices de poder vivir una aventura apasionante, iluminados por la luz cobriza de una tarde radiante, cogimos las cuerdas para montar el primer rápel.

Al final de su relato, Boell parece haber comprendido las razones de nuestro compromiso citando las palabras que, efectivamente, pronuncié cuando me parecía evidente que nuestra ascensión a la cota 2590 no serviría ni para meter miedo a un solo alemán: «En el fondo, es una suerte que el fusil no haya funcionado, así nuestra misión fue más discreta de lo previsto y podremos volver a intentarlo en otra ocasión». Boell termina hablando de mí: «Pues Terray, auténtico deportista y la reencarnación de Taciturno, aunque él lo ignore, es de los que no necesitan esperar nada para emprender algo, ni tener éxito para perseverar en su empeño...».

Después de haber pasado unos tres meses defendiendo las montañas que separan Modane de Bardonnèche, la Compañía Stéphane fue enviada a otro sector, donde aguardaban tareas mucho más difíciles y también más serias.

En el fondo del valle de Are, los dos pueblecitos de Bessans y Bonneval estaban aislados del resto de la región de Maurienne por una franja de tierra de nadie de unos dieciocho kilómetros. Los alemanes habían ocupado con sus tropas el collado del Mont-Cenis y el viejo fuerte de la Tura, y resultaba imposible defender en estas condiciones la región, toda ella al alcance de su artillería, es decir, la parte del valle en la que se encuentran los caseríos de Lanslebourg y Lans-le-Villard.

Tanto la población como el ganado de Bessans y de Bonnaval habían permanecido en su lugar de origen y era indispensable proteger estos pueblos contra las represalias que podría tomar el enemigo, sobre todo ante un eventual saqueo.

La defensa y el abastecimiento de esta especie de enclave planteaban serios problemas. Teóricamente, el abastecimiento hubiera podido hacerse por medio de porteadores a través del Col d'Iseran, que se interponía entre nosotros y las tropas alemanas establecidas en Val-d'Isère. Pero esta ruta, peligrosa debido a los aludes, era larga y exigía un esfuerzo físico considerable.

El mando prefirió aprovisionarnos mediante lanzamientos en paracaídas, sistema que fue ampliamente utilizado, pero cuya eficacia dejaba bastante que desear. Debido a razones técnicas que no llegaba a comprender, los aviones encargados de estas misiones no sobrevolaban el valle a baja altura. Efectuaban los lanzamientos desde demasiado arriba, de tal manera que el mínimo soplo de

viento dispersaba los paracaídas, alejándolos del lugar en que nos encontrábamos.

Los contenedores se dispersaban entre las montañas; una buena parte de ellos se perdía y recoger el resto exigía un esfuerzo considerable. Ante la lentitud y la escasa eficacia de este sistema hubo que recurrir a otro más arriesgado, que consistía en portear las mercancías durante la noche a través de la tierra de nadie. En la oscuridad de la noche los disparos de los alemanes no suponían ningún peligro. Sin embargo, en este valle estrecho les era fácil preparar emboscadas. Ahora bien, este enemigo era tan poco agresivo como el del sector de Modane y prácticamente cada noche había decenas de hombres que pasaban cargados en un sentido o en otro. A pesar de este intenso tráfico no hubo más de tres o cuatro encontronazos en la zona.

Durante los primeros meses de invierno, este sector había estado defendido por una compañía del Séptimo Batallón de Cazadores Alpinos, pero después de más de tres meses de aislamiento era indispensable relevar las tropas y la Compañía Stéphane fue la encargada de hacerlo. Nuestra misión en este sector fue de mucha mayor envergadura que la del que veníamos y, a fin de cuentas, resultó ser una experiencia apasionante.

Después de haber participado en la instalación de una línea telefónica entre Val-d'Isère y Bonneval, fui encargado durante algún tiempo, junto con otros suboficiales, de dirigir los porteos en la tierra de nadie y efectué el trayecto cinco o seis veces en cada sentido. A pesar de estar acostumbrado a ello, esos dieciocho kilómetros tropezando en la oscuridad con cargas de treinta a cuarenta kilos me parecieron muy fatigosos. No obstante, el esfuerzo físico no era nada comparado con la tensión nerviosa; el enemigo hubiera podido atacarnos fácilmente en cualquier punto del recorrido y, aunque sabíamos de antemano que las emboscadas eran escasas, esta eventualidad creaba una psicosis angustiosa muy desagradable.

El tramo más emocionante era la travesía de Lanslebourg. Resultaba imposible rodear este pueblo situado en una angostura del valle. Como había sido abandonado y destruido en parte, el menor soplo de viento movía chapas a medio arrancar o hacía golpear las puertas y ventanas que habían permanecido abiertas. En lo más profundo de la noche, estos ruidos resultaban siniestros, y cuando al pasar entre las ruinas, donde detrás de cada pared podía estarnos apuntando una ametralladora, alguno de esos sonidos llegaba a romper el pesado silencio, incluso el más valiente no podía evitar dar un respingo.

A primeros de marzo hubo un periodo de buen tiempo que permitió llevar a cabo una serie de operaciones militares de alta montaña, en las que se pusieron de nuevo a prueba mis cualidades de alpinista y esquiador.

Como las montañas de la parte alta de Maurienne superaban a veces los 3500 metros y como los collados que separaban las cimas eran muy elevados y escarpados, las escasas tropas italoalemanas a las que nos enfrentábamos en este sector habían juzgado innecesaria la defensa de esta línea de crestas, porque pensaban que era militarmente infranqueable en aquella época del año. Las unidades enemigas, integradas principalmente por italianos reclutados más o menos a la fuerza, se habían contentado con instalarse en los últimos pueblos de los tres valles de Stura. Como la línea de defensa enemiga tenía un punto débil en esta zona, nuestro alto mando, dirigido probablemente por Stéphane, decidió que tomáramos posiciones en los collados y, también, en algunos puntos de la vertiente

italiana.

Esta decisión me parecía que tenía un doble objetivo. Por un lado, posibilitar los contactos con los maquis italianos, que actuaban en la retaguardia del enemigo; estaba claro que, al lanzar nuestros ataques desde las zonas elevadas, podíamos infiltrarnos en las bolsas de resistencia. Por otro, permitirnos atacar al enemigo por detrás en el momento preciso en que la gran ofensiva del collado del Mont-Cenis ya había sido, seguramente, planeada. Todas estas operaciones, llevadas a cabo sin más efectivos que el de una compañía exigían un gran esfuerzo físico a todos los hombres y, en particular, a los especialistas en alpinismo; al no ser muy numerosos, estaban obligados a participar en la mayoría de ellas.

Al parecer, el capitán Stéphane daba mucha importancia a mi experiencia montañera y mi conocimiento de la nieve, pues me confió la dirección técnica de la mayoría de misiones difíciles. La confianza demostrada por mi superior era indudablemente una deferencia y para hacer honor a la misma realicé algunos de los mayores esfuerzos de mi vida, algo que, por otra parte, distaba mucho de ser desagradable.

De todas las misiones en las que participé durante esta época, la más destacada fue una expedición de cuatro días. Dando un inmenso rodeo que nos exigió hacer vivac una noche, nos fue posible unirnos a un grupo de partisanos italianos que estaban ocultos en las inmediaciones del pueblecito de Suse, situado a unos veinte kilómetros del *frente* del Mont-Cenis. Gracias a ellos, Stéphane pudo detectar con precisión las posiciones ocupadas por varias baterías de artillería pesada.

Fue una misión verdaderamente audaz, tanto en el plano militar como en el alpino, porque tuvimos que atravesar crestas escarpadas y cruzar pendientes que, a la menor nevada, hubieran producido avalanchas.

Esta aventura no terminó sin que ocurrieran incidentes dramáticos. Cuando nos encontrábamos escondidos entre los partisanos, a menos de dos kilómetros de Suse, donde estaban acuartelados unos ochocientos alemanes, hubo una denuncia y el enemigo empezó a registrar todas las casas del lugar. Los resistentes italianos nos despertaron en plena noche y pudimos escapar. Sin embargo, al cabo de dos horas, cuando salíamos del bosque para entrar en la zona de pastos, nos dimos cuenta de que dos numerosas patrullas alemanas nos perseguían intentando rodearnos. Afortunadamente, los alemanes no llegaron a vernos y pudimos escapar camuflándonos entre las ramas de los grandes árboles. Probablemente, si hubieran llevado perros, tal como hacían a menudo, el desenlace de la aventura habría sido más grave.

Al día siguiente, por la tarde, medio muertos de hambre y fatigados por una larga marcha forzada y por ir cargados de armas y municiones, nos acercamos a la antigua central eléctrica del lago de la Rousse, ocupada por nuestra compañía, en la vertiente italiana. De pronto, oímos unos disparos.

El puesto acababa de ser objeto de un duro ataque. Mi amigo Robert Buchet había muerto y otros compañeros estaban heridos. En lugar de encontrar el reposo y los alimentos tan deseados, tuvimos que participar en un contraataque, desviándonos luego hacia el Col d'Harnais, que estaba situado a más de una hora de camino por encima de donde nos encontrábamos. En el curso de la ascensión, además de mi mochila, tuve que llevar la de un herido.

Cuando conseguí llegar a la aldea de Avérole, a medianoche y tras haber pasado el collado, sabía verdaderamente lo que quiere decir superarse a sí mismo. Aquel día, a pesar de que las mochilas pesaban unos veinte kilos, habíamos salvado unos desniveles de más de 5400 metros, de los cuales unos 2800 eran cuesta arriba, y todo ello casi sin comer.

Otra experiencia interesante es la que viví junto a Michel Chevalier, a unos cien metros de la cumbre de la punta de Charbonnel. Con sus 3751 metros, este pico es el punto culminante del macizo. Sin ser realmente una cima difícil, todas sus vertientes son escarpadas y, en invierno, sólo se puede ascender a ella cuando no existe ningún riesgo de aludes.

Uno de esos días sublimes en los que la montaña resplandece como una joya bajo los afilados rayos de sol, habíamos subido por un estrecho corredor de nieve dura y, a unos cien metros de la cumbre, excavamos en la pendiente una gruta lo bastante amplia como para instalarnos en ella confortablemente. Gracias a esta especie de iglú, íbamos a poder permanecer en esta atalaya durante dos días enteros y observar atentamente los movimientos de los alemanes que, al otro lado del valle de Ribon, acababan de instalarse en el Col de Rousse. Se había previsto un ataque contra esta nueva posición y la Punta Charbonnel era prácticamente el único observatorio desde el cual era posible estudiar discretamente el escenario de la batalla. Teníamos que averiguar con cuántas fuerzas contaba el enemigo, el emplazamiento de los posibles campos de minas y los lugares que ocupaban los centinelas.

Después de la primera noche en la gruta, Faure y Laurenceau, que habían venido solamente a ayudarnos a excavar, nos dejaron solos en aquella montaña. El cielo seguía siendo de un azul inmaculado y el viento estaba totalmente en calma. A pesar del intenso frío, pasamos el día mirando con los prismáticos. Cuando llegó la noche, perfectamente acomodados en nuestro abrigo y acostados sobre colchones neumáticos, nos dormimos plácidamente no sin antes rendir los honores pertinentes a una copiosa cena. Cuando, hacia las siete de la mañana, retiré la lona que cubría el agujero de nuestra morada, recibí en toda la cara un montón de nieve. El tiempo había cambiado durante la noche y había caído una capa de veinte centímetros de nieve reciente, la misma que casi me sepulta.



Invierno en los Alpes...

No cesaba de nevar y caían gruesos copos de nieve húmeda. En estas condiciones era imposible bajar el inclinado corredor, que habíamos utilizado para subir, sin desencadenar un alud; podía decirse que estábamos bloqueados en nuestra gruta. La situación no habría revestido ninguna gravedad si hubiésemos tenido víveres en cantidad, pero estaba previsto que nuestra misión acabara ese mismo día y no nos quedaba prácticamente nada para comer. No parecía que el tiempo fuera a cambiar; la capa de nieve no dejaba de aumentar y ningún signo permitía pensar que el alud fuera a desencadenarse voluntariamente. Sin ser trágica, nuestra situación era muy preocupante. A mediodía, más o menos, dejó de nevar y la temperatura fue subiendo poco a poco, aumentando la inestabilidad de la capa de nieve caída durante la noche. El aburrimiento y el hambre empezaban a hacer mella en mí y decidí recurrir a un método audaz, pero que ya había utilizado en otras ocasiones. Me puse los esquís, me dirigí hacia la derecha y atravesé una rampa, no muy inclinada, de unos cuantos metros. Llegué así al extremo del corredor que se perdía cuesta abajo en el valle de Vincendière. Me había dado cuenta de que al otro lado de esta depresión, de unos quince metros de ancho, había una especie de resalte con una cornisa que me serviría de refugio en caso de avalancha. Me di toda la prisa que pude para atravesar en diagonal el corredor sometido a las avalanchas. Tal y como había previsto, los cortes hechos por los esquís sobre la capa de nieve rompieron el inestable equilibrio de ésta y desencadené el alud. Gracias a la velocidad que llevaba, el lapso de tiempo que pasé en el corredor fue más breve del que necesitó la nieve para rasgarse y conseguí llegar a la cresta que me servía de

refugio antes de ser arrastrado por la nieve. Una vez limpia la rampa de la capa inestable, no tendríamos más que deslizarnos haciendo virajes sobre la nieve dura y lisa que teníamos a nuestros pies.

El éxito de este método, que utilicé dos o tres veces en mi vida y que no recomiendo a nadie, evidentemente, depende del tipo de nieve y de la inclinación del terreno. Es indispensable alcanzar cierta velocidad en el momento de la ruptura de la capa superficial de nieve y tener la certidumbre de encontrar un poco más lejos un lugar seguro. A pesar de las apariencias, este ejercicio es más impresionante que realmente peligroso cuando es utilizado por un buen esquiador en un terreno favorable.

Durante esta guerra en los Alpes, pasé el invierno y la primavera yendo de una montaña a otra y recorriéndolas en todos los sentidos, a altitudes que podían variar de los 1500 a los 3000 metros o incluso más. Los imperativos de la táctica militar nos obligaban a veces a cumplir misiones en condiciones meteorológicas o de nieve con las que no habríamos salido nunca en circunstancias normales. Hubiéramos podido abusar de la buena fe de nuestros oficiales y haberles convencido de que algunas de las misiones eran técnicamente imposibles y no habrían podido contradecirnos. Pero siempre jugamos limpio y, en más de una ocasión, cruzamos rampas en las que la capa de nieve estaba próxima a su punto de fractura. Un par de veces me vi envuelto en aludes importantes. La primera vez bajé cuatrocientos metros arrastrado por la bola de nieve y sólo pude salir airoso del lance porque tuve la suerte de perder los esquís y encontrarme en la parte superior del torbellino de nieve cuando se detuvo, al fin, en un lugar casi llano. En la segunda conseguí escaparme lanzándome a tumba abierta hacia un pequeño bosque en el que pude refugiarme. Desgraciadamente, uno de mis compañeros, que esquiaba peor que yo, resultó muerto.

No hay mucha gente que frecuente la alta montaña cuando está cubierta de nieve. En esta época, el esquí se practica en pistas a baja altitud, y solamente en primavera, cuando las condiciones de la nieve son más favorables, es cuando los adeptos del esquí de travesía se aventuran a subir montañas.

La mayoría de nuestros oficiales conocían muy mal los problemas de la montaña invernal y, en algunos casos, puede decirse que no tenían ni idea. Casi todas las misiones que nos encomendaban y que, con riesgos evidentes, cumplía con mi grupo o mi sección, carecían de toda utilidad real desde el punto de vista de la estrategia de la guerra... A pesar de ello, y siempre que las posibilidades de éxito me parecían alcanzables, solía presentarme voluntario. La mayor parte de mis compañeros no se hacían tampoco muchas más ilusiones que yo sobre la utilidad de nuestras misiones, pero actuaban de la misma manera. La guerra en la montaña no era para mí más que un juego, pero al igual que hacía con mis otros juegos en la montaña, lo disputaba hasta los límites de mis capacidades y de mi valor.

La multitud de aventuras realizadas y el hecho de tocar con frecuencia la delgada línea que separa la seguridad y el peligro, línea que muchos transforman en una margen amplia, me permitieron adquirir una gran experiencia en la montaña invernal y en los aludes que muy pocos montañeros tuvieron ocasión de acumular.

La ciencia que estudia la nieve se compone de datos técnicos relativamente precisos, que todo el mundo puede aprender en un manual, y de una especie de sexto sentido, formado a su vez por una



aptitud natural y el almacenamiento de observaciones registradas más por el subconsciente que por la memoria propiamente dicha.

A lo largo de aquel invierno, aprendí más sobre el comportamiento de la nieve que durante el resto de mi vida y, sin embargo, bien sabe Dios que en mis tiempos jóvenes frecuentaba imprudentemente las laderas peligrosas.

En nombre de esta experiencia, muchos años más tarde —con motivo de un drama sobre el que prefiero no extenderme, pues fue para mí penoso hasta el punto de que me hizo cuestionar la idea que, hasta entonces, me había hecho de la solidaridad que existe entre montañeros e incluso entre los seres humanos— no dudé en levantar mi voz contra la incompetencia o la falta de valor de algunas personas, a pesar de todos los problemas a los que me exponía al hacerlo.

A pesar de las majaderías que pudo contar la prensa en aquellos días de 1957, quiero decir, una vez más, y los conocidos montañeros suizos que me acompañaron aportaron su testimonio al respecto en documentos escritos, que las condiciones eran buenas y que las vidas de dos hombres hubieran podido salvarse. Además, cuando desgraciadamente, un día más tarde, mis amigos y yo perdimos la paciencia y tomamos la decisión de salir contra la opinión de los responsables sabelotodo, cruzamos sin ningún problema las tres cuartas partes de las palas y los corredores supuestamente impracticables. Más tarde, a pesar de una capa de nieve fresca que había acumulado la misma ventisca que nos obligó a detener nuestro avance, las volvimos a cruzar para bajar. No debemos olvidar que, en aquella época, los guías italianos consiguieron llegar hasta donde estaban sus compatriotas Bonatti y Gheser, bloqueados en el refugio de Gonella, cuyo acceso tenía la reputación de estar expuesto a las avalanchas. ¿Por qué lo que era posible a un lado de los Alpes no lo era en el otro?

Para disparar unas ráfagas de metralleta sobre los supervivientes de un ejército cansado por cinco años de guerra, los oficiales del frente de los Alpes hicieron correr a sus hombres peligros mucho más serios que los que el Mont Blanc presentaba a principios de 1957.

A comienzos de abril, la Compañía Stéphane fue relevada del sector de Bonneval y de Bessan para ocupar la zona de Lanslebourg y tomar posiciones en los bosques situados bajo el collado del Mont-Cenis y el fuerte de la Tura. Los alemanes, sometidos a tal presión en un sector neurálgico, reaccionaron utilizando su artillería y lanzando golpes de mano muy audaces. Esta guerra de cañones, minas y emboscadas en medio de la espesura del bosque me pareció deprimente, pero sabía que iba a haber otro tipo de guerra aún más abominable.

En Italia, los ejércitos aliados llevaron a cabo fuertes ofensivas sobre la Wehrmacht. A fin de retener el mayor número posible de tropas alemanas a lo largo de la frontera de los Alpes y forzar, si era posible, este frente, que hasta entonces había sido secundario, el alto mando ordenó que se realizara una gran ofensiva general. El primer ejército nos proporcionó importantes refuerzos de artillería y, más al sur, las unidades alpinas fueron reforzadas por elementos de infantería.

En el sector de Maurienne, el primer punto estratégico contra el que se lanzó la ofensiva fue el Col de Solières y los picos montañosos que lo rodean: la punta de Bellecombe, el Mont Froid y la punta de Clairry. Si nuestro ejército hubiera llegado a dominar todas estas posiciones, habría logrado que no pudieran ser defendidos el collado del Mont-Cenis y la meseta adyacente.

La noche del 5 de abril, gracias a unos audaces ataques, las secciones de vanguardia del Undécimo Batallón de Cazadores Alpinos lograron apoderarse por sorpresa de la cima de Bellecombe y del Mont Froid. En cambio, la sección del Decimoquinto, frenada por un terreno demasiado difícil, fracasó en la cima de Clairry. Los conquistadores del Bellecombe y del Mont Froid, debido a la escasez de tropas —que además estaban mal preparadas y que carecían de aptitudes técnicas para combatir en la montaña— no lograron, a pesar de su heroica resistencia, frenar el contraataque alemán. Nuestros enemigos salieron de su relativa pasividad y dieron muestras de todas las cualidades bélicas propias de su raza, combinadas con una ciencia militar adquirida durante los largos años de una guerra despiadada. Sólo una defensa sin errores hubiera sido capaz de hacer frente a los alemanes.

Sin embargo, aquellos soldados sin experiencia, que debían abastecer y relevar a los conquistadores de las cumbres, en las que trataban de mantener sus posiciones, se agotaban hundiéndose hasta la cintura en las pendientes de nieve vieja de los pastos, o resbalaban en los *couloirs* de las pendientes más elevadas, transformados por el hielo en toboganes. Las columnas no conseguían llegar a su destino, o, cuando lo lograban, los soldados estaban tan fatigados que ya no eran capaces de combatir con firmeza. A falta de buenas tropas de refresco, los valerosos soldados, que habían logrado la conquista por sorpresa, acabaron por ceder. A la mañana siguiente de su hazaña, Bellecombe fue reconquistada por el enemigo. El día 11, el nuevo intento de tomar la punta de Clairry fue rechazado tras una batalla muy movida. Por fin, el día 12, el Mont Froid sucumbió ante un impetuoso contraataque alemán. La caída de esta última posición fue una tragedia. La cresta del Mont Froid, de un kilómetro de longitud, estaba defendida por tres fortines no muy bien dotados, situados al oeste, al este y en el centro de la cresta. Durante el 6 y el 7 de abril, el bloque este había sido escenario de sangrientos combates: el día 6 lo perdieron los alemanes, el 7 fue conquistado por segunda vez por el enemigo, pero ese mismo día los franceses acabaron por expulsarlos y afirmarse en la posición.

Todos aquellos combates, casi cuerpo a cuerpo, habían sido muy sangrientos. Sin embargo, esto sólo era el principio. El día 12, los alemanes lanzaron una potente ofensiva, logrando recuperar los fortines instalados en las zonas oeste y este. La mayoría de los defensores franceses murió en el combate. Por fin, y después de una resistencia verdaderamente desesperada, también tuvo que rendirse el bloque del centro.

Como nuestra compañía no combatió en esta zona, tuve la suerte de no estar mezclado en la carnicería del Mont Froid. En cambio, aunque desde bastante lejos, participé en el segundo ataque contra la punta de Clairry, que también fue una batalla heroica en la que hubo muchos muertos.

La punta de Clairry proyecta sobre el Col de Solières una larga arista poco inclinada que se halla levantada sobre rocas de dimensiones reducidas. Los alemanes estaban firmemente instalados en una serie de posiciones repartidas a lo largo de esa cresta. Por eso, si queríamos hacernos dueños de la situación, necesitábamos apoderarnos no sólo de la cima, sino también de todos los puntos de resistencia.

El ataque fue dirigido por el teniente Édouard Frenco, el mismo que unos meses más tarde realizó la segunda ascensión a la Walker, y en él participaron tres secciones del Undécimo Batallón de

Cazadores Alpinos, la S. E. S. 3 del Decimoquinto y, en el ala izquierda del dispositivo, un grupo de combate de la Primera Compañía de este batallón, un puñado de hombres a mis órdenes.

La orografía del terreno no se prestaba a una ofensiva. Las tres secciones del Undécimo debían ascender por una rampa desnuda y empinada cubierta de nieve, con los crampones puestos. Únicamente la cresta pedregosa de una arista podía servir de protección a los miembros de esta avanzadilla. La sección del Decimoquinto debía atacar la cumbre y para aproximarse hasta ella había que subir con los crampones por una cuesta muy inclinada y prácticamente carente de cualquier tipo de protección. Compuestos en su totalidad por alpinistas o montañeros aguerridos, los cuatro S. E. S. subieron silenciosamente durante la noche y, burlando la vigilancia de los centinelas, llegaron hasta muy cerca de la cresta. Desde esa posición, enérgicamente y con eficacia, lanzaron el ataque y consiguieron tomarla.

Desgraciadamente, sólo se había neutralizado una de las posiciones defensivas en este primer ataque. Los alemanes seguían siendo los dueños del resto de la cresta; habían levantado muros de piedra y les sobraban las municiones. Situado a la izquierda del dispositivo de ataque, mi grupo debía limitarse a vigilar las laderas por las que el enemigo hubiera podido efectuar un movimiento envolvente y atacarnos por la retaguardia. Nuestra misión era, por lo tanto, secundaria, y me limité a encontrar un lugar protegido por las rocas para mis hombres desde el cual podríamos disparar sobre los alemanes que subieran del fuerte de la Tura para tratar de ayudar a sus compañeros, a quienes estábamos atacando.

Desde mi posición, pude contemplar de cerca casi toda la batalla. Los dos bandos pusieron en acción una potente artillería. He oído decir que las tropas francesas llegaron a emplear hasta ochenta cañones de diversos calibres, mientras que los alemanes utilizaron una cantidad casi igual. Puede el lector imaginarse el estruendo organizado por las descargas de casi ciento cincuenta piezas de artillería disparando a la vez sobre unos cientos de metros. Aquello era el infierno. Hasta ese día, sólo raras veces había tenido contactos con la artillería, y confieso que estaba aterrado. Aunque no era un experto en cuestiones de estrategia, me parecía que los bombardeos, de ambos bandos, tenían por objetivo disminuir los puntos de resistencia de la cresta e impedir la llegada de abastecimientos por la retaguardia. Sin embargo, y no sé por qué razón, los disparos eran espectacularmente ineficaces. No se logró crear un efecto de cortina o de concentración en un punto. Los impactos caían dispersos y algunos obuses franceses, destinados a la vertiente italiana o a la cima de Clairry, estallaron a pocos metros de donde yo estaba. El ensordecedor ruido de las explosiones y la impresión de estar sujeto a una fuerza sin control me sumieron en un pánico como jamás había sentido en mi vida.

Mientras, los soldados del Undécimo y el Decimoquinto luchaban heroicamente en la arista, tratando de expulsar a los alemanes de los puntos a los que seguían aferrados. Muchos hombres morían; otros, resultaban heridos.

Jacques Boell cuenta emotivamente el calvario que debieron de sufrir estas víctimas: «Los heridos no podían ser evacuados hacia la retaguardia. Tenían que ser ellos mismos quienes se arrastraran hasta el valle de Mont Froid deslizándose por una pendiente de nieve dura. Gracias a la existencia de unos surcos profundos pudieron efectuar este trayecto, tumbados y bastante bien

protegidos de los francotiradores enemigos que, por humanismo o por falta de interés, tampoco se ensañaron demasiado con ellos. Pero hay que tratar de imaginar los sufrimientos de esos desgraciados que se resistían a morir, remando en la nieve, regándola con su sangre, algunos de ellos con un brazo o una pierna arrancados por la metralla. Al final del calvario, estos mártires tenían la suerte de ser recogidos por los camilleros, que habían sido transportados hasta ahí bajo el fuego de las posiciones enemigas por los capellanes de los batallones en combate».

A pesar de los sacrificios y del valor de nuestras tropas, el enemigo seguía dominando la punta de Clairry y más de la mitad de la arista de Solières. Era evidente que no íbamos a lograr que abandonaran sus posiciones. Es más, nuestros hombres, que empezaban a estar escasos de municiones, corrían el riesgo de sufrir un contraataque, temiéndose un desastre completo.

Consciente de lo trágico de esta situación, a pesar del riesgo que entrañaba bajar a pleno día una cuesta nevada expuesta al fuego de los alemanes, el teniente coronel Le Ray, que estaba en contacto por radio con Frendo, dio la orden de retirarse.

Esta batalla de Clairry, en la que yo fui más un espectador que un combatiente, me causó una profunda impresión y cuando volví a bajar al valle, a través de los tranquilos bosques, me sentí descorazonado.

La primavera comenzaba a teñir de verde los prados, salpicados del amarillo de los narcisos. El aire estaba saturado de un olor que evocaba la paz y el amor. Al caminar por este decorado poético, era consciente de que el infierno en el que tantos hombres habían perdido inútilmente su vida no tenía nada que ver con el juego en el que había participado con entusiasmo durante los meses de invierno. Fue como si todo lo abominable que puede tener una guerra se me revelara de golpe.

Frente a la temeridad que suelen demostrar algunos alpinistas jóvenes, la mayoría de origen alemán, muchos montañeros franceses suelen decir: «Están en fuera de juego: el alpinismo no es la guerra». Sin embargo, no se puede negar que el alpinismo es para muchos un medio de canalizar esos deseos de lucha que anidan en el fondo del corazón del ser humano desde el principio de los tiempos y cuya satisfacción no facilita en absoluto la vida moderna. Yo también soy como ellos; es probable que si hubiera nacido siglos antes habría sido soldado o corsario, y quizá el alpinismo representó para mí una especie de combate.

Sea lo que fuere, la guerra me pareció durante cinco meses una nueva forma de alpinismo, aunque este combate no tenía nada en común con la guerra que acababa de ver. Lejos de elevar al hombre por encima de la materia, gracias a sus virtudes físicas y morales, lo reducía a una especie de animal acorralado por las fuerzas ciegas del hierro y del fuego. No, el alpinismo no es la guerra, puesto que ésta no es más que un gigantesco asesinato. Algunos criticaron con vehemencia la pertinencia de estos sangrientos ataques, lanzados cuando ya no había ninguna duda sobre la manera en que la guerra acabaría.

Sin pretender arrogarme la calidad de juez y si la ambición de algunos mandos inclinó con toda seguridad la balanza, estoy convencido de que la mayoría de los generales que decidieron las ofensivas de los Alpes y, las más inútiles todavía, contra las «bolsas de resistencia del Atlántico», sólo lo hizo por patriotismo. Ahora bien, con la amplitud de miras que permite el paso del tiempo, me parece que los sacrificios superaron con creces los resultados perseguidos.

Jacques Boell, oficial en la reserva y patriota indiscutible, finaliza su libro a la gloria de los combatientes de los Alpes con palabras que evocan la duda y la incertidumbre: «Sí, debo confesarlo. Siempre fui presa de una duda: todos esos jóvenes abatidos, todos esos mutilados, tanto sufrimiento en aquel montón de esquistos... ¿Eran realmente indispensables un mes antes del final de la guerra?».

Pensando en quienes tienen que llevar este peso en la conciencia, comprendo que el sacrificio parece que no guarda ninguna relación con el resultado. Pero había que actuar o, al menos, intentarlo. Hacía falta que, por honor, el país acabase por liberar él mismo su propio suelo (en Alsacia, en los Alpes y en las costas del Atlántico). Nuestros ataques tenían que atraer al mayor número de fuerzas enemigas para que no actuasen en las llanuras italianas. También, y por encima de todo, era preciso que en el momento de la firma del tratado de paz, nuestros superiores pudiesen decir:

«La paz en Francia necesita un muro de defensa, una zona de seguridad y ésta está situada en los Alpes. Nadie puede negarse a ceder este inhóspito territorio por el cual tantos jóvenes legaron generosamente sus vidas. Rectifiquen la frontera en el Mont-Cenis, en Chaberton, en el Saint-Bernard, en Vésubie, en Tende y en La Brigue».

Mientras pienso en todo esto, creo sentir a mi alrededor la presencia entrañable de todos nuestros mártires y oigo un murmullo que parece decir: «No, no habremos muerto por nada si hemos conseguido aportar un poco de seguridad a nuestra patria».

Justificar tanto dolor y tanta sangre con sentimientos tan nobles me parece que ha perdido casi todo su valor en la actualidad. ¡Que cada cual juzgue según su conciencia!

La batalla de la punta de Clairry no significó para mí el final de las hostilidades; es más, faltó muy poco para tener que participar en otra batalla de este tipo.

El antiguo fuerte de la Tura de Lanslebourg protege la vertiente francesa del puerto de Mont-Cenis. Esta vieja y maciza fortaleza es de la época de Vauban, pero, construida con enormes rocas minuciosamente talladas, parece una ciudadela inca. Ha resistido a los embates del tiempo y, en 1954, todavía estaba intacta. En septiembre de 1944, los alemanes se habían atrincherado detrás de sus imponentes murallas y resultaba imposible conquistar el collado del Mont-Cenis mientras ocuparan esta posición defensiva clave.

El alto mando decidió limpiar de alemanes el fuerte. La operación comenzó con un intenso bombardeo y, durante más de veinticuatro horas, la fortaleza fue sometida a un diluvio de fuego. Después de este tratamiento y, aunque aparentemente las paredes estaban casi intactas, se estimó que no podía haber ningún superviviente. No faltaba más que tomar el viejo edificio. Una de las compañías del Decimoquinto Batallón de Cazadores Alpinos salió de su posición del bosque y avanzó hacia la explanada que rodeaba el castillo; algunos hombres saltaron por los aires al pisar minas. Cuando los supervivientes se acercaron aún más, el enemigo, que no había sufrido ninguna baja, abrió fuego de ametralladora. A pesar de que los atacantes se retiraron a toda velocidad, en el terreno se quedaron algunos cadáveres más. Después de este lamentable fracaso, los mandos decidieron utilizar métodos más modernos. Les pareció que la única manera de hacerse con el castillo consistía en volar la robusta puerta blindada utilizando cargas explosivas y proyectiles de lanzagranadas. La Primera Compañía del Decimoquinto era la encargada de cumplir esta difícil

misión y unos cuantos de nosotros volvimos a la retaguardia para recibir un entrenamiento especial. Pero Stéphane, aventurero audaz y patriota fervoroso, era también un jefe humano y un cristiano convencido. No parecía estar muy dispuesto a aniquilar a sus hombres para conquistar unas viejas paredes, mientras que cada día era más evidente que la guerra tocaba a su fin. Hablaba de este asalto sin entusiasmo y no se mostraba muy diplomático a la hora de formular críticas sobre la manera de llevar la ofensiva de primavera. Consiguió que el entrenamiento durara el mayor tiempo posible y, un buen día, los centinelas encargados de vigilar el fuerte se dieron cuenta de que ya no había ningún signo de vida en su interior.

Desbordada en las llanuras italianas, la Wehrmacht huía hacia el norte con la esperanza de reagruparse en las montañas de Austria o, incluso, con la intención de pedir asilo en Suiza. Los combatientes del frente de los Alpes, deseando reunirse con el grueso del ejército, abandonaron súbitamente sus posiciones. Stéphane, sin esperar siquiera las órdenes superiores, ordenó a su compañía perseguir a los que huían. Marchando muy por delante del grueso del ejército francés y combatiendo junto a los partisanos italianos, conseguimos mantener contacto con el enemigo prácticamente hasta Turín. Para mí, la guerra terminó a pocos kilómetros de esta ciudad; exactamente, en el pueblo de Robasomero.

Cuando uno de mis compañeros me dio la noticia del armisticio, vagaba por el lindero de un bosque y me sentía muy desamparado. La atmósfera era templada, como suele ocurrir en estos campos italianos en los que el esplendor de la primavera brilla por todas partes. Mil ruidos apenas perceptibles poblaban la noche, y en el cielo, miles de estrellas vibraban suavemente. En contacto con la paz de la naturaleza que había alegrado mi infancia, trataba de recobrar la serenidad de mi corazón, profundamente turbada por estos acontecimientos.

Había ido con mi grupo para ayudar a un contingente de Garibaldini que acababa de enfrentarse a una compañía de las SS. Pero como llegamos al final del combate, nuestra intervención no influyó en el resultado. Todos los alemanes habían muerto en la lucha o habían sido fusilados. Entre los prisioneros, los partisanos habían encontrado a dos muchachos de entre doce y catorce años. Eran, al parecer, hijos de un oficial de los camisas negras que, perseguidos, fueron a buscar refugio en las SS. Cuando llegué, estos dos desgraciados, víctimas de la locura del mundo, acababan de ser entregados al furor histérico de algunas arpías que les tiraban de los pelos, les escupían al rostro y les daban patadas. Sin embargo, ellos lanzaban miradas de ciervo acorralado que hubieran podido enternecer hasta un corazón de piedra. Indignado por aquellas brutalidades impropias de personas que habían estado luchando en nombre de la civilización, empecé a protestar. Algunos hombres morenos, con bigotes y con pañuelos rojos al cuello, y que llevaban en la cintura las suficientes granadas, pistolas y cuchillos como para hacer huir a todo un ejército, me lanzaron duras miradas. Ante su aspecto amenazador, comprendí que no debía mezclarme en sus asuntos. Estos héroes de opereta, tras un largo conciliábulo y sin tener en cuenta para nada mis gritos de indignación, agarraron a los dos muchachos por los hombros, les obligaron a caminar dándoles patadas, les empujaron contra una pared y descargaron sobre ellos sus metralletas. Este asesinato fue tan salvaje y tan rápido que no conseguía creer lo que estaba viendo. Me quedé paralizado ante aquella monstruosidad. Jamás olvidaré los ojos enloquecidos de estas víctimas inocentes.

Aquel día comprendí que, a pesar del lujo y de las máquinas, el mundo moderno no había salido aún de la barbarie.

La Italia del norte reservó un recibimiento entusiasta a las tropas francesas, y nosotros, que éramos la vanguardia de ese ejército, vivimos una especie de delirio. Atravesábamos las ciudades sobre alfombras de flores y este ambiente festivo duró hasta el final de la guerra. Pero a nuestros buenos aliados parecía no agradarles demasiado la presencia de las tropas francesas en los valles italianos. Progresivamente, nuestro ejército fue siendo empujado hasta la frontera y, al final, tuvo que volver a suelo francés. La Compañía Stéphane acabó instalándose en Ailefroide, en pleno corazón del macizo de Oisans.

Esta ocasión fue el final de la guerra para mí. Durante esos ocho meses prestando servicio de armas, había conocido una vida activa e intensa, de entrega total y de amistad sin límites que me había permitido elevarme por encima de la mediocridad de una existencia banal. Sólo la sangre de mis camaradas de armas y la crueldad de los hombres habían empañado estos días desbordantes de luz; pero la magnificencia infinita de las montañas había purificado los negros nubarrones.

Nos habíamos alistado como voluntarios hasta el final de las hostilidades, y una vez que éstas habían terminado, la vida civil nos esperaba, pues nuestra presencia en el ejército pasaría a ser aleatoria. A pesar de estar estrechamente ligados a esta segunda familia en que se había convertido la compañía, casi todos estábamos ansiosos por volver a casa y ocupar de nuevo un puesto en la sociedad. Pero el alto mando no lo pensaba así; necesitaba tropas para ocupar las zonas francesas de Austria y de Alemania y, lo que es peor, para combatir en Indochina.

Nos visitaron oficiales encargados de reclutar soldados alabando los encantos de Oriente, pero, a pesar del exotismo oriental y de las promesas de vivir intensas aventuras, muy pocos se dejaron convencer para embarcarse en una guerra colonial en la que el patriotismo era un argumento difícilmente creíble. Más tarde, después de haber ocupado los territorios conquistados, algunos de los nuestros, los que habían ascendido en la jerarquía militar y, como no podía ser de otra manera, fueron combatientes en Indochina. Algunos, entre ellos mi amigo de infancia J.-C. Laurent e incluso el capitán Stéphane, no regresaron jamás.

Era evidente que tendríamos que esperar unos cuantos meses antes de que nos licenciaran y que dentro de poco nuestro batallón sería destinado a Austria. Durante la guerra, el ejército llega a alcanzar el honor y la gloria; en la paz, puede convertirse de un día para otro en estúpido y mezquino. Eso es tan cierto que la vida dentro de un cuartel siempre ha sido un tema recurrente de las operetas y las comedias fáciles. Stéphane no era ajeno a los peligros de la paz. Gran jefe de guerra, siempre procuró seguir siéndolo en los días de paz en los que, después de la batalla, el mundo volvía a encontrar lentamente su equilibrio. Intentaba buscarnos ocupaciones que no fueran demasiado estúpidas, practicando el canto y varios deportes, el alpinismo sobre todo. Fue así como durante unos espléndidos días de junio y, a pesar de la nieve que cubría las cumbres, pude realizar varias ascensiones en el interesante macizo del Delfinado. Mientras otras compañías mataban el tiempo alternando la juerga y el aburrimiento gracias a sus superiores, nuestra compañía lo ocupaba de la mejor manera posible y la entrañable camaradería que nos unía hacía la espera mucho más

agradable.

Stéphane, humano y comprensivo, se dio cuenta de que muchos de nosotros perdíamos en el ejército un tiempo que hubiéramos podido emplear en tareas más útiles, y por eso trató de dejar libres a los de más edad.

Yo sólo tenía veinticuatro años y todavía era demasiado joven para quedar libre. Stéphane, a pesar de querer conservarme para el entrenamiento alpino de su compañía, me destinó como instructor a la Escuela Militar de Alta Montaña, que acababa de reorganizarse en Chamonix. Él pensaba que así podría satisfacer mejor mi pasión por la montaña y, a la vez, volver a gozar del cariño de mi esposa, gran víctima de nuestra forzada separación.

Hasta que se demuestre lo contrario, la Escuela Militar de Alta Montaña es un centro destinado, por un lado, a iniciar en el alpinismo a los oficiales y suboficiales de las unidades alpinas y también a soldados venidos de otros cuerpos como la marina o la aviación, no se sabe muy bien por qué. Por otro lado, la Escuela también formaba monitores de alpinismo, que luego serían destinados a realizar la instrucción técnica de las secciones de exploradores. En 1945 había dos tipos de monitores encargados de la enseñanza de los reclutas: los civiles y los militares. Exceptuando el sueldo y el uniforme, nada distinguía a los segundos de los primeros. Debo reconocer que el comandante hacía lo que estaba en su mano para ahorrarnos las molestias de la vida militar y que fuera de nuestro trabajo gozábamos de una libertad casi absoluta.

No por ello nuestra situación dejaba de ser escandalosamente injusta. Incluso teniendo en cuenta a los voluntarios mantenidos arbitrariamente dentro del ejército, éste no disponía de un número suficiente de instructores cualificados. Para compensar esta carencia, el ejército contrató a varios civiles, guías de montaña profesionales. Parecía normal que, dada la edad de algunos, no se hubieran presentado voluntarios ni en la fase final de la guerra; pero otros eran jóvenes que, quizá con toda la razón del mundo, habían preferido permanecer en la vida civil en lugar de perder su sueldo y arriesgar la vida para salvar el honor de su país.

La situación era paradójicamente amarga. El ejército penalizaba a los que habían servido valientemente a su patria no permitiéndoles regresar a la vida civil, y recompensaba con salarios generosos a quienes no habían querido ponerse al servicio de Francia. Es cierto que, en ocasiones, debemos admitir que la «realidad supera la ficción».



# Mi encuentro con Lachenal

Durante el verano de 1945 mi destino cambió. El alpinismo, que hasta entonces había sido la afición dominante de una vida aún sin definir, se convirtió en mi pasión, en mi tormento y en mi trabajo.

El tiempo era excepcionalmente bueno y estable. Durante la semana, junto con los otros instructores, llevábamos a nuestros alumnos todos los días hasta las cumbres. Aunque no eran ascensiones de gran categoría, resultaban largas y difíciles, y lo lógico era que el sábado, tras haber realizado cuatro o cinco escaladas sucesivas, hubiera tenido un merecido descanso. Pero no ocurría así: en lugar de calmar mi pasión, estas escaladas no hacían más que exaltarla, y aspiraba a emplear mis energías intactas en combates más duros.

El fin de semana, a veces sin haber pasado ni un momento por mi casa, partía de nuevo hacia las cumbres con el primero que aceptaba seguirme. Cuando, con el alba del domingo, el disco del sol aparecía detrás de las brumas azuladas de la lejanía haciendo enrojecer repentinamente las mil llamas de piedra que hay por encima de la tierra de los hombres y lanzándolas hacia el cielo, nosotros ya luchábamos desde hacía tiempo persiguiendo la grandeza y la belleza.

Acumulaba ascensiones a un ritmo vertiginoso, realizando cinco o seis seguidas. Incluso otras veces, cuando estábamos de vuelta en el refugio antes de mediodía, me esforzaba por convencer a un amigo para acabar la jornada con una nueva escalada. Nada era más importante para mí. Esta pasión frenética me devoraba por completo. Viviendo a las puertas del cielo, había olvidado que pertenecía a la tierra. Mal alimentado por el ejército, estaba tan delgado que daba miedo, mis ojos parecían inmensos y mi cara estaba demacrada. El equilibrio en mi casa se estaba rompiendo: cansada de que prefiriese la montaña a ella, mi mujer amenazaba con dejarme. Pero nada me afectaba, ni el cansancio ni las penas del corazón. Las cimas estaban allí, centelleantes bajo la luz, y su llamada era más fuerte que mi razón.

En esta época, los oficiales de la Escuela de Alta Montaña eran todos más o menos alpinistas y Édouard Frenod, que dirigía una parte de los cursos, era uno de nuestros mejores montañeros. Con excepción de uno, todos estaban muy dispuestos y se mostraban muy comprensivos con las tareas voluntarias, incluso se diría manifiestamente humillados en relación con los monitores asalariados. Peor pagado, yo vivía prácticamente como un civil. Aparte de la instrucción, a la que me entregaba con la misma pasión que al resto de actividades, no se me pedía casi nada. La vida hubiera sido maravillosa sin cierto capitán mezquino y puntilloso al que, no contento con aburrirnos con discursos y conferencias sin fin, se le metió en la cabeza hacerme respetar un poco más la disciplina militar.

Alpinista timorato y mediocre, envidiando sin duda mi facilidad y mis éxitos, comenzó a buscarme las cosquillas con detalles ridículos. La primera vez la tomó conmigo porque no llevaba ni galones ni insignias, pero así y todo, el motivo no era demasiado importante para dejarme sin mi día libre de domingo. La segunda vez consiguió sorprenderme sin la boina a diez metros de los cuarteles; eso era, o parecía ser, un crimen, una actitud de dejadez, una falta de respeto incalificable, y me advirtió que desde ese momento no podría salir más a la montaña en domingo sin pedir permiso. Afortunadamente, el comandante no me lo negó jamás.

Finalmente, ¡un día triunfó mi enemigo! Durante la semana, una violenta fiebre me tuvo abatido pero, el viernes, las fuerzas comenzaron a refluir a cálidos borbotones en mis músculos. El cielo estaba de un azul de sueño. Allí arriba, la montaña me llamaba con voz potente. Me fue imposible resistir. Con las piernas todavía un poco flojas, bajé al pueblo en busca de un compañero. En la plaza de correos, entre las grises construcciones sin estilo y sin gracia, la multitud disfrazada del Chamonix estival se agitaba en todos los sentidos. En mitad de gordas mamás en pantalón corto y de jefes de oficina ataviados con gorras de carnaval, me encontré por casualidad con un alpinista parisino de cuyas dotes de escalador de roca me habían hablado muy bien: el doctor Jacques Oudot.

Oudot fue, más tarde, uno de mis compañeros de la expedición al Annapurna, en la que su coraje y su abnegación fueron ejemplares. Pero en esa época apenas le conocía. A primera vista, este hombre, ya famoso cirujano, no tenía para nada el físico de un escalador virtuoso. Pequeño, achaparrado, casi calvo, con la tez pálida y nada guapo de cara, parecía mucho más un hombre de ciudad marchitado por el aire maloliente de los laboratorios y de los hospitales. Pero, cuando te acercabas a él, tanto sus pequeños ojos oscuros, profundamente hundidos en las órbitas, como toda su persona, desprendían una extraordinaria impresión de energía. De hecho, es uno de los alpinistas más valientes que he conocido jamás, y su asombrosa fuerza era desproporcionada si se comparaba con su físico.

Desde el primer contacto, le tomé una gran simpatía y, sin preámbulo alguno, le pregunté si quería venir conmigo a intentar la cara norte de los Drus.

A pesar de la gran reputación que encerraba todavía esta pared, aceptó sin dudar. En aquel tiempo, la cara norte de los Drus sólo había sido escalada cuatro veces. Todas las cordadas habían debido vivaquear y el pasaje clave, la fisura Allain, pasaba por ser una de las más difíciles de los Alpes. Previendo pasar la noche en las plataformas del pequeño glaciar suspendido que corta la pared a media altura y que se llama *el nicho*, habíamos cogido el primer tren para el Montanvers, y a media mañana subíamos lentamente, bajo un sol implacable, a través de los empinados pastos cubiertos de rododendros.

El aire estaba lleno de esa lánguida suavidad que confiere el viento del sur y nos parábamos a menudo. Oudot estaba feliz como un crío y parecía que había rejuvenecido diez años. Cuando sonreía, su aspecto un poco torpe y tosco se transformaba en una asombrosa dulzura.

A pesar del calor agobiante y de los restos de cansancio dejados por la enfermedad bastante misteriosa que me tuvo fuera de combate durante varios días, comenzamos la escalada en las primeras horas del mediodía. Mientras progresábamos bastante lentamente por penosas fisuras, enormes ráfagas de piedras pasaban por encima de nuestras cabezas, desapareciendo en el vacío de trescientos metros que se abría por debajo de nosotros. El verano había sido seco y con el calor del final del día lo más normal eran las caídas de piedras.

Habíamos remontado la fisura Lambert cuando un desplome me pareció demasiado difícil para ser franqueado conservando sobre la espalda la pesada mochila que lastraba mis hombros. Estaba vuelto hacia atrás para confiar mi carga a Jacques, con la finalidad de poder izarla después con la cuerda. Ataqué el desplome, y presas que no había visto desde abajo me permitieron subir más fácilmente de lo que había pensado. Una superación más y pondría pie en un corredor poco

inclinado, pulido por la erosión. Mi cabeza emergería entonces por encima del abismo. Pero fue entonces cuando me percaté de la existencia de un bloque gigantesco de unos treinta metros cúbicos que, colocado en mitad del hielo de *el nicho*, se puso a rodar hacia mí con un lento movimiento.

A toda velocidad, me acurruqué bajo el desplome esperando verle derrumbarse por el peso de la enorme masa de piedra. Se oyó un enorme estruendo. Llevado por su impulso como un saltador de trampolín, el bloque pasó a menos de un metro de mí, continuó su loca carrera durante veinte o treinta metros a lo largo de la pared para luego, con el zumbido que hubiera producido una bomba, abatirse volando sin parar hasta la morrena, desde donde se elevó rápidamente una nube de polvo.

Cinco alpinistas que se preparaban para instalar su vivac a cierta distancia me contaron más tarde que el bloque había cavado en el hielo un cráter de unos dos metros de profundidad.

Paralizados por el miedo, nos quedamos en el mismo sitio hasta que la helada nocturna fijó de nuevo la montaña, y sólo continuamos la escalada cuando la noche hubo alcanzado el silencio infinito de las estrellas.

Pero el corredor situado bajo *el nicho* se había transformado en un torrente debido a una jornada demasiado cálida. La oscuridad nos restaba habilidad y nos impedía escalar las placas más delicadas, situadas a ambos lados del corredor. Debimos subir por el mismo torrente y, completamente calados, alcanzamos el emplazamiento de nuestro vivac.

Desafortunadamente, el viento cambió. Venía del norte y se había tornado violento y glacial. En la cara en la que estábamos nos daba de frente y nos traspasaba.

En esta época, los alpinistas no disponían del cómodo material de vivac que, hoy, permite resistir casi sin sufrimiento las noches más glaciales. Además de la ropa que llevaba puesta para la escalada, sólo disponía, como protección suplementaria, de una malísima chaqueta de plumas apenas más caliente que un vulgar chándal y de un chubasquero impermeable remendado con innumerables trozos de esparadrapo. No tenía nada para proteger mis piernas, donde el pantalón mojado pronto se quedó tieso por el hielo.

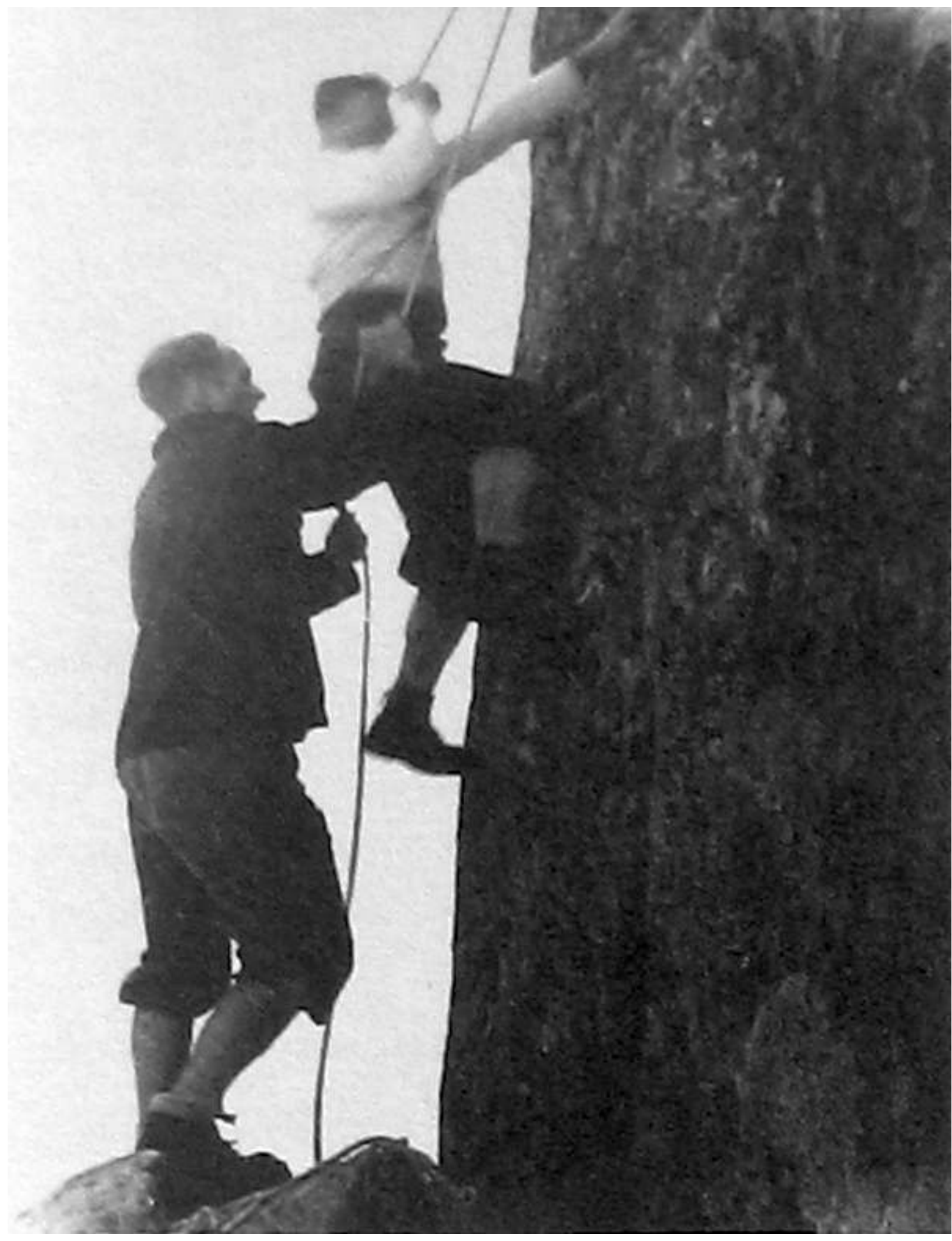
Empapados como estábamos, la noche fue muy dura. En esta cara norte, el sol sólo da muy tarde por la mañana. Era imposible esperarlo. También debimos emplear mucho tiempo en desentumecer nuestros músculos y reemprender la escalada sobre una roca glacial. Algunos pasajes difíciles nos calentaron y estábamos peleándonos con la famosa fisura Allain cuando detrás de nosotros surgieron sucesivamente siete alpinistas. Por un singular efecto del destino, aquel día había en esta cara más hombres juntos de los que ésta había visto en toda la eternidad. Por su gracioso acento, reconocí que los cinco primeros eran de Niza, del famoso equipo que, desde hacía algunos años, había devorado las escaladas del Delfinado. Los otros dos eran guías de Chamonix: Félix Martinetti y Gilbert Ravanel, muy conocidos por su espíritu deportivo y su desinteresado amor por la montaña. Todos estos escaladores habían atacado al despuntar el día, calzados con ligeras alpargatas, sin llevar ningún material de vivac. Se elevaban con gran rapidez, que una simpática imitación pronto llevó a un grado extremo. Desafortunadamente, nuestra presencia en la fisura iba a detener su impulso, ya que intentando remontar penosamente este pasaje, permanecemos un tiempo exageradamente largo. Cansado de esperar, Martinetti, sin duda para poder mirar la parte más escarpada de la cara oeste, tomó una vira de la derecha. Cuando llegó al final de esta pequeña plataforma, le pareció posible

escalar una fisura: después de algunos restablecimientos y dos pitones, estaba en una nueva vira veinte metros por encima. Acababa de descubrir el auténtico punto débil de la muralla; desde entonces, casi todas las cordadas han seguido este tramo. Inclinandose en el vacío, Martinetti me lanzó una voz de ánimo. Se nos había empotrado una mochila, estábamos todavía en plena faena en nuestra fisura, y los siete alpinistas pasaron sucesivamente por encima de nosotros. Más arriba, conseguimos alcanzar a nuestros rápidos antecesores y todos juntos efectuamos el descenso al refugio de la Charpoua.

Entonces, por segunda vez en veinticuatro horas, la muerte pasó a mi lado. Estábamos en un corredor casi vertical, yo bajaba el primero y Jeanne Franco acababa de reunirse conmigo en una pequeña plataforma. En ese instante, un violento ruido de piedras se oyó por encima de nuestras cabezas; grandes bloques bajaban a toda velocidad hacia nosotros, rebotando de una pared a otra en fantásticos brincos. Uno de ellos, con un peso de al menos siete u ocho kilos, se hundió entre nosotros.

No alcanzamos el refugio de la Charpoua hasta el principio de la noche. Después de la corta pero violenta enfermedad que me había mantenido en la cama a lo largo de la semana, esta dura escalada y este vivac glacial fueron una singular convalecencia y estaba anormalmente cansado.

Al día siguiente, hacia las nueve de la mañana, yo debía estar en la escuela de escalada de los Gaillands, pared rocosa situada a la entrada de Chamonix, para dar un curso a los cursillistas de la Escuela de Alta Montaña. Envueltos por el feliz ambiente que siempre reina a la vuelta de cualquier recorrido, engullimos algunos trozos de comida que aún quedaban en el fondo de la mochila y, tras tener la precaución de poner la alarma del antiguo despertador de la cabaña a las seis de la mañana, me tumbé sobre los jergones y me dormí rápidamente en un sueño sin sueños. Pero, cuando me desperté por la mañana, el reloj marcaba las ocho.



Me invadió una violenta contrariedad. La verdad es que aunque yo no estuviera en el curso de escalada, la tierra continuaría girando y nadie me comería; pero mi sentido del deber se rebelaba. Era imposible estar en los Gaillands a las nueve, pero, corriendo como un loco, todavía podía llegar a las nueve y media, antes incluso de que el curso hubiera comenzado en serio. Sin perder un instante, arrojé mi mochila sobre la espalda y me precipité por la pendiente.

Bajé en un instante las placas empinadas de debajo del refugio, no sin asumir el riesgo de romperme el cuello. Con la agilidad de un rebeco, descendí a toda prisa las morrenas y, veinte minutos más tarde, estaba en el glaciar. Corriendo tan deprisa como si mi vida estuviera en juego, me bastó apenas más de media hora para llegar al Montenvers. Aún faltaban veinticinco minutos de descenso desesperado para que, empapado de sudor, con los pies ensangrentados, estuviera en Chamonix. Gracias a mi moto, algunos minutos más tarde llegué a los Gaillands...

Las primeras cordadas apenas empezaban a elevarse por la roca y, si hubiera estado limpio y afeitado, mi retraso habría pasado inadvertido. Pero mi cara estaba negra debido a una barba de tres días y un pedazo de mi pantalón colgaba lamentablemente, dejando ver una de mis nalgas. Lo confieso: mi aspecto no tenía nada que ver con la rígida elegancia militar. Viéndome así ataviado, a nuestro puntilloso capitán le atacó una irascible cólera. Con los ojos fuera de las órbitas, los pómulos rojos, su larga nariz apuntando hacia mí como una pistola, me tuvo firme durante más de diez minutos, dándome una lección de moral que ya hubiera sido ridícula para un soldado, pero que, tratándose de un sargento de veinticuatro años, cuya conducta en combate había sido citada como ejemplo, sobrepasaba lo increíble.

El furor y el desprecio hacían brillar mis ojos, mis dedos agarraban el pantalón para impedir que le diera un puñetazo. Pero me contuve. Este imbécil con galones me mandó enseguida a mi trabajo y, con una impecable media vuelta sobre mis pies, le di la espalda sin remisión, pero el espesor de su cerebro le impidió darse cuenta de la cómica situación.

Durante toda la mañana, bajo un sol plomizo y con la garganta encogida por una sed atroz, hice subir y bajar a los aprendices de escalador. A la hora de la comida, cuando me preparaba para descender, vi llegar a nuevos alumnos. Cuando les pregunté a qué venían, me explicaron, no sin algunos comentarios descorteses, que el capitán les había dado la orden de que vinieran a escalar conmigo durante todo el tiempo que durase la comida.

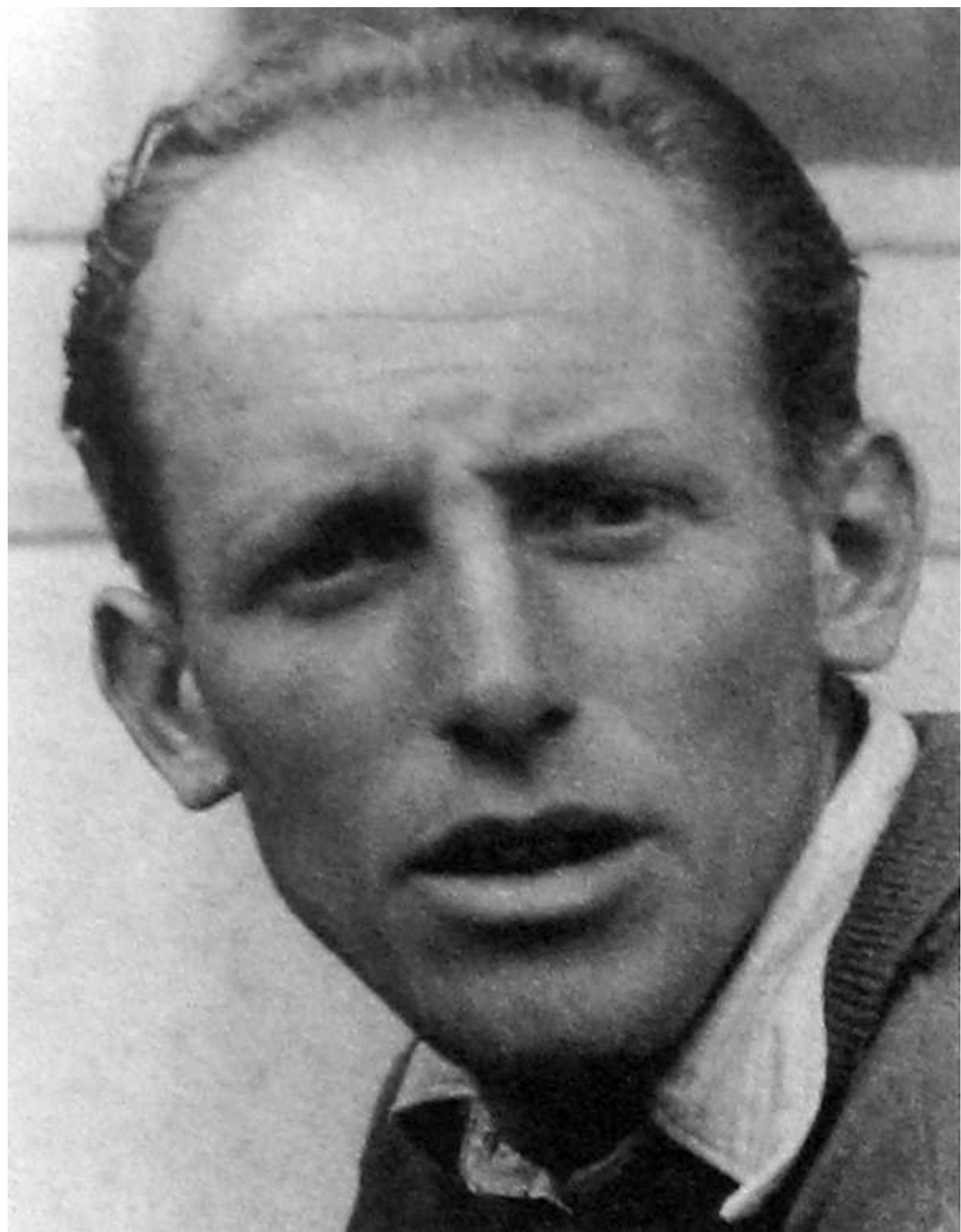
Sólo hay una cosa que de noción de lo que es el infinito: la tontería de algunas personas.

Fue durante esta temporada de 1945 cuando hice mis primeros recorridos con el que habría de convertirse en el maravilloso compañero de mis más grandes ascensiones alpinas: Louis Lachenal.

Le conocí a comienzos de la primavera, cuando debido a un permiso me detuve en Annecy a esperar un tren. Como no sabía qué hacer durante ese rato, me fui a pasear por las calles, y me encontré a un joven pobremente vestido, que con una mano empujaba una vieja bicicleta y que llevaba una lechera en la otra. Se me acercó y, sin ninguna discreción, me preguntó:

—¿No es usted Lionel Terray?

Su cara pálida y delgada, en la que brillaban dos ojos muy vivos, me era desconocida. Además, su mal aspecto me hizo pensar por un momento que se trataba de un parado. Después de contestar afirmativamente, le pregunté cuál era su nombre. Me dijo que se llamaba Lachenal y, entonces, recordé de pronto que hacía dos o tres años me lo habían presentado en una calle de Chamonix. En aquella época, el uniforme y el gorro de J. M. le daban otro aspecto. Había oído hablar bastante de él a mi amigo Condevaux, del que fue compañero de escalada. Sabía que era un escalador excepcionalmente dotado, que, en 1942, había sido el mejor del curso de jefe de cordada y que se refugió posteriormente en Suiza para huir de la guerra.





Le invité a tomar una cerveza en un bar que estaba cerca de la estación. Lachenal era más bien hablador, de un temperamento vivo y curioso, y su conversación era rápida y cargada de un gran sentido del humor. Como faltaba mucho para que saliera mi tren, pudimos hablar bastante. Alabé la vida apasionante que llevábamos en el frente de los Alpes, pero él, con un ligero acento de la Suiza francesa y usando un rarísimo vocabulario, en el que se mezclaba el argot de Lausana y el habla coloquial de la Saboya, expresó con vehemencia que le horrorizaba la guerra y el ejército. Me explicó que no tenía trabajo y que, mientras esperaba encontrarlo, vivía de «una pequeña herencia». No parecía afectarle su situación material, que era claramente penosa.

—Al final, todo se arreglará —decía—. Mientras, quiero seguir escalando. Un amigo tiene un coche viejo y también pasta. Todos los domingos podremos ir a Chamonix para escalar. ¡Sería magnífico conquistar las Aiguilles du Diable!

Lo que más le contrariaba era carecer de un equipo adecuado. Tenía unas botas de clavos que él mismo había arreglado:

—¿Sabes? Tengo un amigo que es zapatero y le observo cuando trabaja. No es un mal oficio; ahora lo hago tan bien como él.

Pero el problema eran las alpargatas: sólo tenía una.

—¿No podrías encontrarle una hermana? —exclamaba con una alegre carcajada mientras sacaba de un cesto una vieja zapatilla de tenis reforzada con trozos de cuero.

Tras este primer contacto, Lachenal no me sedujo nada, porque, aunque su pasión simple e ingenua por la montaña me agradó, su antimilitarismo y su forma de hablar me irritaron.

La Escuela de Alta Montaña ocupaba un hotel por encima de Argentière, completamente al fondo del valle. Como mi mujer vivía en Chamonix, cuando yo no estaba en la montaña recorría una o dos veces al día los diez kilómetros que separan ambas localidades en una vieja moto. Un día en que atravesaba Argentière, vi a Lachenal en medio de un grupo de alpinistas y me acerqué a saludar. Me explicó que había encontrado una plaza como monitor en la Unión Nacional de Centros de Montaña, una gran organización que acababa de crearse para el desarrollo del esquí y del alpinismo popular, y que había instalado un campamento allí.

Posteriormente, volvimos a encontrarnos a menudo.

Cada vez que atravesaba la ciudad, iba a visitar la vieja granja en la que Lachenal había alquilado una habitación. Allí vivía con Adèle, su mujer —una jovial y distinguida muchacha de Lausana que, arrastrada por la fuerza de un gran amor, se había casado con este joven de origen muy humilde—, y también con su hijo Jean-Claude, un chiquillo magnífico dotado de una vitalidad excepcionalmente ruidosa. Poco a poco, descubrí que Lachenal, detrás de su fachada irónica, ocultaba múltiples cualidades, y gradualmente empezó a unirnos una sólida amistad. Un viernes le anuncié que partía con J. P. Payot para escalar, al día siguiente, la cara norte de la Aiguille Verte y el domingo intentar realizar la segunda ascensión de la cara este de la Aiguille du Moine.

Sus ojos se iluminaron con esa llama de pasión de la que él solo era capaz, e inmediatamente exclamó:

—¡Uh! ¡Menudo programa! ¿Te molestaría que os siguiera con Lenoir? Nosotros también estamos libres y creo que seremos capaces de hacerlo.

Lenoir también era monitor en la U. N. C. M. y ya había escalado una vez con él años antes, por lo que acepté gustosamente realizar esta ascensión en grupo de cuatro.

En la subida del empinado corredor Couturier, en condiciones mediocres, y más aún en el descenso del corredor Whympfer, donde una fina capa de nieve húmeda cubría el hielo vivo, pude admirar la extraordinaria soltura de Lachenal. Tanto en el hielo como en las rocas inestables o cubiertas de nieve, mostraba su facilidad desconcertante, esa elegancia felina que le convertiría en el montañero más grande de su generación.

Al día siguiente, por un singular efecto de la casualidad, Lenoir y Payot tenían principios de oftalmía. Uno por haber perdido sus gafas durante la ascensión y el otro porque se le había roto un cristal de las suyas. En semejante estado les era imposible venir al Moine. Por voluntad del destino yo haría cordada, por primera vez de una larga serie, con Lachenal. La cara este del Moine es ahora una de las grandes clásicas de quinto grado. Pero en 1945 este recorrido no había sido repetido desde su primera ascensión por los excelentes escaladores Aureille y Feutren, quienes, a su retorno, la habían declarado, con toda razón, difícil.

Por aquel entonces, yo no era un buen escalador de roca. Gracias a mi fuerza, podía ascender y, aunque carecía de un estilo elegante, era rápido y eficaz. Por otro lado, pertenecía más bien al grupo de los que se parten el cuello, o como se dice en el horroroso argot de los alpinistas: «me jugaba el tipo». Esto quiere decir que no me distinguía por tomar muchas precauciones y, sobre todo, que utilizaba muy pocas clavijas para asegurarme en caso de caída. Aquel día estaba en plena forma y subí a gran velocidad. Y a Lachenal no parecía perjudicarle nada mi ritmo. Se mostraba brillante tanto en la roca como en el hielo. Tenía la flexibilidad de un gato y ascendía sin esfuerzo, por lo que no podía evitar envidiar su destreza. Llegamos a la cumbre mucho antes de lo que habíamos calculado e hicimos una larga pausa.



Grandes Jorasses, la vía *Cassin* al espolón Walker...

Bañados por la luz, ya en la cima de aquel maravilloso pico, no nos cansábamos de admirar el magnífico paisaje que nos rodeaba por todas partes. Enfrente de nosotros se erigían las Grandes Jorasses como una gigantesca ciudadela, destacando sobre el resto del decorado. Nuestro entusiasmo se debía, sobre todo, a la punta Walker, cuyos muros negros y lisos se lanzaban grandiosamente hacia el cielo formando un pilar de 1100 metros de altura.

Sabíamos que aquel mismo día Frenedo y Rébuffat acababan de intentar escalar esa cumbre. Parecía estar nevada todavía y estuvimos discutiendo apasionadamente sus probabilidades de éxito:

—¿Crees que con toda la nieve que queda lo lograrán?

—Tanto si hay nieve como si no, creo que no tienen muchas probabilidades. Les falta la clase suficiente para conseguirlo. Si piensas que Cassin, con todo lo que era, invirtió tres días... imagínate lo que tardarán ellos. Además, Cassin era uno de los tipos más fuertes que se han visto en los Dolomitas. Sólo hay que recordar el tiempo que les llevó el intento de hace dos años... Todo un día para subir solamente una cuarta parte de la pared, y eso porque tomaron como punto de partida el intento de Allain. Si hubieran seguido desde el principio la vía que abrió Cassin, les habría costado dos días. A este ritmo, necesitarán por lo menos una semana y, al menor problema, no podrán salirse con la suya.

—Sí, pero Cassin era un puro escalador de los Dolomitas y no estaba acostumbrado al hielo ni al granito.

—Piensa que había hecho granito en el Bergell y, entre otras cosas, la cara del Badile, algo un poco más pequeño que la Walker pero también duro. En cuanto a lo de la nieve y el hielo, había hecho invernales, pero luego la Walker, cuando está bien, no hay por qué ocultarlo: es todo roca.

—Lo sé, pero Gastón parece que es especialmente bueno en artificial. Después de todo, es lo que ha hecho en las Calanques.

—¡Ah! Sí, de acuerdo, golpeando clavos se defiende, pero en libre no es más fuerte que tú. Además sabes que no puedes compararte con Cassin. Es un superhombre, todo el mundo lo dice.

—En los Dolomitas ha hecho cosas que se consideraban imposibles, luego tiene clase; estos tipos de los Dolomitas escalan más de la mitad del año y siempre en terreno difícil. Parece que allí abajo no hay más que paredes verticales y que se puede hacer VI durante todo el día. ¿Te das cuenta del entrenamiento que deben seguir? Es distinto de nosotros. ¿Cuántas veces hacemos roca dura? Muy pocas. La mitad del tiempo hacemos recorridos de hielo y cuando hacemos roca pasamos penurias para encontrar rutas donde haya más de V. Fíjate hoy: hemos colocado cuatro pitones y sólo hemos encontrado un paso de V superior. ¿Crees que esto es entrenamiento para la Walker?

—No, viejo, créeme. Nuestras montañas, con su hielo y todo, serán más bellas que sus Dolomitas, que está todo más seco que yo qué sé, pero para la escalada pura somos niños comparados con la gente de allí abajo.

—Entonces, ¿piensas que no lo conseguirán?

—Nunca se sabe, con tiempo se llega a cualquier parte, y Gastón, no hace falta ni decirlo, es un tipo duro. Pero para mí, la escalada de la punta Walker está tres grados por encima de todo lo demás que hay en este macizo.

—De todas formas, nunca se sabe, porque esas historias de los héroes de los Dolomitas quizá no

sean más que leyendas. ¿Acaso tú lo has visto de cerca alguna vez?

—No, y creo que nunca lo veré.

—¿Aunque ellos triunfen?

—Hombre, en ese caso todo cambiaría. Pero el problema no es atreverse, sino encontrar un compañero que esté a esa altura. ¿Te interesaría probarlo conmigo?

—Es muy fácil decirlo... Sería maravilloso. La punta Walker es mi sueño. Pero, ¿crees que yo podría? Todavía no he hecho nada importante.

—Desde luego, careces de experiencia, pero te he observado estos dos días. Tienes facultades; sólo hace falta quererlo. Y si ellos tienen éxito, nosotros lo intentaremos.

De este modo se formó, en aquella modesta cima, la fraternal asociación que nos daría la victoria en las principales paredes de los Alpes.



Cassin (primero por la izquierda) al regreso de la *Walker*.

En septiembre, el ejército me autorizó a seguir el curso de cinco semanas que me daba acceso al diploma de Estado como guía profesional, que obtuve además muy fácilmente.

Como pasa a menudo en los Alpes, el otoño fue bueno. Siempre estaba bajo las banderas, pero, cuando se acababan los cursos, disfrutaba de una libertad casi total. A pesar del frío y la nieve, inevitables cuando avanza esta estación, aprovechaba para hacer el mayor número de rutas posible, y recuerdo emocionadamente una ascensión al Grépon-Mer de Glace. Una abundante nieve fresca había transformado este recorrido clásico en una temible empresa, hasta tal punto que necesitamos más de doce horas de escalada muy delicada para llegar a la cima, mientras que, con roca seca, he llegado a emplear sólo tres horas y media.

Efectuamos el descenso de noche. Numerosas placas de hielo aparecían sobre el empinado glaciar de la vía normal. No teníamos ni linterna, ni crampones. Mi compañero estaba casi sin fuerzas y caía a cada instante; en tales condiciones, sólo gracias a la suerte conseguí detenerle cada vez.

A mediados de otoño el ejército decidió al fin licenciarme y me encontré con grandes dificultades económicas. Desde hacía un año vivíamos del dinero producido por la venta de mi ganado y gracias a una estricta administración habíamos conseguido que esta suma durase hasta entonces. Pero ahora se nos estaba acabando.

La Escuela de Alta Montaña me ofreció contratarme como monitor civil. Aceptar esa plaza era la solución más fácil: una paga aceptable, un trabajo sencillo y poco absorbente, la posibilidad de esquiar mucho y hacer mucha montaña. Poco porvenir, cierto, pero pocos problemas materiales. Eso sería, sin duda, sólo para algunos años, pero podría ser para toda la vida. Y aunque hubo cosas que me tentaron de verdad, vivir del esquí y de la montaña no era lo que yo soñaba. Por ello, rehusé la oferta sin dudar un instante. La vida en sociedad no permite escapar completamente a la arbitrariedad. Pero mis experiencias en J. M. y en el ejército me habían enseñado que aceptando servir a un gran colectivo se está expuesto por todas partes. Nada me parecía más odioso que estar sometido al dictado de jefes más o menos dignos de su mando y, para mí, la independencia se había convertido en un bien máspreciado que la seguridad. Decididamente, me dirigía hacia un porvenir lleno de incertidumbre.

Cuando llegó el invierno, volví a trabajar como monitor de esquí en Houches. En la posguerra se había aglutinado allí una clientela bastante abundante y mis cualidades de esquiador, muy superiores a las de un monitor corriente, me permitieron tener muchos alumnos. De todas formas, las tarifas de las lecciones no habían subido lo suficiente, por lo que, a pesar de trabajar mucho, me ganaba muy mal la vida.

Ya no vivía en Houches, donde tuve que devolver mi granja a sus propietarios, sino en un pobre apartamento en Chamonix. Tenía tan poco dinero que para ir de un pueblo a otro no podía tomar el tren. Lo recuerdo muy bien: el precio del billete en aquel entonces era de sólo diez francos, pero, en aquella época, diez francos era mucho dinero.

A pesar del frío y de la nieve, recorría en bicicleta por la mañana y por la tarde los nueve kilómetros de carretera helada que separaban Chamonix de Houches. Cuando hacía muy mal tiempo, tenía que ir en tren; pero, para no pagar, sobre todo a la vuelta, cuando ya era de noche, cogía el tren en marcha. Para bajar, saltaba dejándome resbalar por una pendiente nevada en cuanto el tren empezaba a reducir la velocidad.

La U. N. C. M., que es donde trabajaba Lachenal, se había trasladado al pueblecillo de Bossons, situado dos kilómetros más abajo de Chamonix. Todas las noches, al volver, pasaba por allí y me detenía en el viejo hotel donde se había instalado la central. En la pequeña habitación donde mi amigo vivía apretujado con su familia discutíamos durante horas nuestros proyectos para el verano.

La escalada del espolón norte de la punta Walker estaba ya totalmente decidida y todas nuestras conversaciones giraban en torno a la célebre muralla.

El éxito de Frenod y Rébuffat nos daba una idea clara sobre la dificultad técnica de la ascensión; sabíamos ahora que no era necesario ser superhombres para triunfar, pero la excepcional permanencia que exigía esta empresa nos inquietaba mucho: tres días, dos vivacs, eso nos parecía terriblemente largo. En los Alpes, incluso cuando las condiciones son muy favorables, es imposible saber el tiempo que hará al día siguiente y, mucho menos, dos días más tarde. Lo sabíamos, en una pared tan alta y difícil como la Walker, una tormenta es infinitamente más temible que en cualquier otro recorrido del macizo del Mont Blanc. En caso de mal tiempo extremo, y después de sobrepasar la primera mitad, una cordada corre el grave riesgo de no descender viva. Además de la vía Cassin, cuyo elegante trazado permite alcanzar directamente la punta más alta de las Grandes Jorasses, ha sido abierto otro itinerario en la cara norte, pero es bastante más fácil y acaba en la punta Michel Croz, menos elevada que la Walker. En el transcurso de una tentativa de su primera ascensión, los alemanes Peters y Haringer fueron sorprendidos por una gran tempestad. Haringer resultó muerto durante el descenso y sólo después de varios días de lucha desesperada casi hasta el extremo de las fuerzas, Peters pudo llegar de nuevo a Chamonix donde ya nadie le creía vivo.

Este ejemplo y el de numerosas cordadas desaparecidas en la cara norte del Eiger, la gran rival de la Walker, nos dieron que pensar. Es verdad que aceptábamos todos los riesgos de la aventura, pero deseábamos reducirlos en la medida de lo posible. Reducir en una jornada la duración de la escalada permitiría rebajar los riesgos a la mitad y buscábamos apasionadamente cómo llegar a conseguirlo. Por supuesto, contábamos mucho con nuestra rapidez escalando, pero en alpinismo la capacidad atlética no da la solución a todos los problemas. A menudo, algunas «astucias técnicas» hacen posible lo que el mayor virtuosismo no permitiría.

Desde el primer momento nos pareció que, en las grandes ascensiones, la principal pérdida de tiempo era causada por las mochilas. Una cordada que lograra ascender normalmente, sin tener que izar en ningún momento las mochilas con la cuerda, podría reducir su horario en un veinte por ciento. Pero, ¿cómo podíamos conseguir subir el material de vivac suficiente, los víveres para tres días, las bebidas y una treintena de clavijas, y después transportarlo de manera que el peso de las mochilas, las cuales no se llevaban siempre a la espalda, no llegara a hacer muy difícil la escalada? A primera vista, parecía que encontrar la cuadratura del círculo no era más difícil que esto. Pero, al estudiar más de cerca el asunto, descubrimos que esta imposibilidad sólo era aparente y que una preparación minuciosa permitiría reducir bastante el peso de las cargas.



Pensando el material...

Habíamos pesado cada uno de los objetos que debíamos llevarnos, eliminando todo lo que no fuera indispensable, y, no sin sorpresa, resultó que con una carga de cerca de doce kilos podríamos



mantenernos durante tres días. Decidiendo a priori que la escalada solamente duraría dos días, podríamos reducir el peso dos kilos.

Ahora bien, incluso en una escalada difícil, no resulta muy grave que el segundo de cordada lleve diez kilos, porque siempre tiene posibilidades de ayudarse con la cuerda. El riesgo que correría este segundo de cordada sería fatigarse más de lo normal y, por tanto, avanzaría menos. ¿Cómo se podría disminuir aún más el peso sin aumentar la inseguridad del equipo de escaladores? Habíamos dado muchas vueltas al problema y habíamos pesado una y otra vez todos los objetos. Era indiscutible que el peso mínimo tenía que ser de diez kilos si queríamos llevar la ropa mínima para soportar sin agotarnos un vivac o dos, suficientes alimentos y bebidas para sostener nuestras fuerzas al menos durante dos días, y suficiente material de escalada para enfrentarnos a las tremendas dificultades con las que íbamos a encontrarnos.

La solución, evidente por otro lado, se impuso con fuerza. Escalar con una mochila es extremadamente molesto para el hombre que va en cabeza, aunque sólo en el caso de que la carga sea muy pesada. En cambio, un peso de tres kilos no se notaría casi nada y esta reducción sería muy importante para el segundo, que, con sólo siete kilos, podría ascender normalmente. Hoy puede parecer ridículo que hubieran podido detenernos problemas tan simples. Pero hay que ponerse en la piel de la época: el material y los víveres que se utilizaban eran mucho más pesados que los de hoy, pero sobre todo el peso de tradiciones tan antiguas como el propio alpinismo caía sobre nosotros. Lo habitual era llevar «por si acaso» más comida y material de lo que realmente era indispensable. Era frecuente arrastrar de diez a doce kilos en un recorrido clásico, y atacar la Walker con una veintena de kilogramos habría sido absolutamente normal. Se entiende que, con esos pesos, izar las mochilas en cada paso difícil se hubiera tenido que convertir en un hábito sistemático.

El problema de las cargas no era el único que nos preocupaba. Como ya he dicho, en aquella época se solía marchar con pesadas botas claveteadas que, para los pasos de escalada en roca, se sustituían por alpargatas. Aparte de que estas botas pesaban mucho para ser transportadas en escaladas como la de la Walker, en la que se alternan los pasos de roca y de hielo, los cambios de calzado hacían perder un tiempo considerable.

Sabíamos, ya antes de la guerra, que los italianos habían tenido la idea de sustituir los clavos por suelas adhesivas de caucho, que permitían trepar por las paredes rocosas más difíciles y avanzar sobre la nieve y el hielo prácticamente con la misma facilidad que con las alas de mosca o los clavos tradicionales. Incluso habíamos leído que, colocadas en un calzado ligero que se adaptase bien al pie, estas suelas Vibram permitían superar los pasos más difíciles.

Sin embargo, todavía no habíamos vuelto a la prosperidad anterior a la guerra. En Italia, al igual que en Francia, faltaban todavía muchos productos de primera necesidad y era muy difícil encontrar este artículo. De todas formas, no teníamos dinero suficiente para ir al otro lado de los Alpes a comprar este calzado.

Durante la última temporada, los alpinistas franceses habían sustituido esas suelas Vibram, que no había modo de encontrar, por fragmentos de neumático esculpidos a molde y adaptados al calzado. Aunque sobre el hielo estas suelas resbalaban, solían dar buen resultado. Las probé adaptándolas a unas botas muy pesadas, gruesas y mal ajustadas a los pies, no permitiéndome gozar

de la misma comodidad que daban las alpargatas. Me parecía que las incomodidades que sufrí no se debían tanto a estas suelas como a mis botas. Si se aplicaban a una bota ligera que sostuviera bien el pie, sería posible realizar cualquier escalada rocosa, por difícil que fuera, sin necesidad de usar clavos en los pasos nevados o en las pendientes glaciares.

Sin embargo, no se podía encontrar en el mercado ninguna buena bota ligera. Unas eran demasiado grandes, otras demasiado flexibles y otras demasiado rígidas. En ese momento intervinieron las cualidades que tenía Lachenal como zapatero. Él, partiendo de mi idea de hacer algo intermedio entre la alpargata y la bota y que pudiera usarse eficazmente en todos los terrenos, fabricó con extraordinaria habilidad dos pares de botas que se parecían muchísimo a las que actualmente utilizan todos los escaladores. Probamos este nuevo calzado ya desde el comienzo de la primavera y respondió plenamente a nuestras expectativas. En la escalada en roca, la mayor rigidez de la suela hacía posible aprovechar hasta las más mínimas asperezas del terreno y lográbamos incluso mayor agilidad que con las alpargatas.

Gracias al perfeccionamiento de la táctica y del material, empezó a germinar en nosotros la esperanza de triunfar en la escalada de la Walker con un solo vivac.

Cuando acabó el invierno, estaba sin un céntimo. De nuevo me hacía falta enfrentarme a los angustiosos problemas de la vida cotidiana. La esperanza que alimentaba en el fondo de mi corazón era ejercer como guía independiente, es decir, el auténtico oficio de guía, el que, desde la edad de oro del alpinismo, consiste en ganarse la vida acompañando por la montaña a los turistas y a los alpinistas de vacaciones en el valle.

Aunque no era nativo de la región, por un favor todavía excepcional en aquella época, fui admitido en la Compañía de Guías de Chamonix poco tiempo después de obtener mi diploma. Gracias a esta amabilidad de mis colegas autóctonos, no era insensato esperar triunfar en una profesión cerrada casi automáticamente a los chicos de las zonas llanas, pero sí se trataba de querer comprometerse con una vida incierta donde las haya.

Para entender las dificultades que debía afrontar para convertirme en guía independiente, es indispensable saber en qué consistía entonces esta profesión y también lo que era la Compañía de Guías de Chamonix. De hecho, la literatura y la prensa hablan mucho de nuestro oficio y de nuestra sociedad, célebre con toda justicia, pero poca gente sabe en qué consisten exactamente.

Fundada en 1823, la Compañía de Guías de Chamonix nació de la necesidad de agruparse de los montañeros, para poder sacar mejor partido a la costumbre tradicional de acompañar a los turistas por la montaña. Con mucha inteligencia, pensaron que una asociación bien concebida permitiría un mayor rendimiento de sus actividades y también animaría a los alpinistas en este menester, gracias a las garantías de competencia y honorabilidad que se exigían a los miembros de la compañía.

Como el diploma de guía del Estado que se expide desde hace veinte años no existía todavía, sólo eran admitidos los hombres más cualificados después de haber trabajado varios años como guías.

Más tarde, se expidió un diploma bajo el control del Gobierno civil. Se excluía a las personas calificadas como deshonestas o de mala vida; emborracharse y faltar al respeto se penaban con severas sanciones, incluso con la expulsión.

Se estableció una tarifa de los recorridos con la finalidad de evitar una competencia fratricida; se creó un fondo de ayuda para las familias de los guías desaparecidos en el ejercicio de su peligroso oficio; finalmente una oficina permitía a los nuevos clientes contactar con los profesionales, sin necesidad de recurrir a las informaciones demasiado interesadas de los hosteleros.

Esta oficina era también muy útil para los propios guías cuando, por cualquier razón, no eran contratados por alpinistas que ellos conociesen. Allí encontraban sus compromisos distribuidos «por turnos» dos veces al día.

Esta organización, social y comercial a la vez, era especialmente importante para la época y manifiesta de forma espectacular el espíritu de iniciativa y de organización, así como el sentido de la comunidad, de esta población tan apartada del mundo. Además, este ejemplo fue imitado por los montañeros de la mayoría de los valles alpinos.

La agrupación de los guías en una asociación de rígidas reglas reveló ser beneficiosa en todos los sentidos. Permitió a los profesionales del alpinismo sacar mayor partido de su oficio, ejerciéndolo con dignidad. Les evitó una competencia enconada, capaz de generar todo tipo de infamias, y, sobre todo, esta prostitución pública de la que los guías de algunos valles suizos dan espectáculo captando a los clientes por la calle, exactamente igual que las «respetables» de Pigalle.

Sin constituir una asociación de santos y de angelitos, como quería hacer creer la literatura folclórica de gran tirada, concedió un espíritu corporativo y un amor por su trabajo, incluso una conciencia de su grandeza, que ha permitido elevar hasta un nivel muy alto su ética y sus cualidades técnicas. Es evidente que, gracias a estas virtudes, los guías de Chamonix han podido asegurar con éxito, en ocasiones dando prueba de una abnegación y una valentía heroicas, el salvamento de los alpinistas accidentados en el macizo.

Esta organización ha permitido igualmente la construcción de refugios como el de la Charpoua, el acondicionamiento de senderos y la colocación de cables en los pasajes muy frecuentados, que habrían resultado peligrosos sin estas instalaciones.



La Compañía surgió por la necesidad de agruparse de los montañeros.

Es una cosa rara que esta institución de más de un siglo de antigüedad haya resistido victoriosamente el paso del tiempo. Ha conseguido adaptarse progresivamente a la evolución del alpinismo tanto en el plano técnico como comercial.

Es verdad que los problemas no se han solucionado siempre sin crisis y, a veces, ha pasado que la compañía estaba un poco atrasada para su época. Como todas las instituciones humanas, no podía ser perfecta. Pero, salvo por algunos detalles, nunca ha dejado de ser una organización eficaz, procurando a sus miembros enormes ventajas y dando preciados servicios a la causa del alpinismo.

En el valle de Chamonix, conseguir subsistir en el oficio de guía sin pertenecer a la compañía es una empresa condenada casi fatalmente al fracaso. Muchos muchachos llegados de tierras más bajas, que, como yo, se hicieron guías por idealismo, intentaron esta experiencia. Pero salvo dos que conozco, ninguno lo ha conseguido y, después de varios años, aún no han sido completamente admitidos en el círculo de la familia.

Una de las antiguas tradiciones de la sociedad era no admitir en su seno más que hombres nacidos en el valle y hasta la última guerra sólo dos excepciones han confirmado la regla. Desde 1945, como el número de autóctonos que deseaban consagrar su vida al oficio de guía era sensiblemente bajo, se tomó el hábito de aceptar a muchachos de cualquier capacitación profesional y moral mientras estuvieran profundamente unidos al valle, bien por haberse casado con muchachas de la región, bien porque tenían propiedades y estaban censados en el municipio desde hacía varias años.

Fue así como, después de la guerra, una veintena de muchachos que no eran chamoniardos se convirtieron en guías de Chamonix. Fui uno de los primeros en beneficiarme de esta excepción y fue gracias a ella por lo que en 1946 pude esperar ganarme la vida como profesional de la montaña, sin estar obligado a convertirme en un asalariado del ejército, de la U. N. C. M. o de cualquier otro organismo.

En esta época, yo era un joven entusiasta provisto de un título de guía, que tenía tras de sí una larga lista de grandes ascensiones realizadas «como aficionado», y mis servicios como monitor en las colectividades me habían dado una sólida experiencia profesional.

Mis éxitos sobre algunas de las últimas paredes vírgenes y mis repeticiones de itinerarios entonces famosos me dieron a conocer a la camarilla de alpinistas de vanguardia, pero mi reputación no salía de este pequeño círculo. A pesar de mi capacidad, era demasiado joven y demasiado poco conocido para encontrar, en mis comienzos en el oficio, suficientes clientes para subsistir. Sólo gracias a los «turnos» de la Oficina de Guías pude tener suficiente trabajo para mantenerme hasta el día en que consiguiese formar mi propia clientela.

Es justo decir que la profesión de guía independiente es, por esencia, difícil e incierta. A veces, lo más frecuente es que sea un trabajo complementario que se añade, durante el verano, a los de campesino u obrero. Incluso cuando se completa con clases de esquí, esta profesión da mal de comer y eso era todavía más acusado en 1946 que en la actualidad. Además, está sometida a numerosos sucesos aleatorios y, sin hablar de los accidentes graves, un largo periodo de mal tiempo, o incluso un simple esguince, te pueden dejar a las puertas de la miseria.

Querer seguir esta carrera cuando no se tiene una tradición familiar exige una valentía rayana en la inconsciencia, y sólo un gran amor por la montaña y una salvaje pasión por la independencia pueden motivar tal elección. A pesar de todo, iba a lanzarme a esta vía llena de obstáculos, hasta que René Beckert, el director de la Escuela Nacional de Esquí y de Alpinismo, me ofreció una plaza como instructor en su establecimiento.

Esta escuela, que luego no ha hecho más que prosperar, es una institución del Estado cuya finalidad principal es la formación de los instructores de esquí y de los guías de montaña. De una forma más accesoria, se esfuerza por promover el esquí y el alpinismo con todos los medios a su alcance: cursos de entrenamiento y de perfeccionamiento para los mejores atletas, cursos de información para todo tipo de personalidades que se interesen por estos deportes, e incluso publicación de manuales, realización de películas, etcétera. Salvando las distancias, es una especie de universidad de los deportes de montaña. Los instructores de la E. N. S. A. son, en principio, reclutados de entre los mejores esquiadores y guías, y el trabajo que se les pide, sin ser necesariamente muy difícil, exige iniciativa y dinamismo. Cuando se comprende del todo, este oficio puede ser apasionante.

En aquella época, la E. N. S. A. era todavía un organismo muy joven donde casi todo estaba por crearse. Reinaba un ambiente dinámico y durante los periodos de cursos la actividad tenía un carácter intensivo. Cuando hacía bueno, las ascensiones se sucedían sin descanso; por el contrario, entre cada curso, cuatro o cinco días de total libertad permitían a los instructores bien incrementar su salario acompañando a algunos clientes personales, bien realizar grandes ascensiones por puro

placer. La proposición de Beckert era extremadamente seductora pues, además de que alimentaba una vanidad de la que, como todos los hombres, yo no carezco, me aseguraba un trabajo interesante y bien remunerado, dejándome bastante libertad para poder realizar las escaladas de gran envergadura con las que soñaba y, ante todo, la Walker. Finalmente, como argumento decisivo, el monitor-jefe era mi amigo André Tournier, del que ya pude apreciar en J. M. sus cualidades profesionales y su abundancia de ideas. Con un hombre como éste estaba seguro de que no estaría expuesto a la imposición de un jefe tiránico o incapaz. Por fin, me dejé tentar por tan enorme número de ventajas y entré como instructor en la E. N. S. A. Todos los problemas desaparecieron y mi vida se convirtió en un encanto perpetuo.

Por su parte, Lachenal había encontrado un trabajo interesante como instructor en un gran organismo del Estado: el Colegio Nacional de Esquí y de Alpinismo, llamado más comúnmente Colegio de los Praz, por el nombre de la aldea cercana a Chamonix en la que estaba instalado. Esta institución, que se fusionó más tarde con la E. N. S. A., perseguía unos fines parecidos a ésta, pero los instructores que lo formaban estaban destinados al marco de la U. N. C. M. y de las diversas asociaciones de esquí y de alpinismo populares que se habían creado después de la guerra. Los cursillos eran más largos que los de la Escuela Nacional y la instrucción general y la formación pedagógica eran especialmente importantes. A la cabeza de esta institución estaba un hombre muy conocido por su dinamismo, su inteligencia, sus cualidades como organizador y su valor como alpinista. Era Jean Franco, el líder del grupo de escaladores de Niza que me había adelantado en la cara norte de los Drus. De ahí en adelante, Franco desempeñó un papel muy importante en la historia del alpinismo francés tanto por sus logros en los Alpes como por su brillante dirección de la expedición francesa al Makalu que, en 1955, consiguió la primera ascensión de este gigante de 8500 metros. Gracias a su fuerte personalidad y al valor de los instructores de los cuales se rodeó, Franco dio a su «colegio» un impulso importante, y esta organización sobrepasó ampliamente el papel un poco menor para el que parecía destinada, convirtiéndose en una verdadera academia del gran alpinismo, cuyo resplandor marcó con energía los años de posguerra.

En el Colegio de los Praz, Lachenal había encontrado posibilidades de entrenamiento y las condiciones psicológicas adecuadas para desarrollar sus cualidades de alpinista e, incluso, su personalidad. Progresó muy deprisa y pronto se hizo evidente su excepcional clase.

Aunque cada uno trabajábamos en un lugar diferente, proseguíamos con energía nuestra preparación de la ascensión de la Walker. Durante la semana, las sesiones en la escuela de escalada y los numerosos grandes recorridos que realizábamos como instructores, contribuían a darnos un buen entrenamiento general e incluso una resistencia y una capacidad respiratoria poco comunes. Además, cada domingo nos encontrábamos para comprobar nuestro estado de forma realizando recorridos difíciles o de gran envergadura. Desafortunadamente, el tiempo no era favorable y en cada salida debíamos conformarnos con ascensiones mediocres, o batirnos en retirada bajo violentas tormentas. Llegamos a julio sin haber hecho todavía nada serio. Y para mayor desgracia, es difícil conducir varios carros a la vez: trabajar como guía y hacer montaña como aficionado. Lo habíamos valorado y pudimos comprobar durante esta temporada de 1946 que realizar una gran ascensión es más fácil

para un grupo de aficionados que dispongan de vacaciones y no tengan otra preocupación que prepararse y esperar el día propicio, que para dos guías alejados el uno del otro y que no paran de moverse. Para nosotros, que cada uno estaba ligado a una escuela de alpinismo diferente, la cosa se complicaba todavía más. Debíamos encontrar algunos días libres en común, lo que no era muy fácil. Además, teníamos que tener la suerte de que estos coincidiesen con un periodo de buen tiempo.

Intentamos hacer en cuatro ocasiones un recorrido serio como entrenamiento, pero la lluvia nos detenía una y otra vez. El mes de agosto llegaba y aunque los recorridos clásicos nos habían puesto en buena forma física, todavía no estábamos entrenados para la escalada difícil. El tiempo inestable y el mal estado de la pared se prolongaban, nuestra moral empezaba a decaer y la Walker empezaba a ocupar menos espacio en nuestras conversaciones.

El 3 de agosto, cuando un periodo de viento cálido había transformado bruscamente las condiciones, cuatro de los mejores alpinistas de París, animados por Pierre Allain, subieron al refugio de Leschaux. Sin embargo, nosotros, moralmente deshechos y físicamente agotados por demasiadas escaladas, no tratamos de seguirles. Como todavía no era posible hacer el intento de la Walker, dirigimos nuestros esfuerzos hacia un objetivo que estaba más a nuestro alcance: el espolón norte de las Droites. La ascensión de este pico, casi tan elevado como la Walker, sólo había sido realizada tres veces, y ninguna cordada había conseguido hacerla en una jornada. Gracias a unas condiciones climatológicas muy favorables y a una preparación física excelente, logramos pisar la cima al cabo de ocho horas. Desde allí, impulsados por la alegría del éxito, sólo necesitamos una hora para llegar al refugio del Couvercle.

Sin embargo, nuestro brillante triunfo de las Droites no nos subió la moral, por lo que decidimos utilizar los días que nos quedaban para ganar algún dinero adicional.

Cuando los parisinos, después de su maravilloso éxito, me relataron su expedición, mis ideas sobre la escalada cambiaron un poco. Entonces me convencí de que era posible no tener que hacer vivac hasta pocas horas antes de llegar a la cumbre, y quizá, incluso, no tener ni siquiera que hacerlo. Estas perspectivas empezaron a reavivar mi agonizante llama. Las palabras de mi mujer hicieron el resto, porque ella tenía tal confianza en mi talento como alpinista que no dudaba ni un instante de mis posibilidades de lograr fácilmente el éxito. Además, en lugar de retenerme como lo hizo posteriormente, me incitaba para que me decidiera a partir.

En aquel momento, yo tenía una semana de vacaciones y telefoneé al Montanvers para citar a Lachenal. Por desgracia, mi compañero no iba a estar libre hasta el jueves a mediodía. Preparé las cargas cuidadosamente. Tal como habíamos previsto desde hacía tiempo y para poder realizar la escalada sin desprendernos de la mochila, íbamos a llevar dos cargas: el líder, una de tres kilos, y el segundo, una de siete a ocho kilos. El jueves encontré a Lachenal fatigado, y con razón: aquel mismo día había realizado la Charmoz-Grépon, y la víspera la Blaitière-Ciseaux-Fou. A pesar de mi impaciencia, tuve que ceder y admitir que necesitaba un día de descanso; un día de retraso que, por poco, tuvo consecuencias fatales. Por la tarde, el tiempo empezó a inquietarnos, aunque a la mañana siguiente el cielo estaba de nuevo sereno. La subida hasta Leschaux, que realizamos el viernes, la hicimos con buen sol y en una atmósfera de confianza y de tremenda alegría. Nos deteníamos con frecuencia para admirar tranquilamente el impresionante muro que, en aquel día luminoso, parecía

más bello que nunca. Por fin nuestro sueño se haría realidad y viviríamos esta gran aventura que con tanto ardor habíamos deseado y que tan minuciosamente habíamos preparado. Los dos pensábamos que ese pico llegaría a ser nuestro y que lograríamos conquistar aquella pared orgullosa y salvaje que desde hacía muchos años nos provocaba, insolentemente, desde todos los puntos del horizonte, persiguiéndonos como un remordimiento. ¡Qué bella es la vida cuando la montaña brilla bajo el sol y nos sonrío la suerte!

Hacia el atardecer, el tiempo volvió a estropearse; pero los días anteriores había pasado lo mismo y, cuando nos acostamos, lo hicimos con una inquietud matizada por la esperanza. Por primera vez en mi vida, dormí muy mal la noche anterior a una escalada. Lo que sentía no era exactamente miedo, sino una ansiedad semejante a la del jugador que hubiera apostado a un número toda su fortuna. No podía analizar nada; no podía pensar en los peligros ni tampoco en las alegrías. Impacientemente, veía pasar el tiempo y me preguntaba cómo acabarían, al final, los dados.

A la una de la madrugada, la partida parecía empezar mal. El cielo estaba negro como la tinta, pero no habíamos perdido aún todas las esperanzas. En muchas ocasiones, habíamos visto como el viento se llevaba las nubes muy poco antes de amanecer. A las dos y media, todo seguía igual. La impaciencia nos hizo perder la cabeza y nuestra decepción estalló en forma de blasfemias. Hay que abandonar las escaladas de aficionado y, mientras, irse a dormir. Pero aún nos quedaba moral. No nos resignábamos a creer que toda nuestra preparación, realizada con un fervor casi religioso, que todos nuestros sacrificios, nuestros sueños y nuestros deseos se iban a quedar reducidos a nada. A las tres y cuarto, la suerte cambió: la temperatura seguía siendo baja, pero empezaron a brillar algunas estrellas en numerosos rincones del cielo. Entonces partimos sin perder tiempo y marchamos a gran velocidad, pensando sólo en recuperar el tiempo perdido. Cuando llegamos a la pared, ya amanecía. El tiempo seguía haciéndonos dudar. Veíamos al norte y al oeste un cielo muy azul, pero seguía sin helar y unas grandes y antipáticas nubes rodeaban nuestra montaña. ¿Qué podíamos hacer? ¿Renunciar? Pensamos que si este tiempo se mantenía y nosotros renunciábamos, luego lo lamentaríamos muchísimo, porque ya no podríamos alcanzar la punta Walker ese año. Faltaba sólo una semana para volver al trabajo. Además, quizá perderíamos esta escalada para siempre, pues nunca se sabe lo que reserva el futuro. Sin embargo, si decidíamos subir, nos arriesgábamos a que cambiara el tiempo y a que la tormenta nos sorprendiera en mitad de la escalada, y esa sería una imprudencia que podría costarnos muy cara. Al final, decidimos no hacer ni una cosa ni la otra. Empezaríamos por escalar hasta un paso conocido con el nombre de Péndulo y, si hasta entonces el cielo seguía sin aclararse, esperaríamos al día siguiente para franquearlo, suponiendo que hiciera buen tiempo.

A las cinco y diez pasé la rimaya del glaciar, con tres cuartos de hora de retraso sobre el horario previsto. A continuación, nuestro avance, por un terreno más fácil, fue mucho más rápido. Llegamos al diedro de treinta metros mucho antes de lo que habíamos pensado. En este muro vertical, con pocos puntos de sujeción que, además, estaban mal dispuestos, mi actuación no fue precisamente brillante. Lamenté mucho mi falta de entrenamiento y los calambres que notaba en las pantorrillas y los brazos me molestaban tanto que me veía obligado a descansar bastante en cada una de las clavijas que colocaba. Cuando, después de una hora y media de avance laborioso, llegué por fin al



final de este paso, me sentí totalmente desmoralizado. Llegué a proponerle a mi compañero retirarnos, alegando que no teníamos ni la categoría ni el entrenamiento necesarios para semejante escalada. Lachenal, más optimista, me contestó que solía costarme bastante entrar en calor, que este tramo era, en principio, el más duro, y que la escalada exterior de una pared vertical nunca había sido mi especialidad. La fuerza de sus argumentos y el calor con que los expuso fueron tales que al final decidí seguir adelante.

A pesar de una pequeña confusión en el itinerario y gracias a que el terreno se hizo más fácil alcanzamos rápidamente el famoso diedro de noventa metros. Su aspecto me pareció casi acogedor: era muy alto y formaba un ángulo recto, pero en casi ningún momento ascendía en vertical. Por otro lado, una delgada fisura que lo recorría verticalmente nos aseguraba la posibilidad de superarlo. Mi buena impresión se confirmó en el primer largo de cuerda. Tras unos minutos de bella escalada en roca, llegué al primer punto de reunión, que pronto alcanzó igualmente Lachenal. Era un terreno muy adecuado a mis posibilidades y abordé el segundo largo de cuerda con mucha mayor confianza. Al llegar aproximadamente a la mitad, nos encontramos con un pequeño resalte extraplomado que exigió la colocación de un estribo y de una clavija en una posición difícil, pero, para entonces, ya iba a buen ritmo y no me costó mucho superar esta dificultad. El tercer largo de cuerda, que era el de mayor pendiente y el más bello, lo escalamos con entusiasmo, como si se tratara de una carrera. Al cabo de una hora, los dos habíamos logrado franquear el paso. La belleza de esta escalada y la alegre vanidad por el éxito obtenido nos pusieron literalmente en trance. Continuamos a tal ritmo que a las once de la mañana habíamos llegado ya al paso del Péndulo. Mientras hacía mis preparativos, le hice notar a Lachenal que el tiempo no había cambiado y que seguramente no lo haría en todo el día. Pero añadí que no debíamos confiar en que hiciese bueno al día siguiente. Por tanto, era absolutamente necesario llegar aquella misma noche al segundo vivac Frenco-Rébuffat, desde donde, según Guy Poulet, era posible salir incluso si hacía mal tiempo. Lachenal, con su habitual optimismo, me respondió que, al ritmo que avanzábamos, aquello estaba hecho, que íbamos adelantados sobre nuestros horarios más optimistas y que no desechaba la posibilidad de dormir esa misma noche en la cabaña de las Jorasses.

Maniobrábamos muy mal para franquear el Péndulo. Nuestras cuerdas se enrollaron tanto que nos hizo falta más de media hora para desliarlas. La operación, salpicada con palabras reprobadas por la gente y el clero, se desarrolló en un terreno tan poco propicio a las manifestaciones exteriores del mal humor que, para llevarla a buen término, tuvimos que anclarnos a un pitón. Al final, después de haber perdido tres cuartos de hora, sólo quedaba tirar la cuerda que nos unía todavía al mundo. Si hubiéramos realizado esta acción, la retirada habría sido un grave problema, incluso algo sin solución. Era tiempo de buscar entre la prudencia estéril y una audacia que generase el éxito o la catástrofe. Mi elección estaba hecha. Pero, lleno de escrúpulos, me volví hacia mi compañero y le dije con poco énfasis:

—¿Te lo has pensado bien?

A pesar de la respuesta afirmativa, dudé un instante; luego, expulsando lejos de mí cualquier sentimiento que me ablandase, lancé los dados.

A mediodía llegamos al primer vivac Frenco-Rébuffat. A partir de aquel momento, nos pareció

imposible continuar el itinerario. No éramos de los que se asustaban por nada, pero aquella vez la dificultad era excesiva. Quedaba solamente una pared compacta y, lejos, el cielo. A unos metros de distancia de donde estábamos, una clavija adornada con un mosquetón parecía señalar la frontera de lo posible. Llegué a ella con dificultad y después traté, sin éxito, de hacer una travesía a la izquierda. Finalmente, tras esfuerzos inauditos y tras haber estado a punto de despeñarme, logré superar el muro desplomado que me dominaba, recuperando el equilibrio gracias a una delgada cornisa inclinada en la que logré poner una clavija. Pero aquello no me enorgulleció, porque seguía sin encontrar una solución. Por último, al examinar la pared ligeramente desplomada que se elevaba sobre mi cabeza, se me ocurrió que quizá, con un poco de audacia, sería posible subir. Allain me había hablado de la enorme dificultad que representaba cierto muro. Sin duda, se trataba de éste. Subí a Lachenal hasta el mosquetón y, a continuación y sin dudarlo, ascendí con el cuerpo inclinado hacia un vacío absoluto. No sentí ningún miedo, sino la maravillosa sensación de haberme liberado de la ley de la gravedad. Plenamente relajado, escalé con una facilidad sorprendente aferrándome confiado a los pequeños puntos de sujeción. Mientras realizaba aquel esfuerzo, no veía lo patético de mi situación. No hacía más que decirme a mí mismo: «Si me soltara, las cuerdas se romperían e iría a parar directamente cuatrocientos metros más abajo». Pensaba esto como si no se tratara de mí, sino de un objeto carente de valor. En aquel momento, dejé de ser el hombre de siempre; el hombre que está ligado a la tierra por mil vínculos y que es incapaz de dominar sus terrores y fatigas, a no ser con su fuerza de voluntad. Perdí mi personalidad y se rompieron todos los lazos que me ataban al mundo. No tenía miedo ni estaba cansado. Me sentía flotar en el aire. Me creía invencible. Pensaba que nada podía detenerme. Había llegado a esa embriaguez, a esa desmaterialización que el esquiador busca en la nieve, el aviador en el cielo y el campeón de saltos en el trampolín. Después de llevar quince metros haciendo acrobacias, logré detenerme y colocar una clavija. Entonces me di cuenta de que ni siquiera un ángel podría subir por una pared que no tuviera rugosidades ni fisuras, y allí no había nada donde agarrarse; aunque esto sólo era un error de apreciación. A mi izquierda, vi unos minúsculos puntos de sujeción que me hicieron pensar en llevar a cabo una travesía digna de un campeón de Baviera como Dülfer. Dicho y hecho. Di algunas explicaciones a Lachenal que, allá abajo, entre mis piernas, me miraba algo inquieto. Más tarde, pegado a la roca con la cuerda tensa que se iba soltando lentamente, desafiando las leyes del equilibrio, logré pasar aun cuando los puntos de apoyo eran muy pequeños. Por fin, atrapé una presa muy buena: tras rodear una pequeña arista, milagrosamente me encontré una plataforma tan ancha como una silla, y, al cabo de unos metros de ascensión, una clavija. Subí hasta ella, pasé las cuerdas y volví a descender. Lachenal escaló rápidamente hasta llegar a la travesía, dudó unos instantes y se lanzó con un péndulo hacia donde yo estaba. Algo inquietos, comprobamos el estado del tiempo. El horizonte seguía despejado, pero las nubes, que formaban una especie de capuchón alrededor de nuestra montaña, habían aumentado y se acercaban hacia nosotros inquietantemente. ¡Debíamos darnos prisa...!

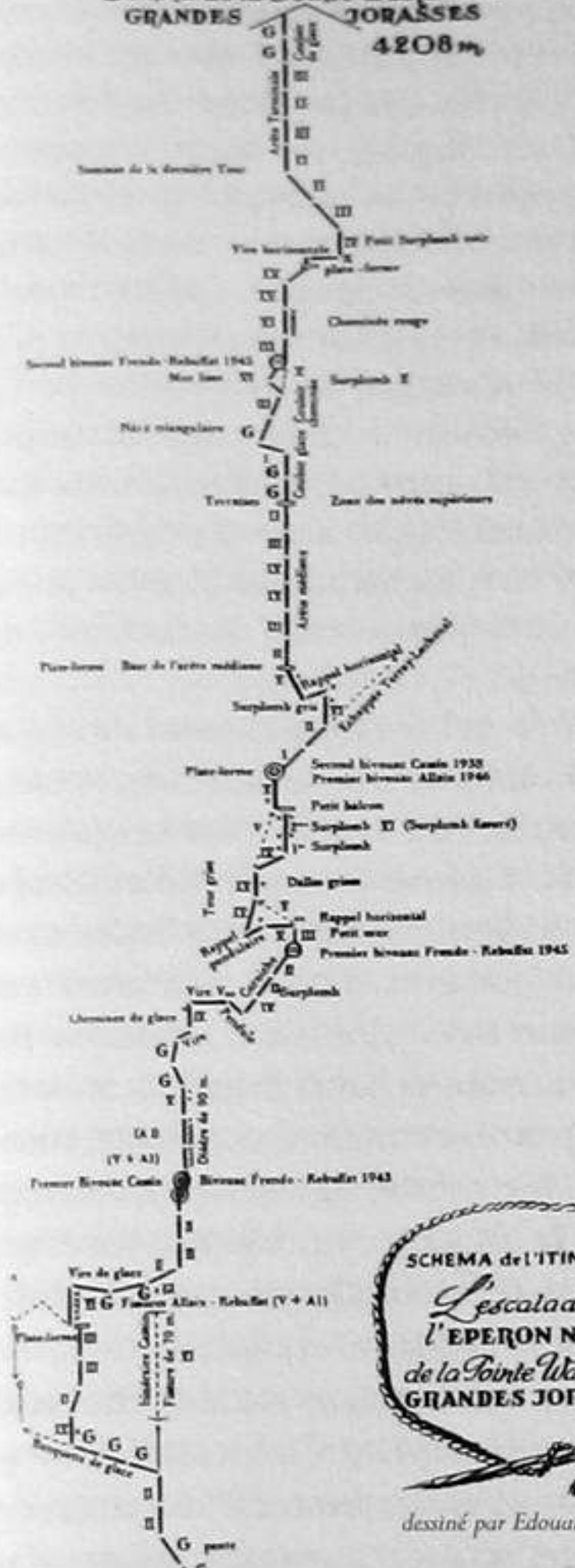
Seguimos por un sistema de placas cortadas por muros que iban de izquierda a derecha y permitían rodear la insuperable muralla defensiva de aquella torre gris. La roca era magnífica, y las dificultades importantes y continuas, aunque no llegaron a ser extremas. Escalaba como jamás lo había hecho: a gran velocidad, sin dudar un instante y sin un solo error. Mis manos parecían adivinar

cuáles eran los puntos donde podían aferrarse. Nuestra ascensión se parecía más a una danza que a una escalada difícil. A las tres de la tarde, llegamos por fin al vivac Allain que, con sus dos metros de anchura, parecía una avenida y contrastaba con las escasas y estrechas cornisas que hasta aquel momento habíamos encontrado.

Decidimos aprovechar esta comodidad inusitada para comer un poco, comentando los acontecimientos. El atento examen del horario de la cordada parisina nos mostraba de forma lógica que al ritmo que íbamos era posible llegar muy alto antes de la noche, podría ser que incluso hasta la cumbre. De hecho, teníamos cinco horas por delante y Allain, cuya energía era netamente menor que la nuestra, recorrió en ese tiempo los dos tercios del camino que nos separaba de la cima. Desafortunadamente, en ese momento nos envolvía una niebla opaca que reducía nuestra visibilidad y, como colmo de la mala suerte, empezaba a granizar con fuerza. Nos dimos cuenta de que estábamos metidos en una ratonera. ¿Qué hacer? ¿Bajarnos? La cosa parecía casi imposible sobre estas inmensas placas donde la escalada se desarrolla en diagonal; y, además, ¿cómo remontaríamos el Péndulo en sentido inverso? No, saldríamos por arriba. Estaríamos en el segundo vivac Frendo-Rébuffat antes que el mal tiempo y, desde allí, más pronto o más tarde, acabaríamos por pasar.

En el croquis que me había dado Guy Poulet, la única indicación que había y que estaba a la derecha, decía: «losas fracturadas». Examinando lo que la niebla nos dejaba adivinar, deduje que dicha indicación se refería a las lajas que había a nuestra derecha. Ni por un momento se me ocurrió la idea de escalar la pared que estaba sobre nosotros: su inclinación superaba la verticalidad y caía hacia atrás peligrosamente. Gracias a dos difíciles largos de cuerda que hicimos hacia la derecha, conseguimos llegar a una zona de fisuras recortadas por unas inmensas placas negras. Estas fisuras eran difíciles de atravesar y tuve que esforzarme mucho, pero me encontraba en plena forma. Nos elevábamos penosamente tratando de regresar al lado izquierdo, aunque una y otra vez nos veíamos rechazados hacia el otro lado. La situación era cada vez más inquietante, teniendo en cuenta, sobre todo, que en el croquis no se señalaban tales dificultades. Después de varios largos de cuerda, fuimos a parar a una losa completamente lisa. ¡Era imposible subir más! Estábamos de muy mal humor. No había más remedio que descender, a pesar de que aquello supondría una tremenda pérdida de tiempo. Por otro lado, nos preguntábamos si no habría otro camino. Bruscamente, la niebla desapareció y vimos a nuestra derecha un *couloir* que parecía relativamente fácil. En un momento, vi la solución: seguir por aquel *couloir* y regresar por ese camino a la zona de los neveros que cruza la parte superior de la muralla. Mediante un rápel pendular llegamos al corredor, que presentó más dificultades de lo que habíamos imaginado. La inclinación era casi de sesenta grados. Y la roca era tan compacta que resultaba casi imposible colocar las clavijas; por su estructura parecía una pizarra que tuviera los puntos de sujeción invertidos, pequeños y con tendencia a romperse. Sin embargo, había que subir y teníamos que hacerlo deprisa, por lo que no hubo más remedio que realizar acrobacias sobre aquel terreno tan inseguro. Avanzábamos, pero las manecillas del reloj corrían más que nosotros.

*Sommet de la Pointe Walker des*  
**GRANDES JORASSES**  
 4208 m



SCHEMA de l'ITINERAIRE  
*L'escalade de*  
*l'EPERON NORD*  
*de la Pointe Walker des*  
**GRANDES JORASSES**

*dessiné par Edouard Fremdo*

Al añadirse el crepúsculo a la niebla apenas veíamos a una distancia de uno o dos metros. Empecé a temer que la noche nos sorprendiera en aquel corredor y que tuviéramos que permanecer allí aferrados a unas superficies que no tenían ni un centímetro cuadrado, no pudiéndonos anclar siquiera a un pitón. Por un instante, el «jovencito del futuro» de Samivel pasó delante de mis ojos, pero mi sangre tenía todavía mucha fuerza, mi energía estaba aún demasiado intacta para que me abatiese la desesperación. Desafiando todas las leyes de la prudencia, escalaba a una velocidad loca. Mi compañero me seguía como una sombra, llena de unión y de calma. Por fin, la pendiente disminuyó. A nuestra derecha, una delgada arista de nieve sucedía al muro compacto que atravesábamos. Nos dimos cuenta de que el corredor era doble y que los dos ramales se unían aquí, formando la arista providencial que nos daría seguridad. Sin embargo, nuestra alegría era moderada, pues la perspectiva de pasar la noche sentados en la nieve mientras se fundía nos gustaba poco. Esta desagradable experiencia ya la habíamos vivido en otros lugares. A la derecha de la arista, había una roca tan grande como la cabeza de un hombre, y pensé que nos podría servir de plataforma a falta de otra cosa. Cuando quitamos la nieve que había donde estábamos, encontramos una fisura sobre la que colocamos sólidamente una clavija y después, a costa de muchos esfuerzos, conseguimos arrancar una piedra que, astutamente colocada, duplicó la superficie de nuestro palacio. ¡Ahora medía cuarenta por treinta centímetros! Nos dispusimos a preparar el material para el vivac: chaquetas de pluma y anoraks impermeables. Además, Lachenal contaba con un pie de elefante, que yo traté de sustituir por unos calcetines que me puse sobre las botas, metiendo después los pies dentro de la mochila.

Apenas nos habíamos instalado, se desencadenó una violenta tormenta que dejó caer sobre la montaña un granizo de gran tamaño. Caía con tanta fuerza que no tuvimos más remedio que protegernos las cabezas con las manos. Por suerte, este granizo sólo duró unos minutos. Aproveché esta circunstancia para arrojarme sobre los alimentos y me puse a comer con voracidad tocino, mantequilla, queso, ovomaltina y frutos secos. En cambio, Lachenal no tenía hambre y le obligué a que comiera un poco para recuperar fuerzas. A ambos lados de la arista en la que nos encontrábamos corrían verdaderos torrentes de granizo. Afortunadamente, estábamos lejos del curso de esa corriente. Sin embargo, teníamos que limpiar constantemente el granizo que se acumulaba a nuestras espaldas, porque de lo contrario corríamos el peligro de que nos empujara hacia el vacío. La noche iba pasando, a pesar de la tormenta, a pesar del granizo que seguía cayendo ininterrumpidamente y a pesar de estar en una posición casi insoportable, cramponeándonos el uno al otro, sentados sobre una nalga y con los pies columpiándose en el vacío.

Alternábamos cantos de todo tipo y discusiones sobre cómo saldríamos de allí. Yo sostenía que la situación no era desesperada, que una buena tormenta purga a menudo el tiempo y que podría ser que al día siguiente hiciera bueno.

Lachenal, pensaba que no estábamos muy lejos de la cima y que tal vez podríamos ser rescatados desde arriba. Aunque encontrábamos angustiosa la situación, había algo que nos decía que

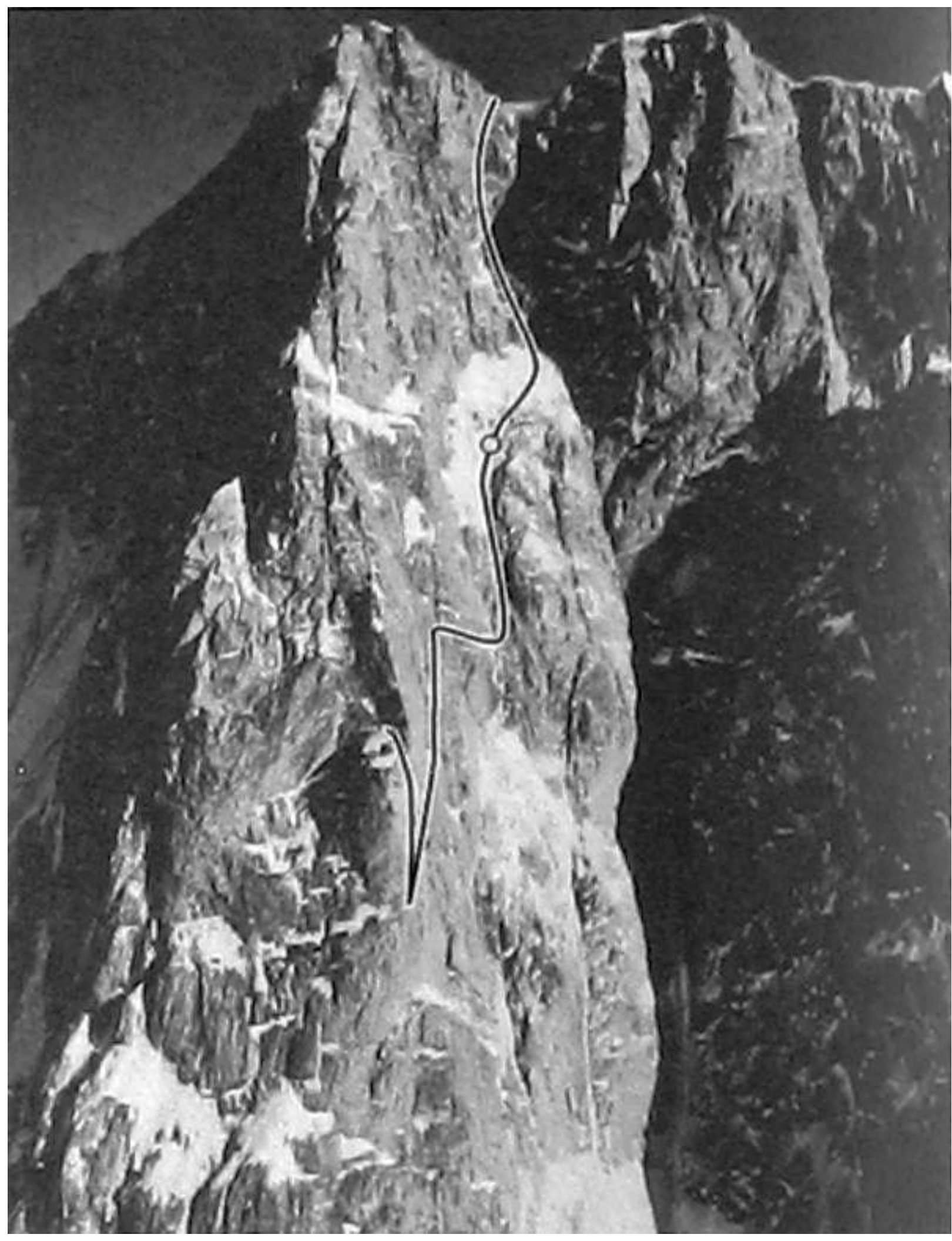
saldríamos de ella. Estábamos casi alegres y no llegamos a dejamos invadir por pensamientos negativos. Creo, incluso, que el amor por la aventura es tan fuerte en mí que en mi fuero interno no estaba descontento de encontrarme en una situación tan excepcional.

Cuando, hacia el amanecer, disminuyó por fin la tormenta, a pesar de que el frío era intensísimo, acabamos por quedarnos medio dormidos. Ya de día, nos encontramos con un panorama sombrío y glacial, pudiendo contemplar la situación bajo su aspecto más dramático. La niebla, que lo envolvía todo y que deformaba las perspectivas, nos impedía determinar nuestra posición. No podíamos hacer ni siquiera un cálculo aproximado. La parte de *couloir* que aún debíamos atravesar era tan difícil como la que habíamos superado el día anterior. Además, el granizo se había acumulado sobre la roca y el intenso frío de la mañana había llegado a soldarlo todo, formando un caparazón de hielo. Ya en los primeros metros nos dimos cuenta de que era imposible subir con las suelas Vibram. Por suerte, siguiendo los consejos de P. Allain, yo había traído un par de crampones. Lo único que podíamos hacer era escalar por las lajas con los crampones, tratando siempre de desviarnos hacia la izquierda hasta encontrar de nuevo el camino. Sin abandonar el equipo de vivac, me entregué a esta tarea con la energía que da la desesperación. Aunque la noche había sido muy dura, me encontraba en buena forma. Inmediatamente, la escalada se mostró muy difícil y peligrosa. Me sostenía únicamente apoyándome en las puntas de los crampones, que colocaba sobre superficies minúsculas. Las manos, agarrotadas por el frío, descubrían doloridas los puntos de sujeción y las fisuras necesarias para el ascenso. Los pitones no se introducían nunca más de un centímetro y quedaban tan mal que a veces Lachenal podía sacarlos con la mano. Nuestra progresión era como una continua carrera de fuerza. Tenía que emplearme a fondo a cada instante y, a duras penas, ayudaba a mi compañero a conservar el equilibrio que, frecuentemente, estaba a punto de perder debido a que sus suelas de caucho resbalaban. Sólo logramos superar esta fase de la escalada gracias a que Lachenal era un escalador de gran categoría, porque si se hubiera caído, yo no habría podido sostenerle.

A pesar de todos mis esfuerzos, no llegué a atravesar hacia la izquierda. Me vi incluso obligado a alcanzar una pendiente de hielo vivo que estaba a la derecha y que remontamos tallando pequeñas muescas. Sólo me obsesionaba una idea: pasar y deprisa, porque si nevaba estaríamos perdidos. Esta concentración me dio la fuerza y la valentía necesarias para vencer obstáculos que en otro tiempo ni siquiera hubiera osado abordar. Tuve un poco la misma impresión que el día en que, en medio de una avalancha, nadaba desesperadamente por volver a la superficie. La misma increíble energía multiplicó mis fuerzas; la misma serenidad me permitió juzgar la situación exactamente, sin verme influenciado por su carácter dramático. Sabiendo que, probablemente, sería imposible que nos bajásemos, me dejé guiar por el terreno, más curioso que inquieto.

Por fin, fuimos a parar a un muro vertical cortado por una gran chimenea. Como el fragmento que conseguíamos ver nos pareció que permitiría la escalada, nos metimos dentro de esa falla. Aprovechando la seguridad de aquella posición, lanzamos una mirada a nuestras espaldas. La niebla se despejó un poco y pudimos juzgar nuestro error y grabar en nuestra mente una imagen de aquel mundo fantástico que acabábamos de atravesar. La escalada continuó, siempre con la misma desesperación. Nos esperaban unas chimeneas extraplomadas, que estaban situadas entre rocas, a veces inestables, y entre pequeños *couloirs* de aspecto engañosamente bonachón. Las chimeneas se

ensanchaban desagradablemente y exigían grandes esfuerzos. La dificultad era tal que, en muchos momentos, tuvimos que recurrir a la escalada artificial. La roca estaba muy erosionada y, nuevamente, las clavijas se sostenían muy mal. En algunos tramos necesitamos hasta media hora para avanzar unos pocos metros. En esos pasos, la situación de Lachenal estaba lejos de ser envidiable. Constantemente corría el riesgo de ser arrollado por las piedras que, pese a todos mis esfuerzos, yo iba desprendiendo a mi paso. Su prodigiosa destreza le permitió evitarlas, pero una de ellas —de dos puños de tamaño— le dio en la cabeza y milagrosamente no se quedó sin sentido. A veces, tuvo que estar una hora aferrado por la cintura a una clavija, roto por los calambres y privado del calor físico y moral que el ardor de la lucha concede al líder. En este papel oscuro y heroico, su comportamiento fue admirable: temblando de frío, evitando las piedras, sonriente y jovial, me animaba siempre y hablaba sin cesar de una «comilona» que íbamos a darnos muy pronto.





Tras cada desplome tengo la esperanza de encontrar de nuevo una zona fácil, pero mi esperanza se desvanece sin cesar. Me encuentro con una especie de placas con presas pequeñas que se rompen, cubiertas de granizo y de verglás. Debo acometer pasos peligrosos que exigen mi equilibrio y que sólo asumiendo enormes riesgos puedo resolver. Esta escalada es un martirio; mis manos están tan heladas que constantemente debo moverlas para que la sangre vuelva a darles un poco de calor. Hace mucho tiempo que no me ocupo de mis pies; ahora están insensibles. Terribles calambres en los gemelos, en los muslos, en el cuello y en mi brazo izquierdo hacen mi progresión todavía más peligrosa. Por encima planea una incertidumbre angustiada. ¿Encontraremos un desplome infranqueable y nos quedaremos allí atascados para morir lentamente de frío y de hambre? Ahora escalo automáticamente, en una especie de inconsciencia. A cada largo de cuerda, conseguimos evitar un incidente por un milagro. Allá, una enorme piedra se suelta y roza a Lachenal. Acá, atravieso una placa, le digo que pendule para alcanzarme, y el saliente se rompe con el choque; afortunadamente, la cuerda está alrededor de mi mano. En un instante, oscilo en el vacío ¡pero consigo sujetarme...! Más allá, pasando un desplome bloqueado por un tapón de nieve, mi piolet empotrado se suelta y aterrizo tres metros más abajo, sobre otro tapón. Por suerte, este frágil edificio no se hunde.

Finalmente, la niebla que nos rodeaba se despejó por un instante. Sobre nosotros vi desfilas unas nubes empujadas por el viento del sur, que soplabá muy fuerte. La cresta estaba allí, encima de un resalte: nos quedaban veinte o treinta metros. De repente, mis nervios, que tanto habían aguantado, cedieron. Me di cuenta de los peligros que me rodeaban y fui presa de un pánico atroz. La fatiga y el vértigo me paralizaron. Estos últimos metros, bastante fáciles, me parecieron los peores. Sólo gracias a la utilización de numerosas clavijas conseguí subir hasta la cima. Soplabá un viento muy fuerte y, al llegar, me tiré sobre la nieve. No sabía lo que sentía, sólo tenía la impresión de vivir el final de un sueño repetido a menudo. Tras meses de preparación, mi corazón acogió nuestra victoria, frente a esta anónima arista, casi con indiferencia. ¿No es cierto, sin embargo, que la felicidad está en el deseo y no en la posesión? La aventura había terminado. Había dado la vuelta a una página de mi vida. Titubeando un poco, empecé a alejarme, y pronto quedé envuelto en la niebla.

Hasta nuestra ascensión de la Walker, Lachenal y yo siempre habíamos sido muy modestos frente a la montaña. Las murallas más grandes nos atraían por su salvajismo grandioso y el carácter aventurero de sus escaladas, pero nos parecían siempre un medio hostil al hombre y nos hacían sentir miedo. Lejos de manifestar la confianza tranquila de un Rébuffat, o la vanidad exuberante de algunos jóvenes escaladores muy dotados, estábamos inquietos y experimentábamos temor frente a los «grandes problemas». Nos parecía que nunca seríamos demasiado hábiles ni demasiado fuertes como para vencer obstáculos que estaban tan por encima de la escala humana.

Nuestro éxito en las Grandes Jorasses nos dio la medida exacta de nuestras posibilidades. A pesar de una grave confusión en el itinerario y de un fin de ascensión que la tormenta convirtió en

dramático, habíamos dado prueba de una velocidad muy superior a la de aquéllos que nos habían precedido (es interesante anotar que, hoy en día, a pesar de los grandes progresos en el alpinismo y gracias al perfeccionamiento del material y la mejora de los métodos de entrenamiento, sólo cinco o seis ascensiones de la Walker, de entre unas veintitrés, se hacen en horarios más rápidos que el nuestro).

A partir de entonces sabíamos que nuestra falta de práctica realizando escaladas extremas de roca no nos permitiría ser «sextogradistas» virtuosos, pero frecuentar intensivamente la alta montaña nos había dado una soltura y una rapidez en los grados inferiores, en el hielo y en el terreno mixto para las que casi no teníamos rivales. Unidos por la misma cuerda, nuestras posibilidades se hacían netamente superiores a aquéllas de las que éramos capaces individualmente. De hecho, nuestros caracteres y nuestras aptitudes físicas tan diferentes se complementaban, nuestras cualidades recíprocas suplían los defectos de nuestro compañero.

Lachenal poseía un ingenio prodigioso, una vitalidad de animal salvaje y una valentía que rozaba la inconsciencia. En terreno delicado o inestable era, de lejos, el escalador más rápido y brillante que jamás he conocido. Algunos días mostraba una inspiración auténticamente genial, pero penaba en los pasajes atléticos y, sobre todo, tenía una mentalidad inestable. Impulsivo e increíblemente optimista, no tenía paciencia, tampoco era perseverante ni reflexionaba demasiado, y el que no tuviera sentido del itinerario formaba parte de uno de sus mayores defectos.

Menos dotado que él en todos los campos, pero más potente y capaz, con una mayor resistencia, más tenaz y más reflexivo, yo era el elemento moderador de nuestro equipo, y me parece que le daba la estabilidad y la solidez indispensables para realizar grandes empresas.

Después de la Walker, nos sentíamos unidos por una amistad fraternal, y nuestra cordada estaba además a la altura de los mayores recorridos de los Alpes occidentales. Se me habían congelado un poco los pies en las Jorasses y hasta finales de septiembre debí contentarme con ejercer, quisiese o no, mi actividad profesional. Pero la hinchazón y el dolor desaparecieron poco a poco y, a principios de octubre, estaba prácticamente curado. Los cursos en la E. N. S. A. y en el Colegio de los Praz casi habían acabado, y un periodo de tiempo espléndido acababa de instalarse sobre los Alpes.

En absoluto hartos de montaña por largos meses de actividad intensa, en estos primeros días del otoño con un cielo de una límpida transparencia, nos daba la impresión de que las cimas se elevaban con un nuevo impulso. Nunca nos habían parecido tan atractivas. ¿Cómo quedarse entre las brumas del valle y las preocupaciones de la vida, cuando allí arriba un mundo de una pureza eterna os tiende sus deslumbrantes brazos...? Deseosos de conocer otras cumbres que las del Mont Blanc, que se habían hecho demasiado familiares, decidimos aprovecharnos de estas últimos días buenos para intentar algunas grandes escaladas en las montañas de Suiza.

Después de haber llegado a Lausana, donde la familia política de Lachenal nos ofreció una estancia cómoda y poco onerosa, hicimos una primera salida al macizo de l'Argentine para conocer los secretos de la escalada en caliza. Mientras Louis hacía con su cuñado una ascensión clásica, yo realizaba la segunda ascensión del recorrido más duro de la región, el Gran Diedro, en compañía del excelente escalador ginebrino Tomy Girard. Después, remontando el valle del Ródano, hicimos una visita a la arista sureste del Bietschhorn, bonito recorrido de quinto grado cuya calidad pudimos

comprobar.

Nuestro entrenamiento para la alta montaña había alcanzado entonces tal grado que prácticamente habíamos superado la inadaptación congénita del hombre a esta naturaleza de roca y de hielo. La soltura y la rapidez de nuestras evoluciones habían tomado un aspecto casi sobrehumano. Nos habíamos convertido en una especie de animales salvajes de los Alpes, que estaban entre el mono y la cabra. Podíamos correr a la subida durante horas, escalar paredes como si fueran simples escaleras y bajar a toda prisa por corredores desafiando las leyes de la gravedad. La mayoría de las ascensiones no eran más que un juego fácil y podíamos recorrerlas en un tiempo dos o tres veces inferior al que necesitaba una buena cordada, sin cansarnos. La arista del Bietschhorn fue un ejemplo espectacular de esta «potencia sobrehumana».

Habiendo partido un poco antes de la aurora, y sin forzar el ritmo, estábamos en la cumbre cinco horas más tarde. El azul del cielo había tomado esa pureza límpida que sólo tiene en otoño. Alrededor de nosotros, las poderosas masas de los picos del Oberland y del Valais emergían, con una brillante blancura, por encima del tono grisáceo de las partes más bajas.

Sobre esta retirada cima, la vida estaba tan ausente como en las primeras edades del mundo; ninguna huella testimoniaba el paso del hombre, no sonaba ningún cencerro, no llegaba hasta nosotros ningún ladrido. El silencio y la soledad eran tan absolutos que hubiéramos podido creer que habíamos sido transportados a otro planeta. A pesar de un viento fuerte y molesto, hicimos una larga pausa. Después de un esfuerzo del que aún palpitaban nuestros músculos, ¡qué dulce era dejarse penetrar por esta paz infinita!

Hicimos el descenso por la arista norte, pero después de algunos minutos llegamos por encima de una empinada pendiente glaciaria que se hundía en la cara este. Lachenal me dijo: «Se baja por allí, lo he visto desde el refugio. Es fácil, sólo hay una rimaya». «La nieve tiene un aspecto impecable, si crees que pasaremos sólo tenemos que ir a comprobarlo. Eso será mejor que seguir por esta arista donde uno se pela de frío», respondí sin dudar, y acto seguido nos vimos inmersos los dos en esta pared de cerca de 50 grados. La nieve como «sal gorda», deshelada en más o menos diez o doce centímetros, se mostraba extremadamente favorable y descendíamos juntos sin asegurarnos. Después de algunos instantes, Lachenal exclamó: «¿Y si bajamos ramaseando con los crampones puestos? Sobre esta nieve, con una pendiente tan empinada, se va muy bien. Armand Charlet me ha dicho que él lo hizo así en el Whymper». Pero, más prudente, repliqué: «Y si encontramos una placa de hielo, caeremos con la cabeza por delante, y ¡adiós a la maleta!». «¿Eso piensas? He mirado bien por delante y no hay ninguna placa gris».

Y sin esperar mi respuesta, Lachenal se dejó deslizar como un esquiador de los abismos. Sorprendido por su gesto, me fue imposible detenerle sin evitar caer sobre las nalgas y bajar a toda velocidad por la pared sin poder frenarme ni controlarme con la ayuda de mis crampones ni de mi piolet. Me vi forzado a seguir a mi amigo en este atrevido descenso. Con una sola huella, y tras un prodigioso deslizamiento controlado, estábamos trescientos metros más abajo en menos de medio minuto. A las once y media, frescos como una lechuga y felices como pinzones, abríamos la puerta del encantador refugio de Baltschieder, tan vacío que parecía haber sido construido para nosotros solos.

Me dijeron que, algunos días más tarde, el famoso guía de Zermatt Alexandre Graven subió a hacer el Bietschhorn; viendo la indicación de nuestro horario, anotada en el libro de la cabaña, exclamó: «Eso no es posible, estos jóvenes son unos mentirosos». Pero al día siguiente, bajando por la arista, vio nuestras huellas en la cara este y entonces declaró: «Evidentemente, si pudieron hacer eso, todo es posible».

Después del Bietschhorn, y en compañía de nuestros amigos ginebrinos Tomy Girard y René Dittert, subimos a Zermatt para intentar la arista Furggen al Cervino. ¡Cuánto deseaba conocer la pirámide ideal, de elegancia incomparable...! Cuántas veces me había dicho: «Es la montaña más bella de los Alpes», la más célebre; aquélla cuyos flancos están cargados de historias y de leyendas. Cuando era un joven muchacho, ¡cuántas noches habré soñado con ella, inclinado sobre los libros de Whymper y de Mummery! En un recodo de la vía, durante una de estas radiantes mañanas de octubre, se me apareció de repente, surgiendo con su soledad sublime por encima de los alerces dorados.

Experimenté un ligero *shock*. En este decorado romántico de tintes suavizados por el otoño, este inmenso cuerno negro pegado sobre un cielo de tarjeta postal, producía un efecto sobrecogedor.

Nunca jamás una cima me había parecido tan admirable; en un instante comprendí toda la fascinación que había ejercido sobre los hombres desde los primeros años del alpinismo.

Con pasión, escrutaba estas paredes, buscando reconocer en ellas los itinerarios cuyos relatos había leído veinte veces, y sobre todo esta «nariz de Furggen», de la que un inmenso desplome se perfilaba contra el azul del cielo. Sabía que durante mucho tiempo había detenido a los más audaces. Louis Carrel, el famoso guía de Valtournanche, consiguió por fin triunfar. Después, sólo la cordada de Rham y Tissieres, «los alpinistas eruditos», había podido volver a realizar esta hazaña. Mañana, ¡nosotros estaremos allí suspendidos entre cielo y tierra...! Apenas podía creerlo; el temor y el deseo libraban en mí un combate tumultuoso.

Sin embargo, una vez más, esta ascensión fue sólo una cabalgata de rebecos saltarines. El Cervino, cima de belleza prodigiosa que se percibe desde lejos, parecida a esas actrices de líneas eternamente jóvenes, pierde su seducción a medida que uno se aproxima a ella. Vista de cerca, no es más que un enorme montón de esquistos ondeados por mil colores. Pero nadie se resiste a su impulso de llama danzarina que desafía las leyes de la gravedad. Esta roca oscura, fracturada en todos los sentidos, se desmorona sin cesar en avalanchas polvorientas y, quien ha conocido las duras placas de granito que, lisas como escudos se elevan a veces sin debilidad alguna durante cientos de metros en nuestras agujas del Mont Blanc, no puede sentirse demasiado atraído por esta fortaleza en ruinas.

Incluso sin encordarnos, en menos de dos horas de ascensión rápida estábamos al pie de los extraplomos Carrel. Aquí, la montaña vuelve a adquirir su grandeza y poderío.

¡Pero cómo se desmenuza esta roca! Nunca antes había escalado una pared vertical tan insegura. Estaba casi paralizado por una terrible ansiedad. Pero Lachenal, el funámbulo de las cimas, no se hartaba de estas presas inciertas. Lanzando gritos de alegría, subía casi sin pitones sobre este vacío dolomítico entre un diluvio de piedras. Asegurados sólidamente por la cuerda, no hizo falta demasiado tiempo para que nuestros amigos suizos y yo mismo remontásemos estos ochenta metros, más peligrosos que verdaderamente difíciles.



Nuestra campaña de otoño...

Nuestra campaña de otoño se acabó con la ascensión de esta famosa cima.

Habíamos vuelto a tomar el camino de Chamonix con la alegría de los niños grandes que éramos ahora. Sin embargo, a pesar de nuestro júbilo, nos parecía que algo no funcionaba.

A pesar de su calidad, estas ascensiones no nos habían proporcionado todo el placer que esperábamos. Todas ellas nos habían parecido sólo simples entretenimientos. Nunca habíamos conseguido encontrar esa exaltación sobrehumana que conocimos en la Walker. Nunca habíamos podido escapar a la falsa impresión de que no podría pasarnos nada, que sólo nuestra propia voluntad podría impedirnos alcanzar la cima. Lo sentíamos confusamente; habíamos hecho gran turismo y un bonito deporte, pero no gran alpinismo.

Las mejoras del material y la perfección de nuestro entrenamiento nos habían convertido en herramientas demasiado perfectas; habíamos sobrepasado el fin; la técnica había estropeado los aromas de la aventura, hacía falta destilar nuevos perfumes.

Después de la Walker, sólo un recorrido de los Alpes nos podía proporcionar emociones parecidas: la pared de las paredes, la cara norte del Eiger.

# La cara norte del Eiger

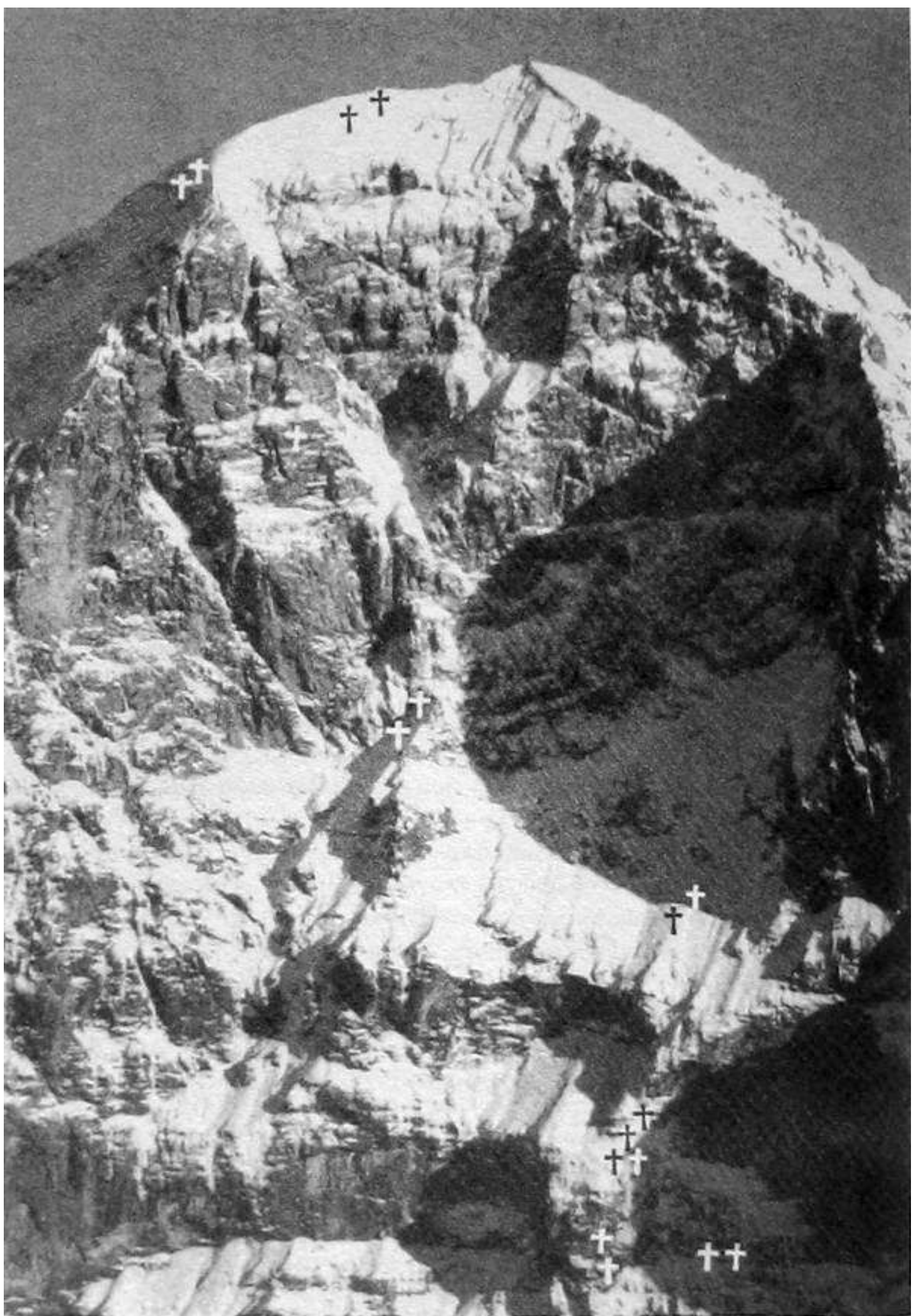
La inmensa muralla norte del Eiger, conocida con el nombre de Eigerwand, es la pared más alta, más célebre y más mortífera de los Alpes. Situada en pleno corazón del Oberland bernés, con más de 1600 metros, alza de un solo impulso sus flancos negros y lisos sobre los verdes pastos del valle de Grindelwald. Actualmente, al precio de la vida de diecisiete escaladores, esta desmesurada pared alpina ha sido conquistada en diecisiete ocasiones.

En 1946 sólo había sido escalada con éxito una vez. Fue únicamente, después de innumerables intentos a lo largo de los cuales encontraron la muerte ocho hombres, en 1938, cuando después de tres días de lucha desesperada, cuatro escaladores austroalemanes habían logrado triunfar en ella.

Esta victoria es, probablemente, la mayor que haya conseguido el hombre en los Alpes.

Ya en su momento el Eigerwand fue sobrepasado por la evolución del alpinismo; la cordada de Erich Waschak y Léo Forstenlechner consiguió escalarla en el día. Hace poco, cuatro escaladores austroalemanes, beneficiándose de un excepcional periodo de buen tiempo, han conseguido la hazaña casi impensable de vencerla durante los meses de invierno. Sólo las más grandes cimas del mundo están a la altura de los modernos conquistadores de los abismos... Pero esta pared excepcional ha tenido tal sitio en la historia del combate del hombre contra la montaña que me parece imposible relatar la segunda ascensión sin recordar la auténtica epopeya que fue su conquista.

Hecha de caliza oscura, apenas iluminada por algunas bandas glaciares, esta inmensa muralla, de un salvajismo espantoso, nace a 2400 metros en los risueños pastos que dominan los chalés de Alpiglen y se eleva sin parar hasta la cima misma del Eiger, a 3 974 metros de altitud.





Al precio de la vida de 17 escaladores, esta desmesurada pared alpina ha sido conquistada en 17 ocasiones.

El tercio inferior de la pared está compuesto por pequeños muros y terrazas que no ofrecen grandes dificultades. Es en la parte superior de esta zona donde se abren las dos ventanas de la vía del Jungfrauoch, que alcanza el collado de la Jungfrau por un trayecto completamente subterráneo.

La ventana situada más al este es conocida con el nombre de Station Eigerwand. La otra, llamada Stollenloch, más al oeste, sólo es un agujero de evacuación de los fragmentos arrancados en la construcción del túnel.

El primer obstáculo importante se presenta bajo la forma de un enorme resalte calcáreo liso, cuya parte de la derecha, la más alta, se denomina Rote Fluh. A la izquierda de la Rote Fluh, precisamente en el lugar donde la pared es menos alta, se encuentra un nevero de una inclinación media. Un muro vertical, cortado por un estrecho y muy empinado corredor de hielo, separa el primer nevero de otro todavía más inclinado y mucho más importante.

Por encima se encuentra una enorme pared vertical conocida bajo el nombre de Gelbewand. La pared se hace completamente cóncava y se encuentra primero un nevero, llamado Spinne en alemán, es decir, araña, luego todo un sistema de empinados corredores de los que el más importante conduce ligeramente a la izquierda de la cumbre.

Como se ve, la cara norte del Eiger presenta dificultades continuas y dos obstáculos particularmente importantes: la Rote Fluh y la Gelbewand. Aunque estos pasajes parecen constituir dificultades muy severas, principalmente debidas a la calidad de la roca, que se presta mal al pitonaje por su carácter, unas veces muy delicado y otras muy liso y compacto, el Eigerwand no hubiera merecido el título del mayor problema de los Alpes si otros obstáculos no se unieran para defender el acceso.

En primer lugar, la cara norte del Eiger presenta grandes peligros objetivos... más o menos importantes según los días. Caídas de piedras, que no es posible ni prever ni evitar, parten de las pendientes cimeras, extremadamente podridas, bajan a toda velocidad por el gran corredor central, saltan por encima de la Gelbewand y barren los neveros y toda la parte inferior de la cara.

Aunque es menos espectacular, hay otro obstáculo muy importante que reside en la alternancia de los neveros y las paredes, que se suceden a cualquier altura de la pared.

De hecho, los neveros se funden durante las horas más calurosas y el agua escurre por las rocas. De ese modo, las vías naturales de escalada, que son las chimeneas y los corredores, se transforman extraordinariamente en cascadas.

Pero éste no es más que un inconveniente menor. Los hay peores: en una cara norte y a esta altitud, las horas de fusión son cortas e incluso nulas cuando el tiempo es frío y cubierto.

De este fenómeno natural resulta que el Eigerwand está generalmente recubierto de un auténtico caparazón de verglás. Se deduce fácilmente que, cuando es así, los pasajes relativamente simples se hacen imposibles o de una dificultad absolutamente extrema. Y, por ello, sólo los mejores escaladores, muy habituados a escalar con crampones, tienen alguna posibilidad de franquearlos.

Finalmente, el hecho de que la cara presente dificultades elevadas en una altura de más de mil

metros es un gran obstáculo para su conquista pues, para intentarla con éxito, los alpinistas se ven obligados a llevar mucho material, indispensable para los vivacs y para resolver los diferentes tipos de pasajes.

Esta enorme impedimenta ralentiza su progresión y desgasta prematuramente sus fuerzas. Admitiendo que la escalada sea técnicamente posible, también es cierto que son necesarios varios días para completarla. Adquirir tal compromiso en una muralla tan inhumana presenta inmensos riesgos. En caso de mal tiempo, parece poco probable que, una vez dentro, una cordada pueda salir viva de esta pared cóncava, donde la menor precipitación de nieve provoca inmediatamente avalanchas que la barren por completo. Como se ve, la cara norte del Eiger está defendida por una extraordinaria acumulación de dificultades y de peligros, y se puede decir que la reputación de inaccesibilidad con la que se ha hecho desde los primeros tiempos del alpinismo, parece bien merecida.

Estas barreras naturales que la defendieron de sus asaltantes durante largos años constituían cebos irresistibles para los alpinistas que buscaban una gran aventura. De ese modo, acudiendo de todos los rincones de Europa, la élite del mundo alpino no tardaría en imponer un verdadero asedio.

En 1929, una cordada múniquesa ya atacó el Eiger, y el 28 de julio de 1934, tres alemanes se elevaron hasta la altura de la Station Eigerwand. Sufrieron una caída, pero pudieron ser rescatados con cuerdas lanzadas desde la ventana.

La primera, y además la más importante de las tentativas serias, fue llevada a cabo por dos audaces escaladores bávaros: Karl Mehringer y Max Seldmayer. Estos dos alpinistas que, sin haber realizado nunca hazañas verdaderamente excepcionales, se habían apuntado, sin embargo, algunas de las más difíciles escaladas de los Alpes calcáreos del norte y desembarcaban por primera vez en los grandes macizos. A pesar de su falta de experiencia en alta montaña, atacaron el 11 de agosto con un tiempo radiante. Después de subir rápidamente hasta el pie de la Rote Fluh, forzaron directamente la inmensa placa lisa y vertical y se encontraron justo por debajo del primer nevero. Esta prodigiosa hazaña que, todavía hoy llama la atención de los entendidos, exigió una jornada completa del trabajo más difícil.

Tras un primer vivac y aunque las dificultades habían pasado a ser menores, los escaladores, sin duda cansados, progresaban con gran lentitud y no fue hasta el principio de la tarde del jueves cuando alcanzaron el segundo nevero. Pero, debido a la frecuencia de las caídas de piedras, tuvieron que detenerse para vivaquear donde se encontraban. La noche del jueves al viernes se abatió sobre la región del Eiger una violenta tormenta. A continuación nevó, y luego se intensificó el frío. Al amanecer, la pared, cubierta de nieve y de verglás, se había vuelto impracticable.

El viernes, las nubes taparon la montaña y fue imposible saber qué había sido de los dos alpinistas.

Finalmente, el sábado, hacia el mediodía, la cara se hizo visible durante algunos instantes y se les vio sobre el pequeño espolón que bordea la parte izquierda del gran nevero. Pero pronto la bruma les tapó de nuevo, velando a los ojos del mundo dos espantosas agonías.

Las avalanchas del invierno se llevaron los cuerpos, que fueron encontrados más tarde cuando se buscaban los restos de nuevas víctimas. Dos pitones marcaban a partir de ese momento la nueva

frontera de lo desconocido.

A pesar del trágico fin de los primeros asaltantes, los hombres no abandonaron la esperanza de vencer el Eigerwand.

El principio del verano de 1936 vio llegar a la Scheidegg a tres cordadas de alpinistas alemanes.

El tiempo y las condiciones no eran propicias para una nueva tentativa; por ello, después de haber montado un campamento, los seis hombres, decididos a esperar el momento favorable, comenzaron con los reconocimientos, mientras continuaban entrenándose en otras montañas menos difíciles.

Fue así como el Eigerwand se cobró, indirectamente, su tercera víctima. En el transcurso de una de estas ascensiones de entrenamiento, el alemán Teufel sufrió una caída mortal.

A pesar del mal tiempo casi incesante, los otros cuatro asaltantes realizaron varias exploraciones que les permitieron transportar cargas hasta el pie de la Rote Fluh y, sobre todo, descubrir el punto débil de este primer obstáculo. Estos reconocimientos no estuvieron exentos de desventuras y, en el curso de uno de ellos, uno de los escaladores sufrió una caída de cuarenta metros. Habiendo tenido la suerte de caer sobre un nevero, siguió sin sufrir daños. Conviene decir que estos cuatro hombres jóvenes encontraron finalmente la muerte en uno de los dramas más horribles de toda la historia de la montaña.

La primera cordada se componía de dos bávaros: Toni Kurz y Andreas Hinterstoisser. Toni Kurz, que era guía profesional, había realizado numerosas primeras ascensiones en los Alpes orientales, y Hinterstoisser había sido su compañero en casi todas sus aventuras, entre las que destacaba la cara norte del Großzinne. Entre los dos formaban una cordada muy sólida, capaz de vencer las mayores dificultades rocosas. Por otra parte estaba la cordada de los austríacos, formada por Willy Angerer y Edi Rainer. Originarios de Innsbruck, eran sin duda buenos escaladores, pero no habían cosechado ninguna escalada importante y realmente no estaban capacitados para atacar el Eigerwand.

El 17 de julio, el tiempo fue mejorando y, cuando al día siguiente, a las dos de la mañana, las dos cordadas atacaron la pared, el cielo estaba lleno de estrellas.

Progresando muy rápido, los alpinistas alcanzaron pronto el pie de la Rote Fluh. Dirigidos por Hinterstoisser, siguieron la vía cuyo trazado habían calculado tan astutamente. Después de haber franqueado una fisura desplomada extremadamente difícil, empezaron una travesía hacia la izquierda que pudo ser resuelta gracias a la técnica llamada «de bavaresa». El primer nevero inferior fue pronto alcanzado y, después de cinco horas de esfuerzos, la corta muralla que defiende el acceso al segundo nevero fue vencida. A las siete de la tarde instalaron el primer vivac.

Los cuatro hombres habían hecho más de la mitad de la pared y el trabajo realizado durante ese día había sido considerable. Si las dificultades no se incrementaban, tenían serias posibilidades de llegar a la cumbre.

Por la noche, el tiempo empezó a cambiar y se podían observar pesadas nubes arrastrándose a lo largo de la montaña.

Sin duda, por culpa de este tiempo poco seductor, la cordada no abandonó el vivac hasta las siete menos cuarto. Progresando muy lentamente, tallando peldaños, se dirigió hacia la parte este del nevero.

Una niebla cada vez más densa envolvió la montaña, y los observadores que, desde la Kleine Scheidegg, seguían apasionadamente su ascensión, perdieron de vista a los escaladores. Hasta la mañana del día siguiente no se pudo ver el emplazamiento del segundo vivac. Fue casi exactamente allí donde Seldmayer y Mehringer encontraron la muerte.

La extrema lentitud del avance de la segunda jornada era inexplicable y se pensaba que, estando agotada, la cordada iba a optar por la retirada.

No obstante, a las ocho de la mañana se les vio intentarlo de nuevo. Finalmente, después de algunas horas, dieron media vuelta y se observó claramente que uno de los escaladores tenía una herida en la cabeza. Alcanzaron el emplazamiento del vivac cuando nuevas nubes hacían imposible cualquier observación. Hacia las cinco de la tarde, y gracias a un claro, se pudo ver a los austroalemanes afanados en bajar por el muro que separa las dos pendientes de nieve. La retirada se hacía con prudencia y dos hombres ayudaban continuamente al herido. Hasta las nueve de la noche no consiguieron alcanzar el nevero inferior.

El martes, el tiempo fue francamente malo. Llovía y nevaba en abundancia. Desde el amanecer se podían oír las llamadas que venían de la pared y a las once se pudo ver a los cuatro hombres en la parte baja del primer nevero. A mediodía, el guarda de la vía de la Jungfrau salió por la ventana Stollenloch y oyó a los escaladores en plena acción doscientos metros por encima de él. Creyendo que descendían hacia la galería, les preparó té caliente y luego, viendo que no llegaban, salió de nuevo, intentó hablar con ellos y comprobó que todos estaban sanos y salvos. Pero cuando, dos horas más tarde, hizo una nueva inspección, sólo oyó gritos de gente en peligro. Telefoneó entonces a la estación del glaciar del Eiger para solicitar un rescate. Los guías Hans Schlunegger y Christian y Adolphe Rubi se encontraban precisamente allí, y poco después se preparó un tren especial. Aquel día los tres guías consiguieron llegar unos cien metros por debajo de Toni Kurz quien, bloqueado en la pared vertical se encontraba semisuspendido de una cuerda. Pudieron conversar con él y comprobaron que era el único superviviente, además de que, como no tenía pitones, no podría seguir descendiendo.

Kurz pasó una cuarta noche en una terrible postura. El miércoles, a las cuatro, la caravana de rescate, a la que se había sumado el guía Arnold Glatthard, continuó trabajando. Alcanzó el pie de la Rote Fluh donde Kurz estaba anclado cuarenta metros por encima. Los guías le hablaron sin dificultad y él respondió: «Estoy solo; Rainer está congelado ahí arriba, Hinterstoisser se despeñó ayer por la tarde y Angerer está colgado allí debajo, muerto».

Aconsejado por sus rescatadores, Kurz cumplió entonces un trabajo asombroso que denotaba una valentía y una resistencia sin igual. La única manera de salir de aquella situación consistía en conseguir una cuerda y unos pitones con los que instalar un rápel. Con ese objetivo bajó hasta Angerer, quien colgaba unos doce metros por debajo de él y luego, después de tirar al vacío el cuerpo de su compañero, intentó subir a fuerza de brazos hasta el minúsculo emplazamiento que acababa de abandonar. A pesar de las congelaciones que le impedían el movimiento de las manos, comenzó a desenredar los doce metros de cuerda que acababa de recuperar. Siguió varias horas de pacientes esfuerzos. Luego, empalmando todos los trozos que tenía para convertirlos en un solo cabo de treinta y seis metros de longitud, dejó caer éste hasta sus rescatadores y subió el material que

necesitaba para el descenso. Al final, después de perseverar durante varias horas, Kurz consiguió definitivamente empezar a bajar por la cuerda. ¿Se convertiría en una realidad lo que los guías contemplaban como una posibilidad?

Toni bajó treinta metros. Se le podía incluso tocar con un piolet al final de un brazo extendido, pero bruscamente cesó en él todo movimiento. Los brazos se le ablandaron, la cabeza se le cayó; Kurz ya no estaba.

Había defendido furiosamente su vida con una energía que sobrepasaba las fuerzas humanas. Nadie sabrá jamás lo que pudo pasar durante las horas que transcurrieron entre la segunda y la tercera ronda del guarda de la línea, pero es probable que la cordada persiguiera descender en vano la travesía que Hinterstoisser había trazado tan brillantemente a la subida. Probablemente intentaron un descenso directo y, sin duda, se abatió sobre ellos una caída de piedras. Los hombres se precipitaron al vacío, pero su caída quedó detenida por las cuerdas pasadas por los clavos.

Después de los dramáticos fracasos de las primeras tentativas, el mundo alpino hubiera podido estar tentado de creer que el Eigerwand era realmente imposible.

Sin embargo, las opiniones de auténticos técnicos no diferían demasiado. No había ninguna duda para las mejores cordadas de esa época: la escalada de la cara norte del Eiger se consideraba factible.

Pero una cosa también era cierta: para vencer el Eigerwand hacía falta tener una completa técnica, una energía indomable y también mucha suerte.

Con el verano, el asedio vuelve a comenzar. La región del Eiger fue invadida por numerosos alpinistas germánicos, italianos y suizos, y no es exagerado dar la cifra de más de diez cordadas. Aunque el Consejo Federal de Berna había adoptado la ridícula decisión de prohibir el acceso, todo el mundo se puso a rondar alrededor de la célebre muralla y, como ya había pasado antes en el espolón de la punta Michel Croz de las Grandes Jorasses, comenzó una auténtica competición. Se ha dicho y escrito que los escaladores italianos, alemanes y austríacos no habían ido hasta allí con el único deseo de una aventura que se anunciaba especialmente bella. Siempre será posible hacer comentarios a este respecto, pues no es extraño que algunas cordadas hubieran recibido apoyo material y es muy probable que los vencedores fuesen recompensados. Pero todos los que conocían a los grandes escaladores germánicos e italianos opinan que las consideraciones políticas y materiales no desempeñaron ningún papel que fuera determinante en la conquista de la cara del Eiger, así como en ninguna de las otras grandes paredes.

Hoy, más de veinte años después de la primera ascensión, cuando no puede animarles ningún móvil político, cuando no se puede sacar ningún provecho, ninguna vanagloria, vienen de todos los países jóvenes alpinistas con corazón puro y una fuerza que les sale a borbotones para seguir buscando en el Eigerwand la alegría de la victoria o el vacío de la muerte.

Es en el elevado nivel técnico de un gran número de escaladores de los Alpes orientales y, sobre todo, en la mentalidad combativa y aventurera de la raza germánica, donde hay que buscar la explicación de la presencia, al pie de la pared, de un número excesivo de candidatos, animados por una temeridad que, en aquella época, era excepcional en los alpinistas franceses.

Durante el verano de 1937, la cara noreste del Eiger, completamente distinta de la cara norte, fue

el escenario de aventuras más o menos dramáticas, protagonizadas por cordadas que habían ido allí para entrenarse con vistas al Eigerwand. Fue así como Gollaker, el alpinista de Salzburgo, murió de agotamiento y su compañero Primas salió con los pies congelados.

Pero durante esta temporada, a pesar del valor y del gran número de personas que asediaban el Eigerwand, la pared conservó su misterio. El tiempo y las condiciones la protegieron eficazmente de las tentativas de los hombres.

Sólo la cordada Rebitsch-Vörg pudo acometer un intento importante. Después de haber reconocido y preparado la vertiente hasta el primer nevero, atacaron el 11 de agosto y consiguieron alcanzar un punto ligeramente más alto que el último vivac de Seldmayer y de Mehringer. Fueron entonces sorprendidos por la tormenta, y hasta después de tres días en los que realizaron una retirada dramática, no pudieron alcanzar los prados de la base.

Gracias a su completa experiencia y a su excepcional clase, Rebitsch y Vörg fueron los primeros en regresar vivos después de haber alcanzado la parte central de la pared.

Con el verano de 1938 las tentativas se hicieron más numerosas y más encarnizadas todavía, y pronto hubo nuevas víctimas. El 22 de junio, a dos excelentes alpinistas, Mario Menti y Bartolo Sandri, les mató una caída de piedras a la altura de la Station Eigerwand.

Su muerte era el fin de la carrera de dos escaladores de primera línea que se habían consagrado en escaladas de sexto grado, y especialmente en las caras sur de la Torre Trieste y de l'Aiguille Noire de Peuterey.

Finalmente, la perseverancia de los hombres se vio recompensada.

Durante los días 21, 22, 23 y 24 de julio de 1938, los austroalemanes Andreas Heckmair, Ludwig Vörg, Heinrich Harrer y Fritz Kasperek escalaron por primera vez la gigantesca vertiente noroeste del Eiger.

Antes de relatar las peripecias de esta magnífica hazaña, conviene primero presentar a los protagonistas.

Los cuatro eran escaladores de una clase excepcional. Se habían confirmado tanto en los Dolomitas como en los Grandes Alpes del Cáucaso. Antes de su victoria en el Eigerwand, sus nombres ya habían entrado en la historia del gran alpinismo.

Anderl Heckmair era guía en los Alpes bávaros. Destacó primero por sus escaladas en los Alpes orientales y, en 1930, realizó, entre otras, las dos escaladas más largas y difíciles de la época en los Dolomitas: la quinta ascensión de la vía Solleder-Lettenbauer de la pared noroeste de la Civetta y la segunda ascensión de la cara este del Saas-Maor.

Luego, en 1931, se asentó frente a la cara norte de las Grandes Jorasses. Desafortunadamente, sus tentativas fueron detenidas bien por el mal tiempo, bien por las condiciones; sin embargo, en el curso de esta permanencia en la cadena del Mont Blanc, efectuó la segunda ascensión directa de la cara norte de los Grands Charmoz.

El muniqués Ludwig Vörg era también un especialista en los Alpes orientales, pero además había participado en dos expediciones al Cáucaso central donde, entre otras, realizó dos hazañas que, por su envergadura y sus dificultades, se cuentan entre las más importantes. En 1934, consiguió con cuatro vivacs la primera travesía del Uschba en sentido cima sur-cima norte y, en 1936, la primera

ascensión de la gigantesca vertiente oeste de la misma montaña.

Además, en 1937, hizo la tercera ascensión directa de la cara norte del Gross Fiescherhorn en compañía de Matthias Rebitsch y efectuó la tentativa más importante que se había realizado hasta entonces en el Eigerwand.

Como se ve, la cordada bávara era una de las mejores que se pueda imaginar y era, ciertamente, la más indicada para triunfar en el Eigerwand. De hecho, sus miembros eran escaladores de roca de primer orden. Además, tenían experiencia en hielo y en grandes recorridos de alta montaña. Y, para acabar, un dato importante: Vörg era, en ausencia de Rebitsch, el único hombre que conocía la mitad inferior de la pared.

La segunda cordada estaba igualmente compuesta por hombres de gran valor. El vienés Fritz Kasperek era uno de los mejores escaladores que jamás se hayan conocido en los Alpes orientales y la serie de sus realizaciones, en escalada pura, es tan larga que sería tedioso enumerarla. Pero cabe destacar entre ellas la primera de la cara norte del Dachl y la tercera de la cara norte de la Cima Oeste del Lavaredo, y, sobre todo, la primera ascensión invernal de la Cima Grande, recorrido que hizo como preparación para el Eigerwand.

El universitario Heinrich Harrer, que luego se hizo famoso por sus aventuras en el Tíbet y por el apasionante libro que las relata, era el miembro más joven de la caravana, pero tenía en su historial numerosas grandes escaladas.

Los austríacos formaban, pues, un equipo importante de escaladores valientes y resistentes, pero sus posibilidades de salir airosos en el Eigerwand eran, desde mi punto de vista, mucho menores que las de los bávaros pues, como las ocho primeras víctimas del Eiger, no poseían prácticamente ninguna experiencia en hielo ni en recorridos de alta montaña. De hecho, como se verá más adelante, probablemente no hubieran triunfado sin el rescate de la cordada alemana.

Heckmair, sabiendo que Vörg tenía que partir hacia el Himalaya, había acordado con Rebitsch formar cordada con él. Pero, en el último momento, se designó a Rebitsch y no a Vörg para ir al Himalaya, y éste, muy poco antes de iniciar su ascensión, acabó asociándose con Heckmair, a quien acababa de conocer. El 20 de junio se encontraron en el Kaisergebirge y empezaron a entrenarse.

Decidieron partir a Suiza el 10 de julio, pero les resultó moralmente muy difícil ajustarse a esta fecha, porque recibieron cartas del valle de Grindelwald en las que les decían que la cordada de Kasperek y varias más se encontraban ya en marcha. Cuando consideraron que estaban bien entrenados viajaron a Múnich a comprar el material necesario para la expedición y, gracias a la subvención que les concedió la Orgenurg-Sonthofen, pudieron equiparse perfectamente.

El material fue escogido no sólo contemplando poder vencer las dificultades rocosas, sino sobre todo las dificultades glaciares, que Vörg estimaba las más importantes.

Finalmente, llegaron al pie de la pared e instalaron su campamento en los pastos de Alpiglen.

Después de esperar varios días a que hiciera buen tiempo, lanzaron su ataque el 20 de julio, pero iban tan cargados que tuvieron que detenerse al pie de la Rote Fluh y vivaquearon en una oquedad.

Como a la mañana siguiente el tiempo no era muy seguro, los alemanes se dispusieron a regresar cuando vieron llegar a Kasperek y Harrer, seguidos de cerca por los vieneses Fraisl y Brankowski. La llegada inesperada de estos cuatro alpinistas no les hizo cambiar de plan. En su opinión, el tiempo

no era suficientemente seguro y, por otro lado, creían que no era posible que un grupo de seis escaladores se aventurara en una pared como el Eigerwand.

Sin embargo, por decirlo con sus palabras, «a medida que descendíamos, el tiempo fue mejorando y nuestras caras se hicieron más largas». Completamente desesperados, se encontraron otra vez en la base de la pared a las diez de la mañana.

Desde Alpiglen, pudieron seguir la escalada de los cuatro vieneses y ver cómo su avance era muy lento. Pronto se produjo la retirada de la cordada dirigida por Brankowski; éste había quedado herido al caerle una piedra. Entonces, los alemanes decidieron volver a atacar de nuevo. Después de telefonar a Berna para enterarse de las previsiones meteorológicas, se pasaron la tarde comiendo y, luego, se acostaron para levantarse a las dos. A las tres de la madrugada estaban plenamente lanzados a la acción avanzando a una velocidad fantástica. A las cuatro llegaron al punto donde habían vivaqueado la noche anterior. A las ocho terminaron la travesía Hinterstoisser. A las once llegaron al lugar donde Kasperek había hecho vivac, el cual estaba situado en la parte oriental de la segunda pendiente de hielo. Por fin, y gracias a unos peldaños recién tallados, consiguieron unirse a la pareja de escaladores austríacos a las once y media de la mañana.

Después de una corta discusión, ambas cordadas decidieron unirse y el avance continuó sin problemas. A las dos de la tarde, nuestros cuatro hombres alcanzaron el punto más elevado al que se había llegado en anteriores intentos. Se trataba del espolón rocoso que divide el gran nevero en dos partes.

Tras recordar por unos instantes a Sedlmayer y a Mehringer, el grupo reemprendió la marcha hacia la parte oriental de la Gelbewand, donde estaba situado el paso que les había parecido más adecuado.

Este paso, que ellos bautizaron con el nombre de la Rampa, tiene forma de balcón ascendente. Al principio, no encontraron muchas dificultades. Después, la Rampa muere cerrándose entre dos relieves rocosos, por los que sube una estrecha fisura vertical cada vez más angosta. El lado derecho está constituido por un extraplomo amarillo y descompuesto que juzgaron infranqueable. El otro lado de la chimenea es liso y vertical. Aquel día, corría por esta falla un impetuoso torrente. Como ya eran las siete de la tarde (es decir, demasiado tarde para franquear un paso así antes de que anocheciera), decidieron hacer vivac.

A la mañana siguiente, a las siete, se reanudó la escalada por aquel mismo punto, donde el torrente había sido sustituido por el hielo. Después de dos caídas y una lucha desesperada, consiguieron superar este pasaje gracias a la utilización de todos los sutiles adelantos de la técnica moderna, especialmente la progresión sobre pitones para hielo.

Sobre la chimenea, la Rampa, que la dividía en dos zonas distintas, continuaba formando una pendiente de hielo muy pronunciada. A la primera oportunidad que se les presentó, los escaladores la abandonaron para hacer una travesía hacia el oeste, con intención de volver a la zona llamada la Araña. Después de seguir por una vía rocosa extremadamente descompuesta, franquearon un muro muy difícil de unos veinte metros, y después tuvieron que continuar por otra vira, muy expuesta. Por fin, la Araña fue alcanzada.

El tiempo, que hasta entonces había sido muy bueno, comenzaba a empeorar. Primero fueron unas



nubes, y pronto empezó a rugir la tormenta. Como Heckmair quería reconocer la pared, que debía escalar hasta el punto más alto posible antes de que empeorara el tiempo, decidió separarse provisionalmente de los austríacos, porque éstos, que no ascendían con tanta soltura en el hielo, restaban velocidad a su avance.

Cuando se desencadenó la tormenta, estaba escalando la Araña provisto de crampones y acababa de alcanzar el *couloir* central. Al poco tiempo, una avalancha de granizo barrió el nevero.

Los alemanes, que sólo pudieron escapar gracias a que se encontraban situados en un punto seguro, creyeron que sus compañeros habían sido arrastrados. Sin embargo, se produjo el milagro y éstos pudieron aguantar gracias a haber colocado oportunamente una clavija para hielo. La tormenta no duró mucho y, a pesar de que Kasperek se hizo una herida en la mano, las cordadas pudieron volver a reunirse para seguir avanzando por el *couloir* central, empinado y cubierto de hielo.

El grupo encontró una plataforma no muy buena, pero que les dio el cobijo suficiente para hacer el vivac de aquella noche, una noche muy dura. Los escaladores —debe tenerse en cuenta que dos de ellos habían hecho vivac dos veces seguidas— empezaban a notar los enormes esfuerzos que había exigido la escalada.

Pero lo peor era la terrible angustia que les oprimía. La nieve caía en forma de gruesos copos, y ellos tenían todo el derecho a preguntarse si, en tales condiciones, podían conservar todavía la esperanza de salir vivos de aquella pared. La última jornada había sido bastante dramática. Aunque el terreno en sí no ofrecía especiales dificultades, las condiciones eran tan malas que Heckmair sufrió caídas en varias ocasiones. Su último resbalón estuvo a punto de ser fatal, ya que se torció el tobillo y atravesó la mano de Vörg con uno de sus crampones.

A las dificultades de la escalada se sumaba el peligro de las avalanchas que, periódicamente, barrían el *couloir*. Aunque habían colocado numerosas clavijas para asegurarse y aunque llegaron a conocer el ritmo de las avalanchas, la cordada estuvo dos veces a punto de ser arrastrada. Tras el *couloir*, llegaron a las últimas fisuras y pendientes, en las que poco a poco disminuye la inclinación, y alcanzaron la cumbre.



El mayor problema de los Alpes se había resuelto...

Gracias al valor y a la admirable técnica de cuatro hombres, el mayor problema de los Alpes había sido resuelto.

Después de nuestros éxitos de la temporada de 1946, Lachenal y yo habíamos tomado conciencia de nuestras posibilidades.

Desde entonces, supimos que tanto técnica como moralmente estábamos suficientemente preparados para renovar la hazaña de los austroalemanes en la muralla noroeste del Eiger, por lo que

decidimos intentar aquella aventura la temporada siguiente.

Sin embargo, un estúpido accidente que me ocurrió en noviembre hizo que nos replanteáramos el proyecto. Me hice una herida muy grave en la mano derecha con un vaso roto. El tendón flexor del índice quedó seccionado y, posteriormente, se desarrolló una infección de tal envergadura que estuve a punto de quedar con la mano paralizada. Tras unos enérgicos cuidados, que me retuvieron más de un mes en el hospital, salí a la calle con un dedo casi muerto y una capacidad prensil muy reducida. Se había evitado lo peor, porque, aunque parcialmente tullido, podía continuar ejerciendo con normalidad mi oficio de guía. Por el contrario, parecía poco probable que con aquella limitación pudiera practicar la escalada rocosa de gran dificultad, porque, como puede imaginarse, para esos ejercicios acrobáticos hay que tener mucha fuerza en los dedos. Posiblemente, mediante una paciente rehabilitación, mi mano llegaría a normalizarse al cabo de los años, pero no podría estar en forma para la temporada siguiente.

Resignándome, abandoné todos los proyectos de grandes ascensiones y decidí emplear mis energías en la construcción de un chalé.

El tiempo arregla bastantes cosas y tras varios años de relación bastante fría, debida sobre todo a una fuerte oposición entre nuestros caracteres y agravada por la diferencia entre generaciones, volví a retomar el contacto con mi padre. Poco a poco había comprendido que, aunque era excepcionalmente severo y testarudo con sus ideas y sus principios, bajo su apariencia dura y austera era un hombre de una gran bondad. Después de haber temido que me podría ir mal, estaba extremadamente feliz de comprobar que me ganaba la vida de una forma decente y honrada.

Es cierto: ¡la profesión que había elegido no es la que él había soñado para mí...! Pero el hecho de que había triunfado de forma brillante aportaba un poco de alivio a esa herida en su amor propio.

Mi pasión por el alpinismo le resultaba siempre incomprensible y, sin duda, la juzgaba un poco aberrante. Pero el rigor de mi línea de conducta y los esfuerzos a los que me enfrenté para seguirla le parecían respetables e incluso dignos de admiración.

En el transcurso de los últimos años me propuso a menudo ayudarme en la medida de sus posibilidades, pero mi excesiva arrogancia me hizo rechazar siempre sus ofertas. Considerando lo importante que era para mi futuro tener una buena casa donde vivir pero creyéndome incapaz de construirla con mis escasos recursos financieros, decidí dejar a un lado mi arrogancia y aceptar la generosidad de mi padre. Gracias a su ayuda pude aprovecharme de unas condiciones excepcionales para adquirir, a un precio muy bajo, un terreno admirablemente bien situado, justo enfrente del Mont Blanc, así como los materiales de un chalé en perfecto estado, que sus propietarios, sin duda demasiado ricos, querían demoler.

Desmontando y numerando con cuidado cada tabla y cada objeto, transportando todo a mi terreno y reconstruyendo después esta gran casa de madera con una suma de dinero sorprendentemente baja, pude por fin ubicar mis pertenencias en un lugar cómodo.

Por supuesto, debía desempeñar personalmente una gran parte del trabajo que se avecinaba, pero los periodos entre las temporadas altas me dejaban el tiempo necesario para hacerlo; además, muchos compañeros habían prometido echarme una mano.

Me estaba enganando a este trabajo, que me apasionaba y me absorbía, hasta tal punto que

incluso me había resignado a renunciar al gran alpinismo. Llamado por una especie de aburguesamiento, sentí de repente que ya era el momento de poner fin a una progresión que me aproximaba sin cesar a los límites de lo posible.

Por su parte, Lachenal tenía otras ideas. Habiendo tomado conciencia de su categoría como escalador y con esa vitalidad tan bulliciosa que le caracterizaba, quería a toda costa intentar el Eiger. Él se sentía capaz de ir durante toda la ascensión en cabeza de cordada y pensaba que, incluso con mi mano parcialmente inutilizada, yo sería un aceptable segundo de cuerda para él.

Decidido a conseguir lo que se proponía, comenzó pacientemente a convencerme. Encontró una ayuda muy valiosa en mi mujer, porque ella también pensaba como él, y le entristecía verme, a mis veinticinco años, renunciar a mi pasión por las grandes escaladas para conformarme con las actividades irrelevantes de un guía tradicional. Mi mujer esperaba que un éxito en el Eiger —del que, con una admirable falta de conocimiento, no dudaba ni por un instante— serviría para estimular mi entusiasmo y me permitiría empezar de nuevo. No pasaba un día sin que Lachenal o Marianne, y a veces los dos juntos, no trataran de convencerme para que reanudara los entrenamientos y pudiera estar listo de cara al intento del Eigerwand. Con la esperanza de convencerme, llegaron incluso al extremo de poner una fotografía de esta famosa pared frente a mi cama.

Cuando llegó el mes de mayo, a pesar de los ejercicios de rehabilitación, mi mano seguía estando muy débil y mi índice, muy sensible al frío. Así, en lugar de recuperar mi moral de gran escalador, me esforzaba encarecidamente en sacar adelante mi chalé. Sin embargo, empezó a hacer un tiempo magnífico y las condiciones de la montaña, ideales para las grandes escaladas de hielo. Cuando, ocupado en oscuras y penosas tareas de nivelación del terreno, levantaba por un momento la cabeza para respirar, no podía dejar de percibir los afilados picos que, como sirenas de deslumbrante roca, lanzaban hacia mí sus misteriosas llamadas. Poco a poco, la nostalgia del mundo de las cumbres surgió en mi corazón y cuando, a fin de mes, Lachenal vino a proponerme que tratáramos de realizar juntos la tercera ascensión del Nant Blanc de la Aiguille Verte, no pude resistir la tentación de aquella hermosa y magnífica escalada glaciara. A pesar de que cedí, no olvidé la construcción de mi chalé. Antes de aceptar la propuesta de Lachenal le hice prometer que, en compensación del día de trabajo que iba a perder, me ayudaría en mis labores de construcción durante un tiempo igual. Además, no abandoné el terreno de edificación hasta no acabar el trabajo de aquella tarde.

Tras cenar rápidamente y subir en bicicleta hasta Tines, a las siete y media de la tarde tomamos el sendero que conducía al punto de donde debía arrancar la escalada. Después de marchar durante tres horas tropezando por las pendientes abruptas cubiertas de rododendros, llegamos a un lugar adecuado para hacer nuestro vivac, muy cerca de la pared. No habían pasado ni cinco horas cuando tuvimos que volver a partir. Desde el principio nos dimos cuenta de que nuestra escalada se desarrollaría en unas condiciones excepcionalmente favorables. El *couloir* por el que iniciaríamos la escalada, que es uno de los que tienen una pendiente más pronunciada de todos los Alpes, estaba totalmente cubierto por una nieve muy dura que permitía escalar con los crampones de manera segura y rápida. Como casi siempre, Lachenal iba muy deprisa, de forma que subimos tan velozmente que ni siquiera perdimos tiempo en asegurarnos. Sin embargo, nuestra rapidez se vio cortada al llegar al primer cuarto del muro, debido a un breve paso de roca helada. Enseguida llegamos a una nueva

pendiente de nieve que nos permitió reanudar nuestra enloquecida marcha. A partir de aquel momento, supimos que superaríamos las dificultades antes de que el sol empezara a reblandecer la nieve.

Ésta era nuestra primera escalada del año. Gracias a que durante el invierno había esquiado y a los duros trabajos llevados a cabo durante la primavera, me encontraba en excelente forma física. Sin embargo, la falta de entrenamiento en alta montaña no me permitía realizar esfuerzos tan prolongados como en plena temporada. Después de pasar casi toda la noche en blanco y de escalar más de dos horas a la carrera, empecé a notar la fatiga en todo mi cuerpo. Como no me parecía práctico seguir ascendiendo a ese ritmo, propio de un criminal perseguido, le sugerí que redujéramos nuestra velocidad. Pero, aunque también para Lachenal era la primera escalada del año, él parecía no fatigarse, como si no fuera humano. Había entrado en ese estado de gracia que hace posibles los milagros y, en lugar de subir más despacio, aumentaba la velocidad sin dejar de recriminar mi flaqueza. Impulsado por aquellas energías sobrehumanas y esforzándome como una fiera perseguida logré seguir a mi amigo. A ese ritmo sólo necesitábamos cuatro horas para alcanzar el fácil casquete de la cima. En ese momento se produjo un curioso fenómeno. Al relajarse la tensión nerviosa, los efectos de la altitud se dejaron sentir bruscamente en nuestros organismos mal preparados. Una inmensa fatiga me invadió y la inhumana vitalidad de Lachenal se apagó como una vela en el viento. Más afectado que yo, el pobre apenas se podía tener en pie: nos sentíamos tan débiles como unos recién nacidos, no pudiendo dar ni veinte pasos sin desplomarnos sobre la nieve.

Necesitamos un tiempo tres veces superior al normal para realizar la última fase de la ascensión. A pesar del frenazo final, habíamos hecho la escalada en cinco horas y media, lo cual es una marca excepcional que muestra lo grandes que eran en esa época las posibilidades físicas y la maestría de nuestra cordada.

Este brillante triunfo en el Nant Blanc estimuló notablemente mi pasión por las grandes escaladas y me devolvió la confianza para atreverme a abordar ascensiones sin tanto predominio glaciario. Efectivamente, aunque las dificultades rocosas que habíamos encontrado en esta primera escalada habían sido escasas, pude comprobar que mi mano me molestaba mucho menos de lo que había temido.

En junio reanudé mi trabajo en la Escuela Nacional, donde estaba encargado de instruir a los jóvenes candidatos que querían titularse como guías. El tiempo era bueno y estable, y casi a diario realizábamos un recorrido clásico. Con este ritmo, pude rehabilitar progresivamente mi mano para la escalada y alcanzar una forma física óptima.

En Francia era imposible encontrar las suelas de caucho moldeadas llamadas Vibram, y habíamos pedido a un amigo nuestro, el guía italiano Toni Gobbi, que nos las consiguiese. Con su gran gentileza, Toni había aceptado hacernos ese favor. Tras un intercambio de correspondencia de un lado al otro del Mont Blanc, realizamos una reunión de contrabandistas en el Col du Midi cierto domingo de junio.

Subir hasta allí por el interminable itinerario de la Vallée Blanche, o por el más corto pero poco más interesante del Glacier Rond, nos parecía un pesado fastidio. Con la finalidad de hacer agradable el paseo habíamos imaginado alcanzar nuestro punto de reunión escalando el elegante y

difícil espolón norte de l'Aiguille du Midi. Se trataba de una vía muy sinuosa ¡pero mucho más interesante! La estación superior del antiguo teleférico de Glaciers nos acogió esa noche. Todavía estaba oscuro cuando el despertador nos empujó afuera. No brillaba ninguna estrella; lloviznaba suavemente y las nieblas húmedas ocupaban los flancos de la montaña.

El tiempo era verdaderamente demasiado desagradable para atacar y volvimos enseguida a taparnos con las mantas. Al amanecer, el cielo se despejó un poco; aunque es verdad que no se trataba de buen tiempo y que la mejoría no era mucha. Pero la lluvia había cesado y, a veces, entre las nubes aparecía un pequeño trozo de cielo azul. No necesitábamos mucho más para que nos decidiéramos a lanzarnos sobre el espolón. Pero para llegar a la hora de la cita hacía falta ir deprisa, ¡muy deprisa!

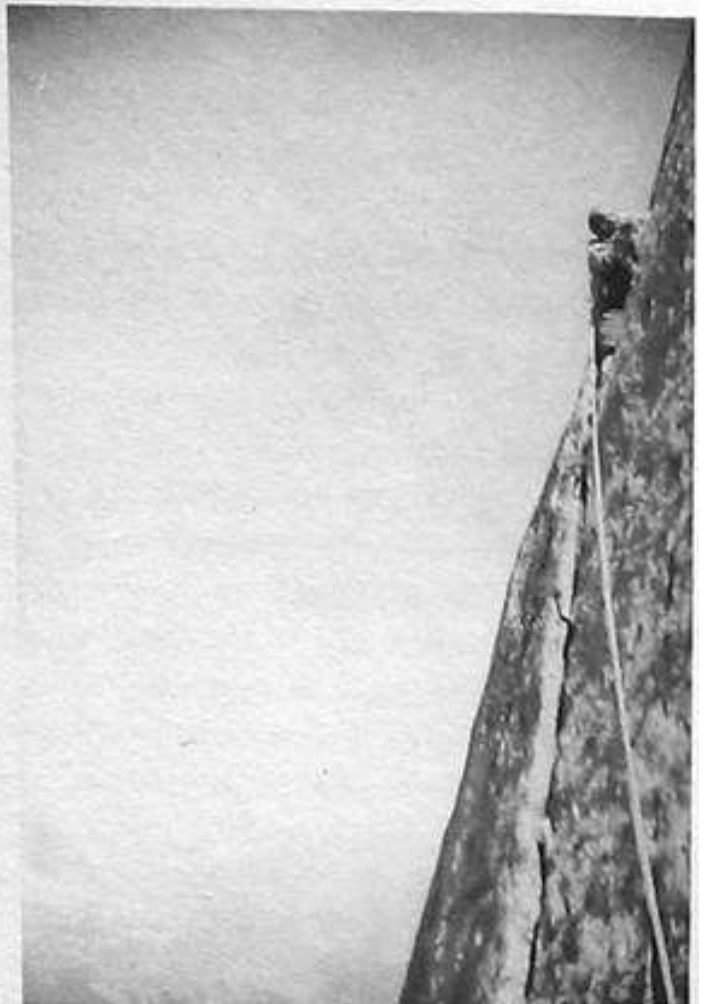
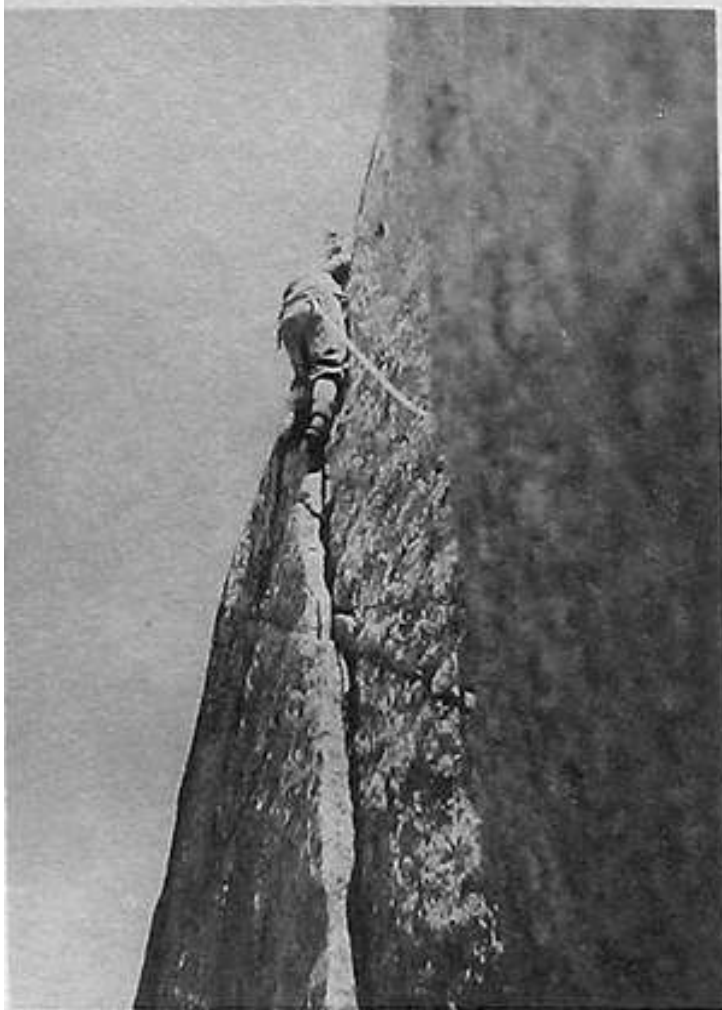
En menos de media hora estábamos en el ataque. Escalando como si estuviéramos poseídos por el demonio, cinco horas más tarde nos encontrábamos en la cima norte. Sin embargo, cuando llevábamos dos tercios de la ascensión y constatando que nuestro retraso no sería tal, nos detuvimos media hora... ¡para tomar un bocadillo...!

Recorrido tras recorrido, volvía a recobrar la confianza en mis medios; desafortunadamente, hacia fin de mes, un incidente vino a romper esta curva ascendente.

Mientras escalaba la cara oeste del Peige, de la que ya antes había realizado la primera ascensión, el nudo del portamaterial donde llevaba mis útiles de escalada se soltó en el momento en que abordaba la difícil travesía que conduce a la fisura de salida, y pitones, mosquetones y martillo ¡desaparecieron en el vacío!

Para colmo de la mala suerte, la mayoría de los pitones que tenía habitualmente la pared había sido arrancada por una cordada precedente.

A pesar de esos múltiples contratiempos quise terminar la ascensión, pero en este paso, que la ausencia de pitones hacía mucho más difícil y expuesto, la debilidad de mi mano derecha me pareció terriblemente molesta. Conseguí, sin embargo, atravesar hasta la fisura de salida pero, en este punto que domina un profundo vacío, apenas podía mantenerme en equilibrio sobre minúsculas presas de pie. No podía ni progresar ni volver hacia atrás. Me faltaba fuerza en la mano derecha, que apenas servía para agarrar con suficiente energía la presa que me hubiera permitido sujetarme para efectuar el siguiente movimiento. Poco a poco sentía cómo mi mano izquierda se fatigaba y un temblor incoercible empezaba a recorrer todo mi cuerpo. Sintiendo que sufriría una caída decidí arriesgar el todo por el todo: con un movimiento precipitado, conseguí alcanzar una presa mejor para la mano izquierda y empotrar un pie en la fisura. Así, pude descansar un poco y terminar después normalmente el paso.



Como se puede imaginar, estas emociones minaron mi moral. ¿Cómo hubiera podido pretender aventurarme en la pared más temible de los Alpes manteniéndome sereno?

Después del curso de guías, y como disponía de algunos días libres, me planteé coger el toro por los cuernos. Decidí intentar una ascensión de gran envergadura y, según mi comportamiento, retomar o no el proyecto de tentativa del Eigerwand.

Ya que Lachenal no podría venir por culpa de su trabajo, mi amigo el guía Jo Marillac aceptó acompañarme. La arista sur de l'Aiguille Noire de Peuterey con sus pasajes considerados entonces de sexto grado, su gran desarrollo y sus 1200 metros de desnivel, nos parecía que destacaba entre las demás.

Antes de arriesgarnos en un recorrido de aquella reputación tan seria, decidimos intentar la primera ascensión directa del gran resalte de la arista suroeste del Pèlerin para depurar nuestro entrenamiento. Con su desplome, que tenía fama de infranqueable, esta corta escalada parecía presentar dificultades excepcionales. No quedamos decepcionados con lo que esperábamos y franquear el desplome en escalada libre, así como algunos otros pasajes, se revelaron muy serios. A pesar de que mi mano seguía estando bastante débil, conseguí remontar estos obstáculos en cabeza de cordada, y esta escalada de buen nivel volvió a darme una inyección de moral.

La arista sur de l'Aiguille Noire de Peuterey es uno de los recorridos de roca pura más bellos de todos los Alpes. Sólo un gran escritor podría evocar el poder de los pilares titánicos que la sujetan, la elegancia de sus torres, el cálido color de su granito...

Incluso el alpinista más experimentado se queda intimidado ante este gigantesco yacimiento de roca que la mano de la naturaleza parece haber moldeado con arte salvaje.

Estéticamente sin rival, muy larga y mantenida, la arista sur no es, a pesar de todo, una escalada de primer orden. La reputación de dificultad que todavía poseía en 1947 era, sin embargo, muy superficial. Con Marillac, rodeados por un tiempo amenazador, apenas necesitamos nueve horas para recorrerla, y eso a pesar de una grave confusión en el itinerario. Luego, cordadas fabulosamente rápidas la han escalado en menos de siete horas. He vuelto a ascender la arista sur otras cinco veces como guía profesional y la conozco muy bien. La mayoría de los clientes que he llevado allí eran alpinistas de una habilidad modesta; a ninguno se le hizo especialmente grande, lo que sin duda sí habría ocurrido en caso de tratarse de una auténtica ascensión de sexto grado.

Aunque esta prueba no era muy concluyente, la gran facilidad con la que me vi evolucionar en la Aiguille Noire me devolvió la confianza en mí mismo y decidí seguir a Lachenal al Eiger.

El periodo de tiempo libre que mi amigo quería utilizar para nuestra tentativa se aproximaba. En esas fechas, yo normalmente hubiera debido ocuparme de la recepción de los asistentes a un curso para «aspirantes a guías». Pero, con mucho espíritu deportivo, el director de la Escuela Nacional, René Beckert, me dio permiso para que pudiera ausentarme.

Desafortunadamente, me hice un esguince de tobillo durante el descenso de la Aiguille Noire, y esta herida tardó en curar. Cojeaba un poco y hubiera debido tomarme algunos días de descanso.



Pero me era imposible descansar durante la primera mitad del curso y después pedir un nuevo permiso para irme a luchar con la famosa pared del Oberland bernés. Me arriesgaba a escuchar de nuevo la frase de mi capitán, quien, a la vuelta de la cara norte de los Drus, indignado porque había efectuado la ascensión después de haber estado enfermo la semana anterior, escribió: «O se está malo o no se está». De hecho, la gente corriente no imagina que, para realizar un deseo excepcional, algunos hombres, cuando están enfermos o heridos, pueden encontrar en el fondo de ellos mismos una fuerza insospechada que les permite dominar el mal.

A pesar del dolor, arrastrando la pata como la cola de una caravana, continuaba realizando mi trabajo. ¡Pero el cielo estaba conmigo! El tiempo se volvió muy malo y nuestra actividad se redujo a ejercicios en las aulas o en las inmediaciones de los valles. Así, pude cuidar mi tobillo e incluso conseguir que se curase.

Por su parte, Lachenal, aprovechando al máximo el buen tiempo que tuvimos a comienzos de esta temporada, había acumulado grandes escaladas, realizadas en tiempos sensacionales, e incluso había logrado la cuarta ascensión del espolón central de las Grandes Jorasses. Se encontraba en una forma asombrosa y estaba repleto de fuerza y jovialidad. Todavía puedo verle llegando a los refugios con su paso felino y con su delgado y bello rostro iluminado por unos ojos llenos de alegría e inteligencia. Se reía de todos y contaba constantemente chistes verdes o absurdos, derramando a su alrededor una vitalidad que, en un segundo, llenaba de calor el ambiente.

Nuestra tentativa al Eiger se anunciaba del mejor modo posible. Pero el tiempo, que era pertinazmente malo, parecía forzarnos a que nos replanteáramos la cuestión. La víspera del día previsto para nuestra partida, el cielo empezó a despejarse. Había nevado en las cumbres, pero, más abajo, la montaña parecía estar en buenas condiciones. De todas formas, la suerte estaba echada y había que intentar la aventura.

El alpinismo no se considera generalmente como un deporte, lo que a veces parece discutible. Sea lo que fuere, esta actividad se diferencia del resto de los deportes por el hecho de que el hombre, en lugar de enfrentarse a otros hombres, con el vano deseo de superar a su semejante y sin duda de poder pregonarlo, lucha contra las fuerzas de la naturaleza y su propia debilidad.

Salvo excepciones bastante raras, al alpinista no le espera la gloria, incluso ningún espectador puede animarle. Sin otro testigo que su compañero de cordada, en la soledad y el silencio de la montaña, se bate por la única satisfacción de vencer el obstáculo que se ha impuesto, sólo por el orgullo de sentirse fuerte y valiente. Ningún juego está tan desprovisto de las contingencias humanas, ninguna actividad es más pura, más desinteresada que el alpinismo en su forma primitiva, y es precisamente en esta sencillez, en esta pureza, donde residen su grandeza y su seducción.

Pero aunque se mueven cerca del cielo, en la pureza infinita de un mundo de luz y de belleza, los alpinistas no son ángeles. Siempre son hombres y su corazón sigue manchado por la maldad del mundo del que proceden y al que, pronto o tarde, deberán volver.

Bien pocos son los que permanecen insensibles a las seducciones de la gloria cuando, por fortuna, ésta viene a acariciarlos con su ala.

Es un hecho innegable: siempre ha reinado entre los mejores escaladores cierto espíritu competitivo y la conquista de ciertas cumbres y de ciertas paredes, incluso su primera o segunda

repetición, a veces ha sido objeto de una rivalidad tan apasionada, tan violenta y tan mezquina como las peores batallas de un estadio. ¿No se han visto alpinistas injuriarse e incluso agarrarse del cuello a pie de las paredes? Otros, para eliminar a su competencia, emplean todos los medios, incluso los menos nobles, como darse malas informaciones, esconder o robar el material, ¡y hasta cortar la cuerda!

Lachenal y yo siempre hemos juzgado tales excesos profundamente despreciables y yo quedaría eternamente sorprendido de que hombres que han escogido una actividad donde el móvil debería ser la búsqueda de la grandeza, puedan dar pruebas de un comportamiento tan mezquino. ¡Les hubiera convenido más decantarse por las carreras de bicicletas!

Creo poder decir que la carrera de nuestra cordada ha estado excepcionalmente poco marcada por el espíritu de competición. Es por ello por lo que sólo hemos realizado un pequeño número de primeras ascensiones. Sin embargo, en esa época las posibilidades en este campo eran todavía grandes.

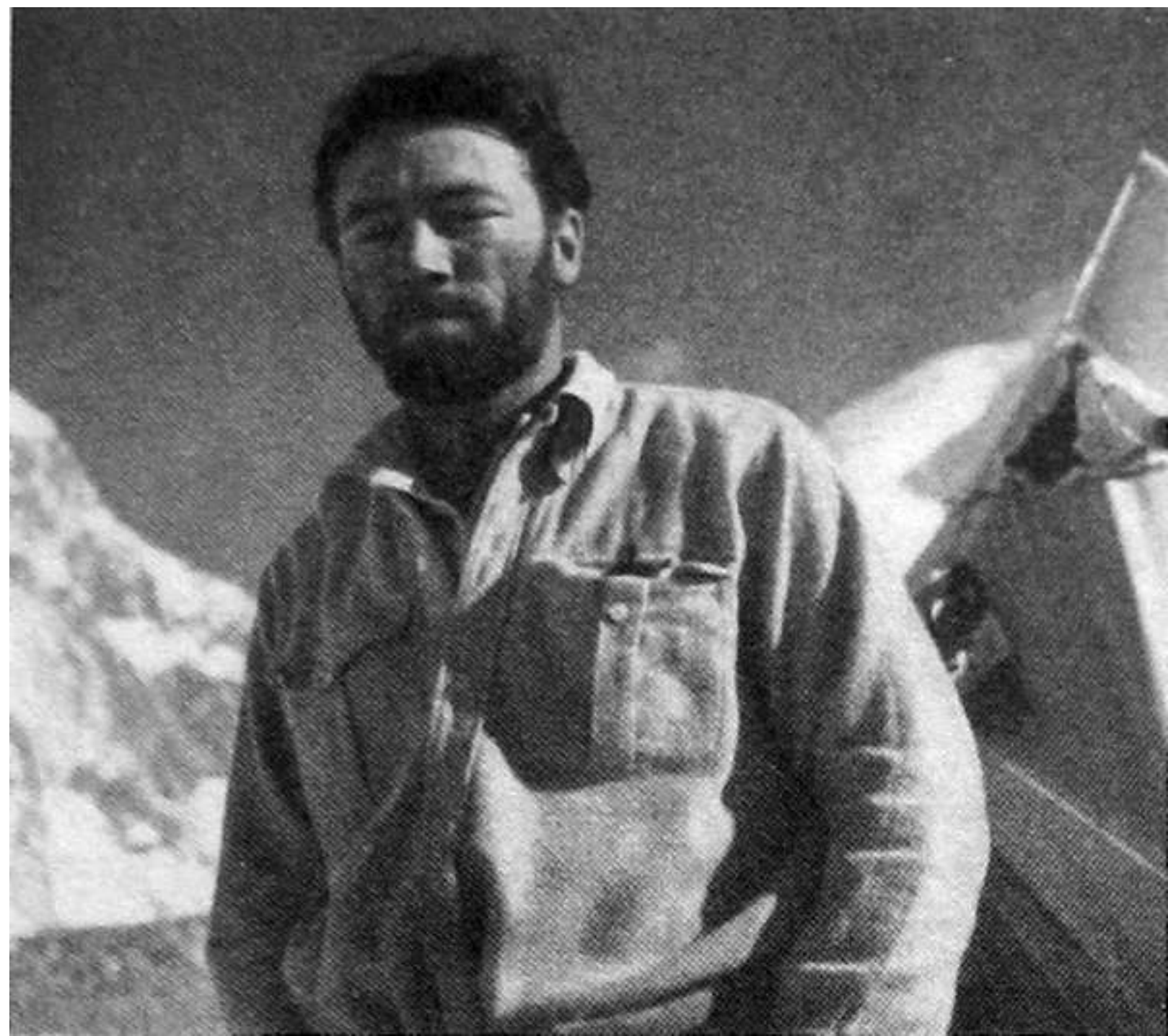
La repetición de los mejores itinerarios de los Alpes nos parecía tan apasionante como la conquista de paredes menores más o menos olvidadas en algunos rincones. Por otra parte, y si se quiere reflexionar sobre ello, la mayoría de las murallas y de las aristas conquistadas en el transcurso de estos quince últimos años ha guardado su virginidad durante mucho tiempo, de la misma manera que muchas chicas feas, mucho menos porque fueran difíciles de conquistar que porque carecieran de atractivo. ¡Qué decir de las minúsculas paredes y de los subespaldones en los que algunos escaladores buscan hoy su gloria! Tales «hazañas» no tienen otro atractivo que el de dar a sus autores el efímero renombre que puede proporcionar una prensa ignorante de los auténticos valores, pero sin duda no les aporta nada más.

Algunos dirán tal vez que, aunque hemos renunciado a ser los primeros, nuestro espíritu competitivo se ha manifestado en perseguir realizar horarios sensacionales, lo que constituye una aportación particularmente estéril. Evidentemente, me sería difícil contradecirlos. Sin embargo, estoy seguro: Lachenal sólo escalaba tan deprisa porque rebosaba vitalidad, porque la velocidad de ejecución implica necesariamente virtuosismo, y él era un bailarín de las cimas al que le encantaba vencer los obstáculos y desafiar la gravedad. Por otra parte, ¡cuántos de esos horarios fantásticos se ignoran por todos! ¡Cuántas de sus ascensiones que comenzaron a una velocidad de meteorito se transformaron enseguida en un lento paseo de turistas prendados por la belleza del paisaje! En cuanto a mí, electrizado por el poder magnético de mi amigo, me dejaba a veces atrapar por el juego. En ocasiones, también seguía con la lengua fuera y protestando con todas mis fuerzas. Sí, sinceramente, creo poder decir que el espíritu competitivo nunca nos ha atenazado demasiado fuerte. Sin embargo, no siempre pudimos deshacernos completamente de él, especialmente en el Eigerwand.

En aquel mes de julio de 1947 no ignorábamos que, además de nosotros, algunos escaladores ansiaban también probar sus fuerzas en la cara norte del Eiger. En el fondo de nuestro corazón, deseábamos que los acontecimientos nos permitieran ser los primeros en renovar la hazaña de los austroalemanes.

La cordada que más podía hacernos la competencia era la formada por los cuatro escaladores de París que, el año anterior, se nos habían adelantado en el espaldón de la punta Walker. Esta cordada

estaba dirigida por el más notable de los alpinistas franceses de la preguerra, el veterano Pierre Allain, a quien acompañaban virtuosos y muy entrenados escaladores de roca. Además, iban provistos de un material ultramoderno, disponían de mucho tiempo y parecían tener grandes posibilidades de éxito. Pero les faltaba una mayor experiencia en el hielo y un entrenamiento más adecuado de alta montaña.



Pierre Allain, el más notable de los alpinistas franceses de la preguerra.

Desde la temporada anterior, una amistosa rivalidad nos enfrentaba a los parisinos, y daba la impresión de que también este año, como tenían más tiempo libre, nos precederían.

El azar nos favoreció: tres miembros de la cordada de París habían llegado a Chamonix hacía varios días, pero Allain, informado de las malas condiciones atmosféricas que reinaban en los Alpes,

había decidido aplazar su llegada.

El tiempo, que se despejó notablemente el mismo día en el que por fin podíamos partir, nos permitió adelantarnos a nuestros competidores.

El viaje hacia el Oberland se efectuó muy democráticamente: en ferrocarril. Nuestra impaciencia de jóvenes pura sangre fue sometida a una dura prueba por las largas horas de inactividad necesarias para atravesar Suiza. A Lachenal, sobre todo, le pareció interminable este viaje. Yo estuve leyendo, pero como a él no le gustaba leer estuvo fumando sin parar. En el tren de cremallera de la Scheidegg, aunque nuestros carnés profesionales estaban en regla, no se nos permitió pagar la tarifa especial de guías: un punto negativo para la buena acogida que se dice que suelen dar los suizos a los extranjeros. Por fin, el 14 de julio, a las diez de la mañana, llegamos a la Kleine Scheidegg. Muy cerca de nosotros la pared norte del Eiger se elevaba sombría, salvaje y majestuosa.

La había admirado tantas veces en fotografías que creía que al verla me resultaría familiar. A duras penas pude reconocerla, porque me pareció mucho más formidable de lo que había imaginado. El corazón se me encogió. Observando apasionadamente aquellas paredes gigantescas, Lachenal y yo intercambiamos impresiones. Lo único que hice fue murmurar como un tonto:

—Contemplado desde aquí, esto parece imposible. Tendremos que verlo más de cerca.

Lachenal, que ya había visto el Eiger en invierno, parecía desagradablemente impresionado por el aspecto liso y dolomítico que presentaba en verano. Rascándose la barbilla, en un ademán que frecuentemente solía adoptar, gimió bromeando:

—¡Vaya, vaya, esto es tan liso como mis nalgas...! ¡Si mi madre lo viera!

Pero la primera impresión se disipó poco a poco. Pronto, nuestra costumbre de abstraernos de la sensación de verticalidad y la ausencia de relieve que da una visión de frente, nos permitió apreciar más objetivamente a nuestro adversario. Mil detalles comenzaron a surgir y no nos costó demasiado adivinar el itinerario seguido por los primeros triunfadores, así como los puntos característicos de su avance: la travesía Hinterstoisser, los dos neveros, la Rampa y la Araña.

El cielo era de un azul muy intenso y sólo unas pocas nubes vaporosas permanecían pegadas a los flancos de la montaña. Todo auguraba un largo período de buen tiempo. Por el contrario, las condiciones de la muralla parecían muy poco favorables: una capa de nieve reciente blanqueaba la cima y las paredes relucían por la humedad.

La prudencia nos hubiera aconsejado esperar uno o dos días antes de iniciar la escalada, porque, de esta forma, gracias al calor, la pared se habría podido secar algo. Sin embargo, nosotros preferimos no perder ni un solo día de buen tiempo, decidiendo respetar el plan original y atacar la montaña aquel mismo día.

La documentación de la que disponíamos se limitaba a un relato de Heckmair, aparecido de forma resumida en la revista *Alpinisme*, y a algunas informaciones contradictorias e imprecisas sacadas de aquí y de allá. Todo ello, por supuesto, sólo nos daba un conocimiento bastante incompleto del problema. Sin embargo, a falta de algo mejor, deberíamos establecer un plan de ataque partiendo de estos datos.

De estas informaciones habíamos deducido que la parte inferior del Eigerwand era muy fácil hasta la travesía Hinterstoisser, donde rápidamente las dificultades de tipo principalmente glaciar se

combinan con pasajes rocosos situados entre la Rampa y la Araña. Éstos son el verdadero «hueso» de la pared, mientras que la parte cimera es, de nuevo, relativamente sencilla.

Considerando exactos estos datos, habíamos decidido atacar a mediodía, de forma que llegásemos a vivaquear inmediatamente después de la travesía Hinterstoisser, que equiparíamos con cuerdas fijas. Así, en caso de que cambiase el tiempo, podríamos batirnos en retirada fácilmente. Partiendo de allí pensábamos que, gracias a nuestra buena técnica en hielo, alcanzaríamos la parte alta de la Rampa antes del final de la mañana, lo que nos permitiría llegar a la cumbre la misma tarde. La última sección de la muralla podía ser escalada de noche si hacía falta. En 1947 era muy audaz lanzarse a la segunda ascensión de una pared todavía muy cargada de misterios y de leyendas, que después de haber ocasionado la muerte de ocho alpinistas, había exigido más de tres días de esfuerzos desesperados a sus primeros ascensionistas.

Una vez tomada esta decisión, volvimos a subir al pequeño tren de cremallera del Jungfrauoch para subir hasta la estación de Eigerletscher, que constituye el mejor punto de partida para el Eigerwand. Allí, tomamos una sabrosa comida que nos habíamos traído de Francia, debido tanto a nuestra pobreza como a nuestra carencia de divisas. Dejamos una mochila con ropa y víveres para el regreso, y una nota explicativa en la que, sin decir dónde íbamos, pedíamos al gerente que la abriera en caso de que no hubiéramos regresado antes de tres días. Después, volvimos resueltamente nuestras espaldas al mundo de los hombres.

Recorrimos el pie del muro siguiendo un corto camino lleno de piedras pequeñas, y a la una y cinco encontramos un lugar idóneo para empezar la escalada. Inmediatamente, comenzamos a subir. Las dificultades eran escasas y, provisionalmente, la cuerda iba guardada en mi mochila. Como el objetivo de esta primera jornada no estaba muy lejos, disponíamos de mucho tiempo y, por eso, subimos despacio para evitar toda fatiga inútil. Las paredes más grandes de los Alpes no presentan dificultades técnicas superiores al resto; al contrario, algunas más abruptas pero más cortas presentan una escalada que reclama mayor acrobacia y refinamiento. Lo que da un valor superior a ascensiones como la Walker o el Eiger y les confiere un carácter de aventura es su gran altura y la enorme cantidad de tiempo que exige su escalada. En estas murallas, los escaladores están gravemente expuestos a los caprichos del cielo. En caso de tormenta, sobrepasada cierta altitud, se hace extremadamente arriesgado volver hacia atrás, hasta tal punto que la mayoría de los alpinistas prefiere abrirse camino a toda costa hacia la cumbre.

Aunque la experiencia haya probado que los hombres arrinconados por la muerte consiguen triunfar a menudo gracias a la valentía y a la energía que da el instinto de conservación, en las grandes murallas el mal tiempo es un peligro considerable. Y como los progresos de la meteorología no permiten conocer con certeza el tiempo del día siguiente, e incluso de la misma tarde, de entre los alpinistas de vanguardia capaces de afrontar las mayores dificultades sólo aquéllos de espíritu más aventurero y de corazón más audaz han aceptado afrontar estas paredes.

Pero aquel día las condiciones atmosféricas se anunciaban excepcionalmente favorables; el tiempo se había despejado progresivamente, soplaba una ligera brisa del norte, el cielo mostraba un azul límpido; todo estaba asociado para hacernos creer que no vendría ninguna tormenta a turbar nuestra ascensión. Ciertamente, la suerte estaba con nosotros...

Gracias a estos excelentes augurios, felices y serenos nos elevamos por la pared más alta y mortal de los Alpes.

Mientras ascendíamos, charlábamos sin parar. Por un efecto óptico muy conocido, la pendiente, vista desde abajo, ya no aparece tan vertical y el relieve se nota mucho más. Por otro lado, aquel día me pareció que la pared presentaba menos dificultades y, bromeando, dije:

—Esto empieza a humanizarse. Incluso temo que lleguemos arriba antes de que anochezca.

A pesar del optimismo proporcionado por la serenidad del cielo, nos preocupaba la calidad de la roca y, sobre todo, las frecuentes caídas de piedras que, continuamente, resonaban en la montaña.

De momento, nos encontrábamos en un terreno de rocas calcáreas muy lisas y compactas que formaban pequeños muros cortados por viras. Debido a la escasa altura de estos obstáculos, avanzábamos cómodamente. Sin embargo, más arriba, los pequeños muros se transformaban en paredes y, por eso, tendríamos que enfrentarnos a una escalada de una técnica completamente distinta a la del granito de la zona de Chamonix, al que estábamos acostumbrados. Por otra parte, temíamos encontrarnos en el Eiger en un terreno nuevo.

Lo que nos inquietaba más eran los desprendimientos de piedras. De momento, sólo se trataba de pequeños guijarros aislados y, cuando los oíamos silbar, nos pegábamos a las paredes. A pesar de todo, estos desprendimientos nos ponían un poco nerviosos, porque nos recordaban que toda la ladera podía verse, de un momento a otro, inundada por avalanchas de piedras de las que no podríamos escapar.

Cuando estábamos acercándonos a la Rote Fluh, oímos sobre nuestras cabezas unas detonaciones, viendo pasar a nuestra izquierda algunos bloques de piedra que acabaron rompiéndose en pedazos cincuenta metros más abajo. El polvo llegó hasta nosotros desprendiendo un olor a pólvora. ¿No era éste, acaso, el perfume de las grandes batallas?

Después, encontramos las primeras señales del paso del hombre: un gorro roto y alguna ropa vieja hecha trizas. Posiblemente, estas cosas pertenecieron a los que perdieron su vida en la inútil conquista de este mundo de roca. Una tristeza indescriptible surge de estos residuos. Por un instante desfiló por mi mente todo lo que había leído acerca de las tragedias del Eiger. Volví a ver las fotografías de los héroes caídos: rostros iluminados que agonizaron en esta montaña.

Por una siniestra ironía del azar, encontramos junto a las huellas de los que murieron tratando de hallar la alegría de sentirse aún hombres en un mundo en el que la máquina domina, numerosos restos de los trabajos de construcción del ferrocarril de la Jungfrau.

Intentamos descubrir el agujero donde fueron arrojados los escombros producidos al perforarse el túnel, desde el que partieron, posteriormente, las inútiles expediciones que intentaron salvar a Kurz y a sus compañeros.

A nuestra derecha, vimos dos barras metálicas clavadas en la roca, pero nada más...

Por fin, y después de salvar un muro más alto que los anteriores, llegamos hasta un auténtico muro en el que una cuerda, ennegrecida por el tiempo, se balanceaba suavemente con la brisa.

Los problemas empezaban a surgir y debíamos atarnos. Después de dejar atrás un tramo muy difícil, Lachenal llegó a la parte extraplomada del muro. Como el paso presentaba dificultades, pensamos utilizar aquella cuerda abandonada para facilitar, sin duda, los ascensos y los descensos;

pero, debido a su mal estado, mi compañero prefirió pasar usando la técnica de la escalada libre. Sin embargo, en aquella roca lisa con escasos salientes no resultaba fácil. Tres viejas clavijas, de aspecto bastante sólido, nos facilitaron las cosas. Había que tener en cuenta que nuestras mochilas pesaban mucho y, por eso, esta fisura desplomada me pareció algo realmente serio. Un poco más adelante, la travesía Hinterstoisser surgía a nuestra izquierda.

El paso se encontraba totalmente empapado por el agua que caía de la parte superior del obstáculo. En el lugar encontramos varias cuerdas medio podridas, pero estaban tan deterioradas que ni por un segundo se nos ocurrió tocarlas. Esta «travesía aérea» parecía muy complicada y Lachenal optó por dejarme su mochila mientras se abría paso, encontrándose muchas clavijas bien colocadas. Louis, a pesar del agua que caía sobre su espalda, consiguió avanzar con bastante rapidez.

Desgraciadamente, nuestra cuerda era demasiado corta y nos vimos obligados a hacer una reunión antes de terminar el paso. Decidimos fijar a una clavija la cuerda que habíamos traído para el caso de una retirada.

Una vez hecho esto, empecé a subir con dos mochilas a mi espalda. Pero como las correas no eran lo bastante largas para dos mochilas, enseguida empecé a notar que me cortaban la circulación de los brazos. En estas condiciones, me costó mucho alcanzar a mi amigo. Aquello no era más que el principio. Más arriba, en una especie de *couloir* vertical, la presión de las correas me hizo sudar tinta. Fue un alivio verme, por fin, sobre la plataforma en la que Lachenal, con un cigarrillo encendido, me recibió burlonamente diciendo:

—Señor guía, ¿qué le parece nuestro dormitorio?

En aquel momento, pensé que el lugar era perfecto. La plataforma era tan amplia que podíamos estirarnos por completo. El suelo, claramente preparado por el hombre, carecía de protuberancias rocosas. Además —y éste era un detalle muy importante— la plataforma estaba cubierta por un resalte que la protegía de las piedras y de la lluvia. No podía pedirse nada mejor en plena pared norte del Eiger, y aquella noche este nido de águilas me pareció más suntuoso que un palacio.

Eran las seis de la tarde. Mientras franqueábamos la Hinterstoisser, la bruma que subía del valle había empezado a rodearnos, aunque sólo se trataba de los clásicos cúmulos propios del buen tiempo. Aquellas nubes, en vez de inquietarnos, reforzaron nuestro optimismo. Con el frescor de la tarde, las nubes adquirieron una tonalidad rosa por efecto de los últimos rayos de sol. Pronto desaparecerían fundiéndose con el cielo.

Sin apresurarnos, preparamos nuestro vivac. Ante todo, debíamos poner en orden las cosas que había en el suelo: ropa vieja, latas de conserva y todo tipo de clavijas abandonadas por los alpinistas que, después del primer intento de Hinterstoisser y de Kurz, subieron hasta este lugar con la esperanza de conquistar el bastión. ¿Cuántos escaladores habían dormido aquí, empapados y muertos de frío, después de la amarga derrota? ¿Y cuántos murieron por querer emular durante unas horas la apasionante vida de los conquistadores?

En un rincón encontramos una caja metálica cuidadosamente cerrada. Contenía algunas inscripciones en alemán. Nosotros añadimos un papel en el que se constataba nuestro paso y se daban algunos datos para la expedición parisiense que debía seguirnos.

Gracias a que trajimos, con mucho esfuerzo, gran cantidad de víveres, pudimos alimentarnos sin

restricciones. Después de comer hasta la saciedad, nos pusimos nuestro equipo de vivac: chaqueta de pluma, *cagoule* impermeable y; un verdadero lujo para nosotros, unos sacos dobles de patatas que nos protegían las piernas. Como era de esperar, estos «pies de elefante» último modelo no iban a llegar muy lejos, porque, tras proporcionarnos un gran confort aquella noche, quedarían abandonados allí por la necesidad que había de aligerar al máximo el peso en nuestra carrera hacia la cumbre.

Por la noche, la niebla se desvaneció por completo y el cielo se llenó de estrellas. Apretados contra la pared, con los pies colgando en el vacío, tan tranquilos como en la víspera de una fácil escalada clásica, dejamos que penetrara en nuestro ánimo la extraña poesía de aquellos lugares. En el cielo brillaban miles de estrellas. Pensé en los solitarios pastores de todo el mundo que, en este momento, también las estarían contemplando. ¿Acaso no había soñado ser pastor y dormir bajo las estrellas?

Pero, bajo nuestros pies, otras luces nos recordaban que los hombres están allí, casi tan cerca que pueden oírnos, tan cerca y sin embargo tan lejanos. En sus chalés de madera, pareciendo surgidos de otro tiempo, los montañeses ponen fin a una larga jornada. Algunos todavía están ordeñando las vacas de vientres hinchados por la hierba fresca; otros, ya inclinados sobre su plato, dan buena cuenta de la rústica alimentación. Más a la derecha, en el fondo del valle, en los grandes hoteles de Grindelwald, de solemne tristeza, los turistas destilan un elegante aburrimiento o bien se abandonan a la ruidosa fiesta de las tabernas y de las pistas de baile. Algunas veces el ruido de un claxon, el ladrido de un perro o la llamada de un vaquero suben hasta nosotros.

Pero en cualquier instante otros sonidos nos arrancan de esta dulzura bucólica y nos recuerdan el mundo hostil en el que nos hemos aventurado. La montaña resuena con mil crujidos; un torrente furioso muge a nuestra derecha y, de cuando en cuando, desprendimientos de piedras producen violentas detonaciones.

Impresionados por aquel insólito ambiente lleno de poesía, casi no hablamos. Lachenal perdió en aquellos momentos su locuacidad y permaneció fumando en silencio. Para festejar este vivac ideal, hice algo poco corriente: también encendí un pitillo.

Rápidamente nos invadió el sueño; nos tendimos en nuestra cama de piedra y, apretados el uno contra el otro, dormimos como niños.

A las cuatro de la mañana encendimos el hornillo. Al poco rato, aún de noche y con el silencio de la montaña, nos dispusimos a partir. Por un instante, me pregunté qué pensaría la gente al ver nuestras luces. Sin embargo, me di cuenta de que era muy poco probable que a esa hora hubiese alguien mirando al Eigerwand o pensando en nosotros.

Repentinamente, me abrumó la inmensa soledad que pesaba sobre nosotros, y comprendí la hostilidad de este mundo y la locura de esta aventura. Lo veía con una claridad espantosa. ¿Por qué continuar esta disparatada empresa? Aún podía rebelarme, gritar a Lachenal que estaba chiflado, decirle que me daban miedo las rocas heladas y que deseaba huir hacia el calor y la vida.

Pero no lo hice. Una fuerza misteriosa me impidió actuar. En el fondo, sabía que era demasiado tarde para volverme atrás. Mi suerte ya estaba echada: había que vencer o morir.

Vimos el lento amanecer de un día radiante; luego, preparados para el combate, nos lanzamos a él.



Unas placas cubiertas de una fina capa de hielo nos condujeron hasta la pendiente de hielo del primer nevero. Lo cruzamos rápidamente y desembocamos en el muro que nos separaba del segundo nevero. Al estudiar desde lejos la pared, habíamos pensado franquear esta dificultad por un delgado paso de hielo. Una vez allí, lo vimos: se encontraba a nuestra derecha. ¡Qué poco atractivo nos pareció en ese momento! Si queríamos superarlo, haría falta un minucioso, lento y pesado trabajo de talla. Era la única solución, porque las rocas que nos dominaban carecían de fisuras y parecían infranqueables.

Sin embargo, un poco más a la izquierda del paso de hielo, la pared rocosa formaba un diedro obtuso. No sabíamos lo que había en el fondo del diedro y Lachenal fue a echar una ojeada. Me hizo una señal para que me acercara. Lo único que había era un diedro extraplomado recorrido por una delgada fisura. A pesar de que su aspecto no era nada atractivo, él pensó que era posible pasar y, rápidamente, se quitó los crampones. Primero se elevó un poco por la cara izquierda del diedro y, después, emprendió una difícil travesía hacia la derecha. Una primera clavija, que no quedó demasiado bien fijada, le permitió mantener el equilibrio para hacer caer un gran bloque inestable. Indudablemente, nadie había pasado por allí. Una segunda clavija, más insegura todavía, le dio confianza suficiente para intentar una salida bastante arriesgada. Como no había ninguna fisura en la que poder colocar una tercera clavija, Lachenal intentó una salida audaz: colocó la punta del pie en un minúsculo saliente y, con el cuerpo pegado a la pared, mantuvo el equilibrio con la mano izquierda gracias a una presa diminuta. Después, estiró los dedos de la mano derecha y, al mismo tiempo, extendió lentamente las piernas, hasta que sus dedos encontraron un punto al que poder aferrarse con fuerza. Tras algunos movimientos muy rápidos, logró pasar.

Como yo iba cargado con las dos mochilas, no sentí ninguna vergüenza de utilizar la cuerda para llegar hasta donde estaba mi amigo.

Después, franqueamos otro paso difícil. Al llegar al final, Lachenal se encontró un pitón con anilla, dejado por alguno de nuestros predecesores, que él aprovechó para montar una buena reunión.

Habíamos llegado a la orilla derecha del *couloir* de hielo. En una situación normal, lo lógico hubiera sido aprovechar aquel momento para calzarse los crampones y remontar con ellos el *couloir*. Sin embargo, en aquellas circunstancias, sólo un acróbata hubiera podido ponerse los crampones. Además, la pendiente que nos esperaba parecía muy inclinada. La placa del lado izquierdo era bastante lisa, pero parecía conducir a una buena cornisa desde la que podríamos alcanzar sin grandes dificultades la parte inferior del nevero, Lachenal, que desde los primeros pasos había entrado ya en calor, empezó a luchar con la placa. La roca era muy compacta y los puntos de sujeción estaban dispuestos como en un tejado de pizarra.

Como la inclinación era relativamente moderada, pudimos avanzar. Louis, maestro en escaladas de este tipo, se encontraba allí como pez en el agua. Desplegando sus cualidades de equilibrista, alcanzó rápidamente lo que, visto desde abajo, parecía una vira. Entonces, se volvió para gritarme:

—Aquí no hay ni vira ni nada que se le parezca. Sólo veo un par de presas que pueden utilizarse y no hay manera de colocar un pitón. Ten cuidado al subir, porque si te caes, no estoy muy seguro de poder sostenerte.

No hace falta explicar la impresión que me causó lo que me decía mi amigo, y por eso le

contesté:

—Oye, Lili, si tan mal está, baja otra vez y pasaremos por el hielo.

Pero Lachenal gritó furiosamente:

—¡Miedica, no podemos perder tiempo! ¡Pasarás! Venga, date prisa.

Cuando llegué, pude comprobar que, efectivamente, había una ligera depresión en la que uno podía agarrarse sin demasiado esfuerzo, pero no existía ni la más mínima fisura en la que hundir un pitón ni tampoco salientes rocosos donde asegurarse. Lo que más me preocupó fue que, a continuación, en vez de hacerse más fáciles, las placas se ponían más verticales y estaban además recubiertas en gran medida por verglás.

El formidable vacío se abría bajo nuestros pies y la falta total de seguridad me impresionaba hasta el punto de darme náuseas. Experimenté una sensación comparable a la que debe tener un ladrón que se lanza imprudentemente a la pendiente demasiado pronunciada de un tejado ¡y no puede ni subir ni bajar!

Sin dejarme tiempo para discutir, Lachenal, completamente desatado, se lanzó sobre las placas, rodeando las partes verglaseadas; con su habilidad de gato, progresaba rápidamente. Pero pronto, un nuevo cambio de pendiente detuvo su impulso. Concentrado hasta el extremo, dudó un momento y luego, con las palmas de las manos invertidas, colocadas en adherencia sobre invisibles protuberancias, acometió una audaz superación. Agarrado a algunas presas de mi falsa vira, pertinentemente consciente de que al menor fallo de mi amigo daríamos un salto hasta el primer nevero, seguía la progresión con extrema angustia. Sólo mi confianza en la fabulosa habilidad de Lachenal me permitió esperar un desenlace favorable, pero sabía que si un poco más alto encontraba un obstáculo insalvable, no podría destrepar. En esta roca tan compacta como un muro de hormigón, le resultaría imposible colocar un pitón, poco a poco le vencería el cansancio, resbalaría y sería el fin...

Sin embargo, el que iba de primero, concentrado en el fuego de la acción, no daba mayor importancia al peligro y ¡hasta parecía feliz!

Ví cómo Louis subió lentamente un pie para situarse con infinita delicadeza entre dos trozos de hielo. Con una de sus manos tanteó la superficie que se encontraba por encima de su cabeza. Parecía que había encontrado algún lugar donde agarrarse, porque empezó a elevarse lentamente; aunque yo temía que se le escurriera el pie que tenía colocado en adherencia. Instintivamente, me agarré con fuerza a mis presas. Lentamente elevó la otra mano, luego sus pies subieron rápidamente: ¡ha logrado pasar! Por fin, me tranquilicé. Oí cómo una clavija se hundía en la roca y Louis me gritó:

—¡Solucionado! Creo que pasaremos, aunque el clavo no sirve de nada. Podré ayudarte un poco, pero procura no caerte.

Sabiendo que mi habilidad en este terreno era muy inferior a la de mi compañero y que el peso de mi mochila disminuía mis posibilidades, remonté aquella pared con el ánimo de un condenado a muerte. Cuando llegué al punto que presentaba más dificultades, tuve que detenerme unos instantes para «captar» el complicado movimiento que había permitido pasar a Lachenal. Sin embargo, mantener el equilibrio con las palmas de las manos me parecía imposible y, por eso, le dije:

—Sostenme bien.

Noté que la cuerda aligeraba bastante mi peso y aquello facilitó enormemente las cosas.

Louis no me había mentido. La siguiente placa, aunque también era muy pendiente, tenía muchos más puntos de sujeción que las anteriores, aunque seguíamos sin ver el nevero. Nos preocupaba que, más arriba, un nuevo saliente llegara a detenernos.

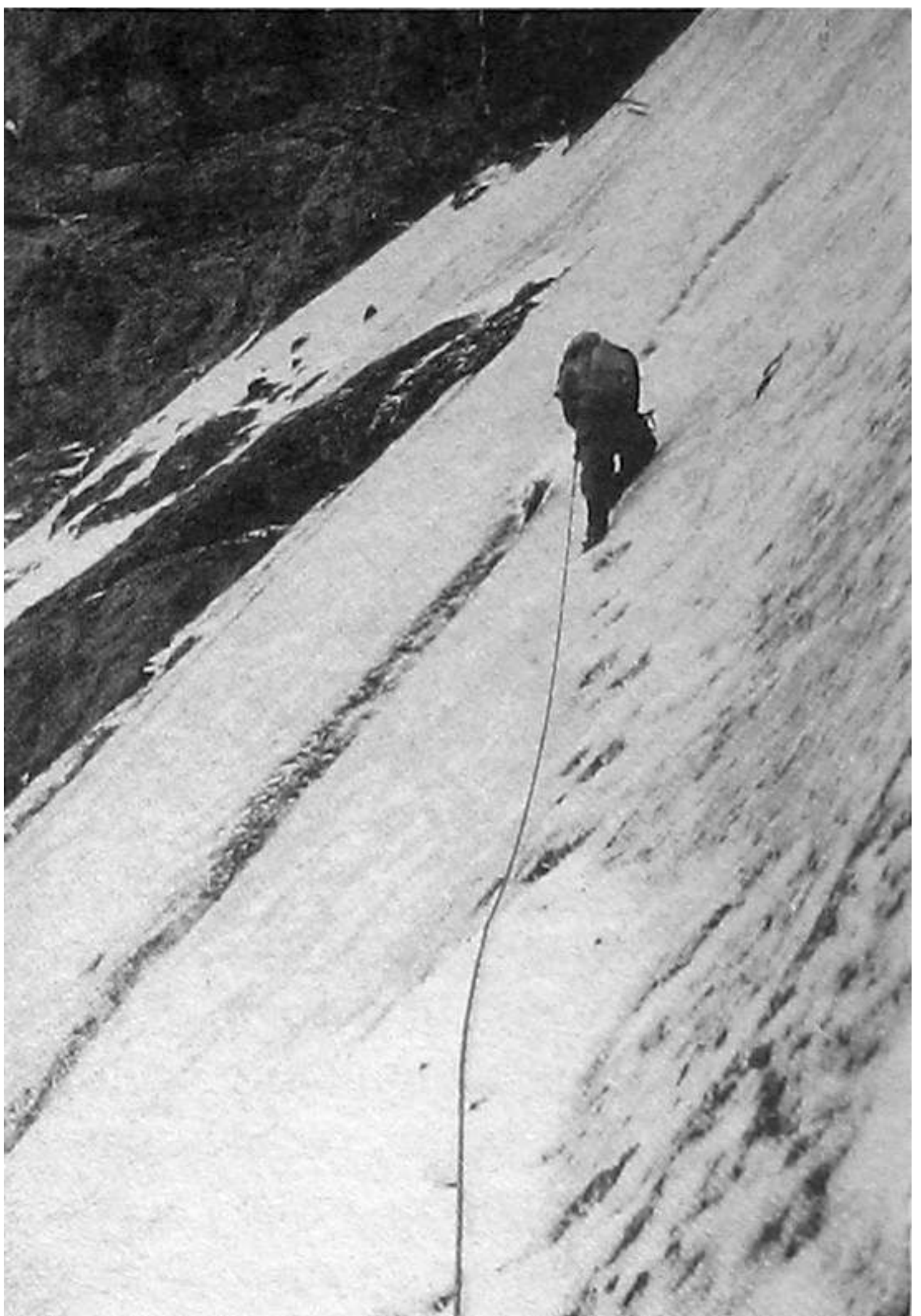
Con unos cuantos movimientos propios de un felino, Lachenal desapareció rápidamente por encima de mi cabeza. Delante de mí, seguía subiendo a un ritmo continuo, pero luego se detuvo. El tiempo se me hizo muy largo. Cuando empezaba a ser presa de la inquietud, Lachenal me tranquilizó diciendo:

—Hay un saliente, voy a asegurarme de nuevo.

Subí y le encontré, jovial y sonriente, sentado en una pequeña vira. Me dejé caer a su lado. Después de aquellas emociones, era indispensable detenernos para comentar los acontecimientos.

Al evitar aquel paso angosto perdimos mucho tiempo, y sólo las excepcionales cualidades de mi compañero nos permitieron salir vivos de la trampa en la que habíamos caído. Este grave error de apreciación se debió a que no estábamos acostumbrados a seguir un itinerario en una pared calcárea. De todas formas, nuestra situación no era dramática. Muy cerca de donde estábamos empezaba la pendiente de hielo del segundo nevero, y no parecía que fueran a surgir muchas dificultades hasta llegar a la Rampa. En aquel terreno de alta montaña, que era nuestra especialidad, podríamos recuperar el tiempo perdido. Y si queríamos conseguirlo, no podíamos continuar sentados allí; había que reemprender la marcha.

En pocos minutos llegamos al comienzo del nevero. Creíamos que después de un mes de junio muy seco la mayor parte de la nieve se habría fundido, retirándose lo bastante como para dejar libre el perfil rocoso del muro. Desgraciadamente, nuestras previsiones eran infundadas y el hielo llegaba hasta el mismo borde del abismo, no dejando el más mínimo paso rocoso. La pendiente era muy pronunciada, aunque sin llegar a superar los 50 grados. No había casi nieve, pero el hielo gris estaba demasiado débil como para permitir un avance seguro con los crampones.



Sería posible incluso subir sin asegurarnos el uno detrás del otro como lo hacíamos bastante a menudo. Pero ¿por qué asumir riesgos innecesarios? El tiempo seguía siendo ideal y un vivac antes de la cumbre no tendría ninguna importancia. Por prudencia, a cada largo de cuerda colocamos un pitón largo en el hielo.

El ascenso se efectúa en ligera diagonal hacia la izquierda, y los largos de cuerda se sucedían a un ritmo regular. Los rayos del sol comenzaban a rozar la pared y la temperatura se elevó; algunas piedras de pequeño calibre silbaban en nuestros oídos. Afortunadamente, alcanzamos enseguida la cima del nevero y las rocas que nos dominaban nos protegían eficazmente. La progresión seguía recorriendo la muralla hacia la izquierda. Un pequeño espolón interrumpió nuestro avance; para evitar volver a bajar, lo franqueamos directamente, pero el calcáreo es espantosamente delicado y es necesario tomar las mismas precauciones que los indios cuando avanzan por el sendero de la guerra; así perdimos casi media hora. Finalmente encontramos un pitón; el pequeño anillo de cuerda del que estaba provisto indicaba claramente que había servido para una retirada, probablemente la de Rebitsch y Vörg...

Sin duda, el paso estaba todavía más a la izquierda. Continuamos atravesando y casi alcanzamos el espolón rocoso que nos separaba del tercer nevero. Sería momento de encontrar un pasaje que nos permitiera salir de esta pendiente de hielo. Pero por encima de nosotros sólo había placas lisas, que chorreaban verglás. De repente, con sus ojos penetrantes, Louis localizó un pitón: a pesar del hielo, ¡había que pasar por allí...!

En este terreno difícil y con crampones, Lachenal hizo maravillas, pero tuvo que desplegar toda su habilidad y, sólo después de haber utilizado dos brocas de hielo, logró alcanzar un punto de reunión. Poco después, llegamos al filo del espolón.

Torcidos en una placa vertical, dos pitones oxidados nos recordaron la agonía de Merhinger y Seldmayer. Por un instante, recordé las fotos de sus caras; la de Merhinger completamente iluminada por una alegría infantil, la de Seldmayer más sombría, con una sonrisa un poco triste que aparecía en un rincón de sus labios. Medio agotados por una lucha heroica, se sentaron allí, durante horas y horas, con la esperanza de que volviera el buen tiempo, lucharon contra el entumecimiento mortal. Luego, lentamente, la nieve recubrió sus cuerpos y se extinguieron como un fuego bajo la lluvia.

Los años y las tormentas han pasado, las cuerdas se han deshecho, y un día la roca ha vuelto a estar tan desnuda como en los primeros tiempos del mundo. Sólo han quedado estos pitones para testimoniar el sacrificio de los conquistadores de lo inútil.

Pero rápidamente aparto de mí estos pensamientos melancólicos. La vida está aquí y bulle en nuestros cuerpos. El sol nos inunda con su luz; como una planta viva, la alegría germina en nuestras almas. Sólo algunas horas más de este combate magnífico y, más fuertes que los abismos, estaremos entre el viento de la cima.

Era la una de la tarde. El tiempo había pasado con una rapidez extraordinaria y debíamos apresurarnos. Yo estaba lanzado a la acción y quería continuar sin comer, pero mi compañero,

muerto de hambre, insistió en que hiciéramos una pausa. No hubo más remedio que acceder a su deseo; no importaba mucho, porque el cielo seguía siendo muy azul y no temíamos que se desencadenara una tormenta. Vaciamos nuestras mochilas en una pequeña plataforma que invitaba al reposo. Mientras devorábamos la comida como fieras hambrientas, discutíamos apasionadamente. Estábamos sobre un espolón que sobresalía de los neveros y podíamos ver ampliamente la muralla. Desde ese observatorio, intentábamos averiguar si era posible abrir una vía diferente a la utilizada por los primeros escaladores. Pero las formidables murallas de la Gelbewand no nos permitieron ver nada.

Como la Rampa estaba muy cerca, pudimos examinarla con cierta perspectiva. Parecía una especie de «canalón», terriblemente inclinado al vacío, y su parte inferior se erigía, en forma de chimenea vertical, entre dos paredes bastante lisas. Desde donde estábamos, su aspecto era desolador. Sin embargo, acostumbrados a no fiarnos jamás de las apariencias, decidimos esperar a encontrarnos sobre el terreno para juzgarlo.

Por un lado, nos obsesionaba la vía que debíamos seguir a través de aquella terrible muralla y, por otro, no podíamos dejar de contemplar el atractivo paisaje que se extendía hasta donde alcanzaba la vista: cimas redondeadas y hermosos pastos salpicados por las manchas marrones de los chalés. Llegaban hasta nosotros los dulces ruidos de esta tierra: el tintineo de los cencerros y las voces de la gente de la montaña. De vez en cuando, unos ruidos desagradables turbaban esta sinfonía: el mundo de las máquinas, con sus gritos metálicos y su espantoso aspecto, también estaba cerca.

¡Qué singular es la pared del Eiger, más agreste que ninguna y, sin embargo, avanzando como la proa de un navío hacia la vida y la civilización! En la punta Walker, los alpinistas luchan solos en pleno corazón de la alta montaña. Únicamente pueden ver gigantescas rocas levantándose hacia el cielo en un ademán trágico. Fríos glaciares y avalanchas que resuenan como un trueno infernal. No hay ninguna señal de vida: el hombre se siente allí como si estuviera en otro planeta y nada puede disminuir el valor que él se ha forjado.

En cambio, nuestra posición en el Eiger era muy extraña. A nuestros pies, y casi al alcance de la mano, se encontraba la tentadora tierra de los hombres. Pero nosotros, en plena pared, estábamos rodeados de una naturaleza mineral en la que únicamente las chovas tienen derecho de ciudadanía. ¿Qué pasión por la grandeza y lo absoluto nos hizo abandonar la vida apacible para ir a violar la orgullosa soledad de este desierto vertical?

Lo mismo que el día anterior, de vez en cuando se formaban nubes que subían hacia nosotros con mucha lentitud. A veces, una de esas nubes nos envolvía, pero el viento terminaba llevándosela y surgía de nuevo la imagen del valle inundado por el sol.

El trueno producido por una caída de piedras nos sobresaltó; a nuestra izquierda, una avalancha de grandes bloques rebotó en el segundo nevero, justo en el sitio por donde habíamos pasado hacía unas horas.

Nos habíamos retrasado bastante y era necesario ir más deprisa. Lachenal me propuso que me pusiera en cabeza de cuerda. Como yo no confiaba mucho en la eficacia de mi mano derecha, me atemorizaba estar por debajo de mis posibilidades, pero quería volver a sentir la sensación de dominar la gravedad. Él insistió con tal delicadeza y pasión que acabé por decidirme, y en cabeza de

cuerda emprendí la ascensión de la inclinadísima pendiente de hielo que conducía a la Rampa.

En este paso caían continuamente pequeñas piedras, aunque algunas llegaban incluso a ser como un puño. El lugar era tan peligroso que tuve que avanzar mirando constantemente hacia arriba mientras realizaba aquel delicado ejercicio con los crampones.

Cuando alcanzamos la Rampa, nos tranquilizamos bastante, porque estábamos fuera de la línea de las avalanchas. Nos sorprendió muchísimo comprobar que era muy diferente a como la habíamos imaginado: en lugar de ser un estrecho «canalón» lleno de dificultad, era un *couloir* tan sencillo que casi nos llevamos una decepción. Ansiosos por conocer cómo era la siguiente etapa de la escalada, nos precipitamos pared arriba uno detrás del otro.

Bruscamente, la Rampa terminaba y surgía una chimenea que dividía una pared vertical llena de resaltes extraplomados. ¡Ésa era la vía! Por desgracia, un torrente muy caudaloso caía impetuosamente por aquella fisura y parecía improbable que pudiéramos ascender resistiendo, al mismo tiempo, la fuerza de aquel salto de agua. Era un obstáculo completamente inesperado y, por un instante, nos quedamos sin saber qué hacer. ¿Podría aquel torrente impedirnos una victoria que estaba tan cerca? Pero el pesimismo fue disminuyendo. Había que intentarlo antes de rendirse. Me puse mi anorak impermeable y me dispuse estoicamente a penetrar en la cascada. Lachenal, mirando intensamente y con el mentón levantado, exclamó:

—¡Espera un momento! Creo que podemos pasar por la derecha. Mira allí: hay una fisura en ese bloque. Tú que dominas esta especialidad podrás pasar. Seguro. Más arriba, parece menos difícil y llegaremos a la parte superior de la chimenea bordeando los extraplomos.

Sin estar muy convencido, decidí intentarlo. Los espantosos desplomes que Lachenal me indicó me parecían mejores que la cascada. Sin dificultades, fui horizontalmente hacia la derecha hasta llegar a una pequeña gruta. La bóveda que había sobre mi cabeza estaba cortada por una fisura de unos veinte centímetros: ¡había que pasar por allí! Después de dejar sólidamente instalado un tornillo largo, traté de alcanzar la fisura; pero la roca se deshizo enseguida, porque sólo era un conjunto de bloques inestables recorrido por una veta de roca amarillenta que se desintegraba con la simple presión de los dedos. No conseguí subir los dos metros escasos que me separaban de la fisura.

Habiéndolo intentado varias veces, me dispuse a regresar desanimado hacia donde estaba Lachenal. Cuando examiné el lugar por última vez, me di cuenta de que el muro extraplomado de la derecha, aunque era una roca monolítica, estaba lleno de pequeños salientes horizontales. Repentinamente, pensé que si me agarraba con la punta de los dedos a esos resaltes, posiblemente alcanzaría una cornisa que me permitiría avanzar siete u ocho metros más.

Por otro lado, desde allí podría regresar hacia la chimenea.

Me encontraba en trance: ese furor sagrado que hace olvidar el peligro, centuplica las fuerzas y hace posibles los milagros. En otra época, aquella pared me habría parecido infranqueable, pero ahora me sentía capaz de hacer prodigios. Decidí probar suerte. Sin embargo, en el momento en que atacaba el muro, las cuerdas me retuvieron tirando de mí hacia atrás: el pitón, colocado en el interior de la cueva, las hacía girar formando un ángulo demasiado agudo y no corrían. Busqué una fisura en la que poder instalar otro pitón, pero no la encontré. Aquella roca era más compacta que el cemento. Por fin, descubrí un agujero de unos tres o cuatro centímetros de profundidad. Era demasiado

estrecho para una clavija normal. Recordé que por la mañana, en el vivac, había recogido del suelo un clavo minúsculo, que no era más grande que el diente de un tenedor. Busqué nerviosamente aquel clavo entre la quincalla que llenaba el bolsillo del pecho, y por fin lo encontré. Afortunadamente, encajaba tan bien que parecía hecho a medida. Tranquilizado por la mediocre seguridad que me daba aquel clavo, inicié el ascenso. Subí apoyándome en la punta de los dedos y logré ascender algunos metros algo desplomados. Entonces, los salientes fueron disminuyendo. Me elevé un metro más, forzando al máximo mis falanges, con la más violenta energía de la que era capaz.

La cornisa estaba muy cerca. Estirándome un poco, podía casi tocarla con la punta de los dedos. Pero en aquel último momento, los puntos de apoyo eran tan pequeños que no podía soltar una mano sin sentir que mi cuerpo empezaba a bascular hacia atrás. Empecé a notar la fatiga cuando ya era demasiado tarde para descender. Antes de dejarme caer tontamente como una fruta madura, decidí arriesgar el todo por el todo. Recordé una técnica que se emplea en las pequeñas rocas de Fontainebleau. Puse los pies en los salientes más elevados y, con todas mis fuerzas, salté estirando al máximo el brazo derecho. Coloqué los dedos en el borde de la cornisa y, después, me agarré allí con la mano izquierda. Me di cuenta de que podía sostenerme con seguridad, y una intensa euforia se apoderó de mí. Durante un instante, mis pies quedaron colgados en el aire y tuve que hacer un violento movimiento de gimnasia para llegar hasta la cornisa. Una vez más, la suerte me había acompañado.

Jadeando y a cuatro patas sobre la cornisa, saboreé encontrarme de nuevo en un lugar seguro después de haber sentido cómo el vacío tiraba de mí. Sin embargo, pronto volví a la realidad. Examinando con inquietud aquel lugar, me di cuenta de lo delicada que era mi situación: estaba sobre una plataforma de casi un metro cuadrado y tenía encima de mí un diedro, muy poco acogedor, de roca compacta.

Para superar aquel obstáculo, haría falta instalar un buen pitón. Pero no encontré ni la más mínima fisura. ¿Podría utilizar la misma técnica empleada para subir hasta allí? Al ver unas pequeñas salientes, creí durante unos instantes que sería posible; aunque en el último esfuerzo me había agotado, desapareciendo el estado de trance. Ya no me sentía con fuerzas para afrontar un riesgo así. ¿Qué podía hacer? Volver a bajar. Sí, ¿pero cómo? No había nada donde fijar la cuerda para el rápel: ninguna fisura, ningún resalte o pico rocoso. Había caído en una ratonera. Empecé a sentirme angustiado y a moverme inquieto en la plataforma. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que recuperara mi sangre fría. Quizá podría tallar un pequeño pico con el martillo al borde de la plataforma. Me agaché para examinarla: no había nada que hacer. De repente, encontré la solución. Hallé una pequeña fisura, exulta bajo el polvo, en un ángulo de la pared. Con suerte, conseguiría colocar en ella una clavija extraplana. Elegí la más delgada, pero no se hundió más que hasta la mitad. Curvándola sobre la plataforma, podría resistir mi peso ¡Maldita clavija! Aunque no parecía muy fuerte, tendría que servir, porque no me quedaba otra solución.

Coloqué un anillo de cordino y preparé un rápel con uno de los cabos de la cuerda. Yo me agarraba a la mitad y Lachenal sostenía el otro extremo.

Cuando quedé suspendido de aquel inseguro punto de sujeción, noté que todo mi ser se rebelaba. Con toda mi fuerza de voluntad, me lancé al vacío. No pasó nada. No hace falta mucho para sostener



el peso de un hombre.

Con el corazón latíendome fuertemente, me dejé deslizar a lo largo de la cuerda. La pared era tan desplomada que, inmediatamente, me separé de ella y me quedé colgando en el vacío como una araña de un hilo. ¿Adónde iría? Después de balancearme repetidas veces, fui a parar a la misma gruta de donde había partido.

El tiempo había pasado como un relámpago y, bruscamente, me di cuenta de que estábamos envueltos en una espesa niebla. Oí un curioso ruido, parecido al que produce el granizo cuando cae sobre las rocas; pero no granizaba. Sin embargo, abajo, a unos cuatro o cinco metros, el granizo caía formando un grueso telón, aunque nosotros estábamos totalmente protegidos por el muro.

¿Podía llegar ahora el mal tiempo? ¡Era el colmo! Sin duda, no era más que una pequeña tormenta de atardecer. Había hecho demasiado buen tiempo para cambiar tan deprisa.

¿Qué podía hacer? Por un lado, podría volver a donde se encontraba Lachenal e intentar escalar la cascada. Pero, por otro, si conseguía franquear aquel maldito resalte que acababa de rechazarme, nuestra situación mejoraría. Había que recuperar el tiempo perdido y decidí volver a intentarlo.

Con mucha moral, me lancé hacia los bloques de piedra descompuesta. La roca se iba desmenuzando bajo mi peso y, gracias a que actué rápidamente, logré colocar un brazo en la fisura, teniendo que librar una lucha a muerte para elevarme. Por un momento, parecía que mi peso iba a arrastrarme hacia abajo, pero uno de mis pies, que colgaba en el vacío, encontró un apoyo y conseguí de un impulso alcanzar con la mano un punto al que aferrarme con seguridad. La suerte me había acompañado. Con ímpetu, me icé sobre un hueco de la roca parecido a una pequeña gruta.

Sin perder un segundo, subí las mochilas y, luego, a Lachenal, que se ayudaba vigorosamente con la cuerda. Cuando llegó a mi lado, exclamó:

—Menudo desplome, viejo. Te has jugado el físico asegurándote en esa porquería de roca. Creí que no llegarías nunca. Por mucho que te esforzabas, no conseguías avanzar ni un centímetro. Menos mal que le has echado coraje.

La gruta era muy incómoda para dos personas y enseguida quise abandonarla. Después de varios intentos, pude salir de allí realizando una difícil travesía hacia la izquierda. Más arriba, el terreno presentaba menos dificultades y llegué rápidamente a la parte superior de la chimenea-cascada.

Las mochilas habían quedado enganchadas en un resalte y costaba mucho desatascarlas. Sin embargo, realizando un gran esfuerzo, conseguí subirlas. Sin esperar a ponerme los crampones, llevado por un impulso irresistible, franqueé un muro de diez metros que estaba totalmente cubierto de hielo. Afortunadamente, la capa de hielo era muy porosa y no me costó demasiado tallar con el martillo las muescas suficientes para poder pasar. Llegué al pie de una nueva chimenea, de unos siete u ocho metros, por la que también caía una cascada. De todas formas, tuvimos la suerte de que se hubiera formado una enorme masa de hielo y que el agua corriera por el interior como si se tratara de un túnel. Queriendo ganar tiempo, desprecié los crampones por segunda vez y, apoyándome en unos grandes agujeros, alcancé rápidamente la salida. Sin embargo, una vez allí, encontré un hielo duro y brillante, notando la falta de los crampones.

Pero no me importaba; decidí pasar tal como iba y ascendí tallando pequeños escalones con el martillo-piolet. En varios momentos estuve a punto de caerme, pero aquel día la providencia estaba

conmigo.

El agua de la cascada me impedía ver y me cubría hasta la cintura. A pesar del anorak impermeable, el líquido se metía por todas partes, bajando por el cuello y subiendo por las mangas. Por fin llegué a un ancho *couloir* de hielo. Encontré una vieja clavija gracias a la cual pude subir las dos mochilas y ayudar a mi compañero. Cuando Lachenal llegó a mi altura, miré el reloj: eran casi las seis de la tarde.

Estábamos empapadísimos, aunque éste no era el momento de lamentarse, porque nos encontrábamos expuestos a las avalanchas de piedras y, además, aún no habíamos llegado a terreno más fácil. Aprovechando minúsculos huecos, nos encaminamos a la arista que formaba la orilla derecha del *couloir*. Encontramos una zona de rocas fáciles que subimos todo lo deprisa que pudimos. El granizo caía con violencia y retumbaba a lo lejos. Esperábamos que no fuera más que una tormenta pasajera. Sin embargo, la inquietud nos invadía. Desde nuestra dramática ascensión al espolón de la punta Walker, sabíamos lo peligroso que era verse sorprendido por una tormenta en una gran pared. Aquella misma tarde, teníamos que superar a toda costa las dificultades. No nos pareció imposible conseguirlo. En dos horas debíamos llegar a la Araña y en otras dos salir de las fisuras y pendientes finales.

A la derecha surgió una vira que acababa en una pared vertical de unos veinte metros. Empecé a escalarla con lentitud, porque el terreno no era muy estable. Lachenal, que había seguido estudiando el itinerario, me dijo que regresara, porque en su opinión la ruta hacia la Araña empezaba en un punto más elevado del *couloir*. Le contesté que aquel paso se parecía muchísimo a uno que habíamos visto en una fotografía aérea. Él afirmaba que esta vira estaba colocada de tal forma que debía ser imposible fotografiarla desde un avión. Como de costumbre, por no discutir, cedí ante la argumentación de mi compañero. Convencido de que Lachenal no encontraría nada, le pedí que subiera un poco más para ver si llegaba a divisar un paso. Cuando apenas llevaba quince metros, descubrió una clavija de duraluminio. Aunque aquel fragmento de metal parecía haber servido para un rúpel, Lachenal celebró ruidosamente su triunfo y, sarcásticamente, se rio de mí. Además, al hallar una cornisa no muy buena pero que parecía permitir el avance, él se sintió aún más seguro burlándose todavía más de mí.

De esta forma, y sin permitirme discutir, se lanzó resueltamente hacia aquella ascendente y delicada travesía por una roca bastante descompuesta. La noche empezaba a caer y, cuando llegó mi turno, renuncié a recuperar varias clavijas para así ganar tiempo. Daba la impresión de que unos veinte metros más arriba había una importante terraza. Animado ante aquella perspectiva, me puse en cabeza; pero, al cabo de diez o doce metros, me encontré con serias dificultades. Entonces, Lachenal intentó pasar por otra vía situada más a la izquierda. Y, elevándose con su agilidad habitual, me gritó:

—Tres metros más y ya está.

Pero, justo en aquel momento, su avance quedó frenado y le oí blasfemar y quejarse. Volvió a gritarme:

—Si me esfuerzo, pasaré. Lo malo es que estos clavos no son muy seguros y se corre mucho riesgo. Probaré un poco más a la izquierda, parece que está mejor.

A través de la niebla nocturna, vi a mi amigo volver a bajar un poco. Después, desapareció tras un ángulo rocoso. Caía una lluvia muy fina. Mi ropa se empapó y comencé a sentir mucho frío. Al cabo de un rato, la cuerda dejó de correr entre mis dedos. Oí unos martillazos y el ruido de unas piedras cayendo, lo que significaba que Lachenal se encontraba en dificultades. El ambiente era muy sombrío. En aquella pared hostil y rodeado por la neblina, me sentí angustiosamente solo. Mi moral se fundía como el azúcar bajo la lluvia.

De repente, escuché un grito apagado, seguido de un violento ruido de piedras. Instintivamente, me encogí para resistir el choque, pero no pasó nada. Grité con todas mis fuerzas:

—Lachenal, ¿qué sucede?

Esperé su contestación. Al final, me llegó una voz jadeante:

—He estado a punto de caerme. No te inquietes; lograremos pasar.

La prodigiosa destreza de Lachenal nos había librado de la catástrofe. Repentinamente, nuestra dramática situación se me presentó con una intensidad insoportable. Me rebelé contra la locura de esta escalada nocturna y grité suplicando:

—Lili, por compasión, no te esfuerces más. Nos vamos a romper la crisma. No tenemos más remedio que bajar al *couloir* antes de que sea completamente de noche.

Mi compañero siguió discutiendo un poco. Me dijo que, ahora que habían caído las rocas que dificultaban el paso, todo sería más fácil y que tenía una cornisa justo encima de él. Pero su voz había perdido fuerza y noté rápidamente que no estaba muy convencido.

Esta vez me negué a ceder. Le grité:

—Cretino, si no regresas no te daré ni un centímetro de cuerda; tendremos que hacer el vivac aquí y ya me dirás qué tal vas a pasarlo.

Aquel argumento le convenció y, poco después, Lachenal volvió a mi lado.

Eran casi las diez de la noche. Todo estaba oscuro. A tientas, busqué una fisura para poner una clavija. Después de varios intentos, logré hundir una que pareció quedar sólida. Nos quitamos la cuerda y preparamos un rápel. Lachenal fue el primero en bajar. Yo me dispuse a imitarle pero, cuando me iba a deslizar por las cuerdas, se soltó la clavija y por poco me despeño. Afortunadamente, pude agarrarme a la roca. Me estremecí de pies a cabeza. Por un momento, perdí el control, pero recuperé mi sangre fría y me esforcé en poner otro clavo. No veía casi nada y la roca estaba tan descompuesta que se deshacía. Tras intentarlo inútilmente varias veces, tuve que volver a mi primera fisura, colocando una clavija algo más gruesa que la anterior. Parecía segura, pero ya no tenía ninguna confianza. Muerto de miedo y sin atreverme a apoyarme totalmente en aquel punto, traté de descender utilizando la técnica de la escalada, pero con las cuerdas a mi alrededor, como en la del rápel. Este sistema era malo y, al cabo de unos metros, me dejé deslizar de golpe y caí pesadamente sobre la única clavija que me sostenía. Durante un instante, la situación fue dramática. Sin embargo, aquel día la suerte no me abandonaba, porque la clavija resistió perfectamente el golpe y llegué a la altura de Lachenal con la mayor facilidad.

Instalamos un nuevo rápel, esta vez sobre dos pitones que inspiraban gran confianza; a pesar de ello, la situación se hacía angustiosa; estábamos al borde de una pared extraplomada que domina el corredor terminal de la Rampa y no ignorábamos que nuestras cuerdas eran demasiado cortas para

permitirnos alcanzarla. Para volver a la vía no tenemos otra solución que efectuar el descenso de la difícil travesía ascendente que nos permitió subir hasta aquí. Con esta roca podrida, completamente de noche, la maniobra era extremadamente delicada. En caso de caída pendularíamos bajo los extraplomos. Allí, suspendidos en pleno vacío, sería muy difícil remontar.

Lachenal se arriesgó primero; muy consciente del peligro, progresaba lentamente desplegando su habilidad al máximo. Solo e inmóvil en la oscuridad, la ansiedad hizo que estos segundos me parecieran insoportablemente largos. Finalmente le oí dar un grito de alegría: Lachenal acababa de alcanzar uno de los pitones que, por fortuna, yo no había podido sacar a la subida. El cierre de un mosquetón me indicó que acababa de pasar por él una de las cuerdas. El peligro aún no había acabado; había que alcanzar el segundo pitón; un nuevo ruido de mosquetón: ¡ya está! Rápidamente Louis me gritó que podía salir hacia donde se encontraba.

Efectué mi descenso tranquilamente pues, como las cuerdas estaban tensas desde abajo, no corría el riesgo de pendular.

Durante la escalada, había reparado en unas vagas terrazas situadas en la parte izquierda del corredor y sugerí que intentásemos alcanzarlas para vivaquear.

A medianoche, encontramos por fin un lugar donde sentarnos. Estábamos agotados por el cansancio y por el sueño, y tuvimos que realizar un gran esfuerzo para conseguir una cierta seguridad y un mínimo de comodidad. Empapados hasta los huesos y temblando de frío, abrimos nuestras mochilas. La idea de ponernos las chaquetas de plumas nos alentó un poco. Me quité toda la ropa mojada y, con el torso desnudo, bajo una llovizna helada, me puse con verdadera voluptuosidad esta cálida prenda. Como la había envuelto en mi pie de elefante de tela impermeable, estaba totalmente seca.

Desafortunadamente, Lili no había hecho lo mismo y su chaqueta de plumón era como una esponja empapada. Por mucho que la retorciera, seguiría estando húmeda, y no servía para calentarle por la noche. No tenía más remedio que conformarse con temblar...

Después de tirar algunas piedras, conseguimos encontrar una posición soportable. Mi amigo se colocó algo más arriba, siete u ocho metros a mi izquierda. No tenía mucha hambre, pero comí todo lo que pude para recuperar fuerzas. Le dije a Lachenal que hiciera lo mismo, pero sólo fue capaz de comer un poco.

Gracias a los numerosos torrentes que habíamos encontrado a lo largo del día, nuestras cantimploras estaban todavía medio llenas, pero no teníamos energía para calentar cualquier cosa con el pequeño hornillo de alcohol del que disponíamos. Nos encontrábamos tan abatidos por el cansancio que un esfuerzo como ése nos parecía imposible. No tardé en dormirme pero, poco después, me desperté con una sensación de ahogo.

Mientras dormía resbalé y me encontraba suspendido de mi cuerda. Volví a subir al emplazamiento del vivac: no era otra cosa que un plano en una pequeña arista sobre la que me tenía que mantener a caballo, sin ningún apoyo para la espalda. Cada vez que me dormía resbalaba a uno u otro lado y, a pesar del profundo sueño que me atrapaba, pasé una noche detestable. Por su parte, Lachenal estaba mejor instalado pero, con sus ropas mojadas, no dejaba de castañetear los dientes al ser traspasado por el frío.

Hacia las tres de la mañana, empezó a oírse a lo lejos una fuerte tormenta. De vez en cuando, un relámpago conseguía atravesar la espesa niebla que nos rodeaba, pero en el Eiger no hubo tormenta. La lluvia había cesado y el frío se hizo más intenso.

La inquietud se apoderó de nosotros y estuvimos discutiendo la situación apasionadamente. En la Walker no habíamos podido elegir, porque era imposible emprender la retirada: había que subir o morir. En cambio, en el Eiger la situación era más compleja. Sabíamos que el verano anterior Krähenbühl y Schlünegger llegaron hasta aquí y, sorprendidos por el mal tiempo, consiguieron descender a pesar de la nieve, las avalanchas y la escasa solidez de las clavijas. Estaba claro que una retirada, por peligrosa que fuera, podía salvarnos. Aunque no me gustaba esta solución, teniendo en cuenta que estábamos tan cerca de nuestro objetivo, opiné que era mejor descender. Lachenal, en cambio, creía que una vez aquí, y faltándonos pocas horas de escalada para llegar a la cima, era más peligroso intentar el descenso que continuar la ascensión.

Me repite veinte veces que el famoso guía de Grindelwald, Adolphe Rubi, le había asegurado que el corredor que sube de la Araña a la cumbre es sólo una rampa fácil.

Estoy obligado a reconocer que el relato de Heckmair, que hemos leído en *Alpinisme*, parece confirmar en parte esta tesis, pues cuenta que su cordada ha remontado este corredor bajo un mal tiempo terrible y barrida por frecuentes avalanchas...

Pero todos estos argumentos sólo me convencen a medias; sin pretender afirmarlo, pienso que Louis, sintiendo la victoria al alcance de su mano, no tenía la valentía de renunciar; había soñado con esta ascensión, la deseaba demasiado: ahora quería jugarse hasta su última carta.

Poco a poco, su entusiasmo y su voluntad acabaron convenciéndome. En aquella mañana brumosa el descenso no me resultaba atractivo y, después de todo, habíamos venido en busca de la aventura, que se nos ofrecía allí, más apasionante que nunca. ¡Había que vivirla!

A las cinco de la mañana estábamos ya jugando a los acróbatas sobre las inseguras rocas de la travesía. El aire era pesado y todo indicaba que pronto nevaría. Debíamos apresurarnos, esperando que el cielo nos diera una tregua de unas horas.

Después de dos largos de cuerda por aquel terreno, en el que a cada paso tenía la impresión de que todo aquel andamiaje iba a hundirse, llegamos a una sólida plataforma. Allí, una linterna abandonada y una clavija unida a una cuerda delgada nos indicaron que el intento del año anterior se había detenido justamente en aquel punto. Una corta travesía de hielo nos condujo al pie de un muro de aspecto poco acogedor. La primera parte de la pared se desplomaba y no logré colocar una clavija con suficiente solidez para sostenerme. La única fisura que había era demasiado ancha. Por fin, estirándome al máximo, logré hundir sólidamente una clavija de hielo, que aproveché sin avergonzarme lo más mínimo.

Con la helada del amanecer, las rocas, empapadas por la lluvia, quedaron cubiertas por una delgada capa de hielo verglás. Los agarres estaban todavía tapizados por una capa de nieve vieja, por lo que tuve que escalar con los crampones. Por otro lado, y para ganar tiempo, escalé con mi mochila, no sintiéndome muy cómodo sobre aquella pared casi vertical. Había que limpiar las asperezas una por una y, sólo a costa de muchos esfuerzos, logré subir lentamente.

Tras escalar doce metros de esta manera, percibí el borde de una cornisa muy cerca de mí. Me

separaba de ella un pequeño desplome y, enseguida, busqué dónde instalar una clavija para superarlo. Pero todas las fisuras eran demasiado anchas. No había más remedio que intentarlo sin seguros ni pitones. Con la punta de los dedos logré aferrarme a un saliente que debía permitirme pasar. De todas formas, me sentía demasiado cansado y los dedos de mi mano herida, todavía débiles, se abrían debido al esfuerzo. Comprendí que, si insistía, acabaría cayéndome.

Lo intenté tres veces, pero tuve que regresar a los salientes de los que partía. Miré hacia abajo y vi que la última clavija estaba a unos cuatro o cinco metros; demasiado lejos para arriesgarme a una caída casi segura. Pero, ¿qué podía hacer? No pensaba dejarme frenar por un pequeño resalte desplomado de sólo dos metros. A fuerza de tantear por la izquierda encontré una grieta favorable, consiguiendo a duras penas que se sostuviera en ella una de las clavijas gruesas que Simond fabricó especialmente para mí. ¡Dios mío! ¿Qué habría ocurrido si Simond no las hubiera hecho? Ahora, con la seguridad de esta clavija, podría intentar salir del mal paso. Concentré mis fuerzas para franquear el obstáculo a la primera. Al cabo de un instante, me hallaba apoyado en una buena cornisa. Sin embargo, en ese movimiento mi martillo había quedado enganchado en la roca. Debido a lo violento del esfuerzo, la correa de cuero se rompió y el martillo desapareció en el vacío. Aquella pérdida podía llegar a convertirse en un verdadero desastre. Ya no podríamos recuperar nuestras clavijas y preferí no pensar en lo que sucedería si, encima, perdíamos el único martillo-piolet que nos quedaba.

La travesía hacia la Araña fue mucho más fácil de lo que me había imaginado. La roca estaba en malas condiciones, pero encontramos varias clavijas bien puestas que daban una seguridad notable. Subimos por la Araña a toda velocidad sin tallar un solo peldaño. Afortunadamente, el hielo era bastante bueno y, en algunos lugares, las rocas quebradas que emergían facilitaron nuestro avance. Creyendo que la victoria estaba ya muy cerca, nos precipitamos hacia el *couloir* lanzando gritos de entusiasmo. La escasa inclinación de la pendiente parecía confirmar la facilidad de este pasaje, pronosticada de antemano por Adolphe Rubi. Penetramos en una estrecha canal, donde apareció enseguida una clavija, que nos indicó que seguíamos el camino correcto. Pero tuvimos que salvar un saliente muy vertical de unos diez metros, cuya roca compacta estaba cubierta por una capa de hielo de unos tres centímetros de espesor. Apoyando las puntas delanteras de los crampones en pequeños salientes, me elevé unos dos metros, tratando en vano de poner un clavo. Mientras lo intentaba, estuve a punto de sufrir una caída.

Como no veía ninguna solución, me desanimé y volví a bajar. A continuación, Lachenal lo intentó. Atravesando la capa de hielo, logró hundir un centímetro la punta de una clavija en una fisura superficial. Haciendo equilibrios, consiguió apoyarse en aquel punto tan inseguro y con otras cuatro clavijas, también colocadas precariamente, logró superar este tramo. Cuando yo subí con la ayuda de la cuerda, no me costó apenas arrancar todos los hierros con la mano.

La pendiente empezaba a disminuir y, a pesar de que el hielo cubría totalmente las rocas, subimos a un ritmo bastante regular. Después de varios largos de cuerda, nos vimos obligados a parar ante un resalte de roca de color claro que estaba cortado por una fisura desplomada. Si se hubiese tratado de rocas secas, podríamos haber utilizado la técnica de oposición al estilo Dülfer, y no nos habría costado nada superar aquel paso. Sin embargo, aquellas rocas estaban completamente cubiertas de hielo, y no era posible emplear esta elegante técnica. Con dificultad, subí hasta el desplome y

conseguí colocar una clavija larga para hielo. Separándome arriesgadamente de la pared, puse un segundo pitón encima del saliente. Esta segunda clavija estaba clavada en un terreno de pizarras que no me inspiraba ninguna confianza. Como no encontré ningún punto de apoyo adecuado, no logré elevarme. No tuve otra solución que agarrarme al clavo con las dos manos e intentar alzar los pies colocándolos primero en un grueso saliente. Y, aunque los crampones resbalaban en el hielo, casi lo conseguí; pero de repente, me caí... Sin saber cómo, me encontré de pie, seis o siete metros más abajo, detrás de Lachenal. Había sucedido tan rápidamente que no tuve tiempo de pasar miedo y la caída se realizó de una manera tan gradual que llegué al suelo sin sentir la más mínima sacudida. Mi compañero me acogió con su típico aire guasón, y me gastó una de sus bromas:

—Con que jugando a las golondrinas...

Más serio, añadió:

—¿No tienes nada roto? ¿Vuelves a intentarlo o subo yo?

Enardecido todavía por la lucha y furioso por la mala suerte que había tenido, le contesté:

—No pasa nada. Yo me encargo de esto. No te preocupes. Esta vez paso.

Y sin detenerme ni un momento para descansar, me lancé de nuevo al ataque. Conseguí colocar con mayor solidez la segunda clavija y asegurarme en un buen saliente. Así, logré superar aquella dificultad. A continuación, debía atravesar una losa que se encontraba a mi izquierda. Sin embargo, la presencia de una fina capa de hielo lo hizo extremadamente difícil. El tiempo era cada vez más inseguro y las nubes, cargadas de humedad, descendieron. La niebla nos rodeó y los sonidos empezaron a tener una resonancia especial. Todo indicaba que nevaría de un momento a otro. Desesperadamente, intenté evitar aquella losa helada, pero no conseguí encontrar ninguna salida: teníamos que hacer la travesía de prisa, porque era cuestión de vida o muerte.

Sin detenerme a reflexionar y sin tratar de buscar excusas, acepté todos los riesgos. Con la punta de los crampones hundida en el hielo, aferrándome a pequeños salientes y esforzándome al máximo, logré pasar, aunque estuve constantemente en los límites de la caída. Izamos rápidamente las mochilas y, siguiendo la técnica habitual del segundo de cordada, Lachenal subió con ayuda de la cuerda. Sobre nosotros se levantaba de nuevo una pared extraplomada. Empecé a preguntarme cuándo iba a terminar aquel *couloir* infernal y aquellas diabólicas paredes verticales cubiertas de hielo. El nuevo obstáculo parecía infranqueable. ¿Por dónde pasarían los alemanes?

Pensé que quizá hubiera otro camino por un *couloir* situado más a la izquierda, detrás de aquella arista. Hice algunos movimientos, comprobando que no había ningún otro paso.

De repente, sin apenas dar crédito a mis ojos, vi un rápel abandonado que estaba en buenas condiciones. Entonces lo comprendí: con esta cuerda los alemanes bajaron hasta la plataforma y, seguramente, allí encontraron un tercer corredor.

Sin preocuparme por el estado de la cuerda, la cogí y, en un instante, me encontré en la base de una chimenea muy pendiente que estaba cubierta de hielo. Esta vía presentaba muchas dificultades, pero quizá utilizando la técnica de la oposición lateral, y con un poco de suerte, se podría llegar a superarla.

Apenas llegó Lachenal, comencé a ascender por la pared esforzándome al máximo. En algunos momentos, parecía que mis músculos se iban a desgarrar. Las rocas eran muy compactas, siendo casi

imposible colocar una clavija. Cuando estaba terminando el primer largo de cuerda, logré hundir unos dos o tres centímetros un clavo que se encontraba en mal estado. A falta de algo mejor, decidí hacer subir a Lachenal hasta aquel punto, cuya seguridad era más psicológica que eficaz. En aquel momento, empezó a granizar con fuerza, precipitándose sobre nosotros parte del granizo que caía del corredor lateral; pero nos protegimos debajo de un desplome.

Las dificultades iban disminuyendo y, poco a poco, comencé a sentirme alegre. Sabía que habíamos logrado salvarnos. Los grandes obstáculos quedaban atrás y nada podía detenernos.

El granizo se transformó en grandes copos de nieve que caían formando una espesa cortina. Una hora más tarde, y nuestras posibilidades de salir se hubieran reducido a la mitad.

Llegamos a una pendiente muy fuerte que estaba constituida por rocas inestables. Sin embargo, notábamos que la cumbre se hallaba muy cerca. Aguijoneados por la impaciencia, ascendimos a toda velocidad, el uno detrás del otro.

De todas formas, aquel terreno seguía presentando dificultades y era peligroso escalar tan deprisa. Para no correr ningún riesgo, decidí terminar la ascensión asegurándonos a cada largo de cuerda. Lachenal aceptó a regañadientes, y nuestro camino hacia la cima continuó con la prudente lentitud del alpinismo tradicional.

¡Qué larguísimo me parecía este largo de cuerda! ¡Pensaba que no iba a terminar nunca! Sin duda, debían ser el cansancio y la impaciencia los elementos que lo convertían en interminable. Decididamente, aquí pasaba algo anormal. Me preguntaba si Lachenal, impulsado por el deseo de terminar pronto, no estaría subiendo detrás de mí sin hacer caso de lo que le había dicho. Pero parecía que no era así: seguía abajo, inmóvil, dispuesto a asegurarme.

Como siempre, se trataba de una broma de Lachenal. No tardé mucho en comprenderlo. Mi compañero había decidido subir al mismo tiempo que yo; pero, para que yo no protestara, cada vez que veía que iba a darme la vuelta se quedaba inmóvil y fingía que se dedicaba a asegurar.

Todo pasa en esta vida, incluso aquellas rocas descompuestas. Tras ellas apareció una pendiente de nieve, cerca ya de la cumbre. Pero la fatiga hacía mella en nuestros músculos y, a pesar de nuestro deseo de ir deprisa, subíamos con lentitud.

Bruscamente, desembocamos en la arista Mittellegi, hasta entonces oculta por la niebla. Aquella vez era cierto: habíamos conquistado el Eigerwand.

No sentí ninguna emoción violenta: ni el orgullo de haber realizado una hazaña deseada ni la alegría de haber concluido una tarea difícil. En aquella arista perdida en la niebla, yo no era más que un animal atenazado por el hambre. Sólo sentí la satisfacción irracional de comprobar que me había salvado. Quería descansar un rato, pero Lachenal no me dejó. Él estaba muy nervioso, porque le obsesionaba la idea de volver al valle y, desde allí, llamar a su mujer para tranquilizarla.

Pese a las prisas de Lachenal, remonté la última arista muy despacio. A las tres de la tarde, por fin, pisamos la cumbre.

Sin embargo, la aventura no había terminado. Ahora empezaba el espantoso suplicio del descenso.

La capa de nieve fresca alcanzaba en aquel momento más de diez centímetros y, para no resbalar constantemente, nos dejamos puestos los crampones. Calzados de aquella forma, nos torcíamos los



pies en los bruscos desniveles del terreno y mi tobillo herido me dolía bastante. Lachenal, milagrosamente libre de toda fatiga, iba delante de mí recriminándome. Como seguíamos unidos por la cuerda, me veía obligado a seguirle. Este ritmo me agotaba y empecé a detestar, en el fondo de mi corazón, a aquel frenético tirano.

Cometimos el error de no informarnos detalladamente del itinerario que debíamos seguir en el descenso. Solamente sabíamos que era fácil y que debía realizarse por la vertiente oeste. En una postal habíamos visto un largo *couloir* de nieve que bordeaba por el sur esta ladera, que por otro lado parecía no tener mucha pendiente. Muy a la ligera, habíamos llegado a la conclusión de que aquélla era la vía de descenso. Además, pensamos que, como la vertiente no parecía difícil, no habría problemas.

Bajo la niebla y en plena tormenta, tratamos de llegar al *couloir*. Al principio, seguimos un vago trazo que desapareció muy pronto. El viento y la nieve nos impedían ver y no sabíamos por dónde avanzábamos. Cerca de allí, rugían los truenos y nuestros cabellos chisporroteaban de manera desagradable.

Verse sorprendido en plena montaña por una tormenta eléctrica es algo aterrador. Las detonaciones te ensordecen, el pelo despide chispas eléctricas y las descargas te sacuden y, a veces, te levantan del suelo. Es muy difícil resistir todas estas cosas, porque el peligro adquiere un carácter muy tangible y atemoriza, incluso, a las personas más valientes. El hombre, más que cuando está sometido a la artillería enemiga, se siente indefenso ante unas tremendas fuerzas capaces de aniquilarle en un instante. Reducido al estado de animal perseguido, su propia debilidad y su soledad se manifiestan en toda su inmensidad.

Por otro lado, el peligro es muy real, porque muchos alpinistas que han sido alcanzados por los relámpagos, terminaron carbonizados o empujados al abismo.

Pero aquel día, yo había superado el techo del miedo. Hasta la tormenta me dejaba impasible. Avanzaba como en un sueño, obsesionado por la idea de llegar cuanto antes a un lugar en el que poder, por fin, descansar, comer y dormir.

El miedo a la tormenta aumentó el nerviosismo de Lachenal, y ni por un instante se le ocurrió buscar un refugio para resguardarse de los elementos. Ofuscado, sólo pensaba en descender. Corría, gritaba y gesticulaba como si estuviera poseído por el demonio.

Durante largo tiempo, anduvimos zigzagueando por los resaltes de roca calcárea hasta que, repentinamente, apareció a nuestros pies la blanca pendiente del *couloir*.

Como el terreno no presentaba muchas dificultades, bajamos a toda velocidad, y la perspectiva de acabar la expedición nos hizo gritar de alegría.

De repente, el *couloir* terminó siendo sustituido por una gran franja rocosa. Era demasiado alta para poder descender en rúpel y no había ningún paso, a pesar de que miramos a ambos lados. Nos hallábamos en una ratonera: evidentemente, aquella no era la salida. ¿Dónde podía estar? Sin duda, más al norte; pero para llegar era necesario volver a subir. El problema era encontrar el paso antes de que anocheciera.

De nuevo, mi cabeza se llenó de mil ideas inquietantes. La tarde avanzaba inexorablemente, la tormenta seguía con toda su fuerza y, en el estado en que nos encontrábamos, un tercer vivac sería

dramático.

Me acordé del trágico final sufrido por Molteni y Valsecchi, muertos de agotamiento cuando se encontraban a menos de tres cuartos de hora del refugio, después de conquistar la cara norte del Badile. No pude dejar de pensar que nos aguardaba un destino semejante.

Luego aclaró un poco y creí que podríamos descender por el lado izquierdo. En cambio, mi compañero prefería intentarlo por la derecha. Como me encontraba demasiado cansado para discutir, su opinión prevaleció. Decidí, pues, seguirle y encomendarme a la gracia de Dios.

Penosamente, remontamos el *couloir* y, en cuanto llegamos a la primera cornisa, nos abrimos paso por la ladera oeste. Este lugar era un auténtico laberinto de paredes desiguales y separadas por cornisas. La roca seguía siendo compacta. Casi no nos quedaban clavijas. En esas condiciones, hacer rápeles hubiera sido muy difícil y, en cualquier caso, no hubieran bastado para llegar abajo.

Pudimos descender gracias a los canalizos y a los cortos *couloirs* que, de vez en cuando, permitían pasar de un resalte a otro. Sin embargo, me daba cuenta de que en cualquier momento podíamos vernos detenidos por una importante franja rocosa que cruzara toda la ladera. Nos costaba avanzar, pero siempre encontrábamos el lugar del descenso.

Lachenal continuaba en el mismo estado febril que al iniciar el descenso. Su vitalidad y sus genialidades de escalador lograban hacer maravillas. Con una increíble destreza, corría de derecha a izquierda sobre las placas nevadas. Estaba en todas partes al mismo tiempo. Y gracias a él, a pesar de lo complejo que era el itinerario, conseguimos avanzar bastante deprisa.

Sin embargo, la situación seguía siendo dramática. ¿Qué ocurriría si un muro detenía nuestro avance? No sabíamos si en ese caso tendríamos fuerzas para volver a subir y buscar otro camino, ni si resistiríamos un tercer vivac.

Luego, de repente, nuestra angustia se disipó, porque, a sólo diez metros, la pared rocosa moría en un enorme nevero. Volviendo la espalda al mundo de rocas y de tormentas en el que acabábamos de vivir horas exaltantes que minuto a minuto quedarán para siempre fijas en nuestra memoria, nos precipitábamos hacia la tierra de los hombres.



Acabábamos de vivir horas exaltantes...

En Eigergletscher se habían recibido llamadas telefónicas preguntando por nosotros. Las voces del teléfono habían revelado que nos encontrábamos en el Eigernordwand, y empezó a reinar una gran inquietud en torno a nuestra suerte.

Los suizos de habla alemana son gente fría y, hasta puede decirse, no demasiado amable. Sin embargo, debo añadir que aquella vez la regla encontró su excepción, porque todo el personal de la estación-hotel nos acogió con mucha amabilidad. Aquel edificio sólo era frecuentado de día, y esa noche Lachenal y yo éramos prácticamente los únicos clientes. Como no tenían mucho que hacer, se

esforzaron en que nos sintiéramos bien.

Teníamos el estómago retorcido por el hambre y desde hacía horas soñábamos con el festín que nos esperaba. Sin duda, una de las virtudes del alpinismo consiste en que devuelve su auténtico valor a unos actos tan triviales como pueden ser los de comer y beber.

Por desgracia, cuando por fin pudimos sentarnos ante una sabrosa y abundante comida, apenas conseguimos tragar unos bocados.

La noche fue agitada. Una sed crónica quemaba nuestras gargantas. Bebíamos sin parar, pero el líquido que ingeríamos sólo apagaba momentáneamente esa sed y nos costó muchísimo quedarnos dormidos.

Nunca he llegado a comprender por qué nuestra aventura en el Eiger llegó a marcarnos hasta el punto de hacernos perder el hambre y el sueño. La escalada de la punta Walker es más atlética y casi tan larga como la de la cara norte del Eiger, y, sin embargo, nos afectó muchísimo menos. Años después, realicé otras ascensiones incluso más duras, entre las que destaca sobre todo la pared terminal del Fitz Roy. Pero, al regresar tanto de ésta como de otras duras escaladas, siempre he podido comer y dormir casi normalmente.

Nos levantamos temprano; apenas habíamos salido de la habitación cuando se presentó ante nosotros un periodista. Aquel hombre había subido a pie por la noche y quería ser el primero en recoger el relato de nuestra hazaña. Pronto empezaron a telefonarnos de diversos lugares, y en el primer tren de la mañana llegaron unos diez periodistas y fotógrafos.

La repentina atención despertada por nuestra aventura nos sorprendió mucho. Jamás hubiéramos podido imaginar que esta segunda ascensión de la cara norte del Eiger iba a suscitar tanta curiosidad en la prensa. Tampoco se nos había ocurrido que, después de este éxito, nuestros nombres iban a aparecer con grandes caracteres en los periódicos de toda Europa.

Las vías nuevas que habíamos abierto, nuestra extraordinaria hazaña en las Droites e incluso nuestra dramática ascensión de la Walker sólo habían suscitado débiles ecos. Sólo se había interesado por ello la prensa local, sin dedicarle poco más de algunas líneas.

En esta época, el alpinismo era todavía una actividad casi confidencial, y la prensa no la había descubierto excepto para hablar de sus accidentes. La sangre y la muerte, vengan de donde vengan, son para ellos una buena mercancía. De hecho, aunque no se entiende la causa, el gran público es muy sensible a los dramas. Sea como fuere, éstos se resumen en elementos simples que despiertan reacciones humanas elementales, y con la lectura de su relato, cada uno puede vivirlos en su imaginación. Por el contrario, la narración de una escalada, por importante que ésta sea, es pesada para los que no tienen interés en esta actividad. En 1947, esperar alcanzar la gloria practicando el alpinismo habría sido insensato.

Mentiría si dijera que no esperábamos sacar ningún partido a nuestra victoria en el Eiger. Ni Lachenal ni yo éramos santos, y la vanidad es uno de los grandes móviles del mundo. Pero aunque el Eigerwand es la más alta y temible pared de los Alpes, ya había sido conquistada; su misterio había sido disipado y una segunda escalada perdía casi completamente ese carácter fabuloso que puede captar el interés de las masas. Así, la segunda ascensión de la Walker no había tenido casi ninguna repercusión mientras que su conquista había estado rodeada de un gran revuelo.

Por simple lógica, en nuestro corazón esta nueva realización no podía tener otro efecto que acentuar nuestra notoriedad entre los cientos de personas que formaban el pequeño mundo del gran alpinismo. No, ciertamente, atacando la célebre pared del Oberland bernés no pensábamos alcanzar la gloria, pero bruscamente la gloria efímera de la actualidad nos caía sobre los hombros. Nuestra sorpresa era completa y, mal preparados para este golpe, parecíamos estúpidos y nos quedábamos como pasmados.

Todavía hoy me pregunto qué conjunto de circunstancias atrajo bruscamente el interés de la prensa sobre una información que podía perfectamente pasar desapercibida. De hecho, nada es más artificial que esas llamas. Por ejemplo, el evento que ha hecho correr más tinta en toda la historia del alpinismo, la conquista del Annapurna, sólo fue anunciado primero por algunas notas sueltas aparecidas en dos o tres diarios parisinos. Únicamente al día siguiente los periodistas se decidieron a dar una gran repercusión a este asunto.

Una vez satisfecha la curiosidad de los periodistas, volvimos a encontrarnos solos y tuvimos que enfrentarnos con nuestros problemas. Teníamos los rostros demacrados, la ropa deshecha y húmeda, y parecíamos un par de pordioseros. Volvimos a coger el tren como si no fuéramos más que vulgares turistas. Por otro lado, una vez pagado el hotel, nos quedamos con tan poco dinero que casi no podíamos comprarnos comida.

Sin embargo, afortunadamente, en Berna nos estaba esperando un grupo de periodistas que nos ofreció una comida. Por la calle, un señor nos reconoció y quiso invitarnos a tomar algo.

Una vez en Ginebra, los compañeros del Club de l'Androsace<sup>[15]</sup> nos dieron una triunfal acogida y luego pasamos una alegre velada, con unos diez amigos, en casa de Pierre Bonnant. Esta verdadera amistad y este calor humano nos reconfortaron más que los grandes titulares de los periódicos.

A la mañana siguiente, nuestro amigo Paul Payot —que por aquel entonces no era todavía alcalde de Chamonix— vino a Ginebra a buscarnos en automóvil. Iba acompañado de nuestras mujeres.

Un día después, subí al refugio acompañado por mis alumnos de los cursos para guía de montaña. La vida reanudaba su curso. A partir de aquel momento, supe que la gloria sólo consiste en titulares en los periódicos, copas en el aire y la alegría de algunos auténticos amigos.

El Eigerwand ya no era más que un bello recuerdo. En las cimas luminosas nos esperaban nuevas aventuras y nuevos combates.

La cara norte del Eiger es, en mi opinión, la ascensión más importante de los Alpes. Sin duda, no ofrece una escalada extremadamente atlética, pero, debido a su particular naturaleza, y contrariamente a tantos otros recorridos, los escaladores de hoy apenas se muestran más rápidos que los de antaño aun viéndose beneficiados por los progresos en el campo del material y de la técnica.

Por supuesto, si se compara con las hazañas más extraordinarias realizadas fuera de Europa —Cerro Torre, cara sur del Aconcagua, Fitz Roy, torre Mustagh, Chacraraju, etcétera—, su ascensión es sólo un recorrido excepcional. Pero ello no es debido a que la evolución del alpinismo haya podido reducir su dificultad, sino a que los escaladores de hoy día aceptan realizar esfuerzos todavía mayores y correr riesgos aún más grandes que sus antecesores.

Incluso en condiciones muy favorables y sea cual sea su valor, el que vuelve del Eigerwand no puede dejar de reconocer que viene de hacer algo más que un ejercicio de escalada, y que ha vivido

una experiencia humana donde ha comprometido muy seriamente no sólo su habilidad, su inteligencia o su fuerza, sino su propia existencia.

El Eigerwand acaba de poner fin a su historia. A principios de marzo de 1961 cuatro alpinistas alemanes, Walter Almberger, Toni Hiebeler, Antón Kinshofer y Anderl Mannhart, al precio de seis vivacs y de más de siete días de lucha, han realizado la escalada de los dos tercios superiores de la cara, que constituyen de lejos la parte más difícil.



Esta proeza, sin igual en la historia de los Alpes, fue concebida y puesta en marcha por Toni Hiebeler quien, a pesar de no haber escalado en cabeza de cordada, fue el auténtico jefe. La ascensión fue preparada con un cuidado, un método y un espíritu inventivo jamás seguidos en una empresa humana. Hiebeler y sus compañeros pasaron varios meses poniendo a punto todos los detalles. El material más moderno les parecía insuficiente y no pararon hasta inventar botas y ropas de nueva generación.

La primera tentativa quedó detenida por el mal tiempo en Stollenloch (el agujero del ladrón) que, oportunamente, permitió a la cordada escapar por el túnel.

Después de una semana de descanso, evitando la sección que ya habían escalado, los cuatro alpinistas volvieron a la pared por el agujero del ladrón y se abalanzaron con toda resolución hacia la parte realmente difícil de la muralla.

El equipo llevaba una cantidad de víveres y de material tan importante que, en caso de mal tiempo, hubiera podido garantizar que subsistiesen y luchasen eficazmente durante más de diez días. Es indiscutible que, gracias a estas cargas, se ganaba cierta seguridad. Además, progresaban con una metódica prudencia que reducía al máximo los riesgos de caída.

Esta técnica, aparentemente muy sensata, no estaba libre de inconvenientes. El excesivo peso de las mochilas y la estricta aplicación de las normas de seguridad acarrearaban una increíble lentitud en la progresión que, manteniendo a los escaladores en la pared cerca de una semana, les hacía correr un enorme riesgo.

Se está en su derecho de preguntarse si un material un poco más ligero y métodos un poco menos prudentes, que hubieran acelerado la ascensión dos o tres días, no la habrían hecho menos peligrosa a fin de cuentas.

Gracias a un excepcional periodo de buen tiempo, el coraje y el valor de los cuatro alpinistas germánicos fue recompensado con la victoria.

¿Qué hubiera pasado si una violenta tormenta de varios días les hubiera sorprendido en plena pared? El margen entre la victoria y el fracaso es a veces tan pequeño... La dura ley de los hombres eleva a los vencedores al rango de héroes. Los vencidos son considerados incapaces, imbéciles o locos. Hiebeler y sus compañeros se convirtieron en héroes...

Las horas transcurridas en la cara norte del Eiger están entre las más exaltantes que he vivido y, por ello, de todas mis ascensiones, con el Fitz Roy y el Annapurna, es una de las pocas que no volvería a hacer voluntariamente. En esta muralla, las caídas de piedras, la calidad de la roca, la presencia casi crónica del verglás y las dificultades para retirarse elevan la importancia de los riesgos inevitables hasta un nivel demasiado alto. El número de los que allí han encontrado la muerte: ¿no es casi igual al de sus vencedores?

Se puede tentar al diablo una vez para llevar a buen término una acción excepcional; de hacerlo muy a menudo, no se vivirá durante mucho tiempo.

Después del éxito en el Eiger, me parecía muy improbable volver algún día a esta cima. De las otras paredes, solamente la vía Lauper de la cara noreste tiene verdadero interés para el escalador.



Sin embargo, el Oberland estaba muy lejos y ¡había tantas escaladas que hacer en otros lugares...!

Pero nunca puede decirse «de esta agua no beberé». Diez años más tarde, iba a vivir en esa montaña una de las aventuras más apasionantes de toda mi carrera. Y ahora, antes de abandonar el Eiger, quisiera contarla.

En 1957, tenía entre mis clientes como guía a dos excelentes alpinistas holandeses. Prácticamente se habían formado conmigo desde el principio, a partir del año 1950. Eran dos hombres bien dotados y, para entonces, se habían convertido ya en expertos alpinistas. Aunque no es frecuente, eran especialmente brillantes en las escaladas sobre terreno glaciar, por las que sentían una clara preferencia. Juntos conquistamos algunas de las más duras vertientes norte del macizo del Mont Blanc e incluso, en dos ocasiones, me habían llevado a Perú, donde hicimos la primera ascensión de varios picos glaciares de temibles características. Tras haber compartido tantas aventuras, nos habíamos hecho muy amigos y casi éramos como hermanos.

Ese año, deseosos de encontrar escaladas glaciares que fueran interesantes, fuimos al Oberland, porque sabíamos que en ese macizo había numerosas ascensiones de este tipo. El tiempo fue magnífico y efectuamos la ascensión de la pared noroeste del Wetterhorn. Esta primera salida nos animó; regresamos después a Grindelwald, donde habíamos instalado nuestro campamento base.

Entonces se produjo el drama.

—¡Mirad! ¡Allí, les veo! Están en el gran nevero, cerca de ese ángulo de roca.

—¡Yo también les veo! Son tres. ¿No veis al tercero?

Yo estaba todavía medio dormido y bastante molesto, porque a las ocho me habían despertado aquellas voces con acento belga que hablaban excitadamente junto a mi tienda. Apenas presté atención al sentido de aquellas palabras y me di la vuelta en mi saco de dormir intentando coger de nuevo el sueño.

Sin embargo, las palabras llegaron a mi subconsciente y me desperté preguntándome qué podía ser lo que aquella gente estaba viendo y que resultaba tan excitante. Me acordé de que, la víspera, un guía de la zona me había dicho que una cordada había lanzado su ataque contra el Eigerwand. Sin duda, era la visión de los alpinistas ascendiendo en plena muralla lo que había puesto en ebullición el campamento.

Llamé a Tom y a Kees y, provisto de unos gemelos, salí de la tienda.

Toda la gente de la zona de acampada de Grindelwald tenía los ojos fijos en la sombría y siniestra montaña que se elevaba 1700 metros por encima del valle, dominándolo tanto que a veces era posible ver a un hombre sin necesidad de prismáticos.

Se oía hablar en muchos idiomas, y pudimos escuchar en pocos minutos bastantes tonterías e inexactitudes. Algunos decían que en aquella escalada habían muerto treinta hombres. Otros aseguraban que sólo había sido conquistada una vez, y todo acompañado de comentarios de este tipo: «Hay que estar loco...», «Sólo un imbécil puede intentar algo así».

Apoyándome contra la rueda de un automóvil para sostener los prismáticos, estuve examinando cuidadosamente la pared. No me costó demasiado ver a los alpinistas; no eran tres, sino cuatro. Habían llegado ya a la parte superior del segundo nevero. En aquel momento, escalaban muy cerca

de las rocas, dirigiéndose hacia la izquierda para llegar al espolón en el que murieron Sedlmayer y Mehringer. Daba la impresión de que formaban un solo equipo y avanzaban con una lentitud increíble.

Por experiencia, sabía que la inclinación de aquel nevero no era superior a los 45 grados. No había hielo. Además, cuando hace buen tiempo, aunque la nieve no se haya helado, su estado es suficientemente bueno como para permitir un avance mucho más rápido. Diez años antes, Lachenal y yo, a pesar del hielo, habíamos atravesado este nevero, como mínimo, dos veces más deprisa que aquellos cuatro escaladores. Me pregunté por qué iban tan despacio y no encontré ninguna explicación.

Pero había algo que me resultaba todavía más inexplicable que la lentitud de aquellos alpinistas. Era incomprendible que continuaran ascendiendo cuando el mal tiempo estaba acercándose a pasos agigantados. El precioso cielo azul de los últimos días se había cubierto con pesadas nubes negras, que anunciaban, casi con seguridad, la llegada de una perturbación importante. A medida que pasaba la mañana, el tiempo era cada vez más amenazador. Incluso habría comprendido que, si la montaña hubiera estado en buenas condiciones, una cordada muy rápida y temeraria tratase de seguir avanzando hacia la cumbre con la loca esperanza de alcanzarla aquella misma tarde. Once años antes, Lachenal y yo habíamos hecho algo parecido en el espolón Walker, con la diferencia de que aquel día el tiempo era mucho menos amenazador que ese martes, 6 de agosto de 1957.

Llegó un momento en el que no entendí nada. Lo que estaba viendo superaba mil veces todas las heroicas locuras que la misma esencia del alpinismo permite perdonar. Las condiciones de la montaña eran malísimas. Aquellos cuatro hombres habían necesitado un día y medio para superar la parte más fácil de la escalada, en la que una buena cordada tarda normalmente medio día. (Sólo más tarde supe que los italianos lanzaron su ataque el sábado y los alemanes el domingo, lo que hace que este comportamiento sea todavía más insensato). En un nevero fácil, avanzaban a una velocidad de caracol. Ya se habían unido todos los signos que anuncian el mal tiempo inminente. Aún podían retirarse sin grandes problemas. A pesar de todo, continuaban subiendo con la misma desesperante lentitud. No parecían hombres, sino muñecos mecánicos, inconscientes e insensibles al dolor y la muerte.

Sentado en la hierba me sentía impotente y me daba cuenta de que aquellos hombres avanzaban hacia su perdición. No podía comprender qué motivos podían empujarles a continuar una ascensión sin esperanzas. Ningún ideal, ningún dato técnico explicaban esa actitud. Ya no vivíamos en los tiempos pasados del patriotismo exacerbado que empujaba, antes de la guerra, a algunos alpinistas a asumir riesgos mortales para demostrar la supremacía de su país. Estos hombres no pueden esperar ganar nada, ni siquiera gloria, intentando realizar la duodécima ascensión de la cara norte del Eiger. La más mínima chispa de razón debería mostrarles que ya están al límite de sus fuerzas y que si se desencadena mal tiempo serán incapaces de dominar la situación, sean cuales sean su voluntad y su coraje.

En tales condiciones ni siquiera puedo pretender que obedezcan los auténticos móviles del gran alpinismo, como el gusto por la aventura, el deseo de superarse, de llevar más allá las fronteras de lo imposible... Ya ha llegado la hora de una honrosa y prudente retirada.

Sólo un orgullo monstruoso, más fuerte que el instinto, puede empujarles de ese modo hacia una muerte segura.

Pero prosiguen lentamente su camino. A mediodía alcanzan la base del espolón Seldmayer-Mehring. A las dos y media, entre las nubes, podemos observar el nevero que sigue al espolón y que ya deberían haber alcanzado si progresasen normalmente; pero no se ve ninguna huella.

Convencidos de que no podíamos hacer nada por aquellos insensatos, abandonamos Grindelwald, a donde debíamos regresar el jueves por la tarde. El miércoles por la mañana, como si el cielo quisiera dar una última oportunidad de retirada a los imprudentes, el tiempo mejoró, pero, al final de la tarde, una terrible tormenta se abatió sobre la montaña. Después se produjo un auténtico diluvio que continuó durante todo el jueves.

El viernes por la mañana el cielo se aclaró un poco y volví a observar la pared: vi perfectamente las huellas que iban del espolón a la Rampa. Algunos de los que estaban acampados allí me dijeron que habían visto a los escaladores el miércoles, día en el que al parecer trataban de llegar a la vía Lauper de la cara noreste. Mis amigos holandeses, menos acostumbrados que yo a los dramas de la montaña, seguían apasionadamente los acontecimientos. A Tom, que había heredado de su abuela irlandesa un temperamento extremadamente ardiente y generoso, le desesperaba no poder hacer nada por los cuatro locos escaladores. Luego, los tres estuvimos discutiendo el problema.

—Oye, Lionel, ¿no crees que podríamos intentar sacarles de allí?

—Con este tiempo de perros y con la nieve que ha caído, sería una locura. No tendríamos probabilidades de actuar con éxito. Estoy de acuerdo en hacer todo lo posible para salvar a quien sea cuando los riesgos son aceptables, pero no puedo decir que sí a esas historias de chalados en las que se mata todo el mundo y nadie saca ningún partido. No, créeme, conozco esa pared; están todavía demasiado abajo. No se puede hacer nada hasta que hayan alcanzado la Araña o se encuentren en la vía Lauper. Incluso entonces no será fácil.

—Y si llegan allí, ¿querrás subir con un grupo de socorro? Si lo consiguiéramos, sería formidable...

—Mira, Tom, ¿sabes lo que me ocurrió el invierno pasado? Me arrastraron por el barro porque, en lugar de quedarme charlando, traté de salvar a dos muchachos que apenas tenían idea de lo que hacían. La gente que desfallece se enfada mucho cuando se lo haces ver. De todas formas, si el Eiger estuviera en Francia, seguramente trataría de hacer algo. Todavía tengo buenos compañeros que me seguirían. Pero aquí, ¿qué quieres que haga? No conozco a nadie, no hablo ni una sola palabra de alemán... Y ya sabes cómo es la gente de este lugar. Ellos piensan que hacer el Eigerwand no es alpinismo sino locura; un simple delirio de grandeza. Los que quieren intentarlo, lo hacen por su cuenta y riesgo, y no deben esperar que alguien vaya a rescatarles. ¿Qué quieres que haga? Y yo, después del drama del Mont Blanc, no tengo derecho a opinar. Si intento hacer algo, se me dirá que soy un pretencioso que se quiere hacer famoso y me enterrarán.

—Y si fuera otro el que organizara la caravana de socorro, ¿irías? De esta forma, ya no se te podría reprochar nada, iríamos los tres y no te sentirías aislado.

—En primer lugar, ¿quién crees tú que va a organizar la caravana? Todo el mundo se está burlando de esos cuatro cretinos. Y en segundo lugar, ni así iría. Además, encontrarían la forma de

buscarme líos. No quiero que se vuelva a hablar de mí y, por otro lado, tampoco soy indispensable. Todos los hombres valen lo mismo. En Suiza hay suficiente gente capacitada para realizar un salvamento difícil.

—Me decepcionas, Lionel. No tienes derecho a anteponer las cuestiones personales al deber. No hay duda: si en un asunto así puedes colaborar, tienes la obligación de ir.

—No; no pienso ir. No quiero que se hable de mí. Además, esos cuatro tipos no son como los del Mont Blanc, que tuvieron mala suerte. Éstos no son unos valientes, sino unos idiotas; unos chalados que han seguido escalando a pesar del mal tiempo. Han podido descender. No tengo ganas de matarme por unos dementes como esos.

—Y si se te pide que vayas, ¿irás?

—Ah, eso es otra cosa. Si me lo piden formalmente, iré. Por espíritu de solidaridad no podría negarme. Pero como aparte de Rubi no hay nadie que sepa que estoy aquí, hay pocas probabilidades de que vengan a buscarme.

La mañana pasó sin novedad. Las nubes que cubrían la pared norte del Eiger no nos dejaban ver a los cuatro escaladores. Sin embargo, sobre nosotros empezaron a surgir algunas manchas de un intenso azul anunciando que el tiempo iba a cambiar otra vez y que tendríamos unos días buenos. No habiendo nada que hacer en Grindelwald, nos fuimos a escalar. Como las condiciones eran malas, elegimos un objetivo bastante modesto, la arista del Nollen, en el Mönch. A mitad de la tarde, tomamos el tren de la Kleine Scheidegg con intención de subir hasta la cabaña de Guggi. En el tren, todas las conversaciones giraban en torno a la suerte que podían haber corrido los locos del Eigerwand. Un viajero nos dijo que, por iniciativa de Sailer, uno de los alpinistas de la cuarta ascensión, se había formado ya un equipo de socorro.

En la estación de Eigergletscher llovía con tal intensidad que decidimos quedarnos a dormir allí y partir a la una de la mañana, si el tiempo mejoraba por la noche.

La cena transcurrió en silencio. Mis amigos notaban que estaba preocupado. Tampoco ellos podían soportar que cerca de allí hubiera cuatro hombres agonizando. Después, bruscamente, Kees dijo:

—Creo que Lionel debe unirse al equipo de salvamento. Su lugar es ése.

Yo le contesté:

—Es posible, pero no iré si no me lo pide el jefe del grupo.

Sin detenerse a discutirlo más, Tom se levantó para telefonar al Jungfraujoeh. Al cabo de un momento, se puso en comunicación con Sailer. Estuvieron hablando durante unos instantes en alemán y yo sólo comprendí las palabras «Bergführer», «Terray» y «Chamonix». Después, Tom, pasándome el auricular, me dijo:

—Sailer quiere hablarte.

Como este escalador hablaba perfectamente francés, la conversación fue fácil. Me pedía insistentemente que subiera con su equipo. Había reunido un numeroso grupo de socorro, pero la mayor parte de sus integrantes eran escaladores técnicamente poco fuertes y necesitaba imperiosamente guías y alpinistas experimentados.

Eran cerca de las nueve de la noche y ya había pasado el último tren que subía hasta el

Jungfrauoch. Por eso, decidimos remontar el túnel a pie, siguiendo la vía férrea. Pero los empleados de la estación del Eigergletscher se opusieron a que lo hiciéramos. Tom consiguió que se pusiera al teléfono un directivo de la compañía ferroviaria, pero fue imposible obtener la autorización. Se nos dijo: «¡El reglamento es el reglamento y no hay grupo de socorro que valga!».

Ante la insuperable necesidad y mala voluntad de la Administración de aquel ferrocarril, decidimos partir a las cuatro de la mañana por la cara oeste del Eiger, con intención de reunimos en la cumbre con el equipo de salvamento que partiría de Jungfrauoch. Cuando nos despertamos, Kees no se sentía en forma y renunció a acompañarnos para no retrasarnos.

Saliendo de la estación comprobamos que el tiempo se había despejado un poco, pero que el viento del norte soplaba con mucha violencia. En estas condiciones, una acción de rescate se anunciaba muy difícil; a pesar de ello, decidimos subir a toda costa.

Los dos estábamos bien entrenados y progresamos extremadamente deprisa; a pesar del verglås que recubría la mayoría de las rocas estábamos a las siete y media en la arista noroeste, a menos de 300 metros de la cima. Desde allí, con buen tiempo, es posible divisar una gran parte de la cara norte, cuya forma general es completamente cóncava. Pero las nubes se arremolinaban por toda la inmensa pared y sólo dejaban ver algunas partes de la muralla, que chorreaban nieve y verglås.

En el fondo, no creía que, en un terreno tan hostil al hombre, unos escaladores —por duros que fuesen— hubieran podido resistir una semana el mal tiempo. Si me uní a aquella expedición de salvamento, fue mucho más por espíritu de solidaridad con los grupos de socorro suizos, cuya generosa acción me resultaba tremendamente simpática, que por tener auténticas esperanzas de salvar a unos seres vivos de aquel terrible apocalipsis de rocas y hielo. Sin gran convicción, empecé a subir, emitiendo de vez en cuando, en los momentos en que no soplaba el viento, unos gritos desesperados que seguramente nadie iba a oír. Tal como imaginaba, sólo me contestaron los aullidos de la tormenta. Estábamos dispuestos a regresar cuando, ante nuestra inmensa sorpresa, nos llegó claramente el sonido de una voz. Emocionados por unos gritos que parecían venir de otro mundo, nos preguntamos si no nos estaría engañando la imaginación. Pronto oímos otras llamadas que nos revelaron con seguridad que, por extraordinario que pudiera parecer, había unos hombres que pedían ayuda desde el fondo del precipicio del Eigerwand. Muy nerviosos por esta situación dramática y convencidos de que con el buen tiempo que parecía estar afirmándose quizá podríamos participar en una acción útil, reanudamos el camino hacia la cumbre.

Vimos, por la arista del collado del Mönch, unas cordadas que luchaban contra un fuerte viento. Forzamos el paso, porque estábamos convencidos de que íbamos con mucho retraso y que encontraríamos una muchedumbre en la cumbre del Eiger. Sin embargo, cuando a las nueve menos cuarto llegamos a la cima, nos sorprendió encontrarla completamente desierta. Me emocionó volver a estar en aquella cresta a la que, diez años antes, agotado por dos días de batalla, había llegado en plena tormenta. Allí di la vuelta a una de las páginas más ardientes de mi vida y reviví aquel instante con muchísima intensidad.

Un viento glacial nos atravesaba el cuerpo. Para entrar en calor y hacer un trabajo útil, empezamos a tallar en el hielo una plataforma que permitiría a quienes llegaran allí instalarse cómodamente. Llevábamos casi dos horas dedicados a esta tarea cuando dos alpinistas llegaron a la

cima. Eran de aspecto decidido, de rasgos duros, ademanes medidos y muy pocas palabras. Después de un breve saludo, se instalaron junto a nosotros y empezaron a calentar agua para hacer un té. Como Tom hablaba perfectamente el alemán y también el dialecto alemán que se utiliza en Suiza, les hizo muchas preguntas. Gracias a ellos averiguamos que, tras partir a la una de la mañana de Jungfraujoch, la columna de socorro, formada por cuarenta hombres muy cargados, se vio totalmente dispersada por el viento glacial que soplaba con violencia en la fría arista del Mönch. Por esta razón, los escaladores tuvieron que poner cuerdas fijas y acondicionar el terreno. A pesar de este retraso, la acción continuaba, y los recién llegados nos dijeron que pronto les seguirían otras cordadas. Supimos también por Tom que el más alto de los dos gallardos y taciturnos alpinistas que se habían adelantado al resto de la columna era Eric Friedli, el constructor del material de socorro que había sido adoptado por el Club Alpino Suizo (C. A. S.).

No tardé en darme cuenta de la excepcional valía de este mecánico nacido en Thoune, sin duda uno de los mejores especialistas que pueda encontrarse para los salvamentos difíciles que requieren la utilización de cables. Después de comer un poco, los dos suizoalemanes empezaron a instalar una plataforma y un punto de amarre para el cable. Sin embargo, como la roca se desmenuzaba con gran facilidad, tuvieron que colocar múltiples clavijas e, incluso, enrollar los cables alrededor de un gran bloque. Dije a Friedli que, en mi opinión, el corredor terminal del Eigerwand está más al este, pero, sin inmutarse, los dos de Thoune continuaron haciendo su trabajo.

Hacia las dos de la tarde las otras cordadas comenzaron a llegar y pronto una auténtica multitud se reunió en la cumbre del Eiger. Todos estos hombres son miembros de las secciones del C. A. S., la mayoría de Thoune o de Berna, pero también algunos otros de habla francesa. Me percaté de que una decena de alemanes de Múnich, llegados el día anterior por la tarde, suben por la cara noroeste.

Al final de la mañana, el avión del famoso piloto Geiger viene a hacernos señales para informarnos de que los hombres del Eigerwand todavía viven. Pronto, dos e incluso a veces tres aviones, giran alrededor de la cabeza del Eiger y luego descienden a lo largo de la pared norte de una forma tan espectacular como inútil. Los zumbidos y las acrobacias de estos aviones contribuyen a crear un ambiente festivo, por supuesto completamente inesperado en un lugar tan alto.

Hacia las tres de la tarde, y una vez instalado el cable, Friedli pidió voluntarios para realizar un primer descenso de reconocimiento del terreno. Nos ofrecimos a ir Sailer, el excelente alpinista vienés, Perrenoud y yo. Friedli eligió a Sailer. Éste, después de descender unos sesenta o setenta metros, llegó al borde de la pared vertical y volvió a subir para explicarnos que el *couloir* previsto se encontraba más al este. Teníamos que trasladar el cable a otro punto y volver a empezar.

Mientras el grupo de Thoune se encargaba de la nueva tarea, nosotros empezamos a trabajar en el emplazamiento del vivac. Parte del grupo volvió a descender a la estación de Eigergletscher para regresar al día siguiente con víveres y material suplementario. Seguían llegando sin cesar nuevos escaladores: los primeros fueron unos alemanes dirigidos por el viejo Gramminger, que había logrado realizar algunos de los más difíciles salvamentos de la historia del alpinismo.

Más tarde tuvimos la agradable sorpresa de ver llegar a los célebres escaladores italianos Cassin y Mauri, que habían partido precipitadamente de Lecco para intentar socorrer a sus compatriotas. Por fin, cuando ya caía la noche, llegaron a nuestro campamento ocho gallardos escaladores muy

cargados a quienes nadie había llamado. Se trataba de un grupo de polacos que había venido a escalar las principales paredes norte de la región del Oberland. En un gesto de solidaridad, vinieron a unirse al equipo de salvamento. En aquel ambiente de Torre de Babel, el políglota Tom hizo maravillas. Aparte del holandés, hablaba perfectamente cuatro idiomas. Con sus ojitos inteligentes, su buen humor y agitando su tremenda estatura con un ardor meridional, no dejó de ir de uno a otro. Gracias a él, todo el mundo logró entenderse.

A lo largo de la arista del Eiger, más de treinta personas trabajaban furiosamente cavando plataformas para el vivac y haciendo verdaderas grutas que permitirían estar a cobijo del viento, que continuaba soplando con gran intensidad.

Para el vivac, nos unimos varios de los que hablábamos lenguas latinas: Tom, los dos italianos, Eiselin, de Lucerna, y yo. El ambiente era fraternal. Decir que no pasábamos frío sería muy exagerado, pero todos nosotros habíamos sufrido situaciones mucho peores y, a pesar de que en esta ocasión disponíamos de muy poco material, aquella noche, a fin de cuentas, fue un vivac parecido a otros muchos.

Al despuntar el día, cuando nos preparábamos para calentar el agua del té y comer lo poco que nos quedaba, los alemanes enviaron a un miembro de su equipo para hacer un reconocimiento. Al poco tiempo, la noticia corrió como un reguero de pólvora por la cresta del Eiger: aquel escalador había entrado en contacto con los hombres que estaban prisioneros en la muralla. Al parecer, se encontraban aproximadamente en la parte superior de la Araña, y se iba a intentar subirles, sin más dilación, hasta la cumbre.

Parecía que el cielo, que deseaba recompensar la generosidad que había congregado a todos aquellos hombres para una acción aparentemente desesperada, había dispuesto las cosas de forma que sus esfuerzos no fueran inútiles. Pero si ahora era posible tener algunas esperanzas de poder librarlos del abismo, todavía estábamos lejos de tenerlos en nuestros brazos, e incluso más lejos de devolverlos a sus familias. Aún había que superar muchos obstáculos. El factor determinante del éxito era el tiempo. En la alta montaña, todo es posible si hace buen tiempo. Cuando hay tormenta, todo es mucho más difícil. Y en el tiempo se apoyaban la esperanza y el temor. El viento del día anterior, violento y helado, que había retrasado a la columna que partió del Jungfrauoch, cesó, y la temperatura era incluso bastante suave. En cambio, en lugar de un cielo azul había unas nubes bastante sombrías. De momento, se encontraban a bastante altura, pero eran tan negras y tan pesadas que pronto descargarían la nieve acumulada en sus flancos. El éxito o el fracaso de nuestra empresa dependía, sobre todo, de las horas que esas nubes oscuras permanecieran allá arriba.

Por fin, Friedli hizo descender al joven alemán Hellepart, elegido por su corpulencia y por su excepcional vigor. Provisto de un emisor-receptor de radio portátil, se mantendría constantemente en contacto con los hombres de la cresta y podría informarnos de las peripecias del descenso. Después de atravesar la fuerte pendiente de nieve que lleva a la cumbre, avanzó sin incidentes a través de los largos sistemas de fisuras que se levantan sobre la Araña. Sólo algunos salientes verticales le forzaron a disminuir un poco la velocidad de su descenso; pero un tambor de madera, en torno al cual estaba enrollado el cable, le permitía acelerar o frenar a voluntad. Cada cien metros era necesario bloquear el cable para añadir una nueva sección de otros cien metros.

Después de trescientos metros, Hellepart anunció que se acercaba a uno de los alpinistas atrapados en la cara norte del Eiger. Parecía que se hallaba más arriba que sus compañeros de tragedia, cuyos gritos llegaban hasta Hellepart, aunque no podía verles. A los 360 metros, encontró a la primera víctima. Era el italiano Corti, que —por extraordinario que pueda parecer— todavía se encontraba en bastante buen estado. Después, Hellepart le puso unas inyecciones de coramina, cargándole a su espalda gracias a ese maravilloso arnés que se llama cacolet.

Para subir a las víctimas del drama, disponíamos de un torno especial que, teóricamente, funcionaba con sólo dar vueltas a una manivela. Sin embargo, como Friedli temía que este instrumento no fuera lo suficientemente fuerte para resistir todas las fricciones del cable contra la muralla, había hecho preparar para él una especie de camino deslizante de unos sesenta metros a lo largo de toda la pendiente de la cresta. Fue una suerte que él tomara estas precauciones, porque pronto se comprobó que nuestro torno no tenía la suficiente fuerza como para izar a los dos hombres a la vez. Friedli no se inmutó ni un segundo. Inmediatamente, colocó unos dientes a manera de resorte, lo cual era tan ingenioso que las víctimas podían ser sacadas y trasladadas a otro punto del cable en muy poco tiempo. Por medio de una cuerda de algunos metros, Friedli puso grupos de cuatro o cinco hombres en cada diente. De esta forma, éramos treinta hombres los que podíamos tirar eficazmente del cable. En el primer intento, aunque desplegamos todas nuestras fuerzas, el cable no se desplazó ni un centímetro. Sin duda, uno de los puntos de conexión entre dos de sus tramos se había atascado en alguna fisura. La situación era grave y nuestro magnífico optimismo empezaba a ser sustituido por un ligero pánico. Si no lográbamos izar a los dos hombres con el cable, nos veríamos obligados a abandonar al italiano a su suerte, y Hellepart difícilmente podría ser rescatado con la ayuda de cuerdas unidas entre sí.

Se llamó a algunas personas para ayudarnos, y uno de los escaladores de Berna, que estaba de pie sobre la cornisa, dirigió la maniobra a gritos. Gracias a una mejor coordinación de nuestros esfuerzos, el cable, tras tensarse de forma inquietante, empezó a subir lentamente. Cuando habíamos recorrido unos siete u ocho metros por el camino preparado en la arista, Friedli bloqueó el cable en el tambor-freno, colocamos los dientes más adelante y volvimos a empezar la maniobra.

De esta forma, teníamos que subir los 360 metros de cable en secciones de siete metros. Como puede imaginarse, el trabajo iba a ser muy prolongado. Además, había que tener en cuenta que Hellepart, que subía con las piernas apoyadas en escuadra contra la pared, tenía que realizar enormes esfuerzos musculares y se veía obligado a descansar frecuentemente.

Después de más de una hora y media de tirar del cable, los dos hombres aparecieron por fin en la parte baja de la pendiente nevada que llevaba a la cumbre. A partir de ese momento, nada podía impedir subirlos y nuestra acción ya dejaba de ser inútil. Despreciando los criterios de lo razonable y empujados por la fuerza de la generosidad, que todavía subsiste en este siglo de acero, una vida iba a ser salvada.

Hellepart, casi al límite de sus fuerzas, pudo depositar su carga en la plataforma cavada en la arista. Corti, a pesar del terrible aspecto de su rostro demacrado, consiguió, increíblemente, resistir ocho días en el Eigerwand. Parecía no tener helado gravemente ningún miembro, y no solamente tuvo fuerzas para tenerse en pie, sino que, incluso, podía mover los brazos con fuerza, hablar, quejarse y



hasta bromear. Por el contrario, era imposible obtener de él una información exacta de lo que había ocurrido, y parecía mucho menos preocupado por la suerte de sus compañeros que por saber si su ascensión sería considerada como la primera ascensión italiana del Eigerwand. Se contradecía sin cesar, pero afirmaba que el hombre que se había quedado en la travesía de la Araña —cuyos movimientos podían ser seguidos todavía por los observadores situados en la Kleine Scheidegg— era el italiano Longhi. Esto mismo nos lo habían dicho Cassin y Mauri que, la tarde anterior, pudieron incluso cambiar con él algunas palabras desde la arista noroeste. Pero no sabíamos qué había ocurrido con los dos alemanes. De todas las contradicciones del relato de aquel único testigo, pudimos deducir que Corti había subido con ellos hasta la cumbre de la Araña, después sufrió una caída y los alemanes le abandonaron con material de vivac, al parecer en el mismo lugar donde le había encontrado Hellepart.

Como éste no había visto ninguna huella de los alemanes, lógicamente pensamos que estos últimos se habían despeñado y que los gritos que se habían oído eran de Longhi. Fuera como fuese, era necesario que alguien descendiera de nuevo por la pared, al menos hasta la base de la Araña, para tratar de localizar a los alemanes y comprobar si era posible socorrer a Longhi. Friedli y Gramminger me preguntaron si todavía quería bajar con el cable, y dije que sí enseguida.

El techo de nubes que, desde la mañana, nos hacía el favor de permanecer en las alturas, descendió, y en previsión del mal tiempo que parecía querer abatirse sobre el Eiger, cogí todas las prendas de las que disponía.

Me pusieron un casco para protegerme de las caídas de piedras, me colocaron un emisor-receptor de radio en el pecho y el infatigable Friedli me dio algunos consejos sobre cómo poner inyecciones. Después, animado por mis compañeros, empecé a descender a lo largo de la pendiente nevada. Pronto llegué al primer muro de roca. Al desaparecer la pendiente, pude ver las profundas entalladuras, de más de un centímetro, hechas por la fricción del cable en la roca calcárea. Quedé detenido durante algunos minutos. Por radio me dijeron que estaban añadiendo otro cable de cien metros. Empecé de nuevo a descender a lo largo de las estrechas fisuras y de los *couloirs* que, diez años antes, había remontado gracias a la energía que dan las situaciones desesperadas.

¡Qué extraño fue encontrarme de nuevo en aquellos lugares que jamás pensaba volver a ver! Nada parecía haber cambiado. Como aquel día lejano, la nieve y el hielo cubrían las rocas negras de escasos y mal dispuestos relieves, y unas nubes pesadas rodeaban la montaña, empezando a dejar caer algunos copos de nieve. Viví aquellos instantes con extraordinaria intensidad. Los chistes de Lachenal sonaban de nuevo en mis oídos. Creía volver a verle, ágil como un gato, surgiendo de aquellos pasos, con su mirada chispeante y una maliciosa alegría, diciéndome: «Qué, señor guía, ¿le ha parecido interesante esta escalada?».

Bruscamente, el cable se detuvo. Me puse en contacto con la cumbre para saber lo que pasaba, pero nadie contestó. En lugar de eso, capté una conversación en alemán que parecía tener lugar entre la cumbre y la Kleine Scheidegg.

Por fin, oí que me llamaban desde la cumbre:

—Terray, ¿me oye? Conteste.

Yo respondí:

—Oigo perfectamente. ¿Por qué se ha detenido el descenso? ¿Me oyen? Contesten.

Parecía que no oían mis llamadas.

Luego volví a interceptar unas llamadas en alemán y otras en francés, y todo ello cortado por largos silencios. Aquello se eternizaba.

Instalado al final del cable, me encontraba en una situación relativamente cómoda y soportable, pero el tiempo se me hacía infinito.

Para entretenerme, me balanceé hacia la izquierda, volviendo a ver más de cerca las fisuras que en 1947 me vi obligado a recorrer con crampones, debido a la capa de hielo que cubría la roca, en una posición que me produjo terribles calambres en las piernas. Descubrí la fisura en la que logré poner la clavija salvadora. Sin embargo, cada vez que realizaba un desplazamiento, el cable hacía que se desprendieran algunas piedrecillas y, de repente, sus cinco milímetros de grosor me parecieron terriblemente escasos y tensos.

La nieve empezaba a caer en ligeros copos y periódicamente pequeñas avalanchas de nieve polvo venían de las pendientes superiores para envolverme en una nube.

Finalmente escuché: «Aquí la Scheidegg. Hola, Terray, ¿me oye?».

Una larga conversación con el puesto de la Kleine Scheidegg me informó que, aunque el puesto de radio de la cumbre del Eiger emitía perfectamente, no recibía mensajes.

De vez en cuando, el cable vibraba, porque me hacían subir o bajar algunas decenas de centímetros. Para ocupar el tiempo, intenté ponerme en contacto con una cordada cuyas siluetas se perfilaban por la arista noroeste, pero a estas llamadas me contestaron gritos procedentes del fondo del abismo. Era el viejo Longhi que, allá abajo, seguía negándose a morir y todavía esperaba.

Me pregunté si estábamos todavía a tiempo de salvarle. Cada minuto que transcurría hacía más improbable el salvamento. Eran casi las cuatro de la tarde y empezaba a desencadenarse una gran tormenta. Ya era demasiado tarde para intentar algo en serio. Si el mal tiempo se instalaba en la región, iba a ser humanamente imposible bajar a varios miembros del equipo de socorro hasta Longhi, que estaba bloqueado en una de las aristas situadas a la izquierda, a más de cien metros, llevarlo hasta el cable y, por fin, subirlos a todos a la cumbre. Con buen tiempo, aquella maniobra difícil hubiera sido realizable; pero, incluso en esas condiciones, requeriría toda una jornada. Éramos unos alpinistas lo suficientemente hábiles y resueltos como para llevar satisfactoriamente a cabo una operación de esa envergadura. Estaba seguro de que, con buen tiempo, muchos de nosotros nos hubiéramos ofrecido voluntariamente para pasar varios días en la Araña, con el fin de arrancar a Longhi de la muerte, a la que había resistido con una valentía extraordinaria. Sin embargo, en plena tormenta, a pesar de nuestra buena disposición, no podíamos hacer nada. Por fin, noté que el cable volvía a moverse y, con las piernas tensas contra la montaña, subí sin esfuerzo. Como Friedli pensaba que un descenso sin contacto por radio y sin visibilidad podía presentar riesgos suplementarios, había decidido que me hicieran subir. Al cabo de un rato, Tom me abrazó en la arista.

Eran más de las cuatro de la tarde y me sorprendió que Corti siguiera allí. A pesar de las atenciones y cuidados que había recibido, parecía mucho menos fuerte que en el momento de su llegada. Había que evitar que hiciera un noveno vivac.

En unos minutos, Friedli, Gramminger y yo trazamos un plan de batalla: el equipo helvético de Friedli permanecería en la arista de la cima, a fin de estar preparado para realizar un nuevo descenso a la mañana siguiente, muy temprano, si el tiempo lo permitía. El resto del equipo de salvamento debía descender con Corti esa misma tarde, y después volver a ascender a la cumbre a primera hora de la mañana, si el tiempo se despejaba. Minutos más tarde, Corti estaba ya montado sobre mis hombros y, posteriormente, al empezar la vía de la arista noroeste, le enrollamos en varios sacos de dormir y le atamos bien a un trineo. Empezaba el descenso. La primera parte era difícil. Como los cables se habían quedado en la cumbre, bajamos el trineo fijándolo al extremo de dos cuerdas de sesenta metros. Cuando éstas se desenrollaban del todo, colocábamos de nuevo unas clavijas y volvíamos a empezar la maniobra.



Para ir más deprisa, hubiera sido necesario que todos los escaladores del equipo de salvamento se movieran con gran facilidad en la alta montaña. Pero no era así, ni mucho menos. La mayor parte de los escaladores tenían bastantes problemas y, a pesar de su buena voluntad, se desplazaban con gran lentitud. Algunos entorpecían la buena marcha del grupo. Yo temía que se despeñara una cordada. Una de ellas, formada por tres polacos, resbaló y sólo pudo ser salvada gracias a la habilidad de Tom.

Felizmente, después de algunos largos de cuerda, los cinco o seis mejores del equipo se organizaron para asegurar toda la tarea y el descenso cogió cierto ritmo, pero el mal tiempo volvió y nos encontramos rodeados de nuevo por la nieve mezclada con lluvia. Estábamos calados hasta los huesos.

Un poco antes de que cayese la noche, el equipo de Friedli nos alcanzó y, después de ayudarnos un momento, continuó el descenso. Con razón pensaron que después de un segundo vivac en estas condiciones no estarían en condiciones de intervenir adecuadamente. También decidieron dejar material en la cumbre y bajar a dormir a Eigergletscher. Si el tiempo se despejaba durante la noche podrían volver a subir acompañados por socorristas de refuerzo.

Casi era noche cerrada, el viento soplaba con violencia, empujando torbellinos de nieve que nos bloqueaban la visión y nos helaban la cara. Era imposible continuar así sin que sufriéramos una catástrofe.

En cuanto llegamos a un emplazamiento más o menos adecuado, Gramminger y yo, que habíamos dirigido todo el descenso, decidimos detenernos. Este nuevo vivac fue extremadamente penoso. La mayor parte del grupo de socorro estaba muy fatigada después de pasar dos días y una noche en constante actividad, soportando el frío, el viento y una mala alimentación. Además, estábamos empapados y muchos sólo tenían material de vivac bastante escaso.

Después de aproximar a Corti a un extremo de la arista, prácticamente horizontal, me encontré solo con él en una plataforma muy expuesta al viento. Todos los demás habían ido a refugiarse detrás de las rocas. Tom fue el último en abandonarme.

Al cabo de una hora, Corti acabó adormeciéndose. Entonces traté de protegerme de la tormenta. Pero apenas habían transcurrido treinta minutos desde que me acurruqué bajo un minúsculo saliente de roca, cuando Corti, saliendo de su embotamiento mental, se puso a lanzar unos gritos desgarradores. Sin duda, al encontrarse bruscamente solo en una arista azotada por el viento y la nieve, pensó que le habíamos abandonado. No tuve más remedio que volver a su lado para tranquilizarlo y darle de beber. Como me sentía helado hasta los huesos, regresé a mi cobijo, pero Corti volvía a gritar de tal manera que me veía obligado a volver hacia el trineo.

Al amanecer vi varias cordadas que ascendían en nuestra dirección. Cuando llegó la primera, ya estábamos preparados para continuar el descenso, reemprendiéndolo inmediatamente.

Los nuevos rescatadores eran en su mayoría viejos guías. ¡Qué curioso, no llevaban crampones...! Pero tampoco les resultarían demasiado útiles, excepto a uno de ellos cuya habilidad

compensaba el mal equipamiento y hacía que soportásemos su falta de amabilidad.

Las pendientes de nieve dieron paso a una serie de muros verticales que, a veces, tenían una inclinación superior a los 90 grados. Este nuevo tipo de terreno ya no permitía realizar un descenso en diagonal, y el trabajo de los hombres que cuidaban a Corti era muy duro. Después de algunos largos de cuerda, subió el excelente guía Karl Schlünegger, que hizo maravillas en esta tarea.

Nos encontramos con los simpáticos escaladores de Château-d'Oex, entre ellos la gran alpinista Betty Favre. Los litros de bebida que habían preparado renovaron nuestras fuerzas.

Rápidamente fuimos rodeados por muchísima gente procedente de todas partes. Posteriormente, Friedli y sus hombres nos ayudaron con los cables y el avance se aceleró.

A pesar de esta ayuda, el descenso de los 1700 metros que separan la cumbre del Eiger de la estación de Eigergletscher no terminó hasta las tres de la tarde.

Al pie del glaciar y en los alrededores de la estación se encontraba esperándonos una auténtica muchedumbre de periodistas, fotógrafos y curiosos, víctimas todos ellos de una histeria colectiva. A partir de aquel momento iba a empezar a librarse una serie de batallas menos nobles.

El salvamento del Eiger provocó violentas polémicas en Suiza, en Alemania y en Italia. Algunos de los que se habían evitado las molestias que supuso participar en la acción se permitieron criticar la organización técnica del rescate, y hubo otros que, incluso, pusieron en duda los principios y fines mismos que lo motivaron.

Es cierto que ninguna acción humana es perfecta cuando se improvisa. Sin embargo, esto no impidió que se salvara una vida gracias a que, en un acto espontáneo de generosidad, y a pesar de que se hizo en unas condiciones que aparentemente no daban derecho a esperar nada, unos alpinistas de muchas nacionalidades no temieron socorrer a unos compañeros que habían actuado de forma insensata.

El salvamento del Eiger fue un magnífico ejemplo de lo que puede hacerse con valentía, entusiasmo y voluntad.

Aunque sólo fuera por esto, ya habría podido considerarse como un éxito.

El resto no es más que vil charlatanería.

# Guía de grandes ascensiones

La segunda ascensión de la cara norte del Eiger fue el punto culminante de mi carrera en los Alpes. A partir de ese momento dejé de dar tanta importancia como antes a mis actividades de alpinista aficionado y me consagré principalmente a mi oficio de guía, esforzándome por practicarlo en los macizos más diversos y por las vías de máxima dificultad. Sólo posteriormente tuve oportunidad de poder reanudar una actividad muy importante como aficionado, cuando participé en un total de ocho expediciones fuera del continente europeo, durante las cuales logré culminar numerosísimas ascensiones de gran envergadura en el Himalaya y los Andes.

Aunque en menor grado, Lachenal me imitó en esto.

A pesar de la faceta fabulosa que le otorgan sus apariencias funambulescas y su carácter a veces heroico, el alpinismo no escapa a las leyes comunes del deporte.

Quien, bien dotado por la naturaleza, recorre la montaña desde su infancia, realiza centenares de ascensiones, franquea innumerables obstáculos, va adquiriendo paulatinamente un pie más seguro, unos dedos más fuertes, nervios más sólidos, un cuerpo más robusto, una técnica más refinada. De este modo puede alcanzar un dominio y una experiencia tales que, incluso en ascensiones de la mayor dificultad, domina la situación hasta el punto de no correr ya riesgos muy importantes y conservar siempre una amplia reserva de fuerza y de energía. Las montañas, que antaño le parecían un mundo lleno de misterios y emboscadas, se le hacen familiares y amables. Las paredes que, ayer, reclamaban todo su valor y toda su energía, sólo le ofrecen ya una agradable gimnasia. De este modo, al escalar por primera vez en mi vida la Verte por la vía más clásica, tuve más dificultades y corrí mayores peligros que cuando, mucho más tarde, conseguí la ascensión por la vertiente del Nant Blanc; mientras, entre otras muchas ascensiones, había subido nueve veces a esa montaña por seis itinerarios distintos.

En alpinismo, como en cualquier otro deporte, los milagros son raros, las dotes, la experiencia, la técnica y el entrenamiento son las mejores claves del éxito.





El alpinismo no escapa...



No se puede concebir un esquiador que, dominando la técnica, sólo continúe bajando por las pendientes fáciles que descendía cuando comenzó; si no buscarse terrenos más difíciles, rápidamente el esquí le parecería monótono.

Del mismo modo, en el alpinismo cada progreso exige otro y cada ascensión una más difícil; si se quiere conservar intacto el entusiasmo, se deben buscar sin cesar problemas nuevos.

Es precisamente esto lo que hace falta. De hecho, si un esquiador puede encontrar siempre pendientes más rápidas y difíciles, si un atleta puede siempre esperar correr más deprisa o saltar más alto, el alpinista también debe intentar progresar escalando las cimas y las paredes que se ofrecen ante sus ojos.

Después de la Walker, sentíamos vagamente la impresión de haber llegado a un grado de entrenamiento, de perfección técnica y de fuerza moral demasiado elevado para que las montañas de los Alpes pudieran ofrecernos todavía un campo de actividades suficiente para satisfacer el ideal de constante superación de uno mismo y de la búsqueda de aventuras grandiosas que perseguíamos.

A continuación de nuestra ascensión a la pared norte del Eiger, que logramos realizar a pesar del mal tiempo y las malas condiciones, aquello resultaba evidente.

Habíamos escalado las cumbres más altas y difíciles de los Alpes; en el estrecho marco de esta cordillera, que ya se nos había quedado pequeña, no podíamos esperar enfrentarnos a obstáculos superiores. Tal como he escrito ya en otra parte: «Para que vuelva a haber aventura, es necesario que la montaña se erija a la altura de sus conquistadores».

Sin embargo, las montañas europeas apenas si podían procurarnos más que una forma deportiva de turismo o simples ejercicios de virtuosismo técnico. Para nosotros, que tratábamos de satisfacer aspiraciones más grandiosas que un placer estético o una nueva forma de gimnasia, la única solución consistía en cambiar las reglas del juego, es decir, en medirnos solamente con las paredes más duras o bien atacándolas en pleno invierno. Sin ninguna duda, las grandes montañas del mundo —que estarán siempre a la altura de los más osados conquistadores— ofrecían una posibilidad más de acuerdo con nuestros deseos; pero, sin dinero, ¿cómo atravesar los mares y los continentes?

Algunos podrían alegar que, a pesar de que habíamos conseguido repetir los itinerarios más importantes abiertos ya en los altos macizos de los Alpes occidentales, algunas paredes rocosas muy importantes permanecían vírgenes, como la cara oeste del Petit Dru o su pilar suroeste, y que, además, no habíamos escalado ninguna de las grandes paredes de los Dolomitas. Ya se sabe, en este macizo se hallan las murallas rocosas más altas y difíciles jamás vencidas por el hombre. Esas personas podrían llegar a la conclusión de que, contradiciendo mis palabras, incluso después de la Walker y el Eiger, podíamos hallar en los Alpes amplias posibilidades de satisfacer nuestras aspiraciones de altura y aventura. Tales observaciones no carecerían de fundamento. Pero, como he dicho anteriormente, el alpinismo comporta varias ramas muy distintas. La «alta montaña» es una de ellas, el «sextogradismo», otra. Muy raros son quienes consiguen dividir su pasión entre esas dos especialidades y más raros todavía quienes han llegado a dominar perfectamente dos técnicas tan

distintas.

Recuerdo que, en el salvamento del Eiger, dos famosos dolomitistas se sentían muy incómodos en la vía de descenso, donde mi amigo Tom podía moverse sin problemas.

Podría citar también el caso de otros dos sextogradistas que, saliendo un poco tarde para hacer el fácil Dent du Géant, tuvieron que vivaquear allí, ¡acción apenas concebible...! Podría citar aún el ejemplo de una muy ilustre cordada de los Alpes orientales que invirtió tres días en hacer la Walker con un tiempo y unas condiciones normales. En la memoria también conservo la lentitud inimaginable de los cuatro germano-italianos que provocaron el drama del Eiger. Todos eran, sin embargo, escaladores de roca de primera línea. Uno de ellos estaba incluso considerado como un fenómeno de la escalada y poseía los récords de velocidad de numerosos itinerarios rocosos.

Aunque es cierto que la mayoría de los escaladores de los Dolomitas no se siente segura en las escaladas mixtas, glaciares e incluso rocosas de los altos Alpes occidentales, los especialistas de este macizo tampoco lo están frecuentemente en las paredes de caliza verticales y más o menos delicadas de los Alpes orientales.

Lachenal y yo éramos «occidentalistas» resueltos: el alpinismo que nosotros practicábamos consistía en escalar montañas y paredes en las que el hielo y la nieve están entremezclados con las rocas. Para nosotros, este mundo de diversos elementos en el que la blancura deslumbrante de la nieve y el centelleo plateado de los glaciares crean un ambiente embrujado, ofrecía encantos fascinantes.

Por el contrario, las grandes murallas formadas exclusivamente de roca presentaban, a nuestro entender, una uniformidad de color y una falta de variedad en los problemas que planteaban, que nos resultaban de una penosa monotonía. Ni a él ni a mí nos habían gustado nunca los macizos de poca altitud, y sólo a duras penas los considerábamos verdaderas montañas. En nuestra opinión, el dolomitismo no era prácticamente lo mismo que el alpinismo. De todas formas, los dos éramos excelentes escaladores en roca, tal como habíamos demostrado en la Walker. Lachenal tenía también una clase excepcional para las escaladas que exigen una habilidad especial. Sin embargo, nos entusiasmaban mucho más los recorridos mixtos o las ascensiones puramente glaciares que la escalada sólo en roca, sobre todo cuando en ésta última había numerosos pasos de escalada artificial, ejercicio que no era de nuestro agrado.

Muchos profanos, e incluso muchos alpinistas corrientes, imaginan que esta técnica (en la que, como se sabe, el escalador avanza solamente elevándose de clavija en clavija) no presenta dificultades. Más de una vez he oído decir:

—Pues tampoco es tan difícil: ¡basta poner clavos y subir por escaleritas!

Éste es un juicio totalmente simplista. Con la excepción de raros casos en los que las circunstancias son extremadamente favorables, la escalada artificial exige muchas cualidades físicas, intelectuales y morales. Ascender durante horas y días a lo largo de una pared, suspendido en el vacío, mientras los estribos se te escapan constantemente y teniendo que hundir las clavijas en posiciones incomodísimas, es un ejercicio extremadamente atlético. Hay que ser muy ingenioso para lograr que estas clavijas queden sólidamente fijadas en todo tipo de fisuras que, a menudo, apenas se adaptan a esta función, al igual que para disponer las cuerdas y los mosquetones de forma que se

deslicen correctamente. Trepar de esta forma por paredes de setecientos a ochocientos metros, a una velocidad de veinte o treinta metros cada hora —y a veces de sólo cinco o seis metros por hora—, requiere una perseverancia y una voluntad totalmente excepcionales. Estar colgado sobre un vacío espantoso, sostenido por unos pitones metálicos clavados en rocas que se desmenuzan y a veces tan poco encajados que apenas sostienen el peso del escalador y en cualquier momento pueden arrancarse «en cadena», provoca una sensación tal de inseguridad que solamente puede superarse si se tiene mucho valor.

Ni Lachenal ni yo habíamos negado nunca que la escalada artificial es una técnica difícil que exige muchas cualidades, pero ni el uno ni el otro sentíamos deseos de practicarla. Lo que más nos gustaba de la escalada era la impresión de dominar el peso, de bailar sobre el vacío, de correr en vertical: todas las cosas que procura cuando es practicada con virtuosismo.

La escalada artificial, lejos de dar esta impresión de ligereza y dominio, provoca exactamente la sensación contraria. Amarrado a las rocas, avanzando sólo con extrema lentitud gracias a subterfugios mecánicos y tremendos esfuerzos, el hombre se siente, más que nunca, pesado, débil, poco diestro y perecedero. Lejos de triunfar gracias a un arte en el que a veces pueden producirse genialidades, el alpinista logra solamente triunfar por medio de un laborioso artesanado.

Las grandes escaladas dolomíticas no sólo se llevan a cabo en un paisaje que no nos seducía mucho, sino que además suponen casi todas las necesidades de realizar largos tramos en escalada artificial o semiartificial. Aunque sólo fuera por esta razón, no sentíamos ningún deseo de enfrentarnos a ellas.

Fue también debido a nuestro horror a la escalada artificial que nunca tratamos de culminar las tres o cuatro grandes paredes rocosas de los Alpes occidentales que seguían vírgenes en aquella época. Añadiré que, en 1947, la utilización en masa de tacos de madera para avanzar a lo largo de fisuras demasiado grandes para las clavijas corrientes era considerada como un procedimiento poco elegante y ningún alpinista se había atrevido todavía a utilizarlo. Solamente gracias a estos métodos de carpintero se pudo, aunque muchos años más tarde, escalar la cara oeste del Petit Dru y su pilar suroeste.

Sólo había dos murallas todavía vírgenes que hubieran podido procurarnos aventuras comparables al Eiger y a la Walker: la cara noreste del Grand Dru y la cara norte directa de las Droites. De hecho, si nuestro oficio nos hubiera dejado un poco más de tiempo libre durante los meses de verano, sin duda habríamos intentado seriamente la escalada con ánimo, al menos, de triunfar. Dos veces subimos para hacer vivac al pie del Grand Dru y posteriormente traté de culminar las Droites con Tom de Booy. Desgraciadamente, en todas esas ocasiones nos rechazó el mal tiempo.

El alpinismo solitario, gran especialidad de los escaladores alemanes y también de algunos sextogradistas italianos, al hacer imposible o mucho más difícil practicar determinadas técnicas, reduce las posibilidades de los mejores alpinistas a un nivel lo suficientemente bajo para que numerosas ascensiones les obliguen a realizar esfuerzos tremendos y, sobre todo, a correr riesgos importantes.

Pero escalar en solitario exige no solamente una maestría total, sino también una fuerza de carácter realmente singular y hasta una actitud mental muy especial.

Lachenal y yo nunca hemos practicado esta forma de alpinismo. Ello, sin duda, menos por razones técnicas que por convicción. De hecho, a veces nos ha ocurrido que no nos hemos acordado en un terreno que ya era difícil y, mucho más a menudo, hemos escalado juntos, sin asegurarnos.

Teóricamente éramos capaces, pues, de realizar escaladas difíciles en solitario, pero Louis era un ser extremadamente sociable y le horrorizaba la soledad.

Personalmente ese tipo de escalada me seduce, aunque en montaña me hace percibir con aún más intensidad todas las amenazas de la naturaleza dirigidas contra mí.

Solo me siento incapaz de escalar pasos que franquearía sin problemas aunque no llevase cuerda, pero sintiera detrás de mí la energía de otra vida.

El alpinismo es, ante todo, a mi modo de ver, una experiencia individual y siempre me ha parecido ridícula la opinión de ciertos autores cuando aseguran que la búsqueda de la amistad que vincula a los miembros de una cordada es el móvil esencial que empuja a los hombres a enfrentarse con las montañas. ¿Por qué, si fuera así, los escaladores irían a agotar sus fuerzas y exponer su vida sobre inhumanos abismos? Si la amistad necesitara un catalizador para formarse, debería bastar esa especie de turismo de montaña que es la ascensión de cimas fáciles.

Cada verano volvíamos a encontrarnos en las vías normales a numerosas bandadas de alegres montañeros que cantando, bebiendo y zampando encuentran en el ejercicio físico, en la pureza del aire y en el calor del sol, un ambiente propicio para un «compañerismo sano». Pero este pasajero calor humano no es la amistad que puede nacer alrededor de una fiesta o un banquete; si la búsqueda de esta sensación es el móvil principal de estas salidas, éstas sólo constituyen una forma menor del alpinismo.

Sin duda, como en la guerra, en las ascensiones difíciles los riesgos y los esfuerzos compartidos hacen que nazca entre los miembros de una cordada un sentimiento de fraternidad que, a la larga, puede convertirse en una verdadera y profunda amistad.

Pero como el compañerismo de la guerra, estos sentimientos nacidos de una situación especial raramente duran, incluso llegan a desaparecer. Muy a menudo, las vivencias menos entusiastas de la existencia ordinaria pronto las borran.

En contra de las leyendas, cuidadosamente contadas por algunos, la amistad y la fraternidad humanas no son virtudes practicadas de forma unánime en el mundo del alpinismo ¡y se echan de menos! Simplemente, los peligros que comporta esta actividad, el hecho de que se practique en pequeños grupos de dos o tres, favorecen el desarrollo de lazos de amistad y estos sentimientos están más arraigados que en muchos otros colectivos humanos. O, más exactamente, ¡entre los alpinistas resultan menos infrecuentes!

La gran mayoría de los alpinistas son hombres de un individualismo feroz. Son habituales entre ellos rivalidades y enemistades a menudo mezquinas, y las cordadas cuyos miembros se mantienen fieles durante largo tiempo son poco numerosas. Más extraordinario aún es un hecho que se ha visto a veces: dos escaladores que no se sienten simpatía, e incluso que se detestan cordialmente, han formado en algunas ocasiones equipo durante muchos años, simplemente porque creían que tal asociación era técnicamente eficaz y les permitía realizar las escaladas que más les apetecían.

La amistad es para mí algo infinitamente valioso, pero pienso que, al igual que todo lo

verdaderamente valioso, sólo se da en raras ocasiones. La amistad no se concede a cualquier persona simplemente porque con ella se haya compartido el peligro, el dolor, el placer y la pena. Como el amor, es un poderoso sentimiento que debe ser cultivado con esfuerzo. Como el amor, si se desarrolla demasiado deprisa y demasiado a menudo, pierde color hasta el punto de convertirse simplemente en una simpatía empalagosa.

Yo he experimentado una profunda y duradera amistad por algunos de mis compañeros de montaña, sobre todo por Lachenal. Es muy cierto que, ligado por un sentimiento así a mi compañero, las escaladas me han parecido siempre más agradables y exultantes. Pero sería una necedad pretender que el alpinismo sólo puede practicarse con un amigo de verdad. Si fuera así, sólo se practicaría en ocasiones excepcionales...



He compartido una profunda y duradera amistad con algunos de mis compañeros de montaña... (Cornuau, Terray, Davaille).

Para poder realizar numerosas escaladas hay que prescindir de la idea de ir siempre con el compañero ideal. Por otro lado, resulta singular constatar que quien, en cierto modo, ha sido el teórico del «alpinismo amistoso», tenía durante su juventud la costumbre de escalar con el primero que llegaba.

Siempre me he negado a ir con chicos por los que no sentía ninguna simpatía. Pero los acontecimientos me han obligado a menudo a hacerlo con compañeros cuya personalidad me resultaba casi indiferente. Su presencia no añadía nada al placer que yo sentía, y de haber podido escalar en solitario mi placer habría sido igual. Sin embargo, debido a una debilidad moral que no sé

cómo explicar, siempre me ha resultado imposible escalar en solitario en terrenos difíciles; incluso cuando no uso cuerdas, me resulta indispensable la presencia de otro ser humano, sea cual fuere.

En invierno, el frío, la nieve, el viento y la brevedad de los días hacen mucho más difíciles las ascensiones. Sin dejar el cuadro tradicional de la cordada, quienes quieren efectuar recorridos importantes en esta estación se exponen a aventuras más aleatorias todavía que las que pueden vivirse en verano sobre las paredes más difíciles.

Algunos escaladores han hallado en esta forma de alpinismo un medio un tanto artificial para satisfacer su pasión por la batalla y la conquista.

No me hallo muy lejos de compartir ese entusiasmo por las ascensiones invernales. Sin embargo, de modo tal vez paradójico, les reprocho que sean demasiado duras y demasiado heroicas.

Cuando el frío y el viento hacen demasiado inhumanas las condiciones de vida, como sucede en las más altas cimas himaláyicas, donde la falta de oxígeno le priva de gran parte de sus fuerzas y las posibilidades técnicas del alpinista se ven considerablemente limitadas. La escalada se lleva a cabo entonces a un ritmo muy lento y el alpinista se ve privado de aquella sensación de dominio, de ligereza, que, a mi modo de ver, es uno de los grandes gozos que la escalada proporciona.

A pesar de todo, me hubiera gustado mucho practicar el alpinismo invernal. Pero, de hecho, raramente tuve la posibilidad de hacerlo.

Por muy grande que sea la pasión que se tiene por la montaña, no se puede pasar toda la existencia escalando. Por lógica, yo tengo necesidad de seguir un severo entrenamiento para seguir conservando mi habilidad en la técnica alpina. En invierno, absorbido por mi ocupación de profesor de esquí y mis actividades como corredor, no tenía suficiente tiempo material para hacer ascensiones con la seriedad necesaria.

Gracias a sus excepcionales cualidades físicas, Lachenal sólo necesitaba un poco de preparación para conservar su forma. De ese modo, pudo realizar, en varias ocasiones, importantes recorridos invernales casi a la pata coja.

Como ya he dicho más arriba, durante los años posteriores a mi ascensión al Eiger, me consagré mucho más que hasta entonces a mi oficio de guía. Sin duda tomé esta orientación en parte por prosaicos motivos materiales, pero también porque mi manera de practicar esta profesión consumía suficientes energías y valor como para que no se hiciera sentir la necesidad de tratar de satisfacer en otras actividades mi gusto por la aventura y la superación.

Los libros y la prensa han alabado generosamente las virtudes del oficio de guía; suele decirse que es «el más bello oficio del mundo», lo cual es una fórmula vacía que he visto aplicar a muchas otras profesiones como la de médico, aviador, marino, ¡y hasta ciclista!

En esta literatura folletinesca que recuerda un poco la prensa del corazón, al guía se le atribuyen siempre innumerables cualidades; no solamente su capacidad de vencer a la montaña es sobrehumana, sino que además es valeroso, fuerte, bueno, honrado y generoso. Éstos no son más que bonitos adjetivos.

No hay en este mundo nada tan sencillo y los guías no son más que hombres; por esta misma razón, no pueden tener tantas cualidades y virtudes.

La literatura alpina, en su conjunto, es sorprendentemente convencional. Pero cuando habla de los



guías, se supera. Invariablemente, el autor, cuando no está cautivado por el lado folclórico del personaje, se deja impresionar por su legendaria reputación.

Personalmente no conozco ninguna obra que hable de nuestro trabajo de una forma verdaderamente objetiva e incluso verosímil. Es cierto que el oficio de guía exige sólidas cualidades físicas y mentales, y para ejercerlo es necesario ser fuerte, hábil, valiente y capaz de desenvolverse con soltura. Pero, contrariamente a lo que hacen creer las leyendas, no exige que se sea un campeón o un santo.

El alpinismo profesional no tiene prácticamente nada que ver con lo que yo llamo el gran alpinismo, es decir, el arte, la pasión o la locura de escalar las cimas y las paredes más inaccesibles.

No es frecuente, por otro lado, que los guías practiquen el gran alpinismo. Aparte de algunas excepciones, su trabajo se lleva a cabo en escaladas de un nivel técnico claramente bajo y resulta difícilísimo practicar las dos actividades de modo paralelo. Efectivamente, ambas se ejercen en el mismo periodo, muy corto, del año y se estorban una a otra. El trabajo de guía no es más que una preparación muy mediocre para las grandes escaladas que exigen un entrenamiento especializado y continuo. Añadiré que estas dos actividades obedecen a motivos absolutamente diferentes y no requieren las mismas cualidades.

Sólo algunos individuos excepcionalmente dotados, casi todos ellos «aficionados» que se han convertido en guías para poder vivir permanentemente en la montaña, logran ser a la vez alpinistas de grandes escaladas y guías que ejercen su oficio de forma adecuada; además, casi siempre, al cabo de unos años, una de estas dos formas de alpinismo acaba dominando a la otra.

El oficio de guía consiste en enseñar el arte del alpinismo o en dirigir por las montañas a quienes, por una u otra razón, no pueden o no quieren afrontarlas con sus propias fuerzas únicamente. La clientela de los guías está formada, por tanto, en su mayor parte por montañeros principiantes o con poca experiencia, y por personas poco dotadas, debilitadas por la edad o por una vida sedentaria, quienes, seducidas por la majestad y el esplendor de las cimas, desean aventurarse a pesar de su inferioridad física en el mundo embrujado de la alta montaña.

Es evidente que, incluso dirigidos por los mejores profesionales, estos torpes alpinistas son totalmente incapaces de llevar a cabo ascensiones que presenten grandes dificultades.

En la inmensa mayoría de los casos los guías tienen que contentarse, por tanto, con realizar escaladas relativamente sencillas. Su misión no consiste en hacer proezas, sino en enseñar una «técnica» y permitir que los «turistas» realicen con completa seguridad escaladas que sin ayuda quedarían fuera de su alcance.

Al guía no se le pide tampoco que sea un virtuoso del alpinismo, de la misma manera que no se le pide a un profesor de educación física que sea campeón de decatlón...

Esto es tan cierto que ha sido confirmado por los reglamentos. Para obtener el diploma de guía no es necesario haber realizado con éxito ascensiones de gran dificultad. Al candidato se le pide solamente que posea bastante experiencia general de la montaña y que pueda dirigir con rapidez y seguridad ascensiones clásicas. Para la escalada de paredes rocosas también se exige un nivel bajo, puesto que basta con ser capaz de superar con facilidad pasos de cuarto grado, lo cual está al alcance de numerosos aficionados.

En cambio, se exige soltura en terreno medio y en pendientes de nieve y de hielo, una habilidad auténticamente difícil de adquirir.

Aunque es evidente que la profesión de guía no precisa cualidades físicas y técnicas excepcionales y que, además, reclama menos osadía y tenacidad que el gran alpinismo, no por ello pasa a ser una ocupación mediocre, incluso en su forma menos espectacular que es el trabajo de guía de vías normales. Cuando se ejerce con conciencia y cariño, esta ocupación se convierte realmente en un trabajo noble.

El guía es también un señor. En la montaña, a la cabeza de su caravana, es el único maestro después de Dios. Sin duda, es pobre y trabajador, pero tiene entre sus manos la vida de los que se confían a él. Disponer de la vida y de la muerte, ¡es poder de los reyes y de los señores! Pocos poderosos en este mundo poseen tal privilegio. ¿No es esta gran responsabilidad la que da la gloria a los capitanes y a los pilotos?

El guía está en permanente contacto con la naturaleza, donde el esplendor y la majestuosidad estallan por todas partes. Las cosas malas, la mediocridad y las torpezas del mundo de abajo están muy alejadas de él. Es raro que la belleza y la grandeza del marco que le rodea no tenga ningún reflejo en su alma. Aunque no es el santo creado para la leyenda, tampoco es casi nunca el criado servil en que se podría convertir fácilmente.

Como todas las actividades humanas, el alpinismo profesional cuenta con elementos de valor singular. Hay guías buenos y guías malos. Los mejores no son siempre los que técnicamente destacan más; hacen falta muchas más cosas...

Para ser ejercido correctamente, nuestro oficio exige más cualidades morales e intelectuales que destreza o fuerza, y esta primacía de lo espiritual sobre lo material es una de sus cartas de nobleza. Y una de sus bellezas es que da muchas alegrías.

Para ser un buen guía es necesario tener un trato agradable a fin de que el «cliente» que ha ido a la montaña a buscar una diversión pueda gozar plenamente de ella, en un ambiente alegre. Hay que tener soltura no sólo para conducir con seguridad y destreza a los alpinistas, sino simplemente para ayudar a quienes se acompaña a superar su debilidad. Es necesaria una paciencia sin igual para soportar progresar sin ponerse nervioso durante un día entero a un ritmo, en ocasiones, tres o cuatro veces inferior al tuyo.

Hace falta psicología para ayudar moralmente al «cliente» en sus esfuerzos y, a pesar de su cansancio y sus miedos, ayudarle a seguir y llegar hasta el final.

Hace falta valentía para aceptar cotidianamente los riesgos que toda escalada comporta, incluso la más sencilla.

Son necesarias además muchas otras cualidades: un gusto excepcional por el trabajo y el esfuerzo físico son elementos indispensables para poder efectuar cada día ascensiones que duran diez, doce, catorce y hasta más horas. También es necesario ser muy ingenioso para evitar pérdidas de tiempo y esfuerzos inútiles, y para combinar lo mejor posible la distribución del tiempo durante un periodo de actividad intensa pero demasiado corta.

Si las escaladas clásicas o fáciles constituyen el pan de cada día de la gran mayoría de los guías, éstos, si poseen todas las cualidades profesionales necesarias, tienen algunas oportunidades de

trabajar profesionalmente a un nivel más elevado; incluso, con un poco de suerte, algunos pueden llegar a realizar grandes escaladas a título profesional.

No hay muchos alpinistas que tengan las cualidades necesarias para triunfar, aunque sea como segundos de cuerda o en repeticiones de ascensiones importantes. En su mayor parte son jóvenes dotados que viven en las poblaciones cercanas a la montaña o bien otros que, como los universitarios, disponen de varios meses de libertad. El alpinismo es su pasión fundamental. A él consagran todo el tiempo del que disponen. Gracias a una práctica regular e intensa, estos muchachos logran adquirir una preparación para las dificultades y una experiencia considerables. Los que estén mejor dotados son los que podrán abordar con éxito los grandes problemas.

Esta ardorosa juventud raras veces tiene dinero suficiente para poder enfrentarse a los gastos relativamente elevados que son inevitables si se quiere contratar un guía para una ascensión difícil. Incluso si tienen los medios, los buenos alpinistas cuyo carácter les impide avanzar en cabeza de cuerda prefieren ir siempre dirigidos por compañeros más dotados. Para ellos, recurrir a profesionales quita a la escalada —debido a su maestría y sobre todo a sus conocimientos de los lugares— ese perfume de aventura que indiscutiblemente es uno de los mayores atractivos del alpinismo. Para otros, una ayuda tan eficaz llega a herir su amor propio...

El alpinismo es sobre todo una actividad de gente joven. El matrimonio, el acceso a una vida más absorbente, a las responsabilidades, hacen que más de las tres cuartas partes de aficionados acaben retirándose. Algunos, sin embargo, más atraídos por este ideal, siguen frecuentando la montaña cuando llegan a la madurez, y a veces durante toda su vida.

La edad, la vida sedentaria, la escasa frecuencia del entrenamiento, reducen muy rápidamente las posibilidades técnicas de los mejores. Por el contrario, a medida que se avanza en la vida, los medios económicos tienden a aumentar.

Algunos alpinistas se contentan, a medida que van haciéndose mayores, con hacer cada año escaladas más fáciles que el anterior. El simple contacto con la montaña basta para hacerles felices. Por otro lado, si cuando se va pasando a un mayor dominio de la escalada cada vez resulta más difícil encontrar en ella la aventura, ésta es, en cambio, cada vez más frecuente cuando se va perdiendo maestría.

Hay otros que, eternamente enamorados del mundo majestuoso de las grandes montañas y las más altas cumbres, conservan siempre en su corazón un amor apasionado por las escaladas de envergadura. Éstos, cuando tienen medios, antes que caer en la mediocridad, no dudan en recurrir a los servicios de un buen guía.

Los profesionales que tienen la suerte de ser contratados por clientes como éstos logran así la posibilidad de realizar sus actividades a unos niveles de dificultad y de interés poco corrientes. A veces, encuentran incluso el fenómeno con el que podrán culminar las más grandes escaladas. Pero esta clientela es muy reducida. En Francia se limita a unas pocas decenas de personas y para las grandes escaladas solamente son unas pocas excepciones; muy pocas escaladas de auténtica envergadura han sido coronadas con éxito por guías acompañando a sus clientes: una vez la Walker, dos veces la pared norte del Eiger, una vez el pilar del Frêney, dos o tres veces la cara noreste del Badile, tres o cuatro la cara este del Capucin y dos veces la cara norte del Triolet.

Hasta hoy, ninguno de los tres grandes itinerarios de los Drus y prácticamente ninguna de las vías de grado sexto superior de los Alpes orientales han sido escaladas en plan «profesional».

Por suerte, hay otro tipo de clientela que permite a los guías abandonar por un momento su actividad corriente: los hombres dotados, sean o no jóvenes, que empiezan a practicar el montañismo con un guía y que, luego, cuando progresan y serían capaces ya de volar con sus propias alas, siguen siendo fieles a esta forma de alpinismo. Y lo hacen por costumbre, prudencia o amistad y cariño hacia aquel que les ha enseñado todo lo que saben de un deporte que les gusta muchísimo. En mi carrera he conocido bastantes casos de éstos: mis dos amigos y clientes holandeses De Booy y Egeler dieron un ejemplo espectacular y, creo, único en la historia del alpinismo moderno.

Ambos llegaron a ser clientes míos gracias al «turno» de la oficina de guías, cuando eran casi unos principiantes. Poco a poco, de escalada en escalada, llegamos a hacer juntos algunas de las más difíciles escaladas de hielo de los Alpes y, más extraordinario aún —pues los guías franceses sólo conocen otro ejemplo—, me llevaron a ultramar, y allí conquistamos juntos algunas de las últimas cumbres vírgenes de la cordillera de los Andes.

Desde hace algunos años, el desarrollo de las escuelas de escalada cerca de las ciudades ha aumentado considerablemente el nivel técnico de la clientela en el campo de la escalada rocosa.

A pesar de esto, ni siquiera sumando el trabajo de todos los guías se logra en una temporada totalizar la docena de escaladas notables, e incluso éstas, en su mayor parte, son realizadas por dos o tres especialistas. Esta limitación viene dada por motivos tanto económicos como técnicos.

El oficio de guía es una profesión, no una diversión. Aunque el guía sólo trabaje como tal para complementar otros ingresos, tiene derecho a esperar una buena remuneración, que compense los esfuerzos realizados y los riesgos corridos.

La brevedad de la temporada, la inestabilidad del clima y, sobre todo, el hecho de que el guía tenga que obtener su dinero de un número reducido de personas, hacen que estos ingresos sean difíciles de conseguir, inseguros y, proporcionalmente, muy mediocres en comparación con la intensidad y duración de los esfuerzos, la gravedad de los riesgos y responsabilidades, y, por fin, la competencia necesaria. Teniendo en cuenta todos estos factores, los ingresos de un guía de grandes escaladas son ridículos si son comparados, por ejemplo, a los de un piloto de líneas aéreas.

Sin embargo, dado que quienes tienen que costear los servicios del guía son a veces sólo una o dos personas, el precio pedido puede parecer elevado. Para las escaladas clásicas y fáciles, el gasto que supone contratar a un guía está de todas maneras al alcance de muchas personas. No en vano se han contado entre mis clientes un carpintero, un mecánico y varios maestros de escuela.

Pero para las escaladas de gran categoría, la suma que debe ser desembolsada suele exceder a la capacidad de la mayoría de personas; hay muchos que desean y tienen energías suficientes para emprenderlas, pero tienen que renunciar a ellas.

Sin embargo, a pesar de sus precios, las grandes ascensiones no son rentables para los profesionales. Suelen precisar de dos a tres días, en vez de uno; los esfuerzos intensos provocan demasiado cansancio para que sea posible encadenarlas con otras, sin que medie un tiempo de descanso; y, además, al contrario que escaladas más pequeñas, sólo pueden ser acometidas con buen tiempo estable, por lo que se pierden muchas jornadas. Económicamente hablando, es preferible

realizar cada día una escalada a diez mil francos de los de antes<sup>[16]</sup> que darse de vez en cuando un «gran festín» a treinta mil, cuarenta mil o incluso más.

Por esta única razón, muchos profesionales no quieren animar a sus clientes a realizar ascensiones de gran envergadura.

En 1947, cuando trabajaba como guía-instructor de la École Nationale de Ski et d'Alpinisme (E. N. S. A.), yo cobraba una mensualidad y estos problemas no me interesaban directamente. Pero nuestros sueldos eran bastante modestos y casi todos tratábamos de redondearlos trabajando los domingos, o durante los periodos de descanso, para clientes particulares.

En aquella época, los periodos entre temporadas eran bastante importantes, y cuando teníamos la suerte de gozar de tiempo favorable podíamos mejorar considerablemente nuestros ingresos.

Habitualmente, yo utilizaba estas épocas de libertad para mis actividades de «aficionado». Pero, después del Eiger, estaba un poco saturado de aventuras y, además, tenía gran necesidad de dinero para terminar mi chalé.

Cuando terminaba la temporada, dedicaba todo mi tiempo libre a la clientela.

El verano de 1947 presentó unas condiciones atmosféricas excepcionalmente favorables y el cielo permaneció claro de forma casi ininterrumpida. En la práctica fue posible hacer una escalada cada día.

La acumulación de escaladas, sumando las que realizaba en la E. N. S. A. a las que hacía con clientes, me preparó para poder llevar a cabo hazañas de resistencia casi increíbles.

De este modo, inmediatamente después de mi regreso del Eigerwand, realicé once ascensiones en doce días.

La menos importante fue la subida al Peigne por la vía normal; entre las más duras y largas estuvieron: el Mont Blanc, la travesía de las Aiguilles du Diable, la vía Ryan en el Plan, la Verte por la arista del Jardin, etcétera.

Si se tiene en cuenta que una vez terminadas las escaladas era necesario añadir casi todas las noches de dos a cuatro horas de marcha para cambiar de refugio, se comprenderá que todo esto representa una enorme acumulación de esfuerzos, que a veces suponía más de dieciocho horas de trabajo diario.

Para llevar a cabo hazañas semejantes no solamente es necesario contar con una resistencia física excepcional, sino que hace falta además tener una voluntad capaz de mantenerse permanentemente en tensión. Fue cuando realicé series de escaladas como éstas cuando aprendí que, para superarse a uno mismo, existen caminos que no son precisamente el de hacer las escaladas más importantes. Me parece que ese otro por el que me encaminé yo, aunque sea más austero y menos espectacular, también lleva a la alegría.

La suerte, y quizá también la buena reputación que empezaba a adquirir por aquel entonces, me permitieron encontrar algunos buenos clientes. Fue así como tuve la oportunidad de realizar escaladas serias de manera agradable. Poco a poco aprendía a gustar de las escaladas realizadas como guía por las relaciones humanas que permiten establecer.

En la Escuela Nacional, el instructor cambia de alumnos cada día. Por otro lado, aparte de las horas que pasa con ellos en la montaña, no comparte su existencia y apenas puede conocerles.

Además, los alumnos suelen ser casi siempre alpinistas que ya son diestros. El instructor los vigila y les da consejos para evaluarlos y perfeccionarlos, pero ellos no tienen ninguna necesidad directa del profesor. Lo más frecuente es que estos alumnos no acudan a la E. N. S. A. por gusto, sino con intención de obtener un diploma. Al igual que para los colegiales que llegan al bachillerato, el profesor es para ellos alguien parecido a un tirano que trata de hacerles trizas. Sólo en muy raras ocasiones llegan a confiar en él y tratarle amistosamente.

El ambiente que se crea con los «clientes» es muy diferente. Estas personas van a la montaña solamente por placer y tratan de que el guía pueda compartirlo con su buen humor y su amabilidad. Si un cliente te elige es porque te tiene simpatía y este calor humano se transmite como una onda.

Sin su guía, el «cliente» se siente perdido. Depende de él en cuerpo y alma, y lo sabe, y por ello se confía sin restricciones a su competencia y dedicación. En el seno de la cordada se crea rápidamente un espíritu de equipo y un sentimiento de camaradería. Por escasa que sea la humanidad del guía, es muy raro el cliente que no permanezca fiel a ese experto.

Muchos de mis clientes han llegado a convertirse en verdaderos amigos, y todavía acompaño a algunos de los que conocí en 1947.

En 1948 tuvimos una temporada horrible, pues llovió sin cesar y la nieve que había caído sobre las cimas hacía imposible realizar las ascensiones difíciles.

Ese año no pude realizar ni uno solo de los proyectos que habíamos ideado Lachenal y yo.

Cuando hay un tiempo muy inestable, un guía que conozca bien la montaña puede llevar a cabo ascensiones de poca envergadura; entre dos chaparrones, incluso cuando el tiempo no es muy seguro, aunque tenga que realizar el descenso bajo la lluvia.

Como no era posible hacer grandes escaladas, consagré todo mi tiempo libre a realizar pequeñas ascensiones con la clientela.

El mes de octubre hizo un tiempo magnífico que me permitió prolongar mis actividades; a pesar de la brevedad de los días y de que la temperatura ya era fresca, escalé la arista sur de la Noire con una dama holandesa.

Al terminar la temporada, comprendí claramente que prefería trabajar como guía que como instructor. Ya tenía un núcleo de clientes, y, dado el número de personas a las que no había podido brindar mis servicios por falta de tiempo, podía lanzarme a ese oficio sin correr grandes riesgos de fracaso.

Entonces empecé a pensar seriamente en abandonar la Escuela Nacional, donde el trabajo era cada vez menos estimulante.

Esta institución había acabado por fusionarse con el antiguo College d'Alpinisme (Colegio de Alpinismo) y se había hecho muy importante. Sin duda, por esta expansión, y también por el efecto del tiempo, el empirismo dinámico de los primeros años había dejado sitio a una organización administrativa muy jerarquizada.

Al entusiasmo y a la fe había seguido la rutina: la noción de presencia había reemplazado a la de rendimiento. Los días de actividad más o menos inútiles habían aumentado considerablemente y, paralelamente, la cantidad de ascensiones realizadas no había dejado de disminuir en número y en importancia. Las responsabilidades de los instructores se habían reducido y, el ambiente de

compañerismo fraternal se había enfriado.

En estas condiciones, el interés que tenía para mí trabajar en esta escuela se había reducido considerablemente.

Pensaba que las cosas sólo podrían empeorar y que, además, a menos que matase al monitor-jefe y a dos o tres de mis compañeros, no tenía ninguna posibilidad de evolucionar.

Pero la idea de abandonar la Escuela Nacional me resultaba muy difícil. Me pagaban durante todo el año un sueldo, y ésta era una ventaja, ya que aseguraba a mi existencia una estabilidad que, después del periodo difícil de las Houches, yo apreciaba mucho, y mi mujer todavía más.

Además, el trabajo que realizaba en la escuela durante la estación de invierno me interesaba infinitamente más que el de monitor de estación, que era la única salida posible si decidía elegir la independencia.

En la escuela enseñaba únicamente a aspirantes-monitores de esquí o a jóvenes esquiadores deportivos que acudían a perfeccionarse. En estas condiciones, podía practicar un esquí muy deportivo y cien veces más divertido que el que se practica con la clientela, dado que ésta se compone casi exclusivamente de principiantes y esquiadores medios.

Además, trabajar como entrenador me había permitido recuperar completamente la forma que tenía a los veinte años; como disponía de todos los fines de semana, había vuelto a participar en serio en competiciones.

Aunque no poseía una gran clase internacional, pertenecía al grupo de los dos o tres no especializados que, a veces, lograban infiltrarse en el equipo nacional; allí yo estaba a la altura de sus miembros más flojos. En varias ocasiones gané competiciones regionales —y hasta nacionales— importantes, destacando entre ellas mi victoria, con gran ventaja, en el eslalon de los campeonatos de la región del Mont Blanc, prueba que tiene siempre un alto nivel. También conseguí clasificaciones muy honrosas en algunas pruebas internacionales. En el Kandahar —la competición más importante después de los campeonatos del mundo— logré terminar el eslalon en el puesto número once.

Después de estos resultados bastante brillantes, y de acuerdo con los directivos del esquí francés, el director de la escuela me confió el trabajo de preparar los entrenamientos de todos los cursos de competición. Entre mis alumnos estaban los reservas del equipo nacional francés.

Todo esto era apasionante y tenía muchos deseos de conservar este puesto. No era imposible, pero sí muy difícil, poder abandonar la E. N. S. A. durante el verano para volver a ella en invierno.

Me encontraba todavía en estas dudas cuando un acontecimiento inesperado cambió la situación completamente. Una tarde, Gastón Cathiard, presidente del Sindicato Nacional de Monitores de Esquí, me llamó por teléfono. Acababa de recibir de Canadá una solicitud de un monitor-entrenador capaz de sustituir a Émile Allais en el puesto ocupado por éste el año anterior.

El trabajo parecía interesante, ya que se trataba a la vez de dirigir una escuela de esquí y de preparar un equipo de competición bastante fuerte. Me ofrecían gastos de viaje y estancia pagados, y el salario, sin ser enorme, representaba el doble casi de lo que estaba ganando en Francia.

¡Era la solución a todos mis problemas! ¡Era la libertad, y también el viaje y la aventura!

En un segundo me vinieron a la memoria todas las imágenes de los libros de Jack London y de Fenimore Cooper y otros, desplegándose ante mi imaginación como una película fantástica.

Ya me sentía impregnado de la poesía de las ilimitadas llanuras nevadas en donde viven manadas de caribús y hordas de hambrientos lobos. Creía ver inmensos bosques, árboles gigantescos, y en medio al trampero que, con las raquetas en los pies, caminaba lentamente de trampa en trampa en un mundo lleno de polvo de cristales de nieve.

Y además los indios, los esquimales, los perros, los *saloons* y hasta a Marie Chapdelaine<sup>[17]</sup>...

Sin pensármelo más, tomé la decisión y acepté entusiasmado la propuesta de Cathiard.

A principios de noviembre, tras cruzar Inglaterra, embarqué en Liverpool.

Este primer viaje dirigido a un punto verdaderamente lejano me sumió en una tremenda excitación, pero pronto me calmó el ininterrumpido mareo, que no me abandonó hasta desembarcar.

Después de seis días de viaje con intensa marejada, bajé a tierra en Halifax, el punto más oriental de Nueva Escocia.

La idea que yo tenía de Canadá era solamente muy vaga y novelesca; entre otras cosas sabía que parte de su población hablaba francés, o, más exactamente —a juzgar por lo que decían algunos—, un extraño francés antiguo difícil de entender, pero al menos inteligible. Creía que no tendría problemas con el idioma.

Sin embargo, en cuanto bajé del barco, me enfrenté a aterradoras dificultades, las mismas que encuentra todo ser solo y pobre que se ve de golpe arrojado en tierra extraña. El muro de las lenguas le aísla bruscamente de los demás hombres, le rodea un océano de indiferencia, la hostilidad del mundo se le aparece de pronto en toda su violencia y se siente desesperadamente solo e impotente.

En todo el puerto de Halifax parecía no haber nadie que entendiera una sola palabra de francés y, naturalmente, tampoco había nadie que pudiera entender las pocas frases de inglés que, con la ayuda de mis vagos recuerdos de la época colegial, trataba yo de formular. Toda la gente parecía tener mucha prisa, todos eran impacientes y tenían algo brutal en su trato, cosa que en Europa no había visto nunca.

Hacer incluso las cosas más sencillas se convertía en un problema. No conseguía enterarme de la hora de mi tren, ni siquiera del lugar exacto de donde iba a salir. En la aduana querían hacerme pagar una suma fabulosa en concepto de derechos por los cuatro pares de esquís que llevaba. Me puse a gritar desaforadamente pidiendo un intérprete, pero los aduaneros se mostraban tan indiferentes a mis protestas como al frío y la niebla de su tierra natal.

Pero demostré tal obstinación y protesté con tanta vehemencia, que al final fueron a buscar a la única persona que hablaba francés en aquel puerto, un simple estibador canadiense de habla francesa. Yo esperaba que aquel hombre me hablara un lenguaje arcaico y, algo inquieto en cuanto a cómo podía desarrollarse la segunda parte de la discusión, me felicité por haber dedicado muchas horas de mi juventud a la lectura de Rabelais, Montaigne, Ronsard y otros. Mi asombro fue tremendo cuando pude constatar que, aparte de algunas expresiones raras y un fuerte acento de campesino, aquel hombre hablaba la misma lengua que yo.

Más tarde me enteré de que, efectivamente, el francés lo habla más del treinta por ciento de los canadienses<sup>[18]</sup> y constituye, para esta parte de la población, no una lengua secundaria, empleada en familia como algunos dialectos de nuestro país, sino la lengua habitual y en ocasiones única.

También me enteré de que, lejos de estar mezclados con los pobladores de lengua inglesa, los



canadienses de habla francesa viven agrupados en regiones bien delimitadas y, de hecho, se encuentran casi todos reunidos en la provincia de Québec, donde constituyen más de las tres cuartas partes de la población<sup>[19]</sup>. Así, entre los 1 500 000 habitantes de Montreal, cerca del sesenta por ciento son canadienses franceses; en Québec, ciudad histórica, antigua capital de Nueva Francia, hoy poblada por más de 200 000 habitantes, la proporción es del noventa por ciento.

Gracias a este estibador, que apareció oportunamente, pronto pudimos resolver el problema que tenía con la aduana, y hacia las once un tren me llevaba ya en dirección a Montreal.

Al echar una ojeada en el mapa vi que esta ciudad se encontraba bastante cerca de Halifax. Tras una difícil conversación en inglés con uno de los empleados ferroviarios logré enterarme de que llegaríamos hacia las cinco de la tarde.

Bastante pronto, el tren penetró en un bosque poco espeso de árboles de dimensiones medianas. Hacia las cinco menos cuarto empecé a prepararme para bajar. Pero seguíamos avanzando a lo largo de aquel interminable bosque y no había indicio alguno de que estuviéramos acercándonos a una gran ciudad. A las cinco seguíamos atravesando el bosque. Imaginé que el tren llevaba algún retraso y seguía mirando desfilando los árboles. A las cinco y media seguían desfilando. A las seis, lo mismo.

Bastante sorprendido por aquel retraso, me levanté para preguntarle al empleado del tren si no me había confundido al entender que la llegada era a las cinco de la tarde. Mi inglés era demasiado pobre, o su inteligencia demasiado limitada, para que mi pregunta llegara a resultarle comprensible. Muy amable, fue a buscar a un compañero del mismo vagón, que hablaba francés. Muy sorprendido por mi pregunta, el nuevo ferroviario algo pasmado me dijo:

—Sí, señor, la llegada a Montreal es a las cinco de la tarde, ¡pero de mañana!

Acababa de descubrir cuáles eran las verdaderas dimensiones del mundo: que en realidad Francia apenas es un punto en el globo terráqueo, que Canadá es por sí solo mayor que Europa, contando Rusia, y que para atravesar todo el país desde Halifax hasta Vancouver hacen falta cuatro días y cinco noches...

Mi destino final era Québec; debía residir en esa ciudad, en el Château Frontenac, un inmenso hotel de estilo seudomedieval que contaba con setecientos apartamentos y un número parecido de empleados.

Debía asumir allí dos ocupaciones bastante diferentes. Una de ellas consistiría en dirigir la escuela de esquí del Château y la otra, en entrenar a los esquiadores del equipo de Québec.

Québec es una de las escasísimas ciudades norteamericanas que se parecen un poco a una ciudad europea. Rodeada de antiguas murallas, construida sobre una colina, tiene calles estrechas y tortuosas y cuenta con más de sesenta iglesias y capillas.

El conjunto es ciertamente pintoresco y constituye una atracción para los habitantes de un continente en el que todas las grandes aglomeraciones están urbanizadas sobre cuadrículas rigurosas y en suelos a menudo rigurosamente llanos.

Durante el verano, los turistas procedentes de Estados Unidos alcanzan varias decenas de millar. En cambio, durante el invierno, la nieve que cubre todo el país hasta casi el mismo océano y el descenso de las temperaturas —que pueden alcanzar los treinta y hasta los cuarenta grados bajo cero—, hacen que la actividad turística sea bastante reducida y que, en tres cuartas partes, el Château

Frontenac esté vacío.

Con la esperanza de atraer un poco de clientela, la dirección de este hotel tuvo la idea de crear una escuela de esquí y hacer practicar este deporte a sus huéspedes, en pequeñas estaciones que se encuentran cerca de la ciudad. Esta organización, con mayor o menor éxito, llevaba funcionando así desde algunos años antes de mi llegada.

En aquella época, los esquiadores del equipo nacional francés se cubrían de gloria en las competiciones internacionales y la técnica francesa se había puesto de moda.

Para ampliar las actividades de su escuela de esquí, el director del hotel no dudó en contratar al creador de esta técnica, el ex campeón del mundo Émile Aliáis en persona. Los resultados obtenidos, aunque no fueron despreciables, no estuvieron al parecer a la altura de las exigencias financieras de nuestro campeón, y la experiencia duró una sola temporada. Pero ya se había lanzado el movimiento y se quiso que Émile Aliáis tuviera un sucesor; fue así cómo me contrataron.

Mi función no consistía en enseñar a la clientela del hotel, sino en enseñar a los monitores la técnica y pedagogía del método francés, supervisar las enseñanzas que ellos daban a los clientes y también hacer un poco de *show*, es decir demostraciones y hasta cosas mucho más sencillas como descensos espectaculares para dejar a los profanos «con la boca abierta».

Como era difícil que este trabajo ocupara plenamente mi horario laboral, se me encargó además el entrenamiento de los mejores esquiadores de la ciudad y también acompañarles y aconsejarles en los desplazamientos de los fines de semana.

A primera vista, se trataba de una situación ideal. Pero, en la práctica, y por motivos geográficos sobre todo, resultó algo decepcionante.

Cada mañana, con tres o cuatro monitores y un pequeño grupo de alumnos, abandonábamos el Château, en coche o en taxi, para dirigirnos al lago Beauport o de Valcartier; de allí volvíamos al atardecer. Se trataba de pequeñas estaciones que se utilizaban sobre todo los fines de semana. Había en ellas un hotel bastante grande y algunos telearrastres. Desgraciadamente, las colinas en las que habían sido instaladas estas máquinas eran de pendientes bastante suaves y su desnivel apenas si alcanzaba los doscientos metros. Unas pendientes así iban bien para los principiantes, pero para esquiadores medios su interés resultaba bastante reducido. Es inútil decir que, en estas circunstancias, el esquí carecía para mí de elementos que lo hicieran apasionante. Además, los monitores que estaban bajo mis órdenes eran jóvenes bastante mediocres, poco concienzudos con su trabajo, y me resultaba difícil conseguir que dieran unas enseñanzas adecuadas.

Tampoco mis relaciones con la clientela suscitaban entusiasmo. Los huéspedes del hotel eran casi exclusivamente gente de Estados Unidos, todos ellos muy ricos, y no nos entendíamos demasiado bien.

La ventaja que, sin embargo, tenían estas relaciones profesionales era que me obligaban a aprender inglés, lo cual posteriormente me ha resultado muy útil en mi oficio de guía y en mis expediciones al Himalaya.

Aunque el trabajo en la escuela del Château Frontenac era poco cautivador, tenía, por suerte, una compensación con mi equipo de competición. A pesar de que los terrenos en los que se entrenaban eran muy mediocres, eran excelentes esquiadores, muchas veces de gran habilidad en el eslalon. En

conjunto, eran también muy simpáticos y practicaban el esquí con gran entusiasmo: era verdaderamente agradable ocuparse de ellos.

A pesar de la escasa inclinación y la reducida longitud de las pendientes, conseguimos progresar mucho en el entrenamiento de esta especialidad acrobática que es el eslalon y varios de mis *boys* experimentaron un considerable progreso. Uno de ellos, especialmente dotado, acabó por ser mejor que yo y tuve la suerte de conducirlo a la primera plaza del campeonato internacional de Canadá; allí batió y «dejó por los suelos» no solamente a todos sus compatriotas, sino a los austríacos, que gozan de tan buena reputación, e incluso al famoso Egon Schöpp.

Casi cada fin de semana nos desplazábamos formando un alegre grupo para disputar competiciones en otros lugares. A menudo recorríamos varios centenares de kilómetros; una vez llegamos incluso hasta las Montañas Rocosas.

Aparte de que eran interesantes por sí mismos, estos viajes nos llevaban a estaciones en las que las condiciones para el esquí eran satisfactorias. Así, muy de vez en cuando, podía recobrar esa embriagadora alegría de los largos descensos a gran velocidad.

Además se me autorizó con bastante prontitud a participar yo mismo en las pruebas; dada la pasión que sentía por las competiciones, la nueva situación era maravillosa. Fue así como pude ganar bastantes carreras y hasta un título de campeón de Canadá.

Mi estancia al otro lado del Atlántico no fue, evidentemente, tan maravillosa como yo había soñado. Sin embargo, conservo de ella un excelente recuerdo.

La siguiente temporada hice un segundo viaje; esta vez llevé conmigo a mi mujer y a uno de mis compañeros monitores. Después de estos dos inviernos, o sea, tras casi nueve meses en Canadá, me había acostumbrado mucho a vivir en aquel país. Si hubiera sido posible practicar allí el alpinismo de forma adecuada, quizás habría acabado por establecerme definitivamente, pues, a fin de cuentas, las ventajas que me había brindado me parecían mayores que los inconvenientes.

Canadá, y sobre todo el Canadá francés, es, sin embargo, un país en el que los franceses no suelen adaptarse bien; hay muchos emigrantes que, después de una estancia de algunos meses, regresan disgustados a la madre patria.

Esta dificultad de adaptación a la vida canadiense me parece muy comprensible, pero, para mí, la culpa es más de nuestros compatriotas que de los que allí nos reciben.

Aunque pueda parecer paradójico, creo que el idioma, en lugar de facilitar la adaptación, constituye más bien un obstáculo para la asimilación.

El francés que se habla en Canadá, sobre todo en las ciudades, no es muy diferente al que empleamos en Francia. Como se enseña en las escuelas de enseñanza primaria y media, y también en la universidad, por medio de textos elaborados en Francia, difícilmente puede alejarse mucho de nuestra lengua.

Sin duda, es un idioma que no presenta más diferencias con el francés de Francia que el inglés de Estados Unidos con el de Gran Bretaña, o el brasileño con el portugués.

A menudo he oído decir que es algo parecido a un francés antiguo. Esto es un grave error, pues los arcaísmos son muy poco numerosos. Uno de los más frecuentes es el empleo de la palabra *malin* en su sentido original; por ejemplo, se dice que hace «*un malin temps*» (un tiempo maligno) en lugar

de «*un mauvais temps*» (mal tiempo).

Lo que más diferencia el francés canadiense de su lengua es el acento, parecido al normando, más fuerte. La resonancia adquirida así por las palabras suena poco elegante y exige un mínimo de tiempo para que el oído se acostumbre. Otro elemento diferente es que se afrancesan palabras inglesas. Entre otras palabras que se encuentran en este caso citaré el término *crosser* en lugar de *traverser*, cuando se habla de cruzar la calle. También usan muchas palabras inglesas. Por ejemplo, le oí emplear al primer ministro de Québec la palabra *show* (espectáculo) cuando me preguntó si nos había ido bien en el Mont Tremblant.

Por fin, también se encuentran traducciones literales de giros de lenguaje ingleses. Por ejemplo, se oye decir a los canadienses: «*On va se faire poser*» (que en inglés sería «*We are going to take a pose*»), en lugar de: «*On va se faire photographe*» (vamos a que nos saquen una fotografía). Hay, además, expresiones puramente canadienses como «*c'est bien de malheur*» en lugar de «*c'est bien malheureux*» (qué mala suerte), o como «*c'est pas pire*» en lugar de «*ce n'est pas mal*» (no está mal). Hay otra diferencia muy graciosa: en Canadá se emplean en francés muchas palabras y expresiones que en Francia se usan en inglés, tales como *la balle au pied* (balompié) en lugar de *football*; *la baile au panier* (baloncesto) en lugar de *basketball*; *la fin de semaine* (fin de semana), en lugar de *weekend*; *le chandail* (jersey) en lugar de *pullover*, y *vivoir* (sala de estar) en lugar de *living room*.

Sólo el pueblo bajo habla un idioma que pueda calificarse de *patois*, de habla regional y popular; este dialecto de leñadores y campesinos es muy simple y en menos de un mes logré comprenderlo y hablarlo normalmente. Y hasta tal punto llegué a dominarlo que un día que iba en tren y estaba conversando con dos leñadores, uno de ellos me dijo:

—Demonios, ¿de dónde es usted? Tiene un acento extraño, ¿no vendrá usted del oeste?

Cuando se habla con personas de poca cultura no es nada difícil conversar. Pero esto no quiere decir que no se planteen problemas de idioma.

Efectivamente, el acento campesino, los giros especiales y las expresiones extrañas hacen que el francés canadiense resulte ridículo para nuestros oídos, y resulta un poco difícil entenderlo al principio. Así, desde el segundo día de mi estancia en Canadá, mi amigo Francis Aubert —que iba conmigo en funciones de ayudante— era tan guapo que tenía mucho éxito entre las mujeres. Rápidamente noté que, aunque las mujeres de Québec suelen ser muy guapas, mi compañero salía solamente con chicas de habla inglesa. Cuando le pregunté cuál era el motivo, él me dijo:

—En cuanto abren la boca me hacen reír tanto que todos los efectos se desvanecen.

Como no tienen problemas para hacerse entender, los emigrantes franceses no necesitan hacer el esfuerzo de adaptarse a una lengua extranjera, como es necesario casi siempre que se va a vivir a un nuevo país. Además, la falta de dominio de una lengua crea un complejo de humildad en el que llega que le hace ser tratado con indulgencia y simpatía por los autóctonos.

En Canadá, los franceses emplean la lengua con más elegancia y sutileza que los canadienses, y se produce el efecto contrario: los visitantes tienen la tendencia de tratar a sus anfitriones con condescendencia. Se creen que son los hijos de la nación más espiritual del mundo y muchos tienen la molesta actitud de reírse cáusticamente a costa de los canadienses, encasillándolos por sus

costumbres y por la pesadez de su forma de hablar. Y es algo que, sin duda, se hace sin malicia, pues esta forma de hacer humor fácil es corriente entre nosotros. Pero a los canadienses, que se consideran de manera justa iguales que nosotros e incluso superiores en muchos campos, no les gusta nada este tipo de bromas.

Esta dificultad de expresión les ha creado cierto complejo de inferioridad que les hace desconfiar de los hijos del «viejo país».

Así pues, la igualdad de idioma, lejos de aproximar las dos razas hermanas, tiende a crear numerosas fricciones que hacen difícil la adaptación de nuestros compatriotas.

Apoyando mi tesis, se puede comprobar que muy frecuentemente los franceses se integran mejor en la parte de habla inglesa del país, lo que es paradójico.

Además de esta cuestión de lengua, es justo y necesario reconocer que la mentalidad, las costumbres y las concepciones de vida de los canadienses son extremadamente diferentes a las nuestras. Hasta tal punto que un francés se siente habitualmente menos fuera de su país en un estado de América del Sur como Argentina, Brasil o Chile, que en esta «nueva Francia» poblada por descendientes de nuestros antepasados.

Separados de la madre patria desde hace más de dos siglos, viviendo aislados en un país inmenso, con un clima duro y un paisaje severo, profundamente influenciado por la civilización estadounidense, los canadienses franceses forman una entidad de carácter original.

Son a la vez muy diferentes de sus vecinos de Estados Unidos y de sus ancestros franceses. Dos influencias, aparentemente contradictorias, marcan profundamente la vida del Canadá francés y crean una mentalidad desconcertante para nosotros: la religión y el materialismo.

En la provincia de Québec, con gran mayoría de pobladores de lengua francesa y donde, además, son numerosos los descendientes de irlandeses, el catolicismo es la religión ampliamente dominante, mientras que el protestantismo, incluso el puritanismo, reinan en el resto del país.

La adhesión de la población de Québec al catolicismo es extrema y recuerda, en muchos puntos, la manifestada por los españoles, evidentemente con una nota original.

Para un francés, incluso católico practicante, la influencia de las formas exteriores de la religión sobre la vida social resulta sorprendente. Se puede decir que ésta la controla y la domina completamente. El ateísmo declarado es una cosa excesivamente rara, que sólo puede perjudicar seriamente a quien así se considere. Es corriente ir a misa cada día; no acudir un domingo es una especie de crimen; frecuentar la iglesia mañana y tarde, incluidos los hombres, es un hábito muy extendido.

El clero, materialmente muy próspero, es increíblemente numeroso. En Québec no se puede andar cien metros sin cruzarse con una sotana o una toca; en casi todas las familias hay al menos un miembro religioso. El clero posee todavía un poder temporal considerable, y ostenta una autoridad que prácticamente tiene categoría de ley... Para muestra, en 1948, una decisión del obispo de Québec prohibía bailar en lugares públicos.

El mismo obispo hizo prohibir los ballets de Roland Petit, en los que, sin embargo, es difícil encontrar contenido erótico.

Se entiende fácilmente que esta devoción y este poder clerical crean un ambiente de sacristía

desconcertante para el extranjero y quitan a la vida una parte de su alegría.

Es un hecho decepcionante, además, que la religión influya, sobre todo, en las formas exteriores de la vida.

Se podría pensar que un pueblo tan piadoso debería ser ejemplar en sus costumbres. ¡Pero no se puede decir que en el conjunto de los habitantes de Québec haya más santos que en otros sitios! Parece que allí, como en muchos otros países, la religión no ha tenido finalmente demasiada influencia sobre las costumbres.

De manera muy objetiva, pienso que los canadienses franceses no son ni mejores ni peores que los otros pueblos con los que he vivido; sólo los sherpas del Himalaya me han parecido un poco menos malos que el resto...

En Québec, el libertinaje está menos generalizado que en Francia; pero apenas menos extendido. Las borracheras son un vicio corriente.

La honestidad es mucho más frecuente que en otros países; pero puede pasar también —como en España— que se haga la señal de la cruz antes de hacer una mala jugada.

Entre las clases populares, las costumbres están marcadas por la tosquedad y la caridad cristiana está lejos de ser practicada siempre.

Por todos es sabido que el hockey es el deporte rey. Atrae enormes multitudes y reconozco no conocer espectáculo deportivo más cautivador. Pero, hasta que no se ha visto por primera vez, es imposible imaginar la brutalidad y la violencia del juego practicado en Canadá.

Sólo las corridas pueden dar una idea de la pasión del público y del entusiasmo que éste manifiesta por estas excesivas demostraciones de virilidad. La lucha y el boxeo también tienen muchos seguidores.

Esta brutalidad, este gusto por la violencia se refleja en la vida diaria. Pisar a alguien en el tranvía, o empujar a un peatón por la calle, son molestas torpezas ¡que pueden degenerar en una pelea!

Esta rudeza de costumbres es, sin embargo, comprensible en un pueblo que tiene menos de un siglo, vive casi por completo apartado, en pequeños grupos aislados, en la profundidad de los bosques y en la inmensidad de las planicies de una región donde la naturaleza hace muy difícil la vida.

Si la religión tiene una influencia determinante sobre la vida canadiense, por una singular contradicción el materialismo no la tiene menor.

Aquí, puede que más que en Estados Unidos, el dólar es el rey. En este país inmenso, que acoge menos de veinte millones de habitantes, la vida económica está completamente basada en un capitalismo brutal, donde la libre empresa desencadena una competencia sin piedad.

Aunque está extremadamente bien organizado y dirigido, Canadá es todavía un país de pioneros. Inmensos recursos siguen todavía sin estar explotados. Todo puede desarrollarse aún; todavía quedan mil cosas por crear.

La prosperidad es espectacular, la vida entera del país está vertebrada sobre un gigantesco esfuerzo de expansión.

En un ambiente como éste, todo lo que no genera riqueza se hace despreciable; el dinero es

todopoderoso y el valor del individuo se mide, sobre todo, por su cuenta bancaria. «¿Cuánto vale?» es la expresión más extendida —y que siempre me ha chocado— para pedir información sobre un hombre.

En estas condiciones, es evidente que la ostentación de la riqueza es una norma para vivir; y de ella resulta un gusto excesivo por la comodidad y por el lujo.

Este materialismo ostentoso es un poco irritante para algunos franceses que conceden aún mayor preponderancia a los valores artísticos, intelectuales o morales. Pero, cada día más, éstos son la excepción. Se debe reconocer que, después de la guerra, las costumbres americanas se han extendido entre nosotros a una velocidad impresionante, y hoy, aparte del materialismo, no tenemos muchas cosas que aprender de nuestros primos del otro lado del Atlántico.

Es verdad que los canadienses tienen sus defectos: ¿pero quién no los tiene? Tienen también muchas virtudes. Cuando —como yo he podido hacerlo— se consigue derribar el muro de desconfianza con el cual, con toda justicia, se protegen contra los emigrantes franceses, no se deja de descubrirlas.

Gracias a mi situación como entrenador, me relacionaba con una gama de gente muy variada, fui acogido por familias de casi todas las clases sociales y aprendí a conocer bien a las personas de Québec.

Pude comprobar su sentido de la hospitalidad, su bondad jovial, su pasión por el trabajo, la fidelidad de su amistad; esa solidez, esa constancia de la que tanto carecen los franceses, cuyo brío y fascinante frivolidad los hacen tan insoportables en el trato.

No, francamente, no he encontrado que la vida entre los canadienses sea difícil; en pocos meses había conseguido, si no asimilar completamente su mentalidad y su manera de vivir, al menos a soportarlas fácilmente. Hice en este país excelentes amigos y todavía hoy mantengo relaciones por carta con varios de ellos.

El mayor inconveniente de Canadá no me pareció residir entre sus usos y costumbres, sino en su clima. El invierno —que dura cerca de seis meses— es verdaderamente demasiado largo, demasiado ventoso y demasiado poco soleado. Vivir la mitad del año en tales condiciones arrebató a la vida parte de su atractivo. Aunque no lo haya conocido, el verano, extremadamente caluroso, no es mucho más agradable.

El error de los franceses es creer que son la sal de la tierra, que su civilización es superior a las otras. Si, en lugar de querer afrancesar Canadá, lo aceptasen con sus defectos y sus virtudes, muchos de ellos podrían encontrar en esta tierra, todavía semivirgen, un exutorio con una energía creadora difícil de desarrollar en nuestro viejo país superpoblado, y una segunda patria que —aunque es menos amable que la dulce Francia— es más generosa que muchas otras.

Debo mucho a estos primeros viajes al otro lado del océano. Sin duda, no viví en ellos aventuras extraordinarias, pero el contacto con otros continentes, con otros hombres, con una civilización diferente sirvió para ampliar mi visión del mundo, para abrirme los ojos a cosas interesantes alejadas del campo del esquí y la montaña. Desgraciadamente, hasta entonces me había concentrado exclusivamente en éstos últimos. Me enriquecí, además, con unas experiencias humanas que posteriormente me han resultado valiosísimas.

Tras acostumbrarme a vivir con un sistema de rigurosas economías, cuando regresé a Francia una vez terminada mi primera estancia al otro lado del Atlántico, me encontré con que tenía el doble de dinero de lo que en mi vida había tenido. Esta relativa fortuna me permitió tener la suficiente estabilidad material como para arriesgarme a lanzarme a la carrera de guía independiente. Y así lo hice, con todo mi entusiasmo.

El verano de 1949 fue casi tan bueno como el de 1947; gracias a este tiempo favorable y a los numerosos clientes que solicitaron mis servicios, el ensayo de nueva vida resultó un golpe maestro. Acumulaba las escaladas a un ritmo tal que al final de la temporada resultó que me había convertido en el guía que había declarado los ingresos más elevados a la oficina, el que más impuestos pagó. Efectivamente, una de las reglas de la Compagnie des Guides dice que el guía debe dar, de todo lo que ha ganado trabajando en la montaña, un cinco por ciento para la sociedad, que se divide de la siguiente manera: un tres por ciento para los gastos de administración y funcionamiento de la oficina, y un dos por ciento para el Montepío.

De hecho, hice más de cincuenta escaladas dignas de este nombre. También tuve la suerte de ser contratado por algunos alpinistas notables; en mi papel de guía pude lograr escaladas importantes como la primera ascensión directa de la arista de Tronchey en las Grandes Jorasses, las vías Major y Sentinelle Rouge en el Mont Blanc, las Aiguilles du Diable y hasta, por dos veces, la Verte, por la Arista Sans Nom (que a continuación se convirtió en una de mis especialidades porque, desde entonces, la he escalado siete veces). Por desgracia, sin embargo, comprendía, y con mayor claridad que nunca, las dificultades con las que iba a enfrentarme si trataba de especializarme en las grandes escaladas.

Cuando se piensa en lo poco numerosos que son los alpinistas que contratan guías para realizar ascensiones importantes, se puede ver muy claro lo inauditamente afortunado que fui al ser requerido por tantos. A pesar de esto, estas ascensiones de gran categoría ocupaban apenas la mitad de mi tiempo. Para ganarme la vida y no perder los magníficos días de aquella maravillosa pero corta estación veraniega, me vi obligado a hacer muchas clásicas, e incluso a menudo escaladas muy modestas como los Petits Charmoz, los Clochetons de Planpraz, etcétera.

Diría ahora que el oficio de guía exige cualidades de psicólogo. A decir verdad, éstas no sólo son útiles para la realización de la ascensión, sino también para convencer al cliente de la elección más ventajosa. En otras palabras: para triunfar económicamente con este oficio, ¡es necesario tener cualidades de comerciante!

A algunos de mis compañeros este talento no les falta y uno de ellos se ha convertido en auténtico maestro en la materia. Sus dotes de persuasión siempre han sido objeto de mi admiración y sobre todo de mi envidia. Excelente escalador, ha descubierto que la cara sur del Dent du Géant es una de las ascensiones más rentables. La marcha de aproximación es corta, la ascensión breve, pero la montaña tiene un aspecto feroz, la escalada es bastante penosa y difícil, y por todo ello la tarifa es bastante alta.

Cuando un nuevo cliente solicita sus servicios, sea cual sea la ascensión que quiera hacer y sea como sea de valiente el alpinista en cuestión, se puede estar seguro que conseguirá convencerle de que la cara sur del Géant es el recorrido que necesita. A veces todo ocurre sin consecuencias. Pero



también suele pasar que el «pardillo» se muestre incapaz de elevarse por esta pared, demasiado difícil para él. No hay que preocuparse, pues una de las técnicas imprescindibles en el oficio de guía es saber izar a un hombre que se ha quedado sin fuerzas o sin medios. Se le subirá, pues, como un vulgar paquete. Lo más extraordinario de la historia es que el cliente casi siempre queda satisfecho; aunque no le haya cogido el gusto a la escalada, la realización de una ascensión tan por encima de sus posibilidades no dejará de engordar su vanidad...

El gran punto débil de mi carrera ha sido mi incapacidad casi total para convencer a los clientes de hacer las ascensiones que me venían bien y no las que ellos deseaban hacer.

Casi nunca he llegado a agrupar varias ascensiones sucesivas alrededor de un mismo punto de partida; para hacer frente a todas las demandas siempre he estado obligado a realizar agotadores y acrobáticos cambios de refugio. Así me he visto conducido a situaciones verdaderamente estúpidas, como por ejemplo hacer en cuatro días dos veces la Verte por la arista del Jardín y dos veces el Grépon, dos ascensiones que tienen puntos de partida diferentes, separadas por dos horas de marcha rápida. En lugar de realizar este encadenamiento de la manera más lógica, es decir, hacer dos veces sucesivas la Verte, luego dos veces el Grépon, he hecho el Grépon, la Verte, el Grépon, la Verte, lo que me ha acarreado diez horas de marcha de aproximación en lugar de cuatro.

Fue en verano de 1949 cuando realicé la más penosa combinación de ascensiones de toda mi carrera: una tarde —después de una avería del teleférico— subí a pie hasta el Plan de l'Aiguille, en total dos horas de esfuerzos; a la mañana siguiente dejé esa cabaña hacia las cuatro y media de la madrugada, escalé el Peigne y luego la Aiguille des Pèlerins por la vía Carmichaël, con lo cual volví al Plan hacia las dos de la tarde. Tras un corto reposo, y dejando allí a mis clientes, hice la travesía hasta el Montenvers en tres horas y subí al refugio de Requin; allí me esperaba un alpinista de Zúrich. Junto con él ascendí a continuación al pico del Géant, lo cual, debido a que la nieve, por el calor del mediodía, estaba blanda, exigió otras tres horas de esfuerzos. De hecho, no logré culminar la escalada hasta las diez de la noche. A las tres de la madrugada siguiente volví a partir para hacer la travesía de las Aiguilles du Diable; como mi cliente no estaba muy en forma logramos regresar a nuestro punto de partida al cabo de quince horas. Tras un día y medio de reposo volvimos a subir al refugio de la Aiguille Noire, escalamos la arista sur, e hicimos vivac en el descenso.

Pese al interés e incluso a la pasión que ponía en mi trabajo de guía, no había abandonado el gran alpinismo no profesional.

Lachenal y yo habíamos decidido intentar, por lo menos, una gran ascensión durante aquella temporada de 1949. Como Louis seguía siendo instructor en la E. N. S. A., el proyecto no era realizable más que durante los dos o tres intervalos de varios días de que disponía. El primero, a finales de junio, no fue favorecido por el buen tiempo y, por lo tanto, quedaba el segundo. Por desgracia, éste caía de lleno en la temporada de guía. Pese a ello, renunciando deliberadamente a importantes ganancias, mantuve libre este periodo de cinco días.

Desde hacía varios años teníamos el proyecto de repetir la famosa cara norte del Piz Badile, cumbre situada en la frontera ítalo-suiza, en el lejano macizo del Bergell.

En aquella época, la reputación de aquella muralla de ochocientos metros de altura era todavía

considerable. Cassin y cuatro compañeros habían realizado la primera ascensión en tres días, en una escalada que el mal tiempo había convertido en heroica: Molteni y Valsecchi habían muerto de agotamiento al bajar; Rébuffat y Bernard Pierre habían hecho la segunda en un horario apenas más rápido; luego la cara norte había sido repetida en cuatro o cinco ocasiones, pero ninguna cordada había conseguido hacerla sin vivaquear, siendo el mejor horario de diecinueve horas de escalada efectiva. Tras su conquista, Cassin había declarado que la pared era algo menos alta y menos sostenida que la Walker, pero que, en cambio, algunos de sus pasajes eran todavía más duros. Todo el mundo estaba de acuerdo en reconocer que era una magnífica escalada, de las más hermosas de los Alpes.

Ciertamente inferior a la Walker y al Eiger, la cara norte del Badile parecía ser una de las ascensiones que mejor podían satisfacer nuestro ideal alpino. Para triunfar en una pared tan alta y difícil tendríamos que entregarnos a una dura batalla. Una vez más, íbamos a poder satisfacer nuestra pasión por las verdaderas aventuras, en las que el hombre sólo puede vencer y, a veces, sobrevivir comprometiendo todos sus recursos físicos y morales.

Es verdad que la escalada era por completo rocosa y, en cuanto a su técnica, se salía algo de nuestra especialidad; pero sabíamos que exigía poco artificial y que su roca era un excelente granito en el que nos sentiríamos tan cómodos como en la protogina de Chamonix.

El periodo de tiempo muerto entre dos cursillos llegó para Lachenal y el espléndido tiempo nos convenció para afrontar la prueba del día y medio de tren y autobús necesario para cruzar Suiza. Llegamos a Promontogno demasiado tarde para alcanzar el refugio Sciora antes de que cayera la noche; era un enojoso contratiempo. Nos veríamos obligados a iniciar la escalada sin haber podido descansar convenientemente. Al cabo de una hora de marcha muy rápida, al salir de una estrecha garganta, la pared se nos apareció de pronto con las últimas luces del día. Imponente en su altura y su elegancia, nos pareció espantosamente lisa, y nuestra moral decayó.

Tuvimos entonces la idea de no subir al refugio Sciora que, muy alejado de la base de la pared, es un punto de partida poco cómodo, y vivaquear en el camino. Esta táctica iba a ahorrarnos dos horas de marcha, permitiéndonos otras tantas de sueño.

El porche de un chalé nos ofreció abrigo; la temperatura era casi tibia y, en tales condiciones, nuestro material de vivac nos proporcionó una noche apacible.

Al amanecer sufrimos una gran decepción al constatar que el cielo estaba cubierto de feas nubes aborregadas, el aire era pesado y muchos indicios anunciaban un próximo cambio de tiempo.

Tras tan largo viaje y tantos sacrificios aceptados para intentar la ascensión, ésta era una jugarreta de la suerte. Aquello era una catástrofe, pero nuestra dramática experiencia en la Walker había sido una lección. Ciertamente, nos gustaba el peligro, la aventura y el combate, para mí la vida nunca tiene tanto encanto como cuando corre el riesgo de perderse. Pero aceptar demasiados riesgos, con excesiva frecuencia, conduce a que el juego no pueda prolongarse por mucho tiempo.

Nuestro lema era asumir riesgos con cierta dosificación y lógica.

En aquella pradera verdeante donde un claro arroyo cantaba suavemente, mientras todos los encantos de una naturaleza amable se desplegaban a nuestro alrededor, no encontrábamos el valor de atacar una pared tan impresionante con un tiempo amenazador.

Hacia las siete, el cielo aclaró un poco y decidimos entonces ir a pasar la noche en el primer vivac Cassin. Desde allí, en caso de mal tiempo, la retirada sería fácil, y si, por suerte, el tiempo mejoraba al día siguiente, podríamos alcanzar la cima antes del anochecer.

Era, en cierto modo, la táctica elegida en la Walker y que, finalmente, no habíamos aplicado...

La subida se efectuó sin prisas. Continuamente hacíamos altos para saborear los encantos de aquel macizo salvaje en el que las orgullosas agujas de granito se levantan, casi sin cesar, por encima de los verdes pastos y los románticos bosques de abetos.

A las nueve y media comenzábamos a escalar; muy relajados, subíamos charlando y saboreando aquella elegante escalada que transcurre por inclinadas losas de presas pequeñas pero relativamente numerosas.

Tras haber superado un desplome verdaderamente difícil, nos recibió una vira bastante ancha.

El camino no se veía claro y consultamos la nota técnica. No cabía duda: nos hallábamos ya en el vivac Cassin. Sin embargo sólo hacía dos horas y media que trepábamos y nunca, en toda nuestra vida, nos habíamos apresurado menos. Era algo incomprensible, pero tuvimos que rendirnos a la evidencia: estábamos, sin duda, en el emplazamiento donde los primeros escaladores habían pasado la noche tras haber escalado toda la jornada.

Ante esta revelación, el rostro de Louis se iluminó, sus ojos brillaron con aquella llama pasional que sólo en él he visto.

—¡Pero son todos unos cretinos! —gritó—. ¿Un día para escalar eso? ¡Sin duda estuvieron jugando al mus! Si todo es igual en cuatro horas estamos arriba. El tiempo aguantará hasta entonces. No hay más que hablar. ¡Adelante!

Sin aguardar más partió como una flecha. Ahora la fiera se había desencadenado; me vi por lo tanto obligado a seguirle. Una vez más, íbamos a toda máquina.

Pese a lo que algunos imaginaron a continuación, no subimos uno tras otro sin asegurarnos; pero estábamos tan acostumbrados a escalar juntos que eso nos permitió ganar mucho tiempo. De modo que cuando el primero veía que los últimos metros que le separaban de un punto de reunión no presentaban dificultades particulares, gritaba: «¡Al galope!». El otro soltaba enseguida cuerda del mosquetón y comenzaba a elevarse por el paso. Tras algunos largos de cuerda, aquello representaba un considerable ahorro de tiempo. Inútil decir que cuando el segundo dudaba ante una dificultad, no perdía el tiempo buscando el movimiento correcto y se izaba por la cuerda sin pensarlo mucho.

Naturalmente, llegábamos hasta donde era posible en escalada libre y plantábamos muy pocos pitones. De hecho, con excepción del primer saliente, prácticamente no recurrimos a la escalada artificial.

En una media hora alcanzamos el punto donde la pared se suavizaba; tras un verdadero *sprint*, llegamos al pie de los grandes diedros que constituyen el paso clave. Louis me dijo entonces:

—¡Vamos, ponte en cabeza! ¡No debes hacer en segundo lugar toda la ascensión, o pronto no servirás ya para nada!

Me lancé, también muy excitado, sobre el primer diedro; gracias a pequeñas presas en las que mis zapatos de suela rígida se mantenían magníficamente, me elevé con la agilidad del mono. Planté dos pitones al azar, y en algunos minutos me hallaba en la cima del paso. Un instante más tarde Louis

estaba junto a mí. Me abalancé entonces hacia el siguiente diedro. Tras una decena de metros me detuvo un saliente: planté un primer clavo y, luego, trajiné unos momentos sin conseguir que el siguiente se sostuviera. Sorprendido al no encontrar huella alguna de pitones, llegué a preguntarme si no me habría equivocado de paso.

Louis, una vez consultado, tras haber contorneado una arista, me gritó pronto que la vía estaba más a la derecha.

Descender por un mosquetón, desencordarse y tirar la cuerda tomó bastante tiempo: ¡mi error nos había costado media hora!

Hice todavía tres largos de cuerda, en cabeza, para salvar el honor; luego, considerando que Lachenal era un primero mucho más rápido que yo, le cedí el lugar.

Muy pronto fue evidente que llegaríamos a la cima antes de la noche; abandoné entonces la mayor parte de los víveres que pesaban en mi mochila de segundo y frenaban algo mi ritmo.

El cielo se había puesto muy nuboso, pero el tiempo parecía querer aguantarse todavía unas horas. En vez de reducir la marcha, sumidos en aquel estado de trance que lo hace todo posible, subíamos cada vez más deprisa.

Las travesías superiores se encadenaron como un ejercicio de trapecio. Llegamos entonces a la parte final, donde el terreno se hace lo bastante fácil como para que se pueda subir juntos sin asegurarse.

Lachenal, en absoluto cansado, se puso a correr como una ardilla. Pese a todos mis esfuerzos, yo no conseguía seguir tal cadencia y se vio obligado a reducirla un poco. Por fin, sólo el cielo estaba sobre nuestras cabezas, la cima estaba bajo nuestros pies. Apenas habíamos tardado siete horas y media para subir los ochocientos metros de pared. Empujados por los acontecimientos y la amenaza del mal tiempo, habíamos realizado una curiosa hazaña que, en su época, pareció sorprendente. Sin embargo, sin cometer mi error de itinerario, atacando desde el principio a toda velocidad, habríamos podido rebajar ese tiempo a seis horas y media e incluso menos.

A continuación, algunos expresaron sus dudas en lo referente a la veracidad de este horario, casi tres veces menor que los realizados antes. Pero la historia mostró que no habíamos exagerado. Algunos años más tarde, una cordada de tres escaladores germánicos consiguió hacerla en ocho horas y media, lo que, teniendo en cuenta la pesadez de tal formación, supone ser mucho más rápidos. Dos alpinistas solitarios lo escalaron en tiempos extremadamente cortos. El famoso guía austríaco Hermann Bühl, en cuatro horas y media; el alemán Nordduf —una de las víctimas del drama del Eiger—, en tres horas y media.



De hecho, no habíamos llevado a cabo ninguna hazaña sobrehumana. Nuestra preparación atlética y psicológica nos había hecho descubrir que, en valor absoluto, la cara era, técnicamente, menos difícil de lo que habían creído las primeras cordadas. La acumulación de nuestras experiencias y las excepcionales dotes de Lachenal nos habían permitido adelantarnos en algunos años al alpinismo de nuestra generación.

Hoy, la cara noreste del Badile no se considera ya como una de las más difíciles de los Alpes. Si algunas cordadas vivaquean todavía en ella, muchos la han hecho en nueve y en diez horas.

Este fenómeno de «desvalorización» no es, por otra parte, único. Varias grandes paredes dolomíticas, consideradas primero de extrema dificultad, lo conocieron también.

La mejora de los métodos de entrenamiento de los alpinistas modernos y el ambiente de competición que reina entre los mejores explican perfectamente la situación. El alpinismo no es sólo un deporte, pero también es un deporte. El hombre nunca ha dejado de correr más deprisa, de saltar más alto, de lanzar más lejos; ¿por qué no iba a escalar, también, cada vez más deprisa?

Desde mi ascensión de 1949, llevé de nuevo a cabo la escalada de la cara noreste del Badile con una de mis clientes, la excelente escaladora Suzanne Valentina. La subida nos costó algo menos de doce horas, pero considero que una cordada de cuatro alemanes que nos precedía y no quiso nunca que les adelantáramos nos hizo perder por lo menos tres horas.

Teniendo en cuenta que una joven, por buena alpinista que sea, no puede conseguir el virtuosismo de un superescalador como Lachenal y que, a mis treinta y siete años, ciertamente no tenía ya el mismo *punch* que a los veintisiete, se advierte que nuestra marca de 1949 era excelente pero no fenomenal.

Habiendo llegado a la cima a las cinco de la tarde, disponíamos de tiempo sobrado para alcanzar, antes de que cayera la noche, el refugio de la vertiente italiana, situado aproximadamente a una hora de descenso. El té hirviente, la buena comida, el reposo estaban allí, muy cerca, y dirigirnos a aquel refugio nos tentaba mucho.

Pero, si elegíamos aquella vía, a la mañana siguiente, para llegar a Suiza, tendríamos que pasar el collado del Bondo y perderíamos así toda la jornada.

Otra solución para regresar, más rápida pero mucho más penosa, era bajar la clásica pero difícil arista norte del Badile.

Siempre muy nervioso, más optimista que nunca por nuestra sorprendente victoria, Lachenal quiso a toda costa tomar esta vía de regreso. Con un poco de suerte podríamos llegar a los pastos antes de la noche, a Promontogno al amanecer y a Chamonix al otro día.

Sabíamos que este descenso había sido ya realizado en tres horas y media. Vista nuestra habitual rapidez en este tipo de ejercicios, podíamos esperar reducir al menos en media hora dicho tiempo. El proyecto era técnicamente realizable y me dejé seducir.

Conservo un confuso recuerdo de aquel final de escalada. Recuerdo sólo que, un cuarto de hora después de haber dejado la cima, la tempestad comenzó a rugir a cierta distancia, lo que aumentó

todavía nuestra precipitación. Lachenal, literalmente pasado de voltios, imprimió entonces al descenso un ritmo vertiginoso.

No instalamos rápeles en los pasos difíciles; yo pasaba el primero y me dejaba resbalar, más o menos, por la cuerda que Louis sostenía. Cuando llegaba su turno, con increíble agilidad, bajaba desescalando. Las losas que forman la arista norte no son siempre muy inclinadas y, a veces, para ganar tiempo, se dejaba resbalar y frenaba con sus suelas y el refuerzo de cuero de sus pantalones.

En un momento dado, al contornear un saliente en la cara oeste, descendimos demasiado. Lachenal, creyendo que, más abajo, algunas cornisas nos devolverían a la arista norte, quiso continuar por aquella pared. Convencido de que llegaríamos a unos salientes, me negué obstinadamente a seguirle. Fue la mejor regañina de nuestra cordada. Rabioso, Louis terminó por desencordarse y continuar solo. Yo volví a subir a la arista y continué tranquilamente el descenso. Al cabo de media hora, cuando estaba colocando un pequeño rápel —por otra parte, el único que utilicé—, vi acercarse a Louis, con el rostro algo contrariado. Al haberse encontrado con un obstáculo insalvable, se había visto obligado a regresar a la arista...

Al caer la noche llegamos a las últimas losas. Viéndonos bajar, dos alpinistas que terminaban el descenso y nos habían visto en la cara norte durante la jornada, se quedaron tan estupefactos como si dos fantasmas se hubieran levantado de pronto ante ellos.

Vivaqueamos en los pastos sin haber podido encontrar una gota de agua. La sed me quemaba la garganta de modo intolerable, y sólo de vez en cuando conseguí adormecerme un poco.

De regreso a Chamonix, continué mi actividad de guía. Puesto que las condiciones atmosféricas permanecían invariablemente favorables y los clientes eran más de los que podía satisfacer, haciendo un día los Petits Charmoz, a la mañana siguiente la Verte, al otro día las Aiguilles du Diable, acumulé ascensiones de todo tipo.

Cuando llegó el final de la temporada estaba agotado, pero me sentía feliz, más que en toda mi vida.

Había logrado mi objetivo. Al igual que Michel Croz, Lochmatter, Knübel y Armand Charlet, me había convertido en un verdadero guía, y además en uno de los primeros de mi valle. ¿No era yo el que más había pagado a la sociedad de los guías? ¿No era yo el que más escaladas importantes había logrado realizar profesionalmente?

La verdad es que yo esperaba hacer todavía más. Y, de hecho, había logrado sumar en conjunto unas diez escaladas que sólo raras veces, o incluso nunca, eran realizadas por los guías en el ejercicio de su profesión. Aparte de la arista de Tronchey, ninguna de ellas era, sin embargo, una hazaña.

Posteriormente, en mi carrera de guía tuve algo más de suerte en este sentido. Gastón Rébuffat y yo somos los dos guías de la generación posterior a la segunda guerra mundial que más importantes y más numerosas escaladas de envergadura hemos realizado como profesionales.

A pesar de esto debo confesar que yo había esperado en este terreno resultados mejores. Por otro lado, ésa es la única pequeña decepción que me dio el oficio de guía.

A pesar de todos los sacrificios que he hecho y de los riesgos que a veces he asumido a fin de

poder dedicarme a un alpinismo de envergadura en el marco de mi actividad de guía, el número de éxitos que he obtenido es bastante modesto.

Con excepción de las cinco grandes cumbres de Perú, conquistadas con mis clientes y amigos holandeses, y que me dieron algunas de las principales satisfacciones de mi vida como profesional, en los Alpes solamente he logrado realizar una escalada verdaderamente memorable: la tercera ascensión del pilar de Frêne, en el Mont Blanc. Fue una escalada mixta, muy larga, y que en las zonas más elevadas presenta algunos pasajes de gran dificultad: es el más difícil de los itinerarios que conducen a la cumbre más alta de Europa.

También pude culminar cinco o seis empresas de un nivel algo inferior como la cara norte del Badile, la cara este del Gran Capucin, la cara norte del Triolet, etcétera.

Así como he tenido una suerte inaudita en mi carrera de aficionado, me ha faltado en la de guía de grandes ascensiones. Por no hablar del mal tiempo que hizo que se abortaran tantos proyectos gloriosos, cada vez que encontraba a un cliente decidido a emprender grandes ascensiones, siempre ocurría que al año siguiente caía enfermo o se casaba y hasta incluso se mataba...

En un nivel un poco inferior, los resultados han sido mucho más satisfactorios. A lo largo de mis dieciséis años de carrera he logrado realizar unas sesenta ascensiones de un nivel que raramente se alcanza a título profesional, como son la arista sur de la Aiguille Noire, la Verte por la Sans Nom, la vía Major del Mont Blanc, la cara norte del Corno-Stella, la cara norte del Roseg, la cara norte directa del Obergabelhorn, etcétera. Si bien Gastón Rébuffat me lleva clara ventaja por el número de ascensiones de primera categoría, creo poder decir que ninguno de mis colegas ha logrado acumular tantas salidas de esta clase. Sin embargo, para mí, el resultado es un poco decepcionante si se tiene en cuenta que en total habré realizado entre seiscientos y setecientos ascensiones como guía o instructor, distribuidas de esta manera: unas cincuenta al Grépon por las diferentes vías clásicas, unas cuarenta a la Aiguille des Pèlerins, más unas veinte travesías de los Petits Charmoz y una multitud de ascensiones por la vía normal, todavía más sencillas, a picos como la Aiguille du Plan, la Tour, etcétera.

Repito que el oficio de guía, absolutamente en todos los casos, no consiste en realizar hazañas, sino en hacer ascensiones clásicas por las vías fáciles, y me equivocaría si me quejase.

Por otro lado, incluso en su práctica más modesta, el oficio me ha resultado siempre apasionante. Casi siempre se crea entre el guía y su cliente una simbiosis que da a las relaciones humanas en esta profesión un clima más agradable que en ninguna otra.

Dar la alegría de escalar una cima a un hombre que, sin su guía, no la habría podido alcanzar nunca, siempre me ha parecido una obra de creación, una realización tangible, y me da el mismo placer que puede sentir un artesano cuando realiza un trabajo que le gusta, o incluso un artista al producir su obra maestra.

Con cada escalón que se sube, es más difícil de lo que se imagina poder hacer bien este trabajo. Aunque es evidente que la mayoría de los clientes hace recorridos proporcionales a sus medios, por mezcla de todo tipo de factores no es extraño que éstos no sean ligeramente superiores a sus posibilidades reales.

Es un hecho: muy pocos clientes consiguen dominar la situación. De ello resulta que, sea cual



fuere la clase de las ascensiones, el guía debe hacer constantemente el esfuerzo de velar por la seguridad de la cordada y ayudar a su compañero a triunfar sobre obstáculos que están al límite de sus posibilidades.

A final de temporada, algunas veces me ha pasado que he tenido que llevar a colectivos de turistas hasta refugios. Estos paseos por glaciares apenas pueden ser denominados alpinismo; pero incluso a este nivel ¡no podían considerarse nada simple!

Para estos turistas, la montaña era un mundo del que ignoraban todo; la grieta más pequeña los detenía y yo debía ayudarlos a franquearla. Muy pronto se sentaban cansados y era necesario animarles a superar esa debilidad. Habitados a caminar siempre sobre elementos estables, el hielo y los bloques eran para ellos trampas traicioneras; en cualquier momento se escurrían sin razón y debía cogerlos al vuelo.

Cuanto más se eleva el nivel de los recorridos, más complejos se hacen los problemas; por otra parte, la desproporción entre las fuerzas del cliente y la escalada realizada tiene tendencia a incrementarse a medida que se eleva el nivel de las ascensiones.

En cuanto se dejan las vías fáciles, el oficio de guía se convierte en una aventura permanente. El número, relativamente elevado, de guías muertos en el ejercicio de sus funciones es una prueba indiscutible de lo que afirmo.

Casi siempre el cliente se ve superado más o menos gravemente por los acontecimientos. El jefe de la cordada no puede dejar que su atención decaiga ni un solo instante. He visto muchas veces a un escalador que me seguía, y que parecía muy seguro en su sitio, perder en un instante esa posición segura.

En la arista sur integral del Moine, tras haber cometido un pequeño error de itinerario, hice una escalada expuesta pero bastante fácil; cuando llegué al extremo de la cuerda encontré una pequeña plataforma, pero no había saliente donde asegurarme. Más abajo habíamos franqueado ya pasajes de mucha mayor dificultad, pero el cliente que me seguía los había superado lleno de fuerza. De hecho, hubiera podido arriesgarme —ya que en apariencia el riesgo era bastante reducido— a hacerle escalar sin ir asegurado; en casos semejantes yo había actuado así bastante a menudo, pues cuando se trata de escaladas un poco largas es imposible asegurar cada paso. Como era una escalada clásica, no llevaba martillo, aunque tenía en los bolsillos algunas clavijas. Es algo que suelo hacer siempre, «por si acaso». Gracias a una premonición bastante extraordinaria decidí en el último momento que lo mejor era asegurar cada paso: busqué una fisura horizontal donde poder situar una clavija sin necesidad de clavarla con martillo; volví unos cuantos metros hacia atrás y encontré lo que buscaba. Entonces, ya tranquilo, hice que subiera mi compañero de ascensión. Apenas había avanzado dos metros cuando, sin motivo aparente alguno, se cayó. Hizo un péndulo de siete u ocho metros, pero, gracias a la clavija, logré sostenerlo. Sin embargo, me costó bastante hacerle subir hasta donde yo estaba. Sin aquel clavo puesto en el último momento, «por si acaso», no hubiera podido sostener el impacto de la caída al vacío; hoy día mi nombre estaría en la lista *in memoriam*.

Éste es un ejemplo más entre muchos otros. Con las tres cuartas partes de los clientes, sobre todo en las ascensiones de nieve y hielo, se corre a cada paso el riesgo de verles resbalar, de repente, sin pronunciar antes un grito que nos avise. ¡Ay del guía que, distraído durante un solo segundo, se deja

arrastrar cuando no está en una posición que le permite sostenerse en equilibrio! ¡Cuántos han caído así!

La atención no basta; son precisos también tesoros de ingenio y de paciencia para permitir a los clientes superar —sin izarlos con la cuerda— pasos que, sin explicaciones, aliento, es decir sin una discreta ayuda, serían incapaces de franquear.

Cuando el mal tiempo llega, en pocos minutos las dificultades se multiplican, las «clásicas» se convierten en grandes escaladas, los «turistas», debilitados por el frío y el viento, paralizados por el temor a los relámpagos, pierden gran parte de sus capacidades. En estas condiciones, devolverlos a buen puerto es un asunto serio al que nadie puede jurar que dará una conclusión feliz...

Hacer grandes escaladas como profesional ha reclamado de mí, a menudo, más tensión y esfuerzo que llevar a cabo escaladas extremas con un compañero de primera línea. Podría ennegrecer páginas y páginas contando todas las situaciones delicadas, angustiosas incluso, en las que me he encontrado.

En el curso de una de mis escaladas por la arista sur de la Noire acababa de terminar la difícil travesía que permite salir del gran diedro de la quinta torre. Es un pasaje muy delicado, que se abre a un impresionante vacío, y que durante mucho tiempo fue considerado como un paso de sexto grado.

Mi cliente había escalado brillantemente hasta llegar a aquel punto. Convencido de que pasaría sin dificultades, no me molesté, para ganar tiempo, en instalar el complicado dispositivo de cuerdas que solemos llamar de «teleférico» y que permite al alpinista realizar una travesía horizontal asegurándole a la vez por delante y por detrás.

Grité a mi compañero diciéndole que cruzara despacio, pero él, impresionado por el poco atractivo aspecto del paso y temiendo, en caso de fallar, quedarse colgado en un vacío de donde me iba a ser difícil sacarle, empezó a dudar. Avanzaba apenas unos centímetros y después regresaba rápidamente a su punto de partida.

Como yo sabía que mi acompañante era perfectamente capaz de pasar y que lo único que se lo impedía era el miedo al vacío, usé todos los medios de los que disponía para tratar de animarle: la explicación técnica, la petición amistosa, la burla y hasta unos gritos furiosos. Nada servía. Me miraba con unos ojos llenos de súplica y permanecía obstinadamente aferrado a su pitón de reunión.

La broma duró más de media hora. El cielo estaba encapotado; yo todavía tenía esperanzas de poder concluir la escalada sin vivac, y como volver a cruzar el paso en dirección contraria para instalar el teleférico me parecía una operación muy larga y delicada, no quería en modo alguno ejecutar esta maniobra. Pero estaba a punto de resignarme a hacerlo cuando, movido por una inspiración irreflexiva, le grité:

—Oye, si no cruzas dejarás de ser mi amigo. ¡No volveré a hablarte en toda mi vida!

¡Ni siquiera tocar la flauta mágica hubiera podido producir un milagro como aquel! Ante mi intensa sorpresa y enorme satisfacción, apenas terminada esta frase el hombre se lanzó a cruzar el paso con toda la energía que da la desesperación, y pronto se encontró a mi lado.

Durante la primera ascensión de la arista del Tronchey directa, quedé detenido mucho tiempo por un enorme desplome. Utilizando todos los recursos de la técnica y «subiendo al paquete» durante varios metros, conseguí pasar. Por encima, las dificultades descendían, la cima parecía muy próxima y el éxito garantizado.

Desafortunadamente, mi cliente, M. Gourdain, aunque era un excelente alpinista, nunca había abordado dificultades tan extremas y atléticamente no estaba preparado para ello. A pesar de todos sus esfuerzos, no pudo conseguir subir; las cuerdas, pasando por varios mosquetones, sufrían demasiada fricción para que yo pudiera izarle, mientras él colgaba en pleno vacío.

Estábamos derrotados, a pesar de que la victoria estaba al alcance de la mano; tendríamos que bajar penosamente por esta gigantesca arista que nos había llevado más de un día escalar.

Todo ello era demasiado estúpido. No llegaba a decidirme y buscaba desesperadamente un medio de hacer que el segundo subiese hasta donde me encontraba.

Recorriendo una vira hacia mi derecha, comprobé que, más al este, el desplome dejaba sitio a una placa que, aunque parecía muy lisa, no llegaba a ser vertical del todo. Si mi cliente conseguía atravesar hasta allí, conseguiría hacer que escalase los quince o veinte metros que nos separaban.

Después de todo tipo de movimientos gimnásticos y de maniobras, conseguí sacar las cuerdas de los mosquetones, que abandoné sobre los cuatro o cinco pitones que estaban colocados en el desplome, y se las reenvié a Gourdain. Desgraciadamente, no consiguió atravesar hasta la placa. ¿Qué podía hacer? Viendo una pequeña plataforma por debajo de mí, grité a mi compañero para que se dejase pendular hasta ella. Debía balancearse siete u ocho metros en pleno vacío, y poca gente hubiera aceptado hacer una acrobacia tan impresionante. Se lanzó con mucha valentía y, en un instante, se encontró en la plataforma; pero ésta estaba más baja que el punto de partida y el movimiento era irreversible. Como todos los puentes de unión habían desaparecido, era obligatorio que Gourdain subiese hasta mí costase lo que costase.

La placa resultó ser de una dificultad extrema. Después de todos los esfuerzos que había realizado para intentar superar el desplome, Gourdain tenía los brazos sin fuerza y no conseguía elevarse. Yo estaba sobre una vira estrecha, en una posición poco favorable para recuperarle y no conseguía izarle. La situación se volvía trágica. No encontraba ningún medio de bajar hasta ningún punto que estuviese por debajo de mí. Si no encontraba una solución ¡sería dramático!

Entonces recordé una técnica utilizada para sacar a los heridos de las grietas; ayudado por pitones y mosquetones, preparé una especie de «polipasto» que permitía desmultiplicar los esfuerzos de tracción. Gracias a esta mecánica, Gourdain pronto estuvo a mi lado.

En otra ocasión, había emprendido la ascensión del Mont Maudit por la arista sureste, con uno de mis más antiguos clientes, un hombre que tenía entonces alrededor de cincuenta y ocho años. Como las condiciones de la montaña no eran buenas, nuestro avance fue lento. Al empezar la tarde, cuando nos estábamos acercando a la cumbre, cayó sobre nosotros la tormenta, encima de las borlas de lana de nuestros gorros saltaban las chispas y yo volví a experimentar el pánico que suelen provocar en mí estas manifestaciones de la naturaleza desencadenada.

Al cabo de algunos minutos la tormenta se alejó, pero la montaña quedó envuelta en brumas y un viento violento empezó a soplar arrastrando pequeños copos de nieve muy dura que golpeaban nuestros rostros y quedaban pegados a nuestras gafas. En medio de una auténtica tormenta, se hizo necesario emprender el descenso.

La vía normal, que era la que íbamos a tomar, está formada por inmensas pendientes de nieve muy inclinadas y recortadas por seracs y paredes de hielo. Incluso cuando hace buen tiempo, si no se

encuentran huellas, resulta muy difícil descubrir el camino en un terreno sin puntos de referencia como aquel. En medio de la niebla, la nieve y la tempestad, descender por allí era desde luego delicado, y sólo mi perfecto conocimiento de aquellos lugares me permitía tomar la dirección con seguridad. Desgraciadamente, mi compañero no tenía muy buena vista; con las gafas llenas de nieve debido a la tormenta, estaba prácticamente ciego; como siempre que se trata de un descenso, él era el que marchaba delante; pronto tuve que constatar que, incluso conducido por mi voz, era incapaz de encaminarse en la dirección correcta; avanzaba zigzagueando en todos sentidos y parecía haber perdido completamente el control.

Pero no podíamos quedarnos mucho tiempo allí sin correr el riesgo de quedar helados; era necesario descender, y pronto. No encontré mejor solución que ponerme el primero y dejar que el cliente me siguiera al otro extremo de un tramo de cuerda de cuatro a cinco metros.

Para colmo de desdichas, la pendiente, que ya era bastante fuerte, tenía la nieve muy endurecida y en algunos puntos emergía el hielo. En aquellas condiciones cramponear era delicado y mi cliente, fatigado y sin apenas ver, no parecía sentirse muy a gusto: en cualquier momento podía dar un paso en falso y resbalar. No hace falta decir que pasé una gran inquietud durante todo aquel descenso, pues por un lado tenía que escrutar una espesa niebla para encontrar el camino y por otro vigilar atentamente a mi cliente que, en cualquier instante, podía caérseme encima, hacerme perder el equilibrio y atravesarme con las veinte puntas de sus crampones.

La verdad es que en toda mi carrera de guía no he tenido ni veinte clientes que tuvieran verdadera facilidad y actuaran tranquilamente en las escaladas. Había tres o cuatro capaces de seguirme hasta que yo ponía «la directa». Junto a uno de estos viví una jornada poco frecuente y divertida. Era un suizo de habla alemana; nunca había escalado con un guía, pero, como su compañero de cordada se había hecho una herida, me contrató para no perder los últimos días de sus vacaciones.

Partimos hacia el Grépon, por la vertiente del Mer de Glace, una gran clásica larga y difícil. La tarde anterior, cuando subíamos hacia el pequeño refugio-vivac de la Tour Rouge, instalado en una posición aérea en el cuarto inferior de la muralla, pude notar la sorprendente facilidad con que trepaba aquel nuevo cliente.

Al amanecer, desde el mismo momento en que partimos, empecé a subir deprisa, y viendo que mi compañero me seguía perfectamente, pronto me puse a todo gas. De vez en cuando me volvía para ver si flojeaba y todas las veces me lo encontraba sonriente y sin perder apenas el aliento. En dos o tres ocasiones, por educación, le pregunté:

—¿Va bien? ¿No corremos demasiado?

Y siempre me contestaba lo mismo:

—No, no. ¡Muy bien!

De vez en cuando se detenía un instante y con sorprendente destreza abría la cámara fotográfica que llevaba en el pecho, enfocaba y apretaba el disparador.

Cuando el terreno se empezó a hacer más difícil y fue necesario usar toda la longitud de la cuerda, la cadencia apenas si se desaceleró; cuando, llegado al final de aquel paso, me di la vuelta, él había escalado ya varios metros y con la agilidad de una ardilla llegó a mi lado al cabo de pocos segundos.

Aunque nos habíamos detenido una veintena de veces para hacer fotografías, alcanzamos la cumbre al cabo de solamente tres horas y media después de haber salido del refugio, es decir, que habíamos invertido una hora y media menos de lo que yo esperaba.

Eran las ocho y media de la mañana... Yo me sentía en plena forma, el nuevo cliente ascendía como un avión, y nos quedaba tiempo de sobra para otra escalada. Le sugerí que cruzáramos toda la cara oeste de la Aiguille de Blaitière para llegar hasta a la arista sur del Fou y acabar la jornada con esa preciosa escalada. Combinar un itinerario de aquella manera era una idea original e incluso peregrina, pero me parecía divertido hacerlo, aunque exigía «cabalgar» de verdad...

Me sentí muy decepcionado cuando mi helvético me contestó en tono muy dulce:

—No, señor Terray, no me interesa. Escalar deprisa, tal como acabamos de hacerlo, me ha parecido divertido. Nunca lo había hecho así. Pero ya tengo suficiente porque, sabe usted, a mí lo que me gusta de la montaña es el contacto con la naturaleza y la contemplación de los maravillosos paisajes de la montaña. Así que, como tenemos un tiempo espléndido y le he contratado para todo el día, ahora nos quedaremos aquí hasta mediodía.

Si cada una de las ascensiones de un guía es, más o menos, una aventura, sin hablar siquiera de los problemas técnicos, la dirección de una temporada profesional es también una cosa apasionante. Durante los periodos de buen tiempo, el esfuerzo que debe realizarse para hacer frente a la situación nos lleva a veces a un agotamiento tan extremo como el de las más duras escaladas.

Ciertamente, nadie nos obliga a aceptar todas las ascensiones y a no descansar. Algunos dirán, incluso, que la avidez del lucro es el único móvil de tales esfuerzos. Sin embargo, creo poder asegurar que al aceptar todas las ascensiones, llevando a cabo prodigios para satisfacer todos mis compromisos, yo no pensaba en el dinero. Resultaba más bien una especie de juego, cuya única regla era siempre ir hasta el extremo de lo humanamente posible. De hecho, con una o dos excepciones, jamás tomé un descanso voluntario durante las temporadas de montaña, en cambio, en varias ocasiones, llegué al límite de mis fuerzas y fui salvado por el mal tiempo, como un boxeador por el gong.

Un día había escalado la arista sur del Fou, escalada larga que exige bastante esfuerzo. Mi cliente, de edad bastante madura, había avanzado lentamente y no llegué de regreso a Montenvers hasta bastante entrada la tarde. Me sentía muy cansado, pero aquella misma tarde tenía que subir al refugio del Requin donde me esperaban dos clientes canadienses. Cuando terminé de cenar eran ya las nueve de la noche.

Teníamos que subir hasta la cumbre del Dent du Requin por la vía normal, escalada clásica por la que se pagaba una tarifa bastante baja. Los canadienses eran gente muy amable y hubieran comprendido fácilmente que, muerto de cansancio, yo renunciase a acompañarles. Las consecuencias que para mí podía tener perder aquel trabajo eran insignificantes.

De todas formas, decidí salir. Cuando estaba en el glaciar se averió mi linterna frontal: como el cielo estaba nublado y la noche muy oscura, me perdí en una red de grietas. Antes de encontrar un buen camino pasé bastante tiempo errando y, casi extenuado, llegué a la cabaña pasada la medianoche.

Me levanté a las tres de la madrugada. Sentía los miembros pesados y la cabeza vacía; hubiera

pagado diez veces el precio de la escalada por seguir durmiendo. Pero los clientes, sin saber nada de mi drama, estaban ya allí, alegres ante la perspectiva de un bello día. Había que ir. Era como la misión de un soldado: yo no tenía ni idea de por qué actuaba, pero actuaba. Ademanos y palabras repetidos cien veces fueron encadenándose uno tras otro y fue así como, bajo el viento del amanecer, me encontré caminando penosamente por el sendero; entonces tuve un vahído y estuve a punto de desplomarme; pero los clientes no vieron nada y me recuperé. A medida que ascendíamos, mi cuerpo volvió a calentarse y me sentí mejor. ¡Logramos coronar la cumbre!

Cuando, por la tarde, bajo una fina lluvia, devolví a Montenvers a mis dos clientes, encantados con su escalada, di gracias a la providencia que, con las aguas del cielo, me enviaba también el reposo. Mis dos canadienses no supieron nunca que aquella jomada me había exigido esfuerzos más heroicos que los necesarios para escalar la Walker...

En otra ocasión, y tras una serie especialmente dura, me encontraba subiendo al Petit Dru cuando me sentí desfallecer y me pregunté si podría llegar a la cumbre.

Desde el comienzo de la escalada mi cliente, que no estaba en forma, trepaba con gran lentitud y muchas dificultades; sin embargo, demasiado ocupado en tratar de superar la debilidad que yo mismo sentía, no vi hasta qué punto sufría él. De repente noté la palidez mortal de su rostro; estaba ojeroso, tenía la nariz encogida, y se encontraba visiblemente a punto de agotar todas sus fuerzas. Parecía poco probable que, en tal estado, pudiera resistir mucho tiempo. Para salvar el honor bastaba con resistir algo más que él... Continuamos la escalada, se sucedieron largos de cuerda; con el rostro cada vez más pálido y la nariz más encogida, mi cliente no se decidía a abandonar.

El secreto desafío que, en lugar de ser la conquista de la cumbre, consistía en evitar el deshonor del abandono, empezaba a resultarme insoportable. Al final, mi pobre compañero se sentó en una cornisa rocosa y con acento triste pero mucha amabilidad me dijo que ya no podía más, que le daba pena por mí, pero que, sintiéndolo mucho, algo estaba fallando y, aunque había forzado al máximo su resistencia, ya no podía avanzar ni un metro más...

Yo traté de poner cara de circunstancias, pero apenas podía ocultar la alegría animal que me invadía: había salvado el honor. Pronto podría ir a echarme y dormir.

# Annapurna

Al terminar la temporada de 1949 hacía ya algún tiempo que corría en los medios alpinistas un rumor según el cual era posible que se organizase una expedición francesa para ir al Himalaya.

A lo largo de interminables discusiones —que tan frecuentemente se dan entre los escaladores— se podía oír a menudo que el gran animador del alpinismo francés, o, mejor, del gran alpinismo, Lucien Devies, estaba empeñado en que nuestro país ocupase un puesto digno de él en la historia de la conquista de las montañas más altas y difíciles del mundo.

Hasta entonces, en este campo, el papel de nuestro país había sido muy modesto.

Se contaba una sola expedición francesa —la del Hidden Peak, de 1936— contra una treintena de Inglaterra, casi las mismas de Alemania, cuatro o cinco de Italia e incluso tres de Estados Unidos, país recientemente llegado al alpinismo.

La conquista de la primera cumbre de más de ocho mil metros compensaría esta carencia y nos colocaría en una justa posición en la escala de valores.

Además, una expedición al Himalaya daría a los mejores alpinistas de nuestro país la suerte de encontrar montañas a la altura de un ideal que los Alpes —que hacía tiempo que se habían hecho demasiado pequeños— iban más o menos satisfaciendo. Este rumor tenía una fuente seria. En octubre, una conversación que tuve con Lucien Devies me lo demostraría.

Devies había sido uno de los mejores alpinistas franceses de la generación de antes de la guerra y, a mi modo de ver, el más emprendedor.

Unas veces con el gran glaciarista francés Jacques Lagarde, otras con el célebre escalador italiano Giusto Gervasutti, había anotado en su activo numerosas realizaciones de gran clase: la primera de la cara noreste de la punta Gnifetti, la primera de la cara noroeste del Olan, la primera de la cara noroeste del Ailefroide, y muchas otras. Sólo las circunstancias le habían impedido lanzar tentativas al Eiger y a la Walker. Desde la guerra, habiendo estado gravemente enfermo y con algunos años más, continuaba practicando activamente el alpinismo a pesar de haber tenido que renunciar a empresas mayores.

No pudiendo realizar por sí mismo todos los proyectos y los sueños de su juventud, Devies, con un espíritu altruista, se había esforzado en hacérselos posibles a los demás; puso su excepcional capacidad de entusiasmo y su formidable dinamismo a disposición de un esfuerzo de expansión general del alpinismo francés. Más concretamente, había animado y ayudado a los mejores escaladores a realizar ascensiones excepcionales. Por su acción en este campo, Lachenal y yo le debemos mucho.

En 1949, Lucien Devies tenía entre las manos las riendas del mundo alpino francés; presidía a la vez el Club Alpino Francés, La Federación Francesa de Montaña y el Grupo de Alta Montaña. De esta concentración de poder, puesto al servicio de la pasión que este hombre excepcional profesaba al alpinismo francés, podía nacer una gran expedición al Himalaya. Personalmente, no estoy lejos de creer que una de las finalidades esenciales de los inmensos esfuerzos que desplegó para dar a nuestras asociaciones montaÑeras una cohesión y una eficacia a escala nacional, fuera la realización de esta empresa grandiosa.

De la conversación que tuve con él durante el otoño de 1949, resultó que nuestro presidente estimaba que había llegado el momento de retomar el movimiento del himalayismo francés, lanzado en 1936 por Jean Escarra y Henry de Ségogne cuando organizaron la expedición al Hidden Peak.

Las condiciones eran ahora más favorables en todos los sentidos. Desde la guerra, el alpinismo había marcado en Francia un sensible progreso, a la vez por el número de sus adeptos y por la calidad de las realizaciones efectuadas por sus mejores representantes. Los más grandes itinerarios abiertos antes de la guerra por los austro-alemanes y los italianos, ¿no es cierto que habían sido acometidos por primera vez por cordadas francesas?

A partir de ese momento era posible reunir un equipo extremadamente fuerte, capaz de triunfar en una cumbre de más de ocho mil metros, hazaña intentada más de treinta veces por expediciones de todas las nacionalidades, pero nunca realizada, ya que la cima más alta conquistada hasta entonces había sido el Nanda Devi, que sólo mide 7716 metros.

Por otra parte, las condiciones políticas que habían hecho imposible el asalto a los ocho mil desde la guerra, parecían mejorar.

Las principales cumbres del mundo en cuanto a la altitud se encuentran distribuidas en tres países asiáticos: el Tíbet, Pakistán y Nepal. Antes de 1940 el Tíbet, que tradicionalmente había permanecido cerrado a la civilización occidental, solamente había abierto sus puertas a expediciones inglesas que lanzaron algunos intentos de escalar el Everest. Pero, posteriormente, la influencia británica en Oriente había perdido mucha importancia y en aquellos momentos el Tíbet estaba totalmente cerrado a cualquier penetración extranjera.

El noroeste de la India, que es donde se encuentran las cadenas del Karakórum y del Himalaya norte en las que había tenido lugar la mayor parte de intentos de elevarse hasta los ocho mil metros, había sido recientemente incorporado al nuevo estado de Pakistán. El país estaba agitado por numerosos desórdenes religiosos y políticos y resultaba por tanto difícil que unos europeos pudieran residir en valles al pie de las grandes montañas, alejados de las ciudades y bastante mal controlados por el Gobierno; además, como el nuevo Gobierno había prohibido la estancia en el Pakistán de los maravillosos porteadores sherpa, por ser éstos de religión budista, el problema técnico se veía complicado de manera muy considerable por esta intervención gubernamental.

Contra lo que ocurría en la India y en Pakistán, en el pequeño estado independiente del Nepal, que siempre había permanecido cerrado a las penetraciones europeas, parecía haber un intento de crear una nueva política favorable a las visitas del territorio por parte de occidentales. Durante el verano que estaba ya acabándose, dos expediciones lograron, por primera vez, entrar en territorio del Nepal. Una de ellas estaba formada por ornitólogos norteamericanos, mientras que la otra fue de alpinistas suizos. Era por consiguiente lógico esperar que en 1950 se dieran nuevas autorizaciones semejantes.

La Federación Francesa de Montaña había empezado a movilizarse para un acercamiento con el Gobierno del Nepal a fin de obtener el permiso necesario para enviar a aquel territorio una expedición nacional francesa. Como en el Nepal es donde hay mayor número de cumbres superiores a los ocho mil metros, en cuanto se obtuviera la autorización bastaba con elegir una cumbre que brindara posibilidades de éxito.



El siguiente paso debía ser la selección de un equipo y luego la preparación material de la expedición. Esto último es una tarea bastante pesada y mucho más difícil de lo que suele imaginarse.

Siguiendo la sugerencia de Lucien Devies, el secretario general del Grupo de Alta Montaña, Maurice Herzog, había sido designado ya como jefe de expedición.

Lucien Devies me dijo que habían pensado en mí como posible miembro del equipo y me preguntó si yo estaría dispuesto a participar en una empresa así.

Naturalmente, participar en una expedición al Himalaya era la materialización de mis más ardientes deseos... Pero, en la vida de un hombre, sus aspiraciones más apasionadas raras veces pertenecen al mundo de lo real. El Himalaya me parecía más inaccesible que una princesa oriental, y sólo en sueños había imaginado escalar esa cordillera.

Hasta aquel momento parecía que en Francia había tan escasísimas condiciones que permitieran realizar una empresa como la que se me proponía que, pensando fríamente, creía que nunca podría llegar a vivir una aventura en el Himalaya.

Así pues, tras la propuesta de Devies, el sueño parecía que podría realizarse. Iba a ser posible conocer directamente aquellas cimas fabulosas, tan gigantescas y salvajes, que siempre serán un dominio vedado al hombre. La propuesta me hizo ver que por fin iba a poder penetrar en ese paraíso en el que nada ha sido manchado, en el que todo es bello y puro... Para mí el Himalaya era la aventura total, la entrega de uno mismo por un objetivo ideal, lo que todos buscan y muy pocos consiguen. Era también el Oriente y todos sus encantos, sus misterios, hombres diferentes, una naturaleza prodigiosa, mil imágenes que flotaban en mi espíritu ávido de conocer todo lo relacionado con la vida.

El mes de noviembre volví a Canadá, llevándome conmigo a mi mujer y a uno de mis compañeros de montaña, el prometedor Francis Aubert.

Durante el invierno, de vez en cuando, las cartas que llegaban de Francia me mantenían al corriente de la evolución de la situación. La autorización del Nepal tardó, pero al final fue obtenida. Fue un auténtico esfuerzo prodigioso, un gran impulso que permitió al fin montar esta expedición en menos de dos meses.

A pesar de lo absorbentes que eran sus ocupaciones profesionales, Lucien Devies, Maurice Herzog y el jefe del grupo de 1936, Henry de Ségogne, y también otros a los que no puedo citar aquí para no extenderme demasiado, se entregaron a esta tarea con un apasionamiento digno de una empresa sagrada.

Al fin, sin embargo, ¡se produjo el milagro!

La primera gran dificultad fue encontrar el dinero necesario para una empresa de tal envergadura. El Estado —que a menudo dilapida fondos en realizaciones cuanto menos discutibles— no dio prueba de una generosidad excesiva y concedió una subvención de seis millones de francos: eso era apenas la mitad de la suma imprescindible. Se abrió una suscripción pública; las donaciones llegaron de todas partes, millares de alpinistas enviaron su óbolo, grande o modesto. Un reducido grupo de hombres eminentes, todos alpinistas apasionados en el crepúsculo de su carrera, se empleó con una abnegación sin límite en obtener las donaciones importantes sin las que nunca se habría alcanzado el presupuesto indispensable. Citaré, entre otros, a nuestros tan añorados amigos Louis Wibratte,

presidente del Banco de París y de los Países Bajos, y Jean Escarra, profesor en la Facultad de Derecho de París. Y, entre los vivos, a Henry de Ségogne y Lucien Devies.

Todos estos señores, que ocupaban puestos importantes en la administración y los negocios, no dudaron en ir «puerta por puerta» visitando a los poderosos de este mundo. Gracias a su notoriedad, pudieron convencer a las grandes industrias y los grandes bancos de la nobleza de la finalidad perseguida y del prestigio que ganaría Francia en caso de tener éxito. Así fueron recaudadas sumas muy considerables; pronto los fondos reunidos fueron suficientes para que se pudiera comenzar con el trabajo de preparación.

Todas las industrias interesadas en los deportes de montaña y cámping quisieron participar en esta empresa nacional. La mayoría aceptó no solamente equipar la expedición a bajo precio, incluso gratuitamente, sino también, muy frecuentemente, estudiar y realizar modelos especiales.

Gracias a este esfuerzo, se pudieron realizar grandes progresos en el terreno del material necesario para una expedición himaláyica. De hecho, cuando se estudia la historia del himalayismo de entre las dos guerras, uno se sorprende por la suma de coraje, pasión y heroísmo que hombres de todas nacionalidades han empleado para vencer las más altas montañas de la tierra, pero también por la poca imaginación que han desplegado para forjarse útiles que les puedan ayudar más eficazmente en sus propósitos; se puede afirmar que en veinte años, la evolución en este campo ha sido insignificante.

Es cierto que nos hemos sabido liberar del peso de las tradiciones e innovar enormemente; sin duda, hemos cometido algunos errores, pero no es exagerado avanzar que hemos marcado un paso adelante en la técnica himaláyica y que todos los éxitos que han seguido deben mucho a nuestras iniciativas.

En mi lejano Canadá, no me daba cuenta de la importancia y la dificultad de este esfuerzo de preparación. Las cartas de Herzog y de Lachenal me informaban que nos iríamos y para mí eso era lo esencial.

Por primera vez en mi vida, tenía realmente miedo de romperme una pierna o de herirme gravemente. Ya no participaba en las competiciones y esquiaba al ralentí, ¡lo que para un entrenador es, cuanto menos, enojoso!

Mis contratos no me permitían volver a Francia más que pocos días antes de la gran partida. A mi llegada a París, me quedé un poco sorprendido por la agitación frenética que reinaba en las oficinas de la F. F. M., en la calle de La Boétie.

Lachenal estaba encargado de dirigir los trabajos de embalaje que se efectuarían en los locales de una empresa especializada; iría a secundarle.

Me encontraba delante de un montón de latas de conservas de todo tipo, de crampones, piolets, hornillos, tiendas, plumíferos, todo ello amontonado en el mayor de los desórdenes. A mí, que había imaginado una organización altamente racionalizada, donde cada cosa hubiera sido calculada casi al milímetro, donde la utilidad de cada objeto hubiera sido largamente discutida, su forma y su empleo estudiadas con cuidado, ¡se me caía el alma a los pies...!

Estaba por los suelos y exclamaba, levantando los brazos de desesperación:

—¿Crees que se podrá hacer alguna cosa seria con todo este desbarajuste?

Lachenal, siempre optimista, me respondió:

—Nos quedan pocos días para clasificar y embalar todo; no falta nada indispensable; para el resto nos las arreglaremos. Lo importante es irse.

Una vez más, él tenía razón.

Los imperativos técnicos de una gran expedición al Himalaya no tienen casi nada que ver con los de una ascensión alpina, aunque sea de las más importantes. Mientras que, en los Alpes, el escalador abandona la civilización para un máximo de tres o cuatro días, cuando va al Himalaya esta separación dura casi tres meses; durante un mes o más, vive rodeado exclusivamente por el reino mineral y tiene que subsistir. Mientras que una gran escalada es, ante todo, una sucesión de hazañas individuales realizadas por turnos por los miembros de la cordada, la conquista de un ochomil es solamente un trabajo de equipo.

Sobre las grandes cumbres, el hombre aislado está reducido a la impotencia; su capacidad de integrarse en un esfuerzo colectivo es mucho más importante que su virtuosismo técnico e incluso sus medios físicos.

Se concibe sencillamente que, en estas condiciones, las cualidades humanas de cada uno de los protagonistas juegan un papel esencial. En un aire rarificado por las grandes altitudes, cuando el cansancio, el peligro, el frío y el viento empujan al hombre al límite de su resistencia y de su valor, el mejor se hace irritable. En estas condiciones de animal acorralado, la naturaleza profunda se revela y los defectos se acusan en proporciones espantosas.

El egoísmo, la irritabilidad, todos los defectos de carácter muy marcados, son causas de discordia y disposición para la ineficacia, y se han visto expediciones paralizadas por las disensiones entre sus miembros. Se comprenderá, pues, que los responsables de una expedición se esfuerzan en la medida de lo posible por constituir un equipo homogéneo y eliminan en ocasiones individualidades destacables sobre el plano técnico, pero que se convierten en casi inútiles en un trabajo colectivo por su exceso de individualismo.

El comité, presidido por Lucien Devies, que la F. F. M. había instituido para la organización de la expedición de 1950 —como además para las que pudieran seguir y que efectivamente siguieron— se esforzó en seleccionar un equipo de un alto nivel técnico y en el que todos los miembros tuvieran aparentemente cualidades de carácter suficientes para integrarse en un grupo unido.

Me complace alabar la objetiva visión y el espíritu de imparcialidad que presidió esta selección. Como se puede imaginar fácilmente, las grandes secciones del Club Alpino, justamente deseosas de colocar delante a sus miembros más valerosos, no dejaron de ejercer presiones, en ocasiones fuertes. Era, pues, especialmente meritorio conseguir mantenerse al margen de las influencias regionalistas y estar por encima de rivalidades entre provincias y personas.

Maurice Herzog había sido designado jefe de expedición. Esta elección, que fue discutida en aquella época y que posteriormente todavía fue objeto de más polémicas, estaba justificada, a mi entender. Sin duda, Herzog no era uno de los mejores alpinistas de su generación, puesto que no había realizado ninguna ascensión verdaderamente notable, y por ello muchos se sorprendieron de que fuera designado. Ahora bien, si en su historial no se contaban grandes hazañas, en cambio poseía una considerable experiencia alpina que no había muchos franceses que pudieran igualar.

Practicando la montaña desde la infancia, tras haber realizado desde muy joven la mayoría de las clásicas, había luego puesto en su haber gran número de importantes ascensiones. Bueno en roca, pero sin dotes particulares, era en cambio un alpinista completo que poseía todas las cualidades necesarias para un ascenso himaláyico. Era un excelente glaciarista y disponía de una resistencia y un vigor físico excepcionales.

Su elección como jefe de expedición estaba perfectamente justificada en el plano técnico, y más todavía en el plano intelectual y humano. Debe decirse, para ser objetivo, que en aquella época era aparentemente el más cualificado de entre los dos o tres alpinistas franceses capaces de dirigir una gran expedición.

Excelente compañero, de carácter flexible y afable, podía presentirse que conseguiría imponer su autoridad sobre muchachos de muy notables personalidades, a quienes un jefe demasiado autoritario hubiera molestado. Por otra parte, había sido compañero de cordada de la mayoría de ellos, particularidad ésta que sólo podía facilitar su tarea.

Por el conjunto de sus cualidades técnicas y humanas, Herzog respondía perfectamente al deseo del comité de poner a la cabeza de la expedición un jefe que no sólo fuera capaz de organizarla y dirigirla desde los campos inferiores, sino también de participar personalmente en el asalto final, a fin de asegurar por completo su responsabilidad.

Salido de la H. E. C.<sup>[20]</sup>, oficial de la reserva, hombre de negocios, Herzog tenía la virtud principal para poder dirigir una expedición: ¡creía en ella! Esta obra, de la que había sido uno de los promotores, la emprendió con un entusiasmo y un dinamismo capaces de sacudir montañas. Sin esta fe y este entusiasmo, la historia de la conquista del Himalaya no habría seguido el mismo curso.

Para poder dar al equipo la mayor cohesión posible, el comité se había esforzado por seleccionar cordadas ya constituidas, es decir integradas por dos compañeros vinculados por una sólida amistad y con varios años de escaladas juntos. De esta forma se eliminaban de raíz algunas posibilidades de fricciones. En parte, fue sin duda esta razón la que motivó la designación de la cordada Couzy-Schatz.

Couzy, joven ingeniero politécnico, era el benjamín del equipo; muy inteligente, de espíritu original, se convirtió a continuación en uno de mis mejores amigos y en mi compañero de cordada en las expediciones al Chorno Lönzo y al Makalu. No se ignora que Couzy fue, algo más tarde, uno de los más notables alpinistas de toda la historia, con una lista de expediciones sin par por la calidad y variedad de empresas llevadas a cabo. Sin embargo, en esta época, era todavía un joven cuya personalidad no había alcanzado su madurez.

En el plano alpino, tenía ya en roca un renombre internacional; había realizado escaladas de gran clase, especialmente en los Dolomitas. En cambio, su experiencia de alta montaña era bastante limitada.

Schatz era, también, un intelectual. Licenciado en ciencias, por razones familiares se había convertido en director de una tienda de ropa. Atleta poderoso y dinámico, era un escalador en roca completo, pero, como Couzy, con quien constituía una cordada muy conjuntada, su experiencia en hielo y en terrenos mixtos era mediocre.

La selección del equipo Couzy-Schatz para una expedición al Himalaya era bastante discutible en

el plano técnico, pues, si en roca su carrera no tenía rival en Francia, su experiencia en alta montaña era excesivamente limitada.

El virtuosismo en roca es de una utilidad prácticamente nula en la conquista de los ochomiles. Estas altas cumbres se escalan casi enteramente por pendientes de nieve y de hielo. La cima más alta del globo, el Everest, ha sido alcanzada por primera vez por una cordada de tres mediocres roqueros compuesta por un neozelandés —que no había practicado el alpinismo más que en las cimas glaciares de su isla natal, así como durante el curso de algunas expediciones himaláyicas de segundo orden, y poseía sólo una escasa experiencia en roca— y de un sherpa con la resistencia y la audacia justamente legendarias, pero muy poco habituado a esta forma de alpinismo y que no se sentía muy cómodo en escaladas de corte claramente clásico.

A primera vista parecía que hubiera sido más juicioso seleccionar a alpinistas muy experimentados, aunque no fueran tan brillantes escaladores, que elegir a dos «sextogradistas» como Couzy y Schatz. Al confiar en ellos, el comité se basaba, sin duda, en las cualidades de sus respectivas personalidades, al paso que trataba de sacar provecho de las ventajas que ofrece una cordada sólidamente constituida en un trabajo de equipo.

Pienso también que Lucien Devies quería poner en práctica una de sus convicciones, a saber: que la conquista de un ochomil no exige una habilidad excepcional en nieve y en hielo y requiere, sobre todo, espíritu de iniciativa, valor, perseverancia y resistencia física, cualidades que se desarrollan en las mayores escaladas rocosas.

El ejemplo de los equipos germánicos, compuestos a veces casi exclusivamente de escaladores en roca y que, sin embargo, se habían mostrado muy eficaces en el Himalaya, proporcionó a esta tesis un argumento de peso.

Luego, los acontecimientos confirmaron que estaba bien fundada. En efecto, ninguna de las cimas mayores de ocho mil metros se ha mostrado, técnicamente —incluso en el campo glaciario—, muy difícil. Los principales obstáculos encontrados han sido el alejamiento, la longitud y la complejidad de la ascensión, la violencia de las intemperies y, sobre todo, el enrarecimiento del oxígeno que disminuye, en enormes proporciones, las posibilidades físicas o incluso intelectuales de los atletas mejor dotados para resistir esta prueba.

Cierto es que en condiciones extremadamente duras, pero poco acrobáticas, las cualidades morales, puestas al servicio de una resistencia y de una forma física excepcionales, son los elementos determinantes del éxito.

Escaladores de roca con todas sus cualidades y, evidentemente, con cierta experiencia en las laderas nevadas, pueden ser eficaces miembros de un equipo cuando se incorporan a un grupo de montañeros experimentados.

La historia himaláyica ha proporcionado numerosos ejemplos de ello, siendo el más notable la expedición británica al Kangchenjunga, tercera cima del globo, la mayoría de cuyos miembros eran puros escaladores en roca.

La segunda cordada que había pensado el comité estaba formada por Lachenal y yo. Evidentemente, la elección se debía a nuestra experiencia en la montaña y a nuestros éxitos en las principales escaladas de los Alpes occidentales.

Las cordadas de asalto debían contar además con un sexto miembro, Gastón Rébuffat. También él era esencialmente un escalador de roca, pero su experiencia en alta montaña era muy importante y, debido al notable conjunto de su historial, era técnicamente uno de los franceses cuya inclusión era indiscutible.

El equipo constaba además de otros dos miembros: mi amigo el doctor Oudot y el conocido cineasta Marcel Ichac. Oudot, importante cirujano, que había logrado una reputación internacional con sus trabajos de cirugía cardiovascular, tenía que ser naturalmente el médico del equipo. Como era también un alpinista de primera clase, se proyectaba que participase en la escalada y que, en caso de que desfalleciera uno de los miembros del grupo de punta, le sustituyera.

Como gran especialista del cine y la fotografía de montaña, Marcel Ichac había recibido el encargo de realizar una película sobre la expedición y reportajes para los periódicos que habían participado en su financiación. Se trataba, asimismo, de un excelente alpinista que había participado ya en la expedición al Hidden Peak en 1936. Era, por lo tanto, el único miembro del equipo que contaba ya con experiencia en el Himalaya y en más de una ocasión sus consejos y advertencias nos fueron muy útiles.

A los ocho alpinistas ya citados debía unirse, en Nueva Delhi, un joven diplomático agregado a la Embajada francesa, Francis de Noyelle. Su papel consistiría en dirigir las operaciones de transporte a través del Nepal y, en cierta medida, servirnos de intérprete gracias a sus conocimientos de las lenguas locales.

Como el mundo del gran alpinismo cuenta con pocos miembros, pese a la diversidad de sus orígenes, todos los miembros del equipo, con excepción de Francis de Noyelle, ya se conocían.

Personalmente tenía lazos de amistad con la mayoría de ellos. Sólo Couzy y Schatz me eran menos familiares.

La agrupación se hizo por tanto como una simple reunión de compañeros; nadie debió soportar las molestias que se experimentan durante los primeros días de trabajo y convivencia con desconocidos.

La llegada tardía de la autorización del Nepal y, sobre todo, las dificultades que afectaron a los organizadores para reunir el dinero necesario dejaron sólo un lapso de tiempo pequeño para la preparación. El trabajo se desarrollaba con una prisa febril; a pesar de ello, a pocas horas de salir, todavía uno se podía preguntar si todo estaría preparado en el tiempo deseado.

Trabajábamos con tanto entusiasmo como si se tratara de una misión sagrada, gracias a lo cual se superaron todos los obstáculos y, el día D, la última caja y el último contenedor estaban cerrados; desde el instante en que se tomó la decisión de emprender esta aventura, pasaron menos de dos meses. Si se había cuidado hasta el último detalle, como predijo Lachenal, no faltaría nada esencial.

Como no había sido posible enviar por adelantado los víveres y el material por vía marítima, hubo que utilizar los servicios de transporte aéreo. De esta forma fue posible trasladar de una sola vez a los miembros del equipo y toda su impedimenta.

Debido a que el aparato que utilizábamos era un DC-4, el viaje se hizo en etapas cortas. Primero Roma, después El Cairo —donde pudimos visitar las pirámides iluminadas por la luna—, Bahrein y por fin Delhi. Este avance a grandes saltos nos evitó el brutal cambio que supone pasar de una

civilización a otra.

La naturaleza me ha dotado de la rara facilidad de poder registrar de manera permanente un recuerdo intacto de todos los acontecimientos excepcionales que he vivido. Hoy puedo todavía, pese a los diez años transcurridos, volver a vivir casi cada minuto de este viaje; largos diálogos de nuestras apasionadas conversaciones se conservan en mi memoria.

Durante casi todo el vuelo estuve inclinado hacia la ventanilla devorando con los ojos el espectáculo que me ofrecía este mundo nuevo que desfilaba bajo nuestros pies. El tiempo era espléndido, la altura a la que volaba el avión relativamente baja, y era posible percibir numerosos detalles.

Mientras pasábamos por encima de Arabia, donde las inmensas llanuras de arena están moteadas de cuando en cuando por salientes rocosos de un negro azabache, pude incluso divisar las caravanas de beduinos. Como eran minúsculas, parecían hormigas en la inmensidad de las arenas; sin embargo, aunque apenas tenían forma, estas imágenes evocaban muchas de mis lecturas, sobreimpresionadas en la gigantesca pantalla dorada del desierto.

Me parecía ver entremezclarse en una zarabanda inmensa la epopeya de Mahoma, las aventuras del coronel Lawrence, la de Monfreid, el contrabandista del mar Rojo, y finalmente los combates de Ibn Seoud, el último conquistador.

Cuando sobrevolamos las regiones del norte de la India quedé profundamente asombrado. Mi espíritu estaba empapado de los libros de Kipling, y yo había imaginado que este país tenía una vegetación exuberante y esperaba ver desfilar debajo de nosotros el constante verdor de los grandes bosques tropicales. Sin embargo, durante horas y horas mis ojos no lograron encontrar más que una costra amarillenta finamente cuadriculada. No había más verde que unos pocos árboles aislados, perdidos en aquella inmensidad.

Tuvo que pasar algún tiempo antes de que comprendiera que no estábamos sobrevolando un desierto sino, por el contrario, un país superpoblado. De hecho, los innumerables cuadrados que como una red gigantesca dividían esta tierra desolada estaban formadas por multitud de parcelas de cultivo calcinadas por el calor tórrido característico de los meses anteriores a la llegada del monzón. De vez en cuando, unos grupos de pequeñas cúpulas que parecían racimos de grandes frutos rompían, a distancias irregulares, la monotonía de aquella alfombra a cuadros. Eran las cabañas de los pueblos. Allí, millones de hombres que trataban de arrancar sus alimentos a esta tierra agotada, y aplastados por una temperatura infernal, se amontonaban en la miseria, la ignorancia y el hambre.

En Delhi, el embajador de Francia, M. Daniel Lévi, el primer consejero, Christian Bayle, y todo el personal de la Embajada nos acogieron con extrema amabilidad. Con la precipitación de la salida, el rompecabezas chino de las formalidades aduaneras había sido tratado un poco a la ligera. Como siempre, con su optimismo crónico, Maurice Herzog había descuidado los detalles, convencido que todo se arreglaría.



De izquierda a derecha: Lachenal, Herzog, Couzy, Terray y Schatz.

Desde el desembarco, se reveló que los funcionarios de la joven república de la India, completamente embriagados por sus nuevos poderes, estaban animados por un celo de neófitos. Como si hubieran querido ilustrar las palabras de Napoleón: «Coged un mediocre, dadle un galón y habréis hecho un tirano», cada uno de estos pequeños funcionarios, ayer todavía pertenecientes a la servidumbre, se había convertido en un déspota, encantado de poder ejercer una autoridad arbitraria.

Nuestro equipaje, que estaba en tránsito por el reino independiente del Nepal, simplemente debería haber sido precintado y transportado hasta la frontera.

Pero el caso no tenía precedente y ningún artículo del reglamento lo había previsto. Ahora bien, para estos pequeños aduaneros, como para cientos de nuestros ayudantes, el reglamento es el reglamento. Eso sí, tenían la pretensión de examinar las cajas una por una y de hacernos pagar derechos por cada objeto. Ceder a su voluntad hubiera sido un desastre; sin hablar del enorme gasto que hubiera significado, habríamos estado paralizados durante más de una semana.

Tal retraso se habría añadido al que ya sufríamos, y cada día perdido reducía nuestra posibilidad



de éxito.

Detenidos por una montaña de papel, ¿habríamos sido derrotados antes de haber divisado nuestro objetivo? Nuestro gran entusiasmo, nuestros apasionados esfuerzos, ¿iban a convertirse sólo en un ridículo fracaso?

Afortunadamente, nuestro embajador, saliendo en nuestra defensa con una abnegación extrema, no dudó en desplegar el gran arsenal de la diplomacia.

Sin dudar, acudió directamente a las altas esferas; dirigiéndose a las personalidades más importantes, logró alisar rápidamente todos los obstáculos.

Mientras Herzog, Noyelle, Ichac y Oudot se debatían en medio de insospechadas dificultades, el resto del equipo, sin duda inconsciente de la gravedad de la situación, tomaba contacto con la India.

El mundo que descubría cada día me parecía muy diferente del que había imaginado. Más allá del ambiente pintoresco y del color que sorprende en los primeros instantes, más allá del esplendor y de la elegancia de los monumentos, testimonio de un pasado donde la civilización alcanzaba un refinamiento increíble, discernía rápidamente el abismo que nos separa de este pueblo, del que no solamente las costumbres, sino la forma de pensar, incluso los procesos de razonamiento, son diferentes a los nuestros.

Enseguida, olvidando la atracción superficial por el exotismo y la curiosidad psicológica, me fue imposible ver otra cosa que una miseria atroz expuesta en pleno día, de una forma espectacular.

La India, donde desde hace milenios la hambruna y la pobreza son males crónicos, acababa de atravesar el mayor drama de su historia, que cuenta con episodios espantosos. Apenas liberado del yugo colonialista de Inglaterra, el país entró en convulsiones dramáticas. Los territorios del noroeste y del sureste habían proclamado la secesión para crear Pakistán, país económicamente absurdo, del que dos partes separadas por millares de kilómetros no tenían más lazo que la común religión islámica.

El nuevo Estado había reprimido y desplazado hacia la India a la gran mayoría de los no musulmanes. Por su parte, la India había presionado a decenas de millones de mahometanos que vivían en su territorio para que fueran a reunirse con sus hermanos de religión en territorio paquistaní. Pueblos enteros habían sido deportados y más de un millón de personas asesinadas. Durante meses, había reinado la anarquía. Nadie sabrá jamás cuántos millones de víctimas resultaron de la hambruna producida por estos desórdenes.

En esta época, algunas partes de la vieja Delhi y los campos de refugiados situados en la periferia ofrecían un espectáculo ante el que incluso los más insensibles no podían dejar de quedar impresionados.

Cubierto de andrajos mugrientos, roído por la miseria, todo un pueblo parecía salir de los campos de Buchenwald o de Auschwitz.

A cada paso se encontraban «cadáveres ambulantes», cuyos ojos, de una tristeza infinita, parecían inmensos en mitad de sus caras demacradas.

Algunos tenían las piernas tan delgadas que toda la musculatura había desaparecido.

Verles caminar sobre sus largos palillos tenía algo de increíble: en cualquier momento se esperaba ver cómo se rompían.

En rincones a la sombra, heridos y enfermos gemían; la mirada llena de un desamparo sin fondo, vagaban hacia nosotros tendiendo manos suplicantes. En ocasiones, un montón de harapos permanecía inmóvil y silencioso. Al principio, yo creía que se trataba de dormilones, pero muy deprisa me percaté de que la multitud de moscas que zumbaban por encima de estos cuerpos alargados indicaba que no eran más que cadáveres; excepto el ministerio, nadie se preocupaba.

Después de algunos días transcurridos en la sofocante canícula de Nueva Delhi, llegó finalmente el momento de partir.

En aquellos tiempos, cuando la India apenas empezaba a salir de la anarquía, el transporte estaba sometido a todo tipo de azares. Así, mientras el grueso del equipo se dirigía en avión hasta Lucknow, Rébuffat y yo tuvimos que acompañar el material que enviábamos por vía férrea.

Para no perder de vista ninguna de las preciosas cajas que debíamos vigilar, nos instalamos entre ellas, en el furgón que las transportaba.

Este viaje en el tren de mercancías resultó penosísimo. Hicieron falta dos días para cruzar la llanura del Ganges; el calor era asfixiante y el polvo hacía que el aire fuera irrespirable. Como el tren se desplazaba con bastante lentitud era muy fácil contemplar el paisaje de los alrededores. Pero este espectáculo apenas si nos distraía, y en lugar de alegrar nuestros corazones nos empapaba de su lúgubre tristeza.

Cuando por fin fuimos recibidos en Lucknow por nuestros compañeros, estábamos los dos negros de polvo, muertos de aburrimiento y fatiga.

La tierra que recorríamos era desesperantemente plana y monótona. La sequía había calcinado casi totalmente la vegetación, de manera que no le quedaba ningún gran encanto a esta naturaleza ya de por sí poco seductora.

Los pobladores mugrientos y miserables que nos encontrábamos en las estaciones o que divisábamos en el campo, lejos de animar este paisaje melancólico, acentuaban más aún su desolación con su comportamiento silencioso y sin alegría.

Una nueva jornada de tren, esta vez con todo el resto del equipo y en un vagón de asientos acolchados, nos condujo hasta un punto situado a algunos kilómetros de la frontera del Nepal. Todavía teníamos que recorrer unos cuarenta kilómetros por una carretera estrecha y llena de baches que cruzaba la llanura pantanosa del Teraï, que es la única parte verdaderamente llana de todo el reino. Unos camiones G. M. C. que se ahogaban y unos autobuses viejos completamente llenos de remiendos nos transportaron en medio de indescriptibles torbellinos de polvo.

Después pasamos por la jungla, el gran bosque virgen en el que todavía viven tigres y rinocerontes, y luego, sin transición, como si fueran islas en el mar, vimos ante nosotros unas altas colinas verdes. Por fin el sueño empezaba a tomar forma, por fin estábamos junto al Himalaya y podíamos tocar ya las primeras olas de esta tormenta lanzada por la tierra contra el cielo.

La carretera terminaba al pie de las primeras pendientes. A partir de allí iba a ser necesario avanzar a pie y cargar a las espaldas de los hombres unas seis toneladas de víveres y material.

Tras una corta estancia en el poblado de Butwal, mientras el grueso del equipo acababa de preparar las cargas y contratar a los cerca de doscientos porteadores indispensables para el transporte, Lachenal y yo partimos como exploradores, con más de media jornada de adelanto sobre

el resto.

La primera tarde de marcha la invertimos en atravesar el espeso bosque tropical que, como un auténtico tampón de vegetación que separa dos mundos, cubre la vertiente oeste de la cadena de los Sivaliks, primer contrafuerte del Himalaya. La noche nos sorprendió cuando nos encontrábamos todavía en pleno bosque y, después de caminar algún tiempo a oscuras, encontramos cobijo en una cabaña de ramas que pertenecía a un pobre comerciante de té.

Para poder evitar el calor de las horas de pleno sol, reanudamos nuestra marcha al amanecer. En el fondo del bosque, apenas la luz empezaba a borrar la noche; casi no podíamos distinguir las formas atormentadas de los grandes árboles.

El camino cuidadosamente enlosado que seguíamos es una de las cinco o seis vías de comunicación que hay entre la India y el Nepal. Prácticamente, los ocho millones de seres humanos que viven al otro lado de los Sivaliks no tienen más contacto con el mundo moderno que esas serpentinadas de piedra y barro.

Ese camino es, además, una de esas asombrosas «carreteras» del Tíbet a través de las cuales las atrevidas expediciones de caravanas llegaban hasta China tras cruzar estrechos desfiladeros y puertos de montaña cuya altitud a veces es superior a los seis mil metros.

Durante la estación seca, el tráfico reinante en estos caminos es tan intenso como el de la más popular de las calles de París. Sin cesar, van y vienen bandas inmensas de *coolies* encorvados bajo cargas enormes. Los hombres, semidesnudos, exhiben muslos y gemelos de músculos prodigiosos; las mujeres, también muy numerosas, se lían las piernas en largas faldas de color. Toda esta gente lleva al Nepal el algodón, las especias, el azúcar y algunas minucias de pacotilla, o descienden hacia la India cargados de arroz, de cebada, de sal, de cerámica, de balas de lana o de pieles.

Se ven también mercenarios de las tropas gurkas que, como en otro tiempo los montañeses suizos, ponen su valor y su prodigiosa resistencia al servicio del extranjero. Unos sirven en el ejército inglés; otros, más numerosos, en las tropas indias. En el curso de la primera guerra, muchos han combatido en el Pacífico, en África del Norte y en Italia; es por ello, por cierto, que no resulta extraño oír en Nepal algunas palabras en francés o en italiano.

Estos soldados vuelven hacia sus puestos, o parten de permiso. Muchos van acompañados de su mujer, que lleva en la espalda un niño de corta edad. A veces te cruzas con comerciantes o con personajes notables. Protegidos bajo un gran paraguas, vestidos con una especie de levita negra, las piernas moldeadas por pantalones blancos extremadamente estrechos, llevan sus zapatos ¡en la mano...!, sin duda para no desgastarlos. A algunos les siguen sus esposas, que ricamente engalanadas o cubiertas de sedas de vivos colores, se dejan llevar sobre literas, como las bellas damas del siglo de oro.

Más raramente se pueden divisar caravanas de tibetanos con largos cabellos trenzados y grandes cuerpos delgados, cubiertos de atavíos mugrientos, que rompen extrañamente con el resto de esta multitud.

A esta hora de la mañana la vida apenas comienza a salir de su torpeza, el camino está todavía casi desierto y sólo algunos porteadores aislados descienden hacia el llano trotando bajo la carga. Nosotros avanzamos a un ritmo rápido y pronto la cresta estará próxima. Como salimos del bosque,

los primeros rayos del sol comienzan a rozar y la sombra se llena de flechas de oro.

Nervioso ante la idea de poder ver pronto las grandes montañas que nos habían hecho cruzar mares y continentes, yo apresuraba el paso.

Repentinamente todo mi ser se vio estremecido por algo parecido a una descarga eléctrica, pues el milagro acababa de producirse: a mis pies, bañado en una bruma poco espesa de capas azuladas que aumentaban el relieve, se extendía un grupo de colinas que llegaban hasta donde alcanzaba la vista. Delante mío, alzadas como prodigiosos icebergs flotando en un mar verde, las resplandecientes masas de las cimas del gran Himalaya parecían tan irreales como gigantescas.

Nunca, ni en mis más fantásticos sueños, había podido concebir que en esta tierra hubiera tanta belleza. El tiempo difumina todos los recuerdos, pero la emoción que atravesó mi ser en aquel instante quedará fija para siempre, como si me hubieran marcado a fuego.

Cuando ahora reflexiono sobre aquella experiencia, comprendo ese segundo en el que por primera vez se materializa: el sueño de mi juventud no solamente fue un instante de intensa emoción, sino también el comienzo de una de las experiencias que más influencia han tenido sobre mi personalidad. Fue el descubrimiento de un mundo que se había quedado anclado en otra era: el Nepal.

Desde el día en que, por primera vez, ese país sorprendente apareció ante mis asombrados ojos, he tenido la suerte de pasar en él casi un año de mi vida, a lo largo de cuatro expediciones distintas. Durante esas estancias he vivido cuatro meses en las altas cumbres, donde no hay lugar para el hombre. Pero también he pasado un tiempo casi igual en regiones más bajas, donde viven los nepaleses.

En 1950, gracias a la feliz conjugación de numerosos elementos, el Nepal permanecía aún completamente a cubierto de las influencias del mundo occidental. Todavía en la actualidad, si se deja a un lado la capital, Katmandú, y algunas poblaciones de las zonas fronterizas, este país sigue sin haber evolucionado prácticamente a lo largo de los siglos.

Durante mis cuatro estancias me he visto obligado a recorrer unos dos mil kilómetros a pie, atravesando colinas y valles. En esos inmensos paseos, he vivido mucho tiempo en contacto con los montañeses e, incluso, a veces, he compartido por entero su vida cotidiana. El poético encanto que se desprende de la existencia bucólica de aquellos pueblos me ha impresionado profundamente y su filosofía dulce y alegre ha marcado mi carácter.

Desde muy joven, siempre he experimentado un sentimiento apasionado por la naturaleza y la gente del campo. La vida simple y noble de los paisanos me ha seducido hasta tal punto que la he compartido con ellos durante años y únicamente las circunstancias me han obligado a dejarla.

Cuando, sediento de conocer el mundo, con el espíritu lleno de maravillosas descripciones y todos los sentidos alerta, he desembarcado en la India, esperaba la revelación de una nueva forma de belleza y de poesía; pero la tristeza y la monotonía de los paisajes, el aspecto taciturno de sus pobladores, su porquería y su desgarradora miseria no me han procurado en absoluto el sentimiento de exaltación y de admiración total que esperaba. Lo que la India no me ha dado, lo he descubierto en Nepal. Allí, he sido como embrujado por la seducción de una naturaleza lujuriosa que el hombre ha sabido transformar en un vasto jardín: la gama inmensa de los verdes, los resplandecientes colores

de las flores, el canto de los pájaros y el murmullo de las aguas, esta irradiación de vida que estalla de todas partes me ha proporcionado un verdadero encantamiento.

Aquí, el hombre, cuya presencia se manifiesta por todas partes, lejos de destruir la armonía y la belleza de la naturaleza, como si hubiera penetrado en él mismo, se funde con el paisaje que completa y embellece aún más.

Flanqueadas por ramos de bananeros, cuyas largas hojas se balancean con gracia por encima de los techos de paja rubia, las casas, construidas con esmero, en ocasiones realmente elegantes, son meticulosamente pintadas de ocre y de blanco. Estas manchas de colores, diseminadas sobre las colinas, realzan el estallido del verdor.

Los millones de campesinos que allí viven llevan una existencia llena de encantos bíblicos. Sus costumbres sencillas y casi puritanas tienen la huella de una apacible dignidad cercana de la nobleza. Los hombres vestidos de paños blancos, las mujeres envueltas en largos vestidos de vivos colores, todo el pueblo trabaja para arrancar a la tierra unos alimentos rústicos. Gracias a este trabajo y a un suelo fértil, las cosechas son abundantes y a menudo llegan a ser dos al año; contra lo que ocurre en la India, el hambre no suele visitar esta tierra y la masa de la población está suficientemente alimentada.

Las colinas en forma de panes de azúcar han sido modificadas hasta ser convertidas en bancales innumerables en los que se cultiva el arroz y el maíz. En las zonas más elevadas se cultiva la cebada. Las curvas horizontales de los bancales, que se extienden serpenteando por las laderas y moldean como arabescos el verde pálido de los primeros brotes o el oro de las mieses, contribuyen a dar al paisaje una característica elegancia.

Nunca, en el curso de mis caminatas a menudo largas y penosas que me han permitido recorrer una importante parte del Nepal, me he podido cansar por un instante de la atracción de este país y de sus habitantes. Hoy, si pienso con entusiasmo en volver allí una vez más, es más para reencontrar la poesía de este mundo de otra era que por el esplendor de las grandes cimas que lo dominan.

Cuando, en una mañana radiante, el Nepal se descubrió por primera vez ante mis ojos maravillados, ignoraba casi todo. Poco a poco aprendí a conocerlo, recorriendo las crestas y los valles, o debido a los notables encuentros casuales en los altos del camino, o con los sherpas por la noche cuando, tras una dura jornada, iba a acucillarme entre ellos alrededor del fuego de campamento.

Además, sin algunos conocimientos elementales del contexto local, es completamente imposible entender el sentido de una expedición en el Himalaya.

Los autores de las obras que han relatado las peripecias de las conquistas himaláyicas raramente han hecho un esfuerzo suficiente para exponer las nociones básicas. A menudo citan nombres y hechos, como si se dirigieran a especialistas que se supone que están familiarizados con ellos. Ahora bien, en realidad, la gran mayoría de los lectores ignora todo acerca del Himalaya. ¿Cuántas personas, por ejemplo, saben qué son los sherpas?

Pienso que el desconocimiento de los problemas tratados y el hermetismo del lenguaje, entre muchas otras cosas, hacen ingrata y laboriosa la lectura de estos libros.

Parece que, como la India, el Nepal fue habitado primero por primitivos de un tipo negroide, que

los etnólogos llaman los dravidianos. Estos pueblos han sido, en su mayoría, destruidos o absorbidos por las sucesivas oleadas de conquistadores, pero algunas comunidades han logrado sobrevivir, especialmente en los pantanos del Terai, al lado de la frontera de la India. El país fue a continuación invadido por tribus de raza mongoloide, cuyos descendientes ocupan todavía vastas regiones.

Así, en el más rico y poblado de todos los valles, el de Katmandú, donde se encuentra la capital, los newars, conocidos por su habilidad manual, sus dotes artísticas y su habilidad como comerciantes, forman la comunidad más numerosa; en el este y el sureste, los rais y los limbus, agricultores laboriosos y apacibles, constituyen al menos los dos tercios de la población. Los gurungs y los magars, que ocupan las colinas del oeste y del centro, llegaron probablemente en una época más reciente.

Estos diversos pobladores de raza amarilla forman la mayor parte de las castas que constituyen la estructura social del país.

Conviene, sin embargo, anotar que el sistema de castas en uso en el Nepal es bastante diferente del de la India, de donde ha sido importado. Además de que es más liberal, se apoya ante todo en las diferenciaciones étnicas y la palabra «casta» se convierte a menudo en sinónimo de tribu. Muchas castas han guardado además una parte de sus antiguas costumbres, incluso su lenguaje particular.

Según los historiadores, es solamente hacia el año 1000 cuando minorías de raza indoeuropea llegaron para instalarse en valles situados al noroeste de Katmandú. Provenían de la provincia india del Rajastán y pertenecían a la raza guerrera de los rajputs, cuya valentía es legendaria.

Estos invasores formaron la casta de los khâs, a la que pertenece la actual familia real.

Hacia 1350, expulsados del Rajastán por las invasiones musulmanas, los vestigios de los ejércitos rajputs llegaron para refugiarse en gran número en las colinas del Nepal y formaron potentes minorías en el centro y el oeste.

Según algunos, el cruce de estos recién llegados pertenecientes a la casta guerrera de los kchatriyas o a la casta religiosa de los brahmines, con las mujeres de la tierra dio nacimiento a varias castas nepalesas, especialmente la de los chetris.

Me parece, sin embargo, que esta interpretación debe tomarse con cautela y me parece probable que los rajputs no hayan sido los únicos invasores de raza indoeuropea que llegaron para establecerse en el Nepal.

Así, durante la primera expedición al Makalu de 1954, mientras acabábamos de alcanzar la parte superior del valle del Arun, situado en el este del país, a una treintena de kilómetros de la frontera del Tíbet, nos llevamos una gran sorpresa al encontrarnos con un pueblo que se declaraba chetri y que nuestros sherpas consideraban como tal.

De gran estatura, midiendo en ocasiones más de dos metros, estas gentes me parecieron pertenecer a un tipo ario muy puro: una nariz puntiaguda, la cara afilada cortando el viento, una barba abundante, ojos marrón claro y cabellos castaños les daban una apariencia física que contrastaba de una manera casi cómica con la de sus vecinos rais, muy pequeños y de tipo mongoloide exagerado.

Las dos comunidades parecían haber vivido una al lado de la otra desde hacía generaciones; hoy, empleaban la misma lengua y sus costumbres sólo diferían en algunos detalles de la práctica religiosa. Pero separadas por la impalpable cortina que tejen los tabúes, cada una vivía en su propio

territorio y las razas no se habían entremezclado en absoluto.

Dudo que estos chetris sean los descendientes de los invasores rajputs, igual que una comunidad vecina que se proclamaba brahmín. En cualquier caso, sus prerrogativas militares y religiosas se han visto reducidas considerablemente, pues son simples cultivadores muy pobres que explotan tierras más abruptas y menos fértiles que los rais vecinos.

En varias incursiones, en otras partes del este del Nepal, he encontrado focos de pueblos arios muy puros que se denominan chetri o brahmín, cuyas costumbres no difieren demasiado de las de los pobladores de los alrededores. Todos me han parecido más típicamente arios que los nepaleses que he encontrado en Katmandú que, en su mayor parte, son khâs o chetris.

En resumen, el Nepal está formado actualmente por un mosaico de pobladores de tres orígenes étnicos diferentes, que, en unas ocasiones, han permanecido en estado puro y, en otras, han estado más o menos sujetos al mestizaje. Una treintena de castas y de tribus principales, subdivididas en innumerables subcastas, se reparten esta población.

Como se puede imaginar, la historia de un país como éste es de una gran complejidad. Su relieve atormentado y el valor de los soldados le han permitido escapar siempre de la codicia de sus poderosos vecinos. De hecho, los ejércitos indios, chinos e incluso ingleses lo han invadido parcialmente durante varias contiendas, pero nunca han logrado mantenerse allí. Por el contrario, Nepal únicamente ha conseguido unificarse en un solo reino en una época bastante reciente, ocupando prácticamente las dimensiones actuales.

Durante el curso de los siglos, el Nepal fue dividido en múltiples principados, cuyo nombre ha variado mucho según las épocas; sólo el valle de Katmandú ha tenido hasta tres.

Las guerras que enfrentaron a estos diferentes Estados, las intrigas y los complots que permitieron a los príncipes crear y destruir dinastías, forman una maraña con la que los mismos historiadores penan al encontrarse. Apuntemos solamente que, en varios capítulos, monarcas iluminados lograron hacer reinar la paz y la prosperidad durante un buen número de largos años. En el transcurso de estos periodos, el país se ha civilizado de forma espectacular. En el valle de Katmandú, especialmente, la literatura y, sobre todo, las artes alcanzaron un grado de refinamiento muy acusado. Los numerosos monumentos todavía intactos ofrecen un testimonio deslumbrante.

Hacia 1750, cerca de cincuenta principados diferentes se repartían el territorio. Uno de ellos, situado a ocho horas de marcha de la capital, era el pequeño reino de Gorkha; sus habitantes, los gurkas, de origen rajput, tenían una gran reputación por su valor guerrero. Gracias a esta cualidad, su rey Prithivi Nakayan, empujado por una monstruosa ambición, emprendió la conquista de todos los territorios de alrededor. Ayudado por un valor y un sentido político excepcional, en una serie de guerras sangrientas consiguió apoderarse del valle de Katmandú y, como consecuencia, hacer del Nepal una nación unificada y poderosa, que ocupaba prácticamente el mismo territorio que ahora. Un siglo más tarde, la dinastía se estaba debilitando y el primer ministro en funciones, Jung Bahabur Rana, se hizo con el poder efectivo y se atribuyó el título hereditario de maharajá. Aunque, en razón a su influencia religiosa, el rey fue mantenido en el trono, como en otro tiempo ocurría en Francia con los alcaldes de palacio Jung Bahabur se convirtió en el auténtico soberano del Nepal. Los historiadores reconocen que, gracias a sus cualidades de valor, dinamismo e inteligencia, su

gobierno benefició al país. Acabó convirtiendo a una multitud de tribus montañosas en una verdadera nación y, por los lazos económicos y militares que supo establecer con los ingleses, consiguió arrancar a su país de un arcaísmo milenario.

Los sucesores de Jung Bahabur consiguieron conservar el poder durante aproximadamente un siglo; pero en 1950, algunos meses después de la expedición al Annapurna, una revolución derrocó al maharajá y colocó el rey a la cabeza de un gobierno con tendencia democrática. En 1959, éste hizo promulgar una constitución francamente democrática que, sin embargo, dejaba al soberano un poder sensiblemente mayor que en las monarquías constitucionales de los países occidentales. Está fuera de duda que este cambio político es el origen de la evolución rápida del Nepal hacia la vía de la modernización.

Gracias a los príncipes iluminados y poderosos que desde hace doscientos años han ostentado a menudo el poder, el Nepal se ha desarrollado de una manera sorprendente. Las colinas se han poblado hasta tal punto que hoy, sobre un territorio de aproximadamente ochocientos kilómetros de largo y un poco más de doscientos de ancho, en el que cerca de la mitad está ocupada por altas montañas estériles, se cuentan 8 500 000 habitantes.

Admirables caminos pavimentados que recuerdan a las calzadas romanas han sido construidos para unir las aldeas más importantes. Gracias a este esfuerzo, aglomeraciones como Pokhara, Palpa-Tensing, etcétera, se han convertido en pequeñas ciudades prósperas, cuyos edificios bien construidos, marcados algunas veces con un verdadero sello artístico, tienen una limpieza meticulosa.

Sobrepasando ampliamente este estadio, la capital, Katmandú, es ahora una vasta y muy bonita ciudad que, según algunos, aloja cerca de 200 000 habitantes. Sus templos, de una arquitectura elegante y muy diferentes según la época de su construcción —varios tienen más de mil años de antigüedad— hacen de ella un centro artístico extremadamente seductor.

Cuando se visita el Nepal de una manera seria, destaca claramente que su unidad es todavía bastante superficial. Así, aunque la lengua nacional, el gorkali o nepalés, bastante próximo al hindi, es comprendida por la gran mayoría de la población, sin mencionar numerosos dialectos, se emplean comúnmente otros cinco idiomas diferentes.

A pesar de los esfuerzos de los gurkas por imponer el hinduismo ortodoxo, traído de la India por sus ancestros rajputs, esta religión está lejos de ser la única practicada.

Buda era el hijo de un reyezuelo de la frontera indo-nepalesa y es cierto que hace más de quinientos años sus enseñanzas hubieran seducido a la mayor parte del «pueblo de las colinas». Hoy, mientras casi ha desaparecido totalmente en la India, el budismo es todavía muy practicado en el Nepal. No obstante, no lo es casi nunca en la tradición bastante pura que se ha conservado en Ceilán y en Birmania. En los valles próximos a la frontera con el Tíbet, donde toda la población lo ha adoptado, ha estado fuertemente influenciado por las viejas religiones animistas en distintos grados y en el resto del país está teñido de hinduismo, como también el hinduismo nepalés está teñido de budismo.

Tibor Sekelj escribe: «En la mayoría del país, las dos religiones se han mezclado y coexisten no solamente en la misma ciudad, sino en el mismo templo y también en el espíritu y el corazón de las



gentes», y más adelante añade: «A menudo, es difícil saber cuál es la religión de un individuo dado». Para comprender esto, es indispensable no considerar los problemas religiosos de los países orientales con la mentalidad de un europeo, para quien una religión es una cosa determinada, con reglas estrictas y perfectamente codificadas.

El hinduismo es una religión que se ha creado poco a poco en el transcurso de los siglos, adoptando las leyendas, los dioses y las costumbres de las distintas religiones de la India. «No es una religión en el más usual de los sentidos. Mientras las otras religiones han establecido ciertos principios, dogmas y reglas éticas que intentan hacer seguir a sus miembros, el hinduismo es más que eso: es la forma de vivir, los principios, la tradición y la literatura del pueblo de la India, sancionadas por la bendición de la inteligencia de los brahmines. [...] Los actos más simples, como lavarse las manos, comer, vestirse, todos los fenómenos naturales, como la lluvia, las fases de la luna, la floración de los árboles están, de alguna manera, en conexión con las creencias religiosas».

El hinduismo contiene elementos muy diferentes e incluso numerosas contradicciones; sólo algunos principios generales permiten encontrar en él una unidad: el politeísmo, es decir, la creencia en dioses muy numerosos, entre los que cada uno se elige un favorito que encarna a todos los demás, y la metempsicosis, teoría en la que el alma no está unida a un individuo sino reencarnada en una sucesión de cuerpos. Una vida santa y ejemplar que puede, a pesar de todo, permitirle al alma escapar a este ciclo infernal para alcanzar el nirvana; éste no es tampoco un paraíso, como conciben los musulmanes, sino simplemente un reposo en la beatitud eterna, una unión con el espíritu universal.

El budismo no es de hecho más que una religión derivada del hinduismo, o más exactamente un hinduismo reformado. Así, uno de los viejos libros sagrados dice: «Adorar a Buda es como adorar a Shiva» y una antigua obra budista recomienda adorar a Shiva. El mismo Buda figura en el panteón hindú, donde está considerado como la octava reencarnación de Visnú.

En su forma primitiva, el budismo es esencialmente una regla para vivir que permite huir de las pasiones y alcanzar el nirvana. Solamente en una de sus ramificaciones, llamada del Gran Vehículo, Buda es deificado y el tan difícilmente accesible nirvana transformado en un paraíso dulce, una concepción más accesible a las masas.

En el Nepal, el hinduismo y el budismo, además de ser interpretados, han sido influenciados por las antiguas religiones paganas practicadas por los primeros invasores asentados. Varias sectas tantristas y shaktistas han dado incluso a estas creencias un papel preponderante. Para las masas populares hindo-budistas, igual que en las religiones cristianas, la espiritualidad religiosa queda a menudo olvidada en beneficio de una especie de paganismo.

La variedad de las prácticas religiosas es hoy tan grande que se puede decir que cada casta posee una religión un poco particular. Personalmente, he podido comprobar que sus tabúes alimenticios son de una extrema diversidad. Algunos son rigurosamente vegetarianos y no toman ni siquiera huevos; otros, aunque en pequeña cantidad, consumen cordero y cabra; algunos otros, como los tamangs, no desprecian la carne de búfalo. Sólo las tribus de la frontera tibetana, los sherpas y los bothias, matan y comen vacas y bueyes o, más exactamente, yaks. Pero lo hacen únicamente escondiéndose cuidadosamente, pues tal acto está considerado como un crimen y está castigado con varios años de cárcel.

De hecho, a pesar de la diversidad de razas, religiones y lenguas, los nepaleses están visiblemente marcados por una cultura y tradiciones comunes; por ejemplo, los métodos de trabajo de la tierra y el estilo de las casas varían muy poco.

Uno de los rasgos especiales de la civilización del Nepal es la no utilización, ya que no la ignorancia, de la rueda. Más allá de los Sivaliks no puede encontrarse ni un carro ni una carreta ni ningún artilugio provisto de ruedas. Todo, absolutamente todo, se lleva en este país cargado a la espalda, y casi siempre no de animales sino de hombres.

El Nepal es un país superpoblado; para hacer frente a las necesidades de la alimentación, su civilización ha adquirido poco a poco un carácter funcional muy notable.

En algunas regiones no se desperdicia ni un solo metro de tierra; incluso las pendientes más fuertes han sido transformadas en arrozales. La anchura de cada trozo cultivado a veces es de sólo un metro, y entre un escalón y el siguiente hay unos muros de contención de unos dos o tres metros de altura. Los caminos suelen tener como máximo uno o dos pies de anchura, a fin de no quitar terreno a los cultivos...

La economía de la alimentación ha sido llevada muy lejos; así, con el fin de hurtar la menor cantidad posible de tierra cultivada para el alimento de los hombres, se han suprimido casi todos los animales de carga o para montar. En una región en la que sobra la mano de obra, hacer que sean hombres quienes lleven a cabo trabajos que en otros lugares se dejan a los animales, es una solución racional, sobre todo teniendo en cuenta que la experiencia demuestra que, por la misma cantidad de calorías consumidas, un individuo entrenado es capaz de llevar cargas sensiblemente más pesadas que cualquier animal de carga.

De hecho, y con muy pocas excepciones, sólo se encuentran animales para el transporte en algunos valles muy altos. Allí, efectivamente, estos animales pastan en pendientes rocosas y abruptas, impropias para toda clase de cultivo, y pueden alimentarse sin quitar ni un solo bocado a los hombres.

En toda la región de las colinas, con excepción de una caravana de mulillas que asegura el transporte a lo largo de la cadena de los Sivaliks, nunca encontré ni un solo animal que fuera cargado, y si alguna vez me crucé con jinetes, se trataba siempre de oficiales o dignatarios de alto rango, los únicos que pueden permitirse el lujo extremo de poseer un caballo.

El transporte de objetos es una necesidad primordial para todas las sociedades humanas salidas del estado primitivo de los pueblos cazadores. El Nepal, habiendo alcanzado un grado de civilización bastante avanzado, no podía vivir sin transportes. Las necesidades económicas hacen imposible recurrir a los animales que se utilizan habitualmente para estos trabajos, y los habitantes transportan ellos mismos las cargas. Como el atormentado relieve del país hace muy difícil el uso de máquinas con ruedas, ha sido necesario recurrir al porteo en la espalda del hombre. Este modo de transporte, penoso y de bajo rendimiento, se ha convertido aquí no sólo en una tradición, sino en una de las bases de la economía y de la organización social.

La técnica de los porteadores ha alcanzado en el Nepal un grado de eficacia inimaginable para un europeo. En cuanto se sostienen sobre sus piernas, los niños aprenden a llevar cargas sin ayuda de ninguna sujeción. Los fardos, que generalmente van metidos dentro de un cuévano, se sostienen sin

más ayuda que una correa que se hace pasar por la frente.

Este método, muy simple en apariencia, es muy difícil de practicar cuando no es algo que se ha estado haciendo desde la infancia. Por lo que yo sé, ninguno de los exploradores del Himalaya ha sido capaz de asimilarlo completamente.

Efectivamente, para que el hecho de sostener el peso mediante la correa frontal no se convierta enseguida en una insoportable fatiga para los músculos del cuello, es necesario que todo el peso ejerza su presión exactamente sobre el eje de la columna vertebral. Sólo un hábito adquirido en plena infancia permite mantener este equilibrio durante las marchas por terrenos variados. Personalmente hice muchos esfuerzos y las dificultades que tenía eran tan evidentes que con su sorprendente sentido del humor nuestros porteadores me llamaban «el sherpa francés» y solían acompañar este irónico mote de una carcajada que iluminaba sus anchos rostros.

Al final acabé por adoptar un método intermedio consistente en llevar el peso unas veces sobre los hombros y otras sobre la cabeza.

Gracias a la correa frontal, los hombres del Nepal consiguen desplazar cargas inimaginables a lo largo de largas distancias.

A partir de los ocho o diez años, los niños son ya capaces de transportar de esta manera y a lo largo de varios kilómetros enormes fardos que, a veces, tienen un peso superior al del niño que los lleva. Los hombres más vigorosos y entrenados son capaces de hazañas inauditas.

Hace unos quince años trabajé como porteador para la construcción del refugio del Envers des Aiguilles, en el macizo del Mont Blanc. Cada día, completábamos dos veces un recorrido que exigía un poco menos de dos horas a un alpinista poco cargado. Para nosotros era necesario invertir en el trayecto más de siete horas de marcha normal y transportar, la mitad de esa distancia, pesadas cargas que, por supuesto, hacían nuestra progresión mucho más lenta.

Es inútil decir que las jornadas eran duras y largas. En estas difíciles condiciones, raramente llegaba a transportar cargas de más de 55 kilos; a menudo incluso, dejando a un lado el orgullo de mi fuerza y el afán de lucro, bajaba sensiblemente por debajo de ese peso.

Los muchachos que trabajaban conmigo eran todos buenos mozos robustos que, tentados por elevados salarios, se habían especializado en estos trabajos de porteo en montaña; pero muy pocos conseguían, no obstante, cargar con más de sesenta kilos; únicamente un italiano gigantesco, que medía más de un metro noventa y pesaba aproximadamente cien kilos, llegaba a llevar 65 kilos, o excepcionalmente setenta. Trasladado al Nepal, este magnífico atleta, que utilizaba la técnica poco eficaz de los tirantes<sup>[21]</sup>, sería ridiculizado al instante por millares de hombres pequeños de veinte o treinta kilos menos que él.

Cuando realizamos la marcha de aproximación al Annapurna, uno de los equipos de porteadores profesionales que garantizaban el tráfico de mercancías entre la India y los principales pueblos de Nepal vino a ofrecer sus servicios. Muchos de ellos eran de una estatura bastante elevada y todos mostraban un aspecto atlético impresionante. Sus piernas sobre todo eran formidables; los bronceados muslos que emergían de la blancura del paño hacían pensar inevitablemente en los cuartos traseros de un caballo percherón, hasta tal punto abultaban los músculos. A pesar de todo, como estos organismos sometidos a un trabajo prodigioso desconocían la grasa, los más fuertes no

pesaban seguramente más de ochenta kilos.

Cuando les llevamos ante nuestro material, que estaba repartido en paquetes cuyo peso medio era de alrededor de cuarenta kilos, estos profesionales del transporte los sopesaban con aire despectivo y luego, tras cruzar algunas palabras entre ellos, declararon que no les interesaba esa clase de transporte. Cuando el sherpa que me servía de intérprete me tradujo esta frase quedé verdaderamente sorprendido. Entonces le pedí que les preguntara si las cajas les parecían demasiado pesadas. Ellos rompieron a reír a carcajadas y contestaron que, bien al contrario, eran demasiado ligeras y no les interesaban porque el salario sería demasiado bajo.

La situación era preocupante y dije que, sintiéndolo mucho, no era posible deshacer los paquetes y que no podíamos pagar más. Quedé verdaderamente estupefacto cuando mi sherpa tradujo su contestación que, más o menos, decía así:

—Será un poco pesado, pero si nos pagan salario doble, llevaremos dos cargas cada uno.

Así pues, con unos ochenta kilos cargados sobre cada uno de ellos, estos hércules realizaron varias etapas de veinte a veinticinco kilómetros por caminos de montaña. Los porteadores marchaban todos juntos, charlando todo el rato, y parecían realizar esta tarea de titanes como si se tratara de algo muy normal, y nunca eran los últimos en llegar al campamento.

Posteriormente y, a decir verdad, en circunstancias excepcionales y haciendo relevos en grupos de dos o de tres, pude ver a porteadores del Nepal y del Tíbet transportar fardos de noventa kilos y no por un camino bueno de los del fondo del valle, sino por pendientes muy fuertes con hierba y desprendimientos, y a más de cinco mil metros de altitud. Sin embargo, no eran especialistas, sino simples campesinos del vecindario; muchos eran bajos, de menos de sesenta kilos y aspecto enclenque.

En 1950, el Nepal apenas acababa de entreabrir sus puertas a la influencia occidental; el número de extranjeros de raza blanca que había podido penetrar en su territorio no sobrepasaba el centenar. Y de esta cifra, la mayoría habían debido contentarse con visitar la capital, Katmandú. Para llegar hasta allí, estos visitantes no habían podido utilizar mejor modo de transporte que el caballo, la silla llevada por porteadores, o simplemente la marcha a pie. Esta ciudad, ya importante ¿no estaba unida a la India por ninguna ruta abierta al tránsito rodado...!

Cosa paradójica, a pesar de este aislamiento arcaico, es que en la ciudad misma y en sus inmediatos alrededores, se encontraba un pequeño número de automóviles. ¿Cómo habían llegado hasta estos apartados lugares estos pesados vehículos? ¿Habían sido lanzados en paracaídas? ¿O transportados en piezas sueltas? Nada de eso, habían sido transportados a través de la montaña, en una sola pieza. Del mismo modo que los constructores de las pirámides, centenares de porteadores habían arqueado sus espaldas bajo largos maderos que soportaban los automóviles. Con un prodigioso esfuerzo colectivo, casi inconcebible hasta que se conoce estos lugares, habían conseguido hacer pasar los pesados Rolls por estrechos caminos en escalones que franqueaban las cadenas sucesivas de los Siwaliks y de los Mahabharat.

Por estos simples ejemplos, se podrá comprender hasta qué punto de sorprendente eficacia han conseguido llevar la técnica del porteo a lomos del hombre los montañeses del Himalaya, y también cuán atrasado se encontraba el Nepal, en 1950, en una civilización fuera de nuestro tiempo.

Si, como ya he dicho antes, los pobladores que viven en el Nepal, sea cual sea su religión o su origen étnico, han estado marcados por una cultura y tradiciones comunes, los que viven a lo largo de la frontera del Tíbet son, sin embargo, la excepción.

En raza, como en religión y tradición, estos pueblos fronterizos difieren en el fondo de los otros y se relacionan con los tibetanos, de los que sin ninguna duda son descendientes. A pesar de las altas cimas que les separan de su país de origen, estos montañeses mantienen con sus ancestros estrechas relaciones que sólo se interrumpen durante los meses de invierno.

Además de otros detalles, los dialectos, las costumbres y los hábitos se parecen a uno y otro lado de la frontera, y, sobre todo, la religión es exactamente la misma. Se trata del budismo lamaico o budismo tántrico.

La doctrina de Buda, más filosófica que religiosa, imponiéndose en los pueblos primitivos de la montaña, ha perdido una parte de su sentido y se ha impregnado de sus antiguas creencias. Para la gran mayoría de los practicantes, el lamaísmo es hoy una forma perfeccionada del paganismo y las prácticas mágicas desempeñan en él un papel extremadamente importante.

El uso del molinillo de oración, popularizado por las películas, las fotografías de innumerables obras de viajes y de exploración, es una forma atenuada de esto. De hecho, las oraciones de los molinillos no tienen el mismo significado que las de las religiones cristianas.

Las fórmulas religiosas, grabadas sobre las paredes o escritas sobre los rollos de papel, contenidos en el interior, no tienen un efecto por ellas mismas, y su sentido simbólico se convierte a menudo en incomprensible. Pero, desplazadas por el espacio el mayor número de veces posibles, estas fórmulas toman un efecto benéfico, que viene muchas menos veces del sentido de las palabras que del efecto mágico provocado por la multiplicidad de sus desplazamientos.

Física y moralmente, los tibetanos del Nepal difieren en gran medida de los nepaleses que viven en las regiones más bajas. Aunque su estatura es variable, son generalmente bajos y su aspecto suele ser endeble y hasta a veces enclenque. Este aspecto poco atlético hace incluso más asombrosas sus hazañas de acarreo de pesos y su legendaria resistencia.

Los hombres que habitan en esas altitudes tan elevadas y en rincones hostiles a la vida del hombre sólo pueden subsistir gracias a una extrema frugalidad. Generalmente son muy pobres y sucios, ya que, con algunas excepciones, nunca se lavan.

A pesar de las difíciles circunstancias en las que se desarrolla su existencia, estos hombres de la montaña son alegres y dicharacheros. Ríen y cantan sin parar y para ellos cualquier ocasión es suficientemente buena para beber y bailar. Son inteligentes, despiertos, llenos de iniciativa, y sus costumbres y actitudes se caracterizan a menudo por cierto descuido que contrasta con la reserva, los modales y el puritanismo de sus pacíficos y menos flexibles compatriotas de las colinas.

El pueblo más numeroso y más interesante de los que habitan en la frontera es, sin duda, el de los sherpas, cuyo nombre está estrechísimamente vinculado a la conquista del Himalaya.

La literatura, la prensa y el cine han difundido al mundo entero la legendaria reputación de los portadores de esta tribu, pero pocas personas saben quiénes son.

El pueblo sherpa ocupa el valle de Solo-Khumbu, que se lleva hacia el suroeste las aguas del macizo del Everest. Algunos sherpas viven en la parte superior de los valles vecinos. Además, se

dividen en dos castas algo diferentes. Una de ellas habita en la parte del Solo-Khumbu situada entre los 3400 y los 4300 metros; la otra, que es mucho más numerosa, vive en la zona más baja y se extiende hasta las primeras colinas.

Resulta muy difícil establecer las cifras de población de sherpas, pero se puede calcular que son de tres mil a seis mil personas.

Lo que es indudable es que son demasiados para subsistir contando como únicos recursos con sus pequeños rebaños de yaks que pastan entre las rocas y las pocas parcelas de tierra cultivable que, a costa de tremendos trabajos, han logrado arrancar a la montaña.

Muchos de ellos logran vivir gracias al tráfico de caravanas que cruza el Nang-Pa-La, un paso situado a más de cinco mil metros y que permite ir desde el valle de los sherpas hasta el Tíbet. Algunos se dedican al comercio, para el que están bastante dotados, y a veces consiguen hacerse ricos; pero la gran mayoría se dedica a trabajar en las caravanas guiando los yaks de carga o llevan ellos mismos pesadas cargas. Este oficio los conduce a menudo muy lejos, a las profundidades del Tíbet o, en sentido contrario, hasta la India. Desde que los chinos cerraron la frontera, este tráfico ha desaparecido, con lo cual este pequeño pueblo ha sufrido graves desórdenes económicos.

Parece que es este contacto permanente con el resto del mundo, esta costumbre de viajar y comerciar, lo que ha dado a los sherpas la vivacidad, la capacidad de adaptarse y el gusto por la aventura que caracteriza a su raza.

A pesar de los importantes contactos que les da el tráfico de las mercancías entre la India y el Tíbet, no todos los muchachos de Solo-Khumbu pueden encontrar empleo permaneciendo en sus pueblos enganchados a las faldas del Everest. También, desde hace mucho tiempo, muchos de ellos han debido emigrar hacia tierras más acogedoras.

A finales del siglo pasado, los ingleses construyeron de cabo a rabo la pequeña ciudad de Darjeeling. El lugar escogido para edificar esta nueva aldea era bastante poco habitual. Era una colina alta que dominaba la planicie del Bengala, en un punto muy cercano a las fronteras del Nepal y del Sikkim.

Situado a unos 2500 metros de altitud, Darjeeling fue concebido con la finalidad de permitir a los habitantes británicos escapar de la canícula de los meses anteriores al monzón y revitalizarse en el aire fresco y puro de las altas montañas.

Por razones difíciles de entender, mientras a algunas decenas de kilómetros de allí el Nepal apenas podía dar de comer a todas sus bocas, esta región de las colinas del bajo Sikkim estaba muy poco habitada. La construcción de la ciudad y, más tarde, la creación y la explotación de vastas plantaciones de té, provocaron una importante llamada de mano de obra a todas las regiones vecinas.

La mayor parte de los trabajadores fue proporcionada por el Nepal. Se vio llegar en gran número a rais y thamans, laboriosos y disciplinados, y también pequeños hombres alegres y turbulentos, cuyas enredadas lenguas y ropas de lana medio andrajosas recordaban singularmente los de los bothias llegados del Tíbet. Aunque el alto Solo-Khumbu estaba separado de Darjeeling por unos veinte días de marcha, también fueron sherpas quienes llegaron para buscar asilo en esta nueva tierra que se llenaba de gente.

Sin duda, al principio, los británicos no hicieron diferencias entre estos tibetanos del Nepal y las

otras razas primas hermanas, pero pronto acontecimientos históricos hicieron que se manifestase su muy original personalidad.

Ya antes de la primera guerra mundial, los ingleses habían pensado en conquistar el Everest, pero los acontecimientos no permitieron realizar el proyecto. La idea maduró durante los años de batalla, y en 1921 los británicos organizaron una gran expedición de reconocimiento.

El Tíbet concedió la gracia de autorizar la penetración por su territorio y la expedición partió de Darjeeling, rodeó el Nepal por el sureste y se dirigió a explorar la vertiente norte del Everest.

Entre las dos guerras, seis expediciones siguieron el mismo camino; casi todas subieron muy alto por los flancos del gigante de la tierra, y durante dos ocasiones los escaladores británicos, a pesar de un equipamiento arcaico, consiguieron sobrepasar los 8500 metros, alcanzando incluso los 8570.

Las primeras expediciones británicas eran asombrosamente pesadas en comparación con las empresas modernas. Empleaban un número considerable de porteadores y algunas utilizaron casi un millar; naturalmente una gran parte de estos hombres fue reclutada en los lugares de partida entre los trabajadores de raza tibetana que habían llegado recientemente para establecerse en la región de Darjeeling. Muy deprisa, saltó a la vista que los sherpas demostraban ser muy superiores a los otros en los porteos a gran altitud.

Dado que todos los pueblos que habitan en el gran Himalaya tienen una capacidad sensiblemente pareja de llevar cargas pesadas y resistir los efectos de una atmósfera pobre en oxígeno, la superioridad de los sherpas no es tanto de orden físico como intelectual y, sobre todo, moral. A diferencia de sus primos los bothias, de los tibetanos y de los habitantes de Bután, quienes temen molestar a los dioses en los santuarios naturales que les atribuyen las tradiciones budistas y manifiestan un temor religioso a aventurarse en alta montaña, los sherpas aceptaron con entusiasmo seguir a los europeos que les contrataban.

Pronto fue evidente su valentía en terrenos difíciles y llegó a convertirse en algo legendario hasta el punto de que los ingleses les llamaron «tigres».

Pero su superioridad no acababa ahí. Los sherpas resultaron ser francos y honrados, hombres llenos de vitalidad, de dinamismo y de sentido de la iniciativa. Los sherpas, siempre alegres y contentos, supieron demostrar que poseían un sutil sentido del humor, cualidad que es algo casi desconocido tanto en los indios como entre los demás pueblos que habitan Nepal.

Con la llegada de los primeros dramas, los expedicionarios europeos se dieron cuenta de que aquellos extraordinarios hombres de pequeña estatura tenían virtudes que se encuentran incluso más raramente: el sentido del honor y una capacidad de entrega sin límites. En las dificultades y los peligros, nunca abandonaron a su *sahib*, y aceptaron seguirle hasta la muerte.

Hoy, la historia himalayana está llena de ejemplos de la heroica abnegación de los porteadores sherpas. El caso más notable se produjo durante el drama de Nanga Parbat, en 1934. Sorprendidos por una violenta tempestad, varios escaladores austroalemanes perecieron de hambre, frío y agotamiento. Sus sherpas, más resistentes, habrían sin duda podido superar el huracán y llegar a un campamento salvador, pero todos permanecieron con sus patrones para ayudarles y alentarles. Sólo cuando el último europeo murió intentaron escapar al abrazo de la muerte. Sólo uno lo consiguió, pero las notas halladas más tarde sobre el cadáver de Welzenbach revelaron el sacrificio de sus

compañeros.

Sin duda, el contacto hoy de la civilización ha corrompido, más o menos, a algunos sherpas, pero en su gran mayoría han sabido mantener las extraordinarias virtudes de su raza. Las horas que he pasado con estos pequeños hombres de ojos rasgados y sonrisa resplandeciente, están entre las más bellas que me ha tocado vivir. Juntos hemos luchado por conquistas más simbólicas que reales. Sin duda, el sentido de estos combates heroicos se les escapaba en parte y, sin embargo, ¡qué entusiasmo y alegría ponían en ellos! Juntos, hemos afrontado el frío y la tormenta; el miedo daba a su cara bronceada un tinte de un gris terroso y, sin embargo, ¡de cuánta valentía y altruismo eran capaces! Juntos hemos llevado cargas, cumplido con tareas ingratas ¡con entrega y buen humor! Juntos hemos recorrido los risueños caminos del Nepal y nos hemos comunicado en el amor de la naturaleza. Cuántas veces, al final de una cresta, o en un recodo del camino, de repente, por un nuevo milagro, los elementos se han armonizado convirtiendo en emotivo un paisaje, habré oído a mi sherpa exclamar, con los ojos brillantes de alegría: «*Look, sahib, very nice*».

Juntos también, por la noche, alrededor del fuego del campamento, como viejos amigos, hemos murmurado durante horas, revelando uno al otro cuál es su universo. Juntos, una vez más, bajo la luz cobriza de una gran hoguera, hemos bailado bajo las estrellas y lanzado a la noche los cantos, simples y bárbaros, de nuestros ancestros.

Para mí, y no soy el único en este caso, uno de los grandes encantos de una expedición himaláyica es el contacto fraternal con los porteadores sherpas.

Por supuesto, estos montañeses medio primitivos tienen también defectos, especialmente una seria falta de cuidado y de minuciosidad, pero su gran corazón, su alegría, su entusiasmo, su tacto, su gentileza y su sentido poético dan un nuevo sabor a la vida. Al compartir sus alegrías y sus penas, el sueño de una humanidad mejor ha dejado de aparecérseme como un sueño insensato.

Tras las primeras expediciones al Everest, la conquista del Himalaya, que comenzó ya antes de 1914, se convierte en una empresa de gran envergadura. Todos los pueblos civilizados quieren participar en ella, y cada año, llegados de todos los rincones del mundo, pequeños grupos de hombres entusiastas se lanzan al asalto de la parcela prohibida de los dioses. Los ingleses fueron los más activos. Perseverando obstinadamente en sus tentativas para alcanzar el Everest, no desdeñaron atacar un número considerable de cumbres menos elevadas. Los austroalemanes, un poco menos numerosos, y no pudiendo intentar el punto culminante del globo, se esforzaron por ser los primeros en alcanzar una cumbre de más de 8000. Sus tentativas al Kangchenjunga y al Nanga Parbat conformaron las páginas más heroicas y trágicas de la epopeya himaláyica.

Los americanos, los italianos, los franceses, e incluso los japoneses, participaron también en la batalla. Finalmente, fueron más de cien expediciones de importancia diversa las que, entre las dos guerras, hicieron tentativas sobre las cumbres del Himalaya o contribuyeron a su exploración.

Todas estas empresas tuvieron obligatoriamente necesidad de porteadores indígenas para conducir la impedimenta al pie de las montañas, y más todavía para ayudar a los alpinistas a llevar el material y los víveres imprescindibles para la instalación de los sucesivos campos que permitían la aproximación progresiva a la cima.

Casi todos los pobladores himaláyicos se revelaron muy eficaces para los porteos en baja y



media montaña, pero más alto, en el reino del hielo y de la roca, cuando era necesario afrontar el frío y el peligro, la superioridad de los sherpas era siempre aplastante.

El hábito de solicitar sus servicios se instala muy deprisa de forma automática. Hasta la última guerra, todas las expediciones un poco importantes utilizaron a algunos de los montañeses de Solo-Khumbu emigrados a Darjeeling. Pronto, un buen número de ellos, al menos un centenar, se convirtieron en verdaderos especialistas, para quienes el trabajo de porteador de expedición era la profesión principal. La repetición de las experiencias les permitía adquirir cierta técnica del alpinismo y los más dotados pudieron dirigir enseguida cordadas como auténticos guías.

Los años en los que las expediciones eran especialmente numerosas, la colonia de Darjeeling no llegaba a hacer frente a la demanda. Entonces, correos, en diez días de marcha forzada, afrontaban unos cuatrocientos kilómetros de caminos subiendo y bajando sin cesar de cresta en valle. Llegados a Solo-Khumbu, volvían a partir con un refuerzo de hermanos y primos.

El Himalayan Club, fundado por los británicos que vivían en la India, no tardaría en establecer un reglamento del oficio de porteador de altitud. Fijó tarifas, estableció contratos conforme a las listas de identificación. Cada sherpa recibía un número y un carné de certificación correspondiente. Los jefes de expedición fueron instados a rellenar estos carnés, dando su opinión sobre el valor del porteador e indicando qué montañas habían sido intentadas o escaladas.

Tras la última guerra, los británicos abandonaron la India y el Himalayan Club perdió mucha de su autoridad después de la conquista del Everest en 1953. El sherpa Tensing, ayudado por su inteligencia y la fabulosa reputación que acababa de adquirir, incitó a sus compañeros a agruparse en una asociación profesional, comparable a las compañías de guías existentes en los Alpes. Crearon la Sherpas Climber Association, que, a pesar del escepticismo de algunos, se ha convertido en una organización bastante eficaz.

Después de algún tiempo, se han producido grandes alteraciones entre los porteadores sherpas.

Varios jefes de expedición han creído constatar que aquellos sherpas que llegan directamente de Solo-Khumbu poseen cualidades físicas y morales superiores a sus congéneres que viven en Darjeeling.

Al oírles, se deriva que, del contacto con la civilización, estos últimos han tomado el hábito de lavarse y adquirido algunos conocimientos de la cocina y la lengua inglesa, pero paralelamente su vigor físico ha decrecido, y, sobre todo, muchos han perdido sus cualidades morales y adquirido los vicios y los defectos de los indios y de los blancos.

Personalmente, pienso que esta decadencia ha sido exagerada. He tenido la ocasión de utilizar los servicios de los sherpas de las dos comunidades, y no he advertido diferencias notables en su comportamiento. Pienso que, salvo algunas excepciones, los sherpas de Darjeeling, incluso aunque hayan llegado hace siete u ocho años —ya que suelen haber nacido en Solo-Khumbu—, han conservado la mayoría de las virtudes de su raza. Al contrario, los que han nacido y han pasado sus primeros años lejos de los valles altos no son superiores a los indígenas de las colinas y a menudo han adquirido todos los defectos del hombre civilizado.

Sea como fuere, desde hace algunos años la tendencia es contratar los sherpas directamente en Solo-Khumbu y, aunque la demanda de porteadores de altitud sigue siendo suficientemente fuerte, los

miembros de la colonia de Darjeeling comienzan a encontrar dificultades para conseguir empleo.

La crisis es incluso tan acusada que algunos de ellos han preferido volver a su valle natal.

Hace poco la situación se ha complicado gravemente. El Gobierno del Nepal, deseoso de aprovecharse lo más posible de la actividad turística que representa el himalayismo, pretende obligar a las expediciones a no reclutar más que portadores sherpas afiliados a una organización que él mismo ha instituido en Katmandú.

Las montañas de Pakistán están, desde la guerra, prohibidas a los sherpas y el Nepal es ahora, de lejos, su principal campo de acción. Hay que prever que, con la finalidad de poder trabajar, los mejores portadores serán obligados a abandonar Darjeeling, para irse a vivir a territorio nepalés.

Cuando, situado en la cresta de los Sivaliks, el 7 de abril de 1950, divisé por vez primera el esplendor del paisaje del Nepal no sabía casi nada de este país, y aunque había leído numerosos libros en los que se alababan las hazañas de los portadores sherpas, no sabía nada de la historia de estos maravillosos hombres de pequeña estatura.

Desde los primeros momentos fui presa de su encanto y sentí un apasionado deseo de conocer todo lo relativo a la tierra todavía misteriosa que se extendía ante mí.

Lentamente, siguiendo el hilo de las etapas, logré descubrirla un poco y conseguí sobre todo degustar su poesía.

En un estilo periodístico, despierto y brillante, Maurice Herzog ha narrado las peripecias de la marcha de aproximación de la primera expedición francesa al Nepal. Quienes, por azar, no hayan leído todavía *Annapurna, primer 8000* y quieran saber cómo fueron nuestros dieciséis días de progresión atravesando montañas y valles, pueden recurrir a esta excelente obra.

Personalmente, pienso que los acontecimientos sin gran relieve que marcaron nuestra aproximación a las grandes cimas no tuvieron en ellos mismos nada de muy apasionante. Pese a que el camino seguido no hubiera sido recorrido antes más que una sola vez por una caravana de occidentales, unos ornitólogos americanos, aquella marcha no fue más que una indispensable formalidad. Contar de nuevo los pocos incidentes que jalonaron nuestro avance sería decir lo mismo que Herzog, pero con menos talento.

Sólo una cosa debe retenerse ahora: íbamos con retraso y cada día que perdíamos reducía más aún el corto periodo que nos quedaba para librar la batalla antes de que llegara el monzón.

Esta necesidad absoluta de no perder tiempo dio cierto nerviosismo a nuestra progresión. Cuando nuestros portadores se declararon en huelga, sufrimos una penosa inquietud.

La mayor parte de mis compañeros, tras haber saboreado unos pocos días los encantos del exotismo local, se mostró pronto molesta al tener que realizar esta marcha en etapas cortas, que un calor tórrido hacía a veces penosas. Habían ido allí para conquistar una de las grandes cumbres del mundo y no podían ocultar su impaciencia por probar sus fuerzas en sus flancos inexplorados. Aquellos quince días de antecámara les parecían exasperantes.

Yo deseaba apasionadamente, como mínimo tanto como ellos, lanzarme a la batalla, pero, más cercano, sin duda, de la naturaleza y más sensible a sus llamadas secretas, en este lento avance por una región desconocida podía encontrar un descubrimiento a cada paso, y lejos de parecerme la marcha larga o monótona, fue para mí una aventura que me llenaba de exaltación y mis sentidos

quedarán eternamente impregnados de aquellas jornadas.

Lachenal y yo teníamos la misión de ser la avanzadilla. Cada mañana, acompañados de algunos sherpas, partíamos con bastante antelación respecto al resto de la caravana.

A aquella hora todavía hacía fresco y durante un rato podíamos caminar a paso rápido.

A media mañana el calor empezaba a hacerse notar bastante y nuestro paso se hacía más lento. Cuando, desde el hombro de una colina y dominando la curva de un río, un banyan de inmensas ramas proyectaba su sombra sobre nuestro camino, no podíamos resistir la tentación de detenernos un rato. Voluptuosamente rendidos y acariciados por una ligera brisa, admirábamos detenidamente la cinta azul de las aguas que serpenteaban en el verde valle y las armoniosas escalinatas de arrozales que subían hacia las crestas.

Constantemente había viajeros que se detenían junto a nosotros para gozar durante unos instantes del fresco que brindaba el árbol. A mí me gustaba charlar con ellos por mediación de mi sherpa. Los que más me intrigaban eran los *coolies*, esos portadores profesionales que, más cargados que una mula, llenan los caminos del Nepal. Semidesnudos, empapados de sudor, todos se detenían en esos rincones privilegiados.

Yo les preguntaba adónde iban y de dónde venían. Ante aquellas preguntas tan singulares, sus anchos rostros bronceados mostraban su asombro; mientras reflexionaban, sus ojos oblicuos se hacían todavía más pequeños, pero apenas podían contestarme. Para esos eternos errantes, la vida no es seguramente más que un único e inmenso viaje que empieza en el nacimiento y termina con la muerte.

Otras veces, al encontrarnos con un río, nos entraban ganas de darnos un baño; alarmadas, las lavanderas, envueltas en sus faldas multicolores, huían riendo y lanzando gritos. De aspecto algo parecido al de las japonesas, muchas de ellas eran encantadoras a pesar de las joyas doradas que, pegadas a la parte izquierda de la nariz, les tapaban el rostro en parte.

Sin embargo, donde preferíamos detenernos era en los pueblos. En ellos permanecíamos a veces varias horas, sentados bajo el colgadizo de una casa de té. Me encantaba contemplar el desarrollo a ritmo lento de la vida de este pueblo para el cual el tiempo no parece huir.

Yo solía ir de compras a las estrechas y bajitas tiendas y a las innumerables mesas con muchos compartimentos en los que se mostraban alimentos extraños, peines de madera, joyas de mujer, colorantes de tonos resplandecientes y especias de aspecto poco atractivo.

Mi sherpa Aïla había trabajado con Shipton y Tilman<sup>[22]</sup> y sabía hablar el inglés bastante bien. Yo aprovechaba para hacerle mil preguntas. Aunque era muy amable, a veces parecía mostrarse impaciente ante aquella curiosidad tan poco corriente.

También a Lachenal le apasionaba aquel descubrimiento del Nepal; pero, de carácter impaciente, pensaba que me paraba demasiado a menudo y muchas veces, cansado de esperarme, seguía adelante con su paso de fiera salvaje. Al cabo de unas horas le encontraba pacíficamente dormido a la sombra de un banyan.

Al atardecer volvíamos a encontrarnos con Panzy, nuestro cocinero. Se trataba de un veterano participante en innumerables expediciones, quien estaba encargado de elegir el lugar donde debíamos acampar para pasar la noche. Por la mañana se ponía en camino con nosotros y luego,

como le parecían demasiado numerosas nuestras paradas, continuaba sin esperarnos. Cuando volvíamos a encontrarle, su fuego chisporroteaba desde hacía ya mucho tiempo y estaba ocupado preparando el espantoso guisote que, gracias a la combinación de una total carencia de dones y de las costumbres adquiridas trabajando al servicio de los británicos, nos preparaba todos los días.

Si no nos habían ya alcanzado, al poco rato llegaban los otros miembros del equipo. Poco después aparecían los primeros *coolies*, acompañados por el grueso de los portadores sherpas.

Éstos, con el gorro de lado, más risueños y escandalosos que nunca, estaban visiblemente sobreexcitados por los tragos de *chang*<sup>[23]</sup> que habían tomado en las numerosas paradas.

Sin dejar de reír y cantar, se dedicaban enseguida a instalar el campamento dando muestras al hacerlo de un virtuosismo de prestidigitador. Al cabo de unos instantes, los *sahibs* podían entrar en sus tiendas, donde encontraban sus sacos preparados y todos sus objetos arreglados con el mismo cuidado que hubiera puesto el criado de una casa señorial.

Una hora o dos antes de que cayera la noche hacía su aparición el grueso de la caravana en grupos de diez o quince; con el sudor goteándoles por todas partes. Los *coolies* depositaban sus carga en el centro del campamento y luego, con la vieja manta y el cazo abollado que eran todo su equipaje, se acercaban andando con paso lento hacia sus compañeros de noche.

Entonces se reunían por afinidades de casta y de tribu, formando pequeños grupos que se apretaban en torno a un fuego sobre el que cocinaban en común.

Una intensa actividad agitaba a todo el mundo, mientras que los más viejos se las ingeniaban para poner a cocer grandes cantidades de arroz, alimento casi exclusivo de los *coolies* del bajo Nepal, los otros iban a buscar agua y, sobre todo, a cortar la leña indispensable.

Atraídos por una curiosidad completamente natural, no tardaban en hacer su aparición algunos de los habitantes de las aldeas cercanas, la mayor parte se mantenía algo alejada y, envueltos en pobres telas de algodón, contemplaban en silencio aquellas criaturas legendarias y extrañas que, sin duda, debíamos ser para ellos, pues la mayor parte de aquellas gentes no había visto a un solo europeo en su vida.

La tranquila filosofía con que asistían al espectáculo que ofrecíamos, aquella conducta completamente nueva y sin duda incomprensible para ellos que era el ajetreo de la instalación del campamento de una expedición dirigida a conquistar una cumbre del Himalaya, me dejaba totalmente asombrado. No hay más que esforzarse muy poco para imaginar la muchedumbre indisciplinada y turbulenta que se crearía en Francia si una caravana de nepaleses fuera a instalarse junto a una aldea de mi país...

No podía dejar de pensar que este pueblo carente de curiosidad, y aparentemente libre de pasiones, había sabido alcanzar la verdadera sabiduría y quizá había logrado encontrar la deseada felicidad...

Los niños no habían adquirido todavía la tranquila distancia de sus mayores: al principio se acercaban con un poquito de miedo, pero enseguida se hacían más atrevidos hasta el punto de invadir el campamento e incluso penetrar en las tiendas, Los sherpas, tan dulces generalmente, se transformaban entonces en furias que expulsaban a los críos de manera bastante ruda.

El espectáculo de aquella masa humana reunida en torno a múltiples humaredas era bastante

impresionante; verdaderamente daba la impresión de contemplar un ejército acampado. Por otro lado, aquellos asiáticos de músculos abultados y ancho rostro aplastado, que llevaban con orgullo enormes machetes sujetos en el cinturón de paño, no dejaban de recordar a los guerreros de las hordas de mongoles que antiguamente habían devastado Asia y Europa. Todos aquellos bárbaros que, sujetos por la disciplina británica, se habían convertido en los mejores soldados del mundo, hubieran sin duda podido provocar una matanza en un instante. ¿Acaso no transportábamos riquezas que, para aquellas gentes humildes, debían de ser más tentadoras que un tesoro fabuloso? No debe ser difícil escapar al castigo en un país tan atormentado, complejo y carente de medios rápidos de comunicación y, casi, sin policía...

¿Cuántos crímenes no han sido cometidos por mucho menos y con riesgo mucho mayor?

Sin embargo, con sólo ver sus buenos ojos pacíficos y sonrientes, se comprendía enseguida que, a pesar de sus armas y sus músculos, pensamientos como éstos no habían penetrado nunca en sus mentes. Personalmente, nunca me he sentido tan seguro como cuando estuve rodeado de esos atletas, cuyos machetes de hoja larga y curvada, como para cortar cabezas más fácilmente, no sirvieron nunca para otra cosa que no fuera cortar ramas.

Al cabo de unos quince días de marcha, la región empezó a hacerse más salvaje y los valles se estrecharon hasta no ser más que desfiladeros parecidos a golpes de sable descargados en la montaña por impetuosos torrentes.

Para forzar aquellos infranqueables obstáculos, nuestro camino se remontaba por audaces escaleras excavadas a lo largo de los muros de roca. Más que ninguno de los demás, esos vestigios dan un testimonio espectacular de la civilización perfeccionada que ha habitado en este reino de montañas.

A veces, emergiendo de la escotadura de una cresta, aparecían algunos grandes picos nevados que subían hacia el azul llenos de un impulso sublime. Aquello confirmaba que nuestro objetivo empezaba a estar cerca.

Cada vez fueron más numerosas las caravanas de tibetanos. Contra lo que ocurría con los que habíamos encontrado en regiones de menor altitud, éstos iban acompañados de rebaños de corderos, cabras y pequeños asnos que transportaban sal y bórax.

Cada animal llevaba sobre el lomo dos sacos pequeños hechos de lana de yak y llenos de una carga proporcional a sus fuerzas. Hacia mediodía se descargaba todo el rebaño y los animales eran guiados hacia las abruptas pendientes, donde podían encontrar su alimento constituido por zarzales y hierbas extrañas. Después, cuando empezaba a refrescar, los pastores de largas trenzas les llamaban con silbidos muy raros y la caravana volvía a partir.

Por fin encontramos de nuevo un valle ancho; ante nosotros se extendía una gran llanura cubierta de grava y sedimentos llevados hasta allí por las enormes crecidas del río.

Sobre esa extensión mineral, y con la cabeza rodeada de nubes agitadas como torbellinos, se erigía el Dhaulagiri, solitario y gigantesco.

A partir de los cinco mil metros de altura, sólo había glaciares rotos y cortados que hacían centellear las mil facetas de sus seracs, finas aristas que se levantaban como guirnaldas blancas que flotaran al viento y enormes muros de roca sombría tan altos como una Walker.

El espectáculo era cautivador. Con mis ojos maravillados, me quedé completamente parado al borde del camino. Con mi mente embotada, sólo podía pensar: «Por fin, el sueño de tu juventud se ha realizado; ahora es verdad: tienes delante de ti a uno de los gigantes de la tierra».

Pasada la seducción del primer momento, volví a pensar como un ser razonable: «¿Seremos capaces de vencer a este gigante? ¡Qué hostiles parecen estos glaciares! ¡Qué poca cosa son los Alpes al lado de estas montañas...! ¿Seremos capaces de encontrar un camino en medio de este laberinto? ¡Ojalá que las otras vertientes sean menos inhumanas!».

El campamento base fue instalado al pie de la arista noreste del Dhaulagiri. La enorme explanada de hierba rasa y amarillenta donde establecimos nuestras tiendas, dispuestas de forma ordenada como un campamento militar, se encontraba al lado de los últimos edificios del pueblo de Tukucha. Se trataba de algo muy diferente a los pueblos del bajo Nepal, pues aquí nos encontrábamos ante una aglomeración humana bastante importante. Todas las casas estaban construidas con piedra y sus tejados eran planos. Estos edificios eran, a la vez, lugares de cobijo y de almacenamiento. Son bastante ricos y sirven de albergue de fin de etapa para las numerosas caravanas que, todos los días de la buena estación, van y vienen entre el Nepal y el Tíbet; en esas casas, los hombres y mujeres que, doblados ellos también bajo enormes pesos, empujan desde el amanecer hasta el crepúsculo a sus rebaños de bestias de carga, encuentran el té, el azúcar y el arroz, que significan la fuerza y la vida. Allí también, las mulas y los yaks, cargados con pesados fardos, encuentran forraje necesario para completar la alimentación demasiado frugal que han pastado en las pendientes de los montes que han cruzado en su camino. Mil actividades comerciales de toda clase se practican en la penumbra de estas oscuras casas. Algunos pretenden que incluso es en ellas donde se lleva a cabo el tráfico de armas y de opio...

Aunque el estilo de construcción de las gentes de las caravanas esté claramente inspirado en la tradición de su país, los tibetanos son relativamente poco numerosos y parecen ser solamente criados de los comerciantes nepaleses, que constituyen la mayor parte de los habitantes de estos pueblos.

En teoría, nuestro grupo disponía de mapas de la zona hechos por topógrafos indios por encargo de los ingleses, pero, de hecho, si exceptuamos los sectores situados en las proximidades más inmediatas del fondo de los valles, se trataba de productos de la imaginación combinada con cierto arte, aunque sin relación alguna con la configuración de los lugares...

En realidad, esta parte del Nepal estaba prácticamente inexplorada, en el sentido que lo entiende la ciencia geográfica; sólo algunos ornitólogos americanos la habían atravesado el año precedente. La única cosa que sabíamos con certeza es que la región está dominada por dos grandes cimas de más de ocho mil metros; de hecho, cuando el tiempo es claro, estas cumbres son perfectamente visibles desde la planicie de la India, y desde hace mucho tiempo los técnicos ingleses, de cierta competencia, los habían triangulado con bastante gran precisión; con una diferencia de algunos metros, podíamos saber su altitud.

No disponiendo de ningún mapa serio, ni siquiera de fotografías adecuadas, no teniendo, en suma, ningún elemento de apreciación o de comparación, íbamos hacia lo totalmente desconocido. En razón a nuestra ignorancia, dificultades y problemas que nos esperaban, no habíamos decidido previamente cuál de los dos gigantes escogeríamos como objetivo; nuestro proyecto era explorar las

aproximaciones a las dos montañas, y cuando hubiéramos descubierto sus puntos débiles, escoger la que nos ofreciera mayores posibilidades de éxito. Desde el principio habíamos pensado en el Annapurna como objetivo posible; sin embargo, el Dhaulagiri, siendo una cumbre más alta y, además, tan seductora por la elegancia de sus formas y su posición aislada, era naturalmente hacia la que se dirigían nuestras preferencias.

De hecho, los reconocimientos fueron conducidos simultáneamente a los dos objetivos; mientras un equipo exploraba las inmediaciones del Annapurna, otro buscaba derribar las primeras defensas del Dhaulagiri. Con la finalidad de reconocer varias vertientes de cada cima en el mínimo tiempo, tuvimos incluso que dividirnos en cuatro grupos diferentes.

Como la única vertiente del Dhaulagiri que pudimos ver desde el valle era la cara este, por una lógica simplista fue la elegida para el primer reconocimiento. Aunque el glaciar se parece más a una enorme cascada de seracs que a una pendiente practicable, con el optimismo de los neófitos esperábamos encontrar en este laberinto un camino que permitiera alcanzar la arista noreste que une la cumbre con una cima situada más a la derecha, y que habíamos bautizado la punta de Tukucha.

Con una inclinación casi uniforme de unos 45 grados, esta arista constituía con toda evidencia un itinerario posible, incluso fácil, y si conseguíamos acceder a ella tendríamos esperanzas... Desde los primeros días habíamos concluido que, de manera paradójica, el mayor problema del Dhaulagiri era escalar ¡la parte inferior...!

Cuatro cordadas diferentes intentaron en vano forzar el glaciar este; al final, con Oudot y Aïla, y al precio de asumir riesgos enormes, conseguí acercarme unos doscientos metros bajo la cresta, pero allí una red de inmensas grietas formaba un obstáculo prácticamente infranqueable. La retirada se hizo sin lamentaciones, pues el camino que habíamos seguido para llegar hasta allí estaba demasiado expuesto a las caídas de hielo como para constituir una vía válida. Si, ayudadas por la suerte, algunas cordadas hubieran podido acometerlo con impunidad, era impensable organizar un incesante tráfico de porteo en un terreno tan peligroso.

Paralelamente a estas tentativas, durante dos ocasiones intentamos aproximarnos a la arista noreste por la otra vertiente, es decir, el noroeste. Al precio de un desvío de cerca de dos días, que nos permitió rodear la punta de Tukucha, Oudot y yo conseguimos finalmente alcanzar un collado situado enfrente de la gigantesca pared norte. Muy empinada, formada en su mayor parte por caliza dispuesta como las pizarras de un tejado, esta muralla no nos pareció constituir una vía de acceso que pudiera ser contemplada ¡de una manera razonable...! Sin embargo, en el curso de los años siguientes, cinco expediciones quisieron alcanzar el Dhaulagiri escalando esta vertiente, y el equipo argentino de 1953 consiguió alcanzar la arista noroeste en un punto situado a unos trescientos metros de desnivel bajo la cumbre.

Hay quienes dicen que, con un poco más de suerte, los argentinos hubieran podido vencer; personalmente, ¡me mantengo escéptico...! Ellos pudieron alcanzar ese punto al precio de un gran esfuerzo; cuando llegaron a él, la mayoría de ellos estaba muy desgastado y su jefe, mi amigo Ibáñez, estaba incluso afectado de congelaciones tan graves que provocarían su muerte; a esta altitud, los trescientos metros de arista rocosa, estrecha y desmenuzada, que les separaban de la cima constituían un obstáculo imposible de subir por hombres agotados e incluso para cualquiera.

De nuestro collado nos pareció más ventajoso alcanzar la vasta silla que se extiende entre la punta del Tukucha y la arista noreste. Toda la parte de esta vertiente que pudimos divisar estaba defendida por enormes barreras de seracs de aspecto infranqueable, que parecían prolongarse más allá de nuestra vista. Además, el aspecto general de este circo era tan hostil que no nos daba la impresión de que fuera posible abrirse camino por él. La historia debería, sin embargo, demostrar que nuestro juicio era erróneo; es, de hecho, por la que, nueve años más tarde, la sexta expedición al Dhaulagiri alcanzó la silla noreste y, el año siguiente, la séptima conquistó la cumbre. Se encontró un pasaje más al norte, muy peligroso sin embargo, casi contra la punta de Tukucha, que sin duda era poco evidente ya que varias expediciones bien organizadas y compuestas por alpinistas de gran experiencia pasaron largas temporadas en este circo sin descubrirlo. La cosa me parece, no obstante, tan extraordinaria, que llego a preguntarme si algunas alteraciones de los glaciares no habrán modificado la estructura del lugar.

¡Lamenté no haber llegado más lejos en mi reconocimiento...! Pero, bien reflexionado, pienso que, incluso si hubiésemos conseguido alcanzar la silla de la arista noreste, no habríamos podido vencer el Dhaulagiri. En 1950, el fruto todavía no estaba maduro para tal empresa. Limitado por el tiempo, casi sin experiencia en el Himalaya, equipado con un material ligero y bastante restringido, y sobre todo no disponiendo más que de ocho sherpas, nuestro equipo era demasiado débil y demasiado ignorante para utilizar con éxito un itinerario tan largo, tan complejo y tan difícil.

Algunos años antes, Frank Smythe, uno de los más grandes alpinistas de la entreguerra, después de haber participado en cinco expediciones, conquistado el Kamet y alcanzado la altitud de 8500 metros sobre los flancos del Everest, no dudo en declarar: «el alpinismo en el Himalaya ofrece tales dificultades que una expedición no llegará nunca, según todas las apariencias, a escalar al primer intento una de las doce cimas culminantes». Desde luego Smythe era todavía un pionero y la historia ha demostrado que se equivocaba, pero nosotros también éramos pioneros; desde el día en que Smythe escribió estas líneas, la técnica de las ascensiones himaláyicas prácticamente no había evolucionado. ¡Las armas que permitieron al equipo de 1960 triunfar en el Dhaulagiri estaban todavía lejos de ser forjadas...! Llegó a forzar el perfeccionamiento material hasta utilizar un avión ¡que transportó una parte de las cargas y de los hombres a la silla noreste!

A partir de los primeros reconocimientos realizados, Herzog comprendió que el Dhaulagiri era una cumbre demasiado difícil para que pudiéramos tener la suene de conquistarla y, sin esperar a ver cuál era el resultado final de nuestras investigaciones, hizo que los reconocimientos empezaran a dirigirse al Annapurna.

Nuestro objetivo de recambio resultó ser también difícil de encontrar. En el curso de nuestras primeras exploraciones no logramos ni siquiera percibir su imagen desde lejos... la cosa llegó hasta tal punto que empezamos a pensar que este pico existía solamente en nuestros mapas indios, producto de la fantasía...

Fue necesario subir bastante arriba por las pendientes del Dhaula para distinguir su parte superior, que emergía por encima de la cadena de los Nilgiris que, hasta entonces, nos había ocultado al Annapurna. Lo poco que pudimos ver era una cumbre de paredes verticales por las vertientes sur y este, pero cuya cara norte, que podíamos ver de perfil, era un enorme plano inclinado cuya pendiente



media no excedía apenas los 35 grados. Era evidente que si la parte que quedaba oculta a nuestra vista desde aquel punto no estaba cortada por una ruptura brutal, la escalada no presentaría ningún obstáculo importante.



Estos indicios favorables nos devolvieron el entusiasmo que el aspecto poco atractivo del Dhaulagiri empezaba a hacer decaer. Pero, para escalar aquella pendiente suave hacía falta antes llegar hasta ella... Desde el primer momento este problema dio muestras de ser duro, e incluso misterioso... Vista desde lejos, nos daba la impresión de que la cadena de los Nilgiris era una barrera ininterrumpida. El Annapurna, que aparecía en un plano más lejano, parecía tener su asentamiento en un valle situado en la otra vertiente de esas montañas. Para alcanzar la vertiente norte había dos posibilidades: rodear todo el macizo montañoso realizando un larguísimo periplo hacia el noroeste, o franquearlo por su punto más accesible, suponiendo, naturalmente, que tal paso existiera...

Al final decidimos probar esta última posibilidad, pues era de suponer que fuera la más rápida; en el primer reconocimiento se intentó cruzar el macizo remontando el curso del Miristi Kola, que abría una brecha profunda que penetraba en la montaña.

A decir verdad, la enorme cantidad de agua que arrastraba este torrente nos intrigaba, pues parecía demasiado considerable para estar abastecida solamente por los glaciares de los Nilgiris, de relativamente poca importancia. Aunque no existiera ninguna prueba evidente que lo indicara, parecía posible que el Miristi tomara sus aguas de la cara norte del Annapurna, o al menos de las de la vertiente oriental.

El mapa oficial, cuyas fantasías todavía no conocíamos plenamente, corroboraba esta impresión. Según este mapa, la fuente de este río se encontraba en el collado de Tilicho, que estaba situado inmediatamente al norte del Annapurna. Si creíamos lo que este documento señalaba, en el collado había además un acceso fácil, un camino que permitía pasar sin grandes dificultades del valle de Tukucha al de Manangbhot, situado en la otra vertiente...

¡Todo aquello era demasiado perfecto para ser cierto! Una serie de interrogatorios realizados por el *sirdar* Ang Tharkey nos reveló, sin embargo, que ningún habitante de la zona había oído nunca hablar del collado de Tilicho, y menos aún de un camino que permitiera remontar el río Miristi y pasar a la otra vertiente de la cadena montañosa... Era algo inquietante, pero para nuestros espíritus europeos resultaba difícil creer que un mapa pudiera ser falso hasta tal punto.

Nos parecía, como mínimo, tan lógico tener fe en el mapa como en los comentarios de los habitantes de aquellas montañas, una gente que daba la sensación de ser sedentaria y tener poca tendencia a aventurarse en las profundidades de la montaña. Llevados por el deseo de ver las cosas según nuestra conveniencia, llegamos incluso a pensar en la posibilidad de que aquellas gentes hubieran cambiado de costumbres de tal manera que, con el paso de los años, habrían llegado a olvidar la existencia del sendero. ¿Acaso no hay en la historia y la leyenda de todos los países montañosos anécdotas semejantes? Y, por otro lado, nos había costado muchísimo encontrar a alguien que quisiera hacernos de guía en el camino hacia el valle situado al oeste del Dhaula; el único hombre que había aceptado acompañarnos parecía no conocer apenas los lugares por donde nos llevó; y sin embargo, nosotros habíamos podido encontrar un sendero y luego numerosos

vestigios de una presencia humana bastante antigua.

Al final decidimos ir nosotros mismos a ver si el collado de Tilicho era o no algo real; como el Miristi cortaba profundamente la continuidad de la cadena montañosa, nos parecía que por fuerza teníamos que ser capaces de encontrar un paso...

Tras preguntar a los sherpas, ellos nos dijeron que la parte inferior del torrente franqueaba unas gargantas ciclópeas imposibles de remontar. Varias observaciones realizadas desde el Dhaula nos hicieron pensar que quizá había la posibilidad de llegar al Miristi en un punto más allá de esa zona difícil. Decidimos entonces ir a comprobar si era así. Oudot, Schatz y Couzy, acompañados por Ang Tharkey y varios sherpas, partieron a explorar este camino. Gracias a un minúsculo sendero que un azar providencial había situado justo en el lugar más conveniente, el grupo logró franquear sin graves problemas las primeras pendientes que estaban cubiertas de una jungla impenetrable. Más arriba encontraron zonas de pastos y, tomando una dirección oblicua hacia la derecha, llegaron a un paso que cruzaba la arista suroeste de los Nilgiris. A partir de allí, en una travesía de seis kilómetros de largo de una cornisa rocosa perdida entre dos paredes de más de mil metros de altura, consiguieron encontrar el curso del torrente, justo encima del lugar en el que las gargantas se ensanchaban dando lugar a un pequeño valle.

Desgraciadamente, cuando llegaron a este lugar increíblemente aislado hacía ya varias horas que sentían el zarpazo del hambre. Medio agotados por el ayuno, no podían seguir adelante. Como no tenían víveres, tuvieron que batirse en retirada sin haber podido llevar hasta el final la exploración.

Las declaraciones que hicieron a su vuelta contribuyeron bastante poco a esclarecer el verdadero misterio que parecía proteger al Annapurna. Nuestros amigos estaban ahora convencidos que el Miristi drenaba al menos las aguas de la vertiente oeste de nuestra montaña. Habían incluso distinguido, y se habían aproximado muy cerca, un gigantesco pilar rocoso que parecía alcanzar su arista noroeste.

Pero, por el contrario, no habían descubierto ninguna vía evidente que permitiera alcanzar el glaciar norte. El único itinerario que les parecía que podía ser posible era de una concepción locamente audaz.

Consistía en escalar el pilar para alcanzar la arista noroeste y desde allí el glaciar norte. Suponiendo que la parte que estaba escondida no presentara ningún obstáculo insalvable, debido a la altitud bastante baja en que se encontraban las mayores dificultades, una vía como tal era teóricamente posible. Sin embargo, era evidente que se trataba de un itinerario de una complejidad extrema, que ofrecía problemas técnicos nunca abordados hasta ahora en la historia del himalayismo.

Todo aquello no era nada alentador; todos pensábamos, Herzog el primero, que antes de lanzarse a una aventura tan incierta era necesario comprobar primero si era posible aproximarse al glaciar norte por la vertiente de Manangbhot. Mientras Oudot hacía una última tentativa por el glaciar este del Dhaula, Herzog, Ichac y Rébuffat emprenderían un gran periplo que les permitiese franquear el macizo por el collado que separa el grupo de los Nilgiris del de Muktinath. Este pasaje, aparentemente desconocido por los indígenas, no presenta dificultades extraordinarias, pero nuestros compañeros se encontraron separados constantemente del Annapurna por una cadena de montañas desconocida que denominaron la Gran Barrera.

Cuando, el 13 de mayo, alcanzaron Tukucha, la topografía del Annapurna ¡nos seguía pareciendo tan misteriosa...! Nuestros espíritus alpinos, habituados a formaciones infinitamente menos complejas, apenas comenzaban a entrever que, como el Nanda Devi, esta cumbre y sus satélites constituyen un circo cerrado, sin otra salida que un estrecho desfiladero rocoso.

El día anterior, Oudot y yo habíamos vuelto con las manos vacías de nuestra última tentativa al Dhaulagiri. Por primera vez desde nuestra llegada, todo el grupo se encontraba reunido.

El 14 de mayo Herzog decidió reunirnos en algo parecido a un consejo de guerra. Toda la expedición se agrupó en la gran tienda del campamento de Tukucha. Era el momento de las grandes decisiones, pues, es necesario subrayarlo, la situación era desesperada.

Arrojados en un gigantesco macizo montañoso, complejísimo y completamente sin explorar, habíamos utilizado más de un mes en reconocer los accesos al Dhaulagiri y al Annapurna. Todavía no habíamos descubierto ninguna vía clara, y tampoco se nos ofrecía una perspectiva estimulante por ningún lado. La estación de los monzones se acercaba. Sólo faltaban como máximo tres semanas para tenerla encima.

Sin embargo, no podíamos declararnos vencidos. Todos aquellos años de preparación y de esperanzas, los bellos sueños de nuestra juventud, las feroces luchas en las paredes más escarpadas de los Alpes no podían terminar en un fracaso tan lamentable. ¡Dicen que la fe mueve montañas! A pesar de las decepciones y el cansancio, todavía nos quedaba fe. El entusiasmo que nos había hecho vencer tantos obstáculos seguía arraigado en el fondo de nuestros corazones. Cuando nos encontrábamos al pie mismo de nuestro objetivo, no podíamos admitir la derrota. No podíamos decepcionar a los que habían depositado su confianza en nosotros, a los que habían trabajado para nosotros.

No cabía duda de que la carga que habíamos aceptado era demasiado pesada, pero estaba en juego nuestro honor y teníamos como mínimo que probarlo todo y lanzarnos hasta el final. Sentíamos que no quedaban más que unas lucecillas de esperanza, pero, por insignificantes que fueran, no habían dejado de brillar. Había que intentar alguna solución. Ante todo, había que elegir cuál de los dos gigantes de 8000 metros íbamos a escalar.

El Dhaulagiri, monte solitario y gigantesco, nos había revelado casi todos sus secretos. Sabíamos que esta extraordinaria fortaleza sólo tenía un punto débil: la arista noreste. Llegando a la base por medio de una larguísima y difícilísima travesía desde la punta de Tukucha, esta escalada era concebible en teoría, al menos para gente optimista. Pero con el poco tiempo de que disponíamos era solamente imaginable, aunque muy cercana al suicidio.

Por el contrario, el Annapurna seguía siendo un misterio total. Desde la lejanía habíamos percibido su majestuosa figura de pirámide que emergía por encima de un bosque de picos de 7000 metros. Pero, a pesar de los penosos y largos reconocimientos que habíamos efectuado, apenas si habíamos podido alcanzar esa montaña. Perdidas en medio del laberinto de contrafuertes y aristas que la protegen, sólo teníamos una idea hipotética de su topografía. Sin embargo, ayudados por la suerte y el maravilloso olfato de nuestros sherpas, Couzy, Oudot y Schatz habían realizado la increíble hazaña de penetrar hasta el corazón de la montaña forzando el camino por un desfiladero titánico de casi diez kilómetros de longitud. Vencidos por contingencias humanas, habían regresado

diciendo: «Quizá...». Ahora había que elegir entre una empresa desesperada y una tirada de dados hacia lo desconocido.

Ante esta disyuntiva, Maurice Herzog dudaba. ¿Podía dejar una presa, por poco segura que fuera, a cambio de ir en pos de una sombra casi tan negra como la noche? ¿Podía exponer a riesgos extremos a hombres que habían jurado obedecerle? Consciente de la terrible responsabilidad que pesaba sobre sus espaldas, Maurice jugó la carta más razonable aunque también menos segura: la suerte del Annapurna estaba echada.

Se decidió que Lachenal y yo, conducidos por Schatz, partiríamos inmediatamente. Maurice y Rébuffat saldrían al día siguiente, guiados por Couzy. Después seguirían Oudot e Ichac; Noyelle y Ang Tharkey se quedarían en Tukucha con la mayor parte de víveres y material. Estos últimos debían dedicarse a contratar porteadores y preparar las cargas, en espera de que se diera orden de lanzar el asalto.

Esta fórmula prudente que consistía en lanzar un reconocimiento a fondo que podía ser convertido en un ataque a la cumbre, dejaba abierta la posibilidad de una retirada rápida en caso de que, definitivamente derrotados, no nos quedara más que el triste consuelo de tratar de escalar uno o dos picos de 7000 metros.

Locos de alegría ante la idea de pasar a la acción, realizamos los preparativos con unas prisas febriles. En pocos momentos metimos en nuestras mochilas lo estrictamente necesario. Casi con la misma velocidad, dispusimos las cargas de los cuatro *coolies* que nos acompañarían. A primera hora de la tarde, entonando una canción de cazador y haciendo girar mi piolet como si fuera uno de los palillos de un tambor, salí a buena marcha en cabeza de la caravana. ¡Había empezado la gran aventura!

Avanzando rápidamente por una interminable llanura de guijarros y después por caminos malos abiertos sobre el precipicio, antes de que cayera la noche alcanzamos el pueblecito de Soya, situado a 2400 metros de altitud. Habíamos recorrido casi veinte kilómetros de un trayecto horizontal. Las cosas iban bien, había moral, los porteadores eran ágiles y robustos. Nuestros sherpas, Dawatundu, Ang Dawa y Adjiba, se encargaban de que el paso fuera rápido. El campamento fue montado rápidamente en un cómodo prado. Por última vez, recomfortamos nuestros estómagos comiendo pollo. Después, y casi enseguida, nos dormimos acunados por sueños llenos de esperanza.

Al despuntar el día me puse en pie y animé a nuestros sherpas, que siempre tardaban mucho en prepararse. Eran las siete de la mañana cuando empezamos a subir por la interminable ruta que debía conducirnos al famoso paso descubierta el 26 de abril por Couzy, Oudot y Schatz. Como todas las mañanas, hacía buen tiempo.

Mientras subía, lancé una última mirada al Dhaulagiri. Vista desde allí, la arista norte me parecía casi fácil; por un instante mi corazón lamentó la dirección que estábamos tomando, pero ya era demasiado tarde: ¡habíamos lanzado los dados! Había que seguir hacia adelante sin volver la cabeza.

Nos elevamos lentamente siguiendo una sucesión de mesetas escalonadas. De nuevo mi amor por la tierra dominaba mi espíritu y observé interesado los métodos agrícolas practicados en aquel país superpoblado, en el que se utiliza más cuidadosamente incluso que en los valles altos de los Alpes hasta el más mínimo espacio de tierra cultivable.

Tras superar un desnivel de unos doscientos metros, abandonamos la zona habitada y luego seguimos un audaz camino que iba por la cornisa. Luego vino un brusco descenso por un sendero muy empinado y bordeado por un espeso bosque de bambúes. Pronto llegamos al fondo de una profunda garganta en la que se deslizaba una corriente de agua limpiísima. Por la otra vertiente, ascendimos por un camino de fuerte pendiente, que en ocasiones exigía la acrobacia y casi no estaba marcado, y gracias al cual pudimos atravesar una espesa jungla. Cuando lo recorriamos, bendije el azar que había puesto esta senda justo en el punto donde la necesitábamos y admiré el olfato de los sherpas que fueron capaces de descubrirla.

Encontramos luego los vestigios de un bosque devastado por un incendio. Los esqueletos de los árboles gigantes daban al paisaje un aspecto patético. Tras un descanso, nos refrescamos con el agua que los sherpas saben sacar de un árbol parecido a un abedul. Nuestra interminable ascensión se vio entonces amenizada por las zonas bajas del bosque, en el cual los rododendros gigantes, de flores multicolores, rivalizaban en belleza con una flora abundantísima dominada por el escaramujo.

Poco a poco, la vegetación se fue haciendo menos espesa. Cuando empezábamos a escalar una fuerte pendiente sembrada de hierba alta, empezó a llover y la hierba nos hacía resbalar, con lo cual resultaba difícil el avance. Empezaba a hacerse notar la altitud, pero todos estábamos llenos de entusiasmo y en buena forma; queríamos llegar lo más lejos posible. A pesar de la rapidez de la marcha y del peso que llevaban, los sherpas y los *coolies* no desfallecían. Nuestro camino era minúsculo y a veces incluso desaparecía. Pero, poco a poco, nos conducía hacia la izquierda y fue de este modo como iniciamos el avance por un terreno muy inclinado que cortaba la verticalidad de dos paredes impresionantes que caían a pico. Tuvimos que franquear varios *couloirs* de nieve y noté con inquietud el inseguro paso de nuestros *coolies*, que caminaban con los pies descalzos.

Una brecha aérea señaló el comienzo de pendientes más suaves sembradas de numerosos vestigios de campamentos de pastores. El descubrimiento de un depósito de leña justificaba el establecimiento del campamento en un momento algo prematuro. Acabábamos de subir casi dos mil metros por un terreno difícil y nuestros porteadores lo habían hecho con unos cuarenta kilos de carga cada uno; no podía pedirse más.

El 16 de mayo tuvimos que subir entre 1500 y 2000 metros más, antes de alcanzar una pequeña brecha perdida en una arista secundaria de la cadena de los Nilgiris. (Punto insignificante en la inmensidad de la montaña, este paso es uno de los más importantes en la historia de la conquista del Himalaya. Efectivamente, fue allí donde, el 26 de abril de 1950, Couzy, Oudot y Schatz empezaron la sorprendente travesía sin la que jamás se habría conquistado el Annapurna).

Descendiendo un poco por la arista, divisamos el Miristi Kola que, casi 1500 metros por debajo de nosotros, descendía con sus aguas tumultuosas, cuyo estruendo no llegaba a nuestros oídos. Allí pudimos medir hasta qué punto resultaba imposible remontar aquellas gargantas de dimensiones inconcebibles para los que no conocen estas formidables montañas.

Con los tobillos doloridos por las torceduras, avanzamos penosamente por un complejo retículo de cornisas inclinadas que, a lo largo de unos diez kilómetros, cruza la altísima pared suroeste de la cumbre sureste de los Nilgiris. A veces estrechas y empinadas, otras anchas y fáciles, aquí interrumpidas pero unidas por *couloirs*, y en ocasiones atravesadas por profundos torrentes; estas

cornisas nos permitieron progresar aunque fuera subiendo y bajando constantemente. A cada instante parecía que no iba a ser posible seguir avanzando. Pero siempre había un paso imprevisto y generalmente fácil que permitía seguir hacia adelante. Una pista minúscula y una serie de grandes piedras puntiagudas plantadas de trecho en trecho nos facilitaron el avance. Como cada día, a primera hora de la tarde hacían su aparición la lluvia y la niebla. A partir de ese momento la marcha se hacía más lenta y a veces no estábamos demasiado seguros del camino. Pero tuvimos la suerte de que Schatz, ayudado por los sherpas, supo guiarnos con mucha autoridad y exactitud. Cada vez eran más escasos los campamentos de pastores. Una gruta adornada de grafitos bastante recientes retuvo por un instante nuestra curiosidad. Las piedras puntiagudas que señalaban el camino se iban espaciando cada vez más. Y por fin llegamos a la última; a cincuenta metros de donde nos encontrábamos, nuestra cornisa se perdía definitivamente en una pared vertical.

Entonces miré a Schatz con ansiedad, pues no comprendía cómo iba a poder sacarnos de allí. Él no se mostró en absoluto intranquilo y avanzó directamente hacia la niebla tomando una dirección muy concreta con gran decisión. ¡Oh, maravilla de la naturaleza! Justo en el momento en el que lo necesitábamos se abrió a nuestros pies un *couloir*. Tras 750 metros de una bajada muy pronunciada pero relativamente fácil, alcanzamos el valle del Miristi Kola en un punto situado a unos cientos de metros de donde empiezan sus gargantas. (Más tarde pude observar que el paso que utilizamos era la única comunicación existente entre la zona de las cornisas y el fondo del valle). Habíamos tenido una suerte demasiado increíble para pensar que pudiera abandonarnos. La operación de atravesar el torrente permitió que hubiese escenas pintorescas, pues Lachenal, improvisadamente convertido en vaquero, intentó atrapar con el lazo a nuestros *coolies* que trataban de huir. Al final, todo se resolvió construyendo un puente con ramas.

El 17 de mayo avanzábamos lentamente entre inmensas morrenas que parecían interminables. Pero, por fin, a eso de las tres de la tarde, alcanzamos el punto más avanzado al que habían llegado los miembros del anterior reconocimiento.

Mientras Lachenal y los sherpas buscaban un emplazamiento para nuestro campamento, Schatz siguió remontando la orilla izquierda con la esperanza de encontrar un itinerario. Yo le seguí un rato, pero luego, como la visibilidad me resultaba insuficiente, di la vuelta y me dirigí al campamento. La niebla estaba bastante baja y sólo podía ver la parte inferior de las imponentes paredes que nos rodeaban. Sin embargo, veía lo suficiente para darme cuenta de que los eventuales itinerarios señalados por Schatz y Couzy parecían bastante difíciles.

Al fondo de nuestro valle, embutido entre gigantescas paredes, un enorme glaciar se rompía en cascadas de seracs que se habían desplomado. Por un momento, dirigí mis prismáticos hacia varios puntos para tratar de distinguir algún camino por las orillas; pero, aunque me di cuenta de que no estaba situado correctamente para hacer una observación seria, sus lisas pendientes me desanimaron enseguida.

En cambio, el gran espolón rocoso noroeste que, justo encima de mí, ascendía hasta las nubes, me parecía bastante seductor. Mis compañeros, que lo habían observado desde lejos, opinaban que hacia los 6500 metros debía enlazar con la pirámide que constituía la cumbre del Annapurna.

Era probable que si lográbamos escalar y trasladar nuestro material a lo largo de estos 2500



metros que nos separaban de aquel punto neurálgico, la conquista de la cumbre se redujera a subir rápidamente por fáciles pendientes de nieve.

Mi imaginación desbordante proyectó inmediatamente un plan de ataque y no tardé en persuadirme de que, a pesar de su aspecto difícil, conquistaríamos el espolón con enorme facilidad.

Schatz regresó al campamento poco antes de la noche. De inmediato, discutimos el programa de la mañana siguiente. Lachenal y yo éramos partidarios de un reconocimiento a fondo del valle, de modo que tomáramos distancia suficiente para juzgar de modo adecuado las posibilidades que se nos ofrecían. Pero Schatz nos afirmó que esa tarde había llegado bastante lejos y estimaba que no veríamos nada. A su entender, íbamos a perder inútilmente una preciosa jornada que sería mejor utilizar escalando la punta seis mil del espolón. Tal reconocimiento nos permitiría juzgar si es posible atacar por esta vía, procurándonos además una excelente vista del conjunto del macizo. Impacientes por lanzarnos a la lucha, nos dejamos convencer con excesiva facilidad.

A la mañana siguiente, a las cuatro y media, formé una vez más con Lachenal el equipo que, en tantas ocasiones, nos había llevado al triunfo. Acompañados por Adjiba, que nos llevó las mochilas hasta el punto donde empezaban las dificultades, avanzamos rápidamente por fuertes pendientes cubiertas de hierba. Por fin llegamos a las primeras rocas. A pesar de la nieve y del hielo, a pesar de los pasos difíciles y de la altitud, seguimos avanzando sin perder velocidad. Una vez más, nos encontrábamos en la forma casi divina que, multiplicando por diez nuestras fuerzas y habilidades, nos liberaba en parte de las leyes de la naturaleza.

Como si nuestro voltaje hubiera aumentado, saltábamos como gatos burlándonos de los obstáculos. A las once de la mañana alcanzamos la segunda cresta de la arista, a una altitud de unos 5650 metros. Nos rodeaba la niebla, y las borrascas de nieve empujada por un viento violento hacían difícil avanzar. Por un momento pudimos ver a través de una zona de claros en la niebla la fina arista nevada que llevaba hasta el pico de seis mil metros. En aquellas condiciones, resultaba inútil seguir adelante. Con intención de no perder ni un solo día, propuse hacer vivac allí mismo para proseguir a la mañana siguiente. Lachenal no estaba de acuerdo y me dejé convencer fácilmente para batirnos en retirada. Entonces emprendimos un alocado descenso de 1500 metros y, a pesar de que habíamos colocado cuatro rápeles, no llegamos hasta las dos de la tarde.

Allí encontramos a Herzog, Rébuffat y Couzy, que acababan de llegar. Inmediatamente se iniciaron discusiones apasionadas en las que logramos convencerles de que, poniendo ocho o diez cuerdas fijas en los principales pasos, sería perfectamente posible hacer subir a los sherpas hasta el punto al que nosotros habíamos llegado, y sin duda hasta la cumbre de seis mil metros, pues la arista no nos había parecido muy difícil. ¡Cuánto desconocimiento de las condiciones del Himalaya! ¡Qué acumulación de errores de juicio! En un asalto general, hicieron falta tres días para que Maurice y yo, a costa de una escalada de gran dificultad, pudiéramos llegar a la primera torre de una complicada cresta de hielo, invisible desde el valle. Una vez más, la montaña nos había derrotado. Todos aquellos días de lucha agotadora y apasionada sólo nos habían llevado a conquistar una cumbre minúscula y sin gloria.

Sin embargo, en mi corazón, esta victoria conservará siempre el mejor rincón. Para mí, nada podrá igualar aquellos días desesperados en los que entregué todo mi valor, toda mi fuerza y toda mi

El día 21 por la tarde, tras una dura jornada, Maurice y yo llegamos de nuevo a nuestro campamento base. Allí nos esperaba una buena noticia. Lachenal y Rébuffat, que, descorazonados por el espolón, habían vuelto a bajar la víspera, acababan de concluir con éxito un reconocimiento del valle. En esta expedición lograron ver los 2500 metros últimos de la cara norte del Annapurna; según su impresión, no encontraríamos ningún obstáculo importante capaz de detenernos en ese sector. Más abajo, hacia los cinco mil metros, una gran llanura que no pudieron ver bien planteaba una última incógnita. Pero creían que podría llegarse hasta ese punto escalando las losas de aspecto poco acogedor que formaban la orilla derecha de la gran cascada de seracs.

Como desde la cumbre de seis mil metros nosotros habíamos visto que la llanura no ofrecía ninguna dificultad, llegamos a la conclusión de que se nos iba a presentar una línea de avance continuo.

¿Iba a sonreírnos de nuevo la suerte? ¿Iban a encontrar por fin su recompensa nuestra terquedad y nuestra fe indestructibles? Esperábamos que fuera así, aún sin atrevernos a creer demasiado en ello.

Maurice puso a punto inmediatamente el programa del día siguiente. Lachenal y Rébuffat atacarían por la orilla derecha de los seracs y enviarían de regreso a Adjiba en cuanto encontraran un lugar donde emplazar el campamento. Schatz trataría de encontrar otro itinerario que creía haber descubierto en la orilla izquierda y que le parecía preferible a las losas de lisas paredes elegidas por sus dos compañeros. En su expedición le iban a acompañar Panzy y Aïla. Fatigados por ocho días de acción ininterrumpida, Herzog y yo nos concedíamos media jornada de reposo. Con la ayuda del vigoroso y hábil Sarki, esperábamos realizar un buen trayecto por la tarde.

Couzy debía encargarse de recoger el material que había quedado en la base del espolón y luego debía trasladar el campamento base al fondo del valle.

Tras levantarnos tarde, me dediqué a seleccionar víveres y material. Me sentía poseído de unas ansias de organización que raras veces he conocido en mi vida ordinaria... Sarki lavó ropa, yo reparé las polainas y —señal de que me encontraba completamente en forma— hasta cociné. Maurice, como jefe superior, desdeñaba estos detalles materiales y prefería descansar al sol, contemplando el indescriptible paisaje que nos rodeaba.

A primera hora de la tarde partimos los tres, muy cargados. Tropezando en interminables morrenas, echábamos pestes contra aquel terreno exasperante. Pronto encontramos a Adjiba que traía recado de nuestros compañeros, que nos anunciaban que habían instalado ya el campamento base tras una fácil escalada en la roca que formaba la orilla derecha de la gran cascada de seracs del glaciar norte del Annapurna.

A medida que nos acercábamos, estas paredes que desde lejos parecían lisas e impracticables, se iban poco a poco humanizando. Y pronto nos llevamos una sorpresa porque distinguimos un sistema ininterrumpido de cornisas que ascendían en zigzag. Aunque amenazada por los seracs que la dominan, esta vía parecía rápida y relativamente cómoda. No pudimos impedir que salieran a nuestros labios quejas por habernos fiado de las observaciones realizadas por Schatz la tarde de nuestra llegada. Situado demasiado lejos, y engañado por el vapor de una tarde brumosa que borraba todos los relieves, nuestro compañero se había dejado engañar por la apariencia infranqueable de

aquellas losas calcáreas, mientras que nosotros, como jóvenes potros a los que la inacción vuelve demasiado fogosos, no habíamos sabido esperar un solo día para verificar si había o no otra posibilidad. Nos habíamos lanzado hacia el espolón como una bandada de estorninos.

Así, debido a nuestra inexperiencia y a nuestras ganas de forzar un destino que no nos favorecía, habíamos perdido inútilmente cinco días, cinco magníficos días que entonces pensábamos que quizá podrían costarnos la victoria. Gracias a estrechos pasajes y delgados *couloirs* que la naturaleza parecía haber dispuesto en la infancia del mundo para nosotros, nos elevamos sin dificultad en medio de inmensas placas de rocas grises, lisas como escudos; cuando llegamos al campamento, donde Lachenal y Rébuffat nos esperaban, el sol iluminaba todavía la inmensa vertiente norte del Annapurna. «Decididamente, ¡los dioses están con nosotros!», pensamos. En efecto, después de varias semanas, pudimos al fin observar tranquilamente la montaña. Después de pasar largos días en medio de un mundo de paredes casi verticales, con alturas de miles de metros, la cara norte del Annapurna ofrecía un espectáculo sosegante.

A la primera ojeada nos pareció casi fácil y, durante algunos instantes, nos entregamos a un excesivo optimismo. Un examen más profundo nos devolvió enseguida a una realidad más ajustada.

Para juzgar convenientemente hay que dejar al margen nuestra óptica alpina, tener en cuenta la escala de este gigantesco plano inclinado y recordar nuestras experiencias recientes. Por medio de este trabajo del espíritu, podemos entonces darnos cuenta de que lo que parecía una gran pendiente de nieve es, en realidad, una pared de atormentado relieve, erizada de monstruosos seracs y cortada por murallas rocosas de más de cien metros de altura.

Sin embargo, a pesar de que el casi incesante rugido de los aludes recordaba, a cada instante, la importancia de los peligros objetivos, conseguimos trazarnos, al menos con la imaginación, dos itinerarios, audaces sin duda, difíciles y expuestos, pero razonablemente posibles.

Tras muchas discusiones, llegamos a ponernos de acuerdo para intentar la vía situada más a la derecha. Pese a los peligros objetivos que lo amenazan, este trazado nos parecía presentar menores dificultades concentradas a menor altura.

A pesar de lo incómodo que resulta pasar una noche tres personas metidas en una de nuestras minúsculas tiendas de altitud, logramos dormir bien. El amanecer nos encontró dispuestos a todas las pruebas. Maurice confió a Sarki la orden de ataque —voluntariamente grandilocuente—, que debía transmitir a Tukucha. (Marchando o corriendo día y noche, este muchacho de entrega y resistencia prodigiosas invirtió menos de treinta y seis horas en realizar este trayecto en el que nosotros habíamos invertido más de tres días). Desmontamos completamente el campamento, sin dejar allí más que una mochila y algunos víveres.

Nuestras cargas eran excesivas para una altitud de más de cinco mil metros y algunas mochilas pesaban más de veinticinco kilos. Sin embargo, aceptamos realizar aquel esfuerzo excepcional, pues nos dábamos cuenta de que era necesario ganar uno o dos días. A menos de una quincena de la llegada del monzón, el tiempo empieza a ser demasiado precioso para refunfuñar ante las tareas que se presenten. Avanzamos pesadamente por la meseta y luego atacamos una corta barrera rocosa dominada por impresionantes seracs. En ese terreno tan pendiente que más bien parece una escalada, la carga que llevaba sobre mis hombros me pesaba de forma inusitada. Falto de aliento, tuve que

detenerme varias veces, pero cada mirada a los enormes bloques de hielo que pendían sobre mí me hacía darme cuenta de que no podía esperar mucho. Por fin desembocamos en unas largas pendientes de nieve que no ofrecían ningún peligro. Entonces nos envolvió la niebla y la tempestad de cada día empezó a soplar. Maurice y yo nos turnamos abriendo huella. Por suerte sólo nos hundíamos unos pocos centímetros. Mi paso era algo parecido al de un sonámbulo, una experiencia que ya había tenido cuando, en los Alpes, regresaba de una serie interminable de escaladas. Pero no estaba todavía dispuesto a desfallecer, y cuando mis compañeros caían llenos de desesperación, todavía lograba encontrar energía para lanzarles duras invectivas.

Al cabo de un rato oímos los *yodéis* de Schatz y de sus sherpas que, a costa de grandísimas dificultades, acababan de forzar un camino por la orilla izquierda. Pronto vinieron a reunirse con nosotros. Éramos ya siete cuando llegamos a una meseta, a seis mil metros, que constituía un magnífico emplazamiento para el campamento.

Rápidamente fue tomada la decisión. Mis cuatro compañeros se quedarán aquí para montar una tienda y preparar los víveres, constituyendo así el embrión de un campamento superior; mientras, los sherpas deberán bajar otra vez en busca de alimentos y material. Como no parecía prudente dejarles ir solos, se decidió que yo les acompañaría hasta el campamento I; allí haría vivac con el saco de dormir de Sarki. De esta forma podría evitarme el cansancio que supondría un inútil viaje de ida y vuelta al campamento base y podría descansar todo un día antes de volver a partir en compañía de los dos sherpas, si es que éstos, gracias a su resistencia fenomenal, eran capaces de realizar todos aquellos esfuerzos sin descansar ni un momento.

En el campamento I me instalé lo mejor que pude sobre unas piedras planas para no tener que dormir directamente sobre el hielo. Mientras, los sherpas continuaron su descenso hacia el valle. Me puse la *cagoule* y el pie de elefante impermeable por encima de mi saco de dormir, y me abrigué con toda la ropa de que disponía, y así me dispuse a vivir el vivac más confortable de mi carrera.

Sin embargo, pronto empezó a soplar un viento violento y con él comenzó a caer nieve abundantemente. Entonces tuve que llevar a cabo un combate deprimente: cuando, para poder respirar, dejaba entreabierto mi anorak, el viento y la nieve se introducían por aquel orificio y me helaban la cara. Si por el contrario cerraba completamente la capucha, la falta de oxígeno no tardaba en dejarme medio asfixiado. Después de varias horas, y muerto de cansancio, acabé por dormirme con la cabeza metida entre dos piedras.

Amaneció con cielo despejado y al despertarme vi que estaba enterrado en la nieve fresca. A pesar de todas mis precauciones, el frío llegaba hasta mi cuerpo, Tuve que hacerme un ovillo y aguantar tembloroso y paciente a que el sol llegara a tocarme con sus rayos.

Lentamente, la sombra fue retirándose del Annapurna. Las horas iban pasando y se me hacían interminables. Por primera vez desde hacía varios días mis pensamientos no se concentraban en las acciones inmediatas, sino que volaban hacia Europa. Todo mi pasado desfiló ante mis ojos. Pero no experimenté melancolía ninguna. Por el contrario, bendije a la providencia que me había permitido vivir aquella emocionante aventura. Ni siquiera en sus vuelos más alocados había podido concebir mi imaginación un espectáculo de tanta belleza y grandeza. «¿Qué vale mi vida entera de monotonía y mediocridad en comparación con estas horas de acción total y felicidad perfecta?», me preguntaba.

Por fin llegaron los rayos del sol. Pronto el calor empezó a ser intolerable. Traté en vano de calmar mi hambre absorbiendo un poco de *tsampa*<sup>[25]</sup> cruda que me quedaba. Me sentía débil y agotado y para buscar algo de sombra bajo unas rocas tuve que avanzar a rastras. Al final acabé por acurrucarme en una minúscula cueva.

Inspeccionando el paisaje con mis prismáticos, descubrí el nuevo campamento base que había instalado Couzy en el fondo del valle.

El ruido producido por la caída de unas piedras me anunció la llegada de los sherpas; Adjiba, con el gorro de lado y reluciente de sudor, no tardó en sacar de su cesto unos víveres que me permitieron esperar hasta la primera comida caliente. Cuando volví al campamento, las tiendas ya estaban montadas y me dirigí directamente a comer. Poco a poco, como si fuera una corriente cálida, la fuerza volvió a mi cuerpo. La inquietud que había pasado hasta aquel momento empezó a disiparse porque ahora ya estaba seguro de que a la mañana siguiente podría partir.

Poco antes de que cayera la noche, Herzog, Lachenal, Rébuffat y Schatz pasaron en tromba. Me explicaron rápidamente que después de varias horas de un progreso muy lento con la nieve hasta la cintura, lograron forzar una difícil franja de seracs. Poco después, Schatz sufrió una caída y además empezó el mal tiempo, por lo cual decidieron retirarse. No habían logrado subir más que un desnivel de unos 350 metros. En un lugar muy visible habían dejado una unidad de altitud<sup>[26]</sup> y algunos víveres, todo ello fijado a un serac con una clavija de hielo. Después descendieron al campamento base y me dijeron que volverían a subir en cuanto se hubieran recuperado.

Acababa de empezar el fantástico baile de ascensos y descensos que, poco a poco, de campamento en campamento y de carga en carga, abre el camino de las grandes cimas del mundo.

El día 24 salí del campamento acompañado de Panzy y Afila. Debido a su hercúlea fuerza, condené a Adjiba a hacer viajes entre el campamento base y el campamento I. (Este sherpa se entregó a esta tarea monótona y sin gloria con un magnífico ánimo. En este trabajo de equipo no hay duda de que la victoria no se habría obtenido jamás sin este oscuro sherpa que, en unos días, transportó cientos de kilos de víveres y de material).

Gracias a que salimos temprano, llegamos al campamento II poco después de las diez de la mañana. Habíamos subido con nosotros dos unidades de altitud y más de diez kilos de víveres. Cuando llegamos arriba me sentía hambriento, pero muy en forma. Así, tras descansar un poco, decidí seguir adelante en dirección al futuro campamento III. De esta forma esperaba aprovecharme de las huellas dejadas la víspera por mis compañeros que, a pesar de la nieve que había caído por la noche, me permitirían progresar con mayor velocidad. Con intención de utilizar la tienda abandonada por la cordada de Herzog, no transporté más que una unidad de altitud y unos pocos víveres.

En vano traté de apresurarme remontando el *couloir* de avalancha por el que obligatoriamente teníamos que ascender para superar los siguientes doscientos metros de desnivel. La última tempestad había llenado prácticamente de nieve las huellas de mis compañeros y apenas si me sirvió de nada la pista, que a menudo se hacía imperceptible. Al subir nos hundíamos hasta las rodillas en una nieve espesa y recalentada por el sol. Pero por fin logramos salir de aquel *couloir* infernal por el que cada día bajaban avalanchas. (Por un milagro casi increíble, esta ruta fue utilizada casi cotidianamente durante trece días por varias cordadas sin que se produjera ningún accidente).

Una cornisa existente en los seracs nos permitió un corto reposo, pero luego volvimos a iniciar la lucha desesperante contra la nieve polvo. Para poder avanzar tuve que cavar una verdadera zanja usando mis manos como pala y pisoteando luego el fondo. Había que invertir casi un minuto para avanzar un solo metro. A aquella altitud este trabajo resultaba agotador, y, a pesar de mi deseo de ir deprisa, me veía obligado a detenerme a menudo durante unos largos segundos para recobrar el aliento y dejar que mi corazón latiera otra vez más despacio.

Gracias a una cuerda fija que habían dejado instalada mis compañeros, pude franquear rápidamente la difícil pared sobre la que había triunfado Herzog el día anterior tras una lucha de más de una hora. Cuando llegué al final de este paso me encontraba en ese estado de extremado jadeo que ya había experimentado en las partes más difíciles del espolón y que sólo podrá comprender quien haya escalado grandes altitudes.

Los sherpas se mostraron muy poco diestros en este paso tan acrobático y tuve que tirar de ellos como un loco para izarlos.

Al cabo de un momento volví a encontrar la huella en la fuerte pendiente que empezaba enseguida. Luego volví a perderla; una vez más tuve que trazar surco para poder subir. Estuve buscando la unidad de altitud que habían dejado mis compañeros, pero sin suerte. Y la tormenta cotidiana se acercaba a gran velocidad. Era necesario montar la única tienda de la que disponíamos y contentarnos con la escasa protección que nos daba. La tienda era evidentemente demasiado pequeña para tres personas.

Por fin encontré una pequeña arista protegida por un serac. El lugar parecía relativamente a cubierto de las avalanchas, y no podíamos encontrar nada mejor, así que, tras cavar una plataforma llana, montamos la tienda bajo la borrasca, cuya violencia era extraordinaria.

Tres personas metidas en un espacio tan minúsculo es algo infernal. Tuve que renunciar a comer a pesar del hambre que tenía. Como solamente contábamos con dos sacos de dormir, Panzy dijo que pasaría la noche sin él. Para luchar contra el frío se puso las tres chaquetas de plumón que teníamos, y luego se tendió entre su hermano y yo. La noche que pasamos allí fue espantosa. Nos aterraban las avalanchas que, volcándose por el *couloir* central, pasaban a menos de quince metros de nosotros. El impulso de la caída era tan fuerte que el viento que provocaba sacudía violentamente la tienda. Los dos sherpas no cerraron los ojos en toda la noche y estuvieron fumando sin parar. En cuanto a mí, tenía fiebre y echaba de menos mi chaqueta de plumón. Entre Panzy y yo hicimos un magnífico dúo de castañuelas... Atontado por los somníferos, acabé sin embargo por dormirme.

El campamento no estaba todavía completamente desmontado cuando franqueé el pequeño muro de hielo que nos había protegido durante la noche. Continuando el extenuador trabajo de paciencia que constituía nuestro avance en un terreno con más de un metro de nieve fresca, logramos avanzar, pero con una lentitud increíble. Lo único que rompió la monotonía fue la necesidad de franquear un resalte de hielo, con una inclinación de casi 60 grados.

En mi fuero interno empecé entonces a dudar de la posibilidad de triunfar en aquella escalada. Comprendí que si cada día teníamos que realizar aquel trabajo tan agotador, nuestras fuerzas se acabarían antes de alcanzar la cumbre, y eso sin contar con la mala suerte que podría zanjar el problema de golpe en caso de que nos alcanzase una avalancha. Pensé que sólo si gozábamos de una

serie de días seguidos de buen tiempo lograríamos coronar con éxito nuestra empresa.

Decidí activar la marcha para cruzar hacia la izquierda un *couloir* poco atractivo. Tras este esfuerzo, casi agotado, me dejé caer en la otra orilla y, por una vez, dejé a Panzy que abriera camino. Por mucho que quisiera seguir esforzándome, ya no podía más. Los sherpas también estaban extenuados. Apenas si habíamos logrado elevarnos otros doscientos metros de desnivel. Y, sin embargo, en aquellas condiciones era imposible continuar, por lo cual decidí arrastrarme hasta un serac, reunir allí todos los víveres y material que transportábamos, y, tendidos en la nieve que el ardiente sol hacía centellear, comimos vorazmente.

En el descenso, en vez de recuperarme, experimenté una penosa sensación de malestar que no se desvanecería más que en el campamento II, donde descansamos un poco charlando con Maurice, Ang Dawa y Dawatundu. Esperando recuperarme mejor al perder altura, bajé aquella misma tarde al campamento I; allí encontré al grueso del equipo descansando y dispuesto a «comérselo todo».

Bastante abatido, demostré menos optimismo y me interesé, sobre todo, por las cuestiones culinarias. Los víveres comenzaban a escasear y pasé la jornada del día siguiente eligiendo los alimentos convenientes para los campamentos de altura. Me esforcé por hallar un modo agradable de consumir los concentrados de fruta, el chocolate y las galletas de que disponíamos todavía en gran cantidad, pero que nadie quería ya. De este modo, los sherpas hicieron honor a un enorme plato de galletas machacadas mezcladas con chocolate. Ciertamente es que yo les ayudé considerablemente.

Tras el descenso y el alimento no tardé en recuperarme plenamente, y, el día 27, subí alegremente hasta el campamento II. Llegué suficientemente temprano para poder seguir con los prismáticos el descenso de Herzog y sus sherpas que, tras haber instalado un campamento III la víspera, a unos metros del punto culminante de mi tentativa, siguieron sus esfuerzos ladera arriba. Sin duda, pensé, han debido instalar ya un campamento IV; pero no lograba distinguirlo. Anoté en mi memoria que tomaban un paso que, en mi opinión, no era el más favorable; posteriormente, esta observación podría serme útil.

El campamento III quedaba ocupado por Couzy, Lachenal, Rébuffat y Schatz —sin ningún sherpa—, y Herzog debía descender hasta el campamento II.

Estuve charlando toda la tarde con ellos, tratando de analizar minuciosamente la situación en que nos encontrábamos. Maurice estaba muy contrariado por el mal estado físico y moral en el que había encontrado a nuestros cuatro compañeros del campamento III. Aunque sólo había estado con ellos unos minutos, les había encontrado enfermos, desanimados e incapaces de actuar de forma eficaz.

En cambio, estaba muy satisfecho de la forma en que él se encontraba, y se sentía lleno de esperanza porque el comportamiento de su cuerpo a los siete mil metros era magnífico. Siempre optimista, creía que la victoria ya estaba cerca, sobre todo si —como había ocurrido en los dos últimos días— las nevadas no superaban los quince o veinte centímetros.

Mi forma y mi moral le parecían excelentes, y pidió que administrara mis esfuerzos a fin de conservarme en plena forma para la última fase de la batalla.

Maurice explicó su plan de acción. Al día siguiente, mientras él se tomaba su día de reposo, yo debía ir junto con mis sherpas hasta el campamento III, para bajar de allí la misma tarde. Al día siguiente debíamos subir los dos dejando que abriesen huella nuestros cuatro porteadores, con cargas

poco pesadas. De esta forma llegaríamos al campamento IV esa misma tarde. Entonces deberíamos desmontarlo para tratar de instalarlo lo más alto posible. Y desde allí, con la ayuda de Dios, deberíamos tratar de seguir hasta la cumbre.

Una vez más, la preocupación por despertarme me obligó a pasar una noche desagradable y maldije a los organizadores que no pensaron en proveernos de un despertador. Aunque muy dura, la subida al campamento III me pareció, sin embargo, mejor que en mi primer recorrido; la nieve era algo menos espesa y las huellas de bajada dejadas por Lachenal y Couzy nos ayudaban sensiblemente. Nos cruzamos con ellos a medio camino y nos explicaron que, al no sentirse con fuerzas para subir al campamento IV para efectuar el transporte que les había sido encomendado, bajaban con la esperanza de recuperarse. Poco antes de llegar, cuando estábamos envueltos por una opaca niebla, caímos sobre Schatz y Rébuffat, pero, al vernos, decidieron volver a subir al campamento. Muy hambriento, apenas dejé la mochila en el suelo, me precipité sobre los víveres como un glotón; una vez saciado mi apetito me sentí dispuesto a examinar la situación.

Debido a la mala forma en que se encontraban, mis cuatro compañeros no habían podido llevar a cabo la misión que tenían: transportar al campamento IV una unidad de altitud y víveres. Este contratiempo podía estropear completamente el plan de acción.

Por ello, se planteaba un problema delicado. ¿Debía bajar en aquel mismo momento, tal como se me había ordenado, o quedarme para, con la ayuda de mis sherpas, realizar la misión que no había podido ser cumplida? Sabía que si tomaba esta iniciativa corría el riesgo de perder la oportunidad de formar equipo con Herzog, que era en aquel momento el que estaba en mejor forma y mejor situado para lanzar el asalto final; era posible que, por una amarga paradoja, aquel rasgo desinteresado me privara de la alegría de pisar la cima. Era muy fácil obedecer las órdenes que me habían transmitido mis compañeros, someterme a un destino que otro había fijado para mí. Nadie podría nunca reprochármelo. ¿Acaso no era yo un miembro más de un equipo, que había jurado obedecer al jefe? Pero me parecía que si bajaba, no cumplía con mi deber, que trabajaría contra lo que me parecía ser el interés general del equipo. Al pensar todo esto me sentí atravesado por una dolorosa angustia, tan insoportable como si hubiera estado a punto de cometer un crimen. El violento combate que se libró en mi interior duró solamente unos minutos; sin duda, pensé, soy un burro estúpido de ideas anticuadas, pero prefiero hacer lo más bonito, lo más bello. Y así fue como decidí que al día siguiente subiría al campamento IV.

Expuse mi plan a Rébuffat y a Schatz. Gastón, que se encontraba mejor, decidió pasar la noche allí y acompañarme arriba al día siguiente si se sentía con fuerzas. Marcel, muy afectado por un violento malestar debido a la altitud, no podía ayudarnos para nada y decidió descender en solitario, a pesar de los peligros que ello suponía.

Aunque solamente nos separaba del campamento IV un desnivel que no debía ser superior a los trescientos metros, necesitamos más de siete horas para realizar este trayecto difícil y peligroso en el que había varias travesías horizontales. La profundidad de la nieve y el fuerte viento que bajaba desde la cumbre hicieron más difícil que nunca el avance.

Cuando alcanzamos el campamento IV la tempestad estaba ya en pleno apogeo; una vez allí vimos que la tienda estaba aplastada bajo el peso de la nieve. Perdiendo el equilibrio por las ráfagas de



viento, volvimos a ponerla en pie a duras penas e instalamos la que habíamos llevado nosotros. Al cabo de un momento, Gastón se quejó de haber perdido la sensibilidad de sus pies; inmediatamente se arrojó al interior de la tienda y se descalzó apresuradamente; su afilado rostro parecía más pequeño aún, crispado por una dolorosa inquietud. Tuve que hacerle reaccionar con energía y, a fuerza de frotar sus pies y flagelárselos con un cabo de cuerda, acabé por restablecer la circulación.

Gracias a los somníferos, pasamos una noche relativamente buena. Sin embargo, aunque seguíamos estando bastante fuertes, la altitud empezaba a mermar nuestras energías.

Al amanecer, constatamos que las tiendas habían quedado medio hundidas por la presión de la nieve que se había acumulado entre la tela de la tienda y la pared. El aspecto que presentaban era lamentable y las paredes estaban tan deformadas que resultaba casi imposible moverse en su interior. Utilizando las fiambreras vacías, sacamos toda la nieve que pudimos y volvimos a enderezarlas. Hacía un frío canadiense, y el extraño viento procedente de las alturas, que tanto nos había molestado la víspera, soplaba con mayor violencia incluso. Yo me preguntaba cómo íbamos a poder, cuando ya estábamos arrinconados en una situación desesperada, subir en aquellas condiciones otros 1200 metros. Nunca me había parecido tan lejano el éxito. Pero había que probarlo todo y avanzar hasta el límite de lo posible.

Sin lamentarlo, abandonamos este campamento instalado en plena zona de avalanchas y sin más protección que un modesto serac que, evidentemente, no podría librarnos de quedar enterrados en caso de que se precipitara ladera abajo una gran masa de nieve.

El descenso se efectuó con rapidez y, ya muy abajo, encontramos a Herzog y Lachenal que estaban subiendo con Ang Tharkey y Sarki. Louis parecía haberse recuperado y declaró sentirse en plena forma; nuestros compañeros nos explicaron que pondrían de nuevo en marcha el plan que yo debía ejecutar con Maurice y que no tenían intención de bajar antes de haber alcanzado la cima.

Deseándoles buena suerte, mi corazón no sintió envidia alguna; esta subida al campamento IV me persuadió de que la montaña no estaba todavía bastante equipada y, en mi fuero interno, pensé que se estaban haciendo demasiadas ilusiones.

A la mañana siguiente, estudiando cuidadosamente la montaña con la ayuda de unos potentes prismáticos, vi que las dos cordadas de cabeza habían superado la pendiente fortísima que dominaba el campamento V y, medio ocultas por las nubes, trataban de abrirse paso a través del caos de seracs situado a la izquierda de un gran muro rocoso que cerraba dos terceras partes de la ladera formando un arco. Debido a esta forma, le dimos el nombre de La Hoz.

Mucho más abajo, distinguí claramente a Couzy, Schatz y a sus sherpas que avanzaban lentamente en dirección al campamento III.

El campo II se había convertido en un verdadero pueblo donde las grandes tiendas-chalé permitían una estancia cómoda. Ichac, Noyelle y Oudot se instalaron allí, y nos explicaron las dificultades que habían tenido que afrontar para garantizar nuestro avituallamiento con víveres y material. Sólo después de innumerables complicaciones técnicas y diplomáticas consiguieron que cuarenta *coolies* pudieran alcanzar finalmente el campo base. Quince habían aceptado hacer varios viajes de ida y vuelta hasta el campo I y solamente dos estaban decididos a acompañar al incansable Adjiba en sus numerosos porteos del campo I al campo II. La unión entre los campos había podido

asegurarse gracias a una precisión extrema, y faltó muy poco para que nuestros esfuerzos anteriores quedasen aniquilados por todas las dificultades que tuvimos. (Más aún que con los peligros y las angustias de las grandes altitudes, fue en este oscuro trabajo que se hacía por detrás donde se manifestó el magnífico espíritu de equipo que nos permitió superar todas las dificultades. ¿Qué habríamos hecho nosotros sin la entrega de estos compañeros que, no combatiendo por su propia gloria, realizaron el esfuerzo de garantizar nuestro avituallamiento, a pesar de los cinco a seis días de marcha por terreno difícil que nos separaban de nuestra base de salida?).

Tras una buena jornada de reposo, Gastón y yo estábamos de nuevo preparados para lanzarnos a la batalla. Entonces pusimos en práctica un audaz programa cuyo objetivo era ganar un día. Partiendo al alba y con cargas reducidas pensábamos poder llegar al campamento III a las diez o las once de la mañana. Allí, aprovechando las huellas frescas de Couzy y de Schatz, continuaríamos hasta el campamento IV llevándonos todo lo que encontrásemos en el campamento III. Oudot y dos sherpas volverían a subir a la mañana siguiente para abastecer de nuevo este campamento, lo cual era indispensable para dar seguridad a la retirada. Por una vez, nuestras provisiones se cumplieron plenamente. Llegamos al campamento III hacia las once de la mañana gracias a unas huellas muy recientes, y logramos regresar al campamento IV invirtiendo una hora y media en lugar de siete, a pesar de que llevábamos el peso de dos unidades de altitud y diez kilos de víveres. En un solo día logramos recorrer más de ochocientos metros de desnivel situados entre los 6000 y los 7000 metros, y esto era señal de que nos encontrábamos en una forma excepcional, augurio de un buen futuro.

Por el camino nos encontramos con Ang Tharkey y Ang Dawa que, como no habían encontrado en el campamento IV la tienda que debía estar allí, habían tenido que abandonar a sus dos *sahibs*. La perspectiva de tener que transportar ellos mismos los víveres y el material, a la que se enfrentaban entonces Couzy y Schatz, no era verdaderamente agradable y por ello nuestros compañeros, al vernos llegar de forma tan inesperada, manifestaron con mucho calor su alegría...

Pasé una noche excelente y me encontraba en una forma magnífica cuando me lancé hacia arriba siguiendo las huellas mientras mis compañeros desmontaban el campamento.

Durante los primeros metros de mi ascensión me hundía en la nieve hasta el pecho. Pero, casi sin que me diera cuenta, el espesor de la nieve disminuyó y pronto no quedaba más que una minúscula capa de la que emergía el hielo en algunos puntos. La pendiente era comparable a la de un paso difícil en los Alpes. A esas altitudes, subir con los crampones te deja sin aliento, y los sherpas no mostraban en este ejercicio el mismo virtuosismo que nosotros. Fui tallando peldaños espaciados que Schatz iba ensanchando y multiplicando detrás de mí. Después de 150 metros de desnivel practicando este deporte que nos hacía jadear constantemente, desembocamos al borde de la hoz; allí encontramos una tienda muy bien instalada al abrigo de un serac, que inmediatamente bautizamos como campamento IV superior. Ang Tharkey y Sarki estaban allí; con su rudimentario inglés consiguieron explicarme que habían acompañado a Herzog y a Lachenal hasta otro campamento situado bastante lejos. Los *sahibs* les habían dicho que volvieran a bajar y les esperasen allí. Los dos tenían los pies algo helados y parecían encontrarse mal. También nuestros dos sherpas se quejaban de frío en los pies y se metieron en la tienda para entrar en calor.

Siguiendo las indicaciones de Ang Tharkey, empezamos una larga travesía hacia la izquierda

aprovechando una red de cornisas que serpenteaban entre enormes seracs. Schatz abrió paso con gran ímpetu a pesar de que la nieve era profunda; Rébuffat le sustituyó un rato, pero tuvo que dejarlo porque sentía mucho frío en los pies. Al terminar la travesía volví a ponerme en cabeza para elevarme en zigzag a través de los seracs; como nos dimos cuenta de que en caso de niebla sería muy difícil encontrar el camino durante el descenso, tratamos de aprendernos algunos puntos de referencia y dejar grabado el camino en nuestro recuerdo.

Ahora, en lugar de la nieve profunda apareció una costra quebradiza en la que nos hundimos hasta media pierna; a veces era necesario usar los crampones durante unos metros. A pesar de que llevaba botas nuevas de un número bastante grande que, para que estuvieran muy secas, tuve la precaución de llevar en mi mochila hasta el campamento IV, noté que el frío invadía mis extremidades inferiores. Probé a mover continuamente los dedos gordos de los pies, pero no obtuve ningún resultado y opté por detenerme, descalzarme y frotar mis pies vigorosamente dentro de mi pie de elefante<sup>[27]</sup>. El viento, violento, complicó bastante esta tarea difícil pero eficaz.

Algo más arriba de donde yo estaba, Couzy y Schatz se detuvieron para imitarme. El avance era cada vez más fácil, y pronto no tuvimos más que trepar por una nieve endurecida por el viento. La pendiente, mediana, de unos 30 o 35 grados de inclinación, era muy favorable al avance. Encima de nosotros, instalada al pie de una pequeña barrera rocosa, la tienda del campamento V parecía estar al alcance de la mano. Sin embargo, pese a nuestros esfuerzos, tardaba en acercarse... Como sentí que volvía el frío, forcé el paso con intención de llegar con suficiente antelación como para calentarme un poco mientras esperaba a los otros. Rébuffat, que había pensado lo mismo, sacaba ventaja a Couzy y a Schatz. Pero no me hizo falta entregarme a fondo para mantener mi ventaja.

Al llegar encontré la tienda medio aplastada, pero pude, a pesar de ello, instalarme apresuradamente en el pequeño emplazamiento útil que todavía formaba el nailon en torno al palo que seguía en pie. Cuando Gastón llegó, ya me había calzado otra vez y estaba preparado para cavar la plataforma en la que íbamos a instalar la segunda tienda. Schatz, muy dispuesto, aportó una ayuda preciosa en esta ruda tarea que teníamos que llevar a cabo sin más instrumentos que nuestros piolets y fiambreras. La nieve, comprimida por el viento, estaba casi tan dura como el hielo. Además, en aquella pendiente tan inclinada, hacía falta cavar muchísimo antes de poder instalar una tienda. A la altitud de 7500 metros, donde el más mínimo esfuerzo violento te deja sin aliento, este trabajo de zapador resultaba molestísimo; cada diez golpes de piolet tenía la impresión de que me iba a estallar el pecho y que iba a escupir los pulmones. Cada vez que me detenía, los enloquecidos latidos de mi corazón resonaban en mis oídos. Necesitaba más de treinta segundos para lograr que la sensación de ahogo se disipara y el ritmo de mis latidos se desacelerara un poco. Trabajando a este ritmo, pensé, harían falta horas para terminar las plataformas. Entonces traté, para ganar tiempo, de forzar hasta el límite mis acciones. A veces me excedía tanto que se formaba un velo negro ante mis ojos y, medio asfixiado, caía de rodillas, jadeando como una fiera perseguida.

Pero me negué a que los sherpas me ayudasen y exigí que les dejáramos descender inmediatamente. Era un rasgo de elemental humanidad. La tempestad había empezado, la visibilidad era mala y era indispensable que estos compañeros —que estaban entregados a nosotros en cuerpo y alma— pudieran llegar al campamento IV antes de que las huellas se borrasen.

Couzy vino en nuestra ayuda y la plataforma se amplió rápidamente; mejoramos un poco aquélla, demasiado rudimentaria, que habían dejado los primeros llegados y luego instalamos una nueva tienda y volvimos a montar la primera en la que Rébuffat, decididamente bastante afectado, consiguió deshacerse los pies.

Levantado con demasiada precipitación, este campamento era tanto más inconfortable cuanto, a consecuencia de un fastidioso olvido, sólo disponíamos de tres colchones neumáticos y un hornillo. Sin embargo, nos instalamos Couzy y Schatz en una tienda, Rébuffat y yo en otra.

Pero, ¿qué hacían mientras Herzog y Lachenal? No se habían llevado tienda e indudablemente habían tratado de alcanzar la cumbre que, sin embargo, seguía estando bastante alejada.

El tiempo pasaba y no les veíamos llegar. En el exterior reinaba la tempestad y empezábamos a inquietarnos. Pronto sería demasiado tarde para que nadie pudiera descender hasta el campamento IV, e íbamos a tener que dormir de tres en tres en aquellas tiendas que ya para dos personas resultaban demasiado pequeñas. Ante tal perspectiva, Couzy y Schatz, visiblemente deteriorados por el malestar producido por la gran altitud, decidieron volver a bajar al menos hasta el campamento IV y, si podían, más abajo incluso. Apenas habían partido cuando me trasladé a su tienda con todos mis bagajes. Según mis costumbres en el Himalaya, me ocupé de cocinar y preparé ovomaltina y tonimalt con nieve previamente fundida.

Seguía pasando el tiempo y mi intranquilidad alcanzaba ya el paroxismo. Con los nervios tensos y al borde de la impaciencia, asomaba a menudo el busto con la esperanza de percibir algo; pero no encontraba más que la tempestad, despiadada como siempre. Por fin mi oído, siempre atento, captó el característico crujido producido por el paso del hombre sobre la nieve. Entonces me precipité hacia el exterior, justo a tiempo de ver llegar a Herzog, solo. Con la ropa y la barba con un aspecto muy extraño porque estaban cubiertas de escarcha, me anunció, con los ojos iluminados por la alegría, la victoria. En aquel solemne minuto traté de estrecharle la mano. ¡Horror! Lo que me ofrecía era un pedazo de hielo, duro como el bronce. Entonces le grité:

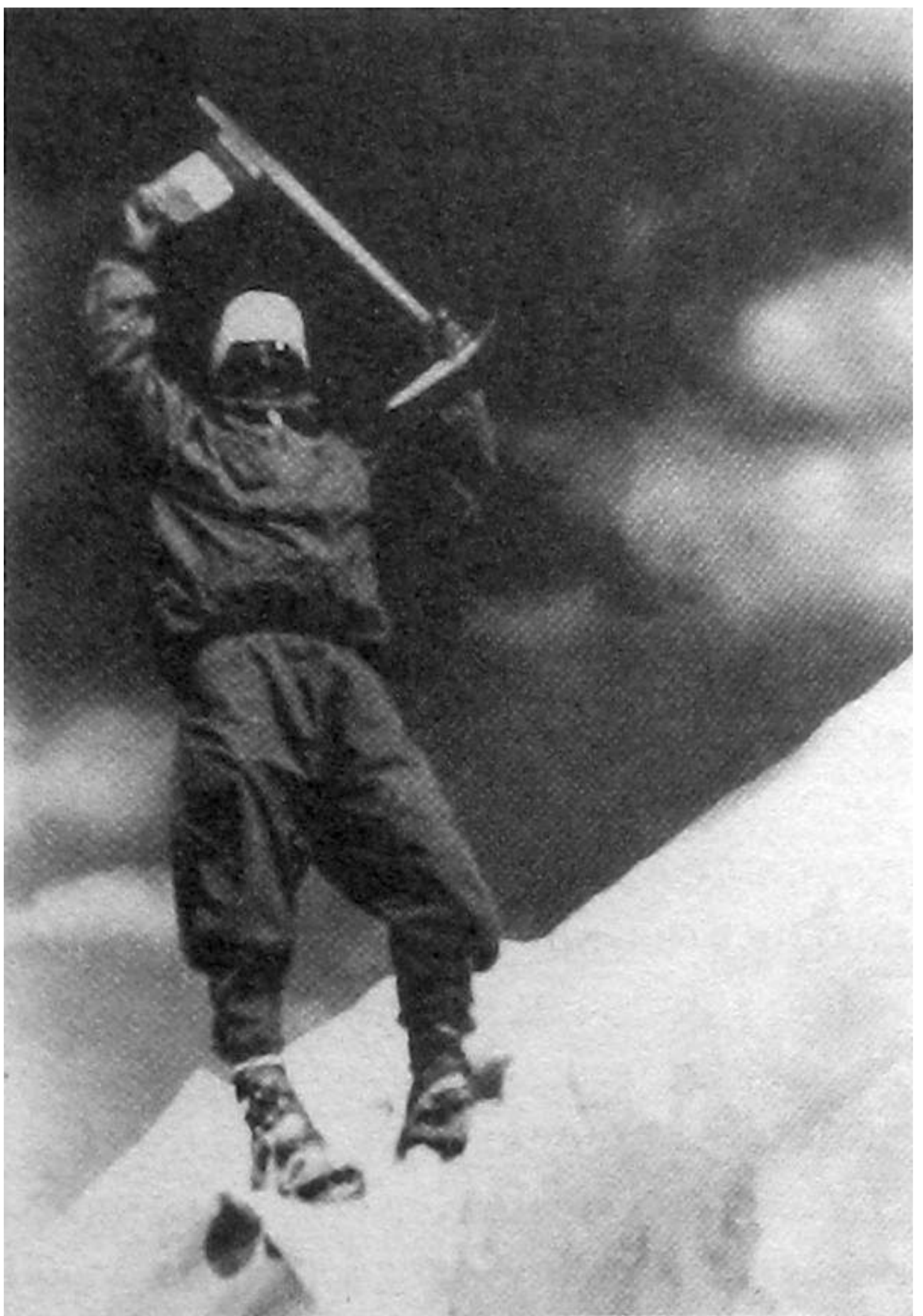
—¡Momo! ¡Tienes la mano helada!

El miró su miembro con indiferencia y me respondió:

—No es nada, ya me recuperaré.

La ausencia de Lachenal me asombraba, pero Maurice dijo que llegaría de un momento a otro.

Luego entró en la tienda de Gastón, que enseguida se puso a cuidarle. Yo me puse a calentar agua. Luego, como Lachenal seguía sin llegar, volví a preguntar a Herzog; lo único que sabía contestarme, sin embargo, era que estaban juntos unos minutos antes de llegar al campamento.



Yo saqué la cabeza fuera de la tienda y tuve la impresión de oír una llamada lejana. Presté toda mi atención, y el viento, que soplaba furiosamente, llevó hasta mí un débil pero inconfundible grito de «¡Socorro!». Salí de la tienda y apenas si pude percibir la imagen de Lachenal colgado en una pendiente, a unos cien metros por debajo del campamento.

Rápidamente me calcé y me vestí. Cuando, al volver a salir, miré de nuevo la pendiente, ésta estaba blanca y lisa. No había ninguna sombra que frenara mi mirada. El golpe moral fue tan fuerte que perdí el control. Llenos los ojos de lágrimas, me puse a gritar con todas las fuerzas de mi desesperación. Pasaron unos minutos atroces en los que creí haber perdido para siempre al compañero de los más bellos días de mi vida. Aplastado por la tristeza, no me conformaba sin embargo a creer que todo había terminado. Olvidando el huracán que me cortaba la cara, me quedé allí, postrado.

Entonces se produjo lo que la intensidad dramática de la situación me había impedido imaginar. Una nube se abrió y me permitió ver a Lachenal, que se encontraba situado en un punto mucho más bajo de lo que yo recordaba. Sin detenerme a ponerme los crampones, me lancé resbalando como un trineo. Bajé como un bólido por aquella fuerte pendiente y sólo a duras penas pude detenerme en la nieve compacta y endurecida por el viento.

Sin piolet, sin gorro, sin guantes, y con un único crampón, Lachenal acababa de sufrir una grave caída. Con la mirada perdida, me gritó:

—He patinado. Tengo los pies helados hasta los tobillos. Ayúdame a bajar al campamento II. Oudot me pondrá inyecciones. Rápido, rápido, ¡bajemos!

Yo traté de explicarle el peligro mortal que suponía descender en plena tempestad y con la noche encima, pues faltaba media hora para que oscureciera totalmente. Además, no teníamos ni cuerda ni crampones. Su angustia ante la idea de quedar atrozmente mutilado era tal que, al ver que yo me negaba a hacer lo que pedía, se encendía en sus ojos una llama de locura; arrebatado por una violencia repentina me arrancó de las manos mi piolet y se puso a correr pendiente abajo; pero su único crampón le hizo tropezar; después de dar algunos pasos más, se sentó llorando en la nieve y me gritó con acento desesperado:

—Bajemos; si Oudot no me pone las inyecciones, estoy perdido. Me cortarán los pies hasta la pantorrilla.

Yo me esforcé por hacerle razonar y le dije que no había ninguna posibilidad que no fuera volver a subir para pasar la noche en el campamento; pero él no quiso saber nada de eso. Pasaron unos minutos largos en los que, con el rostro cortado por las ráfagas, continuamos este auténtico diálogo de sordos. Por fin Louis se decidió a seguirme; jadeando, fui cortando furiosamente la nieve para abrir paso mientras que él, agotado física y moralmente, se arrastraba de pies y manos.

Inmediatamente después de entrar en la tienda, traté de descalzar a Lachenal, pero todo estaba duro como una piedra. Con un cuchillo separé sus botas de los calcetines y logré por fin arrancárselas. Los pies de mi amigo estaban blancos y totalmente inertes. Al verlo, mi corazón quedó encogido. Es cierto que habíamos conquistado el Annapurna, que habíamos alcanzado la primera cumbre de ocho

mil metros, pero, ¿a qué precio? Yo, que estaba dispuesto a dar mi vida por esta victoria, no pude evitar pensar por un instante que aquel era un precio demasiado caro. Pero no era momento de meditar, sino de actuar.

Así empezó una noche más profundamente dramática que ninguna de las que han descrito jamás las novelas de aventuras. A falta de un colchón neumático, tuve que aislarme un poco de la nieve sentándome sobre los víveres, y en esta posición pasé horas frotando y flagelando los pies de Lachenal hasta quedar sin aliento. Él, alcanzado algunas veces por las cuerdas en partes todavía vivas, lanzaba gritos furiosos. De vez en cuando me paraba para llenar la escudilla de nieve y preparar bebidas calientes para los dos heridos.

En la tienda vecina oía a Rébuffat que hacía cuanto podía para reanimar las cuatro extremidades de Herzog. Pasaban monótonas las horas. A veces, abrumado por la fatiga y el sueño, caía sobre Lachenal; luego, con un sobresalto de energía, comenzaba de nuevo a frotar. Con voz entrecortada, mi amigo me contó la última batalla. Me explicó cómo partieron al alba, de una tienda hundida, sin haber podido tomar nada caliente. Me contó la interminable subida hacia una cima que parecía huir ante ellos; el insidioso frío que penetraba en sus miembros pese a todos los esfuerzos, la fatiga, la falta de aire. Por fin la cumbre, la victoria, las fotos, aquel minuto del que se espera una maravillosa alegría y en el que sólo se siente una penosa impresión de vacío. El descenso del que lo había olvidado todo a excepción de aquella caída en la que, resbalando por la pendiente en enloquecidas cabriolas, esperaba con resolución la muerte. Luego la inesperada e incomprensible detención, el regreso a la vida, la angustia, el sufrimiento, la llegada de auxilios.

En silencio, escuchaba el relato de aquellas horas gloriosas. Así, por su inflexible voluntad, su valor y su abnegación, mis compañeros habían sabido conseguir aquella victoria por la que, pese a los mortales riesgos, todo el equipo había combatido con sus últimas energías. Gracias al desesperado esfuerzo de aquellos dos héroes, años de sueños y preparación conocían por fin el éxito. El formidable trabajo de quienes, para gloria de nuestro país y por un puro ideal, habían hecho posible esa simbólica conquista, no había sido en vano. ¡Con qué penacho francés habían coronado, Herzog y Lachenal, aquel edificio tan penosamente construido! Gracias a ellos, nuestra raza, tan criticada, había dado al mundo el mejor ejemplo de sus inmortales virtudes. De este modo la obra emprendida podría ser perpetuada, nuestra juventud podría seguir el ejemplo de sus mayores y, sin duda alguna, hacerlo todavía mejor.

En el exterior, la tempestad había crecido hasta adquirir una violencia inaudita y nuestras tiendas eran peligrosamente sacudidas por el viento. La nieve que se acumulaba entre la pared de hielo y la tela iba empujándonos poco a poco hacia la pendiente. A pesar de los esfuerzos que hacíamos para sacudir aquella masa, el espacio de que disponíamos disminuía de forma inquietante.

Los esfuerzos que hice durante toda la noche no fueron inútiles y me vi ampliamente recompensado. Efectivamente, vi con gran alegría que Lachenal conseguía de nuevo mover los dedos gordos de los dos pies, cuya blancura de la víspera había dado paso ahora a un bello color rosa.

Como pasó un rato y no oía nada, llamé a mis compañeros de la otra tienda. Pero éstos, muertos de cansancio, se habían dormido. Luego empezó a acercarse el alba, pero fue una decepción, porque, al contrario de lo que solía ocurrir, la tempestad no se calmó. ¿Iba a abandonarnos la maravillosa

suerte que nos había acompañado hasta allí? Por vez primera después de dos meses, el mal tiempo que habíamos tenido todas las tardes se prolongaba más allá de la noche. ¿Era la venganza de la diosa Annapurna, molesta por el ultraje que suponía la intrusión de los hombres en su templo más sagrado? ¿O se trataba simplemente de la llegada del monzón, que, según las informaciones de la radio, estaba ya muy cerca?

Fuera como fuese, había que descender lo antes posible. Al día siguiente habríamos perdido todavía más fuerzas y la acumulación de la nieve fresca haría el camino impracticable.

Enseguida me dispuse a equipar a Lachenal, pero el calzado planteó un problema delicado. Como sus pies se habían hinchado, Louis no lograba meterlos en las botas. Parecía atroz hacerle bajar en calcetines después de haber conseguido con tantos esfuerzos librarle del dominio del hielo. Por otro lado, ¿cómo fijar los crampones? Sin estos instrumentos le resultaría imposible mantenerse en pie en las pendientes de nieve dura. Si bien al principio podíamos llevarle nosotros, en los flanqueos sería imposible.

¡Qué drama tan estúpido! ¿Qué podíamos hacer?

En vano busqué una solución. Después, bruscamente, surgió luminosa como un relámpago la idea: yo podía dar a Lachenal mis propias botas, que eran dos números más grandes que las suyas; por fuerza le irían bien.

Pero el revés de la medalla apareció enseguida en mi pensamiento, y un helado estremecimiento me recorrió todo el cuerpo. Si le daba mis botas a Louis, yo tendría que ponerme las suyas que, por un lado, me irían pequeñas, y; por otro, estaban tan abiertas por las cuchilladas que serían invadidas rápidamente por la nieve. ¡Mis pies iban a quedar helados con toda seguridad!

Pero, por mucho que le diera vueltas al problema, no veía otra solución.

Por un instante, el peso del destino me aplastó. Aquel sacrificio de mi carne me parecía más horrible que la muerte. Pero, con todas las fibras de mi ser, sentía que era un deber imperioso, más fuerte que el instinto. Negarme a hacerlo sería un deshonor, un crimen, una traición a la amistad.

No había otra alternativa. Con la resolución del soldado que, en el momento del asalto, se precipita contra la metralla, me quité mi segundo par de calcetines y bruscamente introduje mi pie derecho en un borceguí de suplicio. Inmediatamente me sentí dominado por el furor de la acción; en previsión de lo peor, puse en mi mochila algunos víveres y un saco de dormir y después grité a Herzog y a Rébuffat que hicieran lo mismo. También tenía intención de llevarme una tienda; cuatro personas, en un cobijo tan minúsculo, y turnándose en los dos sacos, pueden soportar durante largo tiempo el frío. El viento que soplaba fuera era terrible y nos costó bastante ajustarnos los crampones. Como Lachenal había perdido uno de los suyos la víspera, yo tuve que contentarme con el otro que quedaba. Pero, ¿dónde estaba mi piolet? En la precipitación de la víspera olvidé guardarlo y ahora resultaba imposible encontrarlo. Como Louis había perdido el suyo en su caída, no quedaban más que dos en total. Los tomamos Gastón y yo.

Yo quería todavía desmontar la tienda, pero, aunque el viento soplaba con fuerza, ya no nevaba y la visibilidad era bastante buena. La primera cordada bajaba ya por la pendiente y Lachenal, más impaciente que nunca, tiraba de mí por la cuerda gritándome:

—Apresúrate, ¿para qué quieres una tienda? Dentro de una hora estaremos en el IV.



Bruscamente, me invadió su optimismo. Me pareció que nos veríamos lo suficiente para no perdernos al hacer en sentido inverso la larga travesía por los seracs. Me dejé arrastrar pensando que habría buena visibilidad y que valía la pena abandonarse a la misericordia de Dios...

Con bastante rapidez descendimos el *couloir* de nieve dura. Las dificultades no empezaron hasta que abordamos los primeros seracs. El viento había amainado y la nieve caía a grandes copos. Además, había una niebla que nos hacía difícil ver a un hombre a veinte metros. No podíamos reconocer el terreno y pronto tuvimos la impresión de habernos perdido. La gravedad de la situación se dejaba ver con toda su amplitud. Comprendimos perfectamente que en aquellas condiciones no teníamos más que una posibilidad entre cinco de llegar a encontrar de nuevo el campamento IV superior. Pero no había alternativa. Hasta la llegada de la noche había que probarlo todo, explorar todo el terreno que fuera posible mientras nos quedaran fuerzas. Al día siguiente, tras un vivac sin material, los que quedaran vivos no tendrían fuerzas para nada y sólo podrían salvarse si volvía el buen tiempo.

Durante horas y horas anduvimos errando, creyendo a veces reconocer un punto. Tratábamos de seguir una ruta que nos parecía buena, pero siempre acabábamos enfrentándonos a la misma decepción y teníamos que volver a lo mismo de antes. Los copos caían a un ritmo extraordinariamente intenso y la capa de nieve crecía ante nuestros ojos sobre las cornisas que nos permitían circular. Avanzar era cada vez más duro. Nos hundíamos hasta las caderas y después hasta por encima de la cintura. Felizmente, la nieve polvo es fácil de desplazar.

Me sorprendía, sin embargo, sentirme tan fuerte y ser capaz de aquel trabajo. Rébuffat se turnaba conmigo regularmente y se mostraba muy valeroso. Su legendaria testardez hacía maravillas y me hizo acordarme de una ocasión en la que, tras haber realizado esfuerzos desesperados en una ascensión corta pero muy empinada en la que había que actuar con los pies y las manos, yo había acabado por batirme en retirada. Él, en cambio, había ido arañando pacientemente centímetro a centímetro hasta lograr salir del paso con éxito.

A veces, desanimados, nos sentábamos. Aproveché esos momentos para descalzarme y reanimar mis pies, que el hielo empezaba a morder. Estaba dispuesto a morir, pero en modo alguno quería convertirme en un lisiado.

Herzog seguía a su jefe de cordada sin murmurar ni mostrar debilidad. Lachenal ponía las cosas más difíciles. Afirmaba que nuestro esfuerzo era inútil. Estaba moralmente agotado y quería que cavásemos un agujero en la nieve para esperar allí a que hiciera buen tiempo. Para conseguir que me siguiera me vi obligado a tirar de la cuerda y a mostrarme irritado.

Yo había llegado a un grado de impasibilidad total. Aunque perfectamente consciente de todo, emprendía sin temor las acciones más arriesgadas. Sin una sola duda atravesaba pendientes muy fuertes en las que la nieve en equilibrio inestable podía arrastrarme en cualquier momento. Provisto de un solo crampón, me aventuraba en difíciles pendientes de hielo en las que, gracias a que conservaba totalmente mi flexibilidad, logré realizar acrobacias que me sorprendían a mí mismo.

Incansablemente, tratamos de encontrar hacia la izquierda el estrecho paso que daba acceso al campamento IV. Pero, con aquella niebla que lo deformaba y cambiaba todo, podíamos pasar cien veces al lado de ese punto sin verlo ni reconocerlo. Con la esperanza de ser oídos por los que quizás

se encontraban en la tienda del campamento IV superior, de vez en cuando gritábamos con desesperación.

Llevábamos casi 24 horas sin apenas comer. Sin embargo, nuestro vigor era asombroso para unos hombres que habían pasado varios días trabajando a una altitud superior a los siete mil metros. ¿Se debía esta forma milagrosa a la absorción regular de las drogas recetadas por Oudot?

En aquella lucha por la vida, el tiempo había pasado muy deprisa y el día empezaba a declinar. Había que empezar a pensar en hallar una grieta donde cobijarse del viento que volvía a soplar. Mientras yo exploraba los diversos agujeros que nos rodeaban, Rébuffat y Herzog trataron por última vez de llegar a un punto reconocible. Yo no encontré más que abismos insondables o bien minúsculas grietas en las que el viento se agitaba permanentemente en torbellino. Desesperado, traté de acondicionar un poco el hielo de un hueco, cuando repentinamente, detrás de mí, Lachenal me lanzó un grito horrible. Me di la vuelta precipitadamente y pude constatar que Lachenal había desaparecido. Un pequeño agujero redondo me llamó la atención. Desde las profundidades del hielo, una voz lejana me tranquilizó. Lejos de haber muerto, mi amigo había caído en una caverna que, en su opinión, era ideal para pasar la noche. Un salto de cuatro o cinco metros bastó para comprobar que no mentía. Caímos en una gruta espaciosa, como una habitación pequeña, y perfectamente abrigada del viento. En contraste con el exterior, la temperatura parecía casi agradable. Con un pequeño esfuerzo logramos instalarnos de manera bastante cómoda. Saqué mi saco de dormir y, al levantar la vista, comprobé que la segunda cordada, demasiado excitada sin duda ante la idea de poder abandonar por fin el infierno de nuestras tiendas aplastadas por el viento, había olvidado traer uno.

Yo me sentía transido de frío y, al contacto esponjoso del saco de plumón, noté que me recorrían el cuerpo olas de calor. Bruscamente arrebatado por un egoísmo animal, el egoísmo del hombre abrumado por el sufrimiento, me introduje prestamente en el saco. Un dulce ambiente tibio de edredón me invadió enseguida, me sumí en una voluptuosa beatitud... A mi lado, mis compañeros, apretados unos contra otros, se helaban en silencio. Felizmente, no tardé en darme cuenta de mi espantoso egoísmo y, tras una gimnasia complicada, Herzog, Lachenal y yo logramos introducir en este providencial saco la parte inferior de nuestros cuerpos.

Casi no me acuerdo de esta espantosa noche. Sé solamente que la lucha contra el frío, los calambres que me retorcían los músculos, y los accesos de altruismo que me empujaban de vez en cuando a frotar los miembros de mis compañeros, me absorbían de tal manera que me resultaba imposible pensar. ¿Para qué, de todas formas, puesto que yo sabía muy bien que solamente un buen día podía salvarnos? Pero todavía nos aferrábamos a una última esperanza. ¡Dicen que la vida está hecha de esperanzas! Había que defenderse toda la noche, hasta el día siguiente. Sólo después podíamos entregarnos a la idea de morir. También recuerdo que tras varias horas de lucha, al final el sueño y el agotamiento acabaron por vencerme y me dormí.

Cuando me desperté, estaba completamente aterido de frío. En la caverna reinaba una iluminación vaga y difusa, pero no conseguí distinguir nada con precisión. Estaba tratando de comprender qué era lo que ocurría a mi alrededor cuando, repentinamente, oí un ruido estruendoso que procedía de encima de donde nos encontrábamos. En el mismo momento sentí también el choque blando de una masa de nieve que se desplomaba encima de mí. Inmediatamente, me di cuenta de qué

había ocurrido. Una avalancha había pasado por encima de nosotros y parte del techo de nuestra cueva se había hundido.

No quedamos completamente enterrados, sino solamente cubiertos de nieve. Sacudiéndonosla de encima logramos salir al aire libre y a la luz. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba parcialmente ciego<sup>[28]</sup>. También Gastón se encontraba así. Pero ahora eso no importaba. Lo que había que hacer era salir de la cueva y ver si en el exterior la tormenta había terminado. Todo nuestro material estaba esparcido por diversos puntos de la cueva y fue necesario buscarlo bajo la nieve. Gastón fue el primero que consiguió encontrar su calzado. Con ciertas dificultades, escaló enseguida los pocos metros que le separaban del exterior. Locos de esperanza, los demás le preguntamos desde abajo qué tiempo hacía. Él nos gritó que no veía nada, pero que soplabá un viento violento.

Luego encontré mis botas, pero, casi ciego, necesité de la ayuda de Lachenal para poder ponérmelas. Él estaba exageradamente nervioso y se impacientaba tanto que era un mal ayudante. Pero, haciendo mucha fuerza, al final conseguí que mis pies penetraran en aquellos instrumentos de suplicio.

Cuando emergí a la superficie, la fuerte borrasca me cortaba el rostro; el cielo me pareció gris y brumoso.

Al juzgar que el mal tiempo seguía sin abandonarnos pensé inmediatamente que estábamos perdidos, y me abandoné a una taciturna desesperación.

Debajo de mí sonaban los gritos furiosos de Lachenal y me decidí a ayudarle a salir del agujero. Como no había logrado encontrar su calzado, iba en calcetines. Apenas se encontró en el exterior empezó a aullar:

—¡Buen tiempo! ¡Hace buen tiempo! ¡Estamos salvados, estamos salvados!

Luego, moviéndose como un demente, se puso a correr hacia el fondo de la depresión en la que estaba nuestro agujero.

En medio de aquel delirio verbal, llegué sin embargo a comprender que en realidad hacía buen tiempo y que solamente la oftalmía que me aquejaba me había impedido ver que el cielo estaba azul.

En la gruta, sin perder el realismo, Herzog seguía buscando minuciosamente por toda la masa de nieve a fin de recuperar nuestro material; con ayuda de una cuerda fui sacando poco a poco dos pares de botas y varias mochilas. Ahora le tocaba el turno de salir a él. Pero, con sus pobres manos heladas, casi no podía lograrlo. A pesar de ser naturalmente fuerte y de haber adquirido una gran experiencia en este tipo de trabajo gracias al oficio de guía, no lograba izar a aquel atleta de ochenta kilos, y varias veces tuve que dejarle caer. Por fin, con un esfuerzo supremo, logré sacar su busto, y él, aferrándose a mis piernas, acabó por salir. Completamente agotado, la moral le abandonó por un instante y me dijo:

—Lionel, esto se acabó. Ya no tengo fuerzas, déjame morir.

Yo traté de reanimarle todo lo que pude y al cabo de unos momentos se recuperó. Luego fuimos a reunimos con nuestros compañeros, que se habían instalado al sol, al borde de una pendiente impracticable de más de mil metros de altura. Lachenal, completamente histérico, lanzaba gritos y hacía grandes señales hacia el campamento II que, según él, era visible al pie de la pendiente. Yo le di sus botas y sus crampones y luego traté de ponerme mi único crampón, pero, como mi vista era

muy deficiente, me costó mucho tiempo. Gastón y yo tratamos de calzar a Herzog, pero, debido a nuestra ceguera, no lo logramos. Lachenal, en lugar de ayudarnos y debido a que había perdido en parte el control, no sabía hacer nada que no fuera gritar:

—¡Venga, venga! ¡Deprisa, estamos salvados!

Después de más de media hora de esfuerzos y gracias al descubrimiento de un cuchillo que nos permitió abrir un poco más los cortes que ya habíamos practicado a sus botas, Maurice quedó por fin equipado.

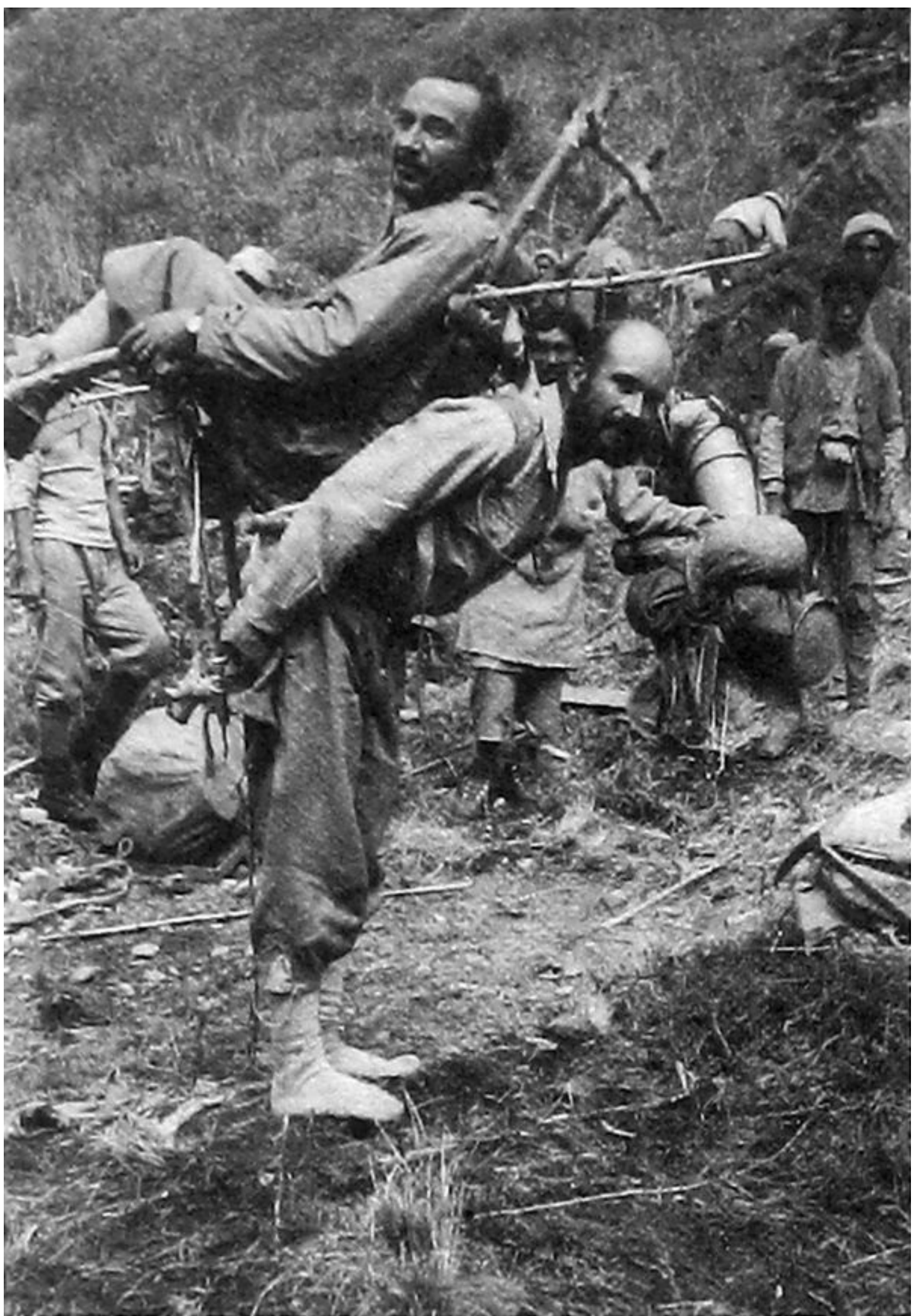
Para saber hacia dónde debíamos dirigirnos, pregunté a los dos cómo teníamos que ir. Lachenal dijo que hacia la derecha, y Maurice que hacia la izquierda, aunque ninguno de los dos estuviera muy seguro de lo que decía. ¿Qué debíamos hacer? A pesar del inesperado buen tiempo, ¿íbamos a vernos condenados a perecer en un punto donde ya se veía el campamento II, mientras que, desde allí, nuestros compañeros nos observaban impotentes?

Traté de hacer frente a la situación; seguíamos perdidos. Maurice y Louis estaban helados y agotados, mientras que Gastón y yo habíamos perdido la vista. En tal estado no podíamos hacer nada. Aquel buen tiempo no era más que una dolorosa prórroga.

¿Por qué, me pregunté, no ha permitido la providencia que quedemos definitivamente enterrados en la cueva?

Nuestra situación no había llegado hasta ahora a un punto comparable de intensidad dramática.

Pero, como en los guiones de cine, es precisamente éste el instante elegido por el milagro para producirse. A nuestra izquierda se oían ruidos que parecían bastante cercanos; al principio no podíamos creerlo, pero tuvimos que rendirnos ante la evidencia: llegaba el socorro esperado. A cincuenta metros de nosotros apareció Schatz, saliendo por detrás de un serac. Mirando hacia allí, distinguí vagamente la mancha que producía su cuerpo sobre la blancura de la nieve.



Bruscamente, comprendí que estábamos salvados. Devuelto a la vida brutalmente, me di cuenta de que llevaba varias horas sin sentir ni los pies ni las manos. ¿Qué iba a ser de mí en la tierra convertido en un tullido? ¿Qué iba a hacer si para mí nada cuenta de verdad fuera de mi oficio? Era necesario salvarme mientras hubiera todavía tiempo. Como un loco, me lancé por las huellas de Schatz, llegué al campamento IV superior y me precipité en la tienda donde Couzy acababa de prepararse. Pedí que bajaran a todos los demás, y que regresaran a buscarme en cuanto pudieran, aunque fuera al día siguiente.

Las voces del grupo que descendía empezaron a debilitarse y pronto volví a encontrarme en el opresivo silencio de las grandes altitudes.

Durante horas estuve frotando y flagelando mis manos y mis pies; pude comprobar que, afortunadamente, estaban en una situación menos grave de lo que yo temía, pues poco a poco la circulación se restableció y el blanco ligeramente verdoso que los dominaba cedió para que surgiera un saludable rosa.

El dolor que acompañó este regreso a la vida fue tan atroz que no podía impedir que me salieran sordos gemidos. Absorbido por aquellos esfuerzos, estuve tan distraído que el tiempo pasó sin que me diera cuenta. No había tenido ni un momento para pensar que me encontraba solo en una tienda perdida en la inmensidad de la montaña y que, ahora, completamente ciego, mi destino estaba entrelazado con el de los compañeros que habían prometido venir a buscarme, Bastaba que resbalaran por una pendiente o que fueran arrastrados por una de las avalanchas que oía crujir por todos lados para que, lentamente, el hambre y la sed me arrastraran a la muerte sin que yo pudiera hacer nada para huir de su abrazo.

Pero pronto oí un lejano rumor de palabras, acompañado del crujido de la nieve pisada. La voz amistosa de Schatz sonaba muy cerca:

—Tranquilo, Lionel, no te apures. Todo va bien. He venido con Ang Tharkey.

Aunque padecía de una sed dolorosa, enseguida estuve dispuesto a partir. Pero Marcel no quiso descender inmediatamente. En un rasgo heroico, quiso antes regresar a la cueva donde habíamos pasado la noche anterior, para poder recuperar la cámara y las películas que habían quedado abandonadas allí. Estuvimos esperándole largo tiempo, tanto que Ang Tharkey pudo prepararme varias ollas con nieve derretida para aplacar mi sed. Sólo me quedaba un pensamiento angustioso: ¿y si Schatz se hubiera hundido en una cueva o grieta oculta?

Pero, por fin, regresó, contentísimo porque había recuperado parte de las películas. Inmediatamente empezamos el descenso.

Habíamos vuelto a tropezar con la increíble suerte que nos había llevado hasta la victoria. Todavía en varias ocasiones íbamos a correr el riesgo de que nos diera la espalda, pero no volvió a fallar. El hecho de haber podido batirnos en retirada por aquella pendiente en la que una espesa capa de nieve se resquebrajaba por todas partes en sucesivas avalanchas, no es el menor de los milagros ocurridos en esta aventura...

La tienda del campamento IV había sido, de hecho, arrancada por la nieve precisamente cuando dos sherpas acababan de salir de ella. Herzog se vio arrastrado por otra avalancha con Aïla y Panzy, pero luego su caída fue frenada al hundirse un puente de nieve que le precipitó varios metros hasta una cornisa donde pudo detener la caída de los sherpas que, a su vez, hicieron de contrapeso para impedir que él se aplastara en el abismo...

El sueño que habíamos vivido se disipó poco a poco. En una espantosa mezcla de dolor y alegría, heroísmo y bajeza, de sol y barro, de grandeza y mezquindad, lentamente volvimos a bajar a la tierra.

Pasaron los días y llegamos a la primera carretera y al primer camión. Aplastado por la tristeza, comprendí en aquel momento que habíamos dado vuelta a una página. Había que volver a enfrentarse al mundo. La gran aventura había terminado.

En el epílogo de su libro sobre la aventura del Annapurna, Maurice Herzog supo expresar en pocas frases el alcance y el sentido más profundo de aquella aventura:

«Siempre se habla del ideal como de un objetivo al que se tiende pero que no se alcanza nunca.

»El Annapurna, para nosotros, es un ideal realizado. En nuestra juventud, los relatos imaginarios que suelen ofrecerse como pasto a la imaginación de los niños, no nos confundían. La montaña ha sido para nosotros una pista natural en la que, jugando en las fronteras entre la vida y la muerte, hemos encontrado la libertad que oscuramente buscábamos y que necesitábamos tanto como el pan. La montaña nos ha entregado sus bellezas, que hemos admirado como niños ingenuos, y que hemos respetado al igual que el monje respeta la idea de Dios.

»El Annapurna, una cumbre a la que habríamos ido sin un céntimo, es un tesoro sobre el que crecerá nuestra vida. Con esta realización, damos vuelta a una página... Empieza una nueva vida. Hay otros Annapurnas en la vida de los hombres».

Desde el momento en que, el 3 de junio de 1950, la pirámide de los esfuerzos de todo el equipo consiguió elevarse casi al objetivo ideal que nos habíamos fijado, han transcurrido once años; hoy, me vuelvo hacia el pasado y me hago una pregunta: ¿ha encontrado cada uno de nosotros otro Annapurna...?

Al regresar, Herzog quedó marcado por una terrible invalidez y una salud destrozada, y podía temerse que se convirtiera para siempre en un ser disminuido en todos los aspectos, en una borrosa sombra del atleta dinámico y del brillante intelectual que había sido.

Sin embargo, logró superar todas las pruebas y lanzarse en pos de las más difíciles conquistas. Ya nunca pudo practicar el alpinismo en condiciones normales, pero supo dirigir hacia otros campos de acción su necesidad de emprender y crear.

Una innata facultad para moverse entre las emboscadas del mundo de los hombres le ha permitido no sólo acceder al rango de director de industria para el que se había formado, sino convertirse en presidente del Club Alpino Francés, con iniciativas de gran alcance, y, en último lugar, en renovador de las instituciones nacionales que dirigen la juventud y los deportes.

Por el contrario, Lachenal, alcanzado por un destino trágico, desapareció de este mundo sin haber encontrado otros Annapurnas; pero, ¿los hubiera podido encontrar?

Tras haber padecido, con un valor asombroso, unas dieciséis intervenciones quirúrgicas, al cabo

de cinco años de esfuerzos y de sufrimientos había logrado recuperar unas condiciones físicas perfectamente suficientes para proseguir con éxito la práctica de su oficio: instructor de montaña. Pero, aunque seguía siendo capaz, ya no era el virtuoso genial que habíamos conocido. Esta reducción de sus posibilidades le afectó profundamente, hasta el punto que incluso su carácter cambió.

Él, que por un privilegio de la suerte se había librado de la pesadez y la torpeza general entre los hombres, se sentía atrapado en una jaula de plomo. Con esa sensación de peso, el alpinismo ya no le aportaba la alegría de encontrar una cuarta dimensión, la celestial ligereza que a veces da la escalada cuando quien la practica lucha en la frontera de lo imposible. Y por ello trató desesperadamente de encontrar esta misma sensación en otras actividades. Pronto se hizo legendaria su forma de conducir. Como todas las leyendas, ésta ha sido deformada y exagerada. De todas formas, Lachenal, hombre dotado de una destreza, sangre fría y audacia verdaderamente excepcionales, realizaba cada día asombrosas hazañas con su automóvil. En cuanto se encontraba al volante de un coche, fuera cual fuese, entraba en algo parecido a un estado diferente al normal y apretaba el motor hasta el límite de sus posibilidades.

He ido en coche con muchos conductores con fama de virtuosos. Pero si algunos me han parecido que conducían con mayor sabiduría, ninguno puede compararse a Lachenal por su audacia y destreza.

Su regla de conductor parecía ser la de llegar hasta el último extremo de lo técnicamente realizable. Con tales métodos, se exponía inevitablemente casi cada día a riesgos mortales. Todavía me parece casi milagroso que lograra desafiar de aquella forma las leyes de la probabilidad durante más de cuatro años.

Muchos han criticado, no sin razón, este comportamiento, pero quienes creyeron ver en esto algo semejante a cierto exhibicionismo, el gusto por asombrar que suele ser el verdadero motivo de las hazañas realizadas al volante, son espíritus limitados a juicios superficiales. Esta pasión por la velocidad en Lachenal era algo mucho más profundo y nada parecido a una pueril vanidad. Era una necesidad imperiosa que le arrastraba y que necesitaba como una droga. Muchas veces le vi salir al volante de su Dyna y, cuando le preguntaba adónde iba, me contestaba:

—A ningún lado, voy a conducir.

Nadie ha llegado nunca a conocer todas las hazañas que realizó por el mero placer de vivirlas.

Algunos han escrito que para él los coches eran una forma de desviar el «furor de vivir» que «ardía» en él. Este juicio es en parte acertado. Sin embargo, para mí, que le conocí mejor que nadie, la palabra «furor» es demasiado fuerte. Es cierto que en Lachenal hervía una vitalidad totalmente excepcional y que, en algunos casos, esta vitalidad brotaba con la potencia de un torrente bajando por la montaña. Pero no era uno de esos seres frenéticos que no conocen el reposo; por el contrario, lo más corriente era que se mostrara jovial y pacífico, muy sensible a los encantos de la vida y a la poesía de las cosas.

Lo que inconscientemente buscaba en la embriaguez que le proporcionaba la velocidad era escapar por un instante al peso de la condición humana que le apretaba y le mantenía encerrado como una pesada armadura. Él, que había sabido burlarse de los abismos con la ligereza de un pájaro, sufría enormemente al verse reducido al estado de animal pesado y torpe, al estado de hombre. Al



volante de su automóvil, aunque sólo fuera por unos instantes, sentía la ilusión de recuperar la gracia celestial.

Verdadero genio del alpinismo, Lachenal había hallado en las cimas el medio de emplear por completo las excepcionales cualidades físicas y morales con que la naturaleza le había dotado. Pero fuera de las montañas, como un águila con las alas cortadas, se convertía en un ser mal adaptado a la mediocridad del mundo de abajo.

Adornado con múltiples dones, sabía hacerlo todo, pero, a excepción de la del alpinismo, no dominaba por completo técnica alguna. Inteligente, no era bastante instruido para ser un intelectual; extremadamente hábil con sus manos, era a la vez zapatero, sastre, carpintero, mecánico, arquitecto y albañil, sin ser por ello un buen artesano.

Pero como no estaba preparado para afrontar batallas que no fueran las del alpinismo, le resultaba difícil encontrar un camino en el que, de nuevo, pudiera expansionarse su personalidad. Era algo que sentía confusamente y le producía una cierta amargura que se expresaba en la causticidad mordiente de sus frases y que trataba de apaciguar en las excentricidades de su comportamiento.

Sin embargo, con el paso de los años, la prudencia y la sabiduría se iban acercando. Cada vez conducía menos deprisa y se podía pensar que, como otros, se había resignado a no ser más que un hombre. Poco a poco, el buen padre de familia que no dejó nunca de ser lograba aplastar a «la pantera de las nieves» que había en su interior. Todo permitía creer que acabaría como un pacífico burgués, rodeado de afecto y respeto.

Pero el destino no quiso que el que había consagrado su vida a la montaña terminara sus días mediocremente, pisando el suelo de los demás hombres. Una mañana de otoño en la que soplaba un aire fresco y el sol lucía intensamente, se sintió irresistiblemente atraído por el viento de las cimas. Como en los grandes días, dejó atrás a los seres y las cosas y, con un amigo al que arrancó a la fuerza de las cálidas sábanas, subió a lo alto. Cuando, encontrándose en un glaciar en el que cada año se deslizan miles de esquiadores, se abandonó a la borrachera de bailar sobre la nieve envuelto en brillantes torbellinos de polvo blanco, se abrieron los labios de una grieta oculta. En un instante, aquel hombre que parecía invulnerable por haber desafiado impunemente a la muerte, ya no era más que una masa de carne y huesos, una masa inerte y rota.

En el modesto boletín de una sección del Club Alpino he escrito algunas páginas en memoria de mi amigo. Aunque he repetido muchas cosas que ya se habían mencionado en esta obra, me permito reproducirlas aquí, pues me parecen resumir bastante bien lo que fue su vida de alpinista.

«¿Cómo evocar con palabras su mirada penetrante, impregnada de la más dura franqueza, pero que iluminaba en cualquier instante la llama, algunas veces un poco maliciosa, de una alegría radiante?

»¿Cómo revivir con bolígrafo y papel lo que fue la vida misma, todo el dinamismo que desbordaba, su entusiasmo y su pasión?

»Lachenal nació en Annecy, donde pasó una juventud bastante desordenada, pero durante la cual manifestó su profunda inteligencia, ese sutil sentido del humor, ese espíritu inventivo y ese gusto apasionado por los ejercicios físicos, que fueron los trazos dominantes de su carácter.

»Desde su más tierna edad, quedó atraído por el alpinismo y, desde sus comienzos, dio pruebas

de tener para ello una disposición excepcional.

»En 1941, se comprometió con la organización Jeunesse et Montagne (Juventud y Montaña), donde pronto se convirtió en monitor de esquí y de alpinismo. Después de la liberación, se hizo guía y monitor en el valle de Chamonix, y fue entonces cuando nos encontramos.

»Atraídos el uno hacia el otro por nuestra pasión común por los grandes recorridos, formamos enseguida una cordada excepcionalmente unida. Desde entonces, durante cinco veranos, cada vez que nuestro oficio de guía de montaña nos dejaba algunos momentos de respiro, y a pesar del gran cansancio que sentíamos por haber realizado cuatro o cinco recorridos seguidos, nos encontrábamos para intentar juntos una escalada de gran envergadura.

»La lista de conquistas de nuestra cordada es demasiado larga para ser enumerada. Las más importantes son: la cuarta ascensión del espolón norte de las Droites, la cuarta del espolón norte de la punta Walker de las Grandes Jorasses, la segunda de la cara norte del Eiger, la séptima de la cara noreste del Badile. Aunque Lachenal hizo la mayoría de sus grandes ascensiones conmigo, también realizó algunas con otros compañeros y, también a veces, con clientes. De ese modo hizo la notable tercera de la cara norte del Triolet con A. Contamine. Lachenal es de lejos el alpinista con más talento que he conocido nunca y me atrevo a decir que, a la vista de su carrera, había sido tocado por el ala de un genio. Si algunos han podido igualar e incluso mejorar su habilidad para la alta dificultad rocosa y, más difícilmente, la alta dificultad glaciara, nadie como él ha sabido destacar en el complejo conjunto de todas las dificultades rocosas y glaciares que constituyen el terreno de la alta montaña, principalmente la de las grandes caras norte.

»Este excepcional virtuosismo se ha manifestado no solamente en importantes conquistas, sino también en los horarios fabulosamente rápidos en los que Lachenal realizaba todas sus ascensiones. Durante páginas enteras podría citar los recorridos que efectuó en tiempos dos o tres veces inferiores a los realizados antes. Los más asombrosos son: el Badile, escalado en siete horas y media, mientras las seis ascensiones precedentes habían necesitado ¡más de diecinueve horas! La cara norte directa de l'Aiguille du Midi, que hizo en cinco horas y media desde la estación de los Glaciares hasta la misma cumbre, y donde a medio recorrido, literalmente asfixiado, tuve que detenerme media hora para comer y recuperarme. Finalmente, con André Contamine, esta extraordinaria doble ascensión en una sola mañana del Diente del Caïman por la arista este y del Diente del Cocodrilo por la arista este, hazaña casi impensable, que sin embargo no impidió a los escaladores estar de vuelta en Montenvers al principio del mediodía<sup>[29]</sup>.

»Sobre todo, no creáis que Lachenal realizaba récords porque le animara un gusto fanático por el alto rendimiento. Nada sería más inexacto. Lachenal batía sus récords naturalmente, pero casi a su pesar. Los batía porque su agilidad era tal que escalaba como un relámpago, porque manejaba la cuerda con mayor seguridad y precisión que nadie y porque tenía sobre sus compañeros una especie de poder magnético que les invitaba a superarse. Pero sobre todo realizaba récords porque le gustaba por encima de todo esta impresión creciente de desmaterialización, de liberación de la fuerza de la gravedad que procura el alpinismo cuando se domina perfectamente la técnica; porque le gustaban hasta la obsesión las cosas perfectas, impecables, sin errores, y para que un recorrido sea así, hace falta que sea realizado en el mínimo de tiempo.

»El hecho de que Lachenal no haya hecho nunca, en toda su carrera, una sola primera es posiblemente característico de su concepción del alpinismo. Las ascensiones que prefería eran las de gran amplitud, aunque fueran clásicas, pues, más que las escaladas de gran dificultad, los grandes recorridos le permitían encontrar lo que buscaba en la montaña: la grandeza, la perfección estética y técnica y, finalmente, la superación de sí mismo.

»En 1950, Lachenal fue seleccionado para la expedición francesa al Annapurna. Perteneció a la cordada de cumbre. Descendió amparado por la gloria fugitiva del deporte, pero condenado a la pérdida de una parte de sus medios físicos.

»La valentía de la que daba pruebas para vencer sus enfermedades está por encima de todo elogio. Aceptó todas las intervenciones quirúrgicas y fue sometido a la más dura rehabilitación. Parecía que después de cinco años de esfuerzos había superado la pendiente. Se podía creer que, a pesar de sus pies amputados, podría, como antes, surcar las más grandes paredes, pero la montaña no ha querido que el que había sido su maestro indiscutible pudiese afrontarla, sin dominarla completamente».

Como había escrito Maurice Herzog: «El recuerdo de sus hazañas quedará en la memoria, pero también permanecerán sus grandes risas, su alegría en la acción y la simpatía directa que irradiaba su persona».

Nuestro veterano Marcel Ichac ha sabido continuar brillantemente su destino de fotógrafo de la montaña y la naturaleza. La película que trajo de regreso de nuestra aventura en el Himalaya, aunque por fuerza incompleta, contenía imágenes admirables que, presentadas en el curso de conferencias y, posteriormente, en la distribución de cine comercial, tuvieron millones de espectadores.

Al lado del libro de Herzog, esta película permitió que el gran alpinismo fuera conocido por unas capas muy amplias de la población, y también en cierta medida contribuyó a que fuera comprendido. Gracias a estas dos obras fue posible reunir el capital necesario para la realización de otras expediciones francesas al Himalaya y a los Andes; de este modo, nuestra obra pudo dar frutos, pues otros alpinistas pudieron vivir, allende los mares, sus sueños de juventud.

Después de algunos años dedicados a empresas menores, en 1958, asumiendo riesgos enormes en todos los terrenos, Ichac se lanzó a la realización de una obra magistral, cuya concepción misma era ya de una audacia extraordinaria.

Por vez primera en la historia del cine, se dispuso a rodar una película de largometraje en la que la montaña no era simplemente un telón de fondo ni tampoco el alpinismo una actividad folclórica convencional. Esta vez, más allá de la belleza de las imágenes y de un apasionante relato de aventuras que servía de base, el alpinismo en sí era el verdadero tema de la obra. Fue el film *Les Étoiles de Midi* (Las estrellas de mediodía), que quizá hayan podido ver muchos lectores.

Yo tuve la suerte de ser el principal colaborador de Ichac en el curso de esta realización. Efectivamente, no sólo interpreté el papel de protagonista, sino que además participé en la elección de los principales puntos de rodaje, dirigí a todo el equipo de guías y porteadores, y sincronisé sus movimientos, que a veces eran muy complejos. Además, en cierta medida, participé en la creación del guion y la redacción de los diálogos. Estoy en consecuencia bien situado para juzgar las dificultades y problemas planteados por la realización de esta película.

El presupuesto de que disponíamos era al menos dos veces inferior al que se considera normal para la producción de un tostón corriente. En estas condiciones de inferioridad, realizar una película tan ambiciosa se convirtió en una aventura extraordinaria y, casi hasta el último día, nunca estuvimos seguros de poder escapar al fracaso. El hecho de haber logrado superar unas dificultades materiales tan graves creo que hace más importante incluso el éxito de Ichac.

Es cierto que la película tiene puntos flojos bastante graves, pero las críticas elogiosas que obtuvo en la prensa más severa, y sobre todo la considerable afluencia de espectadores en algunas regiones, muestran que alcanzó de largo lo que se había propuesto. Para Ichac fue un triunfo maravilloso que sólo pudo conseguirse gracias a un febril trabajo y a la aceptación de enormes riesgos. Verdaderamente, con esta película, Ichac, que había merecido el nombre de «cineasta de la montaña», había encontrado otro Annapurna.

Oudot, nuestro heroico médico, también conoció un destino fuera de lo corriente; desgraciadamente, una muerte trágica vino a frenar su ascensión, antes de que alcanzara la cumbre que se había fijado. Se convirtió en un médico de gran experiencia, y además llevó a cabo sabias investigaciones en los campos de la cirugía cardíaca y vascular. Estaba considerado como uno de los mejores médicos franceses en esta especialidad, y algunos de sus trabajos contribuyeron en gran medida al progreso de la ciencia.

Acababa de triunfar brillantemente en el difícil combate por la plaza de cirujano de los hospitales de París, que abre la posibilidad de llegar al puesto de catedrático, que él ambicionaba, cuando un día yendo a Chamonix, donde solía acudir regularmente para relajar sus nervios pasando unas horas en la montaña, su automóvil patinó en la carretera mojada, quedó atravesado y chocó contra un coche que se acercaba en dirección contraria. Fue un accidente espantoso en el que hubo varios muertos y heridos graves. Algunas horas después, tras una terrible agonía, Jacques expiró. La cirugía y el alpinismo franceses acababan de perder a una de sus más destacadas figuras.

De todos los miembros del equipo, creo que quien logró un éxito más notable fue, sin duda, Rébuffat.

Nacido en una familia burguesa poco acomodada, las circunstancias familiares le obligaron a dejar los estudios al concluir los cursos elementales.

Ni la fortuna ni la educación le habían favorecido, y tampoco parecía que la naturaleza le hubiera dotado ventajosamente. Cuando lo conocí, a los veinte años, era un joven desgarbado, tímido, disciplinado, afable y un poco apagado. Parecía ser el tipo cabal de francés medio, al que la naturaleza no ha dotado de ninguna cualidad notable ni afligido con ningún defecto señalado. Solamente las ambiciones alpinas que manifestaba en frases aparentemente delirantes podían dejar entrever que su destino no sería el de un clásico empleado de oficina, profesión en la que había empezado a trabajar, o quizá el de monitor de educación física, puesto que ambicionaba. Por esta razón acudía a nuestros cursos nocturnos.

Bajo este aspecto exterior poco brillante, que acentuaba una característica despreocupación en sus ademanes, Rébuffat ocultaba una voluntad tan tenaz como la de una hormiga, un espíritu de decisión digno de Napoleón y una inteligencia intuitiva de una visión extraordinariamente exacta. Estas cualidades, puestas al servicio de un gran entusiasmo por el alpinismo, y a pesar de lo

limitadas que eran sus fuerzas físicas, le permitieron convertirse en un excepcional escalador y en el guía más importante de su época.

En efecto, por asombroso que parezca, el gran alpinismo exige más fuerzas morales que cualidades físicas, y, si se estudia objetivamente su historia, debe constatarse que los alpinistas que más lejos han llegado en el ejercicio de su arte raramente poseían dones naturales que les predispusieran a realizar tan señaladas marcas. Por el contrario, numerosos atletas que parecían nacidos para las más difíciles escaladas, que se encontraban cómodos tanto en la roca como en el hielo, jamás lograron ser otra cosa que brillantes demostradores de paredes de entrenamiento.

Ciertamente, el éxito en un deporte atlético, aunque sea técnicamente muy simple, requiere siempre, además de dotes físicas, serias cualidades intelectuales y morales. Sin embargo, lo físico conserva un papel preponderante, hasta el punto de que no existen, probablemente, ejemplos de que un muchacho haya conseguido convertirse en un gran campeón sin poseer, al comienzo, aptitudes particulares de rara calidad.

El predominio de lo psíquico sobre el físico: ¿no es la particularidad esencial que distingue el alpinismo de dificultad de los otros deportes atléticos y le confiere un valor espiritual que lo eleva por encima de un simple ejercicio de circo?

Un año después de la conquista del Annapurna, Rébuffat logró realizar una de las temporadas más notables de la historia del alpinismo, posiblemente la mejor. Había tenido la suerte de encontrar al cliente perfecto, al hombre capaz de triunfar en las escaladas más difíciles, y aquel año logró realizar una nueva ascensión del espolón norte de la punta Walker (convirtiéndose en el primero en haber escalado dos veces esa famosa muralla y en el único guía que, hasta hoy, la ha realizado a título profesional), y al cabo de algunas semanas, pese a una violenta tempestad que hizo que la escalada resultara dramática, logró llevar a buen término la séptima ascensión de la cara norte del Eiger.

Este doble éxito convirtió a Paul Habran y a él en los primeros que lograron triunfar en el curso de una sola temporada en las dos escaladas más importantes de los Alpes.

Después de estas sensacionales hazañas podía pensarse que Rébuffat iba a dedicarse a atacar los últimos grandes problemas de los Alpes para luego pasar a ultramar en busca de cumbres de una envergadura superior y de empresas a la escala de los principales escaladores modernos... Sin embargo, no fue así, y sus éxitos del año 1951 fueron prácticamente su canto del cisne.

Marido ejemplar y buen padre de familia, dio súbitamente a su vida una nueva orientación, sin duda por razones familiares.

Renunciando a las ascensiones de gran envergadura, se limitó, a partir de entonces, a un alpinismo profesional clásico, practicándolo, además, sólo de un modo muy episódico. A partir de entonces iba a dirigir su dinamismo laborioso y metódico, que le había llevado a tan hermosos éxitos alpinos, hacia otras actividades.

Dando prueba de una asombrosa capacidad de trabajo, Gastón logró practicar a la vez varias profesiones muy diferentes, y a pesar de la desventaja que suponía una falta casi completa de preparación, consiguió en todos los terrenos notables éxitos. Simultáneamente, se convirtió en animador del servicio comercial de una importante industria, autor de libros sobre temas de

alpinismo de estilo erudito e inspiración poética y que además lograron cifras de venta impresionantes, fotógrafo de gran talento cuyas colecciones, con un elevado sentido del gusto, muestran un notable sentido de lo espectacular, hábil empresario y aplaudido conferenciante, y, por fin, realizador de películas llenas de cualidades prometedoras.

¿No es el éxito familiar y social la verdadera cumbre hacia la que debe tender el hombre maduro, que se haya desprendido de los sueños y tópicos de la juventud? Consiguiéndolo a fuerza de brazos, Rébuffat ha logrado sin duda la más notable de sus victorias.

Francis de Noyelle, el joven diplomático que se nos unió como intérprete y jefe de transportes, ocupaba una posición algo aparte en el equipo.

Pero, como era un magnífico compañero, abierto e impulsivo, se integró perfectamente y era muy apreciado por todos; sin embargo, aunque realizó varias ascensiones fáciles, no era propiamente hablando un alpinista, y aunque amaba la montaña y los viajes, su corazón no estaba torturado por la pasión de la aventura y el heroísmo.

Hijo de embajador, bien iniciado ya, por su parte, en una carrera donde las tradiciones son una fuerza que atenaza la fantasía, la estructura en la que prosiguió su existencia no era demasiado favorable a lo excepcional.

De hecho, llevó una vida muy llena y sin duda apasionante desde muchos puntos de vista, y continuó regularmente el camino que había elegido. Fue visitando el mundo de puesto en puesto, y poco a poco ha subido los peldaños de la escalera que pronto le llevará a desempeñar importantes papeles.

Schatz, nuestro sastre-físico, ha tenido una existencia a la vez brillante y original. Antes de cumplirse el año del regreso de la expedición, se casó y renunció a la práctica continuada del alpinismo; durante varios años se consagró casi enteramente a la dirección de su tienda, a la que logró dar una notable expansión. Las apariencias hacían pensar que su vida terminaría siendo la de un comerciante próspero y pacífico, pero, cuando ya tenía más de treinta años, sintió repentinamente nostalgia por una vida menos materialista y entró en la universidad. Gran parte de los negocios fue llevada por su mujer, y él, trabajando mucho, logró alcanzar rápidamente un grado de conocimiento tan importante que logró entrar en un equipo de investigaciones físicas y participar en los trabajos de puesta a punto de la primera bomba atómica francesa.

Couzy también conoció un destino poco frecuente; pero, contra lo que podían presagiar su talento y esfuerzo intelectuales, no lo alcanzó por la vía oscura y misteriosa que lleva a las cumbres del pensamiento matemático, sino por el duro camino soleado que conduce a las más altas y difíciles montañas del mundo.

Cuando, una limpia mañana de noviembre de 1958, mientras escalaba una pared virgen del Roc des Bergers, una piedra aislada que le esperaba desde la eternidad puso fin a su vida ardiente, tenía a sus espaldas una de las carreras de alpinista más magníficas de todos los tiempos.

Aparentemente, nada destinaba a Couzy a tal gloria alpina. Era un hombre ponderado, amable y conciso, así como un brillante intelectual de amplia cultura, tan apasionado por la metafísica y las artes como por la investigación científica. Se graduó en la Escuela Politécnica y posteriormente en la Escuela Superior de Aeronáutica, ocupando luego un puesto importante en la aviación militar.

Estaba casado con una mujer encantadora a la que adoraba, y era padre de cuatro niños por los que sentía gran afecto.

En su existencia parecían reunirse todos los factores para que, tras los excesos de vitalidad de la juventud, una vez agotados en las inútiles conquistas de roca y de hielo, encontrase en las realizaciones más positivas, hacia las que los privilegios de la inteligencia y la buena fortuna que la vida parecía haberle deparado, el medio de sofocar su necesidad de acción y su atracción por la grandeza.

Pero Jean no estaba hecho para las luchas del mundo de los hombres; alma idealista, absolutamente atormentada, era una especie de santo.

Fuese la que fuese la nobleza de la finalidad perseguida, las batallas de la vida no podían ganarse sin astucia y sin un mezquino rodeo. Couzy era lo contrario de un Lorenzaccio<sup>[30]</sup>, era un corazón puro, que sólo sabía caminar directo a su fin.

Puede ser que hubiera podido convertirse en un gran investigador. ¿No había sido admitido en la Escuela Normal Superior? Pero la vida sedentaria de los laboratorios le repelía; parecido a los caballeros de leyenda, además de la obsesión por un ideal, llevaba dentro de él una intensa necesidad de acción física. Como escribió perfectamente su amigo Schatz, el alpinismo le permitió «encontrar el medio de expresión original y exaltadora de la riqueza que llevaba dentro».

Producto de la casualidad, su situación le dejaba más tiempo libre que al resto de los mortales, y sobre todo la rarísima posibilidad de organizarlo a su manera. Esta circunstancia especial jugó, evidentemente, un papel importante en la evolución de su carrera como alpinista. ¿Pero en qué medida fue producto de la casualidad? A pesar del interés indiscutible que tenía por la aviación, no es imposible pensar que Jean escogiese la aeronáutica militar porque sabía que allí encontraría una libertad excepcional, y es cierto que, acto seguido, con la finalidad de conservarla, renunciase voluntariamente a puestos más lucrativos que le ofrecía la industria privada.

Utilizando esta libertad al máximo, a lo largo de aproximadamente quince años de vida alpina, Jean dio pruebas de una actividad asombrosa. El enorme porcentaje de sus brillantes conquistas muestra, con la claridad de un gráfico, que más allá de la suerte forja el éxito una voluntad inflexible.

A pesar de que su aspecto no lo denotaba, Couzy tenía una gran resistencia, una fuerza muscular excepcional y era un notable atleta; por otro lado, su salud de hierro y un aparato digestivo digno de un avestruz eran unos magníficos dones para las grandes escaladas. En contrapartida, una cierta falta de destreza natural supuso una desventaja seria en sus comienzos, y en el terreno medio, en el que no hay inteligencia ni técnica que puedan sustituir con pleno éxito al sentido innato del movimiento corporal, siempre fue lento y no se sintió a gusto.

Esta falta de agilidad instintiva no le impidió enfrentarse con éxito a las dificultades más grandes; con método, reflexión, disciplina y entrenamiento, logró subsanar totalmente su falta de dotes, y sobre todo en roca llegó a convertirse en un maestro.

Para poder llegar a ser un escalador excepcional y mantenerse a esa altura, Jean aceptó todos los sacrificios y esfuerzos que exige el entrenamiento de un atleta de competición. Casi todos los días practicaba una gimnasia preparatoria y se prohibió todos los excesos; estaba convencido de que todo oficio se aprende practicándolo, y por ello, en todas las estaciones y fuera cual fuese el clima, no

dejó pasar ni un domingo sin dedicar al menos algunas horas a entrenarse en las rocas de Fontainebleau o del Saussois. Como a muchos otros, estas escaladas gimnásticas le apasionaban, aunque para él no fueron nunca un fin en sí mismas. Estaba orgulloso de ser uno de los mejores acróbatas de esas dos zonas de escalada, pero cuando el servicio meteorológico anunciaba buen tiempo para el fin de semana, en cuanto podía disponer de algunos días, se dirigía hacia los Alpes o los Pirineos, tomando a veces un avión de su club para llegar antes al pie de las montañas. El número de ascensiones importantes que realizó de esta forma, en viajes de dos o tres días desde París, es muy importante. Gracias a estas escaladas de fin de semana logro reunir en menos de quince años «el palmarés más variado y completo que haya conseguido jamás ningún alpinista».

Gracias a su actividad y a su entusiasmo incansables, «superó las paredes más verticales de los Dolomitas, desde la Marmolada hasta la Cima Oeste de Lavaredo, las más duras caras rocosas del Mont Blanc, desde la Noire de Peuterey hasta las Jorasses», y las paredes glaciares más difíciles, desde el Triolet hasta el Dent d'Herens.

Pero si Couzy merecía ser considerado como un gran alpinista por la cantidad y calidad de las escaladas de gran categoría que emprendió con éxito, logró además elevarse al rango de los más ilustres gracias a otra faceta, la de «creador de nuevas vías y nuevas empresas». Junto a su compañero de cordada René Desmaison, fue uno de los últimos grandes conquistadores de los Alpes.





Desdeñando las pequeñas minucias sobre las que se apoya una mediocre vanidad que busca una gloria sin gastar mucho, supo escoger los últimos problemas que, por su elegancia y su amplitud, se parecían a las realizaciones de sus mayores o las mejoraban.

Entre una decena de conquistas alpinas importantes, sólo citaré las que me parecen más importantes: la directa de la cara noroeste del Olan y esa asombrosa primera invernal de la cara oeste de los Drus, que marcaría el comienzo de una nueva era en esta forma extrema del alpinismo.

Pero, con los progresos del material y de la técnica, las montañas de Europa se estaban convirtiendo en un terreno de juego muy reducido para un hombre que reunía, además de la fuerza y la técnica, una inteligencia creativa y una determinación inflexible; sólo las grandes cimas del mundo podían permitirle tomar conciencia de su auténtica capacidad.

Mientras que era todavía demasiado joven para tener un papel decisivo en la conquista del Annapurna, fue en cambio el elemento más dinámico y eficaz de la expedición que, en 1954, abrió la ruta del Makalu y venció el Chomo Lönzo (7796 metros), y también, al año siguiente, cuando se realizó la escalada de 8490 metros del propio Makalu.

Yo tuve la suerte de ser casi constantemente compañero de cordada de Jean en el curso de estas dos aventuras en la cordillera del Himalaya. Fue durante estos meses de vida dura y fraternal cuando aprendí a conocer y querer a este hombre.

En aquellas montañas lejanas en las que el hombre jamás podrá sentirse dueño y señor, no hay lugar para la emoción algo vanidosa de las hazañas técnicas, y el escalador, libre de ese agujoneo, tiene que enfrentarse durante semanas y meses al aislamiento, al aire enrarecido, al frío y al viento. En este austero esfuerzo se tiene que quitar forzosamente la máscara y sus limitaciones más profundas aparecen a la luz del día.

En esos lugares elevados comprendí que Jean era un héroe de lo inútil que, por fin, había encontrado un campo de acción que estaba a su altura.

Schatz, en el inteligente artículo lleno de sensibilidad que escribió en memoria de nuestro compañero, cita como ejemplo «que ilustra los mejores aspectos de su personalidad» un acontecimiento del que fui testigo: el asalto final al Chomo Lönzo.

Cuando recuerdo aquella terrible jornada pienso, como él, que, más aun que en las paredes de los Alpes, es en ese «último combate» donde supo revelar plenamente su excepcional carácter. Es con sus líneas con las que quiero cerrar este breve retrato.

Pero antes deseo añadir algunos detalles que me parece que refuerzan el valor e importancia de esta hazaña. Durante toda la noche anterior al asalto final nos habíamos enfrentado a la tormenta de viento más violenta de cuantas he visto en el Himalaya. Durante horas estuvimos viviendo angustiados con el temor de que nuestra tienda se rasgara. De hecho, algunas costuras llegaron a abrirse bajo los golpes bruscos y violentos de las borrascas. Al amanecer el termómetro marcaba 27 grados bajo cero dentro de la tienda. El viento había amainado un poco, pero las ráfagas, que iban a más de 150 kilómetros por hora, nos tiraban a veces al suelo como si fuéramos ramas secas.

Las condiciones psicológicas no eran tampoco favorables. Lejos de desear esta conquista, yo no pensaba más que en poder huir lo más rápidamente posible de aquel mundo inhumano, y sólo el magnético dinamismo de Jean, al paralizar mi voluntad, pudo forzarme a seguirle «como un condenado al que se lleva al suplicio». Los sherpas, al ver que nos preparábamos, tenían los ojos llenos de lágrimas, pues creían que nunca volverían a vernos...

«Lionel está de acuerdo en que se atribuya a Jean la inspirada iniciativa de esta incursión por el Asia central. Su salida de reconocimiento al Makalu concluía en la casi certidumbre de una victoria al verano siguiente, pero para Jean aquello era como volver con el morral vacío.

»Ahora bien, al otro lado de la arista, cinco kilómetros después de la meseta glaciaria, tenían enfrente un gigante de hielo, el Chomo Lönzo, de 7796 metros. Jean no soportaba la idea de replegarse sin llevarse este trofeo, y no hubo nunca una cumbre del Himalaya que fuera conquistada tan deprisa, con tanta seguridad ni con tanta elegancia como aquel gigante que cayó una mañana ante sus pasos.

»¡Cómo llameaban los ojos de Jean cuando me contó esta aventura y me mostró las fotos...! ¡Y qué modestia cuando precisaba que el tiempo fue muy bueno, que la nieve estaba bien y que bastaba con querer hacerlo!

»¡Qué grandeza al reducirlo todo a unos datos sencillos y controlables y suprimir todo énfasis, al buscar excusas para la feliz inspiración que le había impelido!

»Jean era puro. Éste era el secreto de su comportamiento en la montaña ante el peligro —jamás se vio turbado por ningún miedo físico, siempre se comportaba como si, tras haberlo sopesado todo, hubiera decidido actuar— y, sin duda, el sencillo secreto de toda su vida».

# En las cimas del mundo

Cuando en el mes de julio de 1950, con la barba crecida, un aspecto aturdido ante tanto ruido y tanta excitación, y llevando en mis brazos a mi compañero herido, bajé del avión en Orly en medio de la muchedumbre histérica de periodistas y fotógrafos, me parecía que todo aquello había sido simplemente un episodio fantástico que jamás volvería a reproducirse. No me daba cuenta en absoluto de que la aventura que terminaba iba a marcar un cambio importante en la orientación de mi existencia. Quizá algún día encuentre tiempo y ganas de relatar detalladamente esta segunda parte de mi carrera. En este libro, que ya se ha hecho demasiado largo, me contentaré con resumirla de forma bastante breve.

Rápidamente comprendimos que nuestra hazaña había tenido unas repercusiones que superaban con mucho lo que los más optimistas habrían podido imaginar. La prensa, esta tirana de nuestros tiempos, capaz por sí sola de crear y destruir héroes y mitos, se hizo con nuestra odisea y le dio tanta publicidad como a los amores de los reyes y las estrellas de cine.

La novedad de la aventura, el lado maravilloso de ese drama sangriento que acabó en gloria, les permitió dibujar preciosas imágenes de Épinal, dignas de seducir la imaginación de las masas. La ignorancia general de la geografía hizo incluso creer a mucha gente que habíamos conquistado la cima más alta del mundo, aunque «solamente» se trataba de «la cima más alta del mundo jamás escalada». Está fuera de toda duda que el renombre que alcanzamos se construyó sobre esta confusión... Olvidando deliberadamente la noción demasiado abstracta de victoria de equipo, con la finalidad de atraer el interés de los lectores sobre el personaje tradicionalmente fabuloso del jefe, los periódicos elevaron a Herzog al rango de héroe nacional. Los demás miembros de la expedición, Lachenal incluido, se vieron relegados al papel de simples acompañantes.

Un poco más tarde, con el fin de animar un poco esta nueva mitología, mi personalidad les pareció sin duda especialmente pintoresca y se me hizo emerger de las sombras para construir a mi alrededor un personaje hercúleo de gran corazón y mal carácter. Desde entonces, y para el resto de mi vida, estaba condenado a ir detrás de esta caricatura travestida.

La pared norte del Eiger me había enseñado lo vana y fugitiva que es la gloria que concede la actualidad. Como tenía prisa por establecerme de nuevo sobre los pilares en los que solía apoyarme, no tardé en abandonar las fiestas de bienvenida.

Al cabo de menos de una semana de nuestro regreso triunfal, ya volvía a empuñar el piolet.

Aunque estaba aún marcado por los esfuerzos recientes, logré acompañar a uno de mis clientes en la primera travesía completa desde el collado de las Hirondelles hasta el del Géant, larga escalada de crestas que, en dos días solamente, nos permitió culminar todos los picos de las Grandes Jorasses y la arista de Rochefort.

El verano fue excepcionalmente bueno y mis clientes demasiado numerosos. A pesar del sordo cansancio que sentía, tuve que lanzarme plenamente a mi oficio de guía, y a finales de agosto estaba casi al borde del agotamiento. Sin embargo, tras unos días de reposo, volví a sentirme lo bastante fuerte como para volver a emprender mis actividades de aficionado.

A mediados de septiembre, y acompañado por Francis Aubert, el joven compañero que el

invierno anterior había ido conmigo a Canadá, decidí probar suerte en la cara oeste de la Aiguille Noire de Peuterey, pared de roca que entonces sólo era escalada muy raras veces y que tenía fama de ser extremadamente difícil.

Al amanecer descendimos del collado de la Innominata por el glaciar de Frêne. El terreno era fácil y aún no hacía falta utilizar la cuerda. En la penumbra que todavía reinaba, cada uno buscaba su camino. Francis cometió un pequeño error de itinerario, se dio cuenta enseguida, y volvió a subir a donde yo estaba. Le di algunas explicaciones y, súbitamente, un gran bloque de roca que estaba empotrado en una chimenea se desplomó sobre él. Francis luchó un instante por desviar aquel enorme peso, y luego cayó por un vacío de más de cien metros.

En un instante me quedé en la montaña solo y desamparado.

En varias ocasiones yo había tenido que ir en busca de cadáveres de alpinistas caídos en plena escalada. En la guerra había visto morir compañeros míos a pocos metros de donde yo estaba. Y siempre me había parecido que mi alma era lo bastante fuerte como para resistir sin flojear la visión directa de un accidente de montaña.

Pero no era así... Loco de tristeza, estuve chillando largo rato el nombre de mi amigo. Pero sólo el viento de las altas cumbres contestó a mi dolor.

Aquel impacto me dejó profundamente afectado durante varios meses, y desde entonces quedó quebrada para siempre mi monolítica pasión por el alpinismo. Por primera vez me hacía preguntas: «¿Merece la montaña sacrificios como éste? ¿No era mi ideal un sueño loco?».

Me prometí a mí mismo no salir nunca de los caminos frecuentados por los guías tradicionales.

En otoño, y pese a mis dos años de ausencia, la École Nationale de Ski et d'Alpinisme me propuso integrarme de nuevo en el grupo de profesores como instructor para la temporada de invierno.

Canadá había constituido una experiencia interesante y fructífera, pero el esquí resultó demasiado decepcionante. La belleza de la nieve y los largos descensos me habían dejado una tenaz nostalgia. Incapaz de resistir durante más tiempo a sus atractivos y renunciando a considerables ventajas materiales, decidí quedarme en Chamonix.

Los embriagadores placeres del esquí y las profundas alegrías —aunque de difícil consecución— de las carreras me hicieron olvidar un poco el drama de la Innominata.

Hacia la primavera sentí de nuevo gruñir en mi corazón el imperioso deseo de volver a emprender la vida intensa y apasionante que, desde hacía diez años, comenzaba al llegar la estación de las flores. Olvidé, pues, mis prudentes resoluciones del otoño, y ya no soñaba más que en volver a lanzarme a nuevas aventuras.

Fue justamente por aquel entonces cuando me llegó una excitante noticia. Varios compañeros de París, animados por René Ferlet, habían ideado el plan de organizar una expedición hacia una cumbre de los Andes que ya era legendaria, el Fitz Roy.

Ya hacía algún tiempo que la fama de este Cervino de las antípodas había llegado a Francia. Las revistas alpinas nos habían revelado este gigantesco pico de granito, cuyas formas armoniosas se erigen con majestad unos 3300 metros por encima de los desiertos de la Patagonia.

Sabíamos que varias expediciones en las que iban algunos alpinistas de prestigio habían

intentado vanamente escalar este seductor objetivo.

A pesar de su modesta altitud de 3450 metros sobre el nivel del mar, ninguna de estas expediciones había logrado superar el zócalo que sostenía su flecha final. Según los relatos de estas expediciones, esta última pared, que en su punto menos elevado parecía tener unos 750 metros, presentaba unas dificultades de escalada como mínimo iguales a las de las más duras ascensiones alpinas. Pero, además, todo el mundo estaba de acuerdo en que la dificultad se multiplicaría por diez debido al clima patagónico. Durante todo el verano, el mal tiempo casi incesante no dejaría más que unos pocos días para realizar el intento. El frío, mucho más agudo que en nuestras montañas, el hielo, que tapiza siempre la muralla, y, sobre todo, las tormentas de viento, súbitas y de extrema violencia, harían la escalada muy delicada y extremadamente arriesgada.

Fueron las inhumanas condiciones atmosféricas lo que desanimó a las anteriores expediciones, antes incluso de que hubieran empezado a librar la auténtica batalla.

El proyecto me entusiasmó de entrada. La idea de Ferlet me hizo volver a encontrar todo el ardor de siempre por las grandes escaladas.

El Fitz Roy era precisamente el tipo ideal de cumbre que ni los Alpes ni el Himalaya podían ofrecerme.

En el Annapurna pude disfrutar con extrema intensidad del viaje a otro mundo, la excitación de descubrir y explorar, así como el amargo sabor de una aventura de gran intensidad dramática. Pero como alpinista me había decepcionado.

A mi modo de ver, el alpinismo es, ante todo, una experiencia individual y una especie de arte. Además, las condiciones que encuentra el hombre en las grandes cumbres son tan rigurosas que no es capaz de triunfar únicamente con su valor, sino desplegando unas considerables capacidades técnicas y un gigantesco esfuerzo colectivo. Por ello, la aventura en el Himalaya me había parecido menos un arte que una empresa militar.

Mi sueño era enfrentarme a montañas que, aunque estuvieran a la altura de una simple cordada, presentaran problemas más complicados y exigieran un tipo de escalada con más aventura que las de los Alpes. El Fitz Roy, sin duda alguna, correspondía a este ideal.

Apenas enterado del proyecto de Ferlet, le pedí que me integrara en su equipo, y él aceptó enseguida.

Como la Patagonia se encuentra en el hemisferio austral, y debido a que por esta razón las estaciones van contrapuestas en relación a nuestro hemisferio, la partida estaba prevista para diciembre de aquel año. Hacía falta que pasaran todavía muchos meses antes de lanzarnos a la acción. Pero, mientras esperábamos, no faltarían ocupaciones...

En otoño, Ichac había terminado el montaje de la película sobre el Annapurna y la Federación Francesa de Montañismo había empezado a dar conferencias ilustradas con ese excepcional documento.

El éxito logrado había sido prodigioso. En París, cien mil personas habían hecho cola en la sala Pleyel para asistir a una de las cuarenta proyecciones que se llevaron a cabo. En las grandes capitales de provincia se apretujaron ante las taquillas importantes muchedumbres, y muchos espectadores se quedaron fuera de las salas repletas.

Herzog y Lachenal, con las extremidades todavía vendadas, fueron los comentaristas en la mayor parte de estas veladas, pero todos los demás miembros de la expedición se convirtieron a veces en improvisados conferenciantes. Algunos de ellos mostraron inesperadas dotes de orador; pero hay que reconocer que si la sinceridad y la espontaneidad de los comentaristas atraían la simpatía, la calidad intelectual de estas manifestaciones era, muy a menudo, de una gran pobreza.

A pesar de esto, el éxito continuaba y el público aplaudía a rabiar. ¿Estaba fascinado por la pureza y magnitud de la hazaña o simplemente le arrastraba el poder hipnótico de una tremenda publicidad? Es bastante difícil averiguarlo...

Durante el invierno, mi puesto de trabajo en la École Nationale de Ski no me había permitido participar apenas en esta gigantesca empresa que trataba de recoger fondos para dedicarlos a financiar nuevas expediciones francesas.

Naturalmente, fui a París para el estreno en la sala Pleyel. Algo después, y ante la insistencia de Maurice Herzog, hice comentarios en algunas sesiones celebradas en pequeñas localidades cercanas a Chamonix.

Mis comienzos en esta actividad de conferenciante se caracterizaron por el sello de la fantasía y de lo cómico; la primera manifestación alcanzó incluso el género satírico.

Después de terminar mis clases de esquí, salí al final de la tarde de Chamonix y, sin otra preparación que un banquete muy copioso, me vi lanzado como pasto para la muchedumbre de admiradores que atiborraban la sala.

En principio, no tenía que hacer más que una perorata sobre el Himalaya, dar algunas explicaciones preliminares con ayuda de fotografías en colores y terminar comentando la película de Ichac.

Yo no me había preparado en absoluto, no llevaba nada escrito y no había vuelto a ver la película desde el estreno celebrado en París. No hará falta decir que, aunque durante mi estancia en Canadá adquirí cierta costumbre de hablar en público, me sentí muy emocionado y pensaba que sólo la indulgencia de los espectadores me evitaría ser silbado.

Durante la presentación que hice al principio me olvidé de casi la mitad de lo que quería decir. Sin embargo, me llevé una gran sorpresa, porque los aplausos sonaron con más fuerza que una granizada.

A continuación, comenzó la proyección de diapositivas. Yo creía que serían las que vi en París. Pero en realidad se trataba de otra serie que yo no había visto nunca. Para colmo de desgracias el encargado de la proyección, que había venido de la capital con las máquinas y las películas, no tomó la precaución de ordenar los Kodachromes de acuerdo con un desarrollo lógico, de manera que las imágenes se fueron sucediendo de acuerdo con un orden regulado por las fantasías del azar... En primer lugar vi aparecer una foto del Annapurna que no me esperaba; aunque quedé sorprendido, logré improvisar un comentario, ligeramente anodino. Inmediatamente después aparecieron en la pantalla unas encantadoras bellezas nepalesas. Necesité un segundo para encajar el golpe y luego, gracias a un prodigio de agilidad intelectual, conseguí encontrar un vínculo entre las dos imágenes y, aproximadamente, proferí esta frase: «El Nepal es un país que goza de todo tipo de esplendores; mientras que en las regiones altas se erigen las montañas más bellas del mundo, en el fondo de los

valles el viajero encuentra a menudo encantadoras jóvenes llenas de hechizo oriental que le hacen lamentar no poder quedarse».

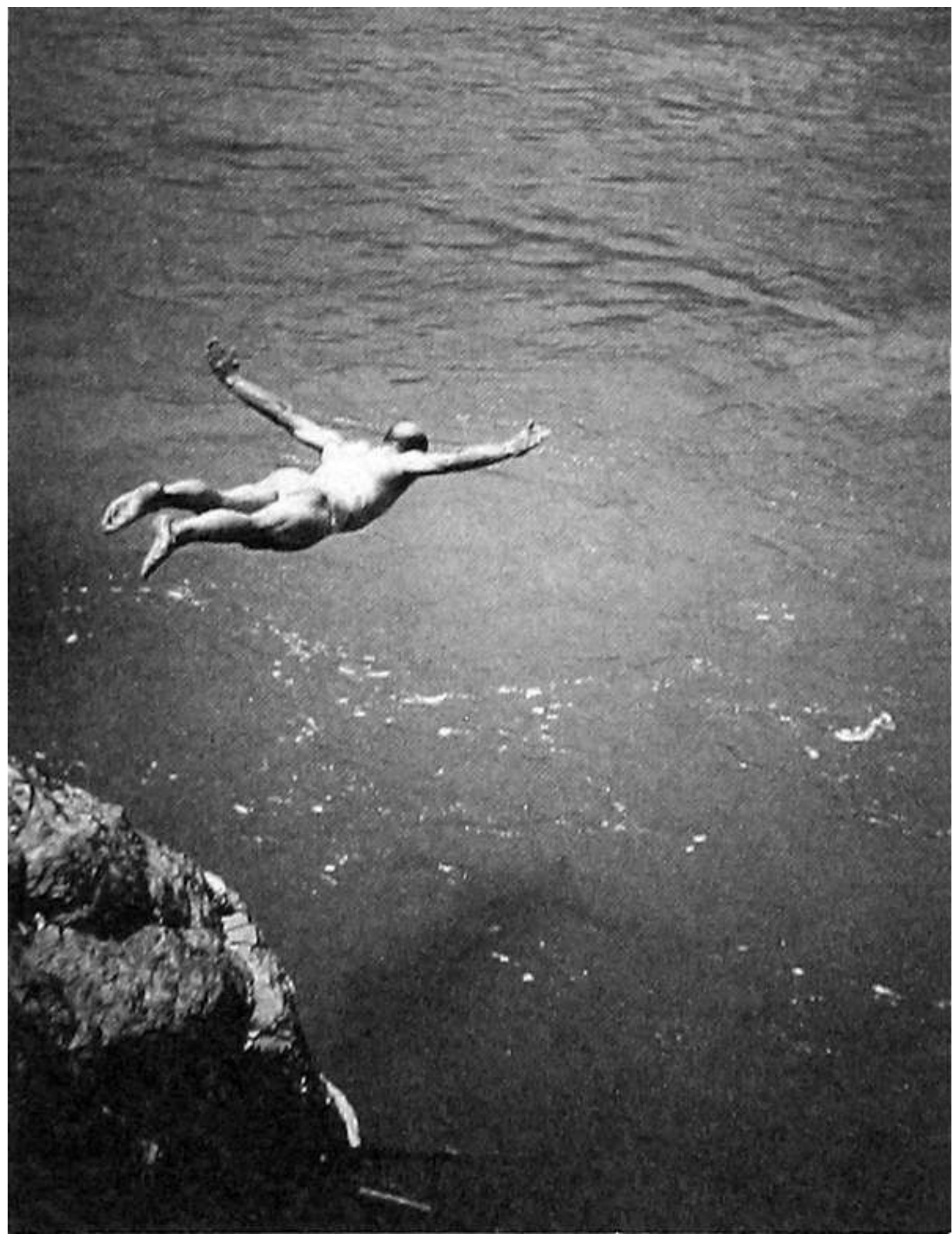
Entonces apareció la tercera foto: ¡mostraba la imagen de un camión en una carretera!

Yo empezaba a volverme loco, y por la espalda me corría un sudor frío. De todas formas, haciendo trabajar mi mente a toda velocidad, pude encontrar una conexión, aunque vaga. Posteriormente apareció una foto del Dhaulagiri. Con ello recuperé la confianza y empecé a explicar que antes de escalar el Annapurna habíamos reconocido esta magnífica montaña. Fue entonces cuando se proyectó la quinta imagen; ante aquello, fui presa del pánico: ¡representaba una persona dando un salto de trampolín!

No veía ninguna forma de encontrar algo en común entre aquella escena, el Annapurna, las bellezas del Nepal y el transporte por carretera. Sin embargo, pasado el primer instante de estupor, me di cuenta de que el hombre que saltaba se me parecía. Fue así como llegué a entrever una solución; era peor incluso que las precedentes, pero de todos modos cualquier cosa era mejor que quedarme con la boca abierta, así que declaré:

—Este maravilloso atleta, señoras y señores, este hombre de poderosa musculatura y de gracia aérea, este hombre, soy yo...





Tras un momento de duda, la sala estalló en una carcajada. Este éxito inesperado me dio mucha confianza, y como las fotos seguían apareciendo en un orden inimaginable, me lancé resueltamente al estilo cómico y peregrino.

La proyección se convirtió en algo parecido a una farsa del Himalaya y el público se retorció de risa.

Por fin se proyectó la película. Como esta vez las imágenes se desarrollaban con avance lógico, ya no era posible hacer un comentario en plan chiflado. Entonces me acordé de un sabio consejo de Rébuffat: «Deja que hablen las imágenes».

Así pues, me contenté con dejar que la película fuera proyectándose, diciendo de vez en cuando alguna frase corta más o menos relacionada con la acción.

A la salida, esperaba que los organizadores me recibiesen con el ceño fruncido, pero no fue así. Estaban encantados. Todos me felicitaban diciéndome: «¡Qué comentario tan original!», «¡Qué gracioso es usted!», «Nos ha hecho pasar una maravillosa velada...».

Yo ignoraba todavía que raras veces son sinceras las felicitaciones, pero de todos modos me pareció que exageraban un poco.

Al cabo de unas semanas, como disponía de un breve descanso, fui a dar algunas conferencias al centro de Francia.

La primera debía celebrarse en Thiers. Por el camino tuve un fallo mecánico y llegué con mucho retraso. Llevaba conmigo el proyector de 16 milímetros que Lachenal me había enviado la víspera, y esperaba encontrarme con alguien capacitado para hacerlo funcionar.

Debido a un fallo de enlace con París, la sección del Club Alpino Francés que organizaba la velada no había recibido el aviso y no había ningún técnico de proyección preparado.

La sala estaba llena; la gente empezaba a dar patadas en el suelo. Yo pedí un operador.

—¿Cómo? ¿No es usted el que hace funcionar el proyector? —me dijeron muy sorprendidos.

—No tengo ni la menor idea de cómo funciona esta máquina —contesté con toda sinceridad.

Aquello fue la locura. Nadie sabía poner en marcha aquel aparato.

¿Qué podíamos hacer? Devolver el dinero de las entradas era una posibilidad, pero aquello podía mermar el prestigio del C. A. F.

Entonces, tomando una decisión, le dije al presidente:

—Traten de poner en marcha este aparato mientras yo hago la presentación y comento las fotos. Luego, ya veremos qué pasa.

Cuando aparecí en escena, el público, que estaba muy impaciente, me acogió con un aplauso cerrado. Mientras se proyectaban las fotos, una persona se me acercó discretamente y me dijo que nadie había logrado encontrar todavía el secreto del proyector, pero que seguían conservando esperanzas porque acababa de llegar un experto; luego me pidió que tratara de hacer mis comentarios lo más generosos posibles a fin de ganar tiempo y poder así salvar la velada.

Tras la proyección de la última fotografía, y como no tenía más informaciones para dar, empecé a

contar historias que querían ser graciosas y no lo eran mucho. Pronto mi inspiración se agotó; las cosas empezaban a tomar un cariz lamentable cuando, por fin, apagaron las luces de la sala... Durante un instante apareció el título de la película sobre la pantalla, pero inmediatamente nos quedamos completamente a oscuras. Por alguna razón que no pude comprender, nadie encendió las luces. A pesar de la oscuridad, yo traté de contar algunas cosas, pero la indulgencia de los espectadores había terminado; unos golpeaban el suelo con los pies, otros silbaban, y alguien gritó:

—¡Que nos devuelvan el dinero!

Una borrasca de derrota empezaba a soplar cuando un rayo irisado atravesó la oscuridad y se dibujaron algunas frases de los títulos. Un enorme «¡Ah!» de satisfacción llenó la sala, y la esperanza subió hacia mi corazón en cálidas oleadas. Pero apenas había experimentado este sentimiento cuando de nuevo la sala quedó más oscura que una noche cerrada.

Yo pensaba que aquello era la catástrofe y quedé abrumado.

Las luces de la sala volvieron a encenderse y algunos espectadores se levantaron para irse, pero antes de que llegaran a la puerta las luces volvieron a apagarse. Ahora aparecían en la pantalla las primeras imágenes, y, contra todas las previsiones, la proyección de la película ya no se interrumpió...

Terminada la temporada de invierno, el Comité del Himalaya me pidió que hiciera una gira de conferencias durante un mes. Como en esta época del año no tenía mucho que hacer, acepté la proposición de muy buen grado, pues, aparte de pagarme los gastos de desplazamiento y hospedaje con auténtica generosidad, me pagaban un salario interesante.

Las escasas experiencias que había tenido aisladamente durante el invierno no me permitieron imaginar lo que me esperaba...

El empresario que había organizado este periplo, más interesado por acumular sesiones que por evitar la fatiga al conferenciante, había previsto un programa de una densidad enloquecedora.

Cada día, aparte de la conferencia para el público adulto, tuve que dar una y a veces dos sesiones matinales suplementarias para los niños de los colegios. Además, yo mismo tenía que montar y desmontar los aparatos de proyección, padecer innumerables vinos de honor, banquetes, recepciones y, naturalmente, conducir mi viejo coche de una ciudad a otra.

Las distancias que mediaban entre las diversas poblaciones eran generalmente bastante grandes, ya que el itinerario no había sido fijado con datos geográficos, sino de acuerdo con misteriosos imperativos comerciales. Los resultados a veces eran sorprendentes y, por ejemplo, me ocurrió que, tras hablar un día en Grenoble, a la mañana siguiente estaba en Annecy para dar las conferencias y al otro día tenía que hacerlo en Valence.

Yo no estaba preparado ni física ni sobre todo moralmente para vivir una vida tan poco higiénica y tan fatigosa para el sistema nervioso. Por esta razón, cuando regresé a Chamonix me encontraba más cansado que después de realizar treinta ascensiones seguidas, y resolví no volver a vivir jamás una experiencia así.

En aquel momento no pensaba que aquel era un juramento de borracho ni que, durante años, iba a recorrer las carreteras haciendo desesperados esfuerzos para encontrar cada día suficiente

entusiasmo para hacer revivir al público unas aventuras que, a fuerza de repetir, habían quedado terriblemente descoloridas.

Con la llegada del verano reanudé mis actividades de aficionado y en septiembre volví a circular por las montañas puramente por placer. Fue así como, con la ayuda del buen tiempo, logré por fin coronar la escalada de la cara oeste de la Aiguille Noire de Peuterey, que tan trágicamente había empezado el año anterior.

Esta pared vertical y a veces extraplomada estaba considerada como una de las dos o tres escaladas sobre granito más difíciles conquistadas antes de la guerra, y este nivel acababa de ser superado únicamente por Walter Bonatti, en la cara este del Gran Capucin.

Durante la temporada de guía me había entrenado mediocrementemente para este tipo de acrobacias atléticas. En los puntos clave sentí que llegaba al límite de mis posibilidades.

En cambio, los jóvenes compañeros que ascendieron conmigo, entrenados como campeones de gimnasia por sus salidas semanales a las cortas pero extremadamente difíciles paredes calcáreas cercanas a las ciudades donde vivían, actuaban con una sorprendente facilidad.

De esta forma me vi obligado a constatar hasta qué punto esta forma extrema del alpinismo moderno requiere una preparación atlética minuciosa para aquellos a quienes la naturaleza no ha dotado de cualidades especiales para la escalada en roca.

Por otro lado, el importante tramo de escalada artificial exigido por esta pared me permitió ver con mayor claridad en qué medida tiene que ser monótono y pesado este procedimiento mecánico de avance cuando se prolonga varios largos de cuerda o incluso varios cientos de metros.

Al regreso de esta incursión en el terreno del sexto grado, quedé definitivamente convencido de que, en el marco demasiado estrecho de nuestras montañas europeas, el gran alpinismo, al no poder renovarse abordando problemas cada vez más amplios y complejos, estaba obligado a transformarse en un simple ejercicio de virtuosismo técnico.

Los progresos de la técnica, el perfeccionamiento del material y la mejora de los métodos de entrenamiento habían hecho demasiado eficaz al escalador; comprendí claramente que también en este campo la técnica estaba a punto de matar la aventura. Me pareció que para quienes buscan un modo de realizarse en el combate entre el hombre y la montaña ya no quedaría otra solución que tomar el camino desesperado de la escalada solitaria y la ascensión invernal.

A lo largo de los meses de ese verano el proyecto de expedición al Fitz Roy había empezado a tomar cuerpo, pero Ferlet se debatía entre grandes dificultades para ponerlo en marcha.

Aunque una gran empresa de esta magnitud requiere una cantidad de dinero cuatro o cinco veces inferior que la que exige una expedición al Himalaya, la financiación resultó muy difícil.

Gracias al éxito obtenido con el libro y las películas sobre el Annapurna, la caja del Comité del Himalaya estaba bastante llena. Sin embargo, como se deseaba conservar estos fondos para lanzar una tentativa contra el Everest, que Francia tenía derecho a esperar realizar, este comité no quiso asumir la financiación de la expedición a la Patagonia, aunque sí le dio una importante subvención. La sección de París del Club Alpino, otros organismos y algunos donantes redondearon la suma. Pero, a pesar de todas estas aportaciones, estábamos todavía lejos de alcanzar el presupuesto

indispensable.

Ferlet pidió entonces a cada uno de los futuros miembros del equipo que aportasen una contribución notable a la empresa. Para lograrlo, Magnone no dudó en empeñar su viejo tractor en el Monte de Piedad, pese a que era su única riqueza. Por mi parte, puse en el fondo común casi todos mis ahorros.

Desgraciadamente hubo algunos que, como Jacques Poincenot, no disponían ni de un céntimo, y a pesar de todos nuestros esfuerzos seguíamos sin alcanzar la cifra mínima.

Empezábamos ya a desesperar cuando un simpático alpinista del Languedoc, el doctor Azéma, aportó lo que faltaba. A cambio pidió participar en la expedición y, para hacerla posible, aseguró personalmente una parte importante de los gastos. Quedando un poco endeudados, al final pudimos partir.

Esta nueva aventura en ultramar resultó ser mucho más apasionante y dura de lo que yo había imaginado.

Los argentinos nos acogieron con un entusiasmo, una gentileza y una amabilidad que en nuestra vieja Europa son inconcebibles.

El dictador de entonces, el general Perón, acudió personalmente a recibirnos. Para arreglar rápidamente nuestros problemas no dudó en molestar a varios de sus ministros, a los que ordenó que nos brindaran la ayuda de sus subordinados. ¡Me parecía como si estuviera viviendo un cuento de hadas!

Gracias a Perón, el viaje a la Patagonia fue un paseo para turistas de lujo, pese a nuestros escasos recursos económicos.

Sin embargo, las dificultades empezaron incluso antes de haber llegado a la fase de la montaña. Una crecida de un río y el mal carácter de un viejo gaucho nos obligaron a pasar una semana entera en espera de la llegada de los caballos de tiro.

El Fitz Roy está situado a menos de doscientos kilómetros al norte del Cabo de Hornos, célebre por la violencia de sus tempestades. El clima de esta parte extrema de América del Sur es casi tan riguroso como el del norte de Noruega, y los enormes glaciares que cubren esta parte de los Andes descienden casi hasta las aguas del océano Pacífico. En esas tierras australes, el verano es corto y solamente ofrece escasos periodos de buen tiempo. Nosotros no íbamos muy adelantados, y cada día perdido podía costarnos el éxito. Para ganar en parte el precioso tiempo que habíamos perdido tontamente, Jacques Poincenot y yo partimos para realizar un reconocimiento. Fue precisamente al vadear un torrente en plena crecida cuando mi compañero se ahogó.

Era un colega encantador y un escalador prodigiosamente dotado. Esta brutal desaparición nos hundió en la desesperación. Estábamos tan desmoralizados que durante dos días hablamos seriamente de hacer las maletas, antes incluso de haber planteado la batalla.

Afortunadamente, al cabo de unos días las fuerzas morales volvieron y la expedición, aunque gravemente debilitada por la pérdida de uno de sus mejores elementos, continuó.

Durante cerca de tres semanas las nevadas, cortadas por vendavales apocalípticos que a veces superaban los doscientos kilómetros por hora, suponían un obstáculo agotador.

Como las borrascas acabaron por rasgar y desmontar las tiendas del campamento I, nos vimos

forzados a instalarlas en cuevas talladas en el glaciar. Hundidos en la nieve hasta por encima de la rodilla, tuvimos que rehacer casi cada día la pista que unía los diversos campamentos.

Pero, a pesar de estas detestables condiciones atmosféricas, al cabo de veinte días de esfuerzos desesperados pudimos establecer tres campamentos sucesivos y proveerlos de importantes reservas de alimentos y material.

El itinerario, que hasta el campamento II resultó relativamente fácil aunque largo, fue en cambio francamente difícil en el tramo de trescientos metros de desnivel que llevaba hasta el campamento III. Era una pared de hielo y roca digna de una gran cara norte de los Alpes. Para poder subir y bajar cómodamente de este nido de águila y, sobre todo, para izar hasta allá arriba nuestras pesadas cargas, fue necesario dotar toda esta sección de cuerdas fijas y escalas flexibles.

La región estaba habitada solamente por algunos ricos ganaderos de corderos, por lo que resultó imposible encontrar a un solo porteador que pudiera ayudarnos, y tuvimos que llevar nosotros mismos casi una tonelada de material, del que cerca de trescientos kilos tuvieron que ser subidos hasta el último campamento.

Los vientos casi incesantes, con unas borrascas que a veces alcanzaban una violencia inaudita y llegaban a tirarnos al suelo y, a veces, hasta a arrastrarnos varios metros, más el frío, la nieve y también la precaria existencia que nos veíamos forzados a llevar en nuestras húmedas grutas de hielo, hicieron que este trabajo de preparación fuese una experiencia más agotadora que ninguna de las que he vivido.

Las condiciones psicológicas de este combate preliminar no contribuían a facilitar nuestra tarea. Aunque numerosas lecturas nos habían dado informaciones sobre el hostil clima de la baja Patagonia, no habíamos imaginado encontrar condiciones tan desfavorables a la escalada.

Con este mal tiempo continuo e infinitamente más violento que el de nuestros Alpes, la esperanza que nos quedaba de poder vencer al Fitz Roy era tan débil como la salud de un moribundo. Un viejo adagio asegura que «la vida está hecha de esperanza». Sin la fuerza de la esperanza, nuestros esfuerzos y sacrificios se hacían muy difíciles de soportar.

A decir verdad, nunca he sabido hasta qué punto mis compañeros habían dejado de confiar en el éxito de nuestra empresa, pero la astenia de algunos y las crisis de desánimo que alcanzaron a los mejores me permiten pensar que su moral estaba gravemente tocada. En cuanto a mí, no me quedaba más que una pequeña esperanza de triunfar, y si me entregaba a la lucha con todas mis fuerzas lo hacía sobre todo «por principios». Porque quería haberlo probado todo y no tener que reprocharme nada luego. También, sin duda, lo hice por la alegría de gastarme en una tarea cuya finalidad ya no veía claramente pero que, por esta misma razón, me resultaba exaltante debido a su absoluta pureza.

Nuestro plan consistía en instalar el último campamento lo más cómodamente posible, abastecerlo de gran cantidad de víveres, e instalarnos en él permanentemente en espera de la llegada de uno de los dos o tres breves periodos de tiempo bueno y calmado que teníamos derecho a esperar de aquel verano patagónico.

Cuando por fin todo estuvo dispuesto, un equipo de tres subió a tomar posición; estaba formado por Guido Magnone, potente y dinámico alpinista de París, con notables cualidades como escalador en roca, nuestro cineasta y fotógrafo Georges Strouvé y por mí. Strouvé debía permanecer en el

campamento para vigilar y filmar el avance, mientras que Guido y yo trataríamos de llegar a la cumbre. Apenas nos habíamos instalado en nuestra residencia de hielo cuando se desencadenó una violentísima tormenta que nos dejó aislados durante cinco días. El alcohol de quemar que alimentaba nuestros hornillos empezaba ya a escasear cuando la tormenta aclaró un poco y pudimos huir hasta el campamento base. Después de este secuestro, vivir entre los árboles y la hierba, sentarse al calor del fuego y saborear alimentos frescos nos dio más placer que el que en su vida hayan podido gozar los príncipes de Oriente...



De izquierda a derecha: Ferlet, Depasse, Terray, Azéma, Magnone, Ibáñez y Lliboutry.

El mal tiempo se prolongó otros dos días y la nieve bajó hasta el campamento base, que estaba situado solamente a ochocientos metros de altitud. Por la tarde de nuestro tercer día de descanso, el cielo se despejó completamente y quedó tan radiante como en una de las mejores tardes de un verano en los Alpes.

Como a la mañana siguiente el tiempo era espléndido, la esperanza de ver cómo nuestros esfuerzos alcanzaban por fin su objetivo nos animó con un entusiasmo capaz de derribar todos los obstáculos.

A pesar de la capa de nieve fresca en la que nos hundíamos hasta el vientre, turnándonos furiosamente logramos reintegrarnos al campamento III de un tirón. Cuando el alba nos vio emerger de nuestra gruta, el frío era intenso y el cielo estaba desapacible. A pesar de que las condiciones no eran muy prometedoras, lanzamos un intento. Pronto comprobamos que la escalada era extremadamente difícil. Hubo que poner numerosas clavijas, y Magnone tuvo que forzar un difícilísimo paso de escalada libre. A las siete de la tarde no habíamos subido más que un desnivel de 120 metros, de los 750 que tiene esa pared.

De acuerdo con lo previsto, volvimos a bajar hasta el campamento, dejando cuerdas fijas destinadas a facilitar una nueva subida. A la mañana siguiente, muy temprano, no había una sola nube que oscureciese el cielo y el aire estaba en completa calma. Por fin nos sonreía la fortuna y había que tratar de llevar a cabo la empresa sin desfallecer en nuestra ruta hacia la cima.

A fin de trepar con la máxima rapidez posible, decidimos adoptar una táctica muy audaz: acordamos llevarnos muchas clavijas para tener una amplia provisión y no perder unos minutos preciosos recuperando las que estaban mejor clavadas. Para contrarrestar el peso de tanto hierro, no llevábamos apenas alimento ni líquido y redujimos el equipo de vivac a una chaqueta de plumón y un anorak impermeable.

A pesar de las cuerdas fijas que habíamos dejado, necesitamos cerca de cuatro horas para alcanzar el último punto escalado la víspera. A partir de allí, la ascensión se hizo aún más lenta. Las dificultades eran extremas y a menudo teníamos que recurrir a la escalada artificial; un solo largo de cuerda nos exigió casi cinco horas de esfuerzos.

Cuando llegó la oscuridad no habíamos alcanzado todavía la mitad de la pared. Tuvimos que hacer vivac en una minúscula plataforma inclinada. Poco abrigados, sin agua y sin alimentos, pasamos una noche muy dura.

Al día siguiente las dificultades disminuyeron, pero pronto la roca empezó a aparecer cubierta de hielo y tuvimos que ponernos los crampones. Cada vez resultaba más difícil encontrar el itinerario y el tiempo empezó a estropearse.

Lo sabíamos perfectamente: si se levantaban los fuertes vientos mientras nos encontrábamos en la pared rocosa, nos resultaría imposible batirnos en retirada. Si los vientos duraban, nos veríamos condenados a morir de hambre y frío.

Impresionado ante esta amenaza, por unos instantes perdí el valor y quise volver a bajar, pero la firmeza de la resolución de Magnone ganó a mi debilidad. Al final, acabé por aceptar el enorme riesgo que pesaba sobre nosotros, y continuamos escalando. Nuestra reserva de clavijas se había agotado casi totalmente cuando por fin terminaron las dificultades. A las cuatro de la tarde nos encontrábamos en la cumbre.

Las nubes que, desde la mañana, ocupaban parte del cielo, habían aumentado y la niebla empezaba a envolver la cima. En cambio, y gracias a una suerte extraordinaria, el viento tardaba en irse.

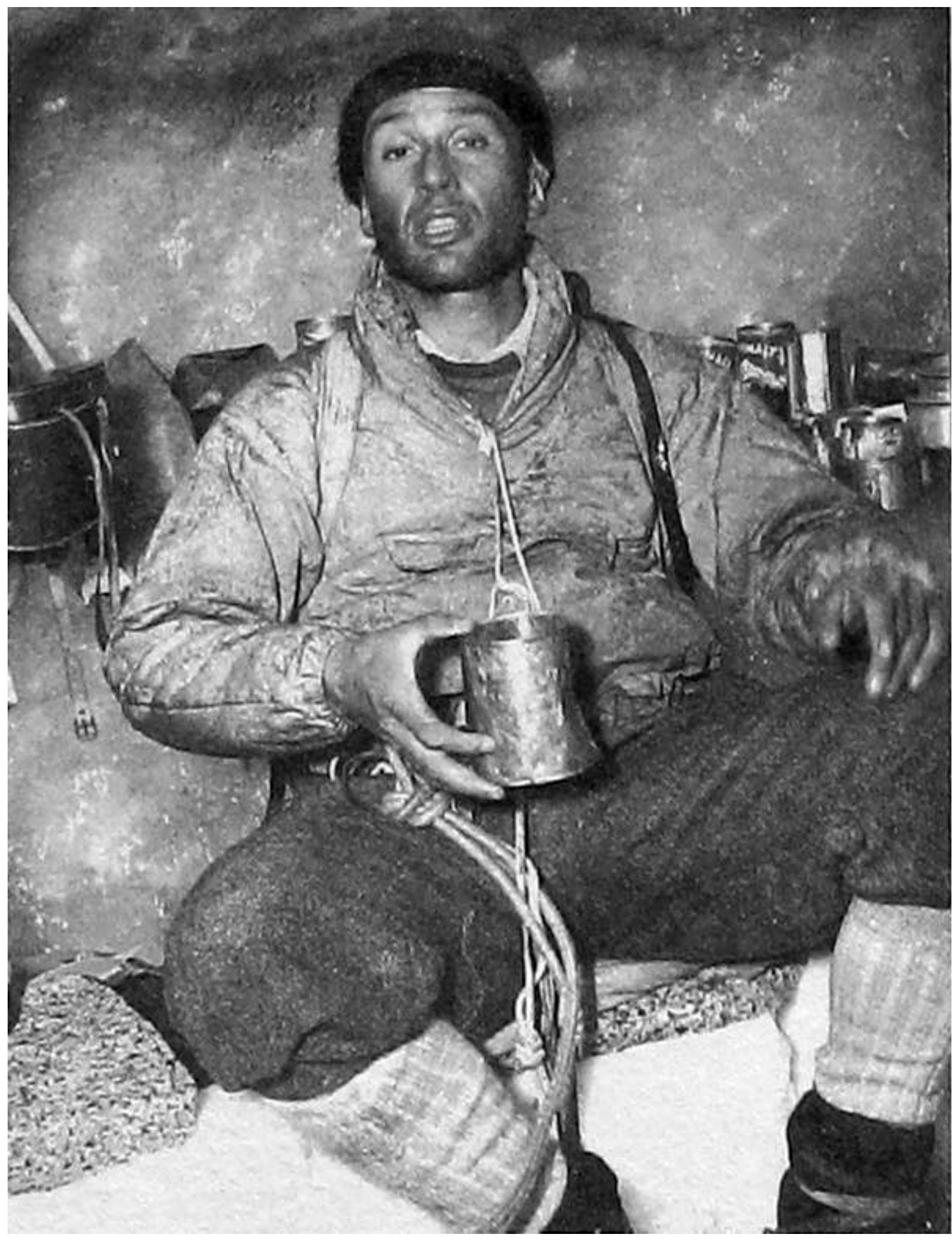
Nuestro descenso fue una fuga desesperada. Tras dieciocho rápeles alcanzábamos las primeras cuerdas fijas. En aquel preciso instante, la tormenta, que hasta entonces nos había concedido una tregua, empezó a desencadenar sus fuerzas. Gracias a las cuerdas fijas podíamos, sin embargo, bajar



pegados a la pared y, pese a las borrascas, regresamos rápidamente al pie de la montaña. A las diez de la noche, completamente agotados, nos dejamos caer en los brazos de nuestros amigos.

Después de haber vivido otras experiencias, escribí, en 1956, en los *Annales du G. H. M.* (Anuarios del Grupo de Alta Montaña):

«De todas mis ascensiones, la conquista del Fitz Roy es aquélla en la que más cerca he estado de los límites de mis fuerzas y de mi valor. Técnicamente hablando, sin duda no llega a ser tan “extremadamente difícil” como algunas de las grandes escaladas de granito que han sido realizadas en los Alpes en el curso de estos últimos años, pero lo que da valor a una gran escalada no es la acumulación de pasos de gran dificultad. En el Fitz Roy, el alejamiento de todo centro habitado, el mal tiempo que reina casi permanentemente en la zona, el hielo que tapiza la parte superior de la montaña y, sobre todo, los grandes vendavales que hacen pesar sobre los escaladores una amenaza de muerte, hacen que la ascensión sea mucho más compleja, arriesgada y agotadora que las de las más difíciles paredes alpinas».



Hoy en día sigo manteniendo esta misma opinión, y el éxito de Toni Egger y Cesare Maestri, que lograron triunfar en el Cerro Torre, cumbre vecina al Fitz Roy pero ciertamente incluso más difícil, constituye para mí la victoria más grande de la historia del alpinismo.

La expedición a la Patagonia terminó con una gran fiesta. Destacada como noticia importantísima por el Gobierno argentino, nuestra hazaña desencadenó un entusiasmo desbordante y nos pasamos unos veinte días de banquete en banquete y de recepción en recepción.

El Club Andinista de Mendoza y el ejército argentino nos invitaron incluso a intentar la escalada del Aconcagua, que, con su cumbre a 6960 metros de altitud, es el pico más alto de la cordillera de los Andes.

Esta escalada se realizó en cuatro días, sin progresiva aclimatación a la altitud, y a pesar de ser de extrema facilidad, estuvo a punto de terminar en desastre. Poco a poco, cada uno de los miembros del grupo cayó víctima del mal de montaña. Yo sufrí también bastante, pero logré sin embargo salvar el honor alcanzando la cumbre en compañía de Paco Ibáñez, el joven y simpático oficial argentino que anteriormente nos había acompañado a la Patagonia.

Esta ascensión a la vía normal del Aconcagua tenía sobre todo como objetivo fundamental procurarnos el entrenamiento necesario para poder probar a continuación la arista sureste, que todavía estaba virgen, y si todo salía bien, realizar posteriormente una exploración de la cara sur. Efectivamente, esta tremenda pared parecía constituir un magnífico objetivo para una futura expedición.

Desgraciadamente, en el descenso fue necesario ir a socorrer a un equipo de chilenos a los que el mal de montaña había abatido hasta el punto de dejarles en estado de coma. Aquello fue largo y penoso. Uno de ellos no pudo ser reanimado y al cabo de pocos días murió. Todas estas peripecias nos hicieron perder numerosos días y hubo que decidirse a regresar a Francia sin probar ni siguiera la arista sureste.

Apenas había regresado a Chamonix, se me ofreció la oportunidad de volver a partir hacia una nueva aventura en ultramar. Mis clientes holandeses, Kees Egeler y Tom de Booy, profesores ambos de geología en la universidad de Ámsterdam, tenían que ir a Perú a fin de realizar determinadas investigaciones científicas. Pero como querían que el viaje fuera agradable al mismo tiempo que útil, decidieron prolongar su estancia en aquel país para tratar de escalar una o dos grandes cumbres.

Como pensaban que ellos dos solos no tenían muchas posibilidades de conquistar un objetivo de gran categoría, me pidieron que fuera con ellos para guiarles en esas tentativas.

Mi experiencia en el Fitz Roy me había revelado en qué medida constituyen los Andes un maravilloso terreno de juego para los alpinistas, y nada podía entusiasmarme tanto como regresar allí.

No ignoraba que las cimas de Perú son muy diferentes a las de la Patagonia, pero todo me hacía pensar que, aunque con un estilo diferente, también podían colmar mis aspiraciones.

Sabía que en esta cordillera no tendríamos que escalar paredes de roca, en las que la ascensión

sólo puede culminarse gracias a mil acrobacias de gimnasta, sino picos esbeltos a los que diversos fenómenos meteorológicos han cubierto de unas capas de hielo que forman pendientes, a veces tan abruptas, que todavía no habían podido ser superadas por medio de ninguna técnica.

También sabía que bajo el cielo azul del país que hace siglos fue el Imperio del Sol, el tiempo, que generalmente es bueno y estable, facilitaría nuestras empresas. En cambio, como las cumbres se elevan por encima de los seis mil metros, el enrarecimiento del oxígeno haría mucho más duros nuestros esfuerzos que en los grandes picos alpinos.

Lejos de disgustarme, la novedad que presentaban los problemas que íbamos a encontrarnos en las cumbres de Perú me parecía que les daba un acicate suplementario.

Por otra parte, las numerosas ascensiones que había realizado en los Alpes con Egeler y De Booy nos habían unido con una amistad entrañable. En muchas ocasiones había podido apreciar la valentía, el entusiasmo, el sutil humor y el sentido de la camaradería de estos dos vigorosos jóvenes. Pocas veces había podido encontrar a lo largo de mi carrera alpina unos compañeros con los que tuviera una simbiosis tan completa.

Fue así, con una alegría que nada enturbiaba, cómo acepté partir para probar una nueva aventura en el país de los incas.

Nuestro principal objetivo era el Nevado Huantsan, una bella montaña de 6395 metros, que era la cumbre virgen más alta de los Andes tropicales. A primera vista, esta ascensión parecía exageradamente larga y difícil para un equipo formado solamente por tres alpinistas y que disponía de un material escaso y poco perfeccionado.

Con la intención de aclimatarnos a la altitud y de familiarizarnos con los problemas específicos que plantean las montañas de la zona andina situada en los trópicos, decidimos que, en lugar de lanzarnos inmediatamente hacia el Huantsan, debíamos ir primero a medir nuestras fuerzas frente a los 5710 metros de un pico más modesto llamado Nevado Pongos.

Aunque en su parte superior presentaba una escalada muy difícil, esta cumbre fue conquistada en un día y medio a partir del campamento base.

En esta ocasión pude lograr una hazaña nada trivial. Efectivamente, gracias a la combinación del milagro de la aviación con algunas circunstancias favorables, me fue posible ir desde París hasta la cumbre del Pongos en ocho días, y sólo cuatro contando el tiempo desde Lima.

El Huantsan resultó mucho más difícil... La primera tentativa fracasó y estuvo al borde de terminar en tragedia. Cuando nos batíamos en retirada en plena noche, víctima de calambres tras una maniobra en falso, De Booy falló en un rápel, tuvo una caída libre de siete u ocho metros y rodó cuesta abajo a lo largo de más de setenta metros sobre una fuerte pendiente de hielo. Gracias a uno de estos prodigios de los que hay algunos ejemplos más en el alpinismo, se paró sobre el glaciar sin haber sufrido ninguna herida grave.

Después de algunos días de descanso y un periodo de tormentas, ya no nos quedaba suficiente tiempo para emplear el método clásico de la serie de campamentos. Había que forzar la técnica para lograr el éxito, que sólo podríamos conseguir mediante un método revolucionario. Tras descubrir un buen itinerario e instalar un campamento II hacia los 5500 metros, decidimos tratar de alcanzar la cumbre de una sola vez, transportando con nosotros todo lo necesario para vivir, escalar e incluso

filmar durante siete u ocho días.

En el momento de partir, nuestras mochilas pesaban más de veinticinco kilos; cargados de aquella manera, la escalada a lo largo de finas aristas con cornisa en las que, a cada instante, era necesario realizar travesías en las fuertes pendientes glaciares situadas a ambos lados, resultó absolutamente extenuante. Después del primer vivac bajo tienda, el terreno se hizo más fácil y nuestras mochilas más ligeras. De esta forma, pudimos alcanzar la cumbre secundaria de la vertiente norte, situada a 6100 metros, y luego volver a bajar por la brecha que la separaba de la cima principal. El tercer día, después de una delicada escalada glaciara, logramos conquistar el Huantsan. Pero necesitamos otros dos días para recorrer en dirección contraria la distancia cercana a los tres kilómetros de arista que antes nos había conducido al éxito. Cuando por fin llegamos al campamento II, habían transcurrido cinco días. Nuestros porteadores mestizos, convencidos de que habíamos muerto, ya habían emprendido el camino hacia el valle.

Dos meses después de salir de París, volvía a estar en esta ciudad. Al día siguiente me encontraba ya en Chamonix y, al cabo de dos días, acompañando a dos clientes ingleses, haciendo vivac al pie del pilar de Frêne y en el Mont Blanc. Veinticuatro horas después culminamos la tercera ascensión de este difícilísimo itinerario.

Esta breve expedición a Perú me dejó uno de los mejores recuerdos de toda mi vida. Sobre aquellos picos de formas atrevidas, a los que las gigantescas cornisas y los mantos de nieve dan una elegancia inigualable, no habíamos vivido una aventura tan intensa y dramática como en el Annapurna. Tampoco habíamos conquistado una cumbre tan prestigiosa como el Fitz Roy; ni siquiera habíamos logrado una hazaña verdaderamente notable en el plano técnico.

Sin embargo, en lugar de sentirme aburrido por la repetición continuada de las aventuras, regresé radiante de felicidad e imbuido del sentimiento de haber vivido unos días de una clase desconocida.

Equipados con bastante poco material, sin más ayuda que la de los porteadores mestizos, ladrones, cobardes y siempre dispuestos a desertar, partimos los tres escaladores hacia una cordillera salvaje, apenas poblada por algunos miserables indios a los que cuatro siglos de conquista han reducido a estado casi infrahumano. Débiles y aislados en medio de este mundo en el que toda ternura se hallaba ausente, y a pesar de los acontecimientos adversos, habíamos alcanzado nuestro objetivo en el tiempo limitado de que disponíamos.

Gracias a la simplicidad de los medios que habíamos empleado, habíamos conseguido devolver a las cumbres sus verdaderas dimensiones y habíamos dado a las dificultades su valor real. De esta manera, nos habíamos encontrado de nuevo con la aventura montañera en su auténtica pureza, tal como la habían conocido antaño Whymper y los primeros conquistadores.

En la arista del Huantsan, sin equipo de apoyo, sin conexión alguna con el exterior, habíamos estado verdaderamente separados del mundo. En aquella cresta blanca erigida contra un cielo de un azul profundísimo, no éramos más que tres compañeros atados a la misma cuerda y ligados a un mismo destino. Solamente nos empujaba hacia la cima sin gloria que habíamos decidido conquistar el mismo ideal sobre el que nuestra amistad se había fundamentado. Esta absoluta soledad, el hecho de habernos desprendido de las contingencias humanas y la amistad sin reservas que nos unía, dieron a la conquista del Huantsan un delicioso sabor de aventura fraternal. Y este factor ha sido el que me

ha hecho querer más esta expedición que otras empresas más importantes.

Pero nuestro viaje a Perú no me proporcionó únicamente satisfacciones por las ascensiones que había podido realizar.

Además, y al igual que anteriormente en el Nepal, el antiguo imperio de los incas me reveló un mundo nuevo, un nuevo sentido de las cosas, una nueva poesía de la vida. Quedé auténticamente maravillado ante el esplendor de esta tierra en la que todo son contrastes y excesos. Y me sentí literalmente embargado por el encanto salvaje que se desprende de su pueblo de indios y mestizos, al mismo tiempo magníficos y variopintos, pero también sucios y groseros; locamente alegres, pero profundamente tristes; hospitalarios y amables, pero ladrones y brutales también; generosos y artistas, pero al mismo tiempo socarrones y borrachos.

Cuando volví a pisar la tierra de mi dulce Francia, conservaba todavía en mi interior una sorda nostalgia de aquel país elevado en grandes relieves en el que aún puede encontrarse la aventura al borde de cada camino. A partir de entonces, la esperanza de volver allí sería uno de los sueños que me acompañarían todas las noches.

Al cabo de cuatro años, y al igual que los sueños de juventud, éste también llegó a tomar forma real con más plenitud y vida de lo que me hubiera atrevido a esperar. Contra todo lo que pudiera suponerse, sobre los vestigios de esta primera expedición a Perú nació la que sería la segunda.

Hasta 1952 yo no había utilizado nunca ninguna cámara ni equipo fotográfico. En la época de la Walker y el Eiger, Lachenal y yo teníamos un ideal alpino tan puro que no nos parábamos ni un momento para sacar algún beneficio de nuestros éxitos de escalada por medio de los documentos que hubiéramos podido obtener. Además, incluso las Kodak más sencillas nos parecían máquinas demasiado pesadas y molestas y pensábamos que, de utilizarlas, disminuiría nuestro placer.

De hecho, a lo largo de los cinco años que duró nuestra cordada, no habíamos tomado ni una sola fotografía. En el Annapurna y en el Fitz Roy, mi mentalidad apenas había cambiado. Pensaba: «Llevamos especialistas, ellos pueden encargarse de filmar películas, ya que han venido exclusivamente para esto». Y me decía que si yo había ido para vencer una montaña, debía conservar y concentrar todas mis fuerzas para lograr ese objetivo.

En el Fitz Roy, mi obcecación en este sentido llegaba hasta tal punto que en más de una ocasión mandé a Strouvé a paseo cuando, para poder obtener una filmación mejor, me pedía que me parase o que volviera a descender algunos metros. Por otro lado, principalmente por culpa mía, no nos llevamos una cámara fotográfica cuando lanzamos el asalto final.

Sin embargo, a partir de ese momento, en el curso de los escasos días que pasamos en las laderas del Aconcagua, y debido a que en esa escalada los momentos de inactividad fueron numerosos, le pedí a Strouvé que me ayudase a matar el tiempo enseñándome la técnica del funcionamiento de esos misteriosos aparatos. Al igual que un niño lleno de curiosidad, y para divertirme, saqué algunas fotografías e incluso me llevé la cámara más ligera cuando hice la etapa final hacia la cumbre.

Cuando regresé a París, quedé muy sorprendido al constatar que, de hecho, había impresionado imágenes en la película, y que, a fin de cuentas, ¡los resultados eran incluso bastante aceptables! Fue entonces cuando comprendí que, contra lo que yo había sido lo bastante estúpido para pensar, la fotografía no era algo parecido a una cocina mágica, sino que se trataba de una técnica bastante

sencilla. Justo en ese mismo periodo comprendí y comprobé que las fotos y las películas que nuestros especialistas habían traído de regreso de las expediciones en las que acababa de participar eran recuerdos de grandísimo valor, documentos que a lo largo de toda mi vida iban a permitirme volver a sentir en parte la alegría que había experimentado cuando viví aquellas horas excepcionales.

En el momento de partir hacia Perú sentía cierta tristeza al pensar que, dado que no nos acompañaba ningún técnico, me iba a encontrar después de las escaladas sin la posibilidad de disfrutar de las imágenes de esta aventura. Ciertamente, mis compañeros holandeses llevaban consigo un aparato fotográfico y una cámara vieja, pero sólo tenían unos pocos metros de película y su falta de experiencia era tan grande como la mía. Además, su cámara era demasiado pesada y frágil para poder ser usada en alta montaña.

Algunos días antes de la partida, y siguiendo un impulso bastante inexplicable, tomé bruscamente la decisión de tratar de filmar una película yo mismo. Como desde el punto de vista financiero no me encontraba en una buena situación, pedí prestados cien mil francos a un amigo, y me compré cuatrocientos metros de Kodachrome en cargador para utilizarlos en la cámara superligera que teníamos en la Patagonia.

La misma tarde de la compra me encontré de nuevo con mi amigo, el conocido cineasta J.-J. Languépin, quien, en cuanto se enteró de mi adquisición, exclamó:

—¿Y qué piensas hacer con esto? Ni a dieciséis imágenes por segundo tienes suficiente para conseguir algo utilizable. Aparte de que, sin experiencia, no lograrás producir más que cosas sin interés.

Ante aquello no pude contestar más que:

—Sólo es para tener un recuerdo y enseñárselo a los compañeros que puedan estar interesados...

Al cabo de un tiempo de reflexión, el rostro de Languépin perdió la tensión y su mirada algo glauca se iluminó con la expresión bondadosa que es corriente en él. Y a continuación añadió:

—Ven a verme mañana por la mañana, te daré algunos consejos. No eres más tonto que otros, y con un poco de suerte podrás quizá traer de vuelta algo que sea de verdad interesante.

A lo largo de toda la expedición a Perú seguí con la mayor fidelidad posible los consejos que había recibido de mi amigo. Por otro lado, me impuse el esfuerzo de llevar conmigo la cámara en la escalada de la arista final del Huantsan y, a pesar del frío que hacía y del fuerte viento, me obligué a utilizarla frecuentemente. Posteriormente, estas imágenes, hábilmente montadas por Languépin y completadas por las que habían sido rodadas en el valle con la cámara holandesa, permitieron crear una película de unos cuarenta minutos de duración. Desde luego, que no se trataba de una obra maestra. Numerosas imágenes eran de una calidad mediocre y, en general, se notaba la falta de destreza. Sin embargo, y a pesar de sus imperfecciones, la película contaba de una manera ingenua, pero bastante completa, la historia de nuestra aventura. En fin, y sobre todo, los planos rodados en la arista terminal, aunque no eran especialmente espectaculares, representaban algo que no se había visto nunca hasta entonces: por vez primera, unos espectadores sentados en una sala oscura podían ser testigos de las auténticas evoluciones de unos alpinistas escalando una cima difícil hasta la mismísima llegada a la cumbre. Ante este documento, muchas personas competentes afirmaron que se

trataba de un material de suficiente interés como para atraer a un público bastante amplio.

Sin esperanzas de obtener unos beneficios comparables a los que habían producido las conferencias acompañadas de la proyección de la película que trajimos al regreso de la primera victoria sobre un ochomil, podía como mínimo imaginarse que con el nuevo film sería posible recoger fondos que permitirían montar otra expedición a Perú, y esta idea me entusiasmó.

El empresario que había organizado las fructíferas giras con el film del Annapurna se mostró interesado por el proyecto, pero opinó que la película era demasiado corta. Entonces sugirió que rodásemos un documental sobre la escalada de los Alpes, lo cual nos daría material suficiente para completar el programa.

Entonces se me ocurrió la idea de hacer una película sobre el esquí en alta montaña. Como el esquí era un deporte mucho más popular que el alpinismo, pensé que un documento así podría llegar a un público numéricamente mayor. Por otro lado, mis cualidades de esquiador, combinadas con mi experiencia alpina, parecían facilitar bastante el rodaje.

Pero realizar una película de cierta duración, aunque sea en dieciséis milímetros, sale muy caro, y yo me encontraba prácticamente sin dinero. Felizmente, varias firmas de artículos de esquí aceptaron financiar parte de mi empresa, a cambio de la aparición de su publicidad en los títulos de la película. Pidiendo prestado a derecha e izquierda, y tras bastantes dificultades, por fin me encontré en una situación que me permitía pasar a la acción.

Mi idea consistía en rodar una película sobre los descensos acrobáticos de pendientes extremadamente inclinadas; el año anterior se habían realizado varios descensos de este tipo. Pero, al final, decidí limitar la acción a la cara norte del Mont Blanc que, aunque menos difícil que otras vertientes, no había sido todavía recorrida hasta aquel momento por ningún esquiador.

La realización de esta película fue una aventura muy emocionante. El mal tiempo nos mantuvo bloqueados en varias ocasiones en el refugio Vallot, a 4360 metros de altitud. Las semanas iban pasando sin que nosotros progresáramos, y Jacques Ertaud, que había empezado el rodaje, tuvo que abandonarlo, llamado por otro contrato. Felizmente, Georges Strouvé logró librarse de sus compromisos y acudió a sustituirle.

Pero apenas había llegado al lugar de rodaje cuando, al filmar una escena de enlace, yo fallé en un viraje y salté una franja de seracs de más de veinte metros. Luego caí rodando por una pendiente fuerte y no logré pararme hasta unos metros antes de un gran precipicio. Cuando volví a levantarme, un agudo dolor en la espalda me reveló que una de mis vértebras estaba algo desplazada.

El buen tiempo volvió, sin embargo, y, aunque gravemente limitado por mi herida, logré realizar el descenso con mi amigo norteamericano Bill Dunaway, mientras que Strouvé, ayudado por Pierre Tairraz, logró filmar de modo bastante completo nuestras evoluciones.

La película, un poco humorística, estaba construida en torno a este primer descenso del Mont Blanc, y resultó muy satisfactoria. Tanto, que logró el primer premio en el Festival Internacional de Trento. Contra toda esperanza, *La conquête du Huantsan* (La conquista del Huantsan) obtuvo el segundo premio.

Las conferencias ilustradas con la proyección de las dos películas no atrajeron a grandes masas. Sin embargo, los resultados fueron lo bastante satisfactorios como para justificar sobradamente los



molestos y penosos esfuerzos que representan los largos rodajes. Gracias a las sumas recogidas por este medio, en 1956 pude volver a Perú con mis amigos holandeses y vivir en ese país una aventura más apasionante aún que la de mi primera estancia en los Andes.

El año 1952, en el que había logrado realizar dos expediciones victoriosas, fue especialmente bueno para mí.

En cambio, 1953 fue un periodo difícil. Después de *La Grande Descente du Mont-Blanc* (El gran descenso del Mont Blanc), realizada con tantas penalidades, me sentía afectado por una rigidez bastante fuerte en la columna vertebral y sufría además un dolor soportable pero molesto. En aquellas condiciones de inferioridad experimentaba dificultades bastante graves para la práctica de mi oficio de guía. En el mes de septiembre, lejos de poder intentar varias escaladas importantes en plan aficionado, como tenía por costumbre hacer cada temporada, tuve que reunirme con mi padre en Aix-les-Bains, donde trabajaba como médico, para someterme allí a tratamiento.

Durante el otoño empezó a perfilarse de manera palpable mi esperanza de volver a participar en una expedición al Himalaya.

Tras la conquista del Annapurna, el Comité Francés del Himalaya tenía derecho a realizar un intento de escalada dirigido hacia el Everest, con un equipo de alpinistas franceses.

Desgraciadamente, las circunstancias no permitieron que este proyecto llegara a ser realidad. En 1951, una expedición británica exploró la vertiente nepalesa, que hasta ese momento no había sido vista de cerca por ningún europeo. El equipo británico regresó diciendo que, contra lo que se había creído siempre, el punto más alto del globo era quizá accesible por ese lado.

Después de este descubrimiento, varias naciones pidieron al Gobierno de Nepal que autorizara la entrada de un equipo para atacar esta célebre montaña. Tras algunas difíciles negociaciones, se decidió al final que los suizos lanzarían un intento en 1952, los británicos en 1953 y los franceses en 1954.

Como no disponían de mucho tiempo para prepararse, los suizos tuvieron que organizar su expedición apresuradamente; a pesar de esta circunstancia, resultó un intento muy fuerte. Pero como tuvieron la desgracia de no haber tenido tiempo de poner en servicio un inhalador de oxígeno eficaz y ligero, la cordada de punta, formada por el guía ginebrino Raymond Lambert y el sherpa Tensing Norgay, no pudo superar una altitud de más de 8500 metros. La hazaña era notable y permitía presagiar un futuro éxito. Sin embargo, la altura alcanzada no superaba seguramente la que, mucho antes de la guerra, habían logrado escalar los británicos en dos ocasiones ya, por la arista norte.

Después de esta tercera experiencia, casi todo el mundo estaba seguro de la existencia de un «techo» fisiológico que se encontraba alrededor de los 8500 metros. Como, llegados a esta altitud, hombres tan excepcionalmente robustos y bien entrenados como Lambert y Tensing no lograban ni siquiera poner un pie delante del otro, se podía llegar lógicamente a la conclusión de que a partir de esa altura el aire no contenía ya el oxígeno suficiente para permitir la supervivencia de un escalador, por dotado que fuese.

Los anglosajones, que contaron con mucho dinero y que dispusieron de casi dos años para lanzar su intento, organizaron una expedición enorme. La concibieron como si se tratara de una operación militar, y además la pusieron bajo el mando de un oficial del ejército. El número de los que la

formaban era de trece europeos y cuarenta sherpas.

Gracias a las gigantescas proporciones del sistema piramidal que debía llevar dos hombres hasta la cumbre, gracias a una organización excelente, y, sobre todo, gracias a la eficacia de unos inhaladores ligeros que permitían a los escaladores respirar una mezcla de aire y de oxígeno en una proporción comparable a la que se encuentra alrededor de los 6000 o 6500 metros, el gigante de la tierra sucumbió sin haber opuesto ninguna verdadera dificultad técnica.

Esta victoria señaló el final de una epopeya que había durado más de treinta años. Pero también marcaba un giro decisivo en la evolución del alpinismo y la conquista de las altas cumbres.

Había sido conquistada la cumbre más elevada del mundo para el hombre de la calle que, fascinado por la magia de las cifras e ignorante de las verdaderas razones de tales empresas, no veía en las expediciones dirigidas al Himalaya nada que no fuera el intento de conseguir un récord, con la conquista del Everest ya estaba todo dicho; en aquellas montañas ya no podía buscarse nada más, como no fuera al abominable hombre de las nieves o un filón de oro.

Con motivo de esta reducción del interés que podía sentir el gran público, a partir de aquel momento iba a ser muy difícil financiar nuevas expediciones por medio de la utilización de las fuentes de dinero tradicionales que son la prensa, el cine, la publicidad y el patriotismo de los gobiernos.

Sin embargo, para los verdaderos apasionados por el Himalaya, la conquista del Everest, lejos de ser un final, no era sino el comienzo de una nueva era: ¡quedaban por conquistar las cimas más inaccesibles!

Después de que fuera conquistado el punto culminante del globo, varios países quisieron enviar expediciones en pos de una u otra de las tres o cuatro cimas cuya altitud se aproxima más a la del Everest.

A partir de ese momento se libró una especie de competición internacional, algo estúpida, con intención de obtener la autorización para tratar de alcanzar la cumbre más alta de las que todavía seguían vírgenes.

Los italianos, que ya habían realizado grandes esfuerzos de negociación con el gobierno del Pakistán, recibieron autorización para lanzar un intento contra la segunda cumbre del mundo, el K2 (8611 metros), que se encuentra situado en el territorio de esta república musulmana.

Los franceses hubieran quizá logrado obtener el permiso para intentar escalar el Kangchenjunga (8585 metros), casi tan alto como el K2, pero este pico había sido ya reconocido por una expedición inglesa que había dejado entrever que había grandes posibilidades de éxito. El Comité del Himalaya, con un espíritu deportivo de notable elegancia, decidió no tratar de disputarles esta cumbre.

Entonces se abrían dos posibilidades: tratar de escalar la cuarta cima del mundo, el Lhotse (8501 metros), o la quinta, que es el Makalu (8490 metros). La primera de ellas tenía la ventaja de ser algunos metros más alta, pero de hecho se trataba solamente de la punta sur del Everest, y para conquistarla habría que utilizar tres cuartas partes de un itinerario que ya había sido abierto por los suizos y los británicos. Debido a esta situación, la belleza de la conquista y la parte de descubrimiento que podría tener quedaban bastante disminuidas.

El Makalu era, por el contrario, una magnífica pirámide aislada en una región salvaje. Hasta

aquellos momentos sólo dos caravanas ligeras de exploradores habían recorrido rápidamente la parte más baja de su vertiente oeste y ambas habían regresado muy impresionadas ante las enormes dificultades que parecía plantear su escalada. Al leer sus informaciones, parecía que incluso el hecho de acercarse a la montaña ya planteaba problemas. Todos los que habían observado este pico desde lejos, y sobre todo desde el Everest, estaban de acuerdo en reconocer que, a juzgar por su aspecto, era el ochomil que más resistencia podía ofrecer.

La belleza de esta montaña, el evidente interés de la escalada tanto desde el punto de vista de la exploración como por los aspectos deportivos, hicieron que ésta fuera la preferida sin discusión.

Entonces se dirigió una solicitud de permiso al Gobierno del Nepal, que muy pronto nos informó que ya había sido concedida una autorización, para el año 1954, a una expedición americana.

Cuando esta noticia llegó a París, durante unos días se pensó dirigir la expedición al Lhotse. Pero, después de reflexionar, el comité juzgó que el equipo norteamericano era demasiado flojo y no tenía suficiente experiencia y que, por tanto, sus posibilidades de triunfar no eran muy elevadas, y fue así como se decidió intentar el asalto del Makalu en 1955. Sin embargo, con intención de tener las máximas posibilidades de éxito cuando lanzáramos nuestro intento, el comité tomó la sabia resolución de enviar antes de la expedición de asalto un equipo de reconocimiento; este equipo debía utilizar el corto periodo que va desde el fin del monzón hasta el comienzo del invierno para explorar el Makalu durante el otoño de 1954. El jefe del equipo fue Jean Franco. Su situación, sin embargo, no le permitía hacerse cargo completamente del ingrato trabajo de los preparativos, y fue así como Lucien Devies nos pidió a Guido Magnone y a mí que asumiéramos una importante parte de esos esfuerzos. A Jean Couzy le encargó la puesta a punto de unos inhaladores de oxígeno inspirados en los que habían utilizado los ingleses, pero, a ser posible, más ligeros.

El Makalu, con sus 8490 metros, es inferior al Everest en unos 380 metros; esta cifra, que en horizontal es muy pequeña, constituye una diferencia de desnivel considerable cuando se sitúa a una gran altitud. Aparte de que la disminución del oxígeno se hace cada vez más señalada y, por tanto, es más difícil de vencer a medida que se va subiendo, una diferencia de nivel de esos metros obliga a instalar un campamento suplementario, lo cual implica una organización general más complicada. Es indiscutible que esos 380 metros de menos iban a permitirnos no tener que organizar una expedición tan pesada como la que acababa de vencer en su asalto a la cumbre más elevada del mundo. Por el contrario, la inclinación fortísima y el carácter rocoso de la pirámide terminal del Makalu parecía que iba a oponernos unas dificultades técnicas muy superiores a las que habían encontrado los británicos.

De hecho, tratar de escalar una pared de roca situada entre los 8200 y los 8500 metros era un proyecto atrevido y se trataba además de una nueva concepción de la escalada que marcaba un gran paso adelante en «el himalayismo».

Su realización planteaba numerosos problemas, cuya solución parecía aleatoria.

Nuestra intención era poner en pie una expedición menos numerosa y menos onerosa que la expedición que había vencido el Everest, pero también, de ser posible, más eficaz incluso. Para lograrlo, se decidió asumir todos los problemas desde la base misma, sin tener en cuenta las soluciones adoptadas en el pasado, y tratar de hacer que cada elemento del problema fuera resuelto

de manera más racional y eficaz.

A lo largo de los meses de abril, mayo y junio de 1954, Franco, Magnone, el doctor Rivolier, que iba a ser el médico de la expedición, yo y, en su terreno particular, Couzy, trabajamos ininterrumpidamente a fin de concebir no solamente un tipo nuevo de inhalador de oxígeno, una ropa y un material de campamento más ligeros, más cálidos, más prácticos y tan robustos como los que habían sido utilizados por nuestros predecesores, sino también una alimentación más agradable, ligera y adecuada a las leyes de la dietética y del funcionamiento fisiológico del hombre a grandes altitudes, con un embalaje práctico y ligero y, en último término, una serie de ideas y tácticas nuevas y originales.



...concebir material más ligero...

A finales de junio ya estaba todo dispuesto para enviar la expedición que debía realizar un reconocimiento de la montaña y que, aparte de los hombres ya citados, debía incluir también a dos guías de procedencia urbana, Pierre Leroux y Jean Bouvier. Como la partida se fijó para comienzos de agosto, tuve todavía tiempo suficiente para consagrarme durante un mes a acompañar a algunos de mis mejores clientes.

Durante todo este periodo de preparación estuvimos esperando con cierta ansiedad la llegada de noticias sobre el resultado de la expedición norteamericana que, tal como se había previsto, estaba a

punto de realizar una tentativa en «nuestra montaña».

Pero, al final, llegó la noticia de su fracaso. Por motivos que todavía no llego a comprender, los norteamericanos habían lanzado su asalto por la arista sureste, que, sin embargo, y a juzgar por las pocas fotografías aéreas de que disponíamos, no parecía que fuese en modo alguno el itinerario más conveniente. Los americanos, tras enfrentarse a grandes dificultades, tuvieron que batirse en retirada sin haber conseguido elevarse hasta una altitud verdaderamente importante.

Al mismo tiempo que nos enteramos de la falta de éxito de la expedición norteamericana, supimos también que una expedición neozelandesa, dirigida por Hillary, que en teoría debía solamente intentar dos o tres sietemiles cercanos al Makalu, también había lanzado un intento de alcanzar la cumbre de «nuestra montaña».

Los neozelandeses, viendo a los norteamericanos estrellarse ante los problemas que presentaba la arista sureste, decidieron probar suerte por otro camino, y lograron elevarse hasta los siete mil metros por la arista noroeste. Una vez allí, se vieron detenidos por una pared de hielo y placas de roca lisa y no pudieron subir más.

Estas dos tentativas no parecían haber arrojado mucha luz sobre los problemas que planteaba el Makalu. Por el contrario, el fracaso de los neozelandeses a sólo siete mil metros indicaba que las dificultades que íbamos a encontrar estaban en una zona mucho más baja de lo que habíamos supuesto.

Después de todo aquello, se imponía más que nunca la necesidad de hacer un reconocimiento antes de lanzar el asalto contra una montaña tan compleja y difícil.

La marcha de aproximación, realizada en pleno periodo monzónico, fue penosa y difícil debido a las incesantes lluvias. En varias ocasiones topamos con ríos muy crecidos que inutilizaban los vados y tuvimos que realizar grandes rodeos para encontrar pasarelas que cruzaran los diversos cursos de agua. Sólo después de veinticuatro días de esfuerzos logramos instalar el campamento base al pie de la impresionante cara oeste del Makalu.

A pesar del calor, la humedad y los ataques de miles de sanguijuelas, esta marcha de aproximación realizada a través de una región mucho más salvaje que la que cruzamos en 1950 cuando íbamos al Annapurna, fue para mí constantemente hechizadora. Con algunas variantes, volví a encontrar todo lo que me había gustado del Nepal: la poesía de su abundantísima vegetación, la filosofía sonriente de sus habitantes, lo pintoresco, en una palabra, todo el encanto de este país que ya me había embrujado cuando lo visité por primera vez y que permanecerá en mi interior hasta el día de mi muerte.

Antes de intentar lanzar incursiones hacia las laderas del Makalu, el equipo se sometió antes a un entrenamiento progresivo que nos permitió alcanzar una forma física y un nivel de aclimatación a la altitud verdaderamente satisfactorios.

Durante todo este periodo logramos escalar varias cumbres secundarias de los alrededores. Cuando observábamos nuestro objetivo desde estos miradores nos dedicábamos especialmente a estudiar su vertiente nepalesa, para conocerla en detalle. Fue así como acabó por resultar evidente que la única posibilidad razonable consistía en trazar un itinerario en helicoide que, partiendo de la cara noroeste, alcanzara la arista norte-noroeste por la vía que probaron en vano los neozelandeses,

para dirigirse luego hacia la cara norte. Sin embargo, no nos fue posible poder ver directamente la parte superior de esta vertiente. Era ésta una grave incógnita, sobre todo teniendo en cuenta que, según las fotografías aéreas, esta cara parecía abrupta y rocosa.

Establecimos rápidamente tres campamentos sucesivos, de los cuales el último quedó instalado cerca de los 6400 metros, constituyendo un campamento base avanzado. Después, y al cabo de poco tiempo, se instaló el campamento IV cerca de los siete mil metros, sobre un balcón glaciar situado en plena muralla. Poco más tarde, Bouvier y Leroux lograron forzar la pared que había detenido a nuestros predecesores y situaron un campamento V en un paso de la arista norte-noroeste, hacia los 7400 metros. Hasta ese momento el tiempo que habíamos tenido fue bueno, aunque muy frío y pasablemente ventoso. Estas condiciones penosas pero soportables se deterioraron poco a poco. El viento empezó a soplar con una fuerza propia de una tormenta, y la temperatura descendió tanto que en el campamento III el termómetro no lograba prácticamente subir por encima de los veinte grados bajo cero.

En aquellas condiciones, la simple subsistencia era ya una dura prueba. A pesar de todo, las tentativas lanzadas para tratar de realizar un reconocimiento de la vertiente norte continuaron casi sin descanso. Aprovechando un periodo de calma, Jean Franco y yo, acompañados de dos sherpas, tuvimos la suerte de triunfar en la ascensión de una importante punta situada en el extremo de la arista norte-noroeste, inmediatamente encima del campo V. Esta cumbre de 7660 metros era conocida por el nombre de Makalu II o pico de Kangshung.

Desde este punto de observación, nuestras miradas pudieron por fin posarse sobre parte de la cara norte del Makalu. Nos dio la sensación de que la escalada era posible, pero la muralla rocosa que termina esa cara, y también una importante franja de seracs que aparecía más abajo, parecían representar obstáculos fuertes. Además, toda esa cara tenía mucha pendiente y era evidente que, en primavera, cuando abundan las nevadas, el peligro de avalanchas sería grande. De todas formas, había que convenir que, como nuestra visión de la cara norte era en un ángulo de tres cuartos, la única manera de corroborar nuestra impresión era escalar el pico del Chorno Lönzo, una cumbre de 7800 metros, situada más al norte, pero que estaba unida por una fácil arista a una meseta glaciar situada bajo el campo V.

A lo largo de los siguientes días, Bouvier y Leroux, y después Couzy y Magnone, subieron por turnos para tratar de elevarse lo más posible por la cara norte, con intención de descubrir al menos el comienzo del itinerario; pero, una vez más, se desencadenó el huracán con más violencia que nunca y, a pesar de que el cielo seguía inmaculadamente azul, se vieron rechazados hasta el campo III.

Las condiciones de existencia llegaron a ser tan infernales que Franco decidió levantar el sitio y nos pidió a Couzy y a mí que tratáramos de recuperar la tienda y el material que habíamos abandonado en el campamento V. Pero la idea de irnos del Himalaya esta segunda vez sin haber podido conquistar una gran cumbre nos roía las entrañas y pedimos a nuestro jefe permiso para tratar de escalar el Chorno Lönzo, en caso de que el vendaval amainara un poco.

Con sus 7800 metros, el Chorno Lönzo es una cumbre bastante individualizada, hasta el punto de que, algunos años atrás, una expedición alemana había pensado tomarla como objetivo. Aparte de que nos permitiría observar la vertiente norte del Makalu en condiciones óptimas, su ascensión

constituía para nosotros un «trofeo» nada despreciable.

A nuestra llegada al campo V la tienda se había hundido y estaba algo estropeada. Sólo gracias a un milagro había logrado resistir aquellas condiciones sin que la tempestad se la hubiera llevado del todo. La temperatura estaba alrededor de los treinta grados bajo cero y el viento soplaba con cierta violencia. En aquellas condiciones, sólo a costa de grandes sufrimientos y dolores en las manos conseguimos reparar y volver a montar la tienda. Apenas nos habíamos instalado en su interior cuando empezó a desencadenarse una tormenta digna de la Patagonia. Las borrascas que barrían el hueco en forma de tobera donde se encontraba nuestra tienda superaban sin duda los 150 kilómetros por hora. Pero tuvimos la suerte de que nuestra tienda estuviera orientada en la misma dirección que tenía el viento, y su forma muy aerodinámica le permitió resistir, contra todas las predicciones. Cada vez que soplaba una ráfaga se doblaba y parecía empequeñecerse. Luego, cuando la presión cedía por un instante, volvía a enderezarse haciendo un ruido violento. Varias costuras empezaron a abrirse, pero gracias a unos imperdibles logramos evitar el desastre. Durante varias horas pasamos una ansiedad terrible, los tres sherpas que nos acompañaban habían perdido el color de tanto miedo, pero el hombre acaba por habituarse siempre a las situaciones más críticas. Como si fuéramos unos soldados en primera línea, acabamos por dormirnos vestidos y con las botas puestas.

Al amanecer, el viento había perdido la mitad de su violencia y Couzy se empeñó en intentar al menos la escalada del Chorno Lönzo; a pesar de las súplicas de los sherpas y de mi absoluta falta de entusiasmo, su dinamismo acabó por triunfar.

Descendiendo a lo largo de unas grandes pendientes de poca inclinación llegamos a un collado situado alrededor de los 7200 metros. Allí empezaban unas aristas que no presentaban grandes dificultades y que conducían hasta los 7800 metros del Chorno Lönzo.

Programamos el caudal de nuestros reguladores a cuatro litros por minuto y empezamos a subir, pero las borrascas volvían a recuperar su fuerza y pronto alcanzaron una violencia tan terrible que, cuando nos golpeaban, nos resultaba imposible permanecer en pie. Sin embargo, gracias a que la nieve estaba dura, a la ausencia de dificultades técnicas y también a que nuestros aparatos de oxígeno funcionaban de forma excelente, logramos incluso continuar. Avanzábamos a saltos, como soldados lanzados al ataque: corríamos con todas nuestras fuerzas pendiente arriba; luego, cuando llegaba a nuestros oídos el aullido que precedía a la siguiente, nos agachábamos con la espalda vuelta hacia la tormenta, aferrándonos a nuestros piolets.

Cuando estábamos ya acercándonos a la cumbre, un frío intenso, que seguramente estaba cerca de los 35 grados bajo cero, acabó por llenar de escarcha las válvulas de nuestros reguladores. Pero la suerte nos acompañó y encontramos una cornisa que nos protegía; cobijados por ella, conseguimos poner remedio a este desastre. De todas maneras, a partir de aquel momento la escarcha tenía tendencia a reproducirse constantemente y tuvimos que mantener todo el rato una de nuestras manos, envuelta en gruesas manoplas de nailon y piel, aferrada al morro de nuestra máscara de oxígeno.

Alcanzamos la cumbre aproximadamente a mediodía. Desde aquel punto de observación, podíamos ver completamente la vertiente norte del Makalu y nos pareció evidente que su escalada era posible. Incluso pudimos trazar casi con exactitud el itinerario más favorable.

El regreso al campo V fue dramático. Durante el descenso nuestras botellas de oxígeno llegaron a



agotarse, e inmediatamente la marcha se hizo mucho más penosa. Sin embargo, estábamos seguros de que encontraríamos en el collado de acceso las dos botellas llenas que habíamos dejado allí, plantadas de pie en la nieve para poder verlas fácilmente, y no nos vimos atormentados por ninguna inquietud. Pero, en cuanto llegamos a aquella enorme extensión de nieve, no hubo forma de encontrar las botellas. Primero pensamos que el viento las había derribado y estuvimos buscando largo tiempo por las numerosas protuberancias de nieve que había creado el viento en toda la zona. Yo estaba fatigado por todos los esfuerzos que había realizado, y la falta de oxígeno me extenuaba. Sentía la penosa impresión de ser un pez fuera del agua. Couzy quiso volver a subir al campo V sin oxígeno, pero yo no me sentía ya con fuerzas y seguía buscando tercamente las botellas.

Empezaba ya a desesperar y, con la muerte metida en el alma, estaba a punto de resignarme a tratar de seguir a Couzy, cuando descubrí las botellas derribadas por el viento y parcialmente cubiertas por la nieve. Al cabo de menos de dos horas nos encontramos de nuevo con los sherpas, que nos recibieron con una auténtica fiesta, ya que pensaban que habíamos muerto. Una vez que tomamos unas bebidas calientes y desmontamos la tienda, tuvimos que huir apresuradamente de aquel lugar verdaderamente inhumano. Gracias a las numerosas cuerdas fijas que estaban dispuestas en los pasos más difíciles, llegamos al campo III en las primeras horas de la noche.

Esta jornada, marcada por la inflexible voluntad de Couzy, es una de las más duras e intensas que haya vivido a lo largo de toda mi existencia. Hoy mismo, mientras estoy inclinado sobre el papel y evoco su recuerdo, me parece una de las más bellas.

La expedición de reconocimiento del Makalu fue verdaderamente penosa debido al frío y al viento que reinaron durante el período que sigue a la estación monzónica, pero es indiscutible que fue gracias a esta experiencia que en la primavera de 1955 el equipo de asalto pudo conseguir el éxito total.

Efectivamente, durante el reconocimiento pudimos descubrir cuál era el punto débil de nuestra montaña y, algo que era quizá más importante, pudimos comprobar que nuestro material era en conjunto excelente, especialmente los reguladores de oxígeno.

Al cabo de menos de un mes de nuestro regreso a Francia tuvimos que empezar a preparar ya la expedición principal. Su organización exigió pasar unas semanas agotadoras en el enloquecedor hormiguero de París. Fueron agotadoras horas de papeleo, discusiones y nerviosismo en las oficinas de la Federación Francesa de Montañismo.

Habida cuenta de nuestras experiencias de otoño, modificamos algunos detalles del equipo, teniendo que replantearnos bastante seriamente la organización general. El grupo de escaladores fue reforzado por André Vialatte y Serge Coupé, y además se dobló el número de sherpas con que contaríamos.

Todos estos esfuerzos permitieron preparar una verdadera máquina dispuesta a vencer los ochomiles y su funcionamiento demostró ser de una gran eficacia.

Cuando, de regreso al Nepal, Franco lanzó la expedición al asalto del Makalu, gracias a que se presentó un largo periodo de buen tiempo y vientos calmados, la conquista se transformó en algo parecido a una exhibición.

Conocíamos muy bien los lugares por donde teníamos que subir, y esta circunstancia nos evitó

perder el tiempo en tanteos. Los equipos actuaron como en un ballet bien orquestado, y de esta manera logramos instalar en un mínimo de tiempo los cinco primeros campamentos, y almacenamos en el más alto de ellos más de setecientos kilos de víveres, material y botellas de oxígeno. Gracias a estas reservas, a la cómoda instalación y a la red casi ininterrumpida de cuerdas fijas que conectaban el campamento V con el campamento III, ese bastión avanzado se convirtió en un lugar seguro en el que se podían pasar largas jornadas y al que se podía subir o bajar fuera cual fuese el estado del tiempo.

Franco nos designó a Couzy y a mí para llevar a cabo el primer intento de llegada a la cumbre. Partiendo del campamento V con tres de los mejores sherpas, tras haber atravesado fuertes pendientes glaciares que la dureza de la nieve hizo poco peligrosas, y tras franquear una difícil franja de seracs en la que, por suerte, se había formado un paso bastante fácil, logramos instalar un campamento VI a una altitud de unos 7800 metros. Cuando las sherpas volvieron a descender hacia los campamentos inferiores, nos quedamos los dos en la soledad de aquel elevado lugar del mundo. Gracias a la utilización del oxígeno a un régimen bajo, pudimos pasar la noche muy tranquilamente, a pesar de que en el interior de la tienda estábamos a 33 grados bajo cero.

A las siete de la mañana abandonamos el campamento, y no habían transcurrido dos horas cuando alcanzamos, alrededor de los 8200 metros de altitud, la base de la pared rocosa que tanta inquietud nos había producido cuando la vimos desde lejos.

Aunque era una pendiente muy abrupta, la pared resultó mucho menos difícil de lo que nos habían llevado a creer las observaciones realizadas desde lejos en la anterior expedición. El granito estaba bastante fracturado y ofrecía muchas presas, y la nieve y el verglás eran sorprendentemente escasos gracias, sin duda, a la fuerza y la frecuencia del viento.

Utilizando el oxígeno regulado en una posición que proporcionaba un gran caudal, en una hora de escalada realizada a un ritmo que hubiera podido considerarse rápido cuatro mil metros más abajo sin regulador, logramos alcanzar la arista final de nuestra montaña.



Un nuevo tipo de inhalador de oxígeno...

Después de franquear un resalte verdaderamente delicado, conseguimos al cabo de tres cuartos de hora pisar la afilada punta de la quinta montaña del mundo.

La desconcertante facilidad con la que habíamos logrado vencer aquel gigante al que había consagrado todo un año de mi vida fue para mí una ligera decepción. Poco tiempo después de nuestro regreso, impresionado todavía por los sentimientos que había experimentado en la cumbre, no pude dejar de escribir estas líneas:

«La victoria debe pagarse con esfuerzos y sufrimientos; los progresos de la técnica y la clemencia del cielo no nos han permitido obtener ésta a su justo valor. ¡Qué lejos está de mí ahora la orgullosa embriaguez que he sentido a veces cuando, tras una lucha en la que había puesto todas mis fuerzas y todo mi corazón, lograba con un último esfuerzo pisar algunas cumbres más modestas! Yo había soñado esta victoria de una forma muy diferente. Me había visto, cubierto por la escarcha, utilizando las últimas energías que me quedaban tras el feroz combate, arrastrarme sobre la cima en un esfuerzo desesperado. En cambio, en realidad llegué a la cumbre sin lucha, casi sin fatiga. Para mí, en esta victoria, hay algo decepcionante. Y, sin embargo, me veo allí, de pie sobre la pirámide ideal de la más noble de todas las grandes cumbres. Al cabo de años de perseverancia, de trabajar encarnizadamente, de sufrir riesgos mortales, el sueño más insensato de mi juventud acaba de realizarse. ¿Es por pura estupidez que me siento decepcionado? ¡Ay, loco para el que la felicidad sólo estará en el deseo, goza al menos el instante presente, déjate embriagar por este instante único en el que, suspendido entre el cielo y la tierra, casi flotando en la caricia del viento, dominas el mundo! ¡Embriágate de cielo, que es lo único que detiene tu mirada! Bajo tus pies, y hasta el infinito, emergiendo apenas del mar de nubes, a miles se elevan hacia ti flechas de rocas y hielo...».

Como movido por un muelle de relojería, el mecanismo que de campamento en campamento, de carga en carga, nos había conducido hasta la cima, siguió funcionando perfectamente cuando emprendimos el descenso.

Aquella misma tarde Franco, Magnone y el *sirdar* Gyalzen nos relevaron en el campamento VI; a la mañana siguiente, ellos pisaron la cumbre. Al otro día, Bouvier, Leroux, Vialatte y Coupé hicieron la tercera escalada.

Por vez primera en la historia del alpinismo, todos los miembros de las diversas cordadas de asalto habían podido alcanzar la cumbre de un ochomil. Se trataba de una espectacular demostración del dominio absoluto que constantemente habíamos tenido sobre la situación.

En los últimos párrafos de un notable artículo en el que analizaba estos acontecimientos, Jean Franco escribió unas líneas sorprendentemente proféticas:

«En el fondo, estábamos un poco decepcionados y quizá, teniendo en cuenta los medios que habíamos tenido a nuestra disposición y la suerte que no dejó de sonreírnos en ningún momento, hubiéramos preferido encontrar un adversario más rebelde...». Sin embargo, tal como fue, en su cómoda seguridad, la ascensión del Makalu será una página feliz en la historia del Himalaya.

«En el momento en que, agotados ya los Alpes, el alpinismo se lanza por vías que hasta ese momento le estaban vedadas, alterando las concepciones clásicas, el Himalaya entrega sus últimos ochomiles. La edad de oro de la cordillera más alta del mundo sólo habrá podido durar unos pocos años. Otros problemas, sin duda difíciles, serán afrontados en cimas menos conocidas, pero cuya ascensión parece hoy en día llena de trampas. Brotarán nuevas Vertes al lado del Mont Blanc, y tras las Vertes, los Drus. Parece que las herramientas están ya algo más a punto».

De hecho, en 1957, utilizando en gran parte el material y los métodos que habíamos probado nosotros en el Makalu, una poderosa expedición suiza consiguió llevar a buen término con sorprendente facilidad la primera ascensión del Lhotse, y siguiendo el impulso, coronó el Everest por segunda vez en la historia.

A partir de 1955, todos los demás ochomiles cayeron poco a poco, y si algunos, como el Dhaulagiri, opusieron una cierta resistencia, fue sobre todo porque los equipos que fueron a asaltarlo, faltos de suficientes recursos económicos, no pudieron emplear los métodos más adecuados.

Al mismo tiempo, empezaron a sucumbir los primeros Drus del Himalaya y, por una singular ironía del azar, la Torre de Mustagh, que hacía poco era juzgada como una de las más inaccesibles, fue conquistada, el mismo año, por dos expediciones rivales que la atacaron cada una por una vertiente diferente.

La expedición al Makalu no fue acompañada por un cineasta profesional. Después del Annapurna y el Everest, parecía imposible poder interesar a un público amplio en una nueva conquista en el Himalaya. Parecía, sin embargo, que, si se conseguía filmar una parte apreciable del asalto final y sobre todo la llegada a la cumbre misma, se podrían lograr unos documentos que conseguirían atraer a un número de espectadores suficiente para justificar la realización de una película.

Pero el rodaje de esta secuencia central de la película sólo podía hacerlo alguno de los miembros de las cordadas de asalto, puesto que sumar un profesional al equipo, con los gastos que ello suponría, no quedaba indiscutiblemente justificado. Se pensó que bastaría confiar la dirección de la película a un aficionado con cierta habilidad.

Mi experiencia en el cine de montaña era sensiblemente mayor que la de mis compañeros y por esta razón Franco me pidió que realizara un reportaje en el que se vieran los esfuerzos de nuestras dos expediciones. Si mis películas sobre el Huantsan y el Mont Blanc me dieron ciertos conocimientos superficiales del cine, estaba todavía lejos de dominar la técnica del séptimo arte, y era consciente de este hecho. Pero, por otro lado, tenía en la cabeza algunas ideas, más o menos originales, sobre el problema que se me planteaba, y tenía ganas de ponerlas en práctica. A pesar de la responsabilidad que caía sobre mis hombros y los esfuerzos suplementarios que aquello suponía, acepté encargarme de la realización de esta película.

Como había calculado que el cineasta «oficial» no iba a poder encontrarse presente cada vez que se produjera un acontecimiento suficientemente interesante para ser filmado, pedí a los mejores fotógrafos del equipo que llevaran consigo permanentemente una cámara ligera y que la utilizaran a menudo.

Fue así como, gracias a la colaboración de Jean Franco, Pierre Leroux y sobre todo de Guido Magnone, que rodaron muchos metros cada uno, pude volver de las expediciones al Makalu con material filmado suficiente para crear un reportaje vivo y completo que llevara al espectador desde la frontera de la India y el Nepal hasta la cima misma del Makalu.

Convencido de que la vida y las costumbres de las poblaciones del Himalaya y, sobre todo, de los sherpas, eran temas que interesaban a muchos espectadores, a nuestro regreso al campamento base, tras la victoria, pedí a Franco autorización para separarme por algún tiempo del grueso de nuestro equipo y dirigirme al valle del Solo Khumbu con el fin de rodar una secuencia sobre la vida y costumbres del pueblo de los sherpas.

Esta excursión, que hice acompañado de Magnone y varios sherpas, fue una aventura maravillosa. Tras franquear dos collados situados alrededor de los seis mil metros, anduvimos tres días hasta

llegar a Namche Bazar, la minúscula «capital» de los sherpas. Por fin pude ver en su elemento natural, en la cuna de su raza, a los alegres y fieles compañeros de nuestras aventuras en el Himalaya.

Durante dos días todo fueron canciones, bailes y fraternales tragos de cerveza de mijo y de té a la mantequilla.

Cuando estábamos allí, nos informaron que iban a celebrarse en el monasterio de Thami unas fiestas religiosas. Este monasterio se encontraba situado a una altitud de 4400 metros, a media jornada de marcha de la frontera del Tíbet. ¡No podíamos perdernos aquello!

El interés de esta manifestación fue, con mucho, superior a lo que nosotros esperábamos. El esplendor y el pintoresquismo de los vestidos, lo extraño de las danzas simbólicas, la monstruosidad de las máscaras, los sonidos bárbaros y desconcertantes de las trompetas gigantes y las músicas, y, en fin, la salvaje grandeza de aquel decorado de alta montaña hacían la fiesta tan insólita que todo aquello que veíamos parecía de otro mundo.

Tuvimos la suerte de que los monjes nos dejaran filmar la fiesta con entera libertad. Además, Magnone consiguió grabar en un magnetófono la música de las celebraciones. Con todo ello pudimos realizar un documento original cuyo éxito fue considerable. Después de haber sido aplaudido por el público que acudió a las conferencias, el documental, para poder ser proyectado en numerosos países en los cines de distribución comercial, fue ampliado a formato de 35 milímetros.

Una vez terminadas las celebraciones religiosas, tuvimos que hacernos a la idea de regresar a la civilización. Un camino inverosímil que franqueaba un collado situado a más de seis mil metros de altitud nos condujo, en tres días, a las primeras colinas. Desde allí, y en una semana de marcha forzada, llegamos a Katmandú.

Gracias a esta excursión que nos hizo atravesar la región más bella de todo el Himalaya, pude ampliar mis conocimientos del Nepal. Más incluso que en las marchas de aproximación del Annapurna y el Makalu, experimenté la impresión de estar realizando un viaje a través del tiempo. Pero todos los sueños, hasta los más bellos, tienen un final. Pronto tuvimos que hundirnos en ese horno lleno de seres que es la India.

Las conferencias pronunciadas por mis amigos Egeler y De Booy en Holanda, Alemania y Bélgica y las giras que yo efectué en Francia —durante los periodos de libertad de los que dispuse en los ocho meses que dediqué en gran parte a las dos expediciones al Makalu y que me exigieron casi cinco meses de dedicación intensa—, permitieron reunir en la caja de la Fundación Holandesa para la Exploración de Altas Montañas una suma lo bastante importante para permitir la organización, en 1956, de una nueva expedición al Perú.

Como la anterior, ésta debía dedicarse, al menos en sus dos terceras partes, a trabajos de investigación geológica destinados a apoyar nuevas teorías sobre la formación de ciertas rocas. Con una duración prevista de unos seis meses, al menos dos debían dedicarse a hacer tentativas en algunas grandes cumbres.

Estimando que era bastante estúpido mandarme tan lejos por un periodo tan corto, tomé la decisión de prolongar mi estancia en Perú haciendo una película sobre la vida y los pobladores de este sorprendente país. Pero, deseando realizar el máximo de ascensiones posible, quise intentar unirme a una expedición privada distinta de la expedición franco-holandesa durante los meses de

julio y agosto. Con este fin, empecé a contactar con algunos compañeros con suficiente dinero como para poder pagar los gastos de tal empresa.

Cuando se enteró de mi proyecto, el presidente Devies me propuso renunciar a él para dedicar mis energías a organizar una expedición que tuviera el mismo espíritu que la del Fitz Roy, esta vez de carácter auténticamente nacional, pero con el objetivo de conquistar uno de los tres o cuatro seismiles que hay en el Perú, y cuya escalada parecía presentar unas dificultades técnicas que nunca se habían abordado a tal altitud. Entusiasmado por la idea, acepté de inmediato.

Rápidamente hicimos nuestra elección, que recayó sobre una magnífica cumbre de 6110 metros, el Nevado Chacraraju. Los accesos a este impresionante pico, que tiene todas sus laderas festoneadas de prismas de hielo y que ascienden casi verticalmente a lo largo de más de ochocientos metros, fueron explorados antes de la guerra por dos poderosos grupos austroalemanes, y, después de 1945, varias expediciones norteamericanas y un equipo alemán lo habían reconocido tras tomarlo como objetivo.

Ninguno de los presuntos conquistadores de la cumbre había sido capaz de descubrir ni un solo punto débil en los flancos del Chacraraju. Cuando estas expediciones llegaron al pie de su objetivo, perdieron los ánimos ante su apariencia de inaccesibilidad y regresaron a casa sin realizar siquiera una verdadera tentativa de llegar a la cumbre.

Algunos de estos escaladores, y no los más flojos, no habían dudado incluso en declarar que, en su opinión, aquella escalada estaba más allá de las posibilidades humanas. El jefe de una de las expediciones norteamericanas, John Oberlin, había llegado incluso a escribir: «Para vencer esta cumbre hará falta un asedio o un suicidio o probablemente ambas cosas».

Uno de los más famosos alpinistas austríacos de la generación de antes de la guerra, Erwin Schneider, que fue el primero que exploró las vías de acceso, al preguntarle cuál de las vertientes me aconsejaba atacar, me escribió diciendo que no podía darme ningún consejo porque no le había parecido que ninguna de ellas presentara «posibilidades serias de ser escalada».

Todos los alpinistas que habían tenido la oportunidad de ver esta cumbre no escatimaban elogios cuando se referían a su belleza, y todos ellos se mostraban de acuerdo en reconocer que era un objetivo de gran categoría y que para escalarlo habría que superar pasos en roca de un grado raras veces abordado a tales altitudes y, además, unos glaciares cuya dificultad era de un nivel técnico desconocido en los Alpes.

Todas estas informaciones y las escasas pero espléndidas fotografías que habíamos podido obtener, nos habían convencido de que el Chacraraju planteaba el problema más apasionante que quedaba todavía por resolver en los Andes centrales y tropicales, y constituía claramente el objetivo ideal para la expedición nacional francesa que se había proyectado.

El Comité del Himalaya adoptó el proyecto de expedición francesa a la Cordillera Blanca, e inmediatamente me puse a trabajar, asumiendo yo solo todos los preparativos. Paralelamente estuve ayudando a mis amigos holandeses a poner en marcha la misión en la que estábamos trabajando hacía ya cuatro años.

Al cabo de tres meses de esfuerzos en el terreno burocrático, todo estaba listo. En abril aterricé en el aeropuerto de Cuzco, la antigua capital de los incas, donde volví a encontrarme con Egeler y De

Booy, a quienes acompañaba el topógrafo Hans Deckhout. Al cabo de unos días, el joven y brillante escalador ginebrino Raymond Jenny, al que habíamos invitado para reforzar nuestro equipo, llegó de Bolivia, país en el que llevaba seis meses enseñando esquí y alpinismo.

La expedición se dirigió a la Cordillera Vilcabamba, situada más de mil kilómetros al sureste de la Cordillera Blanca, que es donde se encuentran el Huantsan y el Chacraraju. La cadena de Vilcabamba es sensiblemente menos elevada, y ninguna de sus cumbres supera los 6200 metros de altitud. Por otro lado, los inmensos bosques de la cuenca amazónica en los que penetra como una gigantesca proa de navío, al condensar su humedad contra sus flancos helados, provoca innumerables lluvias y nevadas muy poco favorables a las escaladas. En compensación, esta cadena tenía la ventaja de haber sido muy poco explorada y sólo una cumbre importante había sido escalada: el Salcantay, conquistado algunos años antes por un equipo franco-americano.

Después de un periodo de aclimatación que nos permitió lograr la primera ascensión del Verónica, un pico ya muy serio, cercano a los 5800 metros y situado en una sierra paralela muy cercana, nuestros esfuerzos se dirigieron a la segunda cumbre de la Cordillera Vilcabamba, el Soray, también denominado Humantay, cuya altitud debe acercarse a los seis mil metros.

Esta montaña había sido examinada por varias expediciones y fue atacada muy seriamente por un equipo de italianos y suizos. En su información, estos últimos afirmaron que se trataba de un objetivo de gran dificultad.

De hecho, todas las vertientes de esta montaña son escarpadísimas. La cara norte tiene la ventaja de ser bastante corta y estar bastante expuesta al sol, pero presenta un aspecto poco atractivo debido a la sucesión de franjas de seracs cortadas por paredes rocosas. A pesar de la existencia de un serio peligro de caída de hielo, fue por esta pared por donde pudimos trazar un itinerario en el que algunas secciones supusieron una escalada glaciaria muy delicada.

Como el Soray se entregó más deprisa de lo que habíamos previsto, decidimos ocupar las semanas que todavía nos quedaban intentando la segunda ascensión del Salcantay.

Nuestros dos éxitos sucesivos, logrados a gran velocidad entre periodos de mal tiempo, nos habían puesto tan en forma como en los mejores tiempos y gozábamos de una moral a toda prueba. Tratamos al gigante de Cuzco con la misma falta de respeto que a cualquier cuatromil de los Alpes. Hubo varios días seguidos de lluvia y nieve que nos retuvieron en la base del Salcantay. El tiempo empezaba a fallarnos. Como no podíamos esperar, la primera vez que el clima mejoró nos vimos obligados a lanzar la escalada sin haber realizado previamente ningún tipo de reconocimiento.

Mientras que nuestros predecesores habían consagrado casi tres semanas enteras a la tarea de montar campamentos sucesivos y colocar cientos de metros de cuerdas fijas, como en el Huantsan, nuestra ascensión fue realizada de una sola vez. La primera jornada nos llevó hasta un punto situado a sólo 150 metros de la cumbre. A la mañana siguiente, tras pasar una mala noche de vivac —ya que apenas cabíamos los cuatro en nuestra minúscula tienda—, alcanzamos la cima a primera hora de la madrugada. Un largo descenso, que efectuamos usando los crampones todo el tiempo, excepto en un corto rápel, nos dejó en el punto de partida hacia la mitad de la noche.

Esta segunda expedición con mis amigos holandeses había sido más numerosa y mejor equipada, aunque no tan llena de aventuras como la primera. Sin embargo, y en su género, fue un perfecto éxito



deportivo y humano.

En menos de dos meses habíamos logrado ascender tres cumbres importantes y de auténtica dificultad. En estos combates, que la inestabilidad del tiempo hizo bastante duros, pudimos volver a vivir ese ambiente de total fraternidad que nunca he podido gozar en las expediciones más ambiciosas en las que algunos, impulsados por un secreto deseo de ser el elegido para la victoria, adoptan un comportamiento demasiado individualista.

Por otro lado, gracias a su posición, a caballo entre los bosques tropicales y los valles en los que se desarrolló la extraordinaria civilización inca, nos permitieron conocer uno de los lugares más pintorescos y atractivos que se pueda soñar. Allí, como en el Himalaya, no solamente quedé seducido por el esplendor de los paisajes, sino también por el extraño encanto de los pueblos cuyas tradiciones se conservan casi intactas en un régimen prácticamente feudal.

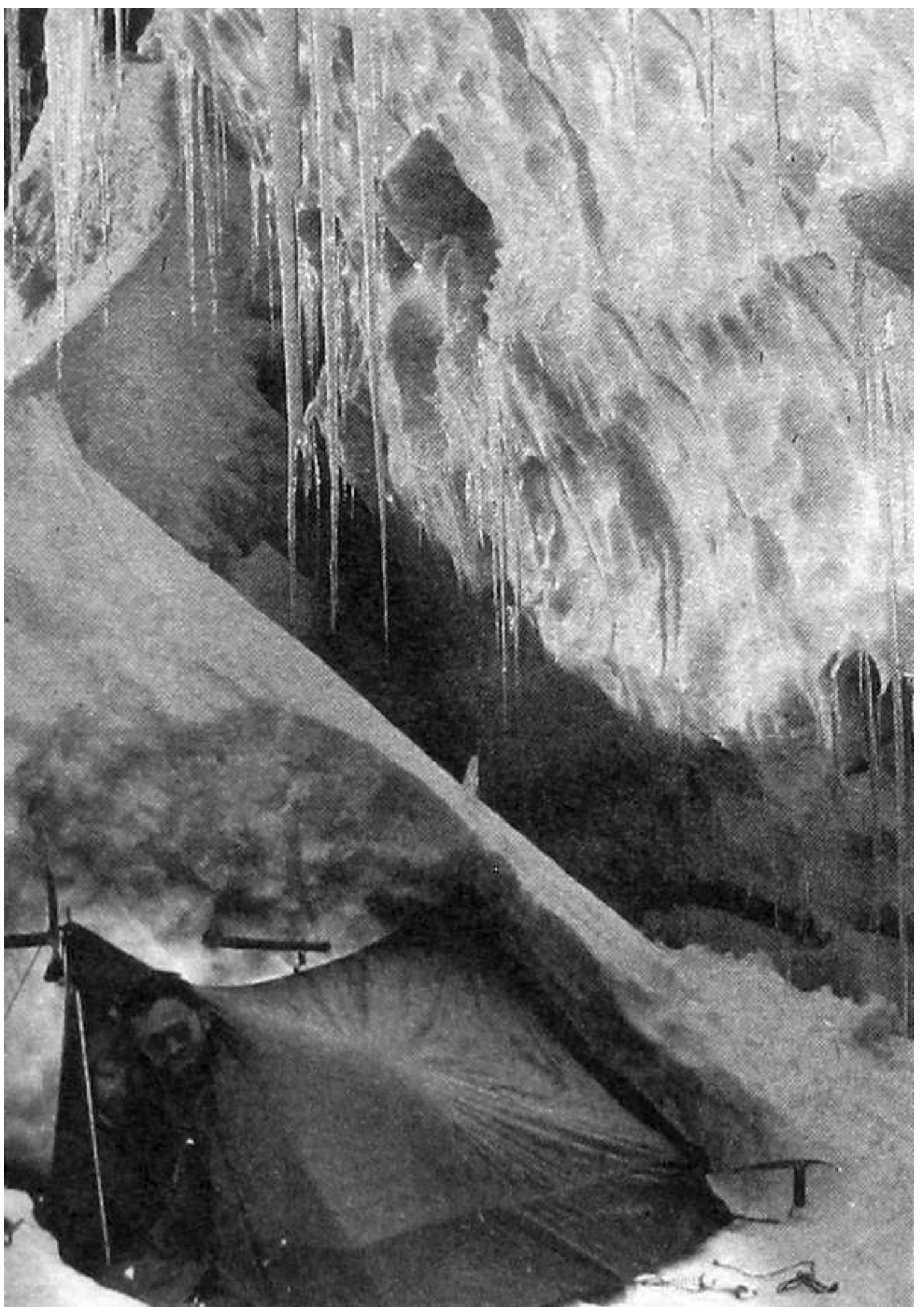
En esta región de Cuzco, de donde partió el pueblo quechua a la conquista del Imperio del Sol, el color y la originalidad de los vestidos, lo exótico de las costumbres, provocan a veces una sensación de extrañeza mayor aún de la que se experimenta en el corazón de Asia. Por fin, los vestigios monumentales de las civilizaciones desaparecidas son tan espectaculares que no pueden dejar de afectar la imaginación de hasta los más ciegos e insensibles a estas cosas. Mis compañeros holandeses volvieron enseguida a sus trabajos científicos y yo pude dedicarme a realizar durante algún tiempo una película sobre la vida de los indios quechuas, y luego, cuando se acercó ya la fecha de la llegada de mis compañeros de la expedición nacional francesa, volví a Lima para darles la bienvenida.

Una semana más tarde, estábamos dando la vuelta alrededor del Chacaraju a fin de tomar una decisión sobre cuál era el itinerario de escalada más favorable. De todas las vertientes, nos pareció que la norte era la mejor y, después de cinco días de marcha de aproximación, empujando a una cuarentena de asnos recalcitrantes, logramos establecer un campamento base muy bien provisto de vituallas, a una altitud cercana a los cuatro mil metros.

Inmediatamente se lanzó un ataque metódico, inspirado en la técnica usada en el Himalaya.

Con la ayuda de tres vigorosos porteadores mestizos pronto logramos instalar un campamento base avanzado al final de un verdadero laberinto de seracs. Estábamos a 5100 metros, a unos doscientos por debajo de la base del pico.

Relevándonos en cordadas sucesivas, necesitamos tres días para franquear y equipar con cuerdas fijas los primeros 350 metros de la pared. Esta parte, expuesta a las caídas de hielo, tenía algunas secciones de roca muy difíciles que, en algunos puntos, nos obligaron a adoptar la técnica artificial. En el tercer intento, gracias a un enorme esfuerzo, se consiguió instalar un campamento-vivac hacia los 5750 metros, en una plataforma tallada en plena pared glaciar. A la mañana siguiente, continuando su acción, la cordada de punta superó unos 250 metros de pendiente de hielo de más de 60 grados, equipándola con cuerdas fijas.



Entonces sufrimos un periodo de mal tiempo que nos obligó a regresar al campamento base. El 30 de julio volvimos a subir todos al campamento vivac llevando pesadas cargas de víveres y material. A la mañana siguiente se lanzó el ataque dos horas antes de que amaneciera. Gracias a las cuerdas fijas, se llegó al punto más avanzado alcanzado en la anterior tentativa poco después de la aurora. Pronto atravesamos difíciles pasos en roca que nos condujeron hasta la base de un angosto *couloir* vertical, cortado por un breve extraplomo. Como el hielo no era suficientemente duro y no pudimos usar normalmente las clavijas para hielo, hizo falta cerca de una hora de escalada extremadamente delicada y arriesgada para franquear este importante obstáculo. Otros sesenta metros de avance constantemente lleno de dificultades nos permitieron al final alcanzar un amplio hombro de nieve situado a cien metros por debajo del nivel de la cima. Como el último resalte presentaba un aspecto muy descorazonador por su dificultad, tuvimos que volver a partir casi sin haber descansado.

Después de cuatro largos de cuerda, que exigieron muchísimo trabajo de talla, a las cinco de la tarde pisé la cima virgen. Algunos minutos después, los seis miembros de las cordadas de asalto se daban abrazos en aquella cúpula helada.

El «pico imposible», el Chacaraju, había sido conquistado. Sin embargo, había presentado una dura batalla a pesar del número de miembros y calidad del equipo, de la importancia de los medios utilizados y de la táctica metódica empleada. Habían hecho falta once días para vencer los ochocientos metros del muro final, de los que siete los habíamos pasado totalmente colgados en las paredes de la montaña. Los últimos doscientos metros nos habían planteado la necesidad de realizar una escalada de gran categoría, que la altitud y el franqueo de algunos pasos glaciares habían hecho agotadora. El grado de dificultades con las que nos encontramos en el Chacaraju superaba a todo lo que habíamos tenido que vencer anteriormente.

Habíamos obtenido la victoria y nuestro corazón estaba exultante. Desde todos los puntos del horizonte, flechas de hielo y roca de los picos de la Cordillera Blanca parecían saludarnos con fuegos artificiales de oro y rosa. A nuestros pies, la sombra de nuestra montaña se estiraba como una gigantesca flecha en dirección a las desoladas colinas del altiplano.

Vivimos allá arriba unos instantes únicos cuya sublime grandeza cautivó plenamente mi corazón penetrando por todos mi sentidos. Pero en aquella cresta soplabo mucho viento y el frío nos cortaba la cara, estábamos lejos de nuestro campamento base, perdido allá en el valle...

No teníamos ni tienda ni sacos de dormir, por lo que el vivac se anunciaba infernal...

Tras discutirlo entre todos, el equipo votó a favor del arriesgado descenso nocturno antes que pasar la noche allá arriba. Para vernos utilizaríamos nuestras linternas frontales.

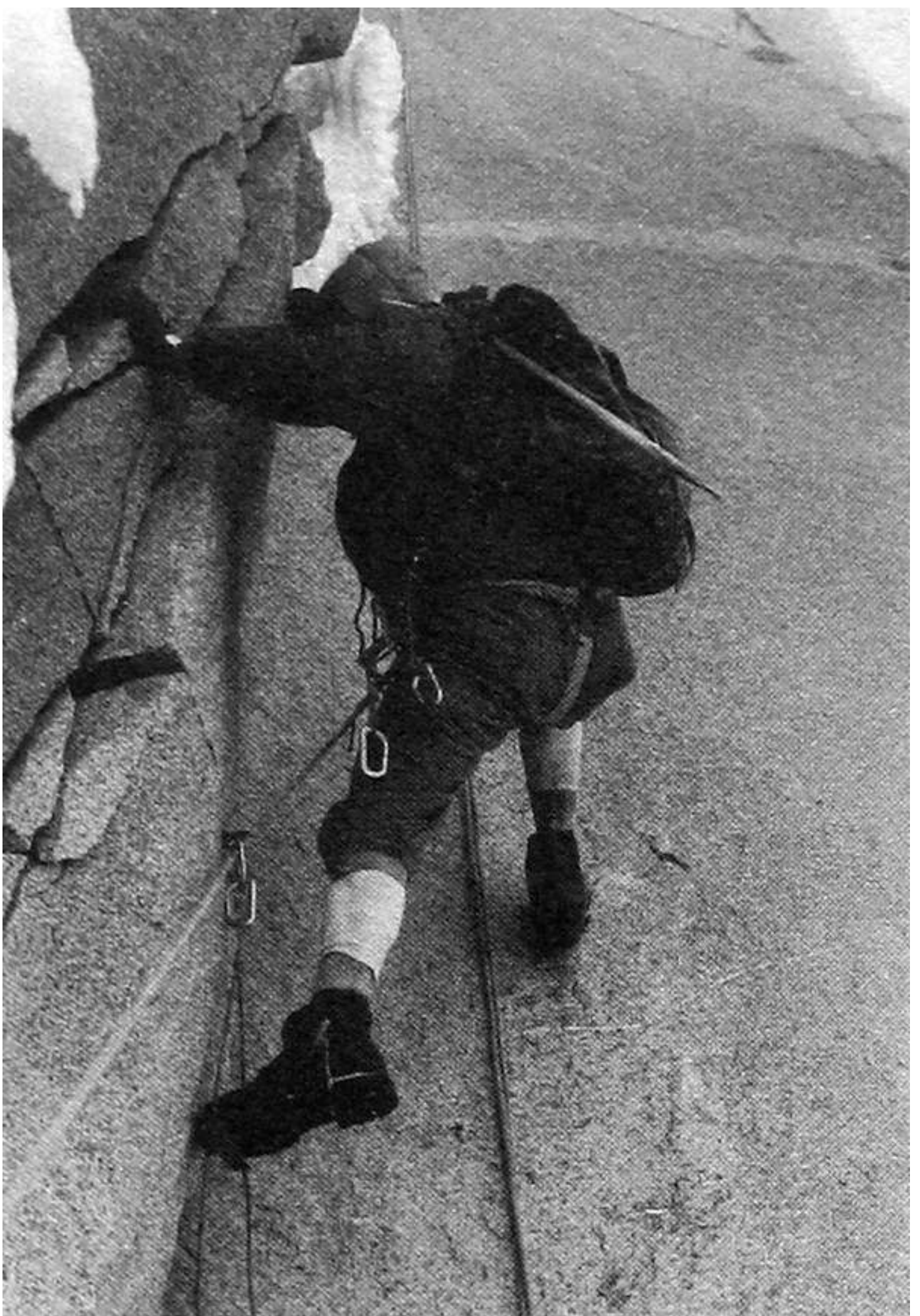
Gracias a numerosos rápeles, y tras toda una noche de esfuerzos, a las siete de la mañana estábamos de nuevo en el campamento base, unas veintiséis horas después de haberlo abandonado. Demasiado agotados para volver al valle aquel mismo día, esperamos hasta el día siguiente para volver a gozar el sencillo placer de caminar sobre la hierba y las flores.

Tras nuestro difícil éxito en el Chacaraju, la necesidad de aventuras y acciones violentas que

nos había llevado a aquellas lejanas montañas estaba satisfecha.

La cumbre este del Chacraraju, algo menos alta, pero evidentemente más difícil que la cumbre principal, nos pareció un objetivo demasiado heroico para ocupar las pocas semanas, unas tres, que todavía podíamos disfrutar en Perú. Entonces decidimos dirigir nuestros esfuerzos hacia el Taulliraju (5830 metros), cuya bella línea habíamos admirado a menudo y cuya escalada parecía difícil pero demasiado breve.

Aunque el desnivel que hay que escalar es de apenas quinientos metros, la escalada del Taulliraju fue penosa y quizá más laboriosa incluso que la del Chacraraju. No hubo, desde luego, ningún paso de hielo tan difícil como el famoso *couloir* de hielo de nuestro anterior enemigo, pero en este caso una enorme losa de magnífico granito nos opuso un paso de roca de un nivel de dificultad que, sin duda, nunca se había franqueado a esa altitud.



Tras haber precisado escalar pasos de hielo extremadamente delicados, equipamos en gran parte de cuerdas fijas los primeros trescientos metros de desnivel. Después, al cabo de un corto periodo de mal tiempo, desencadenamos el asalto final el 17 de agosto. Como la parte que quedaba no había sido equipada con cuerdas fijas, sabíamos con seguridad que no sería posible alcanzar la cumbre y volver a descender en un solo día, y por ello transportamos material que nos permitiera pasar la noche en un vivac relativamente cómodo, principalmente nuestros sacos de dormir y dos minúsculas tiendas, una de un kilo y medio de peso y la otra de dos kilos.

Con la ayuda de las cuerdas fijas, llegamos al último punto alcanzado la vez anterior más o menos a las nueve de la mañana. A partir de entonces tuvimos que progresar por el flanco izquierdo de la arista este; allí, la nieve blanda que lo cubría todo nos forzó a un espantoso trabajo, porque era necesario despejar el terreno. Incluso las fotos bastante evocadoras que trajimos de regreso no permiten imaginar hasta qué punto fue penoso, delicado y sin duda peligroso este ascenso por una nieve profunda y con pendientes de más de 60 grados. De hecho, yo sufrí una caída de más de diez metros, aunque tuve la suerte de ser frenado por Sennelier. Como cada largo de cuerda nos costaba más de una hora, eran ya las tres de la tarde cuando un extraplomo de hielo nos condujo al filo de la arista, al pie de una soberbia losa de granito de más de treinta metros; Sennelier consiguió superar este paso difícilísimo y dejarlo equipado para el día siguiente.

El 18 de agosto, a pesar de la niebla y de las intermitentes nevadas, reanudamos la escalada a las ocho de la mañana; pero, por desgracia, una vez superada la placa y después de un bello paso de hielo, tuvimos que regresar al lado izquierdo de la arista y volver a trabajar en la fastidiosa labor de abrir huella en la nieve. Por fin, una última torre de hielo por la que ascendimos usando crampones nos permitió alcanzar la cumbre a eso de las dos de la tarde. Habíamos necesitado más de doce horas de auténtica escalada ininterrumpida para superar un desnivel de solamente doscientos metros. Es posible que en toda la historia del alpinismo no haya habido ninguna conquista tan laboriosa. Después de pasar otra noche en nuestras minúsculas tiendas pegadas al pie de la losa en una posición inverosímil, el 19 de agosto, muertos de hambre tras casi veinticuatro horas de ayuno, descendimos titubeando por el glaciar en dirección al campo I.

Cuando mis compañeros volvieron a partir hacia Francia, yo me quedé más de dos meses en Perú. Estuve viviendo como un simple mestizo. Viajaba en camiones haciendo autoestop, dormía en las cabañas y compartía la existencia de los indios dedicándome a recorrer las regiones del sur del país para acabar de rodar el reportaje que había empezado en los poblados quechuas. A partir de ese momento experimenté una verdadera pasión por captar la vida en toda su violencia o toda su poesía. Al buscar las imágenes de mayor fuerza, al analizar los acontecimientos para obtener su síntesis, la acuidad de mis sentidos se multiplicaba por diez; la belleza y el encanto de las cosas adquirían una intensidad mayor que nunca.



Estuve viviendo como un simple mestizo...

A finales de octubre, saciado de aventuras, acabé por resignarme a emprender de nuevo el camino hacia Europa.

En menos de siete años había logrado participar en siete expediciones diferentes, había pasado casi veintisiete meses en ultramar, había realizado unas 180 ascensiones en los Alpes, había dado cerca de setecientas conferencias y conducido más de 150 000 kilómetros.

Mi mujer y mis amigos estaban sorprendidos cuando comprobaban que, al cabo de tantos años de aquella existencia tan movida, no diera la sensación de estar agotado ni harto.

Yo mismo estaba sorprendido al comprobar que seguía experimentando todavía el mismo ardor que me había llevado a recorrer el mundo y a escalar sus cimas.

A decir verdad, en muchas ocasiones, cuando, alucinado de fatiga nerviosa trataba en vano de descansar durmiendo, o cuando, tras largos esfuerzos, regresaba al valle totalmente extenuado, había pensado que era necesario dejar de practicar este juego antes de que los dados se volvieran contra mí. En esas ocasiones, durante algunos días soñaba en el placer de una vida apacible al calor del hogar y en el amor a la naturaleza. Pero en cuanto volvía a recuperar el equilibrio me sentía invadido por la nostalgia del pasado. Todo lo que me rodeaba me parecía pequeño, feo, mediocre y monótono. El recuerdo de las horas de vida ardiente que había conocido ocupaba todos mis instantes y sentía cómo me quemaba el deseo de volver a vivir momentos semejantes. De nuevo sentía la necesidad de lanzarme al gran juego, y lo hacía.

Como no había ninguna expedición a la vista antes de 1958, el año 1957 se anunciaba más tranquilo. Desgraciadamente, fue perturbado por los penosos acontecimientos que ya se saben, y sobre los que no volveré a hablar<sup>[31]</sup>.

Dediqué los meses del verano a ejercer mi oficio de guía y realicé numerosas ascensiones que frecuentemente eran importantes. Junto con mi amigo De Booy, conseguí culminar con éxito la quinta ascensión de la cara norte del Grosshorn. A pesar de que la escalamos en condiciones muy poco favorables, esta vertiente del Oberland de Berna, considerada como una de las paredes glaciares más empinadas de los Alpes, sólo nos exigió menos de diez horas y media de esfuerzos, para un desnivel de mil metros. En 1955 habíamos logrado escalar, en sólo cinco horas y con la tormenta sobre nuestras cabezas, la cara norte del Triolet, algo menos elevada pero incluso más dura. Si se comparan los tiempos invertidos en estas escaladas alpinas con las ascensiones glaciares en las que participé en los Andes de Perú, resulta muy sorprendente la enorme diferencia que las separa. De hecho, esta diferencia no puede ser totalmente explicada por la superior altitud de las cumbres peruanas. Hay que tener en cuenta además que las dificultades intrínsecas de su escalada también son muy superiores. Y esto es cierto hasta tal punto que, después de haber conocido las montañas de los Andes, las paredes glaciares de los Alpes siempre me han dado la sensación de no ser más que simples pendientes de entrenamiento.

Después de la triunfal conquista del Makalu y de los éxitos de las expediciones a la Torre de Mustagh y el Chacraraju, se podía pensar lógicamente que los franceses estaban especialmente bien preparados como para que el arte de conquistar las cimas más inaccesibles diera un paso más adelante.

Pero, podría uno preguntarse, ¿qué terreno podía quedar para el ingenio y el ardor de nuestros escaladores después de los temibles ochomiles, tras el más impresionante sietemil, tras el más acrobático seismil? ¿Podía hacerse verdaderamente algo nuevo?

¿No se había cerrado el círculo? ¿No era cierto que una vez más la técnica había llegado a ser demasiado perfecta?

¿No iba a producirse, a partir de ese momento y a falta de una nueva dimensión, una caída del arte de la conquista de las grandes cumbres del mundo en algo parecido a un bizantinismo?

Todavía estábamos bastante lejos de ese momento... Había numerosas cumbres que seguían planteando graves problemas de escalada y de un nivel técnico que no había sido abordado nunca a tales altitudes o con tales climas. Ante todo, todavía había que concluir la tarea de culminar los picos apenas inferiores a los ocho mil metros que aún permanecían vírgenes y que combinan, junto a la enorme altitud, unas dificultades de escalada muy grandes, las que se experimentan cuando se afronta un frío intenso y la pronunciada escasez de oxígeno propia de las grandes altitudes.

Fiel a su doctrina de seguir investigando problemas de un estilo inédito, a propuesta de Jean Franco, el Comité del Himalaya adoptó un proyecto de muy audaz concepción. Se trataba de enviar una expedición al asalto de la más espectacular de todas las grandes cumbres que seguían sin haber sido holladas por el hombre, el monte Jannu. Con sus 7710 metros y sus dos pisos de paredes verticales, esta torre de granito parecía ser, de todos los bastiones que la naturaleza ha presentado a la audacia conquistadora del hombre, aquel cuyo desafío parecía más imposible de derrotar. En otoño de 1957, una expedición de reconocimiento dirigida por Guido Magnone partió a fin de examinar qué posibilidades ofrecía el Jannu.



La expedición regresó provista de maravillosas fotografías que mostraban una gigantesca cara abrupta, cortada por enormes franjas de seracs, sombreada de paredes rocosas.

Y ésa era la vertiente más acogedora.

En aquel caos vertical, nuestros compañeros habían ideado un itinerario de un atrevimiento inaudito.

Es cierto que ninguna sección del mismo parecía infranqueable por sí misma, pero la continuidad y la larga extensión de las dificultades no tenía ni punto de comparación con las de las mayores conquistas realizadas hasta la fecha. Era como derrotar a tres Chacrarajus superpuestos.

Intentar aquella aventura era más que dar un paso adelante, era un salto.

Impresionado por los riesgos que suponía un proyecto tan audaz, el comité estuvo algún tiempo dudando, pero en su caja había el dinero necesario, los útiles estaban dispuestos... Una vez lanzada, la idea se abrió paso con la impetuosidad de un torrente en crecida. Arrastrando con su fuerza las tradiciones y todo espíritu prudente, acabó por imponerse.

Se tomó, pues, la decisión de enviar una expedición a la conquista del Jannu, pero, con vistas a poder reunir el equipo y material más apropiado, los organizadores se resignaron a no ponerla en marcha para el asalto de la cumbre antes de 1959.

Como para 1958 mi tiempo quedaba de esta manera libre de compromiso, acepté las propuestas que me había hecho Ichac y decidí colaborar en la realización de una gran película de montaña que él quería rodar.

Fue así como, al cabo de cinco meses de trabajo en las paredes y glaciares del macizo del Mont Blanc, nació *Les Étoiles de Midi*.

Luego se produjo la expedición al Jannu, y fue indudablemente la lucha grandiosa que todos habíamos esperado.

El itinerario planeado por el equipo de reconocimiento resultó estar demasiado expuesto a los desprendimientos de nieve como para poder arriesgar por allí la expedición y lanzarla a la posible catástrofe.

La suerte nos permitió descubrir otra ruta, no demasiado expuesta a peligros objetivos, pero muy difícil y con grandes rodeos. Efectivamente, se trataba de empezar por escalar los flancos de una antecima de 6700 metros para pasar luego a la torre cimera mediante una audaz travesía de arista.

La primera parte de la escalada resultó de un nivel técnico apenas inferior a los picos más temibles de Perú. Ocho escaladores europeos, ayudados por diecisiete sherpas, lograron instalar seis campamentos. Para ello fue necesario utilizar 150 tornillos y pitones y fijar más de dos mil metros de cuerda. Para el tramo más delicado, que estaba entre los campos III y IV, hubo que hacer más de cuarenta recorridos de transporte para desplazar las cargas pesadas.

A pesar de estos esfuerzos sin precedentes, no se conquistó la cima. A trescientos metros de la cumbre, la cordada de punta vio cómo se agotaban completamente sus fuerzas ante una última pared.

Sería demasiado largo y pesado analizar ahora los motivos de este fracaso. Varias causas están interrelacionadas y, según su temperamento, cada uno de los miembros del equipo fue luego capaz de encontrar una que le parecía más determinante que las otras. Creo que sólo puede decirse que habíamos apuntado tan alto que nuestros medios no estuvieron a la altura.

Incluso en la escala del Himalaya, el alpinismo es ante todo un juego. Como tal, si perdiera su parte de azar, perdería todo aliento vital. «Es evidente que el azar y las incertidumbres aumentan cuando se eleva el nivel de las dificultades»<sup>[32]</sup>. Pues bien, la dificultad que se había elegido era de talla gigantesca; nuestras posibilidades de triunfar eran mínimas.

Cuando partimos, calculábamos que nuestras probabilidades de derrotar al Jannu eran de un treinta por ciento. Jugamos y perdimos. Es normal.

El nivel y continuidad de las dificultades, la complejidad y la longitud del itinerario, el tiempo y el azar se combinaron de tal forma que necesitamos demasiados días para alcanzar el punto más avanzado al que llegamos. En aquel momento, ya no teníamos ni tiempo ni medios para forzar la victoria en condiciones de seguridad razonables.

Por esta vez, fue la montaña quien dijo la última palabra. Había faltado muy poco: con una organización algo más potente y un poquito más de suerte, el hombre hubiera podido una vez más triunfar frente a las fuerzas de la naturaleza.

De vuelta en París todos estábamos de acuerdo: había que volver a empezar. Pero esta segunda vez, gracias a la experiencia que habíamos adquirido, el juego debía ir a nuestro favor.

Convencido por nuestro entusiasmo, el Comité del Himalaya decidió realizar una nueva tentativa en 1961. Diversas circunstancias retrasaron la salida, y la segunda expedición al Jannu se prepara para atacar en 1962. Jean Franco considera que ha llegado al límite de edad y, bajo su petición, se me ha confiado la dirección de la empresa<sup>[33]</sup>. Ésta es una gran responsabilidad y sólo la he aceptado después de muchas dudas.

Dentro de unos días cumpliré los cuarenta años. Veinte años de lucha sobre las montañas del mundo me han dejado más fuerzas y entusiasmo de lo que parece tener todavía la mayor parte de mis jóvenes compañeros. Sin embargo, ya no soy, desde luego, el mismo que, empujando a los hombres y a los elementos, se abrió paso hasta la Walker, el Eiger, el Fitz Roy y el Chacraraju. Todos estos años de esfuerzos, sufrimientos y peligros cambian a un hombre.

De regreso del Jannu, cuando atravesaba con uno de mis clientes el glaciar de Frêne, una avalancha de seracs sorprendió a nuestra cordada. Mi compañero resultó muerto, y yo quedé enterrado bajo cinco metros de hielo. En aquel instante creí que la insolente suerte que me había conducido hasta allí acababa de abandonarme. Pero, gracias a uno de los milagros más extraordinarios que haya conocido el alpinismo, salí indemne.

Atrapado por un bloque de hielo, al fondo de una grieta, logré, a fuerza de contorsiones, sacar mi cuchillo del bolsillo en el que por suerte lo había metido. Entonces logré colocarme en una cavidad que, por fortuna, se había formado muy cerca de mí. Luego, ayudado de mi martillo y de un pitón, excavé una galería hacia la luz. Al final, después de cinco horas de esfuerzos, logré respirar otra vez el aire libre.

Aquellas horas en la antecámara de la muerte, la desaparición, a mi lado y por segunda vez, de un compañero, me hicieron madurar más que diez años seguidos de aventuras felices...

Empujado por la fuerza indomable de la pasión, en todas las expediciones, cualquiera que haya sido mi puesto, siempre he marchado en primera línea al combate. Siempre, tanto en ultramar como en los Alpes, he aceptado con un corazón lleno de serenidad los riesgos más grandes y también, a

veces, pesadas responsabilidades. Si he arrastrado a otros compañeros al peligro, lo cual es cierto, nunca he dejado de estar al lado de ellos.

Hoy mi voluntad ha dejado de ser tan inflexible como había sido en otros tiempos, y los límites de mi valentía no llegan tan lejos. ¿Podría ser todavía el capitán que conduce el asalto al frente de las tropas de choque, en el ataque contra el bastión más inexpugnable al que se hayan enfrentado jamás los alpinistas? ¿O tendría ya que dedicarme a ser el general que, contemplando la batalla desde la retaguardia, ve cómo avanzan sus hombres, lleno de inquietud y temor?

Pero, decidme: después del Jannu, ¿quedará todavía algo que pueda ser capaz de apaciguar la sed de conquista de los escaladores?

Sin duda, otros alpinistas se dirigirán hacia cumbres quizá menos elevadas pero incluso más temibles. Cuando sucumba el último de esos picos, como ayer ocurrió en los Alpes y hoy ocurre en los Andes, todavía habrá que conquistar nuevas caras y aristas. No, lo cierto es que, en la época de la aviación, el alpinismo está todavía muy lejos de encontrar sus límites.

En cuanto a mí, personalmente, tendré que bajar los grados de la escala. Mis fuerzas y mi valentía ya no dejarán de disminuir. Muy pronto, los Alpes se convertirán para mí en picos mucho más terribles de lo que fueron en mi juventud.

Si en realidad no hay ninguna roca, ningún serac, ninguna grieta que me esté esperando en algún lugar del mundo para detener mi carrera, llegará un día en el que, viejo y cansado, encontraré la paz entre los animales y las flores. El círculo quedará cerrado, y por fin seré el simple pastor que añoraba ser en mis sueños de niño.

Grenoble, julio de 1961.



LIONEL TERRAY (Grenoble 1921-Vercors 1965) desarrolló una abundante e innovadora actividad en distintos macizos de la Tierra. Es autor de primeras absolutas a montañas como el Fitz Roy (3405 m) en Patagonia, Chacraraju (6113 m) en la Cordillera Blanca de Perú, Jannu (7710 m) y Makalu (8463 m) en el Himalaya o Mt. Huntington en Alaska. En su anterior actividad en los Alpes destacan la cuarta ascensión de la *Walker* (1946), la primera repetición de la Norte del Eiger (1947) y la *Cassin* al Piz Badile en siete horas y media, todas con Louis Lachenal. En 1944 abre la Norte de la Aiguille des Pèlerins con Rébuffat, y en 1946 la variante directa al Espolón Tournier de Les Droites. En 1950 participa en la expedición francesa al Annapurna, en la que renuncia a la cima para asegurar el descenso de sus amigos Herzog y Lachenal, ambos con gravísimas congelaciones. En 1960 realiza el primer descenso en esquís de la vertiente norte del Mont Blanc. Fallece a los 44 años en un accidente de escalada inexplicable en las paredes de Vercors y está enterrado en el cementerio de Chamonix.

Su obra *Los conquistadores de lo inútil*, es, en palabras de Eduardo Martínez de Pisón, «una de las más notables autobiografías alpinísticas de todos los tiempos» y uno de libros de montaña más leídos.

# Notas

[1] Muy conocido por sus hazañas como cazador, sus trabajos sobre la caza en montaña, y también por las primeras ascensiones que realizó en el macizo del Mont Blanc con el guía Armand Charlet. (N. del Autor). <<

[2] Hacer la travesía de una cumbre consiste en subir por una de sus aristas principales y bajar por otra. (N. del Autor). <<

[3] Schiller. (N. del A.). <<



[4] Las rocas más próximas a París que permiten la escalada se encuentran en el bosque de Fontainebleau. Debido a su escasa altura y a la arena situada a sus pies, los escaladores pueden permitirse saltar al suelo cuando no consiguen realizar un paso. Este ejercicio se parece más a la gimnasia que a la verdadera escalada. Los escaladores de la escuela de Fontainebleau se denominan Bleausards. (N. del A.).

La modalidad de la escalada a la que se refiere Terray es la que hoy se denomina búlder, y que, sin una fecha clara de su invención como deporte, es muy practicada en la actualidad y tiene en John Gill, escalador americano de los años cincuenta, su principal precursor. (N. del T.). <<

[5] Arpende es una antigua medida agraria francesa que tenía entre 20 y 50 áreas (N. del T.). <<

[6] Al parecer, esta vía de Rébuffat y Terray cuenta hoy con tan sólo dos repeticiones: en 1969, por la cordada británica J. Gieve-K. Spence, y en 1998, por F. Marsigny y A. Parkin. (N. del E.). <<

[7] Nietzsche (N. del A.). <<

[8] Nietzsche. (N. del A.). <<

[9] Frase en realidad atribuida a George Leigh Mallory (N. del T.). <<

[10] Guido Lammer. (N. del A.). <<

[11] Henry de Ségogne. (N. del A.). <<



[12] Maurice Herzog. (N. del A.). <<

[13] Guido Lammer. (N. del A.). <<

[14] Actualmente hay en Francia alrededor de un millón de personas que practican los deportes de montaña y escalada. (N. del E.) <<

[15] Club de alpinistas con sede en Ginebra. Para pertenecer a él no sólo es necesario ser un buen alpinista; hace falta también presentar sólidas cualidades morales y un espíritu de camaradería a toda prueba. (N. del A.) <<

[16] Se refiere a la reforma de la moneda, que tuvo lugar en Francia en 1960, y mediante la cual se introdujo el nuevo franco, equivalente a 100 antiguos francos. (N. del E.). <<

[17] Protagonista de la novela del mismo título, publicada en Francia en 1913, cuyo autor es Louis Hémon y que narra la colonización de Canadá. Alcanzó un considerable éxito de prensa, que resaltaba sus valores patrióticos, y del público lector, convirtiéndose en uno de los *bestsellers* de la época. Se edita en España en 1923, por la editorial Rivadeneyra. (N. del E.). <<

[18] En 1959 la población total de Canadá era de 17 442 000 habitantes. (N. del A.). <<

[19] Provincia de Québec: 77% de canadienses de habla francesa, Ontario: 11%, otras provincias, entre el 1 y 4%. (N. del A.) <<



[20] Escuela de Altos Estudios Comerciales. (N. del E.). <<

[21] Dícese del modo de llevar las cargas apoyadas sobre los hombros y sujetas con dos tirantes, del mismo modo que se transporta una mochila. (N. del T.). <<

[22] Dos célebres exploradores y conquistadores del Himalaya. (N. del T.). <<

[23] Bebida parecida a la cerveza, hecha de mijo, y que contiene algo de alcohol. (N. del A.) <<

[24] La escalada de la cumbre de 6000 metros del espolón noroeste del Annapurna es probablemente la escalada más dura por encima de los 5000 metros que se había realizado hasta aquella fecha. Además de cuatro o cinco pasos de cuarto grado y de dificultades glaciares muy importantes, supone un paso de quinto grado, a los 5560 metros, muy expuesto. A pesar de la nieve y el hielo, Lachenal logró triunfar en esa escalada dos veces en cabeza de cuerda. (N. del T.). <<

[25] Harina de cebada ligeramente asada para evitar la fermentación. (N. del A.). <<

[26] Conjunto en el que entran una tienda de dos plazas, dos colchones neumáticos, dos sacos de dormir de plumón y un hornillo de alcohol con dos ollas de aluminio. (N. del A.). <<

[27] El frío que padecen en los pies los alpinistas cuando llegan a grandes altitudes no se debe únicamente a las bajas temperaturas, sino también al hecho de que la escasez de oxígeno hace que aumenten considerablemente los glóbulos rojos de la sangre y que ésta se espese. Por ello, su circulación por los vasos capilares de las extremidades es muy difícil. (N. del T.). <<



[28] Durante la tempestad nos habíamos quitado las gafas, y la luminosidad, muy violenta a esta altitud, a pesar de la pantalla de las nubes, había provocado las oftalmías que sufríamos. (N. del A.).

<<

[29] Menos de doce horas desde el refugio d'Envers des Aiguilles y vuelta. (N. del A.) <<

[30] Protagonista de una obra de Alfred de Musset, que comete un magnicidio para liberar Florencia del gobierno de un tirano. (N. del T.). <<

[31] Probablemente se trate de una referencia al trágico intento de salvamento de dos estudiantes franceses, Henry y Vincendon, en la vertiente francesa del Mont Blanc, en diciembre de 1956. Ante la falta de respuesta adecuada por parte de los equipos de rescate, Terray se lanza voluntariamente para participar en el salvamento a la cabeza de una cordada organizada por él, pero tras tremendos esfuerzos tiene que renunciar debido a la violenta tormenta. Finalmente los dos escaladores mueren y se estrella durante la operación un helicóptero de salvamento. A principios de 1957 se desata en la prensa francesa una campaña de duras críticas a los organizadores del rescate, que afectó profundamente a Lionel Terray. (N. del E.). <<

[32] Lucien Devies. (N. del A.). <<

[33] Con esta expedición, Terray pisaría finalmente la cumbre del Jannu, junto a otros diez miembros de la expedición. <<